

¿Es el amor más fuerte que la venganza?

Una traición.

Todo lo que ha creído Poppy es mentira, incluido el hombre del que se estaba enamorando. Rodeada de pronto por gente que la ve como un símbolo de un reino monstruoso, apenas sabe quién es sin el velo de la Doncella. Pero lo que sí sabe es que nada es tan peligroso para ella como él. El Señor Oscuro. El príncipe de Atlantia.

Una elección.

A Casteel Da'Neer se lo conoce por muchos nombres y muchas caras. Sus mentiras son tan seductoras como sus manos. Sus verdades, tan sensuales como su mordisco. Poppy sabe que no debe confiar en él. Y Casteel la necesita viva para lograr sus objetivos. Pero él también es la única vía para que ella consiga lo que quiere: encontrar a su hermano Ian.

Un secreto.

El malestar crece en Atlantia mientras esperan el regreso de su príncipe. Los rumores de guerra se están extendiendo, y Poppy está en el centro de todo ello. El rey quiere utilizarla para enviar un mensaje. Los Descendentes quieren verla muerta. Los wolven se están volviendo más impredecibles. Hay secretos oscuros en juego, secretos llenos de los pecados manchados de sangre de dos reinos que harían cualquier cosa por mantener la verdad oculta.

Jennifer L. Armentrout

Un reino de carne y fuego

De Sangre y Cenizas - 2

ePub r1.0 Titivillus 01-03-2022 Título original: A Kingdom of flesh and fire

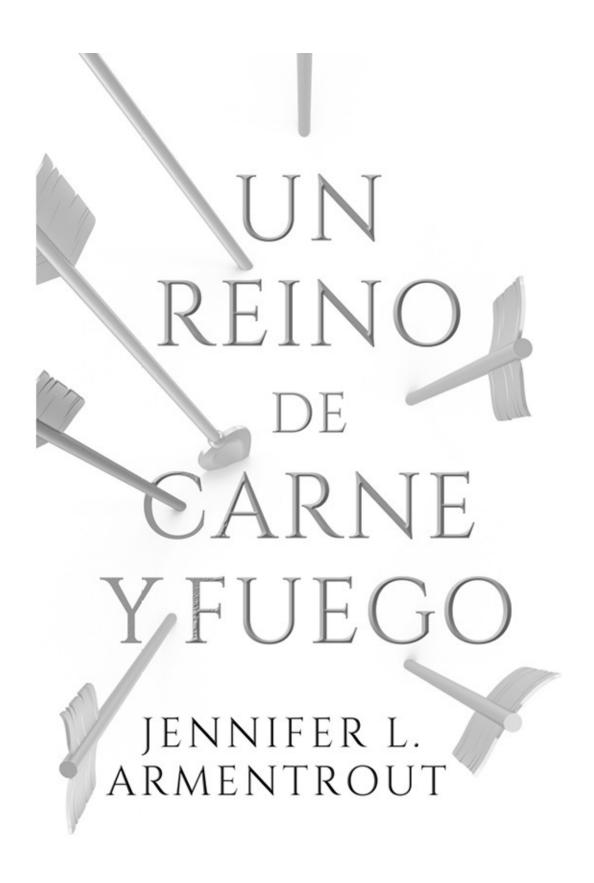
Jennifer L. Armentrout, 2020

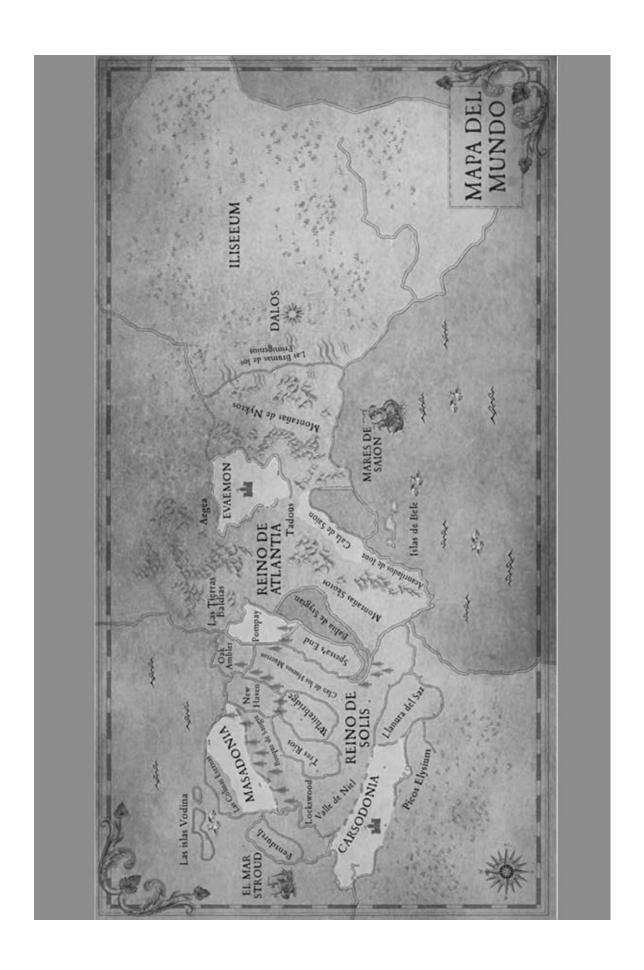
Traducción: Guiomar Manso de Zúñiga

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

A ti, lector.





Página 7

Capítulo 1



—Nos vamos a casa para casarnos, princesa mía.

¿Casarnos? Como en... ¿una boda?

¿Con él?

De repente, pensé en todas esas fantasías infantiles que había tenido antes de enterarme de quién era y lo que se esperaba de mí. Sueños originados en el amor que mis padres sentían el uno por el otro.

Esos sueños de niña pequeña jamás incluyeron una proposición de matrimonio que no era ni remotamente una proposición. Tampoco incluían que fuese anunciada ante una mesa llena de desconocidos, la mitad de los cuales querían verme muerta. Y esos sueños desde luego que no consistían en lo que tenía que ser la peor, y probablemente más desquiciada, «no proposición» de matrimonio con un hombre que en esos momentos me tenía cautiva.

A lo mejor era que sufría algún problema mental. Tal vez estuviera teniendo alucinaciones provocadas por el estrés. Después de todo, había habido un montón de muertes dolorosas que procesar. Su traición, que aún tenía que asimilar. Y acababa de enterarme de que descendía de Atlantia, un reino que me habían educado para creer que era la fuente de todo mal y toda tragedia en el mundo. Unas alucinaciones inducidas por el estrés parecían una razón mucho más creíble que lo que estaba sucediendo en realidad.

Todo lo que pude hacer fue mirar, pasmada, la manaza que sujetaba la mía mucho más pequeña. Su piel era un pelín más oscura que la mía, como si hubiese sido besada por el sol. Muchos años de blandir una espada con una precisión elegante y letal habían llenado de callos las palmas de sus manos.

Llevó mi mano hacia una boca carnosa e indecentemente bien formada. Hacia unos labios que de algún modo eran suaves pero también de una firmeza implacable. Labios que habían tejido palabras preciosas en el aire y susurrado promesas picantes y ardientes contra mi piel desnuda. Labios que habían rendido homenaje a las muchas cicatrices que recorrían mi cuerpo y mi cara.

Labios que también habían pronunciado mentiras empapadas en sangre.

Ahora, esa boca estaba apretada contra el dorso de mi mano en un gesto que, hace solo unos días o unas semanas, hubiese recordado durante una eternidad y hubiera considerado de una ternura exquisita. Las cosas más simples, como darse la mano o los besos castos, me habían estado prohibidas. Igual que ser deseada o sentir deseo. Hacía mucho tiempo que había aceptado que jamás experimentaría ese tipo de cosas.

Hasta que llegó él.

Levanté la vista de nuestras manos unidas, de esa boca que ya se estaba curvando por un lado con una insinuación de hoyuelo en la mejilla derecha, y de esos labios que se entreabrían despacio para revelar solo un indicio de unos colmillos afiladísimos.

Su pelo rozaba su nuca y caía por delante de su frente, y los gruesos mechones eran de un negro tan oscuro que a menudo brillaban azules a la luz del sol. Con unos pómulos altos y angulosos, la nariz recta y una mandíbula orgullosa y cincelada, a menudo me recordaba al inmenso y elegante gato de cueva que había visto una vez de niña en el palacio de la reina Ileana. Precioso, pero del modo en que lo eran todos los depredadores salvajes y peligrosos. Mi corazón se trastabilló cuando mis ojos miraron a los suyos, orbes de un asombroso tono ámbar frío.

Sabía que estaba mirando a Hawke...

Interrumpí mis pensamientos y el frío inundó mi pecho. Ese no era su nombre. Ni siquiera sabía si *Hawke Flynn* era solo una persona ficticia o si el nombre había pertenecido a alguien que probablemente había sido asesinado para apoderarse de su identidad. Me temía que fuese más bien esto último. Porque se suponía que *Hawke* venía de Carsodonia, la capital del reino de Solis, con unas referencias extraordinarias. Aunque claro, el comandante de los guardias en Masadonia había resultado ser un partidario de los atlantianos, un Descendente, o sea que eso también podía haber sido mentira.

Fuera como fuese, el guardia que había jurado protegerme con su espada y con su vida no era real. Como tampoco lo era el hombre que me había visto por quién era y no solo por *lo* que era. La Doncella. La Elegida. Hawke Flynn

no era nada más que un producto de mi fantasía, igual que lo habían sido esos sueños de niña pequeña.

La persona que sujetaba ahora mi mano era la realidad: el príncipe Casteel Da'Neer. Su alteza. El Señor Oscuro.

Por encima de nuestras manos unidas, la curva de sus labios se ensanchó. Apareció el hoyuelo de su mejilla derecha; era raro que el de la izquierda lo hiciera. Solo las sonrisas genuinas lo producían.

—Poppy —dijo, y todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron. No estaba segura de si fue el uso de mi apodo o el grave deje musical de su voz lo que me puso tensa—. Creo que jamás te había visto quedarte sin palabras de este modo.

El brillo juguetón de *sus* ojos fue lo que me sacó de mi silencio desconcertado. Retiré mi mano de la suya, odiando la certeza de que si él hubiese querido impedírmelo, lo habría hecho con facilidad.

- —¿Matrimonio? —Encontré mi voz, aunque fuese solo para decir una palabra.
- —Sí. Matrimonio. —Un destello de desafío llenó su mirada—. Sabes lo que significa, ¿verdad?

Cerré el puño contra la mesa de madera mientras le sostenía la mirada.

- —¿Por qué podrías creer que no sé lo que es el matrimonio?
- —Bueno —respondió, como quien no quiere la cosa. Levantó una copa—. Has repetido la palabra como si te confundiera. Y como Doncella, sé que has estado… protegida.

Debajo de mi trenza, la parte de atrás de mi cuello empezó a arder y supuse que se había puesto tan roja como mi pelo a la luz del sol.

- —Ser la Doncella o estar protegida no equivale a ser estúpida —espeté cortante, consciente de que el silencio se había extendido por la mesa y por todo el salón de banquetes, una sala que en esos momentos estaba llena de Descendentes y atlantianos. Todos los cuales matarían y morirían por el hombre al que miraba con cara de tan pocos amigos.
- —No. —Los ojos de Casteel me recorrieron de arriba abajo mientras bebía un sorbo—. Es verdad.
- —Pero sí estoy confundida. —Noté algo afilado contra el puño. Eché un rápido vistazo y vi lo que había estado demasiado conmocionada y alterada para ver antes: un cuchillo. Uno con un mango de madera y una gruesa hoja de sierra, diseñada para cortar a través de la carne. No era mi daga de hueso de *wolven*. Esa no la había visto desde los establos y sentía un profundo dolor al pensar que quizá no volviera a verla nunca. Esa daga era más que un arma.

Me la había regalado Vikter cuando cumplí dieciséis años y era la única conexión que me quedaba con el hombre que había sido más que un guardia para mí. Había asumido el papel que debería haber ocupado mi padre, de estar vivo. Ahora, la daga ya no estaba y Vikter tampoco.

Asesinado por los seguidores de Casteel.

Y dado que la última daga que había tenido en las manos se la había clavado a Casteel en pleno corazón, dudaba de que nadie fuese a devolverme pronto mi arma de hueso de *wolven*. No obstante, ese cuchillo de carne era un arma. Tendría que hacer el apaño.

—¿Qué es lo que puede confundirte? —Dejó la copa en la mesa y me dio la impresión de que sus ojos se suavizaban, como cuando estaba divertido o… o sentía ciertas cosas que en ese momento no me ayudaban en nada.

Mi don empujó contra mi pie, exigía que lo utilizara para sentir sus emociones mientras apoyaba mi mano plana sobre el cuchillo de carne. Logré reprimir mis habilidades antes de que formaran una conexión con él. En ese momento, no quería saber si estaba divertido o... o *lo que fuese*. No me importaba *qué* era lo que sentía.

—Como ya te he dicho —continuó el príncipe, mientras deslizaba un dedo largo por el borde de su copa—, dos atlantianos pueden casarse solo si ambas mitades están pisando su tierra, princesa.

Princesa.

Ese apodo suyo, tan irritante y al mismo tiempo ligeramente adorable, acababa de adquirir un significado muy distinto. Uno que planteaba una inevitable pregunta: ¿cuánto sabía él desde el principio? Había admitido reconocerme la noche de la Perla Roja, pero afirmaba no saber que era parte atlantiana hasta que me mordió. Hasta que saboreó mi sangre. La marca de mi cuello cosquilleaba y tuve que hacer un esfuerzo por no tocarla.

¿Cuánto de ese apodo era una coincidencia? No estaba segura de por qué, pero si era otra mentira más, importaba.

- —¿Cuál es la parte que te confunde? —preguntó, sus ojos ámbar fijos en mí.
 - —Es la parte en la que crees que me casaría contigo.

Enfrente de mí, oí el sonido estrangulado de alguien que intentaba reprimir una carcajada. Eché una miradita a la apuesta cara de un *wolven* de piel parda y pálidos ojos azules, una criatura tan capaz de adoptar la forma de un lobo como de asumir la forma de un mortal. Hasta hacía pocos días, había creído que los *wolven* estaban extintos, aniquilados durante la Guerra de los Dos Reyes hace unos cuatrocientos años. Pero esa no era más que otra

mentira. Kieran era solo uno de muchos *wolven*, muy vivos. Varios de los cuales estaban sentados a esa mesa.

—No lo *creo* —repuso Casteel. Sus espesas pestañas bajaron a medio camino—. Lo sé.

Me invadió una oleada de incredulidad.

- —Tal vez no he sido clara, así que intentaré ser más explícita ahora. No sé por qué crees, ni en un millón de años, que me casaría contigo. —Me incliné hacia él—. ¿Así te ha quedado lo bastante claro?
- —Cristalino —respondió, y sus ojos se calentaron para adoptar un suave tono miel. Sin embargo, no parecía haber ira en su mirada ni en su tono. Había algo distinto por completo. Una mirada que me hizo pensar en piel caliente y en la sensación de esas manos rudas y callosas sobre mi mejilla, deslizándose por mi barriga y mis muslos, rozando zonas mucho más íntimas. El hoyuelo de su mejilla se profundizó—. Ya lo veremos, ¿no?

Un ardor cosquilloso se extendió por mi piel.

- —No veremos absolutamente nada.
- —Puedo ser muy convincente.
- —No *tan* convincente —repliqué, y él emitió un murmullo vago que hizo que un fogonazo de rabia pura me recorriera de arriba abajo—. ¿Has perdido la cabeza?

Una risotada grave resonó un poco más allá. Sabía que no pertenecía a Delano, el *wolven* rubio que tenía aspecto de haber sido testigo de una masacre y de saber que su cuello era el siguiente de la fila. Tal vez debiera sentir miedo, porque es difícil asustar a un *wolven*, y menos a Delano, que me defendió cuando Jericho y los otros fueron a por mí, a pesar de que él y el atlantiano Naill, que ahora mismo estaba sentado a su lado, estaban en clara minoría.

El Señor Oscuro no era una persona a la que la mayoría se atrevería a enfadar. Era un atlantiano, letal, rápido y de una fortaleza imposible. Difícil de herir, no digamos ya de matar. Y, como acababa de averiguar, capaz de utilizar el don de la coacción para imponer su voluntad a otros. Había matado a uno de los duques más poderosos de todo Solis, para lo cual había clavado la misma vara que Teerman había utilizado a menudo sobre mí a través del corazón del Ascendido.

Pero yo no tenía miedo.

Estaba demasiado furiosa para estar asustada.

Sentado a la izquierda de Delano estaba el origen de la risa que acababa de oír. Provenía de una montaña de hombre al que llamaban Elijah. No creía

que fuese un *wolven*. Eran los ojos. Todos los *wolven* tenían los mismos ojos, de un azul invernal. Los de Elijah eran avellana, un color más dorado que marrón. Yo no era la única que lo miraba. Varios pares de ojos más se habían posado en él. Aproveché la oportunidad para deslizar el cuchillo de carne desde la mesa y ocultarlo bajo la raja de mi túnica.

—¿Qué? —Elijah acarició su oscura barba mientras miraba a los ojos de los demás—. Ha preguntado lo que la mayoría de nosotros estamos pensando.

Delano parpadeó y luego miró a Elijah, despacio. Casteel no dijo nada. Su sonrisa de labios apretados lo decía todo, mientras el peso penetrante de su mirada se deslizaba de mí a lo largo de la mesa. Los dedos de Elijah se detuvieron sobre su barba y se aclaró la garganta.

- —Creía que el plan…
- —Lo que tú creas es irrelevante. —El príncipe silenció al hombre mayor.
- —¿Se refiere al plan en el que pensabas utilizarme como cebo para liberar a tu hermano? —pregunté—. ¿O eso ha cambiado por arte de magia en el último par de horas?

Un músculo se tensó en la mandíbula de Casteel y toda su atención volvió a mí.

—Deberías comer.

En ese momento, estuve a punto de perder los papeles y de tirarle el cuchillo recién hurtado.

- —No tengo hambre.
- —Apenas has comido —apuntó, tras bajar la vista hacia mi plato.
- —Ya, pero es que no tengo demasiado apetito, *alteza*.

Apretó la mandíbula y me miró a los ojos. Un rato. El tono dorado de sus iris se había enfriado. Se me puso la carne de gallina cuando el aire a nuestro alrededor dio la impresión de espesarse; la sala empezaba a resultar asfixiante. No había habido ni un ápice de respeto en mi tono. ¿Había ido demasiado lejos con Casteel? Si era así, no me importaba.

Mis dedos se cerraron en torno al mango del cuchillo. Ya no era la Doncella, reprimida por reglas que me impedían opinar sobre asuntos relacionados con mi vida. No volvería a dejarme controlar. Podía ir más allá, y lo haría.

—Ha hecho una pregunta muy válida —dijo alguien desde el final de la mesa. Era un hombre de pelo corto y moreno. No parecía más mayor que Kieran, que, al igual que Casteel, parecía estar recién entrado en la veintena. Sin embargo, Casteel tenía más de doscientos años. Por lo que sabía, el

hombre podía ser aún mayor—. ¿Ha cambiado el plan de utilizarla para liberar al príncipe Malik? —preguntó.

Casteel no dijo nada y siguió sin apartar la vista de mí, pero la absoluta quietud que se coló en sus facciones era una advertencia mucho mejor que cualquier cantidad de palabras.

- —No pretendo cuestionar tus decisiones —declaró el hombre—. Solo intento comprenderlas.
- —¿Qué es lo que necesitas ayuda para comprender, Landell? —Casteel se inclinó hacia atrás en la silla, sus manos apoyadas con suavidad en los reposabrazos. La manera en que estaba sentado, como si estuviera tan a gusto, me puso de punta todos los pelos del cuerpo.

Se produjo un momento de silencio tenso antes de que Landell contestara.

—Todos te hemos seguido hasta aquí desde Atlantia. Nos hemos quedado en esta cloaca arcaica de reino, hemos fingido lealtad a un rey y una reina falsos, porque, al igual que tú, no queremos otra cosa que liberar a tu hermano. Él es el legítimo heredero. —Casteel asintió para que Landell continuara—. Hemos perdido a gente, buena gente, al intentar infiltrarnos en los templos de Carsodonia —continuó. Me puse tensa cuando las imágenes de las enormes estructuras color medianoche se formaron en mi mente.

Si todo lo que decía Casteel era verdad, el propósito de los templos era otra mentira más. Los terceros hijos e hijas no se entregaban durante el Rito para servir a los dioses. No, en vez de eso, se entregaban a los Ascendidos, los *vamprys*, para convertirse nada más que en ganado. Gran parte del montón de mentiras que me habían contado a lo largo de mi vida era terrible, pero era probable que esta fuese la peor de todas. Y por espantoso que fuese lo que afirmaba Casteel, mucho me temía que era la verdad. ¿Cómo podía negarlo? Los Ascendidos nos habían dicho que el beso de los atlantianos era venenoso, que con él maldecían a mortales inocentes y los convertían en esas conchas decrépitas de sus seres anteriores: los violentos monstruos sedientos de sangre conocidos como Demonios. Pero yo sabía bien que eso no era verdad. El beso de los atlantianos no era tóxico. Tampoco lo era su mordisco. Yo era prueba de ambas cosas. Casteel y yo habíamos compartido muchos besos. Él me había dado su sangre cuando estaba herida de muerte. Y también me había mordido.

No me transformé.

Igual que no me había transformado cuando me atacaron los Demonios hacía tantísimos años.

Y no era que no hubiese empezado a sospechar de los Ascendidos antes de que Casteel entrara en mi vida. Él solo había confirmado mis sospechas. Pero ¿era todo verdad? No tenía forma de saberlo. Me dolían los dedos de lo fuerte que agarraba el cuchillo.

—No hemos encontrado ninguna pista de dónde pueden tener retenido a nuestro príncipe y demasiados de nosotros jamás regresarán a casa con sus familias —continuó Landell, su voz más firme a cada palabra que decía, más gruesa, con una ira que no necesitaba mi don para percibir—. Pero ahora tenemos algo. Por fin, algo que podría ayudarnos a averiguar el paradero de tu hermano. Es posible que podamos liberarlo, evitar que lo fuercen a crear nuevos *vamprys* y tenga que sufrir el tipo de infierno que tan bien conoces. Y en vez de eso, ¿nos vamos a casa?

Yo también conocía parte de ese infierno.

Había visto las numerosas cicatrices que recorrían todo el cuerpo de Casteel, el hierro con la forma del escudo real en la parte superior de su muslo, justo debajo de la cadera.

Pero Casteel no dijo nada en respuesta. No habló nadie. No hubo movimiento alguno, ni de los sentados a la mesa ni de los que se encontraban cerca de la chimenea al fondo de la sala de banquetes.

Landell, sin embargo, no había terminado de hablar.

—Las personas que cuelgan de las mismísimas paredes en la sala de al lado se merecen estar ahí. No solo porque desobedecieron tus órdenes, sino porque si hubiesen logrado matar a la Doncella, habríamos perdido lo único que podemos utilizar. Pusieron al heredero en peligro solo por ansia de venganza. Por eso creo que se merecen lo que les ha pasado, aunque algunos de ellos fuesen amigos míos... Amigos de muchos de los presentes en esta mesa.

Los mataré a todos.

Esa había sido la promesa de Casteel cuando vio las heridas que los otros me habían dejado. Y la había cumplido. Casi. Casteel había clavado a los hombres de los que hablaba Landell a la pared. Ahora estaban todos muertos, excepto Jericho. El cabecilla apenas se mantenía con vida; sufría una muerte lenta y agónica para servir de recordatorio de que nadie debía hacerme daño.

—Puedes utilizarla —masculló Landell furioso—. Es la favorita de la reina. La Elegida. Si existe alguna posibilidad de que liberen a tu hermano, será por ella. Y en lugar de eso, ¿vamos a ir a casa para que te cases? —Hizo un gesto brusco con la barbilla en mi dirección—. ¿Con *ella*?

La animadversión en la palabra dolió, pero había recibido comentarios mucho más mordaces por parte del duque de Teerman como para mostrar ni un asomo de reacción.

Enfrente de mí, la cabeza de Kieran giró de golpe hacia Landell.

- —Si tienes más de medio dedo de frente, dejarías de hablar. Ahora.
- —Deja que continúe —le cortó Casteel—. Tiene derecho a decir lo que opina. Igual que hizo Elijah. Aunque parece que Landell tiene más que decir que Elijah, y me gustaría oírlo.

Elijah frunció los labios y emitió un silbido grave, los ojos muy abiertos cuando se reclinó hacia atrás en su silla y dejó caer un brazo sobre el respaldo de la silla de Delano.

- —Eh, a veces hablo y río cuando no debería hacerlo. Pero sea cual sea tu plan o tus deseos, estoy contigo, Casteel.
- —¿Lo dices en serio? —La cabeza de Landell voló hacia Elijah al tiempo que se levantaba de un salto—. ¿Estás de acuerdo con renunciar al príncipe Malik? ¿Te parece bien que Casteel la lleve a casa, a nuestra tierra, y se case con ella, que la convierta en la princesa? Un honor destinado a unificar a toda nuestra gente, no a dividirla.

Casteel se movió un poco, sus manos resbalaron de los reposabrazos de su silla.

—Como acabo de decir, estoy con Casteel. —Elijah le sostuvo la mirada a Landell—. Siempre. Elija lo que elija. Y si la elige a ella, entonces lo hacemos todos.

Esto era... esto era ridículo, el argumento entero. Aunque daba igual. Y a mí me importaba un comino si había necesidad de unificar a la gente de Atlantia porque Casteel y yo no nos íbamos a casar. Sin embargo, no tuve oportunidad de decirlo.

—Yo no la elijo. *Jamás* la elegiré —juró Landell. La piel de su rostro se afinó y oscureció mientras escudriñaba a los que se sentaban a su alrededor. *Wolven*. Era un *wolven*, pensé. Ajusté mi agarre sobre el cuchillo y me puse tensa—. Lo sabéis todos. Los *wolven* no la aceptarán. No importa si tiene sangre atlantiana o no. La gente de Atlantia tampoco la recibirá con los brazos abiertos. Es una extraña, criada, educada y cuidada por aquellos que nos obligaron a regresar a una tierra que se está quedando pequeña e inútil a toda velocidad. —Miró a lo largo de la mesa, en dirección a Casteel—. Ni siquiera te ha aceptado, y ¿debemos creer que creará un vínculo contigo?

¿Un vínculo? Eché una mirada rápida a Kieran y luego a Casteel. Sabía que algunos *wolven* establecían un vínculo con atlantianos de una clase en

particular, y no hacía falta demasiada imaginación para asumir que Casteel, siendo un príncipe, era justo uno de ellos. Kieran parecía tener la relación más íntima con Casteel de todas las personas con las que lo había visto interactuar, pero, claro, no sabía de ningún otro vínculo.

No obstante, una vez más, era irrelevante porque no nos íbamos a casar.

- —¿Se supone que debemos creer que es digna de ser nuestra princesa cuando te rechaza de plano delante de tu gente al tiempo que apesta a Ascendido? —exigió saber Landell. Arrugué la nariz. Yo no olía como... como los Ascendidos. ¿O sí?—. ¿Cuando se niega a elegirte a ti?
- —Lo que importa es que yo la elijo a ella —dijo Casteel, y mi estúpido *estúpido* corazón dio un brinco, aunque yo no lo eligiera a él—. Y eso es todo lo que importa.

Los labios del *wolven* se retrajeron y yo abrí los ojos como platos al ver sus colmillos alargarse.

—Si haces esto, será la perdición de nuestro reino —gruñó—. Me niego a elegir a esa zorra con la cara llena de cicatrices.

Di un respingo.

Di un respingo *de verdad*, las mejillas me ardían como si me hubiesen abofeteado. Levanté los dedos y toqué la piel irregular de mi mejilla antes incluso de percatarme de lo que hacía.

La mano de Landell bajó hasta su cintura.

—La mataré antes de quedarme a un lado y permitir esto.

Pasaron apenas unas décimas de segundo entre que esas palabras salieron por la boca de Landell y el fugaz remolino de aire que levantó pelillos sueltos en mis sienes.

La silla de Casteel estaba vacía.

Un grito, y entonces algo pesado rebotó con estrépito contra un plato. Una silla se volcó y Landell... ya no estaba de pie al lado de la mesa. Su plato ya no estaba vacío. En él descansaba una daga estrecha, una diseñada para ser lanzada. Mis ojos espantados siguieron la estela que dejó Casteel al inmovilizar a Landell contra la pared, el antebrazo apretado contra el cuello del *wolven*.

Por todos los dioses, ser capaz de moverse tan deprisa... de un modo tan silencioso...

—Solo quiero que sepas que no estoy ni remotamente molesto por que cuestiones lo que pretendo hacer. La manera en que me has hablado me es indiferente. No soy tan inseguro como para que me importen las opiniones de meros hombrecillos. —El rostro de Casteel estaba a apenas unos centímetros

del *wolven*, que tenía los ojos como platos—. Si eso hubiese sido todo, lo habría pasado por alto. Si hubieses parado después de referirte a ella por primera vez, te hubiera dejado marchar con solo tu exagerada autoestima. Pero entonces la insultaste. Has hecho que diera un respingo y luego la has amenazado. Eso no lo olvidaré.

- —Yo... —Lo que fuese que había estado a punto de decir Landell terminó en un borboteo cuando el brazo derecho de Casteel salió disparado hacia delante.
- —Y no seré capaz de perdonarte. —Casteel dio un tirón hacia atrás y tiró algo al suelo. Aterrizó con un sonido mojado y blandengue.

Mis labios se abrieron despacio cuando me di cuenta de lo que era esa masa gorda y roja. Oh, por todos los dioses. Un corazón. Era un corazón de verdad.

Casteel soltó al *wolven* y dio un paso atrás. Observó cómo Landell se resbalaba hacia abajo por la pared, cómo la cabeza del *wolven* caía flácida hacia un lado. El príncipe se giró hacia la mesa, su mano derecha manchada de sangre y restos.

—¿Alguien más tiene algo que quiera compartir con todos nosotros?

Capítulo 2



Un coro de negaciones resonó por la sala de banquetes, pero ni uno de los hombres había movido un solo músculo en sus asientos. Algunos incluso reían entre dientes y yo... miré pasmada el hilillo rojo que resbalaba por los dedos de Casteel y goteaba sobre el suelo.

Casteel se inclinó hacia delante, recogió la servilleta de Landell y volvió a su silla con calma, limpiándose la mano con ademán ausente.

Observé cómo se sentaba y se me aceleró el corazón cuando se volvió hacia mí, sus ojos ocultos tras un velo de espesas pestañas.

—Es probable que creas que eso ha sido excesivo —dijo, al tiempo que dejaba caer la arrugada servilleta manchada de sangre en su plato—. Pues no lo ha sido. Nadie te habla o habla de ti de ese modo y vive para contarlo. — Lo miré pasmada. Se echó hacia atrás—. Al menos, le di una muerte rápida. Hay cierta dignidad en eso.

No tenía ni idea de qué decir.

No tenía ni noción de qué sentir. Lo único que podía pensar era: *Oh, por todos los dioses, acaba de arrancarle el corazón del pecho a un* wolven *con su propia mano*.

Los hombres que estaban al lado de la puerta empezaron a recoger el cuerpo de Landell.

—Entonces, ¿cuándo es la boda? —preguntó uno de los hombres de la mesa.

La pregunta fue recibida con risas y vi un asomo de sonrisa en los labios de Casteel cuando se inclinó hacia mí.

—No hay ningún lado de ti que no sea tan precioso como la otra mitad. Ni un solo centímetro que no sea despampanante. —Levantó las pestañas y la intensidad de su mirada me dejó paralizada—. Era verdad la primera vez que te lo dije, sigue siendo verdad hoy y lo será mañana.

Entreabrí los labios para aspirar una brusca bocanada de aire y casi levanté la mano hacia mi cara de nuevo, pero me detuve a tiempo. De algún modo, en el proceso de acostumbrarme a que me vieran sin el velo de la Doncella, me había olvidado de mis cicatrices, algo que jamás creí posible. Hacía años que no me avergonzaba de ellas. Eran la prueba de mi fortaleza, del horripilante ataque al que había sobrevivido. Sin embargo, cuando me mostré sin velo por primera vez delante de Casteel, había temido que pensara lo mismo que el duque de Teerman decía siempre. Lo que sabía que pensaba la mayoría de la gente cuando me veía sin velo o me miraba ahora.

Que la mitad de mi cara era una obra de arte, mientras que la otra mitad era una pesadilla.

Pero cuando Hawke... *Casteel*... había visto la irregular línea de piel rosa pálido que empezaba por debajo del nacimiento de mi pelo y cortaba a través de la sien para terminar en mi nariz, y la otra más corta y más alta que cortaba por mi frente y a través de mi ceja, había dicho que ambas mitades eran tan bonitas como el todo.

En aquel momento le había creído. Y me había sentido hermosa por primera vez en mi vida, algo que también me había estado prohibido.

Y que los dioses me ayudaran, todavía le creía.

—Lo que dijo Landell era más que un insulto. Era una amenaza que no toleraré —terminó Casteel. Se echó atrás de nuevo mientras levantaba su copa con la misma mano que había arrancado un corazón de su jaula hacía solo unos momentos.

Mis ojos bajaron hacia donde la daga todavía descansaba en el plato de Landell. Lo que el *wolven* habría intentado hacer con esa daga no debería resultarme chocante. No era como si no supiese que muchos de los que se sentaban a esta mesa estarían contentos de verme cortada en pedazos. Sabía que no estaba segura entre ellos, pero también sabía que todos habían visto la antesala de este comedor. Tenían que ser conscientes de lo que ocurriría si desobedecían a Casteel.

Cierta parte inconsciente de mí todavía subestimaba su odio por cualquier cosa que les recordara a los Ascendidos. Y una de esas cosas era yo, aunque no les hubiese hecho nada aparte de defenderme.

La conversación volvió a animarse en torno a la mesa. Discusiones en voz baja. Otras más altas. Risas. Era como si no hubiese sucedido nada, y eso me inquietó. Aunque lo que me dejó descolocada del todo era lo que no podía admitirme ni a mí misma. Kieran se aclaró la garganta.

—¿Quieres volver a tu habitación, Penellaphe?

Tardé unos instantes en responder, ensimismada como estaba.

- —¿Te refieres a mi celda?
- —Es mucho más cómoda y no tiene ni la mitad de corrientes que las mazmorras —repuso él.
 - —Una celda es una celda, sea lo cómoda que sea —le informé.
- —Estoy bastante seguro de que esta es la misma conversación que hemos tenido antes —comentó Casteel. Mis ojos volaron hacia él.
 - —Y *yo* estoy bastante segura de que no me importa.
- —También estoy seguro de que llegamos a la conclusión de que nunca has sido libre, princesa —insistió Casteel. La verdad de esas palabras seguía siendo tan brutal como la primera vez que se habían pronunciado—. No creo que reconocieras siquiera la libertad si en algún momento te la ofrecieran.
- —Sé lo suficiente para darme cuenta de que eso no es lo que me ofreces —repliqué. La furia regresó en una ola ardiente y bienvenida para calentar mi piel demasiado fría.

Una tenue sonrisa apareció en la boca de Casteel, aunque no era su sonrisa tensa y calculadora. Mi ira dio paso a la confusión. ¿Me estaba lanzando pullas a propósito?

Más que un poco alterada, me centré en el wolven.

—Me gustaría volver a mi celda mucho más cómoda y con la mitad de corrientes. Supongo que no me dejaréis regresar sola a ella.

Los labios de Kieran se curvaron un poco, pero su expresión recuperó su neutralidad enseguida, lo cual demostraba que tenía el suficiente sentido común como para no sonreír ni reírse.

—Supones bien.

Sin esperar a que su alteza me diera permiso, empujé mi silla hacia atrás. Las patas rechinaron por el suelo de piedra. Suspiré para mis adentros. Mis acciones no eran tan dignas como hubiese deseado, pero mantuve la cabeza alta mientras empezaba a girar.

Uno de los hombres que habían estado al lado de la puerta y se habían llevado el cuerpo de Landell cruzó el salón de banquetes, directo hacia el príncipe. Se agachó a su lado y le susurró algo al oído mientras Kieran se levantaba. Sin esperar a este último, ni mirar el manchurrón de sangre de la pared, di un paso.

De repente, Casteel estaba a mi lado, su mano sobre mi brazo. No lo había oído levantarse, así que tuve que tragarme una exclamación de sorpresa. Hice ademán de soltarme de su agarre mientras el hombre que le había hablado se alejaba.

—Espera —susurró Casteel sin soltarme el brazo. Algo en el tono de esa única palabra me hizo detenerme. Levanté la vista hacia él—. Estamos a punto de tener compañía. Enfréntate a mí todo lo que quieras más tarde, es probable que lo disfrute, pero no te enfrentes a mí delante de él.

Mis ojos se cruzaron con los suyos al tiempo que se me hacía un nudo en el estómago. Una vez más, su tono despertó la inquietud en mi interior. Miré hacia la puerta. ¿Quién venía? ¿Su padre? ¿El rey?

Casteel se movió un poco para quedar parcialmente delante de mí mientras un grupo de hombres aparecía en el umbral de la puerta. El hombre de pelo pajizo que caminaba en el centro, alto y ancho de hombros, llamó mi atención. Por instinto supe que este era el hombre al que se había referido Casteel.

El hombre, cuya abundante melena rubia rozaba una mandíbula cuadrada y dura, parecía mucho mayor que Casteel. Si era mortal, cosa que dudaba, lo hubiese descrito como alguien de mediana edad. No me dio la impresión de que fuese el padre de Casteel. No se parecían en nada, aunque supuse que eso tampoco significaba gran cosa.

Vino hacia nosotros. La gruesa capa que llevaba, salpicada de nieve medio derretida, se abrió para revelar una túnica negra con dos líneas doradas solapadas delante del pecho. Cuando se acercó, me costó un mundo no soltar una exclamación. No fue por los pálidos ojos azules que asociaba con los *wolven*. Fue por la profunda hendidura en medio de su frente, como si alguien hubiera tratado de abrirle la cabeza. Precisamente yo sabía bien que no debían sorprenderme las cicatrices. La vergüenza reptó por mi garganta cuando aparté la mirada. No era que la lesión fuese fea. El hombre era apuesto de un modo rudo que me recordaba a un león. Solo era que resultaba sorprendente ver a alguien, un posible *wolven*, con cicatrices. De un modo vago, noté que Kieran se acercaba para quedarse de pie detrás de mí.

—Por los dientes de los dioses, ¿qué demonios está pasando aquí? — exigió saber el hombre. El aire que había aspirado se me atascó en la garganta y mis ojos volaron hacia él. Su voz... me sonaba muy familiar—. ¿Quiero saberlo siquiera? —continuó, las cejas arqueadas al ver la sangre en la pared. Los hombres que habían llegado con él se movían por la mesa, saludando a unos y otros. Todos excepto uno. Era más bajito que Casteel y más compacto.

Su pelo, una mata de ondas castaño rojizas; sus ojos, de un dorado brillante, como los de Casteel. Permaneció cerca del hombre y sus ojos parecían vigilar cada una de mis respiraciones.

—Solo he estado redecorando un poco —repuso Casteel, y el *wolven* se rio entre dientes mientras le estrechaba la mano.

Noté una punzada en el pecho otra vez, un tirón de mi corazón. Su risa... era rasposa y ruda, como si su garganta no supiese muy bien qué hacer con esa emoción. Como la de Vikter. Se me comprimió el corazón. Por eso me sonaban familiares su voz y su risa.

- —No te esperaba tan pronto, Alastir —dijo Casteel.
- —Cabalgamos sin descanso para adelantarnos a la tormenta que viene hacia aquí. —Los ojos de Alastir se deslizaron más allá del príncipe, hasta mí. La curiosidad se desplegó por su rostro, pero no el rubor de la ira ni la frialdad del desagrado—. Entonces, esta es ella, ¿no?

—Lo es.

Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando la mirada de Alastir bajó más allá de mi rostro. Ladeó la cabeza y tardé un instante en darme cuenta de que estaba mirando mi cuello.

¡El maldito mordisco!

Mi trenza había resbalado para dejar mi cuello al descubierto.

La piel de alrededor de la boca de Alastir se tensó y deslizó la mirada de vuelta hacia Casteel.

—Me da la sensación de que han ocurrido muchas cosas desde la última vez que hablamos.

¿Había estado Alastir con el padre de Casteel cuando se marchó de New Haven para hablar con él? Si era así, ¿dónde estaba el rey?

- —Han cambiado muchas cosas —contestó Casteel—. Incluida mi relación con Penellaphe.
- —¿Penellaphe? —repitió Alastir, sorprendido, una ceja arqueada—. ¿Llevas el nombre de la diosa de la sabiduría, la lealtad y el deber?

Como no podía quedarme ahí plantada sin más e ignorarlo, asentí.

- —Un nombre muy apropiado para la Doncella, supongo —comentó, con una leve sonrisa.
- —No pensarías lo mismo si la conocieras —repuso Casteel, y tuve que apretar los labios para contener mi propia contestación cortante.
- —Entonces, no puedo esperar a hacerlo. —La sonrisa de Alastir se volvió más tensa.

—Pues tendrás que esperar un poco más. —Casteel me miró de reojo. Sus ojos se cruzaron con los míos solo un instante, pero fue tiempo suficiente para hacerme saber que le gustaría que no desmintiera lo que iba a decir a continuación—. Penellaphe estaba a punto de retirarse.

Kieran dio un paso hacia mí, luego puso una mano sobre mis riñones para animarme a andar. Reprimí el impulso de negarme, pues tenía el suficiente sentido común para percatarme de que Casteel no me quería cerca de este hombre. Y lo más probable era que hubiese una buena razón para ello.

Eché a andar, muy consciente de las miradas que me seguían. Estaba a medio camino de la puerta cuando oí a Alastir preguntar:

- —¿Es sensato dejar que la Doncella se pasee por ahí con libertad? Me detuve…
- —Sigue andando —masculló Kieran en voz baja. El mango del cuchillo que había robado se me clavó en la palma de la mano.
- —Lo que no sería sensato es impedírselo —repuso Casteel con una carcajada, y me costó un esfuerzo supremo no lanzarle el cuchillo.

Kieran se mantuvo pegado a mí cuando pasamos entre los hombres que habían vuelto a montar guardia al lado de las grandes puertas de madera. Mientras caminaba, me dije que no debía levantar la vista, pero mis ojos se alzaron de todos modos al pasar por al lado del cuerpo empalado del Sr. Tulis.

Una intensa presión atenazó mi pecho. Su esposa y él habían acudido al duque y a la duquesa de Teerman para suplicar poder conservar a su tercer hijo, el único que les quedaba con vida, un niño que había estado *destinado* a entrar al servicio de los dioses durante el Rito. Aquel día, percibí su profundísimo dolor y desesperación, e incluso sin mi don me hubiera sentido afectada. Tenía pensado hablarle de su caso a la reina. Intentar hacer algo, aunque no consiguiese nada.

Pero habían huido. Toda la familia, su mujer y su bebé, habían tenido la oportunidad de vivir una nueva vida. Y él había aprovechado esa oportunidad para infligir lo que hubiese sido la herida que acabaría con mi vida de no haber sido por Casteel.

Quería gritar. Quería chillar «¿Por qué?», mientras miraba su rostro pálido y la sangre seca que manchaba su pecho. ¿Por qué había hecho esa elección? Lo había tirado todo por la borda a cambio de una efímera sensación de desquite. Contra mí, que no les había hecho nada, ni a él ni a su familia. Al final, nada de eso había importado. Ahora, su hijo tendría que crecer sin un padre.

Aunque al menos viviría. Si hubiese sido entregado en el Rito, seguramente le hubiese aguardado un futuro peor que la muerte. No tenía ni idea de cuánto tiempo sobrevivían los terceros hijos e hijas en esos templos. ¿Se... alimentarían de ellos de inmediato? ¿Incluso de bebés? ¿Cuando eran niños pequeños? Los terceros hijos e hijas se entregaban todos los años, mientras que los segundos hijos e hijas se entregaban a la Corte entre los trece y los dieciocho años. Ellos sobrevivían; bueno, la mayoría de ellos. Algunos morían en la Corte como consecuencia de una enfermedad de la sangre que se los llevaba durante la noche. Casteel había dicho que los vamprys tenían problemas para controlar su sed de sangre, así que ahora dudaba de que existiera una afección real que acabara con sus vidas. Debía de ser más bien como lo que le había ocurrido a Malessa Axton, a la que habían encontrado con un mordisco en la garganta y el cuello roto. Jamás se confirmó, pero yo estaba segura de que la había matado lord Mazeen, un Ascendido, y que luego había dejado su cuerpo ahí tirado, medio desnudo, para que cualquiera lo encontrara.

Al menos lord Mazeen no le hará daño a nadie más, me dije, al tiempo que una salvaje oleada de satisfacción me recorría de arriba abajo. Me acordaba muy bien de la mirada de estupefacción grabada en su cara cuando le corté la mano. Jamás pensé que me alegraría de matar a alguien, excepto a un Demonio, pero lord Mazeen me había demostrado lo equivocada que estaba.

Mi violenta alegría se terminó de sopetón cuando volvieron a invadirme pensamientos sobre los niños. ¿Cómo podía nadie, mortal o no, hacerle daño a niños pequeños de ese modo? Y llevaban años haciéndolo... cientos de años.

Al darme cuenta de que me había quedado parada, empecé a andar de nuevo. Con el pecho apesadumbrado, ni siquiera me molesté en mirar a Jericho. Por los patéticos gimoteos procedentes de él, supe que seguía vivo.

Creía que todo el mundo merecía dignidad a la hora de morir, incluso él, pero no sentí ni un ápice de empatía por lo que se había buscado él solito.

- ¿Y Landell? ¿Sentía pena por él? No demasiada. ¿Qué decía eso acerca de mí?
 - —¿Quién era ese hombre? —pregunté, porque no quería pensar en eso.
- —Se llama Alastir Davenwell. Es el consejero del rey y la reina. Un amigo íntimo de la familia. Más como un tío para Casteel y Malik —explicó Kieran. Di un pequeño respingo ante la mención del hermano de Casteel.
- —¿Por eso no quería Casteel que me quedara? ¿Porque Alastir es consejero de sus padres? ¿O porque él también querrá cortarme en pedazos?

- —Alastir no es un hombre propenso a la violencia, a pesar de la cicatriz que lleva. Y aunque conoce su lugar con respecto al príncipe, es leal al rey y a la reina. Hay cosas que Casteel no querría que llegaran a oídos de su padre o su madre.
 - —¿Como ese ridículo asunto de la boda?
- —Algo así. —Kieran cambió de tema cuando doblamos la esquina y entramos en la zona común, donde el aire estaba libre del hedor a muerte—. ¿Sientes compasión por el mortal? ¿El que Cas ayudó a escapar de los Ascendidos junto con su familia?

Cas.

Por todos los dioses, sonaba como un apodo muy inocuo para un hombre tan peligroso.

Miré de reojo a Kieran cuando entramos en la estrecha escalera. Cuando pasó delante de mí, vi que no llevaba su espada corta ni su arco. Sin embargo, no estaba indefenso en absoluto, teniendo en cuenta lo que era. Ni siquiera me molesté en intentar huir. Sabía bien que no daría más de un paso. Los *wolven* eran superrápidos.

Kieran se paró sin previo aviso y se giró de un modo tan repentino que retrocedí hasta chocar con la pared. Dio un paso hacia mí e inclinó su cabeza hacia la mía. Tensó todos los músculos mientras aspiraba una profunda bocanada de aire.

¿Me estaba...?

Bajó la cabeza, el puente de su nariz rozó mi sien. Inspiró de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —Me aparté con brusquedad hacia un lado para poner algo de espacio entre nosotros—. ¿Me estás *oliendo*?

Kieran se enderezó, entornó los ojos.

- —Es solo que... hueles diferente.
- —Eh... —Arqueé las cejas—. Vale. No sé qué decirte al respecto.

No pareció oírme, pero sus ojos se iluminaron.

- —Hueles a...
- —Si vuelves a decir que huelo a Casteel, te voy a dar un puñetazo en la cara —prometí—. Fuerte.
- —Sí que hueles a él, pero no se trata de eso. —Negó con la cabeza—. Hueles a muerte.
 - —Guau. Gracias. Pero si es así, no es culpa mía.
- —No lo entiendes. —Kieran me miró un segundo más y luego dio media vuelta para retomar el ascenso de las escaleras.

No, no lo entendía. Y en realidad, tampoco quería hacerlo.

Olisqueé la manga de mi túnica. Olía a... carne asada.

- —Antes, dijiste que no sentías compasión por ninguno de ellos comentó, mientras lo seguía.
- —Eso no ha cambiado —dije—. Querían matarme. —Llegamos al rellano de la escalera y salimos a la pasarela cubierta. Un aire frío y húmedo nos recibió—. Pero no puedo evitar sentir pena por el Sr. Tulis.
 - —No deberías.
- —Bueno, pues lo hago. —Tiritando, pegué la barbilla al cuerpo para protegerme de una violenta ráfaga de viento—. Le dieron una segunda oportunidad y la tiró por la borda. Siento pena por esa elección y por su esposa y su hijo. Y supongo que siento pena por las familias de todos los que están ahora mismo clavados a esa pared.

Kieran se colocó a mi lado para soportar la mayor parte del azote del viento.

- —La pena por las familias es justificada. —Me paré, sorprendida, pero no dije nada—. ¿Qué?
 - —Nada —murmuré. Se rio en voz baja.
 - —¿Crees que no soy capaz de sentir compasión?

Me asomé para mirar el patio a nuestros pies. Una delgada capa de nieve relucía a la luz de la luna. Más allá, no vi nada excepto la densa oscuridad de los bosques que parecían querer engullirnos. Era extraño mirar hacia fuera y no ver un Adarve, esas murallas, a menudo enormes, construidas con piedra caliza y hierro extraído de los Picos Elysium. El tranquilo pueblo de New Haven tenía uno, pero era mucho más pequeño que los que estaba acostumbrada a ver tanto en Masadonia como en Carsodonia.

- —No sé de lo que eres capaz —admití. Toqué la madera fría de la barandilla cuando el viento arreció y levantó los mechones más cortos de mi pelo que habían escapado de mi trenza—. Apenas sé nada de los *wolven*.
- —Mi lado animal no cancela mi lado mortal —repuso—. No soy incapaz de sentir emociones.

Lo miré de soslayo.

- —No quería decir eso. Es solo… —Dejé la frase a medio terminar. ¿Qué había querido decir?—. Supongo que *sí* quería decir eso. Lo siento.
- —No tienes por qué disculparte. No es como si hubieras conocido a muchos *wolven* —razonó.
- —Sí, pero eso no es excusa. —Agarré la barandilla con una mano—. Hay muchas personas diferentes, de sitios diversos, a las que no conozco y de las

que no sé nada. Eso no significa que esté bien hacer suposiciones acerca de ellas.

—Cierto —convino, y casi sentí vergüenza. ¿Cuántas veces había hecho suposiciones sobre los atlantianos? ¿Los Descendentes? Los prejuicios se enseñaban y se aprendían. Tal vez no fuese mi culpa, pero eso no lo hacía aceptable.

Sin embargo, ni una sola persona de esa mesa había movido ni un músculo cuando Casteel mató a Landell. ¿Qué decía eso acerca de ellos?

- —¿Lo que ha pasado esta noche es habitual?
- —¿Qué parte? ¿La proposición de matrimonio o la cirugía a corazón abierto?

Fulminé a Kieran con la mirada.

—Landell.

Me estudió durante un momento y después deslizó los ojos hacia el patio y los árboles.

—No demasiado. Aunque todavía no lo veas o no quieras verlo, Cas no es un tirano asesino. En verdad, es raro que alguien lo cuestione. No porque lo que hace o deja de hacer sea siempre razonable, sino porque no tiene problema con ensuciarse las manos de sangre para reafirmar su autoridad para lograr lo que quiere o para mantener a salvo a las personas que le importan.

Sentí cierto alivio al saber que Casteel no arrancaba corazones de pechos con frecuencia. Eso era bueno... suponía. Aunque no me atrevía a creer que entraba en la categoría de personas que le importaban, sí era alguien a quien necesitaba.

—Lo que hizo Cas no tenía que ver con que Landell lo cuestionara. — Kieran giró el cuerpo hacia mí—. No era tan simple como que Landell no fuese capaz de entender cómo o por qué el príncipe te elegiría a ti. Ni siquiera tenía que ver con el hecho de que desafiara a Cas. Los atlantianos y los wolven hacen cualquier cosa por proteger su hogar, y estaba claro que Landell te veía como una amenaza para el suyo —me explicó Kieran, y me pregunté qué tenía yo que ver con la preocupación de Landell de que su tierra se estuviera quedando pequeña e inútil—. Cas ha tenido razón al hacer lo que hizo. De no haber actuado así, Landell hubiese lanzado esa daga que había sacado. Habrá otros que quieran hacer lo mismo.

El miedo se asentó en mis huesos.

- —Entonces, ¿Landell era otra advertencia? ¿Cuántas advertencias tendrá que haber?
 - —Tantas como sean necesarias.

- —¿Y eso no te molesta? Algunos de ellos son amigos tuyos, ¿no?
- —Si alguien es lo bastante idiota para insultarte y amenazarte delante de Cas, es muy probable que sea alguien no especialmente próximo a mí en primer lugar.

Estuve a punto de reírme ante su comentario, pero nada de aquello tenía gracia.

- —Todo el mundo parece tan lleno de emoción un momento y, después, de una apatía total al siguiente…
- —¿No has intentado percibir mis emociones para saber lo que estoy sintiendo? —preguntó Kieran. Eso también fue inesperado. Giré la cabeza hacia él.

Entonces recordé que Kieran había estado ahí cuando utilicé mi don para aliviar el dolor de un guardia moribundo. Aun así, era raro hablar de ello con alguien después de pasar tanto tiempo forzada a ocultar mis habilidades y nunca hablar de ellas.

- —Cas me contó que al principio solo podías sentir y aliviar el dolor. Pero también dijo que eso ha cambiado.
- —Ha cambiado —confirmé, con un asentimiento—. Hace poco. No sé por qué. Le pregunté a la duquesa acerca de ello, porque pensé que tal vez la primera Doncella había sido capaz de hacer lo mismo. —La tensión reptó por mi cuello. La duquesa de Teerman me había dicho que el don de la primera Doncella había evolucionado, de percibir el dolor a leer las emociones, y que esa evolución se debía a que estaba cerca de su Ascensión, como lo había estado yo. En realidad, se sabía muy poco sobre la primera Doncella; ni siquiera su nombre o en qué época vivió. Pero la duquesa había insinuado que el Señor Oscuro la había matado.

Casteel.

Me estremecí y no creí que tuviera nada que ver con el frío.

- —No he intentado leer tus emociones. Trato de no hacerlo, porque parece una cosa invasiva.
- —Tal vez sí que sea una violación de la privacidad —afirmó—. Pero también te daría ventaja cuando tratas con otras personas.

Podría ser.

- —¿Crees que se lo ha contado a alguien? —pregunté.
- —¿Cas? No. Cuanto menos sepan los demás de ti, mejor —contestó. Arqueé las cejas—. No sé de ningún atlantiano vivo que pueda percibir lo que sienten otras personas.
 - —¿Y eso qué significa?

—Todavía no estoy seguro. —Retomó su camino—. ¿Vienes? ¿O piensas quedarte aquí fuera y convertirte en cubito de hielo?

Con un suspiro, me separé de la barandilla y fui hasta donde esperaba delante de la puerta. Sacó una llave de su bolsillo.

- —Tu habilidad te resultaría muy útil para tratar con Cas.
- —No tengo ninguna intención de tratar con él.

Apareció una sonrisita mientras sujetaba la puerta abierta para mí. Entré en la habitación, calentada por el fuego de la chimenea.

—Pues él tiene toda la intención de tratar contigo.

Todavía con el cuchillo para la carne oculto debajo de mi túnica, me giré hacia Kieran.

- —Quieres decir que tiene toda la intención de utilizarme.
- —Eso no es lo que he dicho, Penellaphe —me corrigió, con la cabeza ladeada.
- —¿Por qué no? ¿De verdad crees que ha renunciado a salvar a su hermano? Yo no. Incluso dijo que soy la favorita de la reina —escupí, las últimas palabras ácidas en mi lengua—. Este matrimonio tiene que ser parte del plan para recuperar a su hermano. Aunque por qué no lo admitió sin más en la mesa, no tengo ni idea.
 - —No creo que ninguno de los dos sepa la verdad.
- —¿Qué se supone que significa eso? —pregunté, la espalda tiesa de repente.

Kieran me miró con intensidad. Se quedó callado tanto tiempo que la inquietud en mi interior se triplicó.

—Te contó la verdad acerca de los Ascendidos, ¿verdad?

No estaba segura de qué tenía que ver nada de esto con lo que él había dicho, pero aun así respondí.

- —Los Ascendidos son… *vamprys*, y todo lo que me han enseñado jamás, lo que cree todo el mundo en Solis, es mentira. Los dioses nunca bendijeron al rey Jalara y la reina Ileana. Los dioses ni siquiera son…
- —No, los dioses son reales. Son *nuestros* dioses y ahora descansan —me corrigió—. Sabes que los Ascendidos no han sido bendecidos. Están tan malditos como los mordidos por un Demonio. Excepto que sus cuerpos no se descomponen. Todo eso lo sabes, pero ¿lo comprendes?

Sus palabras fueron como un puñetazo en el pecho.

- —Mi hermano... —Me interrumpí. No necesitaba hablar de Ian—. Lo comprendo.
 - —¿Y crees lo que Cas te contó sobre los Ascendidos?

Contemplé el fuego, sin contestar. Por un lado, había visto pruebas de lo que afirmaba Casteel. Las había visto grabadas en su piel. Los Ascendidos habían mantenido cautivo a Casteel antes de llevarse a su hermano. Lo habían torturado, forzado a hacer cosas y tomar parte en actividades que sabía que eran absolutamente horripilantes, según los pocos detallitos que había compartido conmigo. Lo que sentía cuando pensaba en aquello era demasiado pesado y dañino para llamarlo aflicción. Y el dolor de mi corazón era solo el principio, pues sabía que al hermano de Casteel lo habían capturado mientras lo liberaba a él.

Podía estar furiosa con Casteel.

Podía incluso odiarlo.

Pero eso no significaba que no quisiera gritar por toda la agonía que había experimentado Casteel y por lo que seguro que su hermano estaba sufriendo en esos mismos momentos.

¿Quería eso decir que todos los Ascendidos eran malvados? ¿Todos y cada uno de ellos, incluido mi hermano? Yo creía en las cosas de las que veía pruebas. Pero Casteel... no podía confiar más que en la mitad de las cosas que salían por su boca, y no era como si todos los atlantianos fuesen inocentes.

- —Si le crees, entonces... ¿por qué te resistes? ¿A qué quieres volver? preguntó Kieran, y mis ojos volaron hacia los suyos—. ¿No es eso lo que estás haciendo al rechazar a Cas?
- —Rechazar su proposición de matrimonio no tiene nada que ver con los Ascendidos y todo que ver con él —protesté—. Me ha mentido sobre *todas las cosas*.
 - —No te ha mentido sobre todas las cosas.
- —¿Cómo lo sabes? —lo reté—. Bueno, ¿sabes qué? Ni respondas a eso. No importa. Lo que importa es que planea utilizarme como moneda de cambio con las mismísimas personas que le hicieron todas esas cosas horribles a él y a muchos más. Planea entregarme a gente que lo más probable es que me use como bolsa de sangre hasta que muera. E incluso *si*, por alguna remota posibilidad, esos planes han cambiado, solo lo han hecho porque se ha dado cuenta de que soy en parte atlantiana. ¿Qué mejora eso? ¿Por qué querría casarme con él?
- —¿Por qué querría él casarse con alguien que planea utilizar como moneda de cambio? —inquirió Kieran.
- —¡Exacto! —Exasperada, apreté los labios con fuerza mientras mis ojos se perdían en la oscuridad de la noche detrás de Kieran—. Ni siquiera sé por qué estamos teniendo esta conversación.

Se quedó callado de nuevo.

- —Lo desafías como si no tuvieras ningún miedo, incluso después de todo lo que has visto...
- —¿Debería tenerle miedo? —pregunté. Una parte de mí, de una estupidez increíble, casi no quería conocer la respuesta. Le había confiado a Hawke mis secretos, mis deseos, mi cuerpo, mi corazón, mi... vida. Le había confiado *todo*, y nada en él había sido real. Ni siquiera el nombre de Hawke.

Me había tambaleado y tropezado hacia sus brazos, y lo que me daba miedo era que seguiría cayendo en sus redes a pesar de su traición. *Eso* es lo que me daba miedo.

—Ha hecho cosas que algunos encontrarían imperdonables. Cosas que atormentarían tus sueños y te provocarían pesadillas mucho rato después de despertarte. Puede que odie que lo llamen el Señor Oscuro, pero es un nombre que se ha ganado a pulso. —Los ojos pálidos de Kieran se cruzaron con los míos y un escalofrío se abrió paso por mi columna—. Pero él es lo único en todos los reinos a lo que tú, y solo tú, no tienes que tenerle miedo nunca.

Capítulo 3



Si el objetivo de las palabras era tranquilizarme, habían conseguido justo lo contrario.

Caminé de arriba abajo por delante de la estrecha ventana que era demasiado pequeña para escapar por ella. Tenía los ojos clavados en la puerta. Kieran la había cerrado con llave por fuera.

Igual que una celda.

Cerré los puños con fuerza al dar otra pasada por delante de la ventana, la ira mezclada con la sempiterna inquietud. No era por lo que había dicho Kieran de que Casteel se había ganado el título de Señor Oscuro. Después de la frialdad y la eficiencia con que había matado a Phillips, el guardia que había viajado con nosotros desde Masadonia, ya sabía cómo había acabado con semejante apodo. Ver cómo liquidaba a Landell fue solo otra prueba más de que podía matar sin vacilar. Y de que lo haría. Pero...

Me paré de repente. Yo también era capaz de matar sin demasiadas reticencias. ¿No lo había demostrado con lord Mazeen? Cuando Jericho y los otros vinieron por mí, había estado dispuesta a matar. Mis ojos bajaron hacia mis manos. Ellas también estaban manchadas de sangre, y no podía afirmar que había sido solo en defensa propia y la necesidad de sobrevivir. Lord Mazeen se merecía el final que tuvo. El Ascendido había sentido el mismo deleite perverso que el duque cuando llegaba la hora de mis *lecciones*, pero cuando me volví contra él, no fue porque me hubiera atacado. Había insultado a Vikter momentos antes de que mi guardia y amigo respirara su último aliento, y no sentía ni un ápice de culpabilidad por cómo había manejado la situación. Aunque no fuese un *vampry*, seguía siendo un monstruo. Tal vez

fuese por eso que no estaba escandalizada por lo que había hecho Casteel en el comedor.

Y era muy probable que eso significara que había algo defectuoso en mí. Fuera como fuese, era lo que había dicho Kieran antes de cerrar la puerta lo que me tenía enfadada.

Que Casteel era la única persona a la que nunca tenía que tenerle miedo.

Kieran no podía estar más equivocado.

Entonces miré hacia la cama y noté un vahído, como si estuviese de pie al borde de un Adarve. Casi podía vernos, nuestros brazos y piernas entrelazados y nuestros cuerpos unidos. Una punzada de deseo recorrió todo mi ser cuando toqué la marca de la mordedura en mi cuello. Me estremecí, luego busqué un rescoldo de disgusto o incluso de miedo. No encontré ninguno.

Me había mordido.

Y su mordisco había dolido, pero solo al principio, y solo unos segunditos. Después, había sido... había sido como ahogarse en calor líquido. Jamás en mi vida había sentido nada tan intenso; ni siquiera había sabido que algo así fuera posible. Sin embargo, no habían sido los efectos del mordisco los que habían conducido a lo que habíamos hecho en el bosque mientras la nieve caía a nuestro alrededor y sobre nosotros. Nuestros cuerpos se habían unido debido a mi atracción hacia él. Porque lo que sentía por él había sido mayor que la verdad de qué y quién era. Y eso era lo que causaba esta necesidad de comprender cómo había llegado a este punto en su vida y por qué estaba haciendo lo que hacía ahora. Era lo que alimentaba este deseo de olvidarlo todo excepto la felicidad que había sentido mientras estaba entre sus brazos, sus labios contra mi piel, y la paz y el compañerismo que experimentaba cuando estábamos simplemente hablando el uno con el otro.

Pero no estaba a salvo con él.

Aunque Casteel jamás levantara una mano contra mí, no podía olvidar lo que era. Lo que había causado. Puede que Vikter no encontrase la muerte a causa de la espada de Casteel, pero la había encontrado en las armas melladas de sus seguidores. ¿Y Loren y Dafina, las damas en espera que habían muerto durante el ataque al Rito? Habían estado nerviosas y emocionadas por Ascender, pero dudaba mucho de que supieran la verdad. No merecían morir como lo hicieron, asesinadas por Descendentes que lo más probable era que no supiesen ni sus nombres. Una vez más, no habían muerto a manos de Casteel, pero el acto se llevó a cabo en su nombre. ¿Cómo podía perdonarle alguna vez todo eso?

Y lo que seguía doliendo cada vez que pensaba en él era que él sabía lo mucho que anhelaba ser libre. Tener la capacidad de simplemente elegir algo, cualquier cosa, por mí misma. Desde algo tan sencillo como ir andando adonde yo quisiera, sin velo, o hablar con quien me viniera en gana; hasta algo tan importante como elegir con quién compartía mi cuerpo. Él sabía lo mucho que eso significaba para mí y estaba intentando quitármelo. Mi corazón se retorció de un modo tan doloroso que me dio la sensación de que alguien me había clavado una daga muy profundo en el pecho.

¿Qué podía sentir por mí? Si es que sentía algo...

Me *dolía* el corazón hasta el alma, como si llorara a alguien que acabara de morir. En cierto modo, *era* así. Lamentaba la pérdida de Hawke, sin importar que todavía viviera y respirara. El Hawke en quien había aprendido a confiar, el hombre con el que había compartido mis secretos había desaparecido. En su lugar estaba ahora el príncipe Casteel Da'Neer, pero todavía me atraía. Todavía sentía ese deseo, esa necesidad y la...

Por eso era la persona más peligrosa en cualquier reino. Porque no tenía ni la más mínima duda de que planeaba utilizarme para liberar a su hermano, y para ello me devolvería a los mismos Ascendidos que lo habían mantenido cautivo a él durante cinco décadas y que ahora retenían al príncipe heredero.

La presión volvió a atenazar mi pecho cuando retomé mis paseos de acá para allá. Mis pensamientos se centraron ahora en la reina Ileana. Mi madre y la reina habían sido buenas amigas. Tanto que, cuando mi madre eligió a mi padre por encima de la Ascensión, la reina lo había permitido. Era algo inaudito. Más excepcional aún era la manera en que la reina había cuidado de mí después del ataque de los Demonios, como si fuese su propia hija. Me había cambiado los vendajes, se había sentado a mi lado cuando sufría pesadillas sobre el ataque, y me había sujetado entre sus brazos cuando todo lo que quería era que me abrazaran mi madre y mi padre. Ella fue la primera en enseñarme a no sentir vergüenza de mis cicatrices cuando los otros ahogaban exclamaciones y susurraban detrás de sus manos enguantadas. Durante aquellos años, antes de que me enviaran a Masadonia, se había convertido más que en mi cuidadora.

Y según Casteel, ella había sido la que lo marcó a fuego con el escudo real.

Recordaba muy bien cómo paseábamos de la mano por los Jardines Reales bajo los cielos salpicados de estrellas. Su paciencia y amabilidad habían parecido interminables, pero aun así, la misma mano que había sujetado la mía había cortado la piel de Casteel. Si lo que él decía era verdad, la misma voz suave que me había contado historias de mi madre de niña, de cómo corría por los mismos senderos por los que nosotras paseábamos, también le había dado a un reino entero nada más que mentiras empapadas en sangre. Si Casteel decía la verdad, la reina había utilizado el miedo que la gente sentía por las criaturas que ella y otros como ella habían creado para controlar a todos los mortales.

Y si eso era verdad, ¿había sabido la reina desde un principio que yo era medio atlantiana?

Por todos los dioses, eso era casi demasiado difícil de procesar. ¿Y qué pasaba con Ian? ¿Cómo podía haber Ascendido? Casteel decía que a Ian solo se lo había visto de noche, así que creía que Ian *sí* había Ascendido. ¿Sería verdad entonces lo que había sugerido alguien durante la cena? ¿Sería Ian solo mi medio hermano? Me resultaba difícil creer que alguno de mis padres hubiese podido tener un hijo con otra persona. El amor que sentían el uno por el otro era... bueno, era el tipo de amor que todo el mundo esperaba encontrar para sí mismo.

O yo podía ser una ingenua tremenda. Porque si Ian no era su hijo, ¿de dónde lo habían sacado? ¿De una cuneta o algo así?

Lo más probable era que Casteel pensara que estaba siendo una tonta.

Tampoco era que me importara lo que él pudiera pensar. Lo que la reina sabía y si Ian era o no mi hermanastro no importaba. Mis ojos regresaron a la puerta de nuevo.

Tenía que escapar.

Incluso con la advertencia que Casteel había dejado colgada en esa sala, era evidente que su gente todavía me veía como la cara visible de los Ascendidos. No creía que Landell hubiese dicho ninguna mentira cuando afirmó que a los atlantianos les importarían un bledo mis antepasados. Y dudaba mucho de que los recién llegados fuesen a querer nada distinto que los otros. Había sonado como que Alastir creía que debería estar en una celda en lugar de paseando por ahí.

Como si se me permitiese hacer algo así.

Y una vez que Casteel me llevara a Atlantia, si de verdad era lo que planeaba hacer, estaría rodeada por ellos y en una posición aún más precaria.

Una diminuta semilla de emoción arraigó en mi estómago al pensar en Atlantia. No podía evitar anhelar ver el reino; era probable que fuese porque apenas había visto nada en toda mi vida. Pero... ¿ver un sitio que se suponía que no existía? Era algo que muy poca gente sería capaz de hacer jamás.

Con un suspiro, aparté esos sentimientos y pensamientos a un lado. No tendría escapatoria si Casteel lograba llevarme a Atlantia.

Kieran había estado equivocado al dar por sentado que me enfrentaba a Casteel para volver con los Ascendidos. Me enfrentaba a él para volver con mi hermano.

Tenía que llegar hasta Ian, pero tenía que hacerlo a mi manera. Si de algún modo lograba vivir lo suficiente para que Casteel me intercambiara por su hermano, solo pasaría de una jaula a otra. Y esa solo podía ser una opción de último recurso. Así que tenía que llegar hasta Ian por mis propios medios.

¿Y entonces qué?

Sabía que no estaría a salvo entre los Ascendidos, pero existían pueblos y ciudades alejados de todo en donde podría intentar ganarme la vida de algún modo.

Despacio, me llevé la mano a la cara, mis dedos encontraron la cicatriz más larga. Sería difícil de disimular, ¿verdad? Pero tendría que intentarlo. Porque me negaba a ocultar mi cara nunca más. No podría vivir así.

Aunque ese era un puente que no podía ni empezar a cruzar hasta que averiguara cómo escapar, cómo llegar hasta la capital y cómo encontrar a Ian sin que me apresaran o me mataran.

Escaparíamos de los Ascendidos juntos. Porque aunque Ian no fuese hermano mío de padre y madre, y aunque hubiese pasado por la Ascensión, no podía ser como los demás. Me negaba a creerlo. Era imposible que se alimentara de personas inocentes y de *niños*. Era imposible que todos los Ascendidos fuesen malas personas. Algunos habían parecido bastante normales.

Pero si no se alimentaban de los terceros hijos e hijas entregados a los dioses durante el Rito, ¿cómo sobrevivían? Necesitaban sangre. Si no, acabarían muriendo de cualesquiera heridas y enfermedades que hubiesen sufrido antes de la Ascensión. Ian estaba sano como un toro, pero le habrían sacado casi toda la sangre antes de alimentarlo con un atlantiano para Ascender. Eso lo hubiese matado y *todavía* podía matarlo si no se alimentaba.

Quería ver con mis propios ojos en qué se había o no se había convertido Ian. Haría todo lo que estuviese en mi mano por ayudarlo. Pero si se había convertido en un monstruo que se alimentaba de otros... de niños... entonces ¿qué? Se me comprimió el corazón, pero respiré hondo, despacio. Sabía lo que tendría que hacer.

Tendría que acabar con eso por él, y lo *haría*. Porque Ian era un alma dulce y amable; siempre lo había sido. Era un soñador, destinado a inventar

historias para el resto de su vida. No destinado a convertirse en un monstruo. Era imposible que hubiese querido convertirse en algo tan horrible. Poner punto y final a su pesadilla sería lo más honorable que podía hacer.

Aunque eso matara una parte de mí.

Mis músculos se tensaron como para entrar en acción y la habitación parecía tres veces más pequeña que antes. No podía pasar ni un momento más ahí dentro con esos pensamientos, sin ser capaz de hacer ni una maldita cosa.

No estaba segura de poder resistirme a Casteel.

Si él tenía razón, no creía que fuese a sobrevivir el tiempo suficiente en Atlantia.

Pero sí podía encontrar a mi hermano.

«Y no pasaré ni un jodido momento más en esta habitación», dije en voz alta. Fui hacia la puerta con sigilo. Me apoyé contra ella y escuché a ver si oía sonidos al otro lado. Al no oír nada, golpeé la madera con los nudillos.

—¿Kieran?

Silencio.

Kieran no estaba montando guardia al otro lado de la puerta. Debía de pensar que estaba a buen recaudo en la habitación. No era como si pudiese tirar la puerta abajo de una patada o salir por esa estúpida ventana inútil. Lo más probable era que pensara que no había forma de salir de ahí. Y no la había, si no tenías un hermano que te hubiese enseñado a forzar cerraduras.

Mis labios se curvaron en una sonrisa. Di media vuelta, agarré el cuchillo de carne de encima de la mesa y volví a la puerta. La hoja era gruesa cerca del mango, pero el borde era lo bastante fino como para caber en la cerradura.

Arrodillada, deslicé la punta dentro del ojo de la cerradura. Ian me había enseñado a menear el cuchillo, aplicar presión a la derecha y luego a la izquierda, e insistir hasta oír el suave *clic*. Antes de solicitar que me trasladaran a la parte más vieja del castillo de Teerman con el viejo acceso de servicio que me permitía ir de acá para allá sin que me vieran, a menudo me encerraban en mis habitaciones mientras a Ian le permitían salir para ir a clase, para jugar o para hacer mil cosas más. Nunca me había contado cómo había aprendido a forzar cerraduras, pero pasó muchas, muchas tardes enseñándome a hacerlo.

«Tienes que ser paciente, Poppy», me decía, arrodillado a mi lado mientras yo apuñalaba el ojo de la cerradura con el cuchillo. Se había reído y había puesto su mano sobre la mía. «Y suave. No puedes atacar la cerradura como si fueses un ariete».

Así que fui paciente y suave. Meneé el cuchillo hasta que oí el leve chasquido de la punta al encontrar el perno. Agarré el mango con la otra mano y solté el aire despacio cuando el mecanismo cedió un poco. Forcé a mi mano a moverse con calma mientras giraba en sentido antihorario.

El picaporte giró y la puerta se abrió una rendija. El aire frío se coló en la habitación cuando me asomé al exterior para echar un vistazo a la pasarela desierta.

Me invadió una oleada de euforia, pero aun así cerré la puerta de nuevo y miré a mi alrededor por la habitación. Mi bolsa de cuero ya estaba empacada con los escasos enseres que había llevado conmigo. Hice ademán de ir a por ella, pero mis ojos se desviaron hacia la cama, hacia el camisón de franela que alguien me había dejado para dormir. Lo agarré y empecé a meterlo en la bolsa cuando vi sobre la cama la funda que solía llevar atada al muslo. Me la até a toda prisa y metí el cuchillo dentro; respiré hondo para superar la punzada de pena que sentí al pensar en mi daga de hueso de *wolven* y heliotropo. ¿Podría estar todavía tirada en el establo, perdida debajo de montones de paja y heno?

Metí el camisón a presión en la bolsa, luego pasé la correa por encima de mi cabeza y la crucé delante de mi pecho. Di media vuelta y agarré la gruesa capa revestida de piel. Era marrón oscura, nada vistosa, elegida cuando nos marchamos de Masadonia para que no llamara la atención. La eché sobre mis hombros y noté los dedos firmes mientras abrochaba los botones del cuello, aunque tuviera el corazón acelerado. Me puse los guantes y deseé que hubiera más víveres en la habitación aparte de lo que creía que era licor sobre una mesa debajo de la ventana. Pero ya había pasado tiempo sin comer antes, por lo general cuando el duque de Teerman estaba disgustado por algo que yo había hecho o no hecho. Podía pasarme sin comida también ahora.

No tenía gran cosa en forma de plan, y unos conocimientos muy limitados de los alrededores, pero sabía que ir hacia el este me acercaría a las montañas Skotos. En teoría, Atlantia se encontraba, y prosperaba, más allá de esos picos cubiertos de nieve y esos valles bañados en niebla. Si cruzaba el pueblo, podría seguir la carretera de vuelta a Masadonia, pero eso me llevaría justo a través del Bosque de Sangre. Si iba hacia el suroeste, cruzando los bosques, acabaría por llegar a... ¿cómo se llamaba ese pueblo? Arrugué la nariz mientras intentaba recordar uno de los mapas que había visto en el Ateneo de la ciudad. Había sido viejo, la tinta descolorida, pero tenía un puente dibujado...

Whitebridge, el pueblo del puente blanco.

Whitebridge estaba al sur, aunque no tenía ni idea de lo que tardaría en llegar hasta allí a pie. Maldije mi inexperiencia con los caballos y me puse en marcha. Abrí la puerta. La pasarela seguía despejada, así que salí afuera y cerré la puerta a mi espalda. Podía volver a cerrarla con llave, pero el tiempo que tardaría en hacerlo no merecía los segundos que cualquier otro tardaría en abrirla con la llave adecuada.

Me apresuré hacia la escalera, siempre bien pegada a la pared. Me detuve en la puerta y escuché por si oía señales de vida. Cuando no oí nada, entré y corrí escaleras abajo, con una surrealista sensación de *déjà vu* al llegar al rellano. Me giré hacia la puerta que conducía al exterior, igual que había hecho después de apuñalar a Casteel.

Deseé de todo corazón que esta vez el final fuese diferente. Me puse la capucha de la capa, luego alargué la mano hacia la puerta para abrirla despacio.

Una fina capa de nieve crujió bajo mi bota cuando salí al patio; el sonido era minúsculo pero para mis oídos sonó como un trueno. Aspiré una profunda bocanada de aire y me recordé todas las veces que había salido a hurtadillas al Adarve sin que me viera nadie, o las veces que me había desplazado por el castillo y por la ciudad sin que me pillaran nunca... hasta Casteel.

No iba a pensar en eso ahora mismo. Pensaría en lo bien que se me daba moverme con sigilo, delante de las narices de muchos.

Podía hacerlo.

Mi aliento salía en pequeñas nubecillas de vaho cuando miré a la derecha, hacia los establos. ¿De verdad podía estar la daga de hueso de *wolven* aún ahí?

¿De verdad podía ser tan estúpida como para ir a comprobarlo? ¿Sí?

La daga significaba... bueno lo era todo para mí. Pero Ian era más importante. Mi *libertad* era más importante. Ir a los establos era un riesgo demasiado grande. Habría mozos de cuadra, Descendentes, quizás incluso atlantianos o *wolven*.

No era tan estúpida.

«Maldita sea», musité, al tiempo que me apartaba de la pared. Corrí hacia las sombras, los faldones de mi capa ondeaban tras de mí mientras trataba de evitar las antorchas y su resplandor mantecoso.

Ni siquiera me había dado cuenta de que había logrado llegar al bosque hasta que la luz plateada de la luna se fragmentó y me dejó justo la luz suficiente como para no estamparme contra un árbol. No aflojé el paso. Corrí

más deprisa de lo que lo había hecho jamás, y mantuve el ritmo para poner la máxima distancia posible entre la fortaleza y yo. Cuando mi bota se enganchó con una raíz descubierta, caí con violencia y mis rodillas rebotaron contra el suelo helado, pero me levanté otra vez y seguí corriendo un poco más, haciendo un esfuerzo por soportar el dolor, el frío y el aire húmedo que escocía en mis mejillas. Corrí hasta que el dolor mortecino de mi costado se convirtió en una intensa punzada que me obligó a ir más despacio. Para entonces, no tenía ni idea de lo lejos que había llegado, pero los árboles ya no estaban tan juntos y el suelo cubierto de nieve estaba inmaculado.

Jadeando, me froté el costado y seguí adelante. No podía haber más de un día a caballo entre New Haven y Whitebridge. ¿Cuánto sería eso a pie? Día y medio, quizás dos si descansaba un rato. Una vez que llegara, podría encontrar al siguiente grupo que viajara hacia la capital. Quizás tuviera un golpe de suerte y no tuviese que esperar demasiado. Pero ¿si no? Tendría que apañarme, aunque la preocupación real era si Whitebridge estaría tan controlado por los Descendentes como lo estaba New Haven. Si fuera así, ¿sabrían quién era yo? No lo creía. Muy poca gente sabía que tenía cicatrices. Aunque si Casteel hacía correr la voz, igual que harían los Ascendidos cuando no llegáramos a nuestra siguiente parada, me reconocerían. Por lo que sabía, parar en Whitebridge no había entrado en nuestros planes, aunque los planes compartidos con la duquesa no habían sido reales. Sí, pero ¿podía usar mi identidad? Si pudiera demostrar que era la Doncella a cualquiera de los mortales o, si fuese posible, a un Ascendido, entonces estaba segura de que podría conseguir pasaje hasta la capital. Y una vez que estuviera dentro, podría escapar. Sería un riesgo, pero nada de todo esto era seguro. Solo los dioses sabían qué vivía en estos bosques. Con la suerte que vo tenía, lo más probable era que fuese una familia cascarrabias de osos muy grandes y muy hambrientos. En cualquier caso, jamás había visto a un oso, o sea que sería una imagen bastante impresionante de ver justo antes de que me arrancara la cara de un mordisco. Aunque al menos dudaba...

El chasquido de una rama me hizo detenerme mientras trepaba por encima de un árbol caído. Bajé la vista pero no vi nada aparte de nieve suave y pinocha desperdigada. Contuve la respiración con la carne de gallina mientras aguzaba el oído para ver si detectaba más sonidos. Me llegó el ruido de otro crujido, más cerca esta vez. Me provocó un escalofrío receloso.

Giré en redondo y escudriñé los árboles, sus ramas bajas, lastradas por la nieve y el hielo. ¿Sería esa la causa del sonido? ¿Ramas que se rompían? Di una vuelta entera, más despacio esta vez, los ojos acuosos por el aire frío.

Giré la cabeza hacia la derecha y guiñé los ojos hacia las sombras más densas y oscuras, donde la luz de la luna apenas penetraba. Metí la mano entre los pliegues de mi capa y saqué el cuchillo de carne. Deseaba de todo corazón que no fuese un oso. No quería tener que matar al úrsido. Casi me reí porque dudaba de que mi cuchillo fuese a hacer gran cosa contra un oso. Todos mis músculos se tensaron cuando la sombra se deslizó para salir de la penumbra. Di un brusco paso hacia atrás al registrar su tamaño, casi tan alto como un hombre, su pelaje pardo espolvoreado de nieve.

Se me cayó el alma hasta la punta de mis congelados pies cuando el *wolven* vino hacia mí, acechante, sus músculos duros y abultados debajo de su espeso pelaje pardo.

Kieran.

—Maldita sea —gruñí, y noté sabor a furia en la parte de atrás de mi garganta.

Guiñó las orejas mientras trepaba hasta la mitad del árbol caído, desgarrando la madera con las garras de sus patas delanteras. Bajó la barbilla, esos pálidos ojos azules alerta mientras nos mirábamos. Supuse que esperaba a que huyera, pero sabía que eso no acabaría bien para mí. La sensación de impotencia, de lo injusto que era aquello casi me hizo caer de rodillas.

Pero me mantuve firme.

No me daría por vencida.

El mango del cuchillo se me clavó en la palma de la mano enguantada al tiempo que mi corazón se estampaba contra mis costillas.

- —No voy a volver a la fortaleza —le dije a Kieran—. Tendrás que obligarme a hacerlo y no te lo voy a poner fácil. Voy a pelear contigo.
- —Si buscas pelea... —Llegó una voz que hizo que un escalofrío bajara rodando por mi columna y luego se extendiera por toda mi piel. Giré la cabeza hacia el sonido a toda velocidad—... tendrás que pelear conmigo, princesa.

Capítulo 4



Casteel, vestido todo de negro, lucía imponente recortado contra la nieve mientras caminaba hacia mí.

Se detuvo al lado de Kieran y vi que iba armado con sus dos espadas cortas, las empuñaduras de un intenso tono cromado y las hojas de heliotropo color rubí.

El cuchillo que llevaba en la mano jamás me había parecido tan patético como en ese momento.

—Supongo que tendré que añadir «forzar cerraduras» a tu interminable lista de atributos —murmuró Casteel con voz melosa—. Menudo talento tan poco propio de una Doncella. Aunque, claro, tampoco debería sorprenderme demasiado. Tienes muchos talentos poco propios de una Doncella, ¿verdad? —No dije nada, mientras mi corazón daba bandazos dentro de mi pecho—. ¿De verdad creías que podrías escapar de mí? —preguntó Casteel con voz suave.

La ira era mucho más afilada que cualquier cuchillo, mucho más bienvenida que la impotencia.

- —Casi lo hice.
- —Casi no significa nada, princesa. Ya deberías saberlo.

Pues sí, lo sabía.

- —No voy a andar de vuelta a esa fortaleza.
- —¿Preferirías que te llevara en brazos? —se ofreció.
- —Preferiría no volver a ver tu cara nunca más.
- —Vamos, los tres sabemos que eso es mentira. —A su lado, Kieran hizo un ruidito de diversión y me planteé lanzar el cuchillo a la cara del *wolven*—. Haré un trato contigo.

Permanecí alerta mientras Casteel pasaba por encima del árbol caído como si no fuese más que una ramita.

- —No estoy interesada en hacer ningún trato. Solo me interesa mi libertad.
- —Pero no has oído lo que te ofrezco. —Cruzó la mano por delante de su pecho para soltar una de sus espadas—. Lucha conmigo. Si ganas, puedes quedarte con tu *libertad*. —Tiró la espada, de modo que cayó delante de mí. Le eché un rápido vistazo al arma y solté una carcajada; el sonido sonó rasposo contra mi piel.
- —Como si él fuese a dejar que te hiciera ningún daño. —Hice un gesto con la barbilla hacia Kieran. Casteel ladeó la cabeza mientras el lobuno ponía las orejas tiesas.
- —Vuelve a la fortaleza, Kieran. Quiero asegurarme de que Poppy crea que esto es justo.
- —¿Justo? —bufé, mientras Kieran vacilaba un instante y luego se retiraba del árbol caído. Giró con toda la gracia de un animal y se alejó a grandes pasos—. Eres un atlantiano. ¿Cómo puede ser justo luchar contra ti?
 - —O sea que tienes miedo de perder, ¿no? ¿O miedo de luchar contra mí?
- —Jamás —juré. Casteel sonrió con suficiencia y sus ojos centellearon de un ocre ardiente.
- —Entonces lucha contra mí. ¿Recuerdas lo que te he dicho antes? Quiero que te enfrentes a mí. Estoy impaciente, lo anhelo, lo disfruto. Nada de eso era mentira. Pelea conmigo.

Por supuesto que me acordaba de lo que había dicho, pero no había forma humana de vencerlo. Yo lo sabía. $\acute{E}l$ lo sabía. Sin embargo, tampoco había forma humana de que volviera a mi jaula sin resistirme. No cuando me había pasado la vida entera metida en una.

Sin apartar los ojos de él, volví a deslizar el cuchillo en su vaina y solté los botones de la capa para dejarla caer al suelo. Eché de menos su calor de inmediato, pero la prenda sería un obstáculo demasiado grande. Descolgué también la bolsa y la deposité al lado de la capa. Una de las cejas de Casteel trepó por su frente.

- —¿Eso era todo lo que planeabas llevar para escapar? ¿Solo algo de ropa? ¿Nada más? ¿Ni comida ni agua?
- —No podía arriesgarme a que me pillaran hurgando en la despensa, ¿no crees? —Todavía con los ojos clavados en él, me incliné hacia delante y recogí la espada corta. La sujeté con las dos manos. No era ni de lejos tan pesada como un sable, pero incluso tan ligera como era, yo no tenía tanta fuerza en el tren superior como los que entrenaban con ellas durante años.

Vikter me había dejado claro enseguida que sería incapaz de blandir ningún tipo de espada a una mano.

- —Suena más a que este era un plan poco meditado, uno surgido del pánico.
 - —No surgió del pánico. —No del todo. Quizás un poquito.
- —No me lo creo. Eres más lista que esto, Poppy. —Desenvainó la otra espada y la sujetó en alto—. Maldita sea, eres demasiado lista para salir corriendo en medio de la noche sin comida, ni agua, y con nada más que un irrisorio cuchillo de carne como protección. —Cerré los labios con fuerza mientras el ardor de la ira caldeaba mi piel—. ¿Sabes cuánto tardarías en llegar a Whitebridge a pie? Porque ahí es adonde ibas, ¿verdad? ¿Has pensado en el frío que hace en medio de la noche? —preguntó. Un asomo de ira había endurecido su tono—. ¿En algún momento te has parado a pensar en las cosas que podría haber en estos bosques?

Pues no. En realidad, no lo había hecho. Y Casteel tenía razón. Mi plan no era demasiado brillante que se diga.

- —¿Has terminado de hablar ya? ¿O tienes demasiado miedo de que en realidad pueda vencerte y por eso no te callas?
 - —Me gusta oírme hablar.
- —Estoy segura de que sí. —La nieve empezó a caer con más fuerza, girando en espiral por el suelo.
 - —¿Preparada? —preguntó.
 - —¿Y tú?
 - —Siempre.

Mis ojos se deslizaron hacia su espada. La sujetaba apuntando hacia abajo, no en posición de pelea. Eso era un insulto en sí mismo, fuese intencionado o no. Una rabia intensa y ardiente quemó a través de mí y me impulsó a moverme.

Arremetí contra él. Lancé una estocada a su zona media, pero Casteel fue rápido y desvió mi ataque con un simple barrido de su espada.

- —Deberías apuntar a mi cuello, princesa. ¿O la espada pesa demasiado para ti? —Apreté los labios ante la pulla y columpié la espada bien alta. Él la bloqueó y golpeó a su vez, ni remotamente tan deprisa como hubiese podido, visto lo fácil que me resultó ponerme fuera de su alcance—. Has olvidado muchas cosas de las que te dije. —Se acercó acechante y desvió mi siguiente espadazo con un rápido movimiento de defensa.
- —Tal vez haya elegido ignorar lo que fuese que dijeras. —Con los ojos entornados, me desplacé hacia un lado.

- —Sea como sea, te haré un favor y lo repetiré.
- —No es necesario. —Imité sus movimientos a medida que caminaba en círculo alrededor de mí. Él era mucho más diestro con la espada, igual que lo había sido Vikter cuando me entrenaba. ¿Qué me había enseñado? Nunca olvides una de las armas más importantes: el elemento sorpresa.

Casteel siguió mis pasos de cerca.

—A mí me parece que es completamente necesario que me repita, dado tu comportamiento tan imprudente.

Le iba a enseñar lo que era un comportamiento imprudente.

- —Lucha conmigo. Discute conmigo. No te lo voy a impedir. Pero no permitiré que pongas tu vida en peligro. ¿Y esto? ¿Esta noche? Es el epítome de un comportamiento imprudente de los que pone tu vida en peligro.
- —Antes no querías que discutiera contigo —le recordé, sin quitarle el ojo de encima.
- —Porque, como te dije, puedes enfrentarte a mí, pero no cuando pone tu vida en peligro.
 - —¿Así que mi vida estaba en peligro con Alastir?
- —Estaba haciendo lo posible por que ese no fuera el caso. Y sin embargo aquí estoy, asegurándome de que no hayas conseguido que te mataran.
- —Solo porque me necesitas viva, ¿verdad? ¿De qué te serviría una Doncella muerta como herramienta de trueque cuando llegue el momento de liberar a tu hermano?

Casteel apretó los dientes.

- —¿O sea que preferirías que te mataran?
- —Preferiría ser libre —escupí, mientras el viento cruzaba un mechón de pelo por delante de mi cara. Casteel retrajo el labio de arriba para revelar un colmillo.
- —Si crees que correr de vuelta a los brazos de los Ascendidos te va a proporcionar tu libertad, entonces creo que he sobreestimado tu capacidad para pensar con raciocinio.
- —Si crees que eso es lo que planeo hacer, entonces yo he sobreestimado la tuya —repliqué.

Casteel aprovechó para atacar, con violencia. Sospechaba que querría arrancarme la espada de la mano, y si su golpe hubiese dado en el blanco, lo habría conseguido, pero me interpuse en el camino de la hoja. La sorpresa le hizo abrir mucho los ojos y retrajo la espada, como sabía que haría. Muerta, no le servía de nada.

Me colé por debajo de su brazo y giré en redondo al tiempo que lanzaba una patada. Mi bota conectó con su estómago y le sacó una brusca maldición. Me enderecé y columpié mi espada en un gran arco. Casteel se movió hacia un lado, con lo que evitó por los pelos recibir un tajo en el pecho.

- —Buen trabajo —destacó, su voz desprovista de burla alguna.
- —No te he pedido tu opinión.

Su espada conectó con la mía con un repicar de piedra de sangre. Durante varios momentos acalorados, ese fue el único sonido en el bosque mientras lanzábamos estocadas y bloqueábamos golpes. Una fina película de sudor humedeció mi frente a pesar del frío y, aunque tanto correr hacía que mis músculos sollozaran ahora en señal de protesta, me negaba a rendirme.

No era una lucha a muerte. En el fondo de mi mente, sabía que ni siquiera era una lucha por la libertad; daba igual cuál fuese el trato ofrecido por Casteel, jamás me dejaría ir. Era una lucha para ver quién desarmaba a quién primero. Quién hacía sangre al otro primero. Era una lucha para sacar la ira acumulada y la enconada sensación de impotencia que había residido en mi interior durante mucho más tiempo del que me sentía a gusto admitiendo. Y quizás, solo quizás, esa fuese la razón de que Casteel estuviese tolerando esto.

El filo de mi espada estuvo cerca de darle un tajo en la mejilla izquierda cuando la desvió hacia un lado; su bloqueo envió una dolorosa sacudida por mis brazos. Yo ya estaba resollando mientras él no mostraba señal alguna de cansancio.

Se movió a mi alrededor en un círculo lento, su espada baja una vez más.

—¿Te he asustado esta noche? ¿Con Landell? —preguntó. La arrogancia que solía marcar sus facciones se desvaneció para revelar a alguien totalmente distinto—. ¿Por eso has huido? ¿Tienes miedo de mí?

Sorprendida por la pregunta, por la forma en que casi parecía temeroso de oír mi respuesta, bajé la espada un pelín.

Fue un error.

Casteel atacó tan deprisa como un halcón con su presa a la vista. Me agarró del brazo y me hizo girar, de modo que quedé de espaldas a él. Intenté retorcerme, pero su brazo se cerró en torno a mi cintura y tiró de mí hacia atrás contra su pecho. Apretó los dedos sobre mi muñeca para obligarme a abrir la mano. La espada cayó a la nieve.

—Tuve que hacerlo —me dijo. Bajó la cabeza, de modo que su mejilla quedó apretada contra la mía—. Nadie, y quiero decir *nadie*, habla de ti de ese modo. Nadie te amenaza y vive para contarlo.

Mi estúpido y ridículo corazón dio un brinco.

—Qué dulce —dije, y noté que aflojaba el brazo en torno a mi cintura—. Pero has hecho trampa.

Di un tirón hacia un lado y estampé mi codo contra su estómago tan fuerte como pude. Casteel emitió un quejido gutural y me soltó. Giré en redondo para golpearlo a toda velocidad, en lugar de intentar quitarle la espada que todavía sujetaba. Mi puño impactó contra la comisura de su boca. Una punzada de dolor afloró en sus ojos y yo volví a girar, flexionando una pierna mientras columpiaba la otra en un gran arco. Casteel saltó, pero logré conectar con una pierna, que barrí de debajo de su cuerpo. Cayó como un fardo y un grito de victoria brotó de mi interior mientras me levantaba de un salto y me giraba hacia él jadeando.

Casteel dejó caer su espada, se apoyó sobre un codo y se pasó una mano por la boca mientras levantaba la vista hacia mí. El dorso de su mano quedó manchado de rojo y me invadió una sensación de violento deleite. Él me había desarmado primero, pero yo lo había hecho sangrar.

—Solo para que lo sepas, lo haría otra vez. Mataría a un millar de versiones de Landell —afirmó, lo cual diluyó parte de la satisfacción que sentía. Miré de reojo la espada que había dejado caer—. Y no perdería ni un minuto de sueño pensando en ello. Pero tú... tú no tienes por qué tenerme miedo nunca. Jamás.

Mis ojos volaron hacia los suyos. No había ni asomo de suficiencia en sus palabras, ni asomo de burla en sus ojos.

—No te tengo miedo.

Frunció las cejas, confuso, y aproveché el momento para lanzarme a por la espada. Ni siquiera estaba segura de lo que haría con ella una vez que la tuviese en mi poder.

No tuve la oportunidad de descubrirlo.

Casteel me agarró de la cintura, tan silencioso que ni siquiera lo había oído levantarse o venir hacia mí. Me tiró al suelo, pero giró a tiempo de llevarse él la mayor parte del impacto, así que acabé encima de él.

—Esto me recuerda a los establos —murmuró, la boca pegada a la parte de atrás de mi cabeza, y la vulnerabilidad que podía haber habido en su voz hacía unos instantes había desaparecido de un plumazo. Me hizo rodar debajo de él—. Entonces te mostraste igual de violenta que ahora. —Su peso y el calor de su cuerpo contra mi espalda, junto con el frío gélido de la nieve contra mi pecho, fueron un *shock* para mis sentidos. Me quedé aturdida—. La mayoría de las personas no la considerarían una cualidad demasiado atractiva.

—Su voz fue un susurro caliente contra mi oreja, un susurro que invocaba pensamientos de sábanas enredadas y especias exuberantes.

No había ni un milímetro entre nosotros. Podía sentirlo por toda la espalda, por encima de la curva de mi trasero, y donde una de sus piernas estaba metida entre las mías. Su rico aroma y la frescura de la nieve llenaban cada una de mis respiraciones demasiado cortas y demasiado superficiales a medida que hasta el último rincón de mi cuerpo cobraba conciencia del suyo.

- —Pero... —continuó, y su boca rozó mi mandíbula, seguida del roce de unos dientes afilados que me provocaron un escalofrío ilícito por todo el cuerpo. ¿Me mordería? Una especie de presión abrumadora llenó mi pecho y se deslizó más abajo. Me provocó una oleada de incredulidad. ¿De verdad...? ¿De verdad quería que lo hiciera? No. Por supuesto que no. Era imposible. Sus labios se curvaron sobre mi piel, sobre la marca del mordisco aún en proceso de cicatrización—. Yo no soy la mayoría de las personas.
- —La mayoría de las personas no están tan locas como tú —comenté con una voz profunda que no era la mía.
- —Eso no es una cosa demasiado amable de decir. —Me arañó más fuerte con sus afilados dientes, justo por debajo de donde me había mordido. Solté una exclamación ahogada cuando mi cuerpo dio una sacudida—. Y la verdad es que te gusta mi tipo de locura.

La sangre fluyó por mi interior con un ímpetu mareante.

—No me gusta nada de ti.

Casteel se echó a reír mientras deslizaba los labios por un lado de mi cuello.

- —Me encanta cómo mientes.
- —No estoy mintiendo —insistí, al tiempo que me preguntaba si él había empujado mi cabeza hacia el lado o si lo había hecho yo misma. No podía haber sido yo.
- —¿*Mmm*? —Sus labios levitaron por encima del punto en el que mi pulso revoloteaba como loco—. Tu tendencia a la violencia no es algo de lo que debas avergonzarte. No conmigo. ¿No te he dicho ya que me excita?
- —Demasiadas veces —le dije. Me impulsé contra el suelo para quitármelo de encima. Por un breve instante, lo sentí contra mí, sentí la prueba de sus palabras. La tensa respuesta palpitante a esa idea me hizo cuestionarme mi cordura.

Casteel no se había esperado ese movimiento y resbaló hacia un lado... o quizás solo me estuviese siguiendo la corriente. Más bien sería esto último.

Me puse de rodillas a toda prisa y me volví hacia él para lanzarle un violento puñetazo.

Casteel agarró mi mano.

- —Entonces, supongo que sería repetitivo que te dijera lo mucho que me estás excitando ahora, ¿no?
 - —Exacto. Y no sabes lo increíblemente molesto que es.

Me sonrió, sus ojos como dos llamas doradas gemelas.

- —No veas cómo prefiero el combate mano a mano contigo —murmuró, al tiempo que atrapaba mi otra muñeca cuando le lancé otro puñetazo—. Me gusta lo mucho que nos acerca, princesa.
- —¡Hay algo muy equivocado en ti! —le grité, dando alas a mi frustración y mi irritación con él. Conmigo misma.
- —Es posible, pero ¿sabes qué? —Levantó la cabeza del suelo—. Esa es la parte que más te gusta.
- —No hay nada... —Mi respuesta murió en la punta de mi lengua. Debajo de su cabeza, la nieve parecía estar levantándose del suelo, pero eso... no podía ser correcto. Levanté la mirada y me encontré con unas nubecillas blancas y vaporosas que avanzaban con sigilo por la nieve. *Neblina*—. ¿Ves eso?
 - —¿El qué? —Casteel giró la cabeza—. Mierda. Demonios.

Mi corazón se trastabilló.

- —No creí que hubiera Demonios aquí.
- —¿Por qué creías que no los había? —Sus palabras sonaron impregnadas de incredulidad—. Estás en Solis. Hay Demonios por todas partes.
- —Pero aquí no hay Ascendidos —le discutí, mientras la neblina se espesaba y se extendía—. ¿Cómo puede haber Demonios?
- —Aquí solía haber Ascendidos. —Se sentó y me atrajo hacia él—. Se alimentaban, y mucho. Elijah y los otros mantienen a los Demonios a raya, pero con Whitebridge al otro lado de estos bosques y chicas jóvenes y bonitas que corren por ellos a ciegas en medio de la noche, tienen alimento de sobra.
 - —Yo no he corrido por los bosques a ciegas —espeté cortante.
- —Sí que lo has hecho, y ni siquiera se te ocurrió que podía haber Demonios en estos bosques. —Su voz se endureció con un asomo de su ira anterior—. Y todo lo que tenías era un maldito cuchillo para cortar carne. ¿Por qué escapaste, Poppy?

Un chillido agudo me provocó un escalofrío de miedo.

—¿Crees que este es buen momento para tener esta conversación?

—Sí. —Le lancé una mirada de incredulidad—. ¿No? —preguntó, luego añadió un suspiro. Se levantó tan deprisa como el aire y me ayudó a ponerme de pie en el mismo movimiento. Soltó uno de mis brazos, se agachó y pescó la espada que había dejado caer.

Sonó otro chillido agudo, seguido del sonido de ramas que se partían. Se me heló la sangre en las venas.

—Creo...

Sin previo aviso, Casteel tiró de mí contra su pecho. Antes de que supiese siquiera lo que estaba haciendo, su boca estaba sobre la mía; me robó la respiración y desperdigó todos mis pensamientos. El beso fue caliente y crudo, un choque de labios y dientes. Recordé otra vez cómo, cuando actuaba como Hawke, se había reprimido al besarme, y cuánto ocultaba. No solo eran los colmillos, también era el poder... *su* poder.

Separó la boca de la mía, sus ojos casi luminosos al mirar los míos abiertos como platos.

—Pero tendremos esta conversación más tarde —me prometió, antes de plantarme su espada en la mano—. Haz que me sienta incompetente y mata a más Demonios que yo, princesa.

Por un momento, me quedé clavada en donde estaba, la empuñadura de la espada fría contra la palma de mi mano. Los chillidos de los Demonios me sacaron de mi estupor. Me giré justo cuando Casteel recogía la otra espada. No había tiempo para pensar en nada, sobre todo no en el beso. La neblina aumentó, ya nos llegaba a las rodillas...

Surgieron de entre un cúmulo de árboles, una marea de cuerpos grises y medio podridos, los colmillos a la vista y unos ardientes ojos rojos como brasas. Jamás había visto a Demonios tan... descompuestos. Sus cráneos estaban desprovistos de pelo, o solo les quedaban algunos pegotes apelmazados. Sus cajas torácicas quedaban casi al descubierto a través de la andrajosa ropa que llevaban. Estaban tan consumidos, tan marchitados que no pude evitar sentir compasión por los mortales que una vez fueron y los cadáveres putrefactos en que se habían convertido.

Tensé todo mi cuerpo mientras se deslizaban por encima de las ramas caídas y las rocas. Porque aun en las condiciones en las que estaban, eran rápidos y serían letales en su sed de sangre.

El primero que llegó hasta mí puede que fuese una mujer en el pasado, dado su descolorido vestido amarillo y el anillo con una gema que todavía llevaba en el dedo. Gritó, sin dejar de mover sus piernas delgadas como juncos mientras estiraba las manos hacia mí, sus dedos terminados en unas garras afiladas como cuchillas que podían desgarrar piel con gran facilidad.

Yo era buena prueba de ello.

Su mandíbula colgaba abierta, dejando al descubierto los dos colmillos alargados de la mandíbula superior, y los dos que sobresalían de la inferior. Me abalancé sobre ella y le clavé la espada en el pecho. Brotó una sangre putrefacta que llenó el aire de un hedor nauseabundo. Si la hoja no hubiese sido de heliotropo o una estaca fabricada a partir de árboles del Bosque de Sangre, esa cosa hubiese seguido adelante; incluso se hubiese desgarrado en dos para llegar hasta mí. Había visto a un Demonio hacer eso mismo una vez. Pero la hoja sí era de heliotropo, y la mujer murió en el momento en que la espada atravesó su corazón.

Extraje el arma y giré en redondo mientras ella se desplomaba al suelo. Casteel le había cortado la cabeza a otro Demonio, otra manera infalible de matarlos. No estaba preocupada por él. Suponía que harían falta docenas de Demonios, si no más, para doblegar a un atlantiano.

Mientras atravesaba el pecho de otro Demonio con mi espada, no pude evitar pensar que si hubiese habido algo de verdad en lo que decían los Ascendidos acerca de que el Señor Oscuro controlaba a los Demonios, no estarían tratando de rajarlo de arriba abajo en esos momentos. Aunque eso ya lo sabía, pues había visto a los Demonios ir tras él en el Bosque de Sangre. Esta era solo otra prueba de que él decía la verdad.

Y de todas las mentiras que me habían contado.

La furia me dio energías. Columpié la piedra de sangre por el aire, cortó a través del cuello de un Demonio y le separó la cabeza de los hombros. Me aparté a toda prisa del chorro de sangre solo para toparme de bruces con unos espantosos ojos inhumanos y unos dientes hambrientos. Me invadió un momento de terror puro y sin adulterar cuando mi mirada se cruzó con la del Demonio. Amenazó con lanzarme de vuelta a lo largo de los años a cuando no pude mantenerme aferrada a la resbaladiza mano ensangrentada de mi madre, cuando el dolor de la primera garra y luego el primer mordisco se convirtieron en una pesadilla sin fin.

Pero ahora no era una niña pequeña, incapaz de defenderme. No era débil. No era una presa.

Con un grito iracundo que apenas reconocí como mío, incrusté la espada en el pecho hundido del Demonio. Esa luz del inframundo desapareció de sus ojos, los últimos vestigios de vida.

- —Cuatro —contesté, mientras trataba de calmarme y casi deseaba no haber sabido lo que quería decir. Me escabullí por debajo de los brazos de otro Demonio y le clavé la espada bien hondo en la espalda—. Cinco.
 - —Qué vergüenza —se burló, y yo puse los ojos en blanco.

Un Demonio aullante me hizo girar la cabeza. Corría hacia mí, así que di un paso al frente, agarré la empuñadura con ambas manos y le clavé la espada a través de la barbilla. Al recuperar mi arma, vi que la neblina casi había desaparecido por completo.

Con el corazón acelerado, vi a Casteel atravesar al último Demonio con su espada y yo bajé la mía. Di un paso atrás, respirando hondo para intentar recuperarme. En cuanto liberó su espada, la cabeza de Casteel giró en mi dirección. No supe si miraba para comprobar si seguía en pie o para asegurarse de que no estaba huyendo... o corriendo hacia él con la espada.

No tenía que preocuparse de las últimas dos cosas. Estaba demasiado cansada como para huir o correr hacia ninguna parte.

- —Esperaba tener la ocasión de rescatarte. —Casteel se agachó para limpiar la hoja de su espada en los pantalones del Demonio caído—. Pero no has necesitado mi ayuda.
- —Siento haberte desilusionado. —Mis ojos se deslizaron hacia el Demonio que tenía delante. No llevaba camisa y por eso pude ver la herida de su tripa: cuatro profundas hendiduras a lo largo de la cintura que eran de un feo tono morado, mientras que el resto de su piel era del color de la muerte. No había sido víctima de la necesidad de alimentarse de un Ascendido. Me pregunté cuántos años tendría cuando lo había mordido un Demonio y lo había maldecido para siempre. ¿A qué se habría dedicado? ¿Había sido un guardia o un cazador? ¿Un banquero? ¿Un granjero? ¿Tendría familia? ¿Hijos a los que hubiesen descuartizado delante de sus ojos?—. ¿Te he dicho alguna vez que me mordió un Demonio?
 - —No —respondió con voz queda—. ¿Dónde?
- —En la pierna. Ahora que no es más que una cicatriz, parece que fueron garras las causantes, pero en realidad fueron colmillos —expliqué, sin tener muy claro por qué estaba hablando de esto o pensando en ello—. Nunca entendí por qué sobreviví al mordisco cuando todas las demás víctimas de ataques similares resultaban maldecidas. Había pensado decírtelo cuando… estuvimos juntos, pero pasaron cosas. No dije nada antes porque es otra cosa más que tenía órdenes de mantener en secreto. La reina me dijo que me había salvado porque era la Doncella, la Elegida de los dioses. Que esa fue la razón

de que no me transformara. Pero no había sido elegida por nada ni por nadie. —Lo miré—. Es porque soy medio atlantiana, ¿verdad?

Casteel deslizó la espada de vuelta en su vaina y vino hacia mí. Se paró a mi lado.

- —El mordisco de un Demonio no maldice a un atlantiano, pero si son suficientes, y supongo que si lograran cortarnos la cabeza, sí podrían matarnos.
- —Creo que la razón de que nunca me dejaran utilizar mi don o hablarle a nadie de los mordiscos es porque son rasgos atlantianos —cavilé—. Puede que los Ascendidos temieran que si la gente lo supiera, alguien se daría cuenta de lo que significaba.
 - —¿Lo sabía alguien? —me preguntó.
- —Vikter sabía lo de los mordiscos y mi don, pero Tawny no. Mi hermano también lo sabía... quiero decir, lo *sabe*. —Fruncí el ceño—. Y los Teerman.
- —Hay atlantianos entre los Descendentes. Si alguno de ellos hubiese sido consciente de la existencia de tu don o del mordisco, lo habría deducido. Levantó una mano hacia mi mejilla. Me puse tensa mientras deslizaba el pulgar por un lado de mi cara hasta debajo de la cicatriz—. Sangre de Demonio —murmuró, y la limpió. Me miró a los ojos—. Si yo hubiese sabido que esas marcas eran de mordiscos, me hubiera dado cuenta de lo que eras al instante.
 - —Sí, bueno... —Me callé un momento—. ¿Hubiera cambiado algo? Casteel guardó silencio durante un buen rato.
- —No, Poppy —dijo al fin—. Que fueses mortal o medio atlantiana no hubiese cambiado lo que ya estaba sucediendo.
- —Al menos eres sincero. —Una punzada de dolor alanceó mi pecho cuando aparté la mirada de la suya y eché un vistazo a los Demonios. Habían venido de la dirección hacia la que me dirigía yo. Solté un largo suspiro, consciente de que no habría sobrevivido. Era imposible que hubiese podido enfrentarme a una docena de Demonios yo sola. Y solo con un cuchillo de carne. Podía admitirlo: hubiese muerto esta noche, y ese no era el tipo de libertad que buscaba.

Por alguna razón, pensé en lo que me había dicho Casteel antes, durante lo que parecía una vida diferente.

- —¿Recuerdas cuando dijiste que te daba la sensación de que, cuando nos conocimos, ya me conocías de antes?
 - —Sí.
 - —¿Era mentira?

Sus facciones se endurecieron, luego se suavizaron otra vez.

—¿A ti te pareció mentira?

Negué con la cabeza.

- —Bueno, ¿por qué lo dijiste?
- —Creo —empezó, y sus espesas pestañas ocultaron sus ojos— que es la sangre atlantiana que llevamos, que reconoce al otro de algún modo. Nos mostró la conexión con un sentimiento que es probable que pudiera pasarse por alto con facilidad —dijo Casteel. En ese momento, sentí su mano sobre la mía, sobre la que sujetaba la espada. La sacó de entre mis dedos y no intenté impedírselo. Observé mientras limpiaba la hoja y luego la envainaba al lado de la otra. Lo miré a los ojos otra vez.
 - —No te voy a dar el cuchillo de carne.
- —No esperaba que lo hicieras. —Pasó un momento largo y silencioso entre nosotros—. Es la hora.

Sabía a lo que se refería. Era hora de regresar. Y así era. Me había quedado sin ganas de pelear *esta* batalla.

- —Intentaré escapar de nuevo.
- —Eso supongo.
- —No voy a dejar de enfrentarme a ti.
- —No querría que lo hicieras.

Pensé que eso era raro.

- —Y no voy a casarme contigo.
- —Hablaremos de eso más tarde.
- —No, no lo haremos —sentencié. Me dirigí hacia mi capa con paso cansado pero me paré en seco y solté una maldición entre dientes.
 - —¿Qué? —Casteel vino a mi lado.
 - —Hay un Demonio muerto sobre mi capa. —Solté un gran suspiro.
- —Ese ha sido un lugar especialmente inconveniente para caer. —Lo hizo rodar fuera de la capa, pero el daño ya estaba hecho. Podía ver y oler la sangre podrida que ensuciaba la prenda.
 - —Si me pongo eso, vomitaré —le advertí.

Casteel recogió mi bolsa y se la colgó del hombro al levantarse.

—Has llegado lejos. Más lejos de lo que esperaba —comentó. Como no me estaba mirando, me permití una sonrisilla—. Pero no creo que mueras congelada durante el camino de regreso. Después podrás descansar — concluyó. Se giró hacia mí—. Necesitarás todas tus fuerzas para las batallas que se avecinan, princesa.

Capítulo 5



El trayecto de vuelta fue largo y silencioso. El viento había aumentado y nos zarandeaba a ambos. Empezaba a preguntarme si los dioses se habrían despertado y este era su castigo. Después de todo, si lo que Casteel y los otros afirmaban era verdad, ¿no era yo tan falsa como la reina de Solis? Había hecho todo lo posible por disimular lo mucho que había empezado a afectarme el viento, pero a Casteel parecía imposible ocultarle nada. A medio camino, decidió pasar un brazo alrededor de mis hombros y estrecharme contra su cuerpo mientras continuábamos adelante con paso cansino, de modo que su cuerpo absorbiera el grueso del viento.

Que los dioses me ayuden, pero no me resistí. Lo achaqué a que estaba demasiado cansada y tenía demasiado frío. No tenía nada que ver con que su aroma exuberante enmascarara el hedor de los Demonios. No tenía nada que ver con lo... agradable que era apoyarse en alguien, y que ese alguien se llevara la peor parte del viento y cargara con su peso y con el mío. Tampoco tenía nada que ver con el simple lujo de poder estar tan cerca de alguien sin miedo a una reprimenda o a que me encontraran indigna.

Casteel simplemente era... cálido.

Cuando por fin llegamos de vuelta a la fortaleza, no había forma de saber qué hora era. A pesar de mi fracaso, agradecí el calor de la habitación. En esos momentos era un cubito de hielo andante, incapaz de sentir mi nariz; de hecho, ni siquiera sabía si seguía ahí pegada.

Lo que no agradecí fue encontrar a Kieran esperando dentro de la habitación, sentado en la butaca del rincón, junto al fuego. Levantó la cabeza, una ceja arqueada.

- —¿Por qué habéis tardado tanto? De hecho, empezaba a preguntarme si había ganado ella.
- —Sí, pareces muy preocupado ahí sentado —repuso Casteel. Me empujó hacia la chimenea y yo lo dejé. Tiritaba como un flan, hubiese jurado que me temblaban hasta los huesos. Kieran sonrió.
 - —Estaba loco de preocupación.

Casteel soltó una carcajada.

- —Hemos arreglado las cosas entre nosotros.
- —Eso no es verdad —mascullé, sin lograr que mis dientes dejaran de castañetear. Casteel hizo caso omiso de mi comentario y separó mis manos congeladas.
- —Nos topamos con unos cuantos Demonios —le dijo a Kieran, mientras me quitaba los guantes mojados. Los dejó caer al pie del fuego—. Poco más de una docena.

Kieran ladeó la cabeza en mi dirección mientras Casteel se movía hacia un lado y descolgaba mi bolsa de su hombro.

- —Me pregunto cómo te hubiera ido con tu cuchillo para carne.
- —C... cállate —tartamudeé, tras colocar los dedos tan cerca del fuego como pude sin meterlos en las llamas.
- —Es consciente de que no le hubiera ido demasiado bien. —Casteel se pasó la mano por el pelo espolvoreado de nieve para retirar unos gruesos mechones de su frente—. Por eso está de mal humor.
 - —Dudo mucho que esa sea la única razón —comentó Kieran.

Le lancé una mirada que lo hubiese fulminado en el sitio si le hubiera importado.

Al parecer, no le importaba lo más mínimo, visto cómo su sonrisa se ampliaba un pelín.

—Pedí que prepararan un baño. El agua estaría más caliente si os hubieseis limitado a volver sin dar tantos rodeos.

Casi eché a correr directo hacia la sala de baño, pero la forma en que dijo «sin dar tantos rodeos» rezumaba diversión.

- —¿Esperas que te dé las gracias?
- —Sería agradable —contestó—. Aunque dudo de que vaya a ocurrir.

El calor iba volviendo a mis dedos con una sensación cosquillosa y eché un rápido vistazo anhelante hacia la sala de baño.

- —Tus expectativas son correctas.
- —Suelen serlo. —Me miró con atención durante unos instantes, luego se levantó de la butaca—. Reuniré a unos cuantos hombres para hacernos cargo

de los Demonios.

—Iré contigo —dijo Casteel. Lo miré sorprendida y él captó mi mirada antes de que pudiera disimularla—. No los dejamos tirados ahí fuera para que se pudran. Una vez fueron mortales —me explicó—. Los quemamos.

En Masadonia se hacía lo mismo cuando los Demonios llegaban hasta el Adarve, pero lo que me sorprendía no era eso, sino que *él* se ofreciera como voluntario para volver ahí. Me lo habría esperado de Hawke, pero este era el príncipe. Y afuera hacía un frío de muerte. Aunque, claro, Casteel no parecía ni remotamente afectado por la temperatura.

Me mordí el labio para reprimirme de preguntar, pero no funcionó. La curiosidad siempre era más fuerte que mi cabeza.

- —¿El frío no te afecta?
- —Tengo la piel gruesa —contestó y yo fruncí el ceño. No estaba muy segura de que eso fuera cierto—. Para hacer juego con mi cráneo grueso. De eso sí que estaba segura—. Te pediría que reprimieras cualquier intento adicional de fuga esta noche. Haz uso de la bañera y descansa —me sugirió Casteel. Hice rechinar mis dientes—. Pero en el caso de que tengas ganas de poner a prueba cuánto frío puede soportar tu cuerpo, te diré que Delano estará montando guardia a la puerta de esta habitación.

Pobre Delano, pensé. La última vez que había jugado a los guardias, las cosas no habían resultado exactamente fáciles para él. Ni para mí.

Casteel se reunió con Kieran en la puerta. Ya estaba medio fuera cuando lo oí decir:

—Pórtate bien, princesa.

Un millar de contestaciones cortantes asomaron a la punta de mi lengua mientras giraba la cabeza hacia él a toda velocidad, pero ya estaba cerrando la puerta. Solté una retahíla de palabrotas obscenas, pero la puerta se cerró con un *clic*. Oí cómo se reía.

En lugar de correr hacia la puerta y descargar mi furia a patadas como tenía ganas de hacer, cosa que no hubiese servido para nada más que para magullar los congelados dedos de mis pies, me aparté del fuego. Solté la funda que llevaba atada al muslo y la coloqué cerca de las llamas para que se secara. Dejé el cuchillo sobre la mesita de madera al lado de la cama y luego me quité a toda prisa la ropa casi congelada. La dejé amontonada al lado del fuego y corrí a la sala de baño. Habían encendido varias lámparas de aceite que proyectaban un suave resplandor sobre la bañera, y también encontré varias jarras aún llenas de agua limpia. Metí los dedos para probar el agua y me sentí aliviada de ver que todavía estaba templada.

Supongo que debería haberle dado las gracias a Kieran, pues había sido una iniciativa muy considerada por su parte.

Pero también era cómplice de mi cautiverio, así que no debería sentirme demasiado agradecida. Me *negaba* a ello.

Puse los ojos en blanco para mí misma y me metí en la bañera. Mientras me sumergía en el agua tibia, haciendo una mueca cuando tocó mi piel helada y mis rodillas magulladas, la realidad de esa noche se instaló en mi interior como bolas de plomo en mi estómago. Ni Casteel ni Kieran habían estado ni remotamente cerca de la habitación cuando escapé, y aun así descubrieron mi ausencia. A lo mejor había esperado demasiado a marcharme y uno de ellos ya venía de camino a la habitación.

Me pasé la trenza por encima del hombro ante de agarrar la pastilla de jabón con aroma a lilas y empezar a frotar mi piel de manera vigorosa. No hubiese importado que me marchara antes. Me habrían encontrado de todos modos, viva o... hecha pedazos por los Demonios.

Mi huida había sido absurda, imprudente y poco planeada, surgida de mi necesidad de encontrar a mi hermano y... sí, del pánico. No por lo que había hecho Casteel en la sala de banquetes, sino por la abrumadora sensación de impotencia y...

Dejé que el jabón resbalara entre mis dedos y levanté la mano hacia el mordisco de mi cuello. Un intenso pulso se enroscó en mi bajo vientre. Eso. *Eso* tenía mucho que ver con por qué hui.

Abrí los ojos para recuperar la pastilla de jabón del agua. En la callada quietud de la habitación, reconocí la verdad de mi situación: escapar sería casi imposible, incluso con más tiempo para prepararme, víveres y material que incluyera heliotropo, y un clima más amigable.

Kieran seguiría mi rastro.

Casteel vendría a por mí.

Con un suspiro, me recosté contra la parte de atrás de la bañera y me quedé en el agua hasta que casi olvidé el frío que había pasado. Al cabo de un buen rato, salí. Después de secarme, saqué el camisón de mi bolsa, aliviada de ver que estaba seco. Me lo puse y luego me metí en la cama, al tiempo que deshacía mi trenza despacio. Tenía las puntas del pelo mojadas, pero se secarían. Me hice un ovillo sobre el costado, de cara a la puerta.

El calor de las mantas me arrulló hasta que me dormí, a pesar de la tormenta de mis pensamientos. No podía haber pasado más de una hora cuando una risa grave en el exterior me despertó de mi sopor.

Casteel.

Estaba ahí, al otro lado de mi puerta. ¿Por qué? Al instante, mi mente corrió en varias direcciones. Una de ellas me envió destellos de imágenes de él y yo enredados juntos.

Salí de la cama de un salto como si el colchón estuviese en llamas. Agarré el cuchillo.

No podía estar aquí para asegurarse de que seguía en el interior, no con Delano montando guardia afuera. ¿Por qué estaba aquí en lugar de en sus dependencias cuando tenía que estar agotado por los sucesos de la noche?

Mi corazón trastabilló.

Casteel debía de tener su propio dormitorio... ¿verdad? Miré a mi alrededor, el corazón desbocado. *Este* era su dormitorio.

Al oír la cerradura girar, me volví.

La puerta se abrió de par en par y dejó entrar una ráfaga de aire frío y húmedo que agitó las llamas de la chimenea. Y él...

Casteel entró como si tuviera todo el derecho a hacerlo. Se paró al verme a mí y lo que sujetaba en la mano. Soltó un profundo suspiro y cerró la puerta a su espalda, con el suficiente sentido común como para no quitarme el ojo de encima.

—Poppy —empezó—. Como bien sabes, han sido un día y una noche largos. Y aunque me alivia ver que no has conseguido evadirte de Delano y a pesar de que creo que estás adorable con ese camisón, sujetando ese pequeño y enclenque cuchillo…

Entonces se lo tiré. Apunté a su cabeza, justo como él me había dicho que hiciera.

Casteel dio un paso a un lado y pescó el arma en el aire. Ya sabía lo rápido que era, pero seguía siendo impactante verlo en directo. Me dejó sin respiración, aunque al mismo tiempo hubiese una vocecilla irritante susurrando en el fondo de mi cabeza que ya había *sabido* que esquivaría el cuchillo con facilidad.

Soltó una maldición entre dientes cuando sus dedos se cerraron en torno a la hoja. Vi sangre resbalar entre ellos y no sentí ni un ápice de culpabilidad al ver que se miraba la mano. Bueno, tal vez sintiera un pelín de remordimiento, aunque no más grande que un piojo. Casteel no había hecho nada en ese *preciso* momento para ganarse que le tirara un cuchillo a la cara, pero estaba segura de que se lo merecería de sobra en apenas unos minutos.

Despacio, abrió los dedos para dejar caer el cuchillo al suelo. El arma empapada de sangre rebotó contra la madera.

- —Es la segunda vez que me haces sangrar esta noche. —Levantó la vista hacia mí. Pasaron unos segundos tensos y luego arqueó una ceja oscura—. Eres increíblemente violenta.
 - —Solo contigo —repliqué.

Sus labios se curvaron en una medio sonrisa que reveló el hoyuelo de su mejilla derecha.

—Bueno, sabes que eso no es verdad en absoluto. —Se dirigió a la jofaina que había justo a la entrada de la sala de baño para lavarse la mano—. Pero ¿sabes lo que *sí* es verdad?

Me dolía la mandíbula de lo mucho que la apretaba en mi esfuerzo por no preguntar. Quizás si lo ignorara, se marcharía. Era muy improbable, pero no había que perder la esperanza.

Casteel se giró hacia mí, expectante. La frustración me abrasó por dentro.

—¿Qué? —exigí saber—. ¿Qué es verdad?

Entonces sonrió, una sonrisa real. Ambos hoyuelos bien a la vista, y no eran lo único. Puesto que ya no tenía que ocultar lo que era detrás de una sonrisa de labios apretados, vi la punta de sus colmillos. Se me quedó el aire atascado en la garganta; no sabía si era por los colmillos o por los hoyuelos. O por la calidez genuina de su sonrisa... Y había visto todas sus sonrisas como para saber cuáles eran reales. La media curva de sus labios que indicaba que algo le divertía. La sonrisa depredadora que me recordaba a un gran gato, cuya presa había cometido un error de tontos. La curva fría de su boca que nunca le llegaba a los ojos. La sonrisa torcida llena de violencia apenas reprimida que prometía un baño de sangre. Esas sonrisas podían no haber ido dirigidas a mí, ni siquiera esta noche cuando nos enfrentamos en el bosque. Pero las había visto todas.

Sin embargo, este era el tipo de expresión que suavizaba sus despampanantes facciones y transformaban sus ojos, de un ámbar frío a miel cálida. Y para mí, era la más peligrosa de todas. No estaba enfadado porque le hubiera lanzado un cuchillo y lo hubiese hecho sangrar, pero las campanillas de advertencia se dispararon de todos modos. Ese tipo de sonrisa me rogaba que olvidara la realidad y todas las mentiras y la sangre derramada.

Me hacía pensar en él como Hawke.

Todos mis instintos de supervivencia se activaron, aunque su sonrisa tironeara de mi estúpido corazón y la sensación se deslizara hacia abajo por mi cuerpo en una espiral apretada.

Casteel se volvió hacia mí, la mano abierta. No había sangre. Ninguna herida, excepto una tenue línea rosa que cruzaba el centro de la palma.

—Todavía me excita, princesa.

Solté el aire con un gritito agudo.

—Me da la sensación de que he dicho esto cien veces, pero tengo que decirlo de nuevo. Hay algo mal en ti.

Levantó un hombro en un medio encogimiento.

- —Hay quien cree que hay algo mal en todos nosotros, y yo tiendo a creer lo mismo.
- —No sabía que fueras tan filosófico. —Eché un vistazo al cuchillo en el suelo mientras él vaciaba la jofaina en un cubo. Tenía muy claro que no se había olvidado de que lo tenía, ni de que estaba ahí tirado ahora mismo. ¿Estaba esperando a ver qué hacía yo?
- —Hay muchas cosas que no sabes de mí —repuso. Volvió al dormitorio para recoger la jarra de agua calentada al lado del fuego—. No veo el momento de llegar a casa, a la tierra donde todo lo que tienes que hacer para tener agua caliente es girar un grifo.
 - —Yo... ¿qué? —Me volví hacia él—. ¿A qué te refieres?

La medio sonrisa había vuelto a su cara.

- —En Atlantia, tienen agua corriente que sale caliente directo a sus bañeras y lavabos.
 - —Mientes.

Me lanzó una miradita mientras dejaba la jarra en la repisa de al lado de la jofaina.

- —¿Por qué habría de mentir sobre algo así?
- —¿Porque eres un mentiroso? —razoné. Se aflojó el cuello de la túnica y chasqueó la lengua con suavidad.
- —Poppy, me hieres. En el corazón —añadió, y se llevó una mano al pecho—. Una vez más.
 - —No lloriquees. Te curarás. Una vez más —espeté—. Por desgracia.

Se rio entre dientes.

- —Al parecer, no soy el único mentiroso. —Se agachó para agarrar el borde de su túnica—. Te pondrías muy triste si no me curara.
- —Me importaría un comino… —Abrí los ojos como platos cuando se quitó la túnica por encima de la cabeza—. ¿Qué estás haciendo?
- —¿A ti qué te parece? —Hizo un gesto hacia la bañera—. Acabo de tener las manos sobre lo que eran básicamente cadáveres podridos. Me voy a lavar.

Por un momento, no encontré palabras, mientras él se daba la vuelta y echaba el agua caliente en la bañera. En parte se debió a la incredulidad, aunque también era porque... maldita sea, su cuerpo era una obra de arte,

incluso con los numerosos cortecitos y cicatrices que apenas veía a la suave luz del farol.

- —¿Por qué vas a hacerlo aquí?
- —Porque esta era mi habitación. Y por lo que queda de noche, que no es demasiado, es nuestra habitación. —Se inclinó sobre la bañera para recoger las jarras de agua que yo no había usado. Los músculos de sus hombros y su espalda se movieron bajo su piel tersa de un modo interesante. Mi corazón se desbocó.
 - —He usado el agua de la bañera...
- —No te preocupes, está lo bastante limpia —me interrumpió—. Y he compartido agua mucho más sucia con gente mucho menos intrigante.
- —¿No podrías ir a otra habitación y tener una bañera para ti solito? ¿Con agua limpia? —sugerí—. Estoy segura de que muchos de los presentes estarían encantados de servir a su príncipe.
- —Hay muchos aquí que estarían contentos de servirme. —Me miró, las cejas arqueadas—. Pero ¿dejarte sola? ¿Cuando podrías hacer todo tipo de cosas imprudentes, aunque excitantes? No lo creo. No puedo tener a alguien montando guardia a la puerta de tu habitación toda la noche. Tienen que descansar. Yo tengo que descansar.
 - —¿Por qué? ¿Porque nos vamos mañana?
- —No con la tormenta que se avecina. El viaje sería demasiado difícil me informó—. ¿Sabes? Es la misma tormenta en la que te hubieses visto atrapada de haber logrado escapar. —Sus manos bajaron hacia los botones de la entrepierna de sus pantalones… Me apresuré a apartar la mirada.
 - —No puedo creer que estés haciendo esto.
- —Tampoco es como si no lo hubieses visto ya todo —comentó Casteel con una risita.
- —Eso no significa que necesite verlo todo otra vez —repliqué, mientras oía el suave roce de la tela al caer al suelo de piedra.
 - —Interesante elección de palabras.

Aunque me dije que no debía, por alguna razón fui incapaz de resistirme y eché una miradita a la sala de baño.

Capté un atisbo de piel bronceada salpicada de pelo oscuro, muslos fuertes y la curva lisa y musculosa de su trasero. Su cuerpo era de verdad una obra de arte, y de algún modo todas las cicatrices le aportaban aún más perfección.

—Podías haber dicho que no *querías* verlo todo —continuó Casteel. Me sobresaltó lo suficiente como para apartar la mirada, las mejillas rojas como

un tomate. El agua salpicó contra los laterales de la bañera cuando se metió —. Ya puedes mirar. Estoy... más o menos decente. —Crucé los brazos delante del pecho—. Aunque no lo bastante decente para tus ojos de reciente ex-Doncella —continuó. Esta vez me giré hacia la sala de baño. Todo lo que pude ver fue la parte de atrás de su cabeza y toda la anchura de sus hombros, que era más que suficiente—. Pero imagino que tu problema no tiene nada que ver con lo que es decente o lo que se espera de ti, ¿verdad? Nunca has sido muy dada a seguir las reglas.

Sacudí la cabeza, aunque él no podía verme mientras alargaba la mano hacia el jabón y frotaba la pastilla entre las manos hasta hacer espuma. Tenía razón, no me importaba lo que era decente ni lo que se esperaba de mí, y llevaba siendo así desde mucho antes de que él entrara en mi vida como una tormenta feroz. Pero de ningún modo se iba a quedar en esta habitación conmigo. Aparté la mirada, di media vuelta...

—Ve a por el cuchillo. —La voz de Casteel me detuvo. Giré la cabeza hacia él a toda velocidad mientras lo oía chapotear. ¿Cómo lo había sabido?
—. Es lo que quieres, ¿no? Si te hace sentir más segura, no tengo ningún problema al respecto. —Se echó agua en la cara, y esta resbaló por su cuello y por el contorno de sus hombros—. Ve a por él, Poppy.

Se me secó la boca.

- —¿No te da miedo que lo use contra ti mientras te tomas tu tiempo en la bañera?
- —Cuento con que lo usarás otra vez. Si no lo hicieras, me sorprendería. Por eso no he traído mis espadas a la habitación. Pensé que te daría por agarrar una.

Lo haría si estuviesen a tiro. Abrí y cerré las manos a los lados de mi cuerpo. Me estaba ofreciendo cierto grado de protección, una sensación de seguridad, y hay a quien podría parecerle un punto positivo a su favor. A mí no. Era casi ofensivo e inútil. Tanto él como yo sabíamos que el cuchillo solo lo haría sangrar de manera temporal.

Aun así, me apresuré hasta donde descansaba el cuchillo y lo recogí. Mi creciente irritación cesó cuando vi la sangre en la hoja. Su sangre. Se me hizo un nudo en el estómago al levantarme.

- —¿Quieres saber cosas sobre la tierra de agua caliente que aguarda con el simple giro de un grifo? —preguntó entre chapoteo y borboteo.
- Sí, claro que quería, aunque no estaba segura de creer que pudiera existir algo así. Pero no dije nada. En cambio, recogí la toalla que había utilizado antes y limpié el cuchillo.

—Se trata de calentadores y tuberías —prosiguió con su explicación—. Las tuberías discurren por los calentadores, que suelen estar en una sala adyacente a la cocina. Desde ahí, llevan agua caliente a donde se necesite.

Contra mi voluntad, ahora me picaba la curiosidad.

- —¿A qué te refieres con calentadores?
- —Son como... hornos gigantes en donde material combustible calienta un tanque de agua. —Se levantó sin previo aviso y toda esa agua chorreó por la reluciente piel de su espalda, entre...

Con el corazón acelerado, le di la espalda a la sala de baño. Pasaron un puñado de segundos y miré hacia atrás justo cuando Casteel entraba en el dormitorio con una toalla atada a la cintura. Estaba... no tenía palabras para describir su nivel de indecencia. O quizás tenía demasiadas palabras en la cabeza...

Casteel me sonrió mientras cruzaba la habitación para abrir un estrecho armario en la pared que yo no había investigado. Sacó lo que parecían ser unos pantalones negros.

—La electricidad ayuda a los calentadores, y sí, en Atlantia, todas las casas y negocios, viva quien viva en ellos, tienen luz.

Fijé la vista en el fuego y pensé en lo que había dicho. Ojalá fuese cierto. Era probable que fuera la primera de muchas cosas que diferenciaban a ese reino del reino en el que yo había crecido. En Solis, solo los muy ricos o los que tenían los mejores contactos disfrutaban de electricidad.

- —¿Cómo es posible?
- —Puede que aquí sea una fuente limitada, pero no tiene por qué ser así. Los Ascendidos hacen que sea así —explicó. Una rápida mirada me indicó que había cambiado la toalla por los pantalones que había sacado. Eran más anchos que los que solía llevar y colgaban indecentemente bajos en sus caderas, sujetos por algún tipo de cordón ajustable que parecía desafiar a la gravedad. Recogió toda nuestra ropa, la metió en una cesta para la ropa sucia y luego la dejó al otro lado de la puerta, que cerró a su espalda—. Una parte crucial de su control generalizado es crear un abismo entre los mortales que tienen y los mortales que no tienen electricidad.

Se sentó en la butaca del rincón, se echó hacia atrás y puso un tobillo sobre la rodilla contraria. Con solo esos extraños pantalones holgados, jamás había visto a un hombre acomodado con mayor arrogancia. Sus dedos tamborilearon despacio sobre el reposabrazos.

—Así, los que apenas tienen suficiente para sobrevivir proyectan su ira hacia los que tienen más de lo que podrían necesitar jamás. Y nunca hacia los

Ascendidos.

No es que pudiera discutirle eso exactamente. El abismo en Masadonia era claro, y tan grande como en la capital. Aunque Radiant Row, donde vivían los ricos y algunos de los Ascendidos, se extendía solo a lo largo de unas manzanas, en Carsodonia era una ciudad entera. Y todo lo demás era como las casas próximas al Adarve de Masadonia: achaparradas y amontonadas unas sobre otras.

- —¿Y Atlantia se gobierna de manera diferente? —pregunté, dubitativa, sujetando el cuchillo contra mi pecho.
 - —Así es.

Pensé en lo que había dicho Landell.

- —Me sonó como que allí también hay problemas.
- —Hay problemas en todas partes, Poppy —dijo, muy quieto de pronto.
- —¿Y qué tipo de problemas tiene Atlantia con eso del espacio limitado y la tierra inútil?
- —Antaño —empezó, con la cabeza ladeada—, Atlantia consistía en toda esta masa de tierra, desde el mar Stroud hasta mucho más allá de las montañas Skotos. Mi gente construyó ciudades y cultivó las tierras sobre las que ahora gobiernan los Ascendidos. Cuando mi pueblo se batió en retirada al final de la Guerra de los Dos Reyes, perdió toda esa tierra. Y ahora, simplemente, nos estamos quedando sin espacio.
 - —¿Y qué pasa si os quedáis sin espacio?
- —No permitiré que eso ocurra —repuso, con la cabeza bien erguida. Luego cambió de tema—. Creí que estarías dormida cuando volviera. Es probable que hayas tenido un día mucho más cansador que la mayoría de nosotros.
- —Estaba dormida, pero... —Mis ojos bajaron hacia su pecho, hacia los tensos músculos de su abdomen. El resplandor de la chimenea dejaba muy poco a la imaginación.
- —¿Te desperté? Lo siento —se disculpó, y sonaba bastante sincero—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, Poppy.
- —Así es. —A saber, toda esa tontería de la boda—. Pero hablar no requiere que estés descamisado.
- —Hablar no requiere ropa en absoluto. —Esa sonrisa sensual suya regresó a su boca—. Te puedo asegurar que algunas de las conversaciones más interesantes tienen lugar sin nada de ropa.

Noté cómo el rubor ardía en mis mejillas.

- —Estoy segura de que has tenido un montón de experiencia con ese tipo de conversaciones.
- —¿Estás celosa? —Colocó un codo sobre el reposabrazos de la butaca y apoyó la barbilla en la palma de la mano.
 - —Apenas.

Su sonrisa se ensanchó y, aunque no podía ver el hoyuelo detrás de los dedos extendidos por su mandíbula y su mejilla, sabía que debía estar ahí.

- —Entonces... ¿distraída?
- —No —mentí. Y luego mentí un poco más—: Ni de lejos.
- —Ah, ya entiendo. Estás deslumbrada.
- —¿Deslumbrada? —Casi se me escapó una carcajada de sorpresa. Y ahí estaban otra vez: esos ojos un poco más despiertos, esos labios entreabiertos y la ausencia de arrogancia. Era como verlo quitarse una máscara, pero no tenía ni idea de si lo que revelaba era solo otra máscara más, sobre todo cuando la expresión desaparecía en cuanto sus facciones se volvían indescifrables otra vez. Solté el aire despacio.
- —No tenemos que hablar de tu ego demasiado hinchado. Hace mucho que hemos establecido su existencia. Tenemos que hablar de todo eso de la boda. No hay forma humana de que vaya a...
- —Es verdad que tenemos que hablar de eso, de nuestro futuro. Pero no ahora mismo. Es tarde. Estoy cansado. Y si yo estoy cansado, tú debes estar exhausta —añadió. Entorné los ojos—. Ese es el tipo de conversación para el que los dos tenemos que estar en plenitud de facultades.
- —Esa conversación durará justo el tiempo suficiente para que yo diga que no voy a casarme contigo. Por lo tanto, no hay ningún futuro del que hablar. Y ahora, la conversación ya ha tenido lugar y se ha terminado. ¿Has visto qué fácil?
- —Pero no es tan fácil —repuso con voz suave—. ¿Por qué te escapaste esta noche?

La frustración empezó a taladrar un agujero a través de mí.

- —¿Podría ser porque estás intentando obligarme a casarme contigo? ¿Se te ha pasado eso por la mente en algún momento siquiera?
- —Es posible. —Se produjo un momento de silencio mientras me miraba—. ¿Sabes por qué elegí el nombre de Hawke?

Mi corazón aporreó mi pecho ante el inesperado cambio de tema.

—Deduje que sería el nombre del pobre desgraciado al que es muy probable que mataras.

Se echó a reír, pero sin humor alguno. De repente, me percaté de que sus risas, como sus expresiones e incluso sus sonrisas, también eran como máscaras: cada una representaba a un Casteel diferente, una verdad o falsedad diferente.

—No había ningún desgraciado que se llamara así. O al menos no uno al que yo conociera. Si lo hay o lo hubo, sería pura coincidencia. Pero elegí Hawke por una razón.

Quería decirle que no me importaba, pero en realidad sí me importaba. Oh, por todos los dioses, claro que quería saberlo. Retiró la mano de su cara.

—En Atlantia, es tradición recibir un segundo nombre. Se pone en honor de un familiar o amigo querido; suele elegirlo la madre, y es un secreto bien guardado que solo se comparte fuera del círculo familiar con los amigos más íntimos y con aquellos que ocupan un lugar especial en la vida de uno. Mi madre eligió mi segundo nombre en honor a su hermano. Su nombre era Hawkethrone. Mi nombre completo es Casteel Hawkethrone Da'Neer. Cuando era pequeño, a mi madre le dio por llamarme con una forma abreviada de ese nombre. Y lo mismo hacía mi hermano. Ellos, y solo ellos, me habían conocido como Hawke —dijo—. Hasta que apareciste tú.

Capítulo 6



Hawke...

El nombre no pertenecía a otra persona. Era real. ¿Hawke era real?

- —Para ser sincero, el único momento en que mi madre me llama Casteel suele incluir todo mi nombre completo y por lo general significa que está irritada por algo que he hecho o no no hecho —continuó—. Aunque Kieran no me llama Hawke, sí conoce el origen del nombre. Él fue el que eligió el apellido, Flynn. Pensó que quedaba bien con Hawke.
 - —Nos... nosotros no tenemos segundos nombres —me oí decir.
 - —Lo sé.
 - —¿Ahora estás diciendo la verdad?

Sus rasgos se tensaron cuando algún tipo de emoción los recorrió.

—Estoy diciendo la verdad, Poppy.

Mi don empujó contra mi piel y lo que Kieran había dicho acerca de mis habilidades volvió a la superficie. Le había dicho que no tenía ninguna intención de tratar con el príncipe, pero mi don podía decirme lo que sentía en ese momento y quizás me ayudara a determinar si estaba mintiendo. Las mentiras y las verdades casi siempre estaban conectadas a las emociones, y una persona podía intentar ocultar lo que sentía. A veces, tenían éxito, incluso con la angustia mental más extrema. Pero aunque las personas podían mentirles a otras acerca de lo que sentían, nunca podían mentirse a sí mismas.

Abrirme siempre era fácil. No requería esfuerzo alguno. Ahora, mis sentidos se estiraron hacia fuera y fue como si se formara una cuerda entre Casteel y yo para conectarnos. No siempre era así, tan preciso. A veces, las multitudes me abrumaban y me arrastraban a su interior. Algunas personas proyectaban sus sentimientos, su aflicción tan profunda y cruda que formaban

una conexión conmigo sin intentarlo siquiera. Con Casteel, me costó unos segundos procesar lo que percibía de él. Para mí, las emociones tenían cierto sabor y cierto tacto, y lo que sentí ahora en la parte de atrás de mi boca era tanto ácido como agrio. Malestar y... tristeza.

Su aflicción era familiar. Siempre estaba ahí, ensombrecía cada uno de sus pasos, cada una de sus respiraciones. A menudo me preguntaba cómo podía reírse y hacer bromas. Cómo podía ser tan ridículamente fastidioso cuando sentía semejante dolor. Me preguntaba si las bromas y su risa demasiado fácil también eran máscaras, porque sabía que su pesar empezaba y casi seguro que también terminaba con su hermano.

No sabía a qué se debía el malestar, pero no percibí nada que me hiciera pensar que no estaba diciendo la verdad ahora.

Y quizás... quizás eso significara que el nombre Hawke era real. Que no era una mentira. La siguiente bocanada de aire que aspiré me pareció escasa.

- —¿Por qué me estás contando esto de tu nombre? ¿Por qué importa? Se quedó callado unos instantes. Sus facciones se suavizaron.
- —Porque saber que Hawke es parte de mi nombre, que es parte de mí, es importante para ti.
- —¿Puedes leer mentes? —pregunté, al tiempo que creía recordar habérselo preguntado ya antes; aunque me daba la sensación de que tenía que preguntarlo de nuevo. Que pudiera leer los pensamientos de los demás tampoco era demasiado estrafalario, visto que era capaz de imponer su voluntad a otros y, sobre todo, dado que lo que había dicho era verdad. Sí, era importante para mí. ¿Por qué? No tenía ni idea, porque en realidad, ¿qué cambiaba? A la larga... nada.
- —No —dijo, con una leve sonrisa—, no puedo leer mentes, lo cual es una decepción cuando se trata de ti. Me encantaría saber lo que estás pensando. Y lo que sientes en realidad. —Gracias a los dioses que no lo sabía, porque lo que sentía era más lioso que cuando intentaba hacer punto—. Soy Hawke dijo después de un momento—. Y soy Casteel. No soy dos personas separadas, sin importar lo mucho que te gustaría que fuera así.

Me puse tensa y apreté la mano en torno al mango del cuchillo. Odiaba lo bien que me conocía.

- —Ya lo sé.
- —¿De verdad?

Una oleada de frustración abrasó mi piel porque era verdad que a menudo pensaba en él como dos personas diferentes, pero sobre todo como que simplemente utilizaba máscaras distintas y que había tenido una para Hawke. Pero no importaba. No podía importar.

—Ya sé que eres la misma persona —le dije—. Eres el que me mintió desde el principio y eres el que me tiene cautiva ahora. No importa qué nombre utilizaste al hacerlo.

Arqueó una ceja oscura.

- —Aun así, no me has llamado Hawke desde que te enteraste de quién soy.
- La frustración se convirtió en ira al instante.
- —¿Y por qué importa eso, *Hawke*?

Una sonrisa reptó entonces por sus labios, una que mostraba el más ligero asomo de colmillos.

—Porque echo de menos oírtelo decir.

Lo miré durante lo que pareció una pequeña eternidad.

—Eres ridículo, Casteel.

Se rio, y el sonido fue cálido, profundo y real. Percibí su diversión a través de la conexión, un espolvoreado de azúcar sobre la lengua. Eso me cabreó casi lo suficiente para hacer algo muy imprudente con el cuchillo una vez más. De algún modo, conseguí resistirme al impulso que hubiese demostrado justo lo violenta que podía llegar a ser.

Su diversión se diluyó.

- —No te he mentido desde que te enteraste de quién soy.
- —¿Cómo voy a creer eso? —le pregunté—. Y aunque no lo hayas hecho, eso no borra todas las mentiras anteriores.
- —Tienes razón. No espero que me creas, como tampoco espero que olvides jamás esas mentiras —aceptó. Una vez más, a través de la conexión que había dejado abierta, percibí tristeza junto con el lejano sabor de la diversión—. Pero ahora no gano nada con contarte mentiras. Ya tengo lo que quiero. A ti.
 - —No me tienes.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

—Tendremos que estar de acuerdo en no estar de acuerdo sobre eso. Pregúntame algo, princesa. Pregúntame cualquier cosa y te diré la verdad.

Se me ocurrieron cien preguntas diferentes. Había tantas cosas que podía preguntarle... Pero dos destacaban por encima de las demás.

¿Alguna vez te he importado?

¿Algo de lo nuestro fue verdad?

No volvería a hacer esas preguntas.

- —¿Y se supone que tengo que creerte así sin más?
- —Si lo haces o no es asunto tuyo.

No era solo cuestión de elegir si quería creerle, pero eso no lo dije. Hubo otra pregunta que me vino a la mente, algo en lo que había estado pensando antes.

- —¿Mataste a la primera Doncella? —pregunté.
- —¿Qué? —La sorpresa llenó su tono y también la sentí a través de la cuerda que nos unía: fría como un jarro de agua gélida. Le conté lo que había dicho la duquesa acerca de las habilidades de la primera Doncella.
- —Dijo que la Doncella había sido indigna, aunque todavía no la habían entregado a los dioses, pero que sus decisiones y elecciones la habían conducido hasta el Señor Oscuro. Es decir, hasta ti. —*Igual que a mí*—. En resumen, la duquesa dijo que el Señor Oscuro la había matado.
- —No sé por qué querría decirte eso la duquesa. La única Doncella a la que he conocido eres tú —contestó, y sentí la ardiente y ácida quemazón de la furia irradiando de él—. Ni siquiera sé si de verdad hubo otra Doncella.
- Yo... la verdad es que no me había planteado la posibilidad de que no hubiese existido nunca otra Doncella. Eso podía explicar por qué no había nada escrito acerca de ella, ni siquiera un nombre. Pero... ¿que ni siquiera hubiese existido?
- —Tengo las manos manchadas de muchísima sangre, Poppy. A veces, tanta que no creo que vayan a estar limpias jamás. Tanta que no sé si quiero que lo estén alguna vez. —Mis ojos volaron hacia los suyos—. Y estoy seguro de que has oído muchas cosas sobre mí... sobre el Señor Oscuro. Algunas son verdad. Mato Ascendidos siempre que tengo la oportunidad, en Carsodonia y en todas las ciudades que he visitado. Y sí, encuentro maneras singulares de terminar con sus vidas. Estoy empapado en su sangre.

Con la piel helada, fui incapaz de apartar la mirada.

- —¿Tú fuiste el responsable de lo de la mansión Goldcrest? ¿De lord Everton?
- —Lord Everton no estaba vivo cuando dejé la ciudad de Tres Ríos. Como tampoco lo estaban los mortales que lo ayudaban cuando se rendía a su afición por alimentarse de chicos jóvenes... una predilección que iba mucho más allá de eso. Y estoy seguro de que ya sabes que algunos mortales conocen la verdad y ayudaron a encubrir lo que sucedía en los templos y lo que hacían cuando no había Rito.

Sí que había deducido que los Ascendidos tenían que contar con ayuda. Era imposible que no la tuvieran. Los sacerdotes y las sacerdotisas de los templos tenían que saberlo. Las institutrices de las fortalezas y todos los que servían a los Ascendidos en la intimidad.

—Y estoy seguro de que oíste el rumor de que mi aventura con *lady* Everton fue lo que me permitió entrar en la mansión —continuó. Sí, lo había oído—. Reconozco que he utilizado todas las armas que tengo. Después de todo, los Ascendidos me enseñaron a hacerlo. —Hice una mueca—. Ella era conocida por sus aventuras amorosas. Los sirvientes ayudaban a colar a sus amantes en la mansión; muchos no se marchaban jamás. Y sí, me aseguré de que me viera. Con el tiempo, me invitó a su cama, y así fue cómo conseguí entrar. Pero nunca le puse un dedo encima de ese modo. Jamás. —Había un retumbar grave en su tono—. Y si no hubiese huido en cuanto empezaron las llamas, ella tampoco lo habría contado.

No lo dudaba ni por un segundo. Casteel se inclinó hacia delante y me sostuvo la mirada.

—No solo los Ascendidos manchan mis manos. También hay inocentes. Mortales y descendientes de atlantianos por igual, atrapados entre lo que quiero y yo. Tu guardia, Rylan, fue uno de ellos. —Se me comprimió la garganta—. Igual que lo fueron los que han viajado hasta aquí con nosotros y muchísimos más. Cada uno por flecha, veneno o caída. Cualquier cosa que se interpusiera entre tú y yo. —No apartó la mirada, ni por un segundo—. ¿Y Vikter? ¿Todas esas damas en el Rito? Yo no los maté, pero tenías razón. Los que me apoyan actuaron por su cuenta, pero lo hicieron enaltecidos por mis palabras, urgidos por mi liderazgo. Así que su sangre también mancha mis manos. Debí reconocer mi responsabilidad en eso desde el primer momento.

Un escalofrío me recorrió de arriba abajo, uno de dolor y aflicción.

- —¿Crees que algo de todo ello mancilla tu alma? —susurré.
- —Gran parte, sí. —Se echó hacia atrás—. Pero esa Doncella no es parte de eso. Si de verdad existió, y si era como tú, parte atlantiana y con los mismos dones o algo por el estilo, no fue entregada a los dioses. Lo más probable es que la utilizaran del mismo modo que planean utilizarte a ti.

El aire que salió por mi boca fue tembloroso.

- —Si... si tienen a tu hermano, ¿por qué la necesitarían a ella? Me miró desde su silla.
- —Los atlantianos necesitan sangre atlantiana para sobrevivir. Una persona que sea solo medio atlantiana puede proporcionar el sustento necesario. Así es como me mantuvieron con vida a mí.

Tragué saliva con esfuerzo, afligida por él a pesar de todo. Afligida por ella, una mujer a la que ni siquiera conocía, una que ni siquiera estaba segura de que existiera.

- —¿Podrían haberla mantenido cautiva para... para alimentarlo a él? ¿Para mantenerlo con vida?
 - —Sin sangre atlantiana, no morimos —dijo. Fruncí el ceño.
 - —¿Cómo puedes no sobrevivir pero aun así vivir?
- —Porque nos convertimos en algo que no compararía con estar vivo respondió. Antes de que pudiera cuestionar esa afirmación, continuó hablando —. Si de verdad hubo una primera Doncella, o bien la dedicaron a mantener a mi hermano vivo, o bien la utilizaron del mismo modo que a él. Es posible que ambas cosas. Pero fuera como fuese, supongo que hace mucho que habrá muerto. Lo que deberías preguntarte es por qué te necesitan a ti. ¿Por qué te convertirían en la Doncella, te mantendrían encerrada, bajo su protección y bajo su atenta mirada? ¿Por qué esperaron hasta ahora para tu *Ascensión*? Escupió la última palabra—. Antes, después de nuestro encuentro con los Demonios, tenías razón en cuanto a la razón por la que te obligaron a no hablar de que te habían mordido y te dijeron que no emplearas tus habilidades nunca. Alguien podría haber descubierto lo que eras y eso hubiese derrumbado toda su casa de huesos sobre sus cabezas. Entonces, ¿por qué esperaron tanto y corrieron ese riesgo? Por favor, dime que te has hecho esas preguntas.

Me quedé helada.

- —Sí, me las he hecho. Quieren... quieren utilizarme para fabricar más *vamprys*. Pero ¿por qué? Han...
- —¿Y por qué crees que han esperado tanto? —repitió—. ¿Por qué desapareció esa primera Doncella de manera muy conveniente más o menos al mismo tiempo que empezaron a aumentar sus habilidades? No hay ninguna Ascensión para ti. Los dioses no requieren ningún servicio. Han esperado a que pudieras serles útil. —Se echó hacia delante—. Existe una razón para que los Ascendidos esperen hasta cierta edad para Ascender. ¿Sabes lo que sucede cuando un atlantiano llega a los diecinueve años?
- Sí, lo sabía. Había leído sobre ellos en *La historia de la Guerra de los Dos Reyes y el reino de Solis*. La respuesta había estado en ese maldito libro que me habían obligado a leer cien veces. Era probable que esa fuese la única parte que era verdad.
- —A esa edad, los atlantianos llegan a un estado de madurez. Vosotros lo llamáis... el Sacrificio, cuando experimentan cambios físicos.
- —Y cuando varias habilidades más empiezan a manifestarse o a fortalecerse en algunos —añadió, sus ojos brillantes en la tenue iluminación del dormitorio—. En mi caso, fue la coacción. De niño, podía ser más o

menos persuasivo, pero una vez que pasé por el Sacrificio, empecé a poder imponer mi voluntad a cualquier otro si así lo quería.

Un gran vacío se extendió por mi estómago.

- —Entonces, ¿por qué no te has limitado a obligarme a aceptar lo que sea que quieres que haga?
- —Porque tal vez sea un monstruo —dijo, el ceño muy fruncido—, pero no soy *ese* tipo de monstruo, Poppy. —Sentí una presión en el pecho al apartar la mirada de él—. Además, las coacciones son temporales, útiles solo para beneficios inmediatos —prosiguió. Cuando lo miré de nuevo, su expresión se había suavizado—. Y es curioso que, igual que tú no puedes sentir las emociones de los Ascendidos, las coacciones tampoco funcionan con ellos.
 - —¿Sabes por qué? —pregunté, tras aclararme la garganta.
 - —Hay quien cree que es porque no tienen alma.

Pensé en Ian y luego reprimí esos pensamientos.

- —¿Así que crees que mis habilidades están cambiando porque estoy experimentando el Sacrificio?
- —Una versión de él, sí. Tu sangre no hubiese sido útil para ellos hasta que al menos llegaras a los diecinueve años, aunque tus habilidades tardaran dos años más en transformarse.

Mientras procesaba lo que me estaba diciendo, mi cerebro fue en otra dirección.

—¿Me van a salir… colmillos?

Casteel arqueó las cejas.

- —Lo dudo. Los medio atlantianos no necesitan sangre, así que no necesitan colmillos.
 - —¿Y qué pasa con… la inmortalidad?
 - —¿No la querrías?

Pensé en los Ascendidos, en lo mucho que vivían, y no estuve segura de si su falta de humanidad se debía a lo que hacían para sobrevivir o porque vivían para ver cómo todo el mundo a su alrededor moría, generación tras generación.

—No lo sé —respondí con sinceridad—. ¿La tendré?

Negó con la cabeza.

—Solo los atlantianos puros tienen lo que los mortales considerarían inmortalidad.

No estaba segura de si me sentía aliviada o no.

- —Entonces, ¿puedo Ascender siquiera? ¿Pueden convertirme en *vampry*?
 —pregunté. No hacía más que pensar en Ian. Si él fuese medio atlantiano como yo...
- —Sinceramente, no lo sé, Poppy. Está prohibido a todos los atlantianos Ascender a nadie con una sola gota de sangre mortal. Incluso a los medio atlantianos que viven en Atlantia no se les Asciende. Viven y mueren igual que un mortal cualquiera —explicó, y eso era algo que no sabía de los habitantes de Atlantia: que no todos los atlantianos eran como él—. Supongo que un medio atlantiano que pasara por la Ascensión sería igual que un mortal. Se convertiría en un *vampry*.

Lo cual significaba que se regirían por su sed de sangre, solo que no tan consumidos por ella como un Demonio. La presión se instaló en mi pecho.

—Cuando a una persona la convierten... cuando la hacen *vampry*, ¿qué le ocurre?

Se quedó callado unos segundos antes de contestar.

—Otros *vamprys* se alimentan de ella, hasta estar a punto de morir desangrada, y después la alimentan con sangre de un atlantiano. A veces, el cambio es inmediato. Otras veces, puede parecer muerta durante horas. Pero luego se despierta y... y está hambrienta. Tan incontrolable como un Demonio. A menudo hacen falta varios Ascendidos para apaciguarla. — Apretó la mandíbula y deslizó los ojos hacia el fuego—. Incluso después de alimentarse, el hambre la consume. He oído que pueden ser necesarias varias semanas, incluso meses, para que un *vampry* recién creado controle su sed de sangre.

Una sensación horrible amenazó con arrastrarme a través del suelo. Había habido un lapso de tiempo después de la Ascensión de Ian durante el cual no había tenido noticias suyas. Fue cuando se casó. Y habían sido varios meses.

- —Y sé que los que no pueden soportar lo que se les exige como *vamprys*, se aseguran de no hacerle daño a nadie más —añadió con voz queda.
- —¿Cómo? —pregunté. El instinto me decía que la respuesta no iba a ser fácil de digerir.
- —Eligen salir cuando el sol está en lo más alto. No lleva demasiado tiempo, pero no es rápido para nada. Tampoco es indoloro.

Oh, por todos los dioses.

- Eso... *eso* sonaba como algo que haría Ian. Pero él estaba vivo. Me había estado mandando cartas. Tenía que estar vivo. Tragué saliva.
- —Cuando viste a alguien transformarse, ¿te dio la impresión de que todos sabían lo que estaba pasando?

Sus ojos volvieron a posarse en mí.

- —Sé a dónde quieres ir con esto y no creo que la respuesta cambie las cosas del modo que deseas.
 - —¿Te importa simplemente responder a la pregunta? Casteel apretó los labios.
- —Los Ascendidos celebraban una ceremonia para ello. Llevaban mortales vestidos con largas túnicas y máscaras. Entonaban cánticos con palabras sin sentido y encendían velas. Algunos parecían saber lo que iba a suceder. La mayoría parecían colocados. No tengo ni idea de si sabían exactamente lo que estaba pasando. —Su pecho se hinchó con una profunda inspiración—. Algunos parecían drogados. Dudo que supieran siquiera si estaban despiertos.

Lo miré pasmada, atascada en ese lugar terrible entre el alivio y el horror. De repente, entendí por qué no había querido responder a la pregunta. Si a Ian lo habían drogado hasta el punto de no ser consciente... si los otros tampoco eran conscientes de lo que estaba pasando... eso era mucho peor. Casteel me observó en silencio.

—No existe ninguna razón para que un Ascendido convierta a un medio atlantiano. Hacerlo mancillaría su sangre, la parte que necesitan para convertir a otros Ascendidos o para mantener a un atlantiano con vida. Por eso se aseguraron de que estuvieras sana y salva, la razón por la que tu amada reina se preocupó por ti con semejante ternura —me dijo. Mi cuerpo entero estaba tan tenso como la cuerda de un arco—. Tu sangre no significaba nada para ellos hasta ahora, y significaría aún menos para ellos si pasaras por la Ascensión.

O sea que lo más probable era que Ian y yo tuviésemos padres distintos, ya fuese uno o los dos. Porque a él tenían que haberlo convertido. Me había estado escribiendo cartas y Casteel decía que solo lo habían visto de noche. A menos...

A menos que los contactos de Casteel hubiesen visto a otra persona y que no hubiese sido Ian para nada el que me escribía esas cartas.

La presión aumentó aún más en mi interior. Pasó a mi estómago y tragué saliva con dificultad. No podía ni pensar en esas posibilidades ahora mismo, no mientras estuviera tan lejos de Ian. Las preguntas y las dudas me destrozarían.

Y ya me sentía bastante destrozada.

Antes ya sabía lo que planeaban para mí, pero comprender del todo por qué habían esperado, por qué habían hecho todo lo que habían hecho, me ponía enferma, hasta el punto que temí enfermar de verdad físicamente. —Solo me mantenían con vida hasta que pudieran... —Me atraganté con mis propias palabras y su peso amenazó con aplastarme.

Casteel no dijo nada. Se limitó a quedarse ahí sentado, aunque era probable que fuese para mejor en ese momento. Me sentía como un polvorín al que habían prendido fuego. En mi interior, saltaban chispas de incredulidad e ira. Me habían mantenido protegida y virtualmente encerrada, cuidada como una preciada cabeza de ganado hasta que mi sangre madurara. Hasta que fuese útil, ya fuese para crear más *vamprys* o para mantener a otro vivo y continuar fabricando más.

- —No soy una botella de vino —susurré.
- —No —confirmó Casteel en voz baja—. No eres una botella de vino, Poppy.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Y no sabías nada de esto cuando viniste a por mí? ¿Lo juras? ¿Juras aquí y ahora que no sabías que era medio atlantiana? ¿Que no sabías que era por eso que me hicieron Doncella? ¿Que no sabías que me estaban manteniendo con vida y protegida de todo hasta que fuese... útil?

Me miró a los ojos.

—Te lo juro, Poppy. No tenía ni idea de que eras atlantiana hasta que saboreé tu sangre. Ni siquiera esperaba que lo fueras cuando me enteré de tu don. Quizás debería haberlo pensado. —Una sombra cruzó su cara, desaparecida tan deprisa que ni siquiera podía estar segura de haberla visto—. Pero ningún atlantiano ha sido capaz de algo así desde hace, bueno, cientos de años. No lo sabía.

Mis sentidos todavía estaban abiertos y tardé unos instantes en filtrar todo lo que percibía para encontrar un sentido siquiera a sus emociones. Aún estaba ese sabor ácido de la ira, el regusto agrio que asociaba con la incertidumbre, y la tristeza que siempre rondaba en su interior.

Mi don no era en absoluto un detector de mentiras, pero no me dio la sensación de que estuviese mintiendo. Retirar mi don siempre era lo más difícil porque no me resultaba natural. Lo que sí era natural sería acudir a él y aliviar su tristeza, proporcionarle algo de paz temporal. Me hormigueaba la piel con el deseo de hacer justo eso, y no era solo porque se tratara de él. El don exigía ser utilizado, quería curar. Lo reprimí a duras penas y solté un suspiro tembloroso mientras me sentaba en el borde de la cama.

—Ahora que comprendes del todo lo que te han hecho y lo que planean
—dijo Casteel, su voz endurecida de un modo que rara vez oía cuando

hablaba conmigo—. ¿Por qué demonios querrías correr de vuelta con ellos, Poppy? Te cases o no te cases conmigo.

Miré a Casteel, el cuchillo de carne medio suelto en mis manos.

- —Ya te dije antes que no corría de vuelta con ellos.
- —Entonces, ¿a dónde ibas con tantas prisas? Y sin víveres, si se me permite añadir.
- —No creo que necesites añadir eso. Soy muy consciente de lo que llevaba cuando me fui de aquí.
- —Si no volvías con los Ascendidos, ¿a dónde habías pensado ir? Ibas derecho hacia Whitebridge. Al sur. —Sus ojos eran como esquirlas de ámbar —. No volvías a Masadonia. Supongo que ibas a la capital. ¿Por qué? Incluso sabiendo lo que hiciste entonces, ¿por qué harías algo así?
- —¿Por qué? —La ira me invadió de nuevo, caliente y brillante como las llamas—. ¿En serio me estás haciendo esa pregunta otra vez?
- —¿Tengo pinta de estar bromeando? —preguntó. El aturdimiento me hizo guardar silencio, aunque solo un momento.
- —¿Por qué habría de quedarme aquí y dejar que me entregaras a ellos? A la gente que me dijiste que quería utilizarme. A la gente que había abusado de ti y te había torturado. La gente que le está haciendo eso mismo a tu hermano. ¿Cómo te hace eso mejor que ellos? ¿Más seguro? ¡Estás haciendo lo mismo que me hicieron ellos! —Noté que me ardía el fondo de la garganta cuando un nudo de emociones feas y dolorosas se atascó ahí—. ¡Me estás manteniendo a salvo, bien alimentada y encerrada hasta que puedas usarme!

Un músculo se tensó en su mandíbula.

- —Y después vas y anuncias que te vas a casar conmigo. —Sacudí la cabeza, temblando—. ¿Qué demonios te haría decir siquiera algo tan ofensivo?
- —¿Ofensivo? Vamos, Poppy, sé que en el fondo debes de estar entusiasmada. No todo el mundo tiene la oportunidad de convertirse en una princesa de verdad.
- —No estoy ni remotamente... —Cerré la boca de golpe cuando me di cuenta de que me estaba tomando el pelo. ¿Acaso todo esto era algún tipo de broma grandiosa para él?
- —En Atlantia, se considera un gran honor que te den la bienvenida al seno de la noble familia gobernante —continuó—. Creo que a mi madre le vas a gustar.

Me levanté de un salto.

- —¡No nos vamos a casar! —Estampé el cuchillo contra la mesilla de noche, su hoja se incrustó bien hondo en la madera y el mango quedó vibrando por el impacto.
- —Pensándolo bien, estoy seguro de que a mi madre le vas a gustar murmuró Hawke, y en ese momento, *era* Hawke.

Ese era el tono desconcertado que tan familiar me resultaba, y me dejó lo bastante descolocada como para necesitar varios segundos para recuperarme, para recordar que no era más que otra máscara.

- —¿Por qué? ¿Porque esta vez no te lo he lanzado a la cara?
- —Lo más probable es que le divierta saber que has hecho precisamente eso —comentó, y fruncí el ceño—. Y se alegrará de saber que eres capaz de mostrar control.
 - —Ahora mismo, desearía no haber mostrado ese control.

Casteel se rio, y eso también me sonaba muy familiar, pero fue la risa de Casteel la que se fue apagando. Eran sus ojos dorados los que mostraban una intensa mirada de fascinación. Era al mismo tiempo Hawke y Casteel, pero ahora era el segundo con el que trataba. Se inclinó hacia delante en su asiento, tras bajar ambos pies al suelo.

—Eres increíblemente hermosa cuando te enfadas.

Me negué a sentirme halagada por ese cumplido un tanto extraño.

- —Y tú estás increíblemente perturbado.
- —Me han llamado cosas peores.
- —Estoy segura de que sí. —Crucé los brazos delante del pecho.

Casteel se levantó y, por un momento, me perdí un poco en toda esa piel broncínea a la vista.

- —Hablaremos mañana de nuestro futuro...
- —No hay ningún futuro del que hablar. No nos vamos a casar —lo interrumpí.
 - —Creo que encontrarás mi razonamiento imposible de rechazar.
 - —Nada es imposible.
 - —Ya veremos.
- —No, no vamos a... ¿qué estás haciendo? —pregunté cuando lo vi ir hacia el otro lado de la cama—. ¿Qué estás haciendo?
 - —Meterme en la cama.
- —¿Por qué? —Mi voz sonó muy aguda. Casteel arqueó una ceja mientras abría la cama.
 - —Para dormir.

- —Eso ya lo había deducido yo solita, gracias. Pero ¿por qué crees que vas a dormir en la misma habitación, no digamos en la misma *cama* que yo?
 - —Porque, como te he explicado antes, esta es mi habitación.
 - —Entonces yo iré a buscar otra.
 - —No hay más cuartos disponibles, princesa.

Hinqué las manos en la manta mientras mi mente daba vueltas desesperada.

—Esto no es apropiado. Soy la Doncella. O lo era. Lo que sea. Soy la definición de apropiado.

Casteel me miró alucinado.

- —Aparte del hecho de que no eres precisamente la definición de apropiado, todo el mundo en esta fortaleza sabe que ya hemos compartido cama, Poppy.
 - —Bueno, pues eso es... —Me ardía la cara—. Eso es genial.
 - —No voy a dejarte sola.
 - —¡No voy a escapar! Lo prometo.
- —Espero que no creas que soy tan tonto como para confiar en una promesa tuya. —Casteel pescó una almohada bastante plana y la ahuecó—. Así que o duermo yo aquí o duerme Kieran. ¿Preferirías que fuese él? Si es así, lo llamaré. —Tiró la almohada hacia la cabecera de la cama—. Pero solo para que lo sepas, a menudo se transforma en su forma de *wolven* y tiene costumbre de dar patadas mientras duerme.

Abrí los labios despacio.

- —¿Qué? Espera. No necesito una explicación de eso. No quiero a Kieran. Su asomo de sonrisa fue pura malicia.
- —Me quieres a mí.
- —Eso no es lo que he dicho. Puedes dormir en el suelo.
- —No pienso dormir en el suelo. Y antes de que lo digas, tú tampoco vas a hacerlo. —Se metió en la cama con una gracia envidiable—. Pienses lo que pienses de mí, espero que sepas que jamás te forzaría, y tampoco te coaccionaría a hacer algo así. Jamás te haré nada que no quieras que haga, y no es solo porque sé lo que se siente —añadió en tono neutro. Se me comprimió el corazón—. Es porque nunca he sido ese tipo de persona.
- —Sé que no harías nada así —me apresuré a decir. Y no es que quisiera saber, sino que… necesitaba saber—. ¿Qué te hicieron?
 - —Eso no es algo de lo que realmente tenga ganas de hablar, Poppy.

Abrí la boca y luego la cerré. Eso era algo que podía comprender. Que podía respetar.

Me quedé donde estaba y pensé en lo que Kieran había dicho hacía un rato: que estaba a salvo con el príncipe. Por desgracia, también recordé los efectos de su sangre y cómo me había faltado solo suplicarle que me tocara.

No había sido uno de mis momentos de mayor gloria.

Sin embargo, Casteel se había negado. Podía muy bien haberse aprovechado de la situación, pero ¿qué había dicho? Que no era un buen hombre, pero que estaba intentando serlo. Pensé en la vergüenza que había percibido en su interior. Era al mismo tiempo el villano y el héroe, el monstruo y el verdugo del monstruo.

Pero no temía que fuese a intentar nada conmigo. Me temía más a mí misma. Me daba miedo lo fuerte que latía mi corazón. La noche que habíamos estado juntos, quedarme dormida en sus brazos había sido... había sido tan maravilloso como lo que habíamos compartido antes de eso.

Solo que no había sido real.

El problema era que mi corazón no parecía entenderlo, al menos no todo el tiempo. Por eso latía tan deprisa ahora mismo. Para algunos, era probable que para la mayoría de las personas del reino, dormir al lado de alguien no significaba gran cosa. Pero ¿para mí? Era tan impactante como darse la mano, como ser capaz de tocar abiertamente a otra persona y que ella te toque a ti, como compartir la cena con alguien. Cosas que otras personas a menudo daban por sentadas.

Esa era la razón de que compartir la cama con Casteel fuese peligroso.

Observé cómo dejaba que la manta cayera hasta su cintura y luego cruzaba las manos debajo de su cabeza. Una vez que parecía bien cómodo, se dirigió a mí.

- —Pero, solo para que lo sepas, si quieres que mis labios toquen cualquier parte de ti, estoy más que dispuesto a darte ese gusto. —Me quedé boquiabierta—. Y mis deseos de agradar se extienden a mis manos, mis dedos y mi pene...
- —Oh, por los dioses —lo interrumpí—. No tienes por qué preocuparte de eso. Jamás solicitaré tus… tus servicios.
- —¿Servicios? —Ladeó la cabeza en mi dirección—. Eso suena muy guarro.

Hice caso omiso de su comentario.

- —Tú y yo no vamos a volver a hacer nunca nada como lo que hicimos en el pasado.
 - —¿Nunca?
 - -Nunca.

- —¿Dirías que sería… imposible?
- —Sí. Desde luego. Es imposible.

Entonces Hawke sonrió, y *sí que era* la sonrisa de Hawke. Aparecieron hoyuelos en ambas mejillas y odié la punzada que sentí en el pecho al verlos. Odié que me hiciera verlo como Hawke.

- —Pero ¿no acabas de decir que nada era imposible? —preguntó con voz melosa. Bajé la vista hacia él, sin lograr pronunciar palabra.
 - —Lo que de verdad quiero ahora mismo es apuñalarte en el corazón.
 - —Estoy seguro de que sí —repuso, cerrando los ojos.
- —Lo que tú digas —musité, aceptando que tendría que aguantarme con él ahí. Al menos durante la noche, o hasta que se me ocurriera cómo escapar. Me eché hacia atrás, metí las piernas de malos modos debajo de la manta y me dejé caer en el colchón con la fuerza suficiente para sacudir toda la cama.
 - —Eh, ¿estás bien? Ha sonado como que podrías haberte hecho daño.
 - —Cállate.

Se echó a reír.

Con la espalda hacia él, contemplé el cuchillo. La hoja se había torcido. Suspiré. Un momento después se oyó un *clic* y la habitación se oscureció. Casteel había apagado la lámpara de aceite de su lado de la cama.

¿Su lado de la cama?

No teníamos lados.

Me subí la manta hasta la barbilla y deslicé los ojos hacia la chimenea. Mi mente divagó de vuelta a algo que no debería importar pero que por alguna razón importaba.

—¿Por qué me lo has dicho? —susurré, sin estar segura siquiera de si todavía estaba despierto o de por qué se lo estaba preguntando. Ya me había contestado—. ¿Por qué tuviste que decirme lo de que Hawke era tu segundo nombre?

El fuego crepitó y escupió unas cuantas chispas. Cerré los ojos. Casteel tardó unos segundos, quizás unos minutos, en contestar.

—Porque necesitabas saber que no todo fue mentira.

Capítulo 7



Con todo el estrés y los traumas de los últimos días, no era de extrañar que el pasado me encontrara en mis sueños. Aun así, fue una conmoción para mis sentidos.

Había sangre por todas partes. Salpicada contra las paredes, corriendo por ellas en finos riachuelos y arremolinada sobre el polvoriento suelo de madera, debajo de los bultos que había ahí tirados, deformes y retorcidos. El aire estaba impregnado de olor a metal. Un manchurrón azul a la luz de los faroles captó mi atención. Una camisa. ¿No llevaba una camisa azul el hombre tan gracioso que nos había servido la cena esa noche? El señor La... ¿Lacost? Nos había contado historias de la familia de ratones que vivía en el granero de atrás y había entablado amistad con los gatitos. Yo había querido verlos, pero papá nos había llevado de vuelta a nuestras habitaciones. Papá no había sonreído ni reído durante la cena. No lo había hecho desde que partimos. Se había quedado sentado a la mesa, sus ojos volando hacia la ventana entre bocadito y bocadito de comida.

Pero el pecho y el estómago del señor Lacost me parecían raros, mientras los miraba temblando. Ya no eran redondos, sino hundidos, irregulares...

—No mires, Poppy. No mires hacia allí. —Me llegó la voz susurrada de mamá, que tiraba de mi mano—. Debemos escondernos. Corre.

Me arrastró por el estrecho pasillo, su mano mojada contra la mía.

- —Quiero que venga papá…
- —*Shh*. No hay que hacer ruido. —Le temblaba la voz, sonaba demasiado aguda. Las mangas de su vestido estaban desgarradas, el rosa pálido manchado de carmesí. Mamá estaba herida y yo no sabía qué hacer—. No hay que hacer ruido para que papá pueda venir a buscarnos.

No entendía cómo no hacer ruido ayudaría a papá a encontrarnos. La habitación en la que entramos estaba oscura y los sonidos, los gemidos y las respiraciones entrecortadas, los lamentos y gritos continuos sonaban muy altos. Papá había ido afuera cuando llegaron, había ido con el hombre extraño que parecía conocerlo. Yo quería que viniera mi papá. Quería que viniera Ian, pero él se había marchado con la mujer que olía a azúcar y vainilla...

Un sonido estridente atravesó la oscuridad. Mamá tiró de mi mano con fuerza y me obligó a agacharme a su lado. Abrió un armario grande detrás de mí justo cuando alguien gritó. Unas cazuelas cayeron con estrépito al suelo cuando mamá las sacó a toda prisa del interior del armario.

—Métete ahí, Poppy. Necesito que te metas ahí y estés muy callada, ¿vale? Necesito que seas tan silenciosa como un ratón, pase lo que pase. ¿Lo entiendes?

Miré hacia atrás al pequeño agujero de oscuridad y negué con la cabeza. Mamá no cabría ahí dentro.

- —Quiero quedarme contigo.
- —Estaré aquí mismo. —Su mano acarició mi mejilla. Su piel estaba húmeda cuando giró mi cabeza hacia ella—. Necesito que seas una niña grande y me escuches. Tienes que esconderte...

El estridente aullido nos llegó de nuevo y yo me aferré a mi madre, abrazada a su cuerpo. Mis dedos se hundieron en la pegajosa cintura de su vestido.

—Tienes que soltarme, cariño. Tienes que esconderte, Poppy.

Me agarré más fuerte, noté algo caliente y mojado resbalar por los lados de mi cara.

Mamá dio un respingo al oír algo. Una voz. Alguien habló, pero mi corazón latía demasiado fuerte en mis oídos como para distinguir lo que decía. Sonaba como una catarata y los sonidos de pesadilla eran más fuertes, sonaban más cerca. Entonces, sonó una voz otra vez. Y mamá... sus manos estaban más mojadas, más pegajosas...

Alguien volcó una lámpara de aceite en alguna parte. El cristal se hizo añicos. Mamá gritó y cerró los brazos a mi alrededor, las palabras embarulladas, no tenían ningún sentido excepto una.

Gritos. Alguien estaba chillando a pleno pulmón. ¿Mamá? La arrancaron de mi lado, sus manos se deslizaron por mis brazos, sus dedos agarraron los míos y luego resbalaron. Un cuerpo se estrelló contra nosotras, contra mí, y me tambaleé hacia el lado y perdí el agarre sobre mamá. Un dolor atroz cruzó

mi rostro, me dejó aturdida. Caí hacia atrás. Unas manos me agarraron. Unas manos que eran demasiado fuertes. Manos que hacían *daño*. Grité...

Sonó una voz otra vez, en alguna parte de la oscuridad, resonaba por debajo de los gritos.

Vaya florecilla más bonita. Vaya amapola más bonita. Córtala y mira cómo sangra. Ya no es tan bonita... Poppy.



Me desperté sobresaltada, un grito resonaba en mis oídos, quemaba mi garganta mientras boqueaba en busca de aire. Forcejeaba pero era incapaz de moverme. Tenía los brazos atrapados contra los costados, las piernas enredadas en un calor denso. Abrí los ojos, poco a poco, y tardé un momento en encontrarle algún sentido a mi entorno. Me centré en el latido regular debajo de mi mejilla mientras iba extrayendo despacio las espinas del pánico y el miedo.

Una tenue luz grisácea se colaba por la estrecha ventana de enfrente de la cama. No estaba en aquella posada, nadie me estaba mordiendo ni desgarrando. Estaba en la fortaleza, en la cama, con un pecho duro y caliente contra la mejilla, una mano que se deslizaba con calma por encima de mi pelo, una voz que susurraba mi nombre una y otra vez, que me decía que estaba bien, me prometía que estaba a salvo. Estaba acurrucada en su regazo, abrazada con fuerza contra su pecho como si tratara de mantener el tembleque a raya solo con sus brazos.

Casteel.

La realidad volvió a mí a retazos a medida que la desorientación de la pesadilla se fue difuminando y empecé a darme cuenta de que el príncipe me estaba meciendo con suavidad.

Sabía que debía apartarme de él, que debía poner algo de distancia entre nosotros, pero había algo en su abrazo que era tranquilizador. Algo que parecía inexplicablemente correcto después de la sangre y el terror. Quizás fuera porque solía despertarme sola después de las pesadillas, descolocada y aterrada, sobre todo desde que Ian se marchó a la capital. Y aunque mis gritos a menudo habían despertado a Tawny, jamás me había permitido semejante...

consuelo. Siempre me había dado demasiada vergüenza buscarlo en mi dama de compañía. Pero ahora no había otra opción y era la primera vez en mi vida que me sentía aliviada por que me hubiesen quitado la posibilidad de elegir. Cerré los ojos y dejé que el calor del cuerpo de Casteel se filtrara hacia el mío.

Sentí una pizca de vergüenza, aunque él ya sabía lo de mis pesadillas. Vikter le había advertido al respecto, y sabía que no lo había hecho en beneficio de Casteel, sino en el mío. La pena me atenazó el pecho. Echaba de menos a Vikter, lo echaba muchísimo de menos, y recién despertada de estas pesadillas bañadas en sangre, la pérdida era insoportable.

Pero la vergüenza también caldeó mi piel. Qué tonta me debía encontrar Casteel por sufrir pesadillas después de tantos años. Empecé a separarme de él.

—Lo siento —dije. Hice una mueca al oír la ronquera de mi voz. Solo los dioses sabían qué tipo de sonidos debía haber hecho para irritar mi garganta de ese modo—. No era mi intención despertarte.

—Cuando era joven y dejé Atlantia por primera vez, vi a un Demonio a las afueras de un pueblecito. Jamás había visto algo tan aterrador en toda mi vida. No creí que pudiera haber nada peor ahí afuera. —Los brazos de Casteel se apretaron en torno a mi cuerpo—. Como debía de llevar en ese estado desde hacía algún tiempo, parecía un cadáver andante. Era mucho más aterrador que cualquier cosa que mi imaginación hubiese podido fabricar cuando era niño. ¿Y el sonido de sus aullidos y lamentos? Hubiera jurado que iba a atormentar mis sueños, y así fue. Durante semanas, incluso lejos de cualquier otro Demonio, me despertaba en medio de la noche, jurando que lo oía gritar.

Mis temblores amainaban ya cuando curvó la mano por detrás de mi cabeza.

—Pero entonces me capturaron. ¿Y lo peor? Es que fue mi culpa. Todavía era joven e ingenuo. Creía que podía solucionarlo todo acabando con el rey Jalara y la reina Ileana yo solo. Estaba convencido de que podía hacerlo. Estuve cerca. Lo bastante cerca para intentarlo. Es obvio que fracasé. Y entonces aprendí lo que era el verdadero terror. Antes me preguntaste qué me hicieron. Me negaban la sangre, me mantenían al borde del abismo, dándome solo la suficiente para sobrevivir, a veces casi ni eso. Pero la constante escasez de sangre afectó mi capacidad para curarme.

La bilis trepó por mi garganta, pero no dije nada y permanecí en sus brazos.

—Se requiere mucho tiempo para que se produzca ese efecto y ellos lo sabían. No me marcaron a fuego hasta que supieron que la marca perduraría. —Su pecho subió contra mi cuerpo—. Cuando las personas que traían para alimentarme estaban próximas a morir y ya no eran capaces de cumplir su propósito, las mataban delante de mí. A veces despacio, les hacían cortecitos y punciones en la piel hasta que morían. Otras veces, les rompían el cuello. Pero había ocasiones en las que yo tenía tanta hambre que... —Tragó saliva —. Era yo el que desgarraba sus cuellos y las mataba. Y luego dejaban sus cuerpos ahí dentro conmigo para que se pudrieran. Durante días. Semanas. Con nada a lo que mirar más que la persona que había matado. Nada en lo que pensar más que en el tipo de vida que habrían vivido antes de ese momento y el tipo de futuro que les había robado. A veces, los cuerpos se amontonaban, ahí tirados hasta mucho después de que el hedor se difuminara.

Oh, por todos los dioses.

Tenía los ojos abiertos pero no veía nada mientras lo escuchaba. ¿Sería esto también parte de la aflicción que llevaba siempre consigo? Si era así, entendía bien por qué. En ese momento, todas las cosas terribles que había hecho o causado no importaban. No podía ni empezar a imaginar el sufrimiento que debía haber soportado. Nadie se merecía algo así. Ni siquiera aquellos cuyas acciones provocaban muertes se merecían ser torturados, utilizados y maltratados.

¿Y sufrir pesadillas décadas más tarde? ¿Siglos más tarde? Pensé que yo no podría soportar cien años de revivir la noche en que atacaron los Demonios.

Su voz sonó vacía cuando siguió hablando.

—Y me hacían cosas... cosas que provocaban reacciones que no podía controlar. Mujeres. Hombres. Me obligaron a... —Se calló y noté cómo sacudía la cabeza—. Aprendí lo que era el verdadero miedo.

Se me escapó un suspiro tembloroso.

- —Lo... lo siento. Desearía que...
- —No tienes por qué disculparte. No fuiste tú, y no quiero eso de ti. —Sus manos se enroscaron en mi pelo—. No quiero compasión.
- —No te compadezco —le dije—. Y sé que no soy responsable de lo que te ocurrió. Tú tampoco lo eres, aunque fuesen tus acciones las que condujeron a tu captura. Pero aun así me siento fatal por todo lo que te hicieron.
- —No quiero que te sientas así. Solo quiero que sepas que yo también tenía pesadillas, Poppy. Durante años después de ser liberado, me despertaba en medio de la noche pensando que todavía estaba en esa jaula, con las

muñecas y los tobillos encadenados. En ocasiones, las cosas que hice después de que me liberaran me persiguen hasta mis sueños.

Su mano se deslizó hacia mi mejilla, echó mi cabeza hacia atrás para poder mirarme a los ojos.

—Así que lo sé todo sobre cómo el pasado no se queda donde debería. Cómo le gusta venir de visita cuando más débil y vulnerable estás. Nunca hay necesidad de disculparse y tampoco deberías sentir vergüenza.

Se me comprimió el corazón, al tiempo que disminuía en parte mi malestar.

- —¿Cómo... cómo sobreviviste a lo que hiciste?
- —No creo que te guste la respuesta —dijo después de un momento. Apartó la mirada—. Me prometí que cuando escapara, vería cómo la vida se escapaba de los ojos desalmados de la reina Ileana y el rey Jalara. —Dejó caer la mano—. Así es como sobreviví.

Tragué saliva ante la absoluta frialdad de su tono.

- —Venganza, entonces. —Cuando asintió, no estaba segura de cómo debía sentirme por lo que había dicho. ¿Debía pensar mal de él? Todavía no sabía cómo conciliar lo que me había contado sobre la reina y lo que sabía de ella, lo que había visto.
- —¿Cómo sobreviviste tú, Poppy? —Sus ojos volvieron a los míos, las pestañas bajadas a la mitad—. ¿Cómo has hecho para que la noche del ataque de los Demonios no te haya hecho tener miedo de todo? Porque eres muy temeraria, ya sea frente a un enjambre de Demonios, mirando a los ojos de un *wolven* o enfrentándote a mí, aun a sabiendas de lo que soy.

Su pregunta me pilló desprevenida, igual que la idea de que me considerara temeraria.

- —Yo... no es que no tenga miedo. Sí hay cosas que me dan miedo.
- —No me lo creo. —El interés centelleó en sus ojos dorados.

No pensaba admitir ante él que me daba más miedo a mí misma de lo que podría temerle jamás a un Demonio, a un *wolven*, o incluso a él.

—Sobreviví porque me negué a volver a ser impotente. Eso es lo que impidió que cediera al miedo. Eso es lo que me ayudó a soportar el dolor de entrenar con Vikter, todos los moratones y las magulladuras. —Pensé en la marca a fuego del muslo de Casteel, el dolor que debió de soportar para que le dejase cicatriz a pesar de lo fácil que él se curaba—. Entiendo bien cómo la necesidad de vengarte te ayudó a sobrevivir.

Ladeó la cabeza y levantó las pestañas para revelar su brillante e intensa mirada.

- —¿Es así como estás sobreviviendo ahora mismo? ¿A base de imaginar todas las formas en que me matarás?
- No. No estaba pensando en eso para nada. Tal vez debería, pero no lo estaba haciendo.

Me escurrí de entre sus brazos y me refugié en mi lado de la cama.

—Supongo que tendrás que esperar para averiguarlo.

Apareció su media sonrisa, la que revelaba el hoyuelo en su mejilla derecha. Pero se diluyó demasiado deprisa.

- —¿Recuerdas algo de la pesadilla?
- —En realidad, estoy intentando no pensar en ella —reconocí. Tiré de la gruesa manta hasta taparme el pecho. Él se apoyó sobre un codo y mis ojos bajaron de sus ojos a la tersa tableta de su abdomen.
 - —Estabas hablando en sueños.
- —¿Qué? —Eso atrajo al instante a mis ojos traicioneros de vuelta hacia los suyos. Casteel asintió.
- —Decías algo que me recordó a una… nana inquietante, para ser sincero. Algo de una flor bonita.

En cuanto esas palabras salieron por su boca, la pesadilla volvió a mí en un aluvión de una claridad escalofriante.

- —Vaya amapola más bonita. Córtala y mira cómo sangra —murmuré—. Ya no es tan bonita.
- —Sí. Esa. —Arqueó una ceja—. Y es tan inquietante como la primera vez.
 - —No puedo creer que estuviera diciendo eso.
- —Yo tampoco cuando te oí —comentó—. ¿Alguien te ha dicho eso alguna vez?
- —Yo... —Fruncí el ceño y negué con la cabeza—. No lo sé. En ocasiones, las pesadillas que tengo sobre esa noche no son exactamente como sucedieron las cosas, pero no recuerdo haber oído esas palabras nunca. Cerré los dedos en torno al cuello del camisón—. Y... trato de no pensar en ello cuando me despierto. Podría haberlo oído antes y haberlo olvidado. A veces, es...
 - —Desorientador —terminó por mí.

Asentí y revisé lo que recordaba. Sentí náuseas al hacerlo. Casi podía oler la sangre, sentir la mano mojada de mi madre contra...

—Alguien le habló a mi madre. En mi pesadilla. Hubo una voz justo antes de que el Demonio llegara hasta nosotras. —Abrí los ojos como platos—. Creo que es la voz que dijo lo de la flor, y mi madre respondió. Pero no… —

La frustración me carcomía por dentro mientras intentaba descifrar la palabra balbuceada que creía haberle oído decir. Podía haber sido más de una palabra. Casi podía ver sus labios moverse, pero también podía ser un recuerdo falso —. No… no logro recordarlo.

- —Quizás te venga después.
- —Quizás. —Suspiré—. Aunque ni siquiera sé si lo que oí fue real.
- —Puede que no. A veces, las cosas del pasado parecen solaparse unas sobre otras en los sueños. Mi captura, por ejemplo, a menudo se mezcla con la de Malik. —Rodó sobre la espalda, los ojos fijos en las vigas vistas del techo —. La noche del ataque de los Demonios no es la única experiencia dura que has sufrido.

Mis dedos resbalaron del cuello de mi camisón. Supe al instante que se refería al duque. El rubor trepó por mi cuello y odié la vergüenza que lo causó, la humillación a la que me había sometido y que había sido incapaz de detener. Y acababa de descubrir que si había alguien que entendería cómo me sentía por ello, ese sería Casteel. Aunque él había pasado por cosas mucho peores que yo.

- —¿Cómo averiguaste lo del duque? Nunca te lo dije.
- —¿Lo de sus *lecciones*? —La tensión trazó profundos surcos a ambos lados de su boca—. El duque de Teerman era temido pero no respetado entre sus guardias reales. Me hizo falta solo la más mínima de las coacciones para que uno de ellos compartiera conmigo lo que sabía.

Se me secó la boca al saber que había empleado la coacción, pero no fue el hecho de que lo hiciera lo que provocó mi reacción. Fue el recordatorio de lo que era capaz de hacer. Ese tipo de habilidad daba miedo. También era alucinante. Y que no la utilizara siempre que podía también era impresionante. Dudaba de que yo pudiera mostrar ese tipo de fortaleza de carácter.

Fruncí el ceño.

¿De verdad estaba elogiando su carácter? ¿El del hombre que me había mentido, me había secuestrado y me retenía contra mi voluntad?

Era obvio que necesitaba más descanso.

—Lo que repetías en tu sueño —comentó Casteel, sacándome de mi ensimismamiento—, sonaba como algo que podía haberte dicho el duque. Era lo bastante perverso para ese bastardo.

Casteel tenía razón. Sí que era lo bastante perverso para el duque de Teerman. La voz me había sonado familiar. ¿Podía estar en lo cierto? ¿Se trataría de esas dos... experiencias duras solapadas? Había veces que no

recordaba bien todo lo sucedido en el tiempo que pasaba en su oficina privada, cuando el dolor de las palizas con la vara me dejaban en un estado semilúcido.

—¿Con qué frecuencia lo hacía? —preguntó Casteel con voz queda—. ¿Darte sus lecciones? —Cerré la boca con fuerza. Casteel giró la cabeza hacia mí—. Sé lo que hacía. Sé que no siempre estaba solo. Y sé que, a veces, duraba solo media hora. Otras veces, los guardias perdían la noción del tiempo. —Sus facciones lucían cortantes y duras—. Y sé que prefería usar la vara contra carne desnuda.

La presión se cerró en torno a mi pecho al recordar la imagen de lord Mazeen sujetando mis manos contra la mesa para impedir que me cubriera el pecho, robándome cualquier pizca de dignidad.

—Siempre que estaba decepcionado conmigo —contesté con voz ronca
—. Lo decepcionaba a menudo.

Casteel apretó los labios en una línea fina.

—Si hubiese sabido que lord Mazeen asistía a sus lecciones, hubiese acabado clavado a esa pared al lado del duque.

Levanté los ojos hacia los suyos.

—Me alegro de que no lo hicieras. Si lo hubieses hecho, no habría tenido ocasión de ver la expresión de su rostro cuando le corté la mano y luego la cabeza.

Casteel me miró, las comisuras de su boca se curvaron hacia arriba. Sus labios se entreabrieron y vi la punta de sus colmillos. Apareció el hoyuelo de su mejilla derecha, luego el de la izquierda. Sentí una espiral que se enroscaba en mi bajo vientre.

—Qué violenta eres, princesa mía.

La espiral bajó aún más.

—No soy tu princesa.

Se rio mientras apartaba la vista.

—¿Crees que podrás dormirte otra vez? —preguntó—. Es probable que nos queden un par de horas más antes de que Kieran o alguien llame a la puerta para asegurarse de que no has encontrado una manera de asesinarme en medio de la noche. —Puse los ojos en blanco—. En cuanto pase la tormenta, partiremos hacia Spessa's End.

Sabía muy poco de Spessa's End. Solo que era una ciudad pequeña parecida a New Haven, situada al borde de la bahía de Stygian. Era la población más cercana a Pompay, el último bastión atlantiano durante la guerra. Una de las sacerdotisas me había dicho que la bahía de Stygian era la

puerta de entrada a los Templos de la Eternidad, vigilados por Rhain, el dios del hombre común y los finales. Había descrito la bahía como tan negra como el cielo nocturno.

Me tumbé de lado, pero no dormí. En lugar de eso, contemplé las llamas moribundas y pensé en el duque, la pesadilla y la certeza de que habría pocas posibilidades de escapar entre aquí y Spessa's End.

- —No estás dormida, ¿verdad? —preguntó Casteel unos instantes después.
- —¿Cómo lo has sabido?
- —Te estás meciendo ahí en tu lado como si fueses un bebé al que están arrullando para dormirlo.
- —No estoy... —Me tragué un gruñido cuando me di cuenta de que estaba haciendo justo eso. Dejé quieta mi mitad inferior—. Perdona. Es una vieja costumbre de cuando era niña. Por lo general, no logro dormir después de las pesadillas —admití después de unos segundos.
 - —¿Era entonces cuando aprovechabas para explorar la ciudad? Como no podía verme, sonreí.
 - —A veces. Todo dependía de lo tarde que fuera.
- —Bueno, pues aquí no hay ciudad para explorar —dijo, y sentí cómo se movía la cama cuando se desplazó—. Supongo que recuerdas lo bueno que soy como somnífero.

Un millar de chispitas danzaron sobre mi piel. Por supuesto que recordaba la noche en el Bosque de Sangre, cuando había deslizado su mano entre mis piernas y, por primera vez en mi vida, había descubierto lo que era el placer absoluto. Traté de bloquear esas imágenes.

- —Eso no será necesario.
- —Es una pena.
- —Ese es tu problema… —Contuve la respiración de golpe cuando lo sentí contra mi espalda. Me giré hacia él—. ¿Qué estás haciendo?
- —Abrazarte —contestó, al tiempo que pasaba un brazo alrededor de mi cintura. Mi corazón empezó a botar como la pelota de un niño.
 - —No quiero...
- —Es todo lo que voy a hacer —me interrumpió—. A veces encuentro que si alguien me abraza me cuesta menos dormir.

Me pregunté cómo había averiguado eso.

- —Entonces —opté por decir a cambio—, ¿por qué no sugeriste eso en el Bosque de Sangre?
- —Porque no es, de lejos, ni tan divertido ni tan interesante como lo que hice entonces —repuso—. Tengo ese diario por aquí en alguna parte, ¿sabes?

El que hablaba del palpitante pe...

- —Sé exactamente a qué diario te refieres. Y eso tampoco será necesario.
- —Pues también es una pena. —Acomodó la cabeza detrás de la mía al tiempo que tiraba de mí hasta casi inmovilizarme—. Necesito dormir, y eso no va a pasar cuando me da la sensación de estar en un barco. —Hizo una pausa—. Uno que cabecea un montón.
- —¡No me estaba meciendo tanto! —espeté enfadada, y me meneé un poco para poner algo de espacio entre nosotros.
 - —Yo no haría eso —me advirtió, la voz gruesa, el brazo más apretado.
 - —¿Por qué?
- —Deslízate unos centímetros más abajo y estoy seguro de que averiguarás por qué.

Abrí los ojos de golpe y me quedé muy, pero muy quieta. ¿Estaba...? ¿Estaba excitado? ¿Solo por estar tumbado en la cama a mi lado? ¿No necesitaba más que eso? ¿Después de lo que habíamos estado hablando hacía unos instantes?

Me mordí el labio de abajo. A veces, a mí solo me hacía falta mirarlo y ya me sentía de cierta manera. Saber que Casteel era capaz de experimentar toda esa atracción y ese deseo después de lo que había sufrido era un alivio. Lo que sentía ahora no tenía nada que ver con lo que le habían hecho. Lo que yo sentía cuando me tocaba no tenía nada que ver con lo que había sentido cuando el duque me ponía las manos encima. Eso lo tenía claro.

Tampoco debería sorprenderme que Casteel se sintiera atraído por mí. Eso había quedado muy claro, a menos que... eso también hubiese sido una farsa.

No, no creía que fuese una farsa. No había ninguna razón para fingir atracción ahora, sobre todo cuando no estábamos más que nosotros dos...

- —Casi puedo oír los engranajes de tu cerebro girar, princesa —comentó.
- —¿Por qué crees que estoy pensando en algo? —exigí saber.
- —Porque no podrías estar más tiesa. Duerme, Poppy. Tenemos mucho de lo que hablar mañana.

De la boda.

De nuestro futuro.

Dos cosas que eran irrelevantes porque la primera no iba a ocurrir jamás, así que no podía haber futuro para nosotros.

Además, ¿cómo se suponía que iba a dormir con él enroscado a mi alrededor como uno de esos animalillos pequeños y peludos que vivían en los árboles cerca de la capital? ¿Cómo se llamaban? No me acordaba. Solo había visto dibujos de ellos en un libro de niños que había encontrado una vez en el

Ateneo. Eran monos y parecían suavecitos, pero Vikter me había dicho una vez que eran criaturas muy agresivas.

- —¿Sabes cómo se llaman esos animales peludos que viven en los árboles cerca de la capital? —pregunté.
 - —¿Qué?
- —Los que se cuelgan de las ramas —le expliqué—. Son peludos y muy monos, pero en teoría también son agresivos.
- —Por todos los dioses, ¿quiero saber siquiera por qué estás pensando en los osos de árbol?
 - —¿Osos de árbol? —Fruncí el ceño—. ¿Se llaman así?
 - —Poppy —suspiró. Puse los ojos en blanco.
 - —Me recuerdas a un oso de árbol.
- —Te diría que estoy ofendido, pero eso requiere hablar, lo cual significa que ninguno de nosotros estaría durmiendo.
 - —Lo que tú digas —musité.

Mientras estaba ahí tumbada, toda tiesa, me planteé si agarrar el cuchillo de carne y apuñalarlo en el brazo con él. Parecía una reacción un poco exagerada, pero era una de la que disfrutaría, por lo menos en el momento de hacerlo.

No supe cuánto tiempo me costó, pero en algún momento entre mirar el cuchillo y hacer todo lo posible por no mecerme, mis párpados empezaron a pesar y al final sí que me dormí.

Y no soñé.

Capítulo 8



La próxima vez que viera a Casteel, le iba a clavar ese estúpido cuchillo tan hondo en el pecho que tendría que cavar para extraerlo.

Furibunda, contemplé la puerta, vigilada por fuera, y me tragué un grito de frustración e ira. Excepto cuando Delano me había llevado la comida, llevaba encerrada bajo llave en esa habitación todo el día, sola, y me estaba volviendo loca de remate.

Cuando me desperté, Casteel ya se había marchado, y ese había sido un descubrimiento bienvenido puesto que despertarme en sus brazos no era algo que necesitara experimentar otra vez. Los recuerdos de esa experiencia ya eran bastante difíciles de olvidar de por sí. Sin embargo, horas después, mientras la nieve no dejaba de caer y el viento aullaba al otro lado de la estrecha ventana, toda la gratitud que había sentido se había marchitado y desaparecido.

Delano había montado guardia a la puerta durante casi todo el día. Lo sabía porque la última vez que yo había aporreado la puerta, él me había contestado a través de la gruesa madera. Había respondido casi de manera idéntica cada vez que había exigido que me dejara salir.

«Nadie tiene ganas de perseguirte en medio de una tormenta de nieve».

«Preferiría que el príncipe no me sacara las tripas, así que no».

«El príncipe regresará pronto».

Mi favorita fue cuando le dije que solo quería respirar algo de aire fresco: «No es nada personal, pero no hay literalmente ningún modo de que confíe en ti lo suficiente como para abrir esta puerta una rendija para dejar entrar siquiera una pizca de aire fresco en tu habitación».

¿Cómo podía decir que no era personal?

Me dirigí hacia la puerta a paso airado, con la idea de estampar el puño contra ella hasta que toda la fortaleza acudiera a la carrera...

De repente, la puerta se abrió de par en par y Delano entró a toda velocidad, la mano sobre la empuñadura de su espada. Se paró en seco, los ojos brillantes mientras me miraba de arriba abajo y escudriñaba todos los rincones de la habitación.

- —¿Estás bien? —me preguntó. Delano tenía el tipo de cara que a menudo te engañaba. Excepto por la casi constante arruga entre sus cejas rubias, tenía unos rasgos casi infantiles. Como si fuese a sonreír en el mismo momento en que creyera que no lo estabas mirando. Pero en ese instante, con esa tensión en su mandíbula y esa dureza acerada en sus ojos que no había visto nunca hasta entonces, parecía a punto de cortarle la cabeza a alguien.
 - —¿Aparte de estar cabreada por estar atrapada aquí dentro? Sí.
- —¿No estabas chillando? —preguntó, los ojos entornados. Arqueé las cejas.
 - —Externamente, no. ¿Me has oído chillar?

Delano ladeó la cabeza.

- —¿Qué quieres decir con... externamente, no?
- —Es probable que estuviera gritando para mis adentros por estar aquí encerrada.
 - —¿O sea que no estabas gritando?
- —No. En voz alta, no. —Crucé los brazos. Su piel, ya clara de por sí, parecía aún más pálida.
- —Pensé... pensé que te había oído gritar mi nombre. —La arruga entre sus cejas se hizo más profunda—. Pidiendo ayuda. —Soltó su espada y se pasó una mano por su pelo casi blanco de lo rubio que era—. Ha debido de ser el viento.
 - —O tu conciencia culpable.
- —Probablemente el viento. —Di un paso hacia él y ahí estaba: el destello de una sonrisa—. Siento haberte interrumpido.
- —¿Interrumpido qué? Estoy confinada en esta habitación. ¿Qué podrías...? —Chillé cuando la puerta se cerró y le oí girar la llave—. ¡Ahora sí que estoy gritando!
 - —Es el viento —me gritó él de vuelta desde el otro lado de la puerta.

Di un fuerte pisotón en el suelo, luego otro, en lugar de ceder al impulso de ponerme a gritar en serio.

Me tiré sobre la cama e imaginé todos los sitios diferentes en los que podía apuñalar a Delano, aunque luego me sentí un poco mal por hacerlo. Esto no era culpa suya. Era de Casteel. Así que imaginé que le hacía a él tantos agujeros como podía hasta que empecé a quedarme dormida. No me resistí. Estar inconsciente era mucho mejor que caminar arriba y abajo hecha una furia.

No tenía ni idea de cuánto tiempo había dormido, si fueron minutos u horas, pero cuando abrí los ojos soñolientos, me habían echado una colcha de retales por encima de las piernas y vi que no estaba sola. Enfrente de la cama estaba Kieran, sentado en la misma butaca de la noche anterior, casi en la misma posición, con un pie calzado descansando sobre una rodilla doblada.

—Buenas tardes —me saludó, mientras yo parpadeaba despacio, pasando la vista de él a la colcha—. Lo de la colcha no he sido yo. Fue Cas.

¿Había estado aquí? ¿Mientras yo dormía? Ese hijo de...

—Aunque me alegro de que por fin te hayas despertado. Iba a darte otros cinco minutos antes de jugarme el cuello para despertarte. A diferencia de Cas, observar cómo duermes no es algo que encuentre demasiado entretenido.

¿Casteel me había observado mientras dormía? Espera. ¿Cuánto tiempo llevaba Kieran ahí sentado?

- —¿Qué estás haciendo aquí dentro? —le pregunté con voz rasposa.
- —¿Aparte de preguntarme exactamente qué elecciones he hecho a lo largo de mi vida para llegar a este preciso momento? —preguntó él a su vez.
 - —Sí. —Entorné los ojos—. Aparte de eso.
- —Pensé que Delano querría tomarse un descanso y supuse que podrías tener hambre. Espero que así sea porque a mí sí que me gustaría comer algo.
 —Mi estómago decidió al instante que sí, le gustaría comer algo, y gruñó de manera sonora.

Noté cómo me sonrojaba, aparté la manta a un lado y me levanté.

- —¿Se me permite abandonar la habitación?
- —Por supuesto.

Arqueé las cejas.

- —Lo dices como si estuviese haciendo una pregunta estúpida. ¡Llevo aquí encerrada todo el día!
- —Si se pudiera confiar en que no huyeras, entonces a lo mejor no estarías aquí encerrada.
 - —¡Quizás si no me tuvieseis cautiva, no tendría que intentar escapar!
- —Cierto. —Parpadeé—. Pero es lo que hay. —Kieran arqueó una ceja—. ¿Quieres salir de la habitación y comer o quedarte aquí y echar humo por las orejas? Tú eliges.

¿Que yo elegía? Casi me eché a reír.

- —Tengo que usar la sala de baño antes.
- —Adelante. Tómate tu tiempo. Yo me quedaré aquí sentado y observaré... ya nada.

Puse los ojos en blanco y empecé a dar media vuelta, pero entonces abrí mi estúpida boca.

- —¿Dónde está su *alteza*?
- —¿Alteza? Vaya, apuesto que a Cas le encanta que te refieras a él de ese modo. —Kieran se rio entre dientes—. ¿Ya lo echas de menos?
 - —Oh, sí. Por eso lo pregunto.

Kieran sonrió.

- —Ha estado hablando con Alastir y varios de los otros en el pueblo. Si no fuese el príncipe de Atlantia, con todos sus deberes principescos, estoy seguro de que estaría aquí... —Sus ojos pálidos centellearon—. Observando cómo duermes.
- —Entonces, gracias a los dioses que tiene algo en lo que pasar el tiempo
 —musité.

Olvidé el tema y me fui corriendo a la sala de baño. Me ocupé de mis necesidades y luego agarré el cepillo del pequeño tocador. Mi pelo estaba hecho un desastre después de dormir con él suelto y era probable que me arrancara la mitad al intentar desenredarlo. Cuando terminé, dejé el cepillo en su sitio y me miré en el pequeño espejo. Ladeé la cabeza.

No miraba mis cicatrices, aunque pensé que por alguna razón eran menos visibles... Tal vez fuese la luz. En realidad, lo que miraba eran mis ojos. Los tenía verdes, como mi padre. Tanto Ian como yo habíamos heredado eso de él. Los de mi madre eran marrones y pensé en cómo los atlantianos tenían los ojos dorados o avellana. ¿Los de mi madre habían sido de un tono marrón normal y corriente? ¿O habían tenido un toque dorado? ¿Estaba solo dando por sentado que todos los atlantianos tenían algún tono dorado en sus ojos?

Giré la cabeza hacia un lado y vi que la marca del mordisco ya no era más que un pálido cardenal morado. Parecía uno de los chupetones sobre los que había leído en el diario de la Srta. Willa Colyns. Me sonrojé mientras me apresuraba a trenzar mi pelo. Una vez terminada la trenza, la pasé por encima de mi hombro, con la esperanza de que la gruesa coleta se quedara en su sitio y ocultara la marca.

Bajé la vista hacia mis manos. *Tengo las manos manchadas de muchísima sangre*. A pesar de lo enfadada que estaba con Casteel, sus palabras todavía me atormentaban, como también lo hacía lo que me había contado sobre el tiempo que había pasado en cautividad. No se merecía algo así.

Una parte de mí todavía no podía creerse que se hubiese declarado responsable de la muerte de Vikter y los otros, y no pude evitar preguntarme si sus muertes eran parte de lo que mancillaba su alma.

También me pregunté si lo que no había sido capaz de controlar cuando lo tenían cautivo también oscurecía su alma.

Si era así, eso pesaba aún más en mi corazón, y no estaba segura de qué hacer al respecto. Le habían hecho cosas horrorosas. Él había hecho cosas terribles. Ninguna de las dos cosas anulaba la otra.

Al menos Kieran estaba de pie cuando salí de la sala de baño. Miraba la chimenea apagada y me pregunté si eso era lo más lejos que se había movido.

- —¿No te aburres nunca? —le pregunté.
- —¿De qué? —repuso, sonando muy poco interesado.
- —De quedarte ahí plantado y tener que esperarme. Parece que te toca hacerlo con bastante frecuencia.
- —En realidad, es un honor proteger lo que el príncipe aprecia tanto contestó—. Y como nunca estoy del todo seguro de lo que vas a hacer de un segundo al siguiente, no es ni remotamente aburrido. Bueno, excepto cuando duermes.

Hice un ruido de fastidio con la boca cerrada mientras mi corazón se enzarzaba de inmediato en una guerra con mi cerebro acerca de por qué se me consideraba algo que el príncipe aprecia. Era obvio que mi corazón, que dio una pequeña voltereta de felicidad, era estúpido.

Fui hasta la chimenea para rescatar la vaina que solía llevar atada al muslo. Me alivió encontrar que el suave cuero se había secado.

- —¿Has visto mi daga? —pregunté.
- —¿La de hueso de wolven?
- —Sí, esa —dije, con una leve mueca de agobio.
- -No.

Me sentí un poco insensible y culpable, así que me volví hacia él.

- —En cuanto al... mango. No tengo ni idea de cómo lo fabricaron ni cuándo. La daga me la regalaron y...
- —Lo sé —me interrumpió—. A menos que fueses tú la que la talló a partir de los huesos de un *wolven*, no tienes por qué disculparte. Supongo que la harían poco después de la Guerra de los Dos Reyes. Muchos de mi especie sucumbieron durante las batallas y no todos los cuerpos pudieron ser recuperados.

Sentí ganas de disculparme otra vez, sobre todo al pensar en cómo las familias no habían tenido la oportunidad de honrar a sus seres queridos con

cualesquiera prácticas de enterramiento que siguieran. Me tragué el impulso de decir algo mientras deslizaba el cuchillo de carne doblado en la vaina. Medio esperaba que Kieran hiciera algún comentario pero se limitó a esbozar una leve sonrisa cuando lo miré.

—¿Lista? —preguntó. Cuando asentí, se separó de la pared—. Ve tú delante.

Hice justo eso y me dio una gran satisfacción hacerlo. Abrí la puerta, salí afuera y eché a andar por la pasarela. ¿Por qué nunca parecía hacer tanto frío cuando nevaba? Sin embargo, cuando abrí la puerta de entrada a la escalera, se me ocurrió una pregunta mejor.

- —¿Todos los atlantianos tienen los ojos de un tono dorado?
- —Esa es una pregunta increíblemente aleatoria —comentó Kieran, al tiempo que frenaba la puerta antes de que se le cerrara en las narices—. Pero sí, la mayoría de los atlantianos tienen algún toque dorado en los ojos. Solo los del linaje Elemental tienen los ojos de un dorado puro.

Casi perdí el equilibrio.

- —¿Linaje Elemental? —pregunté, girando la cabeza hacia él.
- —No todos los atlantianos son iguales —destacó—. ¿Tus libros de historia se saltaron esa parte?
- —Sí —refunfuñé. Me giré otra vez hacia delante. Los libros de texto mencionaban que los *wolven* formaban parte de Atlantia, pero no sugerían en ningún sitio que existieran distintos… linajes—. ¿Qué es el linaje Elemental?
- —Aquellos cuya sangre es atlantiana pura y cuyos orígenes se remontan a los primeros atlantianos conocidos —contestó—. No descendientes por sangre sino por creación.
 - —¿Fueron creados por otros... atlantianos?
 - —Sí, por las deidades, los hijos de los dioses.
 - —¿En serio? —dije, dubitativa—. ¿Deidades?
 - —En serio.

Fruncí el ceño cuando llegamos al rellano. No estaba segura de si me creía nada de eso, pero ¿qué sabía yo? Volví a girar la cabeza hacia él.

- —¿Todavía queda alguna en Atlantia?
- —Si quedara alguna, Cas no sería nuestro príncipe. —Un músculo se apretó en la mandíbula de Kieran—. La última de su estirpe ya había desaparecido cuando terminó la guerra.
 - —¿Qué significa eso? ¿Lo de que Casteel no sería el príncipe?
- —Eran deidades, Penellaphe. Los que crearon a los atlantianos Elementales. Una gota de su sangre es una gota de los dioses. Ellos usurparían

a cualquier linaje que ocupara el trono.

- —¿Todo porque pueden vincular su sangre con esas... deidades?
- —Las deidades gobernaron Atlantia desde el principio de los tiempos, hasta que murió la última. No eran solo un linaje —explicó—. Ellas *eran* Atlantia.

Bueno, vale.

- —¿Y Casteel pertenece al linaje Elemental?
- —Así es.

Estaba claro que si alguien tenía que estar conectado de algún modo a deidades y dioses, sería él. Eso explicaba su arrogancia y su actitud arbitraria.

- —Entonces, ¿en Atlantia viven otros tipos de personas? Además de los *wolven*.
- —Por supuesto —afirmó, lo cual me sorprendió. Medio esperaba que me dijera que esa información era confidencial—. Personas con sangre mortal, por lo general primeras o segundas generaciones con un padre atlantiano y uno mortal.

Esos eran los medio atlantianos que había mencionado Casteel la noche anterior.

- —Es muy raro que alguien de tercera generación o más allá tenga sangre o rasgos atlantianos discernibles. Pero aunque tienen vidas mortales de una duración normal, rara vez sufren enfermedades o afecciones importantes.
- —Como su sangre puede alimentar a uno de la línea Elemental y puede utilizarse para crear *vamprys*, no necesitan sangre después de su Sacrificio, ¿verdad? —pregunté, al darme cuenta de que no había hablado con Casteel de eso. Kieran arqueó una ceja.
 - —No. No necesitan sangre.

Era un alivio, aunque la sangre de Casteel sabía como nada que hubiese imaginado jamás.

- —¿Los de linaje Elemental necesitan comida? —Había visto a Casteel comer. De hecho, había visto comer incluso a los Ascendidos—. ¿Los *vamprys* necesitan comer?
- —Los de la línea Elemental pueden pasar largas temporadas sin comer, pero hacerlo los obliga a ingerir sangre con mayor frecuencia. Los *vamprys*, por su parte, pueden comer, pero no necesitan hacerlo. Y la comida no hace nada por saciar su sed de sangre.

Me paré en medio de la escalera.

—Los que tienen una parte mortal… ¿son los que tienen los ojos avellana pero más dorados?

- —Tu suposición es correcta.
- —Entonces, ¿por qué son verdes mis ojos? Ninguno de mis padres tenía los ojos avellana —le dije—. Puede que mi madre los tuviese de un marrón dorado, pero estoy casi segura de que sus ojos eran marrones sin más.

Kieran echó una miradita hacia la puerta.

- —Si tu madre o tu padre tenían algo de sangre atlantiana, no significa que fuesen atlantianos puros. Podían haber sido de segunda generación, y tu recuerdo del color de sus ojos podría ser erróneo.
- —Recuerdo bien el color de sus ojos —musité, con el ceño fruncido. Bajó la vista hacia mí.
 - —También es posible que ninguno de ellos fuese tu padre biológico.

Casi me tropecé otra vez.

- —¿Me encontraron tirada en un campo o algo y decidieron quedarse conmigo o qué?
- —Los mortales a menudo hacen cosas extrañas e inexplicables, Penellaphe.
- —Lo que tú digas. —Había muchas cosas que parecían imposibles y que estaba haciendo un esfuerzo por aceptar. Que ninguno de mis dos padres fuese mi padre biológico no era una de ellas—. ¿Hay más… linajes?

—Sí.

Esperé mientras él me miraba.

—¿Me vas a decir cuáles son?

Sus ojos invernales mostraron un destello de diversión.

- —En un tiempo hubo muchos linajes. Sin embargo, la mayoría o bien murieron de manera natural, o bien se perdieron en la guerra. Los cambiaformas son otro linaje, aunque sus números han menguado de manera significativa.
 - —¿Cambiaformas? —repetí despacio, pues nunca había oído esa palabra.
 - —La mayoría pertenecen a dos mundos, capaces de cambiar de forma.
 - —¿Como un wolven?
- —Sí. Algunos. —Deslizó la vista otra vez hacia la puerta y entornó los ojos—. Muchos creen que son primos lejanos de los *wolven*, hijos de una deidad y un *wolven*.
- —¿Qué tipo de formas pueden adoptar? —pregunté, pensando en uno de los cuentos que me había mandado Ian, el de los seres acuáticos. Casi pregunté si podían transformarse en seres que fuesen en parte pez, pero era demasiado ridículo para decirlo siquiera.

—Muchas formas diferentes. Pero eso tendrá que esperar. —Me puso un dedo en los labios cuando abrí la boca—. Un segundo.

Fruncí el ceño, pero él apartó la mano y pasó por delante de mí para abrir la puerta. Lo seguí de cerca. De hecho, cuando se paró en seco casi choqué con su espalda.

- —Kieran. —Esa voz familiar y rasposa hizo que me diera un vuelco el corazón, aunque sabía que no era Vikter. Era Alastir—. Me preguntaba dónde has estado hoy. Esperaba verte con Casteel.
 - —He estado ocupado —contestó Kieran—. ¿Cas ha vuelto ya?
- —Sigue con Elijah, hablando de... el siguiente movimiento. —Se produjo una pausa cuando me asomé por un lado de Kieran. Alastir llevaba el pelo recogido en un moño en la nuca. Sin la capa, vi que iba de todo menos desarmado. Llevaba una daga amarrada a un muslo y una funda dorada con una espada envainada en la cadera contraria. Alastir tampoco estaba solo.

Con él iba un hombre con ondas castaño rojizas y los mismos vívidos ojos dorados de Casteel. Un atlantiano Elemental según sabía ahora. Sus ojos se deslizaron del *wolven* a donde estaba yo, escondida en gran parte detrás de Kieran. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba.

Kieran se desplazó hacia un lado y bloqueó mi vista del Elemental.

- —Estoy seguro de que sabes que hay preocupaciones —continuó Alastir.
- —¿Preocupaciones para Elijah o para ti? —preguntó Kieran.
- —Preocupaciones para todos —contestó Alastir—. Es un grupo grande para mover y mantener sano y entero durante el viaje. Y una vez ahí...

Mi mente repasó eso a toda velocidad. ¿La gente que vivía en New Haven iba a mudarse a Atlantia? ¿Incluso los Descendentes, que no tenían ascendencia atlantiana? Supuse que sus preocupaciones tendrían mucho que ver con sus limitaciones de tierra. Pero ¿por qué iban a ir allí ahora?

- —Tiene que hacerse —sentenció Kieran, cruzando los brazos.
- —¿Tú crees? —Fue la silenciosa respuesta de Alastir.
- —Hubiera pensado que tú, de todas las personas posibles, sabría que sí dijo Kieran, mientras yo daba un paso silencioso hacia el lado—. No hacer nada es cruel.
- —Estoy de acuerdo —dijo Alastir, sus rasgos sombríos—. No hacer nada es cruel. Mis dudas no vienen de la apatía. Demonios, sabes muy bien que he pasado los mejores años de mi vida localizando a nuestra gente y a sus descendientes atrapados en Solis para llevarlos a casa. —Alastir apoyó una mano sobre el hombro de Kieran—. Mis dudas vienen de la empatía. Espero que Casteel y tú os deis cuenta de ello.

- —Lo hacemos. —Kieran plantó una mano sobre el antebrazo del *wolven* mayor—. Es que es una situación complicada.
- —Cierto. —Alastir giró la cabeza hacia donde estaba yo—. Aunque no es ni de lejos tan complicada como esto.

Kieran empezó a bloquearme una vez más, pero yo ya había tenido suficiente de esta ridiculez.

—Puede verme de pie detrás de ti —le dije—. Eres un patán gigante, pero no un patán tan gigante.

Una amplia sonrisa se desplegó por la cara de Alastir, y el Elemental detrás de él se echó a reír.

Kieran suspiró.

—Esperaba que tuviéramos la oportunidad de encontrarnos otra vez sin que el príncipe te llevara a toda prisa. —La sonrisa del *wolven* se tensó—. Sí que parece bastante pillado por ti.

Me puse tensa y tuve unas ganas inmensas de destacar que, según lo que Casteel planeaba hacer, no podía estar pillado por mí. Pero entonces recordé que Casteel había dicho que estaba trabajando para asegurarse de que mi vida no corriera peligro con este hombre, así que me guardé eso para mí misma.

- —Creo que está mucho más pillado por sí mismo.
- El Elemental soltó una sonora carcajada.
- —Creo que ahora me puedes incluir entre los que están pillados por ti.

Mis mejillas se arrebolaron, y luego aún más cuando Kieran dijo:

- —Te recomendaría no decir eso delante de Casteel.
- —Me gusta mi cabeza adosada a mi cuerpo y mi corazón delante de mi pecho —respondió el Elemental—. No tengo planes de repetirlo.
 - —Sí que mencionó que... no tienes pelos en la lengua.

Crucé los brazos.

- —¿Lo mencionó o fue más bien una advertencia?
- —Algo así, pero sorprendente en cualquier caso. —Los ojos pálidos de Alastir bailaron de diversión—. Ayer no tuvimos la oportunidad de presentarnos de manera adecuada. Soy Alastir Davenwell y el que está detrás de mí es Emil Da'Lahr.

Emil sonrió al tiempo que asentía en mi dirección.

- —Gracias a ti, ahora siempre pensaré en Kieran como en un patán gigante.
- —Genial —musitó el *wolven* de pie a mi lado. Eché un rápido vistazo a la expresión estoica de Kieran.
 - —Yo soy Penellaphe... Penellaphe Balfour.

Alastir me miró con más atención. Frunció el ceño.

- —¿Balfour? —Asentí—. Es un nombre viejo, uno con varios cientos de años en Solis —comentó Alastir. ¿Cuántos años tenía ese *wolven*?
 - —La familia de mi padre eran marinos mercantes.
- —Casteel me ha contado que tienes ascendencia atlantiana —dijo Alastir después de un momento—. Lo cual explicaría por qué los Ascendidos te nombraron la Doncella y te mantuvieron cerca de ellos. —Ladeó la cabeza. Debió de ver algo en mi expresión, porque continuó—. Ya sabes lo que tenían planeado para ti. —Una afirmación, pero asentí de todos modos—. Lo siento —me dijo con voz suave, tras una leve inclinación de cabeza—. No puedo ni imaginar lo que se siente al descubrir que aquellos que cuidaron de ti lo hicieron por unas razones tan aborrecibles. —Sentía como que el mundo no era nada más que una violenta mentira—. Tu madre era amiga de la reina *vampry* y la familia de tu padre tenía amistad con el rey, ¿correcto?
- —¿Casteel te contó eso? —pregunté, tras mi sorpresa inicial. Una leve sonrisa asomó a su cara.
- —Conocí a algunas personas de tu entorno antes de conocerte a ti, Penellaphe. Los rumores de la existencia de una Doncella, una Elegida por los dioses, llegaron a Atlantia hace ya mucho tiempo.

Eso no me hizo sentir demasiado cómoda.

—Supongo que fue una conmoción para vuestra gente, dado que vuestros dioses están dormidos y, por tanto, eran incapaces de elegir a nadie.

Emil se rio bajito.

- —Así fue. Nos preguntamos si se habían despertado y se habían olvidado de nosotros.
- —Creo que es una conmoción aún mayor saber que desciendes de atlantianos —dijo Alastir, el ceño fruncido—. Sobre todo, cuando tu madre y tu padre tenían semejantes conexiones con la Corona de Sangre.
 - —¿La Corona de Sangre?
- —El rey y la reina de Solis. Los Regios —explicó Kieran—. Nosotros nos referimos a ellos como la Corona de Sangre.

Estaba segura de que había una precisión inquietante detrás de ese título.

- —Eso me deja con la pregunta de cómo puede ser que estés aquí siquiera
 —prosiguió Alastir. Kieran descruzó los brazos.
 - —¿Qué se supone que significa eso?
- —No podéis decirme que ni tú ni el príncipe os habéis preguntado cómo es posible que los padres de alguien de ascendencia atlantiana sobrevivieron durante tanto tiempo cerca de la Corona de Sangre. —Alastir me miró—. No

es que puedan percibirnos, pero al ser tan cercanos, supongo que se descubriría antes o después.

- —¿Y hubiesen utilizado a uno de ellos como qué? ¿Como bolsa de sangre? —Terminé por él. Emil arqueó las cejas.
 - —Es una forma de decirlo, pero sí.
- —No sé cuál de ellos era atlantiano —reconocí—. Kieran parece pensar que me encontraron tirada en medio de un campo.

Emil le lanzó una mirada inquisitiva al wolven. Kieran suspiró.

- —No dije eso. Solo sugerí que uno o, incluso, puede que los dos no fuesen sus padres biológicos.
- —Es posible. —Una expresión pensativa se desplegó por el rostro de Alastir—. Nunca he sabido qué fue de tus padres. ¿Siguen en la capital de Solis? Si es así, supongo que la respuesta la tienen ellos.
- —Mis padres ya no viven. —Como no sabía si conocía la existencia de Ian, no lo mencioné—. Murieron en un ataque de Demonios fuera de la ciudad.

Alastir palideció mientras me miraba.

- —¿Fue así…? —Dejó la frase a medio terminar. Unas profundas arrugas enmarcaron su boca. Me dio la sensación de saber lo que había estado a punto de preguntar.
- —Mis cicatrices son consecuencia de aquel ataque, sí —confirmé, sin apartar los ojos de los suyos. Las arrugas de su boca se marcaron aún más.
 - —Llevas tus cicatrices con orgullo, Penellaphe.
 - —Tú también —murmuré.
- —Siento lo de tus padres —dijo Alastir—. Desearía que hubiera algo más que decir.
 - —Gracias —murmuré.
- —Tenemos que seguir nuestro camino. —Kieran me tocó la espalda con suavidad—. Perdonadnos.

Alastir asintió, y tanto él como Emil dieron un paso a un lado.

- —Ha sido agradable hablar contigo, Penellaphe.
- —Lo mismo digo. —Les regalé a ambos hombres una leve sonrisa.

Kieran me acompañó a través de la, por lo demás, desierta zona común. Miré hacia atrás para ver a los dos hombres todavía ahí de pie, observándonos. Me volví hacia el salón, pero ralenticé un poco el paso para hablarle a Kieran.

- —Parecían... agradables. ¿Lo son?
- —Los dos son buenas personas, leales a Atlantia y a la dinastía Da'Neer.

Dinastía. ¿Eso era la familia de Casteel? ¿Una dinastía?

—Vamos. —Me tocó la espalda de nuevo—. Debemos comer. $T\acute{u}$ debes comer.

Forcé el paso para no perder a Kieran y olvidé a Alastir de momento. No veía más allá de la esquina, pero unos nuditos se enredaron en mi estómago. No quería volver a ver las paredes con los muertos colgados.

- —¿Por qué se preocupa tanto todo el mundo de que coma?
- —Queremos llevarte a Atlantia. No matarte de hambre.

Atlantia. Mi estómago ya revuelto dio una voltereta. Sabía tan poco de lo que había resurgido de la sangre y las cenizas de la guerra.

- —¿De verdad tienen agua caliente a su libre disposición, en... grifos? Kieran parpadeó una vez, luego otra.
- —Sí. Así es. Creo que es lo que más echo de menos cuando estoy aquí.
- —Suena maravilloso —murmuré—. Lo del agua caliente. No lo de echarlo de menos.
 - —Ya suponía que te referías a eso.

A medida que nos acercábamos a la esquina, me preparé para la grotesca imagen de los cuerpos clavados a las paredes. ¿Seguiría vivo Jericho? ¿Habrían empezado a pudrirse los otros? Ahí dentro hacía el frío suficiente como para que los otros tuvieran más o menos el mismo aspecto que antes, solo que un poco más grises y cerosos. Mi estómago vacío daba vueltas como loco cuando entré en la sala y levanté la vista.

Las paredes estaban desnudas.

Nada de cuerpos. Ningún resto de sangre, nada que resbalara por las paredes y encontrara las finas grietas entre las piedras para formar arroyuelos. Tampoco había nada en el suelo.

Me llevé una mano al estómago.

- —Ya no están.
- —Cas hizo que los retiraran ayer por la noche, después de la cena —me contó Kieran. Fue una gran sorpresa para mí.
 - —¿Y Jericho?
- —Muerto. Cas se ocupó de él mientras tú escapabas para empezar una nueva vida, una que hubiese terminado en el desmembramiento y una muerte segura a manos de los Demonios.

Hice caso omiso de su pulla. No sabía si debía sentirme tan aliviada como me sentía.

—¿Casteel consideró que... que su advertencia ya había hecho efecto?

—Creo que estaba más preocupado por lo que habías dicho tú que por dejar su advertencia a la vista el tiempo suficiente para que tuviera efecto. — Kieran cruzó las puertas abiertas—. Yo, por mi parte, hubiese dejado a Jericho ahí arriba al menos otro día o así.

Me quedé boquiabierta. No sabía qué me sorprendía más: que Casteel hubiese reaccionado a lo que yo había dicho o que Kieran hubiese dejado al *wolven* traicionero ahí colgado en un doloroso estado de casi muerte.

—Siempre debería haber dignidad en la muerte —comenté una vez que recuperé la voz—. Sea como sea.

Kieran no respondió mientras me conducía a una mesa vacía. Las sillas de la noche anterior habían sido sustituidas por un banco largo. Me senté y miré a mi alrededor. Solo vi a unas cuantas personas al fondo del salón de banquetes, cerca de la chimenea y de varias puertas. ¿Dónde estaba todo el mundo? ¿Con Casteel y Elijah?

Me volví cuando Kieran se sentó a mi lado.

—No creo que Casteel actuara por lo que dije yo, pero si fue así, me alegro de saberlo.

Apoyó un codo sobre la mesa.

—Creo que no te das cuenta de lo mucho que influyes en él.

Empecé a negar tal afirmación, pero una mujer mayor con un delantal blanco por delante de su vestido amarillo claro llegó en ese momento a la mesa con dos platos. El olor de la comida hizo que mi estómago se hiciese oír otra vez. Depositó un plato delante de cada uno de nosotros, los dos llenos de esponjoso puré de patatas, carne asada y relucientes panecillos a un lado. Con el mayor disimulo posible, me fijé en el color de sus ojos. Eran marrones, sin rastro de dorado.

—Gracias —le dije.

Me dedicó un gruñido de aceptación pero cuando Kieran le ofreció el mismo agradecimiento, recibió una sonrisa cálida y un dulce «de nada». Fruncí los labios, pero no dejé que me molestara. Agarré el tenedor y empecé a meterme puré de patatas en la boca. En cualquier caso, era una experiencia singular para mí poder mirar siquiera a alguien a la cara, o para ellos verme, o para ambos intercambiar incluso simples comentarios educados. El bocado de patatas me supo a serrín, así que supuse que su respuesta *sí* me había molestado. Un poco.

Al mirar a Kieran, vi que a él le habían dado un tenedor y un cuchillo. Entorné los ojos. Era un poco más fino, pero estaba mucho más afilado que mi triste arma.

Me terminé el puré y volví a mi batería de preguntas.

—La mujer era mortal, ¿verdad? La que nos ha traído la comida.

Kieran asintió mientras cortaba su carne asada en trocitos perfectos que parecían ser todos del mismo tamaño.

—Así es.

Entonces, debía de ser una Descendente, una mortal de Solis. Solía preguntarme qué tipo de penurias había tenido que sufrir alguien en su vida para que quisiera apoyar al Señor Oscuro y el reino caído. Pero eso era antes de saber la verdad. Ahora me preguntaba qué penurias le habían hecho ver la verdad.

- —¿La gente que está aquí planea marcharse a Atlantia? —pregunté.
- —Veo que sabes sumar dos más dos.
- —Sí, soy así de lista. —Kieran arqueó una ceja—. Entonces, ¿tengo razón? ¿Por qué se van?
 - —¿Por qué querría nadie permanecer bajo el control de los Ascendidos? Bueno, eso sonaba como una razón bastante buena.
 - —Pero ¿por qué ahora?
- —Más pronto que tarde, los Ascendidos se darán cuenta de que su
 Doncella ha desaparecido y vendrán a buscarte. Vendrán aquí —dijo Kieran
 —. Y hay demasiados partidarios de Atlantia en New Haven.

Levanté los ojos hacia la chimenea ahora vacía y pensé en todos los hogares llenos a lo largo de la calle por la que habíamos llegado.

- —¿Cuánta gente vive aquí?
- —Varios centenares.
- —¿Hay sitio para ellos en Atlantia?

Deslizó los ojos hacia los míos y vi que estaba deduciendo que yo conocía su problema de espacio.

—Les haremos sitio.

Me dio la sensación de que no era tan sencillo. Quería saber qué pasaría si no lograban llevarlos hasta ahí a tiempo. Me callé antes de preguntarlo. No era mi problema. Sus problemas no eran míos.

Por fin, después de unos diez años, Kieran había terminado de cortar su comida.

—¿Me prestas eso? Si es que has terminado, claro está. No estoy segura, pero ese último trozo es un poco más grueso que los otros.

Giró la cabeza hacia mí, despacio.

- —¿Te gustaría que te cortara la comida?
- —¿Te gustaría que te tirara de este banco?

Soltó una risa grave.

- —Cas tiene razón. Eres increíblemente violenta.
- —No es verdad. —Le apunté con mi tenedor—. Es solo que no soy una niña pequeña. No necesito que nadie me corte la carne.
- —Ajá. —Me pasó el cuchillo y yo me apresuré a agarrarlo antes de que pudiera cambiar de opinión.

No tardé ni de lejos lo mismo que él en cortar la carne tierna, pero tampoco le devolví el cuchillo cuando terminé. Lo mantuve en la mano izquierda mientras alanceaba la comida con mi tenedor.

- —¿Dónde está todo el mundo?
- —Viviendo la vida loca, supongo —contestó en tono algo nostálgico. Le lancé una mirada sombría, pero él ni se inmutó.
- —Bueno —dije, alargando la palabra, para volver a lo que habíamos estado hablando antes de toparnos con Alastir—. ¿Cómo llamáis a los que tienen también sangre mortal? Los medio atlantianos. No sé, ¿cómo me llamaríais a mí?
 - —Atlantiana.
- —¿De verdad? —comenté, al tiempo que agarraba uno de los panecillos —. Eso hace que las cosas sean liosas.
 - —Para mí, no.

Puse los ojos en blanco, le di un mordisco al pan y casi gemí de placer. Era supermantecoso y tenía un toque dulce que no pude identificar del todo. Fuese lo que fuese, era maravilloso.

—La cantidad de sangre que alguien tiene no define a un atlantiano — explicó Kieran—. Los Elementales no son más importantes que los que no lo son.

No estaba segura de creerme eso, si los Elementales eran más poderosos, vivían más años y habían sido creados por los hijos de los dioses.

- —¿Los cambiaformas tienen vidas más largas? Me da la impresión de que los *wolven* sí.
- —Es verdad. Vivimos más. —Suspiró, levantando su taza—. Y ellos también.
- —¿Cuánto suelen vivir? —Me limpié los dedos con un paño y luego estiré la mano para desenvainar mi cuchillo estropeado.
- —Más de lo que podrías comprender. —Siguió mirando al frente, masticando despacio.
- —Puedo comprender un tiempo muy largo. Los Ascendidos viven para siempre. Los atlantianos... bueno, los de linaje Elemental, prácticamente

también. —Dejé el cuchillo torcido sobre la mesa y deslicé el otro debajo de ella para meterlo en la vaina.

—No existe nada que viva para siempre. Puedes matar cualquier cosa si lo intentas con el ahínco suficiente.

Muy orgullosa de mí misma, pinché otro trozo de carne.

- —Supongo que sí.
- —Sin embargo, por mucho que lo intentes con ese cuchillo que acabas de birlar —comentó, y yo abrí los ojos como platos—, no podrás matar a Cas con él.

Giré la cabeza hacia Kieran.

- —No planeo matarlo con él.
- —Eso espero. —Me miró por el rabillo del ojo—. Es probable que solo consiguieras que te tomara más cariño.

Sacudí la cabeza.

- —Voy a ignorar esa posibilidad tan inquietante.
- —Ignorar algo no lo hace menos verdad, Penellaphe.
- —¿Por qué me llamas Penellaphe?
- —¿Por qué tienes tantas preguntas?

Entorné los ojos con suspicacia.

—¿Por qué no puedes responder a mi pregunta y ya está?

Kieran se inclinó hacia mí, bajó la barbilla.

—Los motes suelen reservarse para los amigos. No creo que nos consideres amigos.

Lo que dijo tenía tanto sentido que no supe muy bien cómo responder. Cuando lo hice, dudé de que le hiciera muy feliz descubrir que era otra pregunta.

- —¿Como lo de que los atlantianos solo comparten sus segundos nombres con amigos?
- —Con *buenos* amigos, sí. —Me estudió durante un momento—. Supongo que eso te lo ha contado Casteel.
 - —Sí.
 - —¿Y ha cambiado algo para ti?

No le respondí, porque todavía no entendía por qué era importante para mí. O quizás sí lo entendía y era solo que no quería reconocerlo. Kieran no insistió y terminamos lo que nos quedaba de comida en silencio. No hacía más que mirar hacia la puerta abierta. No era que buscara a Casteel, pero... estaba buscando a cualquiera. Las pocas personas que habían estado al fondo de la sala habían desaparecido casi por completo.

Supuse que Kieran se alegraba del respiro, pero por desgracia para él, fue breve.

- —¿Sabes lo que no entiendo?
- —Otra pregunta más —musitó, soltando un suspiro absurdamente sonoro. Fingí no oír su comentario.
- —Alastir ha dicho algo interesante sobre mis padres. Yo debo de ser de segunda generación, ¿no? Puesto que, por lo que sé, ninguno de mis padres era de sangre pura, ni nacidos en Atlantia —le dije—. Pero la reina Ileana sabía lo que yo era... —Dejé la frase en el aire y fruncí el ceño.

En realidad, no tenía ni idea de si los Ascendidos sabían lo que era antes o después del ataque de los Demonios. Sobrevivir a un mordisco de Demonio y no transformarme sí debió de ser una pista clarísima para la reina Ileana.

- —¿Qué? —me instó Kieran.
- —Yo... no recuerdo que nadie se refiriera a mí como la Doncella o la Elegida antes de que mis padres fallecieran. Pero era muy pequeña y tengo muy pocos recuerdos. —Y lo que recordaba de la noche del ataque de los Demonios... no podía confiar en su veracidad al cien por cien—. No sé cómo se enteraron de lo que yo era, si fueron mis habilidades antes del ataque o si fue después.
- —¿Y no recuerdas qué fue lo que incitó a tus padres a abandonar la capital?
- —Recuerdo oírlos decir que querían una vida más tranquila, pero ¿y si... y si sabían lo que me ocurriría? ¿A todos sus hijos?
- —Entonces, ¿querían escapar de los Ascendidos? —Kieran bebió un sorbo—. Es una posibilidad.

Miré otra vez hacia las puertas.

- —¿Alastir se dedicaba a repatriar a atlantianos que se habían quedado atascados en Solis?
- —Sí, pero si tus padres eran de primera generación, si no eran conscientes de lo que eran, dudo que hubiesen sabido cómo contactar siquiera con alguien como Alastir.
 - —¿Cómo hubiesen contactado con él? —Me volví otra vez hacia él.
- —Hubiesen tenido que conocer a alguien que conocía a alguien que conocía a alguien, y a través de la cadena entera de personas, hubiesen tenido que confiar por completo en todas y cada una de ellas.

Teniendo en cuenta cómo se trataba a los Descendentes, no podía imaginar que alguien pudiese tener ese tipo de confianza. Pero aun así, ¿y si habían estado buscando a alguien como Alastir? ¿Y si se habían marchado sin

saber siquiera que había otras personas ahí afuera que podían ayudarlos? ¿Hubiese cambiado eso el resultado final? Era probable que sí.

- —Alastir dijo otra cosa interesante —comentó Kieran.
- —Que ninguno de mis dos padres había acabado siendo utilizado para crear a más *vamprys*.
 - —A menos que...

Sabía a dónde quería ir con eso.

- —Sea como fuere, volvamos a mi pregunta original.
- —Sip —musitó.
- —Si mis padres eran de primera generación, entonces yo sería de segunda.

Deslizó la mirada por mi rostro, pasó por encima de las cicatrices sin tan siquiera abrir un poco más los ojos.

- —*Suponiendo* que los dos fueran tus padres, sí. Yo casi aseguraría que tus habilidades te harían de primera generación, pero es posible que seas de segunda.
- —Y todos los atlantianos tienen ojos dorados, de algún tipo o tono —dije
 —. Y estoy segura de que puedes ver que yo no tengo ojos dorados.
- —No, eso es verdad. Pero nunca he dicho que todos los atlantianos tengan los ojos dorados. Dije que la *mayoría* los tienen —me corrigió Kieran, jugueteando con el tenedor—. Los cambiaformas no, y no tienen un único color de ojos. Como tampoco lo tenían algunos de los otros linajes que creíamos que habían desaparecido —añadió. El tenedor se inmovilizó entre sus dedos—. A lo mejor nos equivocamos al asumir que algunos de los linajes más antiguos han dejado de existir. Tal vez tú seas prueba de ello.

Capítulo 9



—¿Crees que puedo ser descendiente de alguno de los otros linajes? ¿O... o una cambiaformas? —Un millar de pensamientos abarrotaron mi mente de golpe—. No puedo cambiar de forma. Quiero decir, no lo he intentado. ¿Debería? —Arrugué la nariz—. Mejor no. Con la suerte que tengo, mi otra forma sería un *barrat*. —Me estremecí. Los *barrats* eran ratas del tamaño de un oso pequeño.

Kieran me miró, intentando reprimir su sonrisa.

- —Tienes una memoria muy selectiva. Dije que la *mayoría* pueden cambiar de forma, pero no todos. Y sería muy dudoso que un descendiente del linaje de cambiaformas, incluso de primera generación, fuese capaz de hacerlo.
- —Perdona, me quedé solo con todo eso de poder cambiar de forma. ¿Qué pueden hacer los otros? Los que no cambian.
- —Algunos tienen unos sentidos superiores. Habilidades mentales. Como a menudo les pasa a los de una línea Elemental.
 - —Como… ¿ser capaz de predecir el futuro o saber cosas sobre la gente? Asintió.

Se me vino a la cabeza de inmediato la mujer de la Perla Roja. Había sabido demasiado para ser alguien a quien no había visto en la vida. En su momento me había preguntado si sería una vidente, pero me había parecido más probable que hubiese estado trabajando con Casteel. Sin embargo, había dicho algo... Entonces me había sonado extraño, virtualmente sin sentido. ¿Qué había sido?

Eres como una segunda hija, pero no del modo que quieres dar a entender.

¿Habría querido decir segunda hija como en... segunda generación?

Fuera como fuese, con mis habilidades, tendría sentido que descendiera de ese tipo de linaje. Ser capaz de percibir lo que otras personas sentían era un sentido superior.

- —¿Y los otros linajes? —pregunté—. Los que desaparecieron.
- —Había... —La cabeza de Kieran giró de golpe hacia la puerta. Yo seguí la dirección de su mirada, pero al principio encontré la zona desierta. No obstante, en cuestión de segundos, apareció *él*.

El aire que había inspirado se atascó de algún modo en mi pecho cuando vi a Casteel. Irritada por la reacción y al mismo tiempo algo asombrada por la idea de que solo ver a alguien pudiera provocarme semejante reacción física, tuve que admitir que estaba imponente, deslumbrante, vestido con túnica y pantalones ceñidos negros, con una gruesa capa revestida de piel echada sobre los hombros. Al caminar, la capa se abría para revelar ambas espadas cortas, envainadas cerca de las caderas, sus letales puntas afiladas alejadas de sus brazos y los filos de sierra pegados a sus costados. El viento había retirado el pelo de su cara, afilando las líneas de sus pómulos.

Casteel había dado solo unos pasos dentro del comedor cuando se giró hacia nosotros. Sus ojos encontraron los míos con una precisión infalible. El espacio que nos separaba pareció encogerse mientras me sostenía la mirada. Se me aceleró el corazón y me sonrojé.

No recordaba haberme quedado dormida esa mañana, pero sí recordaba con exactitud cómo me había sentido con su brazo alrededor de mi cintura, su pecho a tan solo unos centímetros de mi espalda. Había sido una *experiencia* y hubiese sido perfecto si las cosas fuesen... diferentes. Si las cosas fuesen diferentes, estaría ansiosa por vivir las muchas noches y mañanas que seguro que nos aguardaban. Un pulso intenso y casi doloroso rodó por mi interior.

Los labios de Casteel se curvaron, solo un pelín. Supe que, de estar más cerca, vería ese hoyuelo en su mejilla derecha. Fue casi como si supiera a dónde habían ido mis pensamientos. Aparté la mirada y en ese momento se me ocurrió algo. Casteel sí que lo sabía.

Me giré hacia Kieran para preguntarle algo en voz baja.

—¿Puede, de algún modo... percibir lo que siento? No como yo, pero ¿de otro modo?

Kieran inclinó la cabeza hacia mí, sus oscuras cejas se fruncieron y luego se relajaron a medida que una sombra de diversión jugueteaba sobre sus labios.

Oh, no.

Me puse tensa. Supe por instinto que era muy probable que no me fuese a gustar la respuesta.

—Es verdad que los atlantianos de la línea Elemental tienen sentidos físicos superiores —explicó—. Su vista es mucho mejor de lo que cualquier mortal podría imaginar siquiera, lo que les permite ver con claridad incluso en las horas más oscuras de la noche.

Eso ya lo sabía.

—Su sentido del gusto también está intensificado, así como su sentido del olfato —continuó, su sonrisa cada vez más amplia—. Pueden oler el aroma único de una persona y eso les dice muchas cosas sobre ella y sobre su cuerpo: dónde ha estado, qué es lo último que ha comido o a quién ha tenido cerca.

Empecé a sentirme bastante aliviada. Todo eso no sonaba demasiado mal...

—En determinadas ocasiones, pueden distinguir si una persona está enferma o herida, o justo lo contrario. Como, por ejemplo, si alguien está…
—Hizo una pausa—. Excitado.

Y ahí estaba, lo que me temía.

¿Casteel podía percibir la excitación?

Un intenso calor invadió todo mi cuerpo y supe que tenía que estar tan roja como las hojas del Bosque de Sangre. Oh, por todos los dioses. Eso explicaba cómo parecía saber exactamente cuándo le estaba mintiendo acerca de sentirme atraída por él. Pero ¿podía sentir *eso* desde la distancia? Lo dudaba.

- —¿Cómo es posible?
- —Cada persona tiene un olor único. En determinados momentos, el olor es más fuerte. En especial cuando uno está excitado.
 - —Desearía que dejaras de decir esa palabra —musité.
- —¿Por qué? No hay nada de lo que avergonzarse —respondió—. Es probable que sea una de las cosas más naturales que existen.

Natural o no, ahora sabía lo que se sentía al saber que alguien podía percibir algo tan íntimo. Me sentía como si las tornas hubiesen cambiado en mi contra. Levanté mi vaso y me bebí el dulce zumo.

—Solo los *wolven* tienen sentidos más aguzados, lo cual nos permite seguir rastros desde más lejos —añadió Kieran—. Durante más tiempo.

Casi me atraganté con el zumo.

La noche del Bosque de Sangre volvió a mí con todo detalle. Kieran había estado de guardia mientras Casteel... mientras me *ayudaba* a dormir. En ese

momento, había creído que Kieran estaba demasiado lejos para oír o ver u *oler* nada.

Casi grité una palabrota que hubiese escandalizado a Vikter y luego le hubiese hecho reír.

- —Siento curiosidad —dijo Casteel, y yo di un respingo sobresaltada. Ni siquiera lo había oído acercarse—. ¿De qué estáis hablando vosotros dos para que Poppy parezca a punto de esconderse debajo de la mesa?
 - —De nada —me apresuré a decir.
- —Solo le estaba contando que tienes sentidos físicos superiores. Contestó Kieran al mismo tiempo que yo—. Como tu capacidad para ver mejor que ella y oler su excitación…
- —¡Oh, Dios! —Giré en el banco y le lancé a Kieran un puñetazo, pero él evitó mi puño con facilidad.
- —Lo siento. —Kieran no parecía arrepentido en lo más mínimo—. Quería decir *deseo*. No le gusta la palabra *excitación*.
- —Ten cuidado, Kieran —murmuró Casteel, al tiempo que detenía mi mano antes de que pudiera lanzarle otro puñetazo a su amigo—. Lo siguiente es que amenace con apuñalarte.

El wolven sonrió.

- —Estoy seguro de que eso ya ha ocurrido.
- —Te odio —anuncié—. Os odio a los dos.

Casteel se rio bajito.

—Eso es mentira.

Mis ojos volaron hacia los suyos y tiré de mi mano.

- —Eso no puedes sentirlo.
- —No mediante ningún tipo de sentido superior. —No me soltó la mano
 —. Pero te conozco de todos modos.
- —Lo que sea que creas saber sobre mí está muy equivocado. Odio con todo mi corazón vuestra mera existencia. —Lo fulminé con la mirada—. Y puedes soltar mi mano, por favor y gracias.
- —¿Por qué crees que odias con todo tu corazón mi mera existencia? Sus ojos centellearon y un indicio de sonrisa jugueteó sobre sus labios—. Y aunque me lo has pedido con gran amabilidad, me temo que si suelto tu mano, Kieran o yo correremos un grave peligro.

Kieran asintió.

- —Cobardes —bufé.
- —Además, me gusta sujetar tu mano —reconoció Casteel. Succionó su labio de abajo entre sus dientes; entre sus *colmillos*.

- —Me importa un comino lo que te guste. Y tampoco puedo creer que me estés preguntando en serio por qué te odio. ¿Tienes problemas de memoria?
 - —Creo que tengo una memoria muy impresionante. ¿No crees, Kieran?
- —Hay muy pocas cosas que olvides —confirmó el *wolven*. Yo empezaba a echar humo por las orejas.
- —Aparte del hecho de que me has mentido, me has secuestrado y planeas pedir un rescate por mí, me has tenido encerrada en una habitación el día entero. ¿En qué es mejor eso que lo que me hicieron los Ascendidos toda mi vida?

La calidez y la diversión se esfumaron bajo la mirada gélida de Casteel.

—Es mejor porque esta vez es por tu seguridad.

Solté una carcajada ronca.

- —¿No es eso también lo que ellos decían?
- —La diferencia —dijo, y un músculo se tensó en su mandíbula— es que ellos te estaban mintiendo y yo no.
- —Hay quien se arriesgaría a morir por vengarse de los Ascendidos aportó Kieran—. Él intenta protegerte.
- —¿Para qué? —Les lancé sendas miradas asesinas—. ¿Para que siga viva el tiempo suficiente para utilizarme como moneda de cambio?

Casteel arqueó una ceja pero no dijo nada.

La ira y la vergüenza eran una mezcla peligrosa. Estaba furiosa por haber estado encerrada todo el día y avergonzada de saber que los dos hombres sabían cómo respondía a Casteel, lo fácil que mi cuerpo se rendía a él.

—Sois iguales que los Ascendidos.

Casteel no se movió.

Kieran no dijo nada.

El silencio se estiró tanto entre nosotros que me invadió una sensación de inquietud y mi corazón empezó a latir con fuerzas redobladas. No debía de haber dicho eso. Lo supe en el mismo momento en que salió por mi boca, pero ya no podía retirarlo.

—Tengo que enseñarte algo —masculló Casteel, y le faltó un pelo para levantarme en volandas del banco. Empezó a andar, arrastrándome tras de él, su agarre sobre mi mano firme pero no doloroso.

Tuve que hacer un esfuerzo por mantener el ritmo de sus largas piernas mientras cruzaba el salón de banquetes.

- —No hay nada que puedas enseñarme que yo quiera ver.
- —No querrás ver esto. Nadie quiere. Pero *necesitas* verlo.

Confusa por esa afirmación, miré hacia atrás para ver a Kieran echarse hacia atrás, los brazos apoyados en la mesa, sus largas piernas estiradas delante de él. Me saludó con la mano.

Entonces hice algo que Ian me había enseñado una vez, algo que había visto a los guardias hacerse unos a otros; a veces en broma, otras enfadados. Se consideraba un gesto obsceno y yo no lo había hecho nunca.

Le enseñé a Kieran el dedo corazón.

El wolven echó la cabeza atrás y soltó una carcajada sonora y profunda.

Casteel giró la cabeza hacia mí, las cejas arqueadas mientras sus ojos volaban hacia Kieran.

- —¿Quiero saber siquiera lo que acabas de hacer?
- —No es asunto tuyo —refunfuñé, las mejillas arreboladas.
- —Hoy estás de un humor maravilloso.
- —Empiezo a dudar de tu capacidad de comprensión. Me has tenido...
- —Encerrada en una habitación todo el día. Ya lo sé —me interrumpió, sin dejar de andar por la gran sala vacía—. Hubiese preferido no hacerlo. Lo creas o no, la idea de tenerte confinada es algo que encuentro desagradable.

Quería creerlo, de verdad, pero no era tan ingenua.

—Entonces, es tan fácil como no hacerlo.

Tosió una carcajada seca.

- —¿Y arriesgarnos a que escapes otra vez, sin preparación y sin protección? No lo creo.
 - —No me voy a escapar a...

Casteel se rio de nuevo, esta vez igual de profundo que Kieran. Pensé que había bastantes probabilidades de que explotara contra él, pero entonces entramos en la zona común. Había gente por ahí desperdigada, y no tenía ni idea de lo que pensaban cuando nos vieron a Casteel y a mí pasar por su lado. Supuse que uno de nosotros, o los dos, teníamos aspecto de ir a la guerra.

Más adelante, uno de los hombres que estaban al lado de la puerta la abrió para nosotros y yo seguía sin saber a dónde nos dirigíamos cuando Casteel me llevó afuera. En cualquier caso, me alegré de que no me llevara de vuelta a la habitación. Estaba segura de que en ese caso perdería los papeles del todo.

La nieve caía en una ligera y lenta cascada, algo más floja que antes. Costaba un poco andar por la capa de varios centímetros acumulada en el patio.

—¿Por qué vamos hacia el bosque? —quise saber, al tiempo que me preguntaba si debía preocuparme, aunque sabía que muerta no le servía de nada.

—No vamos muy lejos. —Casteel había ralentizado el paso para que pudiera caminar a su lado. Me miró de reojo—. ¿Tienes frío? —Sacudí la cabeza—. No estaremos aquí fuera demasiado tiempo —comentó.

Mientras caminábamos, levanté una mano, momentáneamente distraída por la nieve. Observé cómo caía y se derretía sobre mi piel. Después de unos instantes, me percaté de la intensa mirada de Casteel sobre mí. Cerré la mano y la dejé caer a mi lado.

- —En Masadonia nevaba, ¿no? —preguntó en voz baja cuando llegamos al borde del bosque—. ¿Pudiste disfrutarlo siquiera?
- —Hubiese sido impropio que una Doncella correteara por la nieve. Fruncí el ceño cuando nos adentramos entre los árboles. La nieve salpicaba grandes zonas del suelo del bosque y estaba apilada en montones más altos donde había aberturas entre los árboles—. Unas cuantas veces que logré salir a hurtadillas de noche sí la vi, pero no con frecuencia. Un par de veces con Ian. Una con Tawny.

Tawny.

Me dolió el corazón al pensar en ella. Casi deseé no haberlo hecho. Por todos los dioses, la echaba de menos. Era la segunda hija de un comerciante próspero, entregada a la Corte Real a los trece años durante el Rito. La habían asignado a ser una especie de acompañante para mí, pero se había convertido en mucho más que eso. A menudo me preocupaba de si nuestra amistad no era más que una tarea, una obligación para ella. Pero ahora sabía que no era así. Ella me tenía un aprecio genuino.

- —Todo el mundo parecía salir a ver la nieve —continué—. Así que salir sin que me vieran no siempre era factible.
- —Es una pena. Hay pocas cosas más pacíficas que estar fuera rodeado de nieve.

Los pasos de Casteel se ralentizaron y luego se paró. Me soltó la mano. Con la palma aún cosquillosa por el contacto con él, crucé los brazos delante del pecho mientras él se agachaba.

- —¿En Atlantia nieva?
- —En las montañas, sí. —Levantó una pesada rama y luego barrió la delgada capa de nieve de lo que parecía una puerta de madera embutida en el suelo—. Mi hermano y yo nos escapábamos con frecuencia a las montañas cuando sabíamos que estaba nevando. Kieran venía con nosotros a menudo, lo mismo que... otros, a veces. —Tiró de un gancho de hierro para levantar la puerta—. Sé hacer buenas bolas de nieve.

Miré un agujero poco iluminado. Unos escalones de tierra y piedra cobraron forma entre las sombras.

—Ian me enseñó a hacer bolas de nieve, pero no he tirado una desde hace años.

Levantó la vista hacia mí, una leve sonrisa en los labios.

- —Apuesto a que eres de las que aprieta tanto la nieve que deja verdugones cuando impactan contra alguien. —Mis labios se curvaron un poco, pero aparté la mirada. Me dio la impresión de que la máscara del príncipe se había agrietado un pelín para mostrar una pizca de Casteel o aun otra máscara más—. Lo sabía —murmuró. Luego se aclaró la garganta—. Me topé con Alastir antes de entrar en el salón de banquetes. Me dijo que había hablado contigo.
- —Así es. Durante unos minutos. —Lo miré de reojo—. Kieran también estaba.
 - —Lo sé. —No me quitó el ojo de encima—. ¿Qué opinas de Alastir? Lo pensé durante unos instantes.
- —Parece agradable, pero tampoco lo conozco. —Levanté los ojos hacia él
 —. Kieran dijo que tienes mucha relación con él.
- —Lo conozco de toda la vida. Es como un segundo padre para Malik y para mí. Incluso para Kieran. Cuando quería hacer algo y mi madre decía que no, y mi padre preguntaba qué había dicho mi madre... —Apareció una leve sonrisa—... con lo que su respuesta solía ser también que no, como es obvio, entonces acudía a Alastir.
 - —¿Y él qué decía?
- —Solía decir que sí. Y si era algo imprudente o si pensaba que podría tener problemas, me seguía —explicó—. Alastir te encontró muy... inesperada.
 - —Creo que ya le habías advertido de que no tengo pelos en la lengua.
 - —Al parecer, no le advertí lo suficiente.

Respiré hondo.

- —¿Todavía estoy en peligro con él?
- —Con suerte, no por mucho tiempo. —Casteel se giró hacia los escalones de tierra. Pasó otro largo momento—. Sé que odias que te encierren en una habitación, recluida. No era mi intención dejarte ahí durante tanto tiempo.

No dije nada de lo que quería decir y me limité a mirar su hombro.

—Tenía que hablar con la Sra. Tulis acerca de su marido —continuó, la voz suave—. Sobre por qué lo que ocurrió tenía que ocurrir. —Con la boca seca de repente, levanté la vista hacia él—. Estaba disgustada. Como era de

esperar. No podía creer que su marido hubiese tomado parte en todo aquello. No creo que me creyera, en realidad. —Echó la cabeza hacia atrás y guiñó los ojos para protegerlos de la nieve que se colaba entre los árboles—. Ni siquiera puedo culparla por dudar de lo que dije. ¿Cuántas veces le han mentido los Ascendidos? Hablar con ella me llevó más tiempo del que esperaba.

Sentí una pizca de culpa.

- —¿Cómo…? ¿Ahora está bien? —pregunté. Hice una mueca. Por supuesto que no estaba bien. Su marido estaba muerto.
- —Le di la opción de quedarse con la gente de New Haven y le prometí que no sufriría ningún daño. También le dije que, si quería, podía proporcionarle pasaje seguro a otra ciudad. —Bajó la barbilla—. Tiene que decidir y hacérmelo saber.
 - —Espero que elija quedarse —susurré.
- —Yo también. —Soltó un suspiro áspero—. ¿Ves los escalones? —Asentí —. Baja entonces. Yo te sigo.

Vacilé un instante y tragué saliva con esfuerzo. No me daba miedo la oscuridad, ni los túneles, pero...

- —Nunca he estado bajo tierra antes.
- —No es como estar por encima.
- —¿En serio? —Le lancé una mirada seca. Él se rio y el sonido fue suave y real.
- —Vale. No es como estar al aire libre, pero solo estaremos en un túnel estrecho una distancia muy corta y después olvidarás que estás bajo tierra.
 - —No estoy muy segura de eso.
 - —Ya verás que sí —insistió, su tono callado y serio.

Lo miré a los ojos un segundo, luego solté al aire y asentí. No tenía ni idea de lo que estábamos haciendo, pero sentía curiosidad. Siempre sentía curiosidad. Con cuidado, bajé las escaleras, deslizando las manos por las paredes húmedas y frías. Cuando llegué abajo, intenté no pensar que estaba bajo tierra. Di unos pasos cautelosos hacia delante. Unas antorchas encendidas y espaciadas cada pocos metros proyectaban una tenue luz sobre el suelo de tierra y piedra y el techo bajo. Continuaban hasta donde alcanzaba la vista. No hacía tanto frío como esperaba.

La puerta se cerró con un *clic* y entonces Casteel aterrizó a mi lado. Me giré, preguntándome si había saltado, pero él se giró hacia mí. De repente, estábamos pecho con pecho. Bajo el intenso olor de la tierra, percibí su tenue aroma. A pino y especias. Mis ojos se encontraron con los suyos y me apresuré a apartar la mirada, inquieta por... todo.

- —¿Qué es esto? —pregunté, con la esperanza de que mi voz sonara más estable de lo que la sentía.
- —Es algo diferente para cada uno. —Casteel pasó por mi lado. Su hombro y su cadera rozaron contra los míos. Supe que el escalofrío no tenía nada que ver con el entorno.

Su mano se cerró una vez más en torno a la mía y la chispa de su piel contra mi piel recorrió todo mi brazo.

—Para algunas personas, este es un lugar de reflexión —dijo, mientras empezaba a andar de nuevo. Me pregunté si él sentía esa corriente de energía. Continuamos por el túnel—. Para algunos es un lugar en el que ser testigos de lo que muchos se esfuerzan por olvidar.

Las sombras que teníamos delante desaparecieron cuando el túnel llegó al final. Varios escalones bajaban hacia un espacio que se abría a lo que parecía ser algún tipo de cámara circular con techos altos y... Dios mío, tenía que ser tan larga como la fortaleza en sí. Docenas y docenas de antorchas sobresalían de la piedra para iluminar las paredes de toda la sala. Solo el centro estaba en sombra. Entre la penumbra, parecía haber varios bancos.

—Para muchos, esto no es más que un sepulcro. Suelo sagrado. —Casteel me soltó la mano—. Uno de los pocos sitios en todo Solis donde aquellos que han perdido familiares a manos de los Ascendidos pueden llorarlos.

Antes de saber lo que hacía, ya me había puesto en marcha. Bajé los escalones y llegué al suelo de la cámara. Había pedestales cada dos o tres palmos y, sobre ellos, reposaban martillos y cinceles delgados. Fui hacia la derecha y deslicé los ojos por la pared, por lo que había grabado en la piedra. Había palabras. Nombres. Edades. Algunos con epítetos. Otros sin ellos. Al acercarme, vi dibujos tallados en la piedra. Retratos hechos por manos hábiles y artísticas. Solté un suspiro tembloroso mientras seguía la curva de la pared. Los nombres... había muchísimos. Fluían por toda la superficie, desde el suelo hasta el techo, pero las fechas fueron las que me hicieron un nudo en el pecho; cada una marcaba el nacimiento y luego la muerte. Cuando me di cuenta de que muchos compartían la misma fecha de fallecimiento el nudo subió hasta mi garganta; y luego, al reconocer esas fechas, los grabados de la pared se volvieron borrosos.

Una cuantas de las fechas de defunción eran esporádicas, algunas de hacía varios centenares de años. Otras, sin embargo, eran de solo hacía una década, o de hacía cinco años, o del año pasado, o... o de hacía un par de meses. No obstante, muchas otras tenían fechas que coincidían con los Ritos del pasado.

Y las edades de los fallecidos...

Me llevé la mano al pecho. Dos años de edad. Siete meses. Cuatro años y seis meses. Diez años. Y así sucesivamente. Había muchísimos. *Miles*. Miles y miles de niños. Bebés.

- —Son... son de los Ritos —murmuré, rompiendo el silencio, mi voz gruesa y ronca.
- —Muchos sí, pero otros son Descendentes a los que mataron —contestó Casteel desde alguna parte detrás de mí—. Algunos murieron de lo que los Ascendidos denominan una enfermedad degenerativa, pero en realidad se debió a episodios de alimentación incontrolada.

Cerré los ojos con fuerza mientras el Sr. y la Sra. Tulis se aparecían en el ojo de mi mente. Habían perdido a dos hijos de ese modo. Dos.

—Y algunos de los nombres, los que verás que no tienen fechas de fallecimiento... —Estaba más cerca de mí—. Esos representan a los desaparecidos, personas que se supone que se han convertido en Demonios o están muertas.

Abrí los ojos y parpadeé para eliminar las lágrimas. Me acerqué más a la pared y alargué la mano para deslizar los dedos por las ranuras que representaban mejillas y ojos, pero me detuve. Abajo, contra la pared, había flores viejas y secas. Algunas frescas. Pequeñas joyas que centelleaban a la luz de las antorchas. Un collar. Un brazalete. Un anillo. Dos alianzas de boda, dispuestas de manera que una se solapara con la otra. Me temblaba la mano al retraerla de vuelta al pecho. Me paré delante de un animal disecado: un oso viejo con un lazo pálido como corona. Me ardía la garganta.

—Esta es solo una pequeña fracción de las vidas arrebatadas por los Ascendidos. Hay grandes salas sin un solo espacio vacío para grabar ni un solo nombre más. Y estos son solo los nombres de los mortales asesinados. — Cada palabra iba cargada de amargura—. En Atlantia, unas paredes que se extienden más allá de donde alcanza la vista llevan los nombres de nuestros caídos.

Tragué saliva y abrí los dedos sobre mis mejillas, me sequé las lágrimas sin apartar los ojos del oso.

—Yo no estoy libre de culpa. Estoy seguro de que he provocado que se tallaran nombres en paredes diferentes, pero no soy como ellos. —Habló en voz baja, y aun así, en esa inmensa sala, resonó con eco—. *Nosotros* no somos como ellos. Y todo lo que te pido es que la siguiente vez que pienses que soy igual que un Ascendido, pienses en los nombres de estas paredes.

Tenía las palabras «Sé que no eres como ellos» en la punta de la lengua, pero no podía hablar. Apenas era capaz de mantener la compostura.

—Puedo prometerte que la inmensa mayoría de las personas a las que he matado, que han acabado en tumbas o clavadas a paredes, se lo merecían. No pierdo ni un momento de descanso pensando en ellas. Pero ¿las inocentes? — Casteel guardó silencio unos instantes. Cuando volvió a hablar, su voz sonó grave y afilada como los cinceles que aguardaban unos dedos temblorosos por la pena—. ¿Las que se encontraron atrapadas en medio de algo o murieron a manos de mis partidarios? Ellas sí me quitan el sueño. Las Lorens y Dafinas del mundo. Los Vikters...

—Para —susurré, incapaz de moverme durante lo que pareció una pequeña eternidad.

Casteel se calló y no supe si fue porque ya había dicho todo lo que necesitaba decir o si fue un pequeño favor que me hacía.

Cuando por fin fui capaz de moverme otra vez, me temblaban los labios. Seguí caminando, descubrí flores más frescas, fechas más recientes, y más nombres comunes... y muchísimos, demasiados periodos de tiempo muy cortos, y también muchas fechas sin final.

No supe cuánto tiempo estuvimos ahí, pero sentí que tenía que recorrer hasta el último centímetro de la sala, ver cada nombre que podía leer, grabarme todos los posibles en la memoria, y ser testigo, igual que habían hecho muchos otros, de esa horripilante y dolorosa pérdida de vidas.

Casteel había tenido razón cuando dijo que aquello era algo que nadie quería ver. Yo tampoco quería, pero tenía que verlo. Nadie podía inventar esto. Era del todo imposible.

Despacio, di la vuelta. Casteel estaba de pie a la entrada.

—¿Has terminado? —Me sentía como si acabara de pelear contra una legión de Demonios, pero asentí—. Bien.

Esperó a que me reuniera con él antes de subir las escaleras. Ninguno de los dos habló hasta que emergimos para descubrir que hacía largo rato que el día había dado paso a la noche. Observé cómo cerraba la puerta y arrastraba la rama sobre ella.

- —¿Por qué retiraste los cuerpos de la pared del salón? —pregunté. Siguió arrodillado.
 - —¿Acaso importa?
 - —Sí —susurré.

Levantó la cabeza, la vista perdida en la extensión de nieve iluminada por la luna.

—No te mentí cuando te dije que ayudaba a los maldecidos por un Demonio a morir con dignidad. Lo hacía. Porque creo que debería haber dignidad en la muerte, incluso para aquellos a los que odio. Era algo que había olvidado en mi enfado y en mi... —Se interrumpió. Luego me miró—. Tú me recordaste que, como Hawke, yo creía en eso.

Como Hawke.

—Gracias —murmuré con voz ronca. No estaba segura de si le daba las gracias por recordar o por enseñarme lo que jamás querría haber visto pero necesitaba ver.

Ladeó la cabeza mientras me miraba, luego se levantó.

—Vamos —dijo con voz queda—. Tenemos muchas cosas de las que hablar antes de que sea demasiado tarde.

Su proposición que no era una proposición.

Nuestro futuro que en realidad no existía.

Sin embargo, no dije nada mientras caminábamos de vuelta hacia la fortaleza, como tampoco me resistí cuando me tomó de la mano otra vez. No tenía ni idea de por qué lo hacía. Dudaba mucho de que fuese porque le diera miedo que escapara. A lo mejor solo le gustaba darme la mano.

A mí me gustaba que me diera la mano.

El último en hacerlo con tanta frecuencia había sido Ian, y eso había sido solo cuando no había nadie cerca. En cualquier caso, no era la misma sensación para nada.

Tal vez me gustaba tanto porque mi mente seguía en esa cámara... no, esa *cripta* sin cuerpos, entre toda esa gente que no volvería a darle la mano a nadie. Quizás fuese porque mi mente seguía llena del momento en el que Casteel recordó una parte de él que era Hawke.

No hablamos durante todo el camino de regreso a la fortaleza ni hasta la habitación. Una vez dentro, me condujo hacia la chimenea y me quedé ahí de pie, dejando que el fuego caldeara mi piel helada.

- —¿Partiremos mañana? —pregunté, rompiendo el silencio.
- —La tormenta está amainando, pero las carreteras tendrán que despejarse un poco. —Unos copos de nieve se derritieron y desaparecieron en los oscuros mechones de su pelo mientras miraba hacia la ventana que se sacudía bajo el viento huracanado—. Este viento debería ayudar con eso... y es posible que derribe toda la fortaleza si sigue así durante una noche más.

Me reí con ganas. Acababa de recordar el cuento que me había contado Ian una vez. Casteel me miró asombrado.

—Perdón —me disculpé—. Es que estaba pensando en un cuento que Ian oyó una vez. Sobre un lobo que soplaba para derribar las casas de unos cerdos. Por alguna razón, he pensado en un *wolven* haciendo justo eso.

—No tienes por qué disculparte —me tranquilizó—. Cuando estás callada y seria eres preciosa, pero ¿cuando te ríes? Rivalizas con el amanecer sobre las montañas Skotos.

Sonaba tan sincero, como si de verdad lo dijera en serio. No lo entendía.

—¿Por qué dices cosas como esas?

Sus ojos buscaron los míos.

- —Porque es verdad.
- —¿Verdad? —Me eché a reír. Me aparté del fuego. El ardor había regresado al fondo de mi garganta y amenazaba con sobrepasarme—. ¿Añadirás mi nombre a las paredes cuando me entregues a los Ascendidos? En algún momento moriré. Esa es la verdad. Así que no digas cosas como esas.
- —Pero esa no es la verdad. Para nada —insistió. Sus ojos captaron mi mirada y se quedaron ahí—. Por eso tenemos que casarnos.
- —¿Por qué estás tan empeñado en lo del matrimonio? —le pregunté—. No tiene ningún sentido.
- —Claro que lo tiene. Es la única forma de que yo pueda conseguir lo que quiero y asegurarme de que conservas la vida. Con suerte, podrás vivir una vida larga y *libre*.

Capítulo 10



—¿Qué? —repetí, y esta vez fue apenas un susurro. ¿Vivir una vida larga? ¿Libre? ¿Cómo era posible si él obtenía lo que quería? La libertad de su hermano a cambio de mi cautiverio.

- —¿Me dejas que intente explicártelo? No estoy pidiendo que confíes en mí.
 - —Mi confianza no es algo de lo que tengas que preocuparte.

Se echó hacia atrás, la línea de su mandíbula se tensó.

—Tampoco pido tu perdón, Penellaphe.

El uso de mi nombre formal fue como una nota discordante e hizo que se me acelerara el corazón al tiempo que silenció todas las palabras amargas que tenía en la punta de la lengua.

—Sé que lo que te he hecho no es algo que puedas olvidar —continuó—. Todo lo que te pido es que escuches lo que tengo que decirte. Y, con suerte, llegaremos a un acuerdo.

Me obligué a asentir. Mi necesidad de comprender lo que estaba sugiriendo era mucho mayor que mi deseo de discutir con él.

—Es... escucharé.

Hubo un momento en que abrió un poco más los ojos, como si hubiese esperado que me negara, pero luego su frente se alisó.

—¿Recuerdas cuando me marché para hablar con mi padre? Por supuesto que lo recuerdas —añadió, después de un instante—. Fue cuando Jericho intentó matarte. —La línea de su mandíbula se marcó más—. Mi padre no pudo acudir y envió a Alastir en su lugar. Había habido problemas en casa de los que tenía que ocuparse.

- —¿Problemas con los *wolven* y con lo de quedarse sin tierra? —aventuré. Casteel asintió.
- —No ahora mismo, pero pronto, con la escasez de tierras, no tendremos comida suficiente ni otros recursos.

Una pequeña parte de mí se sorprendió por que contestara a mi pregunta.

- —Cuando Alastir habló con Kieran, sonó como si la gente de New Haven fuese a partir hacia Atlantia pronto.
 - —Así es.
 - —Porque tú me has secuestrado y los Ascendidos vendrán aquí, a por mí. Me miró a los ojos.
- —Ya había planes para trasladarlos a Atlantia antes de que te secuestrara. Mis acciones han precipitado un poco los acontecimientos, pero la falta de tierras no se hubiese resuelto antes de eso.

Lo pensé un poco.

- —O sea que los recursos están a punto de tener que estirarse aún más.
- —Exacto, pero no estamos al límite. Todavía no —aclaró—. Algunos quieren una actitud más agresiva a la hora de aliviar nuestras carestías. Muchos de los *wolven* pertenecen a ese grupo, igual que muchos atlantianos. Algunas de las conversaciones sobre lo que debería hacerse se han vuelto acaloradas. Por eso tuvo que quedarse mi padre en casa.

Casteel se levantó, fue hasta una mesita debajo de la ventana. Agarró un decantador de cristal lleno de un líquido de color ámbar que sospechaba que era licor.

—¿Quieres una copa? Creo recordar que te gustaba beber un *whisky* o dos a hurtadillas con Tawny.

Tawny.

Tenía muchísimas ganas de verla, de asegurarme de que estaba bien. Pero si hubiese estado aquí...

Cerré los ojos un momento, rezando por que Tawny estuviera bien. Más que nunca, di gracias por que no estuviera aquí. Podría haberse convertido en un problema que hubiesen resuelto del mismo modo que habían resuelto el problema de Phillips y los otros guardias.

Aspiré una profunda bocanada de aire y abrí los ojos.

—¿La hubieses matado? —pregunté—. A Tawny. Si hubiera venido conmigo, ¿la hubieses matado?

Casteel hizo una pausa, el brazo estirado hacia un vaso. Luego lo agarró con fuerza y lo llenó de *whisky* hasta la mitad.

—No acostumbro matar mujeres inocentes. —Sirvió un segundo vaso—. Hubiera hecho todo lo posible por asegurarme de que eso no fuese necesario, pero su presencia podría haber causado una complicación que no tenía ganas de resolver.

Lo cual significaba que, si hubiese tenido que hacerlo, lo habría hecho. Sin embargo, se *había asegurado* de que la situación no se produjera al prohibir a Tawny viajar conmigo. No sabía cómo sentirme al respecto. ¿Qué era lo correcto o lo incorrecto en este caso? Además, nada de eso significaba que Tawny estuviera del todo a salvo. Estaba destinada a Ascender.

Pero ¿Ascendería ella o alguno de los lores y damas en espera ahora que yo no estaba? Todas las Ascensiones del reino estaban vinculadas a la mía. Todavía tenían al hermano de Casteel y tenían que tener a otro atlantiano para mantener al príncipe con vida. Sin mí, podían seguir adelante con la Ascensión, a menos...

A menos que le hubiese ocurrido algo al príncipe Malik. Tragué saliva y aparté la pregunta a un lado. No serviría de nada preguntar algo así y dudaba de que Casteel no se lo hubiese planteado ya.

Me trajo el vaso de *whisky*, que tomé de sus manos aunque no lo había pedido. Fue a colocarse delante de la chimenea.

Deslicé el pulgar por el vaso frío, me lo llevé a los labios y bebí un sorbito. El licor quemó la parte de atrás de mi garganta, pero el segundo trago fue mucho más suave. Sin embargo, aun así tuve que aclararme la garganta. Tawny y yo bebíamos alcohol a hurtadillas, y había tomado un trago o más de vez en cuando, pero no era ni de lejos suficiente para que estuviera acostumbrada a él.

- —¿Qué tienen que ver los problemas a los que se enfrenta tu gente con todo este asunto de la boda?
- —A eso voy. —Se volvió hacia mí, apoyó un codo en la repisa de la chimenea—. Pero primero, te diré que mi gente me obedecerá hasta la muerte, tanto los atlantianos como los *wolven*. —Hizo girar el líquido en su vaso—. Espero que, entre eso y las acciones que he llevado a cabo para recordarles que nadie debe hacerte daño, estén más inclinados a realizar buenas elecciones en la vida. No obstante, estas no son circunstancias normales. Tú no eres una circunstancia normal.
 - —Pero yo no le he hecho nada a tu gente, incluso intenté salvar a uno.
- —Muchos Descendentes no te han hecho nada a ti, pero aun así hubo un tiempo en que los considerabas a todos malvados y asesinos —replicó—.

Hubo un tiempo en que creías que todos los atlantianos no eran más que monstruos, a pesar de que ningún atlantiano te había hecho daño jamás.

Abrí la boca.

—Es lo mismo, ¿no crees? Los Descendentes y yo representamos la muerte y la destrucción, aunque muchos de ellos no han hecho nada más que decir la verdad. —Deslizó los ojos hacia las llamas que ardían con suavidad —. Tú representas a una dinastía que los ha subyugado y ha diezmado a sus familias, que les ha robado las vidas de sus seres queridos, sus dioses e incluso a su legítimo heredero. Tú no hiciste ninguna de esas cosas, aun así es lo que ven cuando te miran. Ven su oportunidad de vengarse.

Sus palabras cayeron como piedras en mi tripa calentada por el licor.

- —Lo siento —dije, sin poder evitarlo.
- —¿El qué? —Frunció el ceño, mientras yo casi me ahogaba con el enorme trago de *whisky* que engullí. Parpadeé deprisa.
- —Lo que le hicieron a tu gente —le dije, la voz ronca—. A tu familia. A ti. Sé que ya lo dije anoche y que no querías mis disculpas, pero necesito decirlo otra vez.

Casteel me miró con atención.

—Creo que ya has bebido suficiente *whisky*. —Hizo una pausa—. O a lo mejor deberías beber un poco más.

Solté un gruñido, como un cochinillo.

- —Lo que has hecho no significa que no pueda sentir compasión. —Hice ademán de beber otro trago, pero me lo pensé mejor. No sabía qué tipo de *whisky* era ese, pero parecía tener un efecto mucho más rápido que cualquier licor que hubiese probado hasta entonces—. Lo que has hecho no significa que de repente no sepa o no me importe lo que es correcto y lo que no. Lo que le hicieron a tu gente es horrible. —Bajé la vista hacia el líquido dorado de mi vaso, pensando en todos los nombres de las paredes. ¿Quién sabía cuántos no habían sido registrados nunca?—. Y... lo que los Ascendidos le están haciendo a la gente de Solis también es horrible. Es todo terrible.
 - —Es verdad —convino en voz baja.
- —Supongo que entiendo por qué me odian. —Pensé en el Sr. Tulis y bebí un trago más grande—. Desearía que no fuese así.
 - —Igual que yo. La cual es una de las razones de que debamos casarnos.

Mis ojos volaron hacia los suyos al tiempo que casi me atragantaba.

—Esa es la parte que no entiendo. Cómo has llegado a esa conclusión o por qué. ¿Cómo conseguirá eso que recuperes a tu hermano? ¿Cómo ayudará con el tema de los recursos limitados? ¿Cómo seré... libre?

Su mirada se volvió penetrante de pronto.

—Existe la posibilidad de que algunos todavía desobedezcan mis órdenes. El castigo puede ser un motivador convincente. Yo mismo adoro y disfruto del sabor de la venganza, y sé bien que tú también.

Empecé a negarlo, pero él había estado presente cuando me volví contra lord Mazeen. Sabría que mi negativa era mentira.

- —Debo volver a casa para ayudar a aliviar las preocupaciones de los otros, donde estarás rodeada de muchas personas que creen que cualquiera procedente del reino de Solis es un *lamaea* en carne y hueso.
 - —¿Lamaea?
- —Es una criatura con aletas por piernas y colas por brazos que se esconde debajo de las camas de los niños y espera hasta que se apaguen las luces. En la oscuridad, sale de debajo de la cama para succionarles la vida.
 - —Oh. —Puse cara de horror.
- —No es real. O al menos no he visto nunca ninguno, pero de pequeño, tanto mi hermano como yo hacíamos todo lo posible por dejar las luces encendidas de noche —explicó, y pude verlo como un niño precoz, escondido debajo de una manta con grandes ojos dorados.

Mi vista se quedó enganchada en cómo se curvaban los músculos de su brazo cuando llevó el vaso de *whisky* a sus labios.

Bueno, *casi* pude verlo de niño.

—Espera —lo interrumpí, confusa—. ¿Cómo sale de debajo de la cama si tiene aletas por piernas y colas por brazos?

Sus labios se curvaron casi de forma imperceptible.

- —Creo que mi madre dijo una vez que se contoneaba y se deslizaba, como una serpiente.
- —Eso es espantoso. —Arrugué la nariz mientras miraba el decantador de *whisky* y me preguntaba si debía tomarme otra copa—. Tampoco entiendo la parte de lo de las colas por brazos.
 - —Eso no lo entiende nadie.

Apartó la mirada y bajó la barbilla mientras deslizaba los colmillos por su labio de abajo. Mi vista... en realidad todo mi ser... pareció quedarse enganchado en ese acto. Un escalofrío sutil danzó por mi piel, y luego otro.

—Lo que intento decirte es que aunque he ordenado que nadie debe hacerte daño, puede que todavía estés en peligro —explicó—. Para algunos, la idea de la venganza es mucho más convincente que el miedo a una muerte segura.

Tardé un poquito en alejar mis pensamientos de esa criatura *lamaea* y de la imagen de sus colmillos antes de poder centrarme en el objetivo de esta conversación.

- —¿Y crees que casarte conmigo me librará del peligro?
- —Asegurarnos de que la gente sepa que eres parte atlantiana y que vas a ser mi esposa *debería* protegerte. Sobre todo de aquellos que todavía le tienen cierto miedo a la muerte y algo de sentido común. —Bebió un trago—. A sus ojos, ya no serás la Doncella; serás mi prometida. En su mente, te convertirás en su princesa.

Cavilé sobre lo que estaba diciendo y, no sabía si era el cansancio que tiraba de mí o el licor que embotaba mis emociones, pero fui capaz de procesar lo que me estaba diciendo sin tirarle el vaso a la cara.

Cosa que estaba segura que apreció.

Y era probable que fuese la razón para ofrecerme la copa en primer lugar.

- —¿Qué piensas? —preguntó.
- —Si debería tomarme otro vaso de whisky.
- —Puedes hacer lo que quieras.

¿Lo que quisiera? Lo miré y la cantidad de deseo que se avivó en mi interior me indicó que no sería nada sensato tomarme otra copa. Me incliné hacia delante y dejé el vaso vacío sobre la mesa.

- —Entonces, te vas a casar conmigo para... protegerme. ¿Eso es lo que estás diciendo?
 - —Sí y no.

Mientras que notaba calor en el estómago, sentía el pecho frío como el hielo.

- —¿Qué significa eso?
- —Significa que el matrimonio te proporcionará a ti seguridad, y también me proporcionará a mí lo que quiero y lo que mi reino necesita.
- —¿Cómo puede nuestro matrimonio garantizar la liberación de tu hermano o darle a tu reino lo que necesita?

Bebió otro sorbo.

—¿Qué crees que valoran más los que gobiernan Solis? ¿La capacidad para crear más *vamprys* o para seguir vivos?

Eché la cabeza atrás ante semejante pregunta.

- —Espero que lo segundo.
- —Yo también lo espero —convino. Pasó un momento de silencio—. Mi padre cree que Malik está muerto o más allá de la salvación.

Contuve la respiración de golpe.

—¿De verdad? —Cuando Casteel asintió, no supe qué decir—. Eso... eso es terriblemente triste.

La línea de su mandíbula se tensó.

—Es la realidad de la situación y no puedo culparlo por ello, pero no creo que Malik esté perdido. Me niego a creerlo —insistió, obstinado, y deseé de todo corazón que estuviera en lo cierto—. Muchos atlantianos quieren vengarse. No solo de lo que los Ascendidos le han hecho a su príncipe, sino de las incontables vidas que se han llevado por delante, y la tierra y el futuro que nos robaron. Mi padre se está convirtiendo a pasos agigantados en uno de los que quiere venganza. Y la cosa es, Poppy, que podemos vengarnos. Atlantia resurgió de sangre y cenizas. Ya no somos un reino caído, en ninguno de los sentidos de la palabra. Hace mucho tiempo que no lo somos. Somos un reino de fuego.

Se me pusieron de punta los pelillos de todo el cuerpo.

—Puede que nos retiráramos a nuestras actuales tierras después de la guerra, pero lo hicimos por el bien de nuestra gente y las vidas de los mortales atrapados entre nosotros, pero eso no significa que sufriéramos. Ni que nos hayamos convertido en menos que el reino que una vez fuimos. En el tiempo transcurrido desde la guerra, hemos recuperado nuestras cifras de población y nos hemos extendido en todas direcciones desde Atlantia, nos hemos hecho fuertes en todas las ciudades de Solis y hemos abierto los ojos de aquellos que están preparados para ver la verdad.

Mi corazón se aceleró mientras lo observaba llevarse el vaso a los labios una vez más.

- —Muchas personas han pasado los últimos cuatrocientos años preparándose para recuperar los reinos —prosiguió Casteel, y puede que yo dejara de respirar en ese momento—. Quieren declararle la guerra a Solis y, si logran convencer a mi padre, van a morir muchísimas personas. Atlantianos. *Wolven*. Mortales. La tierra volverá a quedar empapada de sangre. Pero esta vez, no habrá retirada alguna. Si convencen a mi padre para entrar en guerra, Atlantia no caerá. No pararemos hasta que todos los Ascendidos y aquellos que los apoyan queden reducidos a cenizas.
- —Y... ¿tú no quieres eso? ¿Recuperar el reino y terminar con los Ascendidos? —Podía entender que ese fuese su deseo, pero no podía dejar de pensar en Ian y Tawny y en todas las personas inocentes que serían pisoteadas en el proceso.

Me miró por encima del borde de su vaso.

- —En ocasiones, el derramamiento de sangre no es la única opción. Si al final la cosa se reduce a eso, no dudaré en blandir mi espada, pero mi hermano sería una de las bajas. No hay forma humana de que vayan a mantenerlo con vida si entramos en guerra con ellos. Necesito liberarlo antes de que eso ocurra.
- —¿Y crees que tu gente no querrá ir a la guerra si os lo devuelven? pregunté.
- —No se trata solo de él, pero si tengo éxito, es lo que creo. Si no, al menos los mortales tendrán tiempo para prepararse. Para elegir su bando o para escapar lo más lejos posible y esperar a los acontecimientos. Preferiría no someter a esta tierra a otra guerra de varios cientos de años.
- ¿Le preocupaban los mortales? ¿Incluso los que no apoyaban a Atlantia? Eso sonaba al Hawke que conocía, pero no al que se había ganado el título de Señor Oscuro. Confusa, deslicé las manos por el borde de mi túnica.
- —¿Por qué crees que casarte conmigo logrará nada de eso? Yo soy solo la Doncella. Y tanto tú como yo sabemos que eso no significa nada. Los dioses no me eligieron...
- —Pero la gente de Solis no lo sabe —me contradijo—. Para ellos, eres la Doncella. *Sí* fuiste Elegida por los dioses. Igual que eres la cabeza visible de los Ascendidos para Atlantia, eres un símbolo de ellos para la gente de Solis. —Apareció su medio sonrisa—. Y eres la favorita de la reina.

Negué con la cabeza.

- —Todo eso puede que sea verdad, pero no veo cómo nuestro matrimonio podría conseguir nada.
- —No te das el crédito suficiente, princesa. Tienes una importancia increíble para el reino, para la gente, pero aún más para los Ascendidos. Eres el pegamento que mantiene unidas todas sus mentiras.

Me puse muy tiesa.

—Imagina lo que ocurrirá cuando la gente de Solis se entere de que tú, la Doncella Elegida, te vas a casar con un príncipe atlantiano y no te vas a convertir en un Demonio. Ni siquiera después de un beso malvado. —Me sonrió y apareció un hoyuelo. Entorné los ojos—. Solo eso abrirá muchos ojos. Y mediante nuestra unión, podríamos enseñarle con suavidad a los mortales un mundo en el que los atlantianos no son derrotados ni desperdigados al viento. Pero también les enseñaría que los dioses deben aprobar semejante unión. Después de todo, según lo que los Ascendidos les han enseñado durante generaciones, si los dioses no la aprueban, buscarán

venganza. La gente de Solis no sabe que los dioses duermen. Y los Ascendidos confían en que jamás descubran la verdad.

Asentí despacio mientras pensaba en la gente.

- —Sí, pensarían que los dioses lo aprueban.
- —¿Y qué crees que haría la gente si los Ascendidos se volvieran en contra de la Elegida por los dioses? Los mismos dioses que, según los Ascendidos, mantienen a la gente de Solis a salvo de los Demonios. Si los Ascendidos se vuelven contra ti, el reino construido a partir de mentiras empezará a agrietarse. Hará falta muy poco para hacer añicos todo el maldito entramado. Y si recuerdo algo de la reina Ileana, es que es una mujer muy inteligente. Es consciente de esto.

Consternada al oírle decir su nombre cuando lo hacía muy pocas veces, observé cómo sus labios dibujaban una fina línea.

- —Pero ¿no es lo bastante inteligente como para saber que el reino de Atlantia ha crecido hasta el punto de suponer una amenaza considerable para su reinado?
- —Saben que Atlantia todavía existe y han reforzado sus ejércitos, sus caballeros.

Un escalofrío gélido bajó reptando por mi columna ante la mención de los Caballeros Reales. Eran el ejército de Solis, con sólidas armaduras, un entrenamiento excepcional y absolutamente imponentes. Los había visto solo en la capital, e incluso entonces, era raro ver a un caballero, pues estaban acampados en las estribaciones de los Picos Elysium. Muchos habían hecho voto de silencio.

- —Sin embargo, hemos tenido mucho cuidado de mantener en secreto lo mucho que hemos crecido y logrado, y nos hemos asegurado de que los Descendentes se vean como un grupo caótico e incoherente de gente que apoya a un príncipe solitario cuya única obsesión es asegurar el trono. Se han vuelto complacientes a lo largo de muchos años. —Arqueó una ceja al dar otro sorbo—. Y creo que muchos eruditos han afirmado que el ego es la perdición de muchísimas personas poderosas. Incluso con los caballeros y todos sus guardias a sus espaldas, no sería suficiente para que nos derrotaran. Ahí es donde entras tú en escena. O, para ser más precisos, donde entramos *los dos* en escena. Juntos. Casados. Unidos. Tú y yo...
- —Lo pillo —lo interrumpí con un gruñido grave. El tono de sus ojos se intensificó.
- —Incluso con todos mis considerables talentos, no lograría acercarme ni un poquito a ellos ni a los templos. Lo he intentado, muchas veces, mientras

estaba en Carsodonia, pero tú... tú eres mi pasaporte de entrada.

Solté el aire despacio.

- —Crees que conmigo... al casarte conmigo... podrás negociar la liberación de tu hermano.
- —Y también la devolución de parte de nuestra tierra. Quiero todo lo que hay al este de New Haven.
- —Todo lo que hay al este de New Haven. Eso serían… las Tierras Baldías y Pompay. Y más al sur, Spessa's End…
- —Y muchos más pueblos pequeños y campos. Muchos de esos lugares ni siquiera están gobernados por un Ascendido local —explicó—. Muchos de esos lugares ni siquiera los utilizan. Sería una petición justa.

Era una petición justa. Solis conservaría las principales ciudades comerciales y las tierras de labor a las afueras de Carsodonia y Masadonia, entre otras. Pero...

- —No será tan sencillo como enviarles una carta para anunciarles nuestras nupcias. —Casteel llamó mi atención—. Cuando los Ascendidos se den cuenta de que has desaparecido, quizás den por sentado que has tenido un final desafortunado.
 - —¿A manos del Señor Oscuro?

Inclinó la cabeza en mi dirección.

- —O de mucha otra gente muy mala. Sea como fuere, ni la reina Ileana ni ninguno de los Ascendidos se creerán que estamos juntos si no ven que sigues viva, sana y entera. Nosotros fijaremos los términos para reunirnos con ellos y les presentaremos sus opciones.
- —¿Ceder a tus exigencias o entrar en guerra? —terminé—. Puede que haya una guerra de todos modos, pero si aceptan nuestra oferta, puede que le proporcionemos a la gente de Solis algo de tiempo.

Casteel asintió y devolvió su brazo a la repisa de la chimenea.

—Lo que pides es justo. Tienen a tu hermano y la pérdida de esas tierras no le haría demasiado daño a Solis —cavilé—. Me gustaría pensar que tendrán el suficiente sentido común para aceptar. Quizás no sean capaces de crear a más *vamprys...* es decir, si no han capturado a otros a los que utilizar para eso. —Una imagen de Ian se formó en mi cabeza y se me revolvió el estómago—. Y si no aceptan... entonces habrá una guerra. —Levanté los ojos hacia los suyos—. Si te reúnes con el rey y la reina y aceptan tu oferta, ¿los dejarás vivir?

Su barbilla bajó mientras una sonrisa lenta y fría se desplegó por su despampanante rostro.

—Una vez que tenga lo que quiero y lo que mi reino necesita, no seguirán en el trono de Solis. No seguirán respirando. Ellos no. Ella no.

Aparté la mirada y me puse tensa para reprimir el deseo de retroceder. Lo entendía, sobre todo después de lo que le habían hecho, pero era difícil olvidar esos meses, esos años después del ataque, cuando todo lo que tenía era a Ian y a la reina Ileana.

Pero había visto las paredes de la cámara subterránea. Había visto las cicatrices de Casteel. Había tenido mis sospechas incluso antes de conocerlo. Sabía que lo que decía era verdad. No necesitaba ver ni saber nada más para creerlo.

- —¿Y piensas dejar vivir a los Ascendidos? ¿Quién gobernaría Solis entonces? —Ahí me interrumpí, porque lo que de verdad quería era preguntar: «¿Qué pasará con Ian?».
- —Para evitar una guerra y que la historia se repita, tendría que permitirles vivir. Aunque las cosas tendrían que cambiar. No más Ritos. No más muertes misteriosas. Tendrían que controlarse.
 - —¿Y crees que eso es posible? Dijiste que tardan meses, si no más...
- —Pero pueden controlarse. En algunos casos ya lo hacen y muchos de los Ascendidos son lo bastante mayores para hacerlo. Pueden hacer que su mordisco sea placentero. Pueden alimentarse sin matar. Estoy seguro de que muchos se presentarían voluntarios. O los Ascendidos podrían incluso pagar por los servicios. Sea como fuere, si quieren vivir, tendrán que controlar su sed de sangre. El hecho de que no son los Demonios que crean es prueba de que pueden. Lo único que pasa es que jamás han tenido una razón para hacerlo.
 - —¿Crees que funcionará? —pregunté.
- —Es la única forma de que los Ascendidos tengan una oportunidad de sobrevivir —sentenció.

Pero ¿y si estaba equivocado? ¿Y si fallaba? ¿Y si su hermano ya no existía? Levanté la vista hacia él y hubiese podido afirmar, con un cien por cien de certidumbre, que los mataría a todos o moriría en el intento.

Se me comprimió la garganta.

—Y después, con o sin tu hermano, ¿seré libre?

Me miró a los ojos.

- —Serás libre para hacer lo que quieras.
- —O sea que este matrimonio ¿no será... real?

Hubo un momento de silencio antes de que respondiera.

—Es tan real como creas que es cualquier cosa relacionada conmigo.

No me miró al decirlo. Su atención fija una vez más en las llamas. La línea de su mandíbula, dura como el mármol.

- —De verdad que no tengo ni noción de lo que se supone que significa eso —admití. Doblé las piernas debajo de la manta—. ¿Cómo seré libre si estamos casados?
 - —Te concederé el divorcio si eso es lo que decides.

Solté una exclamación antes de poder evitarlo. Los divorcios eran casi inexistentes en Solis. Había que acudir a la Corte incluso para solicitar uno, y se rechazaban muchos más de los que se concedían.

- —¿El divorcio es común en Atlantia? —pregunté.
- —No —contestó—. Lo que no es común es que se casen dos atlantianos que no se quieran. Pero cuando la gente cambia y también lo hace su amor, pueden divorciarse.

Me quedé atascada en la parte de que era poco común casarse cuando no había amor. Si era tan raro, ¿cómo podía embarcarse con tanta facilidad en una unión con alguien a quien era obvio que no quería? La respuesta era fácil: haría cualquier cosa por su hermano.

- —O sea que este matrimonio no es real. —Aspiré una bocanada de aire poco profunda—. ¿Y si me niego? ¿Qué pasa si digo que no?
- —Espero que ese no sea el caso, sobre todo después de todo lo que has visto. Pero de este modo, no serás utilizada para enviar un mensaje a los Ascendidos y no serás utilizada por ellos. Es una salida. —Se pasó una mano por el pelo—. No es una salida perfecta, pero es una al menos.

Era... era una salida. Una retorcida y tortuosa, pero era consciente de que si Casteel no hubiese ido nunca a buscarme, estaría en Masadonia, velada y sospechando, pero sin tener una idea real del horror que estaba teniendo lugar, del futuro que me aguardaba. Casteel no era una bendición disfrazada. No sabía lo que era, pero nada habría ido bien si él no hubiera entrado en mi vida.

Levanté la barbilla.

- —¿Y qué pasa si aun así digo que no?
- —No voy a obligarte a casarte conmigo, Poppy. Lo que ya de por sí tengo que obligarte a hacer es... bastante desagradable, dado todo lo que te habían quitado antes de que me conocieras siquiera. —Su pecho subió con una respiración profunda—. Si dices que no, no sé lo que haré. Tendré que encontrar otra manera de liberar a mi hermano y esconderte de algún modo para que nadie, incluida mi gente, pueda ponerte las manos encima.

Lo que dijo me sorprendió tanto que, sin pensarlo, estiré mis sentidos hacia él para leer sus emociones, en busca de algún indicio de maquinación o

truco. Cualquier cosa que indicara que no estaba siendo sincero. Lo que percibí fue tristeza, más pesada y más densa que antes, y saboreé algo ácido en la boca, algo que me dejó con sensación de querer arrancarme la piel.

Vergüenza.

Percibí vergüenza procedente de él, y no estaba enterrada hondo. Estaba ahí, justo debajo de la superficie.

- —No... no te gusta esto, ¿verdad? La situación en la que estoy, en la que estamos. —Un músculo se apretó en su mandíbula otra vez, pero no dijo nada —. Por eso no te limitas a llevarme a la capital ahora mismo y exiges el intercambio —dije—. Eso sería más rápido. Sería más fácil…
- —No habría *nada* fácil en entregarte a ellos. —Sus ojos centellearon de un intenso color ámbar antes de apartar la mirada—. Y deja de leer mis emociones. Es un poco grosero.

Arqueé las cejas.

- —¿Y que tú me obligaras a beber tu sangre no lo fue?
- —Te estaba salvando la vida —refunfuñó.
- —Tal vez yo esté salvando la tuya al leer tus emociones —repliqué, aunque retiré mis sentidos. Casteel me lanzó una mirada seca.
 - —Haz el favor de explicarme cómo has llegado a esa conclusión.
- —Porque es un alivio saber que no me obligarías a casarme. —Y era verdad que había aflojado algo de la tensión anudada en mi pecho—. No cambia las mentiras ni lo demás, pero al menos apacigua un poco mi rabia casi asesina. —Y la devastadora desilusión, aunque eso no se lo iba a decir—. Así que puede que no trate de cortarte la cabeza mientras duermes.

Sus labios hicieron ademán de sonreír.

—Pero ¿sin promesas?

No me digné dar una respuesta a eso.

—Entonces, le dirás a todo el mundo que nos vamos a casar y se supone que debo actuar como si ese fuese el caso siempre que estemos en público, ¿no? Y luego, una vez que estemos casados, ¿iremos a la capital?

Casteel levantó la cabeza, los ojos fijos en la pared enfrente de él.

—Sí, pero tendremos que ser convincentes. No es tan sencillo como decirle al mundo que vamos a casarnos. Debemos casarnos en cuanto entremos en Atlantia. Antes de que te lleve ante mis padres.

Se me hizo un agujero en el estómago.

—¿Crees que es sensato casarnos antes de decirles siquiera al rey y a la reina que estás prometido?

- —No demasiado. —Vi un destello de una sonrisa infantil, una que imaginé que utilizaba bastante a menudo cuando era más joven y estaba a punto de hacer algo que sabía que lo metería en un lío—. Mis padres se van a… disgustar.
- —¿A disgustar? —Me atraganté con una carcajada—. Me da la sensación de que habrá una emoción más fuerte.
- —Es muy posible. Pero mis padres tratarían de retrasar el matrimonio hasta estar seguros de que es verdadero. No puedo perder el tiempo que tardaría en obtener su permiso... un permiso que no necesito —añadió—. Como ya he dicho antes, mi gente quiere venganza. Si creen que esto es una treta para recuperar a un príncipe al que ya han llorado, y si valoran más la venganza que la vida, intentarán algo. Una vez que seas mi esposa, estarás protegida.
- —Tu gente parece... —Dejé la frase a medio terminar. Su gente parecía salvaje, aunque la mía no era mucho mejor; considerara o no a los Ascendidos como mi gente, me había criado con ellos. ¿Y no sería yo igual de violenta si viviera cada día con la certeza de que los Ascendidos podían llegar en cualquier momento para asesinar sin preguntas ni castigo? Estaría igual de furiosa.

Un escalofrío se abrió paso a través de mí mientras contemplaba su perfil, las líneas tensas de su rostro y las sombras debajo de sus ojos. Me di cuenta de que tal vez Casteel y yo no fuésemos tan diferentes.

—Lo comprendo.

Su mirada voló hacia mí, los ojos abiertos como platos.

- —¿Qué?
- —Comprendo por qué estás haciendo esto. Tienen a tu hermano, al que capturaron en el proceso de liberarte a ti —le dije, y mis pensamientos se deslizaron hacia Ian—. Comprendo que harías cosas extremas para recuperarlo.

Se volvió hacia mí.

- —¿En serio?
- —Yo haría lo mismo —dije, tras asentir—. Así que puedo comprenderlo y que aun así no me guste. Puedo odiar no ser más que un peón para ti y aun así comprender por qué lo soy.
 - —No eres solo un peón para mí, Poppy.
- —No mientas —lo regañé. Se me comprimió el corazón—. No nos hace a ninguno de los dos ningún favor. —Abrió la boca y luego la cerró, como si hubiese pensado mejor lo que había estado a punto de decir—. Existe una

razón para que lo comprenda —insistí—. Tú harías cualquier cosa para liberar a tu hermano, y yo haré cualquier cosa para recuperar al mío. Aceptaré hacer esto si tú prometes ayudarme a llegar hasta Ian.

- —Poppy...
- —Sé lo que es, y tú sabes que tengo que ver en qué se ha convertido.
- —¿Y qué pasa si se ha vuelto igual que los otros? —preguntó, girándose del todo hacia mí.
- —Solo porque sea un Ascendido no significa automáticamente que sea malo. —Levanté una mano cuando hizo ademán de hablar de nuevo—. No. Dijiste que pueden controlar su sed de sangre si quieren. Muchos de los Ascendidos son malvados, pero la misma cantidad de ellos eran buenas personas antes de sus Ascensiones, y no tenían ni idea de cuál era la verdad. Mi hermano... —Aspiré una bocanada de aire temblorosa, cuadré los hombros—. Tengo que ver con mis propios ojos en qué se ha convertido. Así que ese es el trato. Me casaré temporalmente contigo y ayudaré a liberar a tu hermano si tú me ayudas a liberar al mío.

Casteel ladeó la cabeza y me miró durante varios segundos. No tenía ni idea de lo que vio, pero al final asintió.

- —De acuerdo.
- —Vale —susurré.
- —¿No vas a enfrentarte a mí con respecto a esto?

Lo pensé un poco.

—No delante de los otros. ¿Por qué habría de hacerlo? Si el hecho de que crean que vamos a casarnos ayuda a mantenerme con vida, ¿por qué no habría de seguirte la corriente en esto? —razoné. Fruncí un poco el ceño. Jamás hubiese imaginado que el *whisky* tuviera una capacidad tan asombrosa para aclararle a uno las ideas—. No tengo ganas de morir. Tampoco deseo que me enjaulen y me utilicen como bolsa de sangre.

Casteel dio un respingo. Fue leve, pero lo vi.

- —Pero ¿en privado te enfrentarás a mí con uñas y dientes? —conjeturó.
- —Kieran sabe lo que tienes planeado, ¿verdad?

Casteel asintió. Lo miré a los ojos.

- —Entonces, delante de él y en privado, me enfrentaré a ti con uñas y dientes. Sin público, no fingiré ser la prometida dócil.
- —Es comprensible. —Arrastró el pulgar por su vaso—. Pero si quieres fingir ser justo eso en privado…
 - —No va a pasar.

Algo centelleó en sus ojos dorados.

—Creo que descubrirás que puedo ser imposiblemente encantador. —Lo fulminé con la mirada—. ¿Te acuerdas de lo que dijiste acerca de las imposibilidades?

Lo recordaba bien.

- —Pero esto es imposible de verdad.
- —Supongo que ya lo veremos.
- —Eso supongo —le dije, y me relajé. Este tipo de charla parecía normal. Al menos para nosotros. Casteel me miró.
- —Me da la sensación de que esto es un truco y estás a dos segundos de intentar clavarme ese cuchillo en el corazón otra vez.

Tosí una risa seca.

—¿De qué serviría eso? Solo te enfadarías, y el cuchillo no está tan afilado como para cortarte la cabeza o perforar ese cráneo tan duro.

Sonrió con suficiencia y apuró el *whisky* que le quedaba en el vaso antes de apartarse de la chimenea.

—Pero te daría una gran satisfacción.

Lo pensé.

Era verdad.

- —Lo sabía —murmuró. Dejó el vaso en la mesa y pasaron unos momentos en los que sentí los ojos de Casteel sobre mí.
- —¿Los atlantianos siguen la tradición de los anillos cuando se declaran? —pregunté. En Solis, los Ascendidos no lo hacían, pero muchos mortales sí. Se regalaba un anillo cuando una pareja se comprometía y luego se intercambiaban alianzas el día de la boda.
 - __Sí
- —Entonces, ¿cómo puede ser creíble que estemos prometidos si no tengo un anillo?
 - —Cierto —murmuró.
- —Quiero un anillo —anuncié—. Quiero uno de un tamaño obsceno, como el que he visto que tienen algunas de las mujeres de comerciantes adinerados. Sus diamantes son tan grandes que da la impresión de que no deberían poder mover las manos.

Casteel giró el cuerpo hacia mí.

- —Te encontraré un diamante tan grande que entrará en la habitación antes que tú.
- —Bien. —Tardé un momento en darme cuenta de que estaba sonriendo. Me pregunté si debería preocuparme por ello mientras lo repasaba todo en mi cabeza. Me sentía un poco más a gusto. Lo que le había dicho acerca de que

comprendía por qué estaba haciendo esto era verdad. Eso no significaba que tuviera que gustarme ni que la realidad no escociera y doliera a rabiar. Pero si algo me había enseñado Vikter, si algo había aprendido de la reina Ileana y de mi tiempo como la Doncella, tratando con el duque de Teerman y lord Mazeen, era que ser pragmática y racional era la única manera de ganar una batalla y sobrevivir a una guerra. Aceptaría este plan porque era el modo de seguir viva y llegar hasta Ian. Al igual que Casteel, estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por mi hermano. Y eso incluía ir del nido de una víbora al de otra.

Capítulo 11



Me iba a casar.

Ese fue mi último pensamiento antes de dormirme y el primero que tuve al despertar. Ambas cosas las había hecho sola.

Casteel se había marchado poco después de que yo aceptara su oferta, tras una llamada de Delano. Acabé quedándome dormida y la única razón por la que sabía que había vuelto en medio de la noche era porque me había despertado en algún momento con el calor de su cuerpo a apenas unos centímetros del mío. Me había quedado ahí tumbada durante demasiado rato, escuchando el sonido constante de su respiración y luchando contra el impulso de rodar hacia él para mirarlo. Cuando desperté, ya se había marchado y me sentí aliviada, esta vez por razones distintas a las de antes.

Tenía que asimilar todo lo que había aceptado hacer. Lo intenté delante del tocador de la sala de baño, envuelta en una iluminación tenue, mientras trataba de desenredar los nudos de mi pelo como si ellos tuvieran las respuestas a todas mis preguntas.

El matrimonio era real... pero al mismo tiempo no. Un acuerdo de negocios que nos proporcionaría a ambos lo que queríamos. Su hermano. Tierras. Mi hermano. Libertad. Y tal vez incluso un final para una guerra que ni siquiera había empezado todavía.

Bueno, con suerte, obtendríamos lo que deseábamos.

¿Cómo podría no aceptar? Si decía que no y Casteel me soltaba de verdad, tras esconderme donde nadie pudiera encontrarme (si es que eso era posible siquiera), todavía sentiría la necesidad de ver a Ian. De este modo, no lo haría sola. Puede que fuese la llave de Casteel hasta el rey y la reina, pero era lo

bastante lista y tenía el suficiente sentido común como para reconocer que también era el camino más seguro y más inteligente hasta mi hermano.

Aunque esa no era la única razón por la que había aceptado.

A pesar de las mentiras y traiciones de Casteel, sabía que no hubiera sido capaz de marcharme y dejarlo solo para salvar a su hermano, y es posible que también a su gente, de alguna otra manera. Aunque había disfrutado de pocas oportunidades de descubrir quién era yo como persona, sabía lo suficiente sobre mí misma para darme cuenta de que no habría encontrado ni un momento de paz en esa libertad, fuese cual fuese. No después de todo lo que sabía ahora, y no cuando podía hacer algo al respecto.

Pero ¿casarme?

Había pasado muchísimo tiempo desde que mis fantasías infantiles con bodas y la posibilidad de acabar casada con un Ascendido (algo que, en ese momento, no había sabido que no ocurriría nunca) me habían llenado de miedo y pánico.

Esta boda también me llenaba de pánico y miedo, pero por razones muy, muy diferentes. Tendríamos que comportarnos como si nos quisiéramos, de un modo que iba más allá de lo físico. Tendríamos que actuar como si estuviésemos enamorados. Y eso era peligroso. Incluso con mi falta de experiencia en todo, esto lo sabía. Lo que ya sentía por él a pesar de todo era como estar en una pendiente resbaladiza. Sería muy difícil fingir estar juntos para poder convencer a su gente de nuestra relación y no resultar afectados por ello. Tendría que haber límites. Líneas rojas. Seguía siendo un peón. Solo que ahora era un peón activo.

No podía olvidarlo.

No lo olvidaría.

Me invadió otra preocupación. ¿Cómo íbamos a convencer a nadie de que teníamos una relación amorosa cuando había rechazado en público su proposición de matrimonio y había insinuado, con bastante claridad, que creía que había perdido la cabeza?

¿Cómo se suponía que debía actuar? El único ejemplo que tenía eran mis padres y, por lo que podía recordar, todo lo relativo a su amor, las largas miradas y la forma en que se tocaban constantemente, había sido *natural*. Algo que no podía fingirse ni forzarse. Y el resto de las relaciones que había visto con regularidad eran las de los Ascendidos, y jamás había visto al duque y a la duquesa tocarse. Incluso Ian no hablaba jamás de su mujer en ninguna de las cartas que enviaba. Ni una sola vez después de anunciar su matrimonio; un evento al que no se me había permitido asistir. En aquel momento, la

negativa de la reina Ileana a permitirme hacer el viaje se había justificado como un problema de seguridad. Ahora, sin embargo, me preguntaba si no había habido otras razones.

Debí de cuestionar más la decisión entonces, pero me había vuelto complaciente en el control absoluto de los Ascendidos sobre mí. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo había llegado la gente de Solis al punto en el que muy pocos cuestionaban el hecho de tener que entregar a sus hijos? Algunos lo hacían contentos incluso, se sentían honrados. ¿Era miedo? ¿Desinformación? ¿Falta de acceso a educación y recursos? Había tantas razones posibles, e incluso más para aquellos que habían empezado a sospechar que las cosas no eran lo que parecían, pero aun así habían encontrado excusas.

Como había hecho yo.

Porque ver la verdad era aterrador.

¿Qué pasaría si el plan de Casteel funcionaba? Vería a Ian y... tendría que enfrentarme a las consecuencias. ¿Y luego qué? ¿Cambiarían de verdad los Ascendidos? ¿Estaría satisfecha la gente de Atlantia? ¿Y cómo sabríamos si los Ascendidos seguían las nuevas reglas y vivían una vida más restringida? Incluso si lo hacían, dudaba de que el abismo entre los que vivían en sitios como Radiant Row y los de los barrios bajos de al lado del Adarve se evaporara de repente. La rueda que los Ascendidos habían creado seguiría girando, ¿verdad? O quizás perder a su rey y su reina desperdigara al resto de los Ascendidos y los forzara a adoptar una nueva forma de vida.

No conocía las respuestas a nada de esto. Todo lo que sabía era que la gente de Solis tenía que dejar de ser una presa fácil. Y si podía ayudar a lograrlo, lo haría.

Ese era un propósito mucho más grande que el que había seguido como la Doncella. Era algo real. Cambiaría vidas. Me hacía sentir como que había sido elegida para algo que *importaba*.

Sin embargo, nada de ello me decía cómo se suponía que debía actuar en una relación *amorosa*. Los Ascendidos siempre daban la impresión de ser inmunes a las necesidades físicas, aunque yo sabía bien que ese no era siempre el caso. Claro que las perversiones del duque de Teerman y lord Mazeen tampoco eran los mejores ejemplos sobre cómo comportarse en una relación.

Mi corazón latía demasiado deprisa en mi pecho cuando alguien llamó a la puerta. Un momento después, la puerta se entreabrió y me llegó la voz de Kieran.

—¿Quieres desayunar?

- —Sí. —Dejé el cepillo en el tocador y salí a toda prisa de la sala de baño. Kieran sujetó la puerta abierta para mí.
 - —Vaya, alguien tiene mucha hambre.

Sin embargo, no estaba segura de poder ingerir ni un solo bocado de comida. Salí a la pasarela para descubrir que la nieve había dejado de caer, aunque el viento todavía silbaba entre los árboles y azotaba la nieve caída en remolinos por el patio.

- —¿Nos iremos pronto? —pregunté—. Como ha dejado de nevar...
- —Creo que Alastir y algunos de los otros partirán dentro de unas horas para comprobar el estado de las carreteras hacia el este y ver si son transitables. Eso espero, puesto que la tormenta no se extendió demasiado hacia el oeste.

Lo cual significaba que las carreteras desde Masadonia, o incluso desde la capital, no serían tan intransitables.

- —¿Crees que ya se han dado cuenta de que no hemos llegado a nuestro siguiente destino todavía?
 - —No lo creo. Tenemos tiempo. No mucho, pero algo —me tranquilizó.

Era raro sentir alivio, casi como si fuese una traición de algún tipo, aunque sabía que no lo era.

- —Penellaphe, por una vez, yo tengo una pregunta para ti —me dijo Kieran alargando las palabras cuando llegamos a la escalera. Lo miré de reojo.
 - —Dispara.
- —¿Cómo se siente uno cuando está a punto de convertirse en una princesa de verdad?
- —¿Ya te lo ha contado? —No sabía por qué me sorprendía. Lo más probable era que Casteel hubiese visto a Kieran la noche anterior.
- —Por supuesto. Seguramente yo sabía que sus planes habían cambiado antes que él.

Entorné los ojos.

—Estoy dispuesta a apostar que sus planes cambiaron cuando se dio cuenta de que era medio atlantiana.

Sonrió y su expresión estaba cargada de una miríada de misterios.

- —Sus planes cambiaron mucho antes de eso. Pero como ya he dicho, él no se había dado cuenta del todo.
 - —¿Y tú sí? ¿*Tan* bien lo conoces?
 - —Sí.
 - —Vaya, bien por ti —musité. Él se rio entre dientes.

—No puedo esperar a ver cómo hacéis funcionar esto.

Mi pulso corcoveó como un caballo salvaje.

—¿Qué significa eso?

Kieran me lanzó una mirada significativa mientras entrábamos en la ajetreada zona común.

- —No ha pasado ni un minuto desde que dejamos el Bosque de Sangre en el que no estés amenazando la vida de Casteel.
- —Eso es una exageración. Está claro que ha habido... Han pasado varios minutos. —Me encogí un poco, pero Kieran tenía cierta razón.
 - —Supongo que lo averiguaremos pronto.

Estaba demasiado nerviosa para preguntarme si alguien me lanzaba miradas de odio cuando entramos en el comedor, por lo demás, desierto y tomamos asiento a la mesa. Unas sillas habían sustituido ahora a los bancos.

Nos trajeron comida: salchichas y huevos, junto con esos panecillos maravillosos. De algún modo, superé los retortijones de mi estómago para agarrar uno. Esa mañana estuve mucho más callada mientras comía. El motivo de mi silencio apareció justo cuando terminaba de comer lo poco que me cabía. Kieran miró hacia atrás y supe de inmediato quién había llegado.

Despacio, eché una miradita detrás de mí. Casteel entró en la sala con Alastir y varios hombres más. Alastir le habló mientras Casteel miraba directo hacia donde estábamos sentados Kieran y yo. Nuestras miradas parecieron cruzarse un momento, pero yo me apresuré a bajar la vista, el corazón tronando otra vez en mi pecho.

—Casteel va a anunciar que eres su prometida. —Kieran bajó su taza—. Sería aconsejable que te comportaras de manera apropiada.

Entorné los ojos sobre el perfil de Kieran.

- —¿Crees que le voy a gritar a la cara y luego voy a echar a correr?
- —No me sorprendería —comentó, con un asomo de sonrisa. Puse los ojos en blanco y eché otro rápido vistazo hacia las puertas. El grupo se había parado justo a la entrada de la sala y hablaba con Naill que, como el resto de ellos, parecía tener la costumbre de aparecer de la nada.
 - —¿Crees que nos creerá?
- —¿Otra pregunta más? —Kieran se echó hacia atrás, cruzó los brazos—. ¿En serio? ¿No te cansas nunca de hacer tantas?
 - —Parece que tú no, puesto que acabas de hacer tres.

Se rio.

- —Creo que va a costar convencer a Alastir.
- —Eso es muy motivador. —Lo miré indignada—. Gracias.

—De nada.

Una rápida mirada y vi que seguían al lado de las puertas.

- —¿Cómo sabes que va a anunciar que acepté su proposición de matrimonio? ¿Te lo ha contado él?
 - -No.
 - —Entonces, ¿cómo lo sabes?
 - —Simplemente sé cosas.

Le lancé una mirada de hastío.

- —Sé que tenéis buena relación, pero... —Entonces se me ocurrió algo. El vínculo—. Una vez leí que los atlantianos de determinada clase y los *wolven* tienen vínculos especiales.
 - —¿Ah, sí? —murmuró.
- —Sí. Se cree que los *wolven* están obligados a proteger al atlantiano con el que están vinculados.
- —¿Te vas a comer ese panecillo? —preguntó. Fruncí el ceño y negué con la cabeza.
 - —Quédatelo.

Kieran se llevó el bollo y empezó a romperlo de inmediato en pedacitos; me recordó a la manera en que los pequeños roedores que los curanderos tenían en jaulas desgarraban sus camas de papel. Me quité la imagen de la cabeza.

- —Estoy pensando que los textos de historia están equivocados en lo de que el vínculo era con una determinada clase de atlantianos. Es con un determinado linaje. El Elemental.
- —Estás en lo cierto. —Se metió un trozo de pan en la boca—. Podría vivir de este pan.
- —El pan es... sabroso. —Casi deseé no haberlo dejado llevárselo—. El vínculo entre vosotros dos va más allá de la simple protección, ¿verdad?
- —Quedamos vinculados al nacer y la conexión es muchas cosas, Penellaphe.

Estaba a punto de pedirle detalles, si de algún modo podía percibir lo que Casteel estaba a punto de hacer o no, por ejemplo, pero el sonido de unos pasos que se aproximaban sofocó ese deseo. Mi corazón, que solo se había apaciguado un pelín, retomó su carrera alocada. Casteel y los hombres se acercaban y no tenía ni idea de lo que se suponía que debía hacer. ¿Sonreír con dulzura y actuar como si Casteel colgara la mismísima luna y las estrellas del cielo cada noche? Mis hombros se tensaron mientras intentaba

imaginarme haciendo eso. Y, por alguna razón, las cicatrices de mi cara crecieron y se volvieron más visibles en mi cabeza.

- —¿Estás hiperventilando? —preguntó Kieran.
- —¿Qué? —Miré mi plato—. No.
- —Estás respirando muy deprisa. —¿Estaba? Oh, Dios, lo estaba. ¿Por qué me estaba portando como...?—. Deberías calmarte —me aconsejó—. Como ya te he dicho, es muy improbable que Alastir le crea a Casteel. Los otros harán lo que haga él.
 - —Una vez más —musité—, no ayudas.

No tuve la oportunidad de preguntar por qué Alastir tendría ese tipo de influencia. Antes de que Kieran pudiera responder, oí a Alastir decirle algo y, de verdad, sonó como un idioma diferente. Mis oídos solo empezaron a procesar los sonidos cuando oí a Casteel decir mi nombre.

La sangre fluyó al ritmo de un tambor cuando años de educación y comportamiento domesticado se apoderaron de mí a un nivel inconsciente. Noté que me levantaba.

Casteel me tocó en la parte baja de la espalda, el contacto suave pero aun así sentido en casi todos los rincones de mi cuerpo. Mis ojos subieron despacio hacia los suyos y la intensidad de esas profundidades ambarinas me cautivó. Me dio la impresión de ver algo parecido a la preocupación extenderse por su rostro. ¿Seguía respirando demasiado deprisa?

- —¿Penellaphe? —repitió.
- —Lo siento. —Parpadeé, un poco mareada—. ¿Has dicho algo?
- —Te he preguntado si has terminado de desayunar. —Casteel me observó con atención.
 - —Sí. —Asentí para darle más énfasis.
- —Bien. —Tomó mi mano y retiró el pelo de mi cara, echando la abundante melena por encima de mi hombro. El movimiento fue un gesto íntimo al que no estaba acostumbrada y la expresión que cruzó su cara me indicó que empezaba a preocuparse *de verdad*.

Tenía que recuperar la compostura.

Si era capaz de quedarme de pie y en silencio durante las lecciones del duque de Teerman, podía actuar como si no estuviese a punto de caerme al suelo ahora.

Me planté una sonrisa en la cara y me giré hacia Alastir mientras echaba mano de unos modales adquiridos hacía mucho tiempo.

—Hola, Alastir. ¿Has pasado buena noche?

Se formó una leve curva en sus labios mientras inclinaba la cabeza.

—Sí, muy buena. Gracias por preguntar. —Se fijó en que Casteel sujetaba mi mano y luego arqueó una ceja en dirección a Kieran—. Es muy educado por su parte preguntar, a diferencia de vosotros dos.

Kieran sonó como si se hubiese atragantado con el aire y, a mi otro lado, creí oír un resoplido disimulado. Apreté la mano de Casteel con fuerza.

—Me estoy dando cuenta de que estos dos no tienen muy buenos modales—dije—. Me disculpo por su falta de consideración.

Los ojos de Alastir volaron de vuelta a mí, mientras Emil sonreía de oreja a oreja donde esperaba hablando con Naill. Una carcajada grave escapó por la boca de Alastir y la piel de alrededor de sus ojos se arrugó. Entreabrí los labios al ahogar una leve exclamación. Esa risa. Todo lo que podía pensar era en Vikter y sentí una dolorosa punzada en el corazón.

—A estos dos desde luego que no los consideraría bien educados en ninguna circunstancia —repuso Alastir.

Casteel bajó la vista hacia mí y creí ver una disculpa en sus ojos, como si no estuviese muy emocionado por cómo podía salir esto. No dijo nada, a pesar de que Alastir esperara y los otros observaran. Me devolvió el apretón, aunque ni de lejos tan fuerte como el mío. ¿Quería que... leyera sus sentimientos? Abrí mis sentidos y lo que noté de repente fue un sabor que mezclaba algo ácido con vainilla. Vergüenza y sinceridad. No estaba orgulloso de esto. Eso, o estaba descifrando mal sus emociones. Era posible, pero no lo creía. Asentí y sus pestañas se entrecerraron, ocultando sus ojos por el más breve de los momentos.

Y entonces la vi.

La máscara que acababa de colocarse en su sitio y curvó la comisura de sus labios en un amago de sonrisa de suficiencia. Sus facciones se afilaron y, cuando abrió los ojos de nuevo, me recordaron a esquirlas de ámbar.

- —Parece ser que debo daros la enhorabuena —comentó Alastir, llamando mi atención hacia él. Su risa hacía rato que se había esfumado—. El príncipe me contó esta mañana que has aceptado su proposición.
 - —Así es.
- —Debo ser sincero. Cuando me lo dijo, pensé que tal vez había bebido demasiado ayer por la noche. No lo creí cuando dijo que se iba a casar, sobre todo con la Doncella.
- —No es la Doncella —intervino Casteel a toda velocidad—. Ya no. Soltó mi mano y deslizó la suya a mi espalda otra vez.

Sentí una calidez inexplicable en el pecho, una que me dejó muy descolocada. Alastir arqueó una ceja.

- —Suponía que ya no lo era —comentó, y mis ojos se abrieron un poco más—. Pero sí *era* la Doncella. —Miró a Casteel—. Quién fue puede que ya sea pasado, pero eso no cambia ese pasado.
- —El pasado es irrelevante —respondió Casteel. Aplanó la mano sobre mi espalda.
 - —¿De verdad crees eso? —caviló Alastir.
- —Lo que yo crea no importa. —La palma de la mano de Casteel se retiró de mi espalda y dejó un escalofrío tras de sí. Tomó mi mano otra vez—. Lo que importa es que todos los demás lo creen.
- —Has hablado como un verdadero príncipe. Tu madre y tu padre estarían orgullosos. —Alastir gruñó una risa corta y seca mientras deslizaba los ojos sobre mí de nuevo. Se demoró en el lateral de mi cuello, donde mi pelo había caído por encima de mi hombro. No cabía duda de que había visto las tenues marcas. La línea de su boca se tensó—. Me alegro de que estés aquí, Penellaphe, pues solo habíamos tenido unos minutos para hablar y tengo muchas preguntas.
 - —Me lo imagino —murmuré.

Casteel tiró con suavidad de mi mano.

—¿Te sientas conmigo?

Asentí e hice ademán de sentarme en la silla de la que me acababa de levantar, pero Casteel fue hacia la silla de la cabecera de la mesa. Se sentó y solo entonces me di cuenta de dónde pretendía que me sentara yo. No en una silla, sino en su regazo. Vacilé un instante. No pensaba sentarme en su regazo, ni de casualidad. Detrás de mí, vi a los otros tomar asiento mientras Kieran iba a colocarse de pie a la izquierda de Casteel y Alastir ocupaba la silla de su derecha, donde yo había estado sentada antes.

Casteel levantó la vista hacia mí, la curva de sus labios se suavizó. Lo que llenaba ahora sus ojos era un desafío. Entorné los ojos y él arqueó una ceja. No había ningún sitio más en el que sentarse. La única otra opción sería quedarme de pie detrás de él como una sirvienta, y eso sí que me negaba a hacerlo. Había un sitio al final de...

—¿Quieres sentarte aquí, Penellaphe? —me ofreció Alastir.

Consciente de que los puestos en las mesas eran a menudo una demostración de la posición de cada uno, sabía que no debería aceptar la oferta.

—Mi prometida está disgustada conmigo —anunció Casteel. Me sorprendió lo suficiente como para volverme hacia él.

- —No puedo imaginar a Penellaphe disgustada contigo nunca —comentó Kieran, y sentí unas ganas inmensas de inclinarme hacia delante y darle un puñetazo.
- —Ya lo sé. —La sonrisa de Casteel era más amplia ahora, más real. El hoyuelo de su mejilla izquierda empezaba a hacer acto de presencia y un destello de colmillos hizo que me diera un retortijón en el estómago al mismo tiempo que mi ira se disparaba—. Pero reconozco que me lo merezco.

Me quedé quieta como una estatua, sin saber qué pretendía.

- —Ni siquiera te has casado todavía y ¿ya la estás disgustando? —Se rio Emil—. No es un buen comienzo.
- —No, no lo es, razón por la cual debo rectificar esto de inmediato. Lo siento —dijo. La sonrisa se diluyó mientras sus ojos se encontraban con los míos—. De verdad. No estaba planeado.

Se me puso la carne de gallina. ¿De verdad se estaba disculpando por no haberme prevenido de esto, delante de otras personas?

Casteel se movió un poco y pasó un brazo alrededor de mi cintura. Sus palabras me pillaron tan por sorpresa que acabé sentada de lado en su regazo. Bajó la barbilla y sus labios rozaron la curva de mi oreja.

- —Creí que tendría tiempo para hablar contigo antes —susurró. Hice un leve gesto afirmativo. Sus labios fueron una caricia ligera como una pluma sobre mi mejilla. Luego habló en voz más alta—. No planeé la proposición y, para ser sincero, no fue la mejor del mundo. Como vieron muchas personas de la Fortaleza de Haven, incluidos varios de los sentados a esta mesa, al principio me dijo que no.
- —Eso no fue lo único que dijo —comentó Naill con una risita—. Le dijo que había perdido la cabeza. Le dijo muchas cosas.

¿Tenía el atlantiano ganas de morir?

—Es verdad —admitió Casteel con una carcajada—, pero al final la convencí, ¿no es así?

La respuesta en forma de risas masculinas hizo que se me pusieran los pelos de punta de la irritación. Mi lengua se movió antes de poder evitarlo.

—Eso fue después de que te lanzara un cuchillo a la cara.

Alastir pareció atragantarse mientras retiraban mi plato y el de Kieran, y los sustituían por comida.

- —¿Perdona?
- —Sí. —Los ojos de Casteel eran como cálidos charcos de oro—. Eso fue después de que me lanzaras ese cuchillo. No he sido el mejor de los

pretendientes —continuó. Levantó mi mano izquierda—. Le he prometido el diamante más grande que pueda encontrar en cuanto lleguemos a casa.

—Bueno. —Alastir alargó la palabra mientras agarraba un tenedor—. Eso es algo que tiene fácil arreglo. Nuestra reina tiene justo lo que necesitas en custodia.

¿Su madre tenía un anillo de diamantes? ¿Para Casteel? ¿Para cuando se casara? No podía tener la espalda más rígida. ¿Por qué había sacado el tema de las estúpidas joyas? Ni siquiera me importaban puesto que... bueno, jamás me habían permitido llevar nada excepto las cadenitas doradas del velo.

—Casteel no ha sido exactamente generoso en cuanto a información acerca de cómo os conocisteis. —Alastir le dio un bocado a su salchicha, sin tomarse el tiempo de cortarla en cuadraditos como había hecho Kieran—. Quería habértelo preguntado la última vez que hablamos. ¿Cómo acabaste en las incorregibles manos de nuestro príncipe, Penellaphe? Hubiese imaginado que alguien de tu… estatus hubiese sido más difícil de abordar, sobre todo para alguien como él.

Casteel soltó una risita entre dientes.

—Deberías tener más fe en mis habilidades para lograr lo que quiero.

Me puse tensa, con la sensación de que esas palabras iban dirigidas más a mí que a Alastir.

—Sea como sea —insistió Alastir con una sonrisa irónica—, ¿cómo encontró la forma de acercarse a ti?

Tras preguntarme cuán honesta esperaba que fuera y exactamente qué tipo de rumores había oído, decidí ser lo más veraz posible. A lo largo de los años, había aprendido que la mayoría de las mentiras tenían éxito cuando la poca información aportada era verídica.

- —Se convirtió en mi guardia personal.
- —Bueno, así no es como nos conocimos la primera vez. —La mano que Casteel tenía apoyada sobre la curva de mi cadera se movió e hizo que casi me saliera del pellejo del susto—. En realidad, fue en un burdel.

Alguien en la mesa sonó como si se estuviese ahogando con su comida. Hubiera apostado a que era Emil. Una ceja rubia se alzó mientras Alastir continuó masticando despacio.

- —Vaya, eso es... inesperado.
- —La Perla Roja no es solo un burdel —lo corregí. Fulminé a Casteel con los ojos entornados. Él sonrió.
 - —; Ah, no?
 - —También se juega a las cartas.

—Ese no era el único juego que se jugaba ahí, princesa. —Su pulgar se movió por la cara interna de mi cadera y mi estómago se encogió—. Penellaphe tenía la costumbre de escaparse de noche y explorar la ciudad.

Me mordisqueé el labio por dentro mientras apartaba la vista de Casteel. ¿Sabía lo a menudo que lo había hecho? Era verdad que había dicho que llevaba más tiempo observándome del que yo creía.

—Lo que sé de la Doncella... —empezó Alastir— y, sí, Casteel, sé que ya no es la Doncella, pero es lo que era —añadió antes de que Casteel pudiera corregirlo—, es que las Ascensiones de los demás estaban condicionadas por la tuya, ¿no es así? Y una vez más, siento que crecieras envuelta en semejante red de mentiras tejidas por los Ascendidos.

Varios de los presentes maldijeron al oír mencionar a los Ascendidos.

- —Gracias. Y sí, tienes razón. —Fruncí un poco el ceño—. O lo estaban. No sé si sus Ascensiones tendrán lugar ya.
 - —Con suerte, no —señaló Delano.
 - —Estoy de acuerdo —dije en voz baja, pensando en Ian.
 - —¿Lo estás? —preguntó Alastir—. ¿De verdad?
- —Sí —admití—. No sabía quiénes ni qué eran los Ascendidos en realidad. Yo, como la mayoría de la gente de Solis, solo sabía lo que me enseñaban.
- —Entonces, supongo que muchos están ciegos ante lo que tienen justo delante de las narices —comentó alguien, un hombre joven de pelo castaño sentado hacia el final de la mesa.
- —Muchos viven con miedo de ser desmembrados por los Demonios o de disgustar a los Ascendidos y enfadar a los dioses —repuse. El brazo de Casteel se tensó en torno a mi cintura, su mano apretó mi cadera con suavidad. ¿Era eso algún tipo de mensaje? No tenía ni idea y tampoco me importaba. La gente de Solis era igual de víctima que los atlantianos—. Además, muchos están más preocupados por proveer alimento a sus familias y mantenerlas a salvo que por cuestionar lo que los Ascendidos les dicen.
- —¿Están tan distraídos por sus esfuerzos diarios que no cuestionan el hecho de tener que entregar a sus hijos a la Corte o a unos dioses que no han visto nunca? —preguntó Alastir—. ¿O es solo que son así de sumisos?
- —Yo no confundiría la sumisión con la distracción, y tampoco tomaría la obediencia por estupidez cuando está claro que sabes muy poco de la gente de Solis —declaré con frialdad. Los ojos de Alastir volaron hacia los míos—. Lo que les han dicho sobre los atlantianos, sobre los dioses y sobre los Demonios, es todo lo que saben. Generación tras generación, les enseñan a

creer en el Rito y en el gran honor que es para sus terceros hijos e hijas servir a los dioses. Los educan para creer que solo los Ascendidos y los dioses se interponen entre ellos y los Demonios. A mí me educaron del mismo modo. —Me incliné hacia delante, un poco sorprendida por ver que Casteel no me lo impedía—. Los dioses pertenecen a la gente de Atlantia, ¿no es así? ¿Cree vuestra gente en ellos aunque no los hayan visto nunca?

Se hizo el silencio alrededor de la mesa. Al final, fue Kieran el que contestó.

—Los dioses llevan varios cientos de años dormidos y solo los más viejos de los atlantianos recuerdan haberlos visto. Pero creemos en ellos de todos modos.

Esbocé una sonrisa tensa.

- —Igual que cree en ellos la gente de Solis.
- —Pero no todo el mundo en Solis sigue al rey Jalara y a la reina Ileana apuntó Alastir—. Hay muchos que han visto la verdad y apoyan a Atlantia.
- —Tienes razón. Los Descendentes. —Solté el aire despacio—. Yo misma he tenido mis sospechas durante toda mi vida. Estoy segura de que muchos otros también las tienen, pero por la razón que sea, no han abierto los ojos del todo. Supongo que mucho de ello tiene que ver con la estabilidad de lo que uno sabe, aunque no sea cómoda. Y supongo que mucho tiene que ver con el miedo a reconocer lo que de verdad nos rodea, lo que significa para nosotros y para la gente que nos importa.

Alastir se echó hacia atrás. Me miró con atención.

- —Es admirable.
- —¿El qué?
- —Tu completa falta de miedo cuando hablas conmigo, cuando hablas con cualquiera de nosotros, cuando sabes lo que somos —dijo—. De lo que somos capaces.

Le sostuve la mirada.

—No soy tan tonta como para no tener miedo cuando sé que cualquiera de vosotros podría matarme antes de que tuviera la oportunidad de respirar mi último aliento siquiera. Pero tener miedo de lo que sois capaces de hacer no significa que os tenga miedo a vosotros.

Casteel se inclinó hacia mí, su voz en mi oreja.

- —Aun así, tan increíblemente valiente —murmuró, y esa inexplicable calidez volvió a mi pecho.
- —Me gusta —le dijo Alastir a Casteel después de unos instantes, y pensé que quizás incluso lo dijese en serio.

Entonces hice lo que me había sugerido Kieran: usé mis habilidades una vez más. Estiré mis sentidos para conectar con Alastir. No percibí ira en él, pero había la acidez que a menudo asociaba con la tristeza. No estaba segura de qué podía haber evocado esa respuesta, pero me dio la sensación de que estaba siendo sincero.

—Pero volvamos a cómo os conocisteis el príncipe y tú en este... establecimiento singular. ¿Cómo fue posible? —Los dedos de Alastir tamborileaban despreocupados sobre la mesa, y hubiese jurado oír un suspiro de alivio colectivo por que hubiésemos cambiado de tema—. Puesto que las Ascensiones dependían de ti, tenía la impresión de que estarías muy bien vigilada y... —Dejó la frase en el aire mientras buscaba la palabra más adecuada.

—¿Encerrada bajo llave? —sugerí—. ¿Enjaulada? Lo estaba. La mayor parte del tiempo —añadí—, no se me permitía moverme con libertad. Solo podía abandonar mi habitación con uno de mis guardias o mi acompañante, y eso era solo para asistir a las clases con las sacerdotisas o para pasear por el castillo a ciertas horas.

Emil se quedó inmóvil, su taza a medio camino de su boca, el ceño fruncido. Sus ojos eran de un dorado vibrante.

—¿Y el resto del tiempo se suponía que debías permanecer en tu habitación? ¿Incluso a la hora de comer?

Asentí.

El atlantiano parecía alucinado y alguien murmuró en voz baja.

—Pero encontraste una manera de salir a escondidas. Supongo que es un comportamiento muy arriesgado. Alguien podría haberte secuestrado en cualquier momento durante tus exploraciones —comentó Alastir.

Lo que sentí en él fue... más recelo que hace unos momentos, pero seguía sin percibir el ardor ácido de la ira o el odio. Si acaso, lo noté más reservado que la última vez que hablamos, igual que lo estaba yo.

- —Al final, alguien la secuestró, como es obvio —aportó Casteel entonces. Deslizaba ahora el pulgar en un círculo lento y distraído.
- —Ah, sí, es verdad que tú te la llevaste. —Alastir inclinó la barbilla—. Pero ¿de verdad pretendes quedártela?

Capítulo 12



—No me casaría con ella si no tuviese intención de quedármela.

Mis oídos debían de estar jugándome una mala pasada. ¿Quedarse conmigo? ¿Como si fuese una especie de mascota? Puse la mano encima de la suya, me planté una sonrisa en la cara, y le clavé la uña en la carne.

El pulgar de Casteel ni siquiera titubeó en sus caricias sobre mi cadera.

—No puedo evitarlo. —Sus labios rozaron mi mejilla y me costó un esfuerzo supremo no darle un codazo en el cuello—. Penellaphe me intrigó desde el primer momento en que hablé con ella.

Intrigó. Esa palabra otra vez.

- —Entiendo por qué. —Alastir ladeó la cabeza—. Es absolutamente única y, desde luego, no lo que uno esperaría de la Doncella.
- —Es única y valiente, inteligente y preciosa —declaró Casteel, que al parecer ya no se contentaba con volverme loca solo con el pulgar. Ahora también participaban sus otros dedos, que se abrían desde la palma de su mano y luego se deslizaban de vuelta a ella—. Y completamente inesperada. Pero no es la Doncella, Alastir. —Su barbilla rozó mi hombro cuando giró la cabeza hacia el *wolven*—. Y si vuelves a referirte a ella como la Doncella una sola vez más, vamos a tener un problema. ¿Entendido?

Esta vez, cuando mis músculos se pusieron tensos, fue en respuesta a sus palabras.

- —Entendido —murmuró Alastir.
- —Bien. —La barbilla de Casteel acarició la curva de mi mandíbula cuando se echó hacia atrás. Alastir se quedó callado un momento, luego se dirigió a los hombres.

—Aseguraos de que los caballos están preparados para ir a comprobar las carreteras.

Todos los que estaban sentados a la mesa se levantaron. Todos menos Delano y Naill. Ellos dos se quedaron incluso después de que Alastir lanzara una mirada significativa en su dirección.

—Si llamara a esos hombres de vuelta, obedecerían mi orden —empezó Casteel, que aún deslizaba el dedo por mi cintura y mi cadera—. Y los que se han quedado solo abandonarán esta mesa cuando yo se lo indique.

Alastir se volvió hacia Casteel.

- —Ya lo sé.
- —Me alegro de oírlo, porque por un momento, pensé que quizás hubieses olvidado quién manda sobre quién aquí.

Un escalofrío bajó de puntillas por mi columna, un recordatorio de a quién le pertenecía el regazo en el que estaba sentada. Este no era Hawke. Era el príncipe de un reino y no toleraría que se le desobedeciera.

- —No lo he olvidado, Casteel. Me conoces mejor que eso, y es la razón de que deba hablar con franqueza.
- —Entonces habla —repuso Casteel en voz baja, e imágenes de él estampando la mano a través del pecho de Landell danzaron delante de mí.
- —¿Quieres que lo haga ahora mismo? —Los ojos de Alastir saltaron un momento hacia mí—. ¿Aunque lo que tenga que decir pueda ser algo que no quieres que se comente en este momento?

Me invadió una sensación cosquillosa cuando los dedos de Casteel cesaron sus caricias sobre mi cadera. Por un instante, creí que me pediría que me marchara.

—Te sorprendería saber todo lo que Penellaphe ya sabe.

Alastir arqueó las cejas.

- —Planeaba entregarme como pago a cambio de su hermano —anuncié, tras decidir que sonaba un poco mejor viniendo de mí. Alastir abrió un poco más los ojos—. No es ningún secreto. Todos los presentes en esta mesa lo saben.
- —¿Y eso ha cambiado? —inquirió Alastir con voz queda, aunque ni Casteel ni yo tuvimos oportunidad de contestar antes de que continuara—. Te he visto crecer desde que eras un niño pequeño sentado al lado de tu madre hasta el hombre que eres hoy; igual que vi a Malik. Y cada maldito día desearía haber tenido la ocasión de verlo convertirse en el rey que estaba destinado a ser. Los dos haríais cualquier cosa el uno por el otro, sacrificaríais cualquier cosa. —El *sacrificaríais a cualquiera* no lo dijo, pero aun así flotó

en el aire—. Y comprendo el sentido de obligación que llevas en tu interior. Lo comprendo más que la mayoría, como estoy seguro de que recuerdas.

La tensión se extendió por el cuerpo de Casteel y supe que Alastir había tocado una fibra sensible.

- —Sé que no es propio de ti haber renunciado de pronto a tu hermano, sin importar lo intrigado que puedas estar. —Alastir se inclinó hacia nosotros, bajó la voz—. Ni tu madre ni tu padre querían que te marcharas cuando lo hiciste. Entienden por qué sentías que tenías que hacerlo, pero también sabes su opinión al respecto.
- —Conozco su opinión —afirmó Casteel, y el instinto me dijo que Alastir se estaba refiriendo al príncipe Malik—. ¿Cuál es *tu* opinión?
- —La misma que he tenido siempre. Estoy con el reino de Atlantia contestó Alastir—. Pero al mismo tiempo, jamás esperaría que renunciaras a Malik. Yo no sería capaz de hacerlo si fuese tú, así que tengo que preguntártelo: ¿es este... compromiso otra estratagema para lograr la libertad de tu hermano?

El hecho de que Alastir hubiese intuido justo lo que Casteel planeaba hacer me indicó que era verdad que lo conocía tan bien como decía.

Me di cuenta entonces que no sería yo la que tuviera que convencer a Alastir de la autenticidad de nuestro compromiso. Tendría que ser Casteel. ¿Y si no podía hacerlo? ¿Entonces qué?

- —¿Cómo puede la boda con Penellaphe tener nada que ver con mi hermano? —La voz de Casteel sonó serena.
- —Buena pregunta. —Alastir se echó hacia atrás—. Quizás creas que tomar lo que desea el rey de Solis y ponerla en línea para ser la eventual reina de Atlantia te va a dar mayor poder de negociación.

El hecho de que Alastir hubiese atinado una vez más justo con lo que Casteel planeaba hacer debía de haberme impactado. Pero no fue así. Lo que me pilló por sorpresa fue lo de la eventual *reina de Atlantia*.

Tal vez me hubiese caído de la silla de no ser por el brazo de Casteel a mi alrededor. Me di cuenta entonces de que Casteel había obviado un detalle muy importante cuando hablamos de nuestro compromiso.

Iba a ser rey.

Oh, teníamos tanto de lo que hablar que ni siquiera era gracioso.

—A lo mejor esto nos pondría a todos en una posición de mayor poder de negociación —destacó Casteel. Me mordí el labio por dentro—. Sin embargo, durante el tiempo pasado en la capital y en Masadonia, he llegado a aceptar que mi hermano está más allá de mi alcance.

Mentira. Menuda mentira más gorda. Pero no dije nada porque incluso yo tenía el suficiente sentido común para guardar silencio.

Alastir se quedó callado durante un rato. Luego soltó un gran suspiro.

—Por mucho que odie decir esto, porque os quiero a Malik y a ti como si fueseis mis propios hijos, espero que sea verdad. Aunque solo sea por tu bien y por el bien del reino. Ya es hora de pasar página.

Volví a estirar mis sentidos, esta vez sin vacilar. Percibí sinceridad resonar a través del cordón invisible. Sabía a vainilla caliente.

—Lo es —convino Casteel, y mi don se estiró hacia él. El estallido de agonía fue amargo y empapó mis entrañas.

Bajé la mano hacia la suya por instinto y solo me detuve en el último momento. Casteel sabría lo que había hecho. Alejé la mano con disimulo y las crucé en mi regazo.

—¿Y qué pasa con tus obligaciones? —Alastir miró a los ojos de Casteel sin inmutarse—. Lo que se esperaba de ti antes de marcharte todavía aguarda tu regreso.

Los dedos de Casteel empezaron a moverse de nuevo a lo largo de la curva de mi cadera.

- —Las cosas cambian todo el rato.
- ¿Qué se esperaba de Casteel a su regreso? Las preguntas burbujeaban en la punta de mi lengua, pero las reprimí, pensando que en el mismo momento que empezara a hacerlas, ellos dejarían de hablar. Ahora mismo, era como si hubiesen olvidado que estaba sentada entre ambos.
- —Y las cosas han cambiado desde que te marchaste, Casteel. Hace dos años que te fuiste —le recordó Alastir. Levantó su taza—. Hay agitación entre nuestra gente, sobre todo entre los *wolven*.
- —Lo sé —contestó Casteel mientras yo miraba a Kieran. Estaba de pie, con una mano sobre la empuñadura de su espada, pero aparte de eso, me pregunté si era posible que alguien estuviera dormido de pie y con los ojos abiertos. Así de aburrido parecía—. Y haré todo lo posible por reducir esa agitación.
- —¿Casándote con alguien que es solo medio atlantiana? ¿Una extranjera? —Alastir se volvió hacia mí—. Sin ánimo de ofender, Penellaphe. De verdad.
- —No te preocupes —lo tranquilicé. Alastir tenía razón. Sería una extranjera para la gente de Casteel.
- —Puede que sea solo medio atlantiana y criada en Solis, pero mi gente la aceptará porque yo la acepto. —Casteel lo dijo como si no hubiese ninguna otra opción—. ¿Sabes?, tenías razón en parte cuando dijiste que casarme con

ella nos da poder de negociación. Es verdad. Con ella a mi lado tenemos mejores opciones de recuperar nuestra tierra.

Alastir se echó atrás en su silla.

- —¿Para evitar la guerra?
- —Sí. ¿No es eso lo que quieres? ¿No es mejor que enviar a nuestra gente a morir a puñados? —exigió saber Casteel—. ¿Quieres ver morir a más wolven?
- —Por supuesto que no. —Alastir negó con la cabeza—. Quiero evitar la guerra. Ya he perdido demasiado por culpa de los Ascendidos, como bien sabes.

Sentí una tensión momentánea en el cuerpo de Casteel.

—Sí. Por todos los dioses, claro que lo sé. —Soltó el aire despacio y se relajó un poco, pero sentí que había más, cosas que no estaban diciendo—. La parte en la que te equivocas es al dar por sentado que mi única razón para casarme con Penellaphe es ganar poder de negociación, ya sea para mi hermano o para el reino. Si no sintiese lo que siento por ella, podría haberme limitado a utilizarla como había planeado al principio.

La verdad escocía, pero las mentiras arañaron mi piel como cuchillos al rojo vivo. Mantuve una expresión neutra, sin mostrar reacción alguna.

- —Eso es verdad. —Alastir succionó su labio de abajo entre sus dientes—. Solo puedo desear que la agitación sea manejable. Lo he estado intentando, pero los más jóvenes... tienen ciertas opiniones acerca de cómo deberían hacerse las cosas. Y tu padre está cada vez más de acuerdo con ellos. Alastir clavó los ojos en la taza que sujetaba—. Él esperaba que tu tiempo en Solis resultara provechoso, y sabe que lo ha sido. Sin embargo, ahora tiene planes, Casteel. Y él sigue siendo el rey.
- —¿Esos planes me incluyen a mí? —Seguía convencida de que debería permanecer en silencio, pero aun así, no pude reprimirme. Durante demasiados años, había permanecido en silencio mientras otras personas a mi alrededor hablaban de mí, de mi vida y de mi futuro.

Eso se acabó.

La expresión sorprendida que centelleó en el rostro de Alastir dio paso a una leve sonrisa.

- —Tengo la sensación de que ahora muchas cosas te incluyen a ti. —Se puso más serio al mirar al príncipe—. Me gustaría hablar con Penellaphe.
 - —¿Sobre? —preguntó Casteel.
 - —Sobre todo esto. Quiero hablar con ella a solas —pidió.

Casteel se inclinó hacia delante, pegando su pecho a mi espalda.

- —¿Por qué quieres hacer eso?
- —¿De verdad tienes que preguntarlo? —replicó Alastir, sus mejillas arreboladas con los primeros indicios de enfado genuino—. Necesitarás mi ayuda cuando tengas que convencer a tu padre y a los *wolven* de que este es un matrimonio digno. Que esto beneficiará al reino y que de verdad la elegiste. Ya lo sabes. ¿Crees que consentiría algo así si se está viendo forzada a aceptar?

Mi respeto por el anciano wolven subió como la espuma.

—No, no creo que lo consintieras —contestó Casteel—. Si Penellaphe desea hablar contigo, no tengo ningún problema.

Mi corazón se desbocó cuando Alastir se giró hacia mí.

- —Hablaré contigo —confirmé, tras asentir.
- —Perfecto. —Alastir me dedicó una sonrisa tensa y se levantó—. Ven. Demos un paseo.

El brazo de Casteel cayó de mi lado y yo me puse de pie.

—Solo para que lo sepas, Penellaphe no necesita protección. Es más que capaz de manejar las cosas ella sola. Pero es mi futuro el que te estás llevando de paseo. Cuídala bien. Tu vida depende de ello.



- —¿Es verdad? —preguntó Alastir mientras caminábamos por los estrechos pasillos de la fortaleza, mi mano apoyada en el pliegue de su brazo. Una luz tenue parpadeaba desde los apliques de aceite y proyectaba sombras por unas paredes de piedra que no había visto nunca—. ¿Sabes defenderte? ¿Con o sin un arma?
- —De las dos maneras —contesté—. Me enseñaron a usar una daga y una espada, así como un arco. También me enseñaron a pelear cuerpo a cuerpo.

La sorpresa y el respeto se desplegaron por su rostro cuando bajó la vista hacia mí.

- —Eso no es común entre las mujeres de Solis. Sobre todo para una que era la Doncella.
- —No lo es —convine—. Pero me sentía muy impotente cuando murieron mis padres. Yo era una niña, pero mi madre no había sido capaz de defenderse. Si hubiese podido hacerlo, quizás habría sobrevivido. Yo solo... No quería volver a sentirme tan impotente nunca más, y hay tanta gente, sobre todo mujeres, que jamás tienen la oportunidad de aprender a protegerse.

Siempre dependen de otros... de los Ascendidos... y... y empiezo a darme cuenta de que eso refuerza aún más el control absoluto que tienen los Ascendidos.

—Pero ¿te permitieron aprender a luchar?

Al imaginar la reacción de la duquesa y el duque a semejante noticia, me reí en voz baja.

- —No. A mis guardianes les hubiese dado un ataque. Aunque en verdad, siempre pensé…
 - —¿Pensaste qué? —me instó cuando dejé la frase a medio terminar.

No estaba segura de si debía compartir esto, pero había algo en Alastir que me hacía sentir cómoda. Quizás ese algo fuese lo mucho que me recordaba a Vikter.

- —Siempre pensé que la reina Ileana lo hubiese aprobado, si se enteraba de que sabía pelear. No sé por qué creo eso. Es solo que... la reina Ileana que yo conocía...
- —No es la reina que conocen otros —aportó Alastir. Yo asentí—. La gente tiene muchas facetas diferentes. Incluso los Ascendidos. Entonces, ¿cómo aprendiste a luchar?
- —Uno de mis guardias personales me enseñó en secreto. Se llamaba Vikter. —Se me hizo un nudo en la garganta y se quedó ahí mientras le hablaba a Alastir de él y de los riesgos que corría por mí—. Era como un padre para mí y… por todos los dioses, lo echo muchísimo de menos.

Alastir había dejado de andar mientras le hablaba de Vikter, pero todavía me sujetaba el brazo.

- —Suena como un hombre asombroso.
- —Lo era y... —Parpadeé para reprimir la ardiente catarata de lágrimas—. Debería estar vivo todavía.

Sus ojos buscaron los míos antes de hablar.

—¿Y murió a manos de los Descendentes que seguían al príncipe Casteel? ¿Cómo pudiste superar eso?

¿Cómo? Se me cayó el alma a los pies. No lo había superado.

- —No creo que lo supere nunca.
- —¿Y aun así te has enamorado de Casteel? Puede que él no blandiera la espada…
- —Pero mataban en su nombre —terminé por él—. Lo sé. Casteel lo sabe.
 Sabe que es responsable y yo sé que no duerme bien a consecuencia de ello.
 —Se me secó la boca mientras continuaba—. No ha sido fácil, pero lo que siento por él no tiene nada que ver con Vikter. —La mentira salió por mi boca

con bastante suavidad. Quizás demasiado fácil. Mi corazón dio un respingo cuando el viento sacudió una ventana cercana—. Nada ha sido fácil entre Casteel y yo. Cuando lo conocí, creí que era alguien totalmente distinto, aunque empecé a enamorarme de él incluso entonces. —Y por todos los dioses, eso sí que era verdad—. Así que aquí estamos.

—Sí, aquí estamos. —Alastir sonrió con la boca cerrada y movió mi brazo de modo que su mano sujetaba la mía—. Conozco a Casteel desde el día que nació, igual que a su hermano. Conocí a su padre antes de eso y a su madre desde hace aún más. Recuerdo cuando la reina estuvo casada con un rey diferente —dijo con voz queda, y solo eso me dijo que era mucho más viejo de lo que había pensado—. Casteel es como un hijo para mí. En realidad, hubiera sido hijo mío si el destino hubiese tenido otros planes.

¿Hubiera sido hijo mío?

—¿A qué te refieres?

La piel de alrededor de sus ojos se frunció cuando mi don presionó de pronto contra mi piel en respuesta al repentino cambio en sus emociones. Una agonía tan potente y cruda que se estiraba hacia mí. Me abrí a ella, incapaz de evitarlo, y me puse tensa de inmediato ante la agitación que rondaba en su interior y que, por tanto, pasó a mí. Su aflicción cortaba tan profundo que costaba respirar. Empecé a emplear mi don de manera diferente, para aliviar el dolor.

—¿Sabías que Casteel había estado enamorado antes?

Su pregunta me descolocó e hizo que cortara la conexión con él. Incluso después de hacerlo, la agria amargura de la pena siguió llenando el fondo de mi garganta.

—Sí. lo sé.

Aunque eso era todo lo que sabía. Que había estado enamorado.

—¿Te contó que estuvo comprometido?

Me quedé sin palabras. Negué con la cabeza. Apareció una sonrisita triste.

—No me sorprende saberlo. No habla de ella a menudo. Por mucho que yo haya intentado que lo hiciera en el pasado. Era una *wolven* y, para ser sincero, no recuerdo la última vez que dijo su nombre siquiera. No puedo culparlo por ello, y tú tampoco deberías hacerlo. Es una herida que ha cicatrizado, pero una herida de todos modos. Casteel se... —Miró por el pasillo, tensó los hombros y luego los relajó—. Casteel se enfadaría mucho conmigo si supiera que he hablado de Shea contigo. Y en verdad, me estoy extralimitando con esto, pero tienes que saber por qué me sorprendió tanto oír de vuestro compromiso. Para serte sincero, no pensé que Casteel volviera a

permitirse sentir algo así nunca más. —Me miró a los ojos—. Y tienes que saber por qué espero que sus motivaciones para este matrimonio sean sinceras y estén arraigadas en su corazón, y no constituyan una apuesta desesperada para encontrar a su hermano.

No sabía qué parte de lo que estaba compartiendo conmigo era más sorprendente. ¿Que Casteel había estado comprometido, con una *wolven*, que había estado enamorado de alguien que era muy obvio que no seguía viva, o que Alastir quería que nuestro matrimonio fuese algo real?

Me aclaré la garganta.

—¿Shea era hija tuya?

Alastir asintió.

—Lo era. Y es raro, apenas te conozco, pero me recuerdas a ella. Solía ser muy franca, para irritación de todos los que la rodeaban. Y era capaz de defenderse cuando era necesario. —Se rio un poco—. Diría que esa es una de las cosas de ti que ha atraído a Casteel. Una de las cosas que le permitió ver detrás del velo, por decirlo de algún modo.

No sabía lo que pensar de nada de eso.

- —¿Cuándo... murió? ¿Cómo?
- —Fue hace bastante tiempo. Muchos años antes de que nacieras tú. —Sus palabras eran un recordatorio más de los muchos años de experiencia de Casteel—. Es mi hija, pero su muerte no es una historia que me corresponda a mí compartir. Eso es cosa de Casteel. —Me miró a los ojos unos momentos —. Y espero de todo corazón que la comparta contigo algún día.

Había creído que el origen de la aflicción de Casteel provenía de la captura de su hermano, pero ya había descubierto que parte se debía a lo que le habían hecho. Ahora me preguntaba cuánta de esa pena estaba relacionada con la hija de este hombre.

- —Siento lo de tu hija —le dije, y lo decía en serio—. Y no diré nada.
- —No me importa si lo haces. Para ser franco, espero que te lo cuente... que hable con alguien de ella.

Yo era la última persona que debería estar hablándole de Shea.

- —De todos modos, ¿por qué me estás contando todo esto? No parece un tema que yo deba sacar con él.
- —No lo es. Al menos, no ahora. Espero que se abra y hable con alguien algún día, aunque no sea yo. La razón por la que te lo digo es que Shea no era ninguna damisela. Veo bien que tú tampoco lo eres. Pero espero que no te parezcas tanto a ella como para no pedir ayuda o la rechaces cuando la necesites. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Siempre seré fiel a mi

reino, a los dioses, a los Da'Neer, pero aunque nunca hubiese tenido una hija, no podría quedarme a un lado y ver a una mujer joven utilizada en contra de su voluntad de semejante modo. La guerra es cruel. Hay bajas y daños colaterales. Pero esto sería de una crueldad innecesaria y no lo toleraré.

Mi corazón aporreaba mi pecho otra vez. ¿Podía él sentirlo?

—Casteel ha estado decidido a encontrar a su hermano durante décadas, Penellaphe. El tiempo suficiente para agotar la vida entera de un mortal. Y aunque espero que por fin haya pasado página y asuma el papel que su reino necesita con desesperación, lo que más deseo es que por fin se permita a sí mismo vivir. Quiero creerlo. Pero aun así, no lo creo.

Me puse tensa. Alastir me miró a los ojos otra vez.

—Así que por eso te estoy ofreciendo mi ayuda. Si te están forzando a participar en esto, te ayudaré a escapar. Haré todo lo que esté en mi mano para conseguirte un salvoconducto. No para enviarte de vuelta a Solis; no te entregaré a aquellos que buscan abusar de ti de una manera diferente. Pero me aseguraré de que vayas a algún lugar donde ni los Ascendidos ni Casteel puedan encontrarte nunca. Todo lo que tienes que hacer es decírmelo y esto habrá acabado para ti.

El aire que aspiré no fue a ninguna parte mientras procesaba sus palabras, su oferta. Era una oferta de libertad. Lo mismo que me había ofrecido Casteel, pero sin las ataduras del matrimonio y sin todo ese fingir y los riesgos implicados. Y estaba convencida de la sinceridad de su oferta. Este hombre que acababa de conocerme se arriesgaría a sufrir la ira de su príncipe, posiblemente incluso consecuencias que iban mucho más allá de la ira, para ayudar a una chica que apenas conocía. Todo porque era...

Porque era un buen hombre.

Y era algo que podía imaginar a Vikter haciendo. Era algo que sabía que Vikter había deseado poder hacer cuando se dio cuenta de lo mucho que ser la Doncella me estaba *matando*, poco a poco, todos y cada uno de los días. Unas lágrimas ardieron detrás de mis párpados una vez más.

- —Por todos los dioses —musitó Alastir—. Creo que la amenaza de lágrimas me dice todo lo que necesito saber. Lo siento…
- —No. No es eso. —Le di un apretón en la mano—. Es solo que tu oferta es inesperada. Eres una buena persona y... y hay tan pocas buenas personas. Esto es algo que creo que hubiese hecho Vikter, y es solo que me ha hecho pensar en él.
 - —¿Eso es todo? —Me miró con atención. Puso su otra mano sobre la mía.

- —Sí —le confirmé, mirándolo a los ojos—. Agradezco tu oferta. Agradezco lo que estás dispuesto a hacer por mí. Pero Casteel no me está utilizando. No de ese modo.
 - —Entonces, ¿no necesitas mi ayuda?
 - —No. Lo juro.

Y no la necesitaba. Ahora no.

Si hubiese acudido a mí un día antes, era probable que mi respuesta hubiese sido distinta. Hubiera dicho que sí. Hubiera huido. Pero Alastir no podía darme lo que Casteel sí: a Ian. Y ahora no podía marcharme así sin más, sabiendo que podía ayudar a cambiar las cosas para la gente de Solis. La libertad que me ofrecía Alastir no era el tipo de libertad que necesitaba.

Alastir suspiró y pude ver que pensaba que estaba haciendo la elección equivocada. Tal vez significara que no le creía a Casteel. Podía significar que se sentía mal por mí porque me creía. No lo sabía.

—Si alguna vez cambias de opinión —dijo, los ojos tristes—, solo tienes que decírmelo. ¿Me lo puedes prometer?

Ahora sí que tenía ganas de llorar.

- —Puedo prometértelo.
- —Bien. —Sonrió y yo...

Ni siquiera sabía lo que estaba haciendo hasta que salté hacia delante y lancé los brazos a su alrededor. Lo abracé. El gesto dejó al hombre perplejo. Por un momento, no se movió, pero entonces pasó sus brazos a mi alrededor.

—Lo siento —farfullé al apartarme. Tenía la cara roja como un tomate.

Entonces, sonrió, una sonrisa que arrugó la piel de los bordes de sus ojos.

—Nunca tienes que disculparte por un abrazo, Penellaphe. Ha pasado mucho tiempo desde que recibí el último, para ser sincero. Ni Casteel ni Kieran son muy dados a los abrazos.

Solté una carcajada ronca.

- —Creo que si intentara darle un abrazo a Kieran, se desmayaría.
- —Es muy probable. Bueno, creo que sé todo lo que necesito —concluyó, aunque todavía sonaba triste. Pensé que la emoción sería por su hija, por Casteel, o incluso era posible que fuera por mí—. Supongo que debería llevarte de vuelta con el príncipe.

Empecé a dar la vuelta, pero paré. No sabía cuándo tendríamos la oportunidad de hablar en privado otra vez.

—¿Puedo preguntarte algo? —Cuando Alastir asintió, proseguí—. ¿Tú solías ayudar a trasladar a atlantianos o a sus descendientes desde Solis?

—Así es.

- —Estaba pensando en mis padres... en por qué abandonaron la capital. Es posible que supieran lo que planeaban los Ascendidos o que se enteraran de que ellos mismos tenían ascendencia atlantiana. Al menos uno de ellos. ¿Había otros que hacían lo que hacías tú?
- —Había otros, sí. No muchos. Y por desgracia, la mayoría no regresaron nunca a casa. —Se acarició la barbilla con el pulgar—. Damos por sentado que fueron capturados, así que no hay demasiados con los que podrías hablar.

Ni siquiera me había atrevido a esperar que hubiera nadie con quien hablar.

- —Solo me estaba preguntando si era posible que mis padres hubiesen sabido que existía gente como tú.
- —Por supuesto que sí. El rey y la reina sabían que buscábamos a nuestra gente de manera activa —confirmó—. Es posible que uno de tus padres lo oyera de boca de alguno de los Ascendidos. —Ladeó la cabeza—. Así que ¿crees que eso es lo que sucedió?
- —No lo sé —reconocí. Deslicé una mano por donde llevaba el cuchillo envainado pegado al muslo—. No recuerdo demasiado de la noche en que me atacaron, pero sí recuerdo que mi padre estaba más callado de lo habitual durante el viaje. Igual que mi madre. Parecían nerviosos en lugar de emocionados por empezar una nueva vida en un lugar más tranquilo. Y... y creo que mi padre se encontró con alguien. Tengo un vago recuerdo de que había otra persona ahí.
- —Pero tus recuerdos no son lo bastante claros. —Negué con la cabeza—. Es bastante común después de un trauma semejante.

Lo era. O eso me habían dicho.

—Después de la guerra, muchos supervivientes decían haber olvidado batallas enteras en las que habían luchado. Las emociones y las cicatrices seguían ahí, pero los detalles no eran nada más que sombras —explicó—. Lo mismo pasa con Casteel. Recuerda muy poco del tiempo que pasó en cautividad.

Eso no era verdad. Lo recordaba todo, o al menos lo suficiente como para no tener que buscar detalles entre las sombras, pero no dije nada. Me sorprendió que Casteel hubiese compartido lo suficiente conmigo como para saber que lo recordaba bien y sin embargo no se lo hubiese dicho a Alastir.

—Yo tengo sueños. A veces revelan un poco más. Como si se abriera un baúl y dejara escapar más detalles de aquella noche. Pero no estoy segura de que esos recuerdos sean reales. Los nuevos, quiero decir —aclaré—. De todos modos, no sé si importa algo. Solo quiero saber.

—Querer saber es comprensible. Lo entiendo. —Sus rasgos se tensaron un momento y luego se relajaron—. La mayoría de los que trataron de buscarnos utilizaban nombres falsos. ¿Cómo se llamaban tus padres?

Solté un profundo suspiro.

- —Coralena y Leopold. Cora y Leo —dije, los ojos fijos en el farol, tratando de recordar qué aspecto tenía mi padre. Los recuerdos de él se habían difuminado—. Así es como se llamaban el uno al otro.
- —Coralena —dijo Alastir después de un momento, tras aclararse la garganta. Lo miré, pero él también contemplaba el farol—. Es un nombre precioso. Uno lo bastante singular como para que lo recordara alguien, si es que emplearon sus verdaderos nombres. Cuando lleguemos a Atlantia, preguntaré a los que siguen entre nosotros si recuerdan haber hablado con o sobre alguien que se llamara así. Es poco probable, pero nunca se sabe. El mundo, por grande que sea, es a menudo más pequeño de lo que creemos.

Capítulo 13



Alastir me condujo a una habitación en la que no había estado nunca, en el otro lado de la fortaleza con respecto al salón de banquetes. Supe que era probable que Casteel estuviera dentro solo porque había guardias apostados al lado de las puertas. En cuanto estas se abrieron, el olor a humedad que me golpeó despertó una gran alegría en mi corazón.

Libros.

Filas y filas de libros.

Entré, alucinada, apenas consciente de que Alastir estaba hablando, y ajena por completo a cualquier otra cosa aparte de las posibilidades que aguardaban detrás de los lomos multicolores, gruesos y finos. Avancé como hipnotizada...

Un brazo me agarró por la cintura. Me tragué un gritito de sorpresa mientras tiraban de mí hacia abajo. Por segunda vez en el día, me encontré sentada en el regazo de Casteel.

Tan concentrada en los libros, ni siquiera lo había visto sentado en el sofá por el que había pasado. Me giré hacia él e hice caso omiso del brinco que dio mi pulso cuando sus intensos ojos ambarinos se encontraron con los míos.

- —¿Era necesario hacer eso?
- —Siempre —contestó, sus brazos sueltos a mi alrededor mientras varios hombres salían de la sala, sus miradas fijas al frente, como si no se atrevieran a mirar en mi dirección.

La puerta se cerró con un suave chasquido y solo quedó Kieran, sentado en una butaca con los pies apoyados sobre un baúl de madera de cedro. Empecé a soltarme del agarre de Casteel, pero no llegué muy lejos. Apretó los brazos.

- —¿Qué tal tu charla con Alastir?
- —Bien —dije. Pensé de inmediato en la mujer con la que Casteel había estado comprometido. Shea. Quería preguntarle por ella. Saber lo que había pasado. Quería saber por qué no la había mencionado nunca, a pesar de que comprendía que no había habido ninguna razón para que sacara ese tema conmigo. Hubo un tiempo en que habíamos sido amigos. O al menos eso creía. Aunque aquello había sido cuando también pensaba que quizás pudiéramos ser algo más. Sin embargo, eso fue antes de que supiera la verdad. Y aunque habíamos llegado a este acuerdo, yo no... bueno, no era importante para él del modo en que compartiría secretos conmigo.

¿Crees que eso es verdad?, susurró una vocecilla en el fondo de mi mente. Casteel había compartido conmigo lo que le habían hecho mientras era prisionero de los Ascendidos. Sin embargo, no se había sincerado con Alastir, el padre de su antigua prometida. ¿Qué significaba eso? (si es que significaba algo). Fuera como fuese, hablar de la mujer con la que una vez planeó casarse por ninguna otra razón aparte de que la amaba parecía demasiado... íntimo. Como algo que harían dos amantes.

Y nosotros no éramos eso.

Alastir tendría que fundar sus esperanzas en otra persona.

- —¿Solo bien? —Arqueó una ceja oscura. Una inexplicable pesadumbre se instaló en mi pecho cuando asentí.
- —Debería ser más específico al preguntar —comentó Kieran—. ¿Deberíamos estar preocupados por que Alastir vaya a intentar sacarte de aquí?

Le lancé una mirada pícara.

- —¿Por qué pensaríais eso?
- —Porque los dos sabemos qué tipo de hombre es Alastir —contestó Casteel, atrayendo mi atención de vuelta hacia él—. Es probable que esté preocupado por que te estemos forzando a casarte y es muy posible que te haya ofrecido su ayuda para escapar.
- —Anoche me ofreciste una elección. Si no quería casarme, no me obligarías. Llegamos a un acuerdo —le recordé—. Si hubiese aceptado la oferta de Alastir, ¿estaría aquí sentada?
- —Supongo que no. —Me observó a través de sus pestañas medio bajadas —. O podrías estar esperando a cuando menos me lo espere. Aunque solo para que lo sepas, siempre espero que hagas lo inesperado.

Fruncí el ceño.

—Suenas paranoico.

- —Como si no tuviera razones para serlo.
- —Me ofende que pienses que no cumpliría con mi palabra. Acepté el trato, *alteza*. —Sonreí cuando vi tensarse el músculo de su mandíbula—. Es verdad que Alastir me ofreció su ayuda. La rechacé.

Se produjo un momento de silencio.

- —Entonces, me disculpo por ser paranoico, princesa.
- —Seguro que sí —comenté con un resoplido desdeñoso.
- —Ahora yo estoy ofendido por que pongas en duda mi sinceridad.

Puse los ojos en blanco.

- —Sí que tengo preguntas para ti. Preguntas más importantes que sobre qué hablamos Alastir y yo.
- —¿Tú tienes preguntas? —Una sorpresa fingida llenó el tono de Kieran —. Estoy estupefacto.
 - —Soy un libro abierto —repuso Casteel—. ¿Qué quieres saber? ¿Un libro abierto? Poco probable.
 - —¿Qué planes tiene tu padre?

Casteel se acomodó en el sofá color crema con aspecto de no poder estar más cómodo.

- —Mi padre tiene muchos planes, Poppy. —Deslizó los ojos por mi cara. En algún lugar de mi mente, me di cuenta de que no me había llamado Poppy ni una vez mientras estaba delante de Alastir—. Aunque si te incluyen a ti, esos planes se convertirán enseguida en nada más que productos de la imaginación.
- —Sonó como si fuese yo la que había hecho que tus *actividades* fuesen fructíferas.
- —No te preocupes por mi padre —me tranquilizó Casteel. Retiró la mano de mi cadera y deslizó el pulgar por mi labio de abajo, provocando un revoloteo indeseado en mi pecho—. Ahora mismo tiene cosas más importantes de las que preocuparse que de ti.

Entorné los ojos y lo agarré por la muñeca.

- —¿Como el problema de la falta de tierras? —Retiré su mano. Sus ojos se oscurecieron a un ámbar cálido.
- —Estoy seguro de que eso ocupa gran parte de su tiempo, pero no se arriesgará a estropear su relación conmigo por hacer algo contra ti.

Quería creerle. Volver con Ian dependía de que siguiera viva y de una pieza. Formar parte del plan del rey seguramente no presagiaba nada bueno para que yo permaneciera entera y sana. Sobre todo cuando era más que

probable que ese plan incluyera enviarme de vuelta a la capital de Solis cortada en pedazos.

- —Creo que olvidaste decirme algo —le informé. Casteel arqueó las cejas.
- —Voy a necesitar más detalles que esos.
- —¿Por qué? ¿Porque hay un montón de cosas que no me has dicho?
- —Un hombre debe tener sus secretos. ¿No es eso parte de la atracción?

Hice un esfuerzo supremo por tener paciencia. Traté de contar hasta diez. Llegué hasta tres.

- —Tus secretos son justo lo contrario a atractivos. Si existiera una poción antiatractivo, sería exactamente esa.
 - —Vaya —murmuró, los ojos centelleantes.
- —¿Se supone que vas a convertirte en rey cuando vuelvas a casa? —exigí saber—. ¿Es eso lo que se espera de ti?

La diversión se esfumó de sus ojos.

- —Entre otras cosas. Un rey y una reina solo pueden regir Atlantia durante cuatrocientos años. Está estipulado así para que pueda haber un cambio. Si un hijo suyo no asume el trono, entonces cualquiera puede reclamarlo. El reinado de mis padres ya ha sobrepasado su límite, y puesto que no creen que Malik vaya a volver, creen que ya es hora de que yo ocupe el puesto.
 - —¿Ha reclamado alguien el trono?
 - —Por lo que sé, no.
 - ¿Cómo podía saberlo, si llevaba varios años fuera de su casa?
 - —¿No se te ha ocurrido que podía ser buena idea comentármelo?
 - —No en particular.
 - —Oh, por todos los dioses —exclamé.
 - —Sobre todo porque sabía que te asustaría —añadió.
 - —Como ahora mismo —murmuró Kieran.
- —Nadie ha pedido tu opinión —espeté cortante, y el *wolven* se rio. Volví a mirar a Casteel—. Me asustara o no, necesitaba saber que…
- —No cambia nada —me interrumpió—. Solo porque mis padres crean que ya es hora de que ocupe el trono no significa que tenga que hacerlo ni que vaya a hacerlo. No pueden obligarme. Mi hermano es el legítimo heredero del trono de Atlantia. No yo. Y él ocupará el trono una vez que lo libere.

Apreté los labios y miré a Kieran de reojo para ver su reacción a lo que había dicho Casteel, pero él miraba recto al frente, su expresión indescifrable. Dudaba de que mis sentidos fuesen a decirme nada más, pero sabía que Casteel estaba empecinado en salvar a su hermano. No quería ser rey, aunque ya se hubiese cumplido el plazo para que coronaran a uno nuevo. Dicho eso,

convertirme en reina no era algo de lo que tuviera que preocuparme. Hice ademán de levantarme.

Casteel apretó el brazo.

- —¿A dónde vas? Estaba muy cómodo contigo en mi regazo.
- —Estoy segura de que lo estabas, pero no hay público.
- —¿Y yo qué? —preguntó Kieran—. Sigo aquí.
- —Tú no cuentas.
- —Auch —murmuró.
- —Pero no estamos en privado, princesa. ¿No fue ese el trato que hicimos? ¿Que en público no te enfrentarías a mí?

Entorné los ojos.

- —No hay nadie más en esta habitación. Las puertas están cerradas y el trato que hicimos no incluía sentarme en tu regazo.
- —Lo sé. —Succionó su carnoso labio inferior entre sus dientes, lo cual dejó a la vista sus colmillos—. Pero disfruto mucho de ello.

Los músculos de mi bajo vientre se apretaron y no me gustó nada cómo reaccionó mi cuerpo a su mirada acalorada y al asomo de esos colmillos. Respondió con una oleada de calor mareante que solo pude desear que no fuese tan visible como la sentía. También me produjo un punzante e intenso palpitar que se instaló en una zona que me dio ganas de apretar las piernas. Y realmente odiaba la idea de que Casteel sabía a la perfección cómo respondía a él. Solté su muñeca.

- —No me importa si disfrutas de ello.
- —Mentira —murmuró. Me remetió el pelo detrás de la oreja—. Tú también lo has disfrutado.
- —Pero ¿sabes de lo que disfruté más? —Me incliné hacia él. Vi la sorpresa que brotó en sus ojos para convertirse enseguida en calor.

Esa mirada perezosa, medio velada, volvió.

- —Tengo unas cuantas ideas.
- —Disfruté lanzándote ese cuchillo y haciéndote sangrar —dije. Aparté la cabeza con brusquedad. Esta vez, cuando me levanté, no me lo impidió. Casteel se rio y bajó la mano al reposabrazos de la silla.
 - —Esa era una de mis ideas.
- —Sois más convincentes ahora de lo que lo fuisteis durante todo el tiempo con Alastir —comentó Kieran—. Y si no conseguís convencer a Alastir de que estáis tan enamorados como para que Cas haya olvidado la búsqueda de su hermano, que ya lleva décadas, y que tú hayas perdonado sus planes de utilizarte como rescate, entonces no hay forma humana de que

vayáis a convencer al rey. Y mucho menos a tu madre —concluyó, mirando a Casteel.

Por desgracia, Kieran tenía razón.

—Alastir no nos cree. No lo ha dicho a las claras, pero se nota que tiene serias dudas. Es probable que piense que yo estoy encaprichada de ti y que tú solo me estás utilizando.

Una sonrisa lenta se desplegó por el rostro de Casteel, y apenas se detuvo cuando vio la mirada que le lancé. Sus ojos siguieron centelleando.

- —Bueno, pues tendremos que intentarlo con más ahínco, ¿no crees?
- —¿Cómo puede nadie creer lo que decimos —insistí, cruzando los brazos cuando te pregunté si habías perdido la cabeza hace tan solo unas noches?
- —Pueden pasar muchas cosas en tan solo unas noches, Poppy. En especial conmigo.
- —Tu arrogancia nunca deja de asombrarme —musité. Casteel ignoró mi comentario.
- —Creo que nos creerá. Tenemos tiempo para convencerlo, pero ahora mismo estoy seguro de que necesito tranquilizarlo antes de que parta a comprobar el estado de las carreteras. —Casteel se levantó.
 - —¿Tranquilizarlo? ¿Sobre qué?
- —Puede ser... sensible. Por lo tanto, necesito tranquilizarlo asegurándole que no haré que lo maten antes de que nos vayamos de aquí —repuso, y no supe si hablaba en serio o no—. ¿Quieres quedarte aquí dentro un rato? Hay muchos libros. Aunque ninguno tan interesante como el diario de la Srta. Willa, me temo.

Ese maldito diario.

—Me gustaría quedarme, sí —le dije.

Casteel le echó un vistazo a Kieran.

- —Yo le echaré un ojo —dijo el wolven.
- —¿De verdad crees que corro tanto peligro? La noticia de nuestro compromiso ya debe de haberse extendido por toda la fortaleza.
- —No voy a correr ningún riesgo contigo. —Casteel dio un paso hacia mí y me tocó la mejilla, justo por debajo de la cicatriz—. Gracias.
- —¿Por qué? —El roce de sus dedos fue ligero, pero aun así un escalofrío me recorrió de arriba abajo.
 - —Por elegirme.



Pasé el resto del día en la biblioteca. Tomé un almuerzo tardío, consistente en sopa y verduras, al lado de la chimenea crepitante, mientras hojeaba las páginas polvorientas de unos cuentos cortos para niños y un montón de viejos archivos de personas que vivían antaño en New Haven. Mientras paseaba de estantería en estantería, no pensé en lo que me había dicho Alastir ni en lo que me esperaba una vez que abandonáramos la fortaleza. Me perdí en la libertad de poder leer cualquier libro que quisiera. Lo que me habían permitido leer en Masadonia se había limitado a textos históricos, y aunque Tawny a menudo me llevaba a escondidas novelas más interesantes, jamás fue suficiente.

Kieran era una presencia callada en la habitación, tras apropiarse de uno de los libros que yo había descartado. Sospechaba que estaba contento con su tarea, solo porque yo estaba demasiado ocupada para hacerle preguntas.

No encontré ningún texto de especial interés hasta después de terminarme el bol de verduras al vapor y examinar todas las estanterías, excepto la fila de abajo de detrás de un gran escritorio de madera de roble. Era un volumen delgado, encuadernado en cuero teñido de dorado, medio escondido detrás de los numerosos y gruesos archivos, el dorado cubierto de polvo. Lo saqué y tosí cuando una nubecilla de polvo se desperdigó delante de mí.

—Por favor, no te mueras —comentó Kieran desde donde estaba sentado
—. Casteel se disgustaría mucho.

Lo ignoré, limpié la tapa y llevé el libro hasta la mesa. Lo abrí y fui pasando pergaminos en blanco, que ahora era de un amarillo apagado por el paso del tiempo. Paré cuando vi la fecha. El libro encuadernado en dorado era otro conjunto de archivos, pero uno mucho más viejo que los demás. Estaba fechado al menos ochocientos años atrás.

Pasé las páginas y fui leyendo fechas de nacimientos y muertes, profesiones y ocupantes de casas. Enseguida me di cuenta de que estos archivos eran muy diferentes. La cantidad de años entre las fechas de nacimiento y defunción llamó mi atención.

Cientos de años.

Eran archivos de los atlantianos que habían vivido en New Haven hacía muchísimos años. La ajada butaca crujió cuando me senté en ella. Muchos de los nombres eran ilegibles, la tinta demasiado descolorida, igual que las profesiones. Algunas eran más fáciles de descifrar: panadero, mozo de cuadra, herrero, curandero, académico. Era extraño ver esas destrezas comunes anotadas al lado de fechas que sugerían que habían vivido diez o más vidas mortales. Pero supuse que cuando Atlantia gobernaba el reino, muchos de

ellos vivían largas vidas muy ordinarias. Había profesiones y palabras desconocidas para mí, unas que veía repetidas en la columna que recogía las profesiones, y palabras que a menudo aparecían entre paréntesis cerca de los nombres que podía leer.

- —¿Qué es un *wivern*? —pregunté, sin estar segura de haberlo pronunciado bien.
- —¿Qué? —Kieran levantó la vista del libro que descansaba sobre su regazo.
- —He encontrado unos archivos de cuando los atlantianos vivían aquí —le dije—. La palabra *wivern* aparece con frecuencia.

Kieran bajó las piernas del baúl y se levantó. Dejó el libro donde habían estado sus pies y vino a ponerse al lado de mi hombro.

- —¿Dónde?
- —Mira. —Di unos golpecitos con un dedo debajo de la tinta negra descolorida—. Hay palabras que no reconozco. Como aquí. —Señalé con un dedo—. *Ceeren*.
- —Demonios. —Kieran se inclinó hacia delante y pasó las páginas hasta la del título—. Son archivos atlantianos.

Arqueé una ceja.

- —Eso es lo que te había dicho.
- —Me sorprende que esto haya permanecido aquí todos estos años. —Pasó de vuelta a la página que había estado mirando.
- —Estaba detrás de un par de otros archivos, cubierto de polvo. Debió de quedar ahí olvidado.
- —Seguro que quedó olvidado. Los Ascendidos destruyeron todos y cada uno de los archivos de los atlantianos que vivieron aquí en el pasado. Aunque fuese algo tan inconsecuente como un censo.
 - —Entonces, ¿qué significa wivern?
- —*Wivern* era uno de los linajes atlantianos que desapareció durante la guerra —explicó—. Ellos también eran de dos mundos: mortal y animal.
 - —¿Como los wolven y los cambiaformas?

Asintió.

—Solo que los *wivern* podían adoptar la forma de gatos más grandes que los que rondan por las cuevas de las Tierras Baldías. Mira aquí. ¿Draken?

Su brazo rozó el mío cuando se acercó un poco para señalar un punto un poco más abajo en la página. Kieran soltó un bufido con los dientes apretados al tiempo que retiraba el brazo de manera brusca. Me giré para encontrarlo a

varios pasos de mí. Arqueé las cejas, pensando que era una reacción un poco excesiva al hecho de que su brazo hubiese tocado el mío.

—¿Estás bien?

Me miró con los ojos más abiertos de lo que se los había visto jamás, pero brillantes de un modo antinatural.

- —¿No has notado eso?
- —Tocaste mi brazo. Eso es todo lo que noté. —Observé cómo se frotaba el brazo—. ¿Qué has notado tú?
 - —Un calambrazo —dijo—. Como el impacto de un relámpago.
 - —¿Has recibido el impacto de un relámpago alguna vez?
- —No. Es una forma de hablar. —Echó un vistazo hacia la puerta antes de que esos ojos demasiado brillantes se posaran en mí—. ¿De verdad no has notado eso?

Negué con la cabeza.

- —A lo mejor ha sido como esa carga estática que recibes cuando arrastras los pies por la alfombra. —Una leve sonrisa tironeó de mis labios—. Solía hacérselo a Ian todo el rato.
- —¿Por qué no me sorprende? —Kieran bajó la mano—. Viene el príncipe.

Abrí la boca, pero la puerta se abrió un instante después. ¿Tan bueno era el oído de Kieran?

Casteel entró en la sala, el pelo retirado de la cara, y fue como si hubiesen succionado todo el aire y la biblioteca fuese de repente tres veces más pequeña. Era simplemente él, su mera presencia que había ocupado el espacio de inmediato. Miró de Kieran a mí.

—Parece que os estáis divirtiendo.

Puesto que Kieran todavía tenía aspecto de haber visto un espíritu, lo dudaba.

- Encontré un libro de archivos de cuando los atlantianos vivían aquí.
 Le mostré el libro.
 - —Suena muy divertido —comentó Casteel, arrastrando las palabras.
- —Una sincronización perfecta. —La expresión de Kieran se relajó—. Tu prometida tiene preguntas.

La forma en que dijo la palabra *prometida* me dio ganas de tirarle el libro a la cabeza.

—A lo mejor yo tengo respuestas. —Casteel se apoyó contra el escritorio
—. Y sí, antes de que lo preguntes, eres libre de hacer lo que quieras.

—Gracias a los dioses —musitó Kieran. Se separó de las estanterías empotradas y se dirigió hacia la puerta—. ¿Va todo bien con Alastir?

Casteel asintió.

- —Ha ido a comprobar el estado de las carreteras con varios de los hombres.
 - —Bien. —Kieran dio media vuelta—. Divertíos.

Lo observé hasta que cerró la puerta a su espalda.

- —Se está comportando de manera extraña.
- —¿Ah, sí?
- —Recibió un calambre estático cuando su brazo rozó el mío y actuó como si yo lo hubiese hecho a propósito.
- —¿Sabes que algunos cables eléctricos pueden sufrir cortocircuitos? ¿Emitir chispas o subidas de energía? —Cuando asentí, continuó—. Los *wolven* pueden perder el control de sus formas si entran en contacto con electricidad, incluso a niveles inofensivos. A veces, durante una tormenta eléctrica muy intensa, se ven afectados por ella.
 - —Oh, vaya. —Hice una pausa—. Sigue siendo raro.

Casteel se echó a reír y el sonido fue profundo y real y agradable.

—Bueno, ¿sobre qué tenías preguntas?

Levanté la vista hacia él y deseé no haberlo hecho. Las palabras que había dicho antes de marcharse a hablar con Alastir volvieron a mí. *Gracias por elegirme*. Aunque yo no lo había elegido. En realidad no.

Sentí mariposas en el estómago de todos modos, así que hice un esfuerzo por devolver mi atención al libro.

- —He encontrado unas palabras que no entiendo. Kieran justo me estaba explicando que los *wivern* podían transformarse en gatos grandes y estaba a punto de contarme lo que es un *draken*.
- —Oh, *sí* que es un libro viejo. —Se inclinó hacia delante y ojeó las páginas. El olor del humo de la madera se mezcló con su aroma—. Los *draken* constituían un linaje poderoso, uno capaz de que les brotaran alas tan anchas como un caballo y garras tan afiladas como cuchillas. Podían volar. Algunos incluso podían echar fuego por la boca.

Levanté la barbilla de golpe para mirarlo pasmada.

- —¿Como... como un dragón? —Casteel asintió—. Creía que los dragones eran mitos. —Recordaba haber leído historias sobre ellos en los libros que había tomado prestados en la biblioteca de la ciudad. Algunos incluso tenían dibujos de las temibles bestias.
 - —Todo mito tiene su origen en algún dato real —contestó.

- —Si había *draken* que podían volar y echar fuego por la boca, ¿cómo demonios pudieron los Ascendidos vencer a los atlantianos? —pregunté.
- —Porque los *draken* básicamente habían desaparecido antes de que se creara al primer *vampry*. —Tomó un mechón de mi pelo y empezó a enrollarlo alrededor de su dedo—. Si hubiesen existido todavía, no habría quedado nada de los Ascendidos excepto tierra chamuscada.
- —¿A qué te refieres con *básicamente* desaparecido? —pregunté tras estremecerme.
- —Bueno, mi muy curiosa princesa, las leyendas dicen que muchos *draken* no murieron. Que duermen con los dioses o protegen sus lugares de descanso.
 - —¿Esas leyendas son verdad?

Desenrolló el mechón de pelo.

- —Para eso no tengo respuesta. Nunca he visto a un *draken*, lo cual es una pena. Me hubiese encantado ver uno.
- —A mí también —reconocí. Imaginaba que un *draken* sería una criatura feroz pero majestuosa. Casteel estaba repasando la página mientras enroscaba mi pelo alrededor de su dedo una vez más.
- —Los *ceeren* estuvieron aquí, según parece. Vaya, jamás lo hubiese pensado.
- —¿Por qué? —Tiré de mi pelo en dirección contraria y lo solté de su mano. Casteel hizo un puchero.
- —Porque no hay ningún mar ni extensión de agua grande por aquí cerca. Los *ceeren* también pertenecían a dos mundos: parte mortales y...
 - —¿Seres acuáticos? —susurré. Mi corazón dio un vuelco.
- —Supongo que habría quien los llamara así. Les crecían aletas, aunque no como las de una *lamaea*. —Sonrió y apareció un indicio de hoyuelo—. Sus aletas estaban en los lugares correctos, aunque su linaje también se perdió antes de la guerra.
- ¿Sería una coincidencia que Ian hubiese escrito un cuento sobre dos niños que se hacían amigos de unos seres acuáticos? Había pensado que no era más que un producto de su imaginación, pero quizás hubiese descubierto a los *ceeren*.
 - —¿Cómo murieron?
- —Hay un gran debate en torno a esa pregunta. Algunos de los atlantianos más mayores dicen que cayeron en una depresión cuando Saion se fue a dormir y perdieron las ganas de vivir. Otros creen que tras generaciones de entremezclarse con otros linajes, simplemente no quedaron *ceeren* puros.

- —Espero que fuese esto último —murmuré, aunque fuese una cosa extraña que desear—. Que murieran porque un dios se había ido a dormir es demasiado triste.
- —Lo es. —Casteel pasó la página—. Esto debería resultarte interesante.—Puso un dedo en medio de la página—. *Senturion*.
 - —¿Qué es eso? —pregunté, volviendo a la realidad.
- —Un término general para múltiples linajes antiguos que fueron guerreros innatos y no entrenados. —Puso su mano al lado de la mía—. En un tiempo, había docenas, cada linaje marcado por sus propios talentos especiales que hacía peligroso enfrentarte a ellos en combate. Muchos de los linajes guerreros desaparecieron cientos de años antes de los Ascendidos.
 - —¿Cómo?
- —Todos los reinos se construyen a partir de sangre. Atlantia no es diferente en ese aspecto —explicó—. La guerra que terminó con la mayoría de los linajes guerreros empezó con una revuelta de los Elementales contra el linaje gobernante.
- —¿Las... las deidades? —pregunté, al recordar lo que me había contado Kieran.
 - —Alguien ha estado hablando contigo.
- —Kieran me habló de algunos de ellos, pero no lo entiendo. Cuando él me lo explicó, me dio la sensación de que las deidades tenían una autoridad incuestionable, que eran hijos de los dioses y crearon a los Elementales.
- —Qué típico de Kieran decir algo así. —Resopló con desdén—. Pero sí, ellos crearon a los Elementales y a la mayoría de los linajes guerreros, pero siempre llega un momento en que la creación aspira a superar al creador. Los Elementales y varios de los otros linajes orquestaron una masacre y consiguieron matar a varias de las deidades, cosa que supongo que no era fácil en absoluto. Algunos de los linajes guerreros se aliaron con los Elementales y algunos con las deidades. La guerra no duró tanto como la que nos enfrentó a los Ascendidos, pero fue mucho más destructiva. Al final, casi todas las deidades fueron asesinadas, linajes enteros desaparecieron, pero una deidad todavía se sentaba en el trono, aunque al final fue depuesta y asesinada... esta vez por razones que iban más allá de que mis antepasados decidieran que estaban mejor preparados para gobernar.
 - —¿Y por qué fue?
- —Ya te lo he contado antes. —Inclinó la cabeza cuando levanté la vista hacia él—. Él creó al primer *vampry*.
 - —¿El rey Malec? ¿Era una deidad?

Casteel asintió. Por todos los dioses, ¿eso significaba que la madre de Casteel había estado casada con una deidad?

- —¿Llevaba vivo desde el principio o era un descendiente del linaje?
- —Era hijo de dos deidades antiguas.

Sacudí la cabeza, con la sensación de que mi cerebro iba a implosionar. Aunque eso no me impidió hacer más preguntas.

- —¿Qué tipo de talentos tenían esos guerreros?
- El hoyuelo se profundizó cuando empezó a hablar.
- —Algunos eran capaces de usar la tierra en batalla, invocar al viento o a la lluvia. Eran del linaje primordial. Otros podían invocar las almas de aquellos que habían muerto a manos de su rival. ¿El que aparece más arriba? —Su meñique rozó el mío y sentí una corriente eléctrica que no había sentido al darle el calambre a Kieran—. ¿Los *pryo*? Podían envolver sus espadas en fuego. Debajo de ese está uno del linaje *cimmeriano*. —Su meñique se deslizó sobre el mío mientras miraba la palabra escrita en tinta demasiado descolorida para mis ojos. Asentí—. Ellos podían invocar a la noche. Así bloqueaban el sol, y a sus enemigos les resultaba imposible ver sus movimientos.
- —Todo eso... todo eso suena demasiado fantástico —admití, mientras su dedo trazaba la línea del mío y me provocaba una oleada de sensaciones.
- —Es verdad, pero lo mismo pasa con los *wolven* para muchos mortales. —En eso tenía cierta razón—. Imagino que es igual con los Empáticos.
 - —¿Empáticos?
- —Un linaje guerrero que se extinguió poco después de la guerra. Pero estos eran aún más singulares, Poppy. Los que todo el mundo temía encontrar en batalla. —Sus dedos se deslizaron por encima de los míos y levanté la vista hacia él—. Gozaban del favor de las deidades, pues ellas eran las únicas que podían hacer lo que hacían los Empáticos: leer las emociones de los demás y luego convertirlas en un arma, aumentando el dolor o el miedo. Podían hacer huir a un ejército entero antes de que se levantara una sola espada.

Se me cortó la respiración.

—Es el linaje del que creo que desciendes, Poppy. O al menos eso es lo que he estado pensando. —Su mano volvió al escritorio—. Los guerreros Empáticos. Es el único linaje que tiene sentido. Puede que algunos quedaran perdidos por Solis, incapaces de regresar a Atlantia al final de la guerra y, por tanto, dados por muertos. Uno de ellos pudo conocer a un mortal en algún momento, muchos años después, o puede que eso le ocurriese a un hijo de dos de ellos. Así se habría creado la primera generación, de la que nacerías tú o…

- —O uno de mis padres era... era un guerrero Empático. —Aturdida, me sentía incapaz de moverme—. ¿Tenían los ojos de algún color en particular? Porque yo no tengo los ojos dorados ni avellana.
- —No. Los tuyos son del color de la primavera atlantiana, de hojas besadas por el rocío. —Parpadeé. Casteel apartó la mirada y se aclaró la garganta—. En cualquier caso, los linajes guerreros no tenían rasgos distintivos específicos.

Entonces, mi madre o mi padre podían haber sido uno, o hijos de uno.

- —¿Es posible que la reina Ileana o el rey Jalara tuvieran una relación tan estrecha con ellos y no lo supieran?
- —Es posible. Pero de haber sido guerreros Empáticos, tus padres hubiesen sabido lo que era un Ascendido. —Apoyó su peso sobre la mano e inclinó la cabeza hasta que nuestros ojos quedaron casi a la misma altura—. Por eso creo que eran de primera generación y, como tú, no entendían por qué no lograban percibir emociones procedentes de los Ascendidos.
 - —Pero yo no puedo usar mi don como arma ni nada de eso.
- —Las habilidades cambian una vez que se introduce sangre mortal. —Sus ojos recorrieron mi rostro.
- —¿Cómo murieron? —pregunté, pero se me ocurrió la respuesta al instante—. No podían utilizar sus habilidades contra los Ascendidos, ¿verdad?
- —O bien porque no podían percibir sus emociones o porque no sabían cómo. Aun así, eran guerreros excepcionales. Eso explicaría tu talento casi natural con las armas. —Su voz se suavizó—. Más intrépidos y valientes que ninguno de los otros linajes.

Bajé la vista hacia la tinta descolorida. Guerreros Empáticos. ¿Era posible que yo descendiera de un linaje tan poderoso que podía anular a un ejército entero antes de entrar en batalla siquiera? Sonaba bien. Parecía la última pieza de un puzle que por fin encajaba en su sitio. Parecía lo *correcto*. Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba y sonreí.

—Preciosa —susurró Casteel.

Sobresaltada, mis ojos volaron hacia los suyos. En cuanto nuestros ojos conectaron, no pude apartar la mirada. Su cabeza estaba tan cerca de la mía, su boca aún más cerca... lo bastante cerca como para que, si levantaba la cara y me inclinaba hacia delante dos o tres centímetros, nuestros labios se tocaran. Se me aceleró el corazón. ¿Quería eso? ¿No lo quería? No me moví para poner un poco más de espacio entre nosotros. Mis ojos empezaron a cerrarse...

Casteel se echó atrás y giró la cabeza hacia la puerta. Se apartó de la mesa justo cuando sonó un puño sobre la puerta.

—Adelante.

Entró Naill, una mano sobre su espada.

- —Uno de los vigías ha informado de que tenemos compañía procedente de las carreteras del oeste.
 - —¿Quién? —preguntó Casteel.
 - —Los Ascendidos.

Capítulo 14



Ya me estaba poniendo en pie cuando Casteel se giró hacia mí.

—Debemos irnos —dijo escueto.

Hice ademán de dar la vuelta al escritorio, pero me detuve.

—Espera. —Giré en redondo, agarré el libro y lo metí a toda prisa donde lo había encontrado, detrás de los otros archivos.

Casteel observó mis acciones en silencio y, cuando salí de detrás del escritorio, me tomó de la mano.

¿Cómo podían haberse dado cuenta de que había desaparecido? Era demasiado pronto, sobre todo con esa tormenta. Solo había rozado las tierras occidentales, pero debían de haber calculado que nos retrasaría.

- —Ya han entrado en el patio —nos informó Naill cuando salíamos de la biblioteca. Se me cayó el alma a los pies.
- —Estad atentos —aconsejó Casteel y, con un asentimiento seco, Naill se marchó—. Vamos —me dijo a mí.

Casteel me condujo en silencio por los serpenteantes pasillos poco iluminados que parecían como un laberinto diseñado para atraparnos. Llegamos a una vieja puerta de madera que abrió empujándola con un brazo y entramos en las cocinas. Los rostros de las personas con las que nos cruzamos no eran más que imágenes brumosas a medida que se apartaban y hacían reverencias al ver a Casteel.

—Los Ascendidos están aquí —les informó, y se oyeron varias exclamaciones ahogadas—. Esconded a los más jóvenes abajo y advertid a los demás. No os enfrentéis a los Ascendidos.

Un hombre mayor dio un paso al frente y estampó un puño contra su pecho.

—De sangre y cenizas.

Casteel se llevó el puño al corazón.

—Resurgiremos.

La gente se desperdigó antes de que llegáramos a las puertas que conducían al exterior. Estábamos cerca de los establos, el aire frío pero quieto cuando miré al cielo que ya había dado paso a la noche. Nos dirigimos hacia la zona más boscosa, sin decir palabra hasta que nos encontramos entre las ramas cargadas de nieve. Solo entonces me di cuenta de lo mucho que había cambiado mi vida.

Estaba huyendo de los Ascendidos.

No hacia ellos.

Casteel no me soltó la mano mientras me guiaba por el oscuro bosque.

- —¿A dónde vamos? —pregunté. Mi aliento formó nubecillas de vaho.
- —Solo afuera hasta que sepa a ciencia cierta lo que está pasando. Agarró una rama baja desprovista de hojas y la retiró del camino.

Me mantuve cerca de él mientras avanzábamos por los márgenes del bosque. Me di cuenta de que nos habíamos adentrado más entre los árboles mientras girábamos en torno a la fortaleza; luego empezamos a acercarnos otra vez a ella. Debió de pasar más o menos media hora antes de que el frío empezara a apoderarse de mí. Comencé a tiritar y cerré mi mano libre de modo que quedara oculta bajo mi manga.

- —Lo siento —dijo Casteel con voz ronca—. Ojalá hubiésemos tenido tiempo de agarrar una capa o al menos tus guantes.
 - —No pasa nada.

Giró la cabeza hacia mí, pero no pude descifrar su expresión. Continuamos adelante, cada vez más cerca de la fortaleza.

De repente, Casteel me hizo parar.

—Espera.

El tono de su voz envió una ráfaga de advertencia a través de mí.

- —¿Qué?
- —Está pasando algo —susurró, con un gesto de la barbilla hacia delante.
- —¿Qué? —repetí. Seguí la dirección de su mirada, tratando de ver algo entre los árboles—. Yo no tengo ojos atlantianos superespeciales.
- —Y estoy seguro de que te llena de envidia malsana. —Eso era verdad—. Tenemos que estar callados.

Obedecí, cosa que estoy segura de que sorprendió a Casteel. Caminamos con gran sigilo hacia el borde del bosque y, a medida que la densidad de los

árboles disminuía, pude ver que el patio estaba muy iluminado, mucho más de lo que lo había visto jamás.

Y no estaba vacío. En absoluto.

Casteel se detuvo una vez más, tiró de mí para que me arrodillara a su lado. La nieve fría se filtró a través de la tela de mis pantalones y me invadió una sensación de inquietud cuando mis ojos registraron a los hombres montados a caballo. Había docenas; al menos la mitad de ellos estacionados alrededor de un carruaje sin ventanas que era casi negro al resplandor de las antorchas encendidas. Sin embargo, no necesitaba ojos atlantianos especiales para saber que el carruaje no era negro; tampoco necesitaba mejor luz para reconocer el emblema que llevaba en el costado. Las capas que colgaban por encima de las hombreras de las armaduras no eran blancas, eran negras.

Y el carruaje era carmesí.

El emblema era un círculo con una flecha clavada en el centro. El escudo real.

Esos hombres no eran guardias reales. Eran *la* guardia. Miembros de los Caballeros Reales.

- —Han traído a los caballeros —susurré lo obvio, sobre todo porque necesitaba decirlo para creer lo que estaba viendo. Jamás había visto a un caballero fuera de la capital.
- —Sí, han sacado a los caballeros —repuso el príncipe, su tono neutro pero con un deje tan cortante como una navaja. Me soltó la mano—. Bueno, ¿qué vas a hacer, princesa?

Pude sentir la intensidad de su mirada mientras observaba cómo se abrían las puertas de la fortaleza. Aparecieron dos caballeros, sus manos preparadas sobre las empuñaduras de sus sables mientras sacaban a los habitantes de la fortaleza a la intemperie. Una mezcla de incredulidad y confusión palpitaba en mi interior mientras los caballeros ponían a todo el mundo en fila. Reconocí a Elijah y a Magda de inmediato, puesto que estaban cerca de una de las antorchas. Por una vez, el hombre guardó silencio mientras esperaba ahí de pie, los brazos cruzados delante del ancho pecho. No vi a Kieran, tampoco a Naill ni a Delano, pero había al menos dos docenas fuera de la fortaleza y había... oh, Dios mío, había niños entre ellos, tiritando sin sus capas mientras un fino revoloteo de nieve seguía cayendo por el aire. ¿Qué pasaría si Alastir y sus hombres regresaban en medio de esto? Aunque seguro que verían a los Ascendidos antes de que estos los vieran a ellos.

—¿Acudirás a ellos? ¿Gritarás y los pondrás sobre aviso de tu presencia? —preguntó Casteel con voz queda.

- —¿Por qué habría de hacer eso? —Giré bruscamente la cabeza hacia él—. Acepté tu proposición. Rechacé la ayuda de Alastir.
- —Pero eso fue antes de que los Ascendidos estuvieran aquí. Justo delante de ti.
- —Sí, eso fue antes —confirmé. La frustración hizo que la verdad saliera de dentro de mí—. Pero eso no cambia lo que he decidido. Tengo más posibilidades de llegar hasta mi hermano contigo que con ellos.

Una emoción que no supe discernir destelló por su rostro.

—Todavía no puedo creer que fueses a intentar hacer eso sola. No hubieses podido acercarte a él ni un poquito, Poppy. —Ladeó la cabeza y entornó los ojos—. A menos que no planearas hacerlo sola. Por todos los dioses, ¿ibas a permitir que los Ascendidos te encontraran? ¿Eso era lo que pensabas decirle a la primera persona con la que te cruzaras cuando intentaste escapar? ¿Que eras la Doncella? ¿Creías que te llevarían directo a la capital? ¿A él? Si es así, entonces eres muchísimo más insensata de lo que creía.

El aire me abandonó en una exhalación temblorosa.

—Pensé que sería más fácil escapar de ellos que de ti una vez que llegara adonde necesitaba ir.

Me miró como si me hubiese salido otra cabeza.

- —Una vez que llegaras adonde querías estar, Poppy, hubieses estado donde ellos querían que estuvieses, sola y desprotegida.
- —Como si eso fuese diferente contigo. —Apreté los labios en una línea fina y me giré hacia la fortaleza. Uno de los caballeros echó pie a tierra.
- —Conmigo estás protegida y jamás estarás sola —replicó furioso. Noté un tirón en el pecho que hice un gran esfuerzo por ignorar—. Y por cierto, por si te lo preguntabas, tu plan hubiese salido igual de mal que tu paseíto por el bosque —gruñó.
- —¿Crees que este es el mejor momento para volver a discutir sobre algo que ni siquiera importa? —pregunté.
 - —Yo creo que sí importa.
 - —Bueno, pues estás equivocado.
 - —Rara vez me equivoco.
- —Oh, por todos los dioses, creo que prefiero jugármela con ellos que quedarme aquí ni un segundo más contigo.
- —Entonces, es tu día de suerte. Están ahí mismo. Ve con ellos. Diles quién eres.
- —Como si fueras a dejarme hacer eso —escupí, al tiempo que me giraba hacia él.

—Como si tú tuvieras alguna idea de lo que te permitiría o no te permitiría hacer. —Sus ojos estaban casi luminosos de ira—. Pero tienes razón. *Eso* no lo permitiría, porque me niego a grabar tu nombre en la pared de debajo del bosque.

Me estremecí cuando mis ojos muy abiertos conectaron con los suyos. Casteel maldijo al mirar otra vez hacia la fortaleza.

El caballero que había desmontado habló; al parecer, no era uno de los que había hecho voto de silencio.

- —¿Está aquí toda la gente que reside en esta fortaleza?
- —Todos y alguno más —respondió Elijah—. Acabábamos de cenar y estábamos pasando algo de tiempo poniéndonos al día.
- —Interesante —repuso el caballero. Se paró delante de él—. ¿Y aun así, el lord que gobierna New Haven no está en ningún sitio de la fortaleza?
- ¿No... no estaban ahí por mí, sino para buscar a lord Halverston? Mis ojos volaron hacia el carruaje. Pero ¿por qué vendría un Ascendido? ¿Con caballeros?
- —Como ya he dicho, lord Halverston está de caza con varios de sus hombres —contestó Elijah. Yo sabía que eso era mentira. Lord Halverston, un Ascendido, estaba muerto, igual que lo estaban todos los Ascendidos que habían vivido aquí alguna vez—. Partió hace varias noches y regresará en breve. Tiene una cabaña de caza…
- —Hemos comprobado la cabaña de caza arriba en el páramo —lo interrumpió el caballero—. No estaba ahí. No parecía que nadie hubiese estado ahí en bastante tiempo.
- —Si no está ahí, entonces debe de estar tras alguna pieza y habrá decidido acampar en algún otro sitio. —Elijah ni se inmutó—. Estaba encantado de salir un poco de aquí. No habló de otra cosa durante varias noches. Dijo que echaba de menos la emoción de la caza.

Elijah era un mentiroso muy convincente.

Pero no lo bastante persuasivo.

- —¿Ah, sí? —El tono del caballero rezumaba duda.
- —En efecto —masculló Elijah—. Y para ser del todo sincero contigo, no aprecio la insinuación de que no estoy diciendo la verdad. —Bueno, no estaba diciendo la verdad ni remotamente—. Y tampoco aprecio que tú y tus caballeros aparezcáis por aquí a estas horas de la noche con vuestra elegante armadura negra y vuestras capas aún más elegantes —continuó Elijah—. Arrastrando a todo el mundo aquí afuera, con el frío, incluidos los niños, como si ellos os pudiesen ayudar en algo.

—Cuidado, Elijah —murmuró Casteel.

La puerta del carruaje se abrió sin hacer ni un ruido y una voz salió por ella, una que era dulce, casi amistosa.

—Todo el mundo en New Haven puede ser de ayuda si se le da la motivación adecuada. —Magda puso una mano sobre el brazo de Elijah, supuse que para silenciar lo que estuviera a punto de salir por la boca del hombre—. Después de todo, como súbditos del reino de Solis, no debería hacer falta gran motivación si uno es leal a su rey y su reina.

El Ascendido entró en mi línea de visión. Conocía esa cara con forma de media luna y el largo pelo negro azabache.

—Lord Chaney —susurré, apretando las manos contra la corteza de un árbol. El Ascendido no llevaba capa ni guantes, solo una gruesa túnica sobre unos oscuros pantalones ceñidos—. Es de Masadonia. ¿Por qué habría venido aquí en busca de Halverston?

Eso no tenía sentido, a menos que... estuviera equivocada al pensar que habían venido en busca del lord de New Haven.

Casteel no dijo nada y mi inquietud aumentó cuando lo miré. Tenía la barbilla baja, la mandíbula apretada y en tensión mientras miraba al frente. Su mano se cerró en torno a la empuñadura de su espada corta.

- —Encuentro que la ausencia de lord Halverston es preocupante, y tendremos que abordarla en profundidad —comentó Chaney. Mis ojos volaron de vuelta hacia él—. Sin embargo, he recorrido todo este camino para un asunto mucho más importante que debe tratarse primero. Sé que nunca nos habíamos visto, así que creo que es importante informaros de que, a diferencia de los caballeros, yo no soy tan paciente cuando de tolerar a súbditos poco cooperadores se trata.
- —Tampoco es que sus caballeros sean demasiado pacientes que se diga —apuntó Elijah.

Chaney se rio, el sonido tan frío como el viento que arrastraba la nieve por el suelo. No sabía gran cosa acerca de lord Chaney, aparte de verlo en las reuniones del Consejo. A veces, cuando me paseaba a escondidas por el castillo de Teerman, lo oía con el duque o la duquesa. Todos los Ascendidos me daban escalofríos, pero Chaney parecía bastante agradable. Siempre asentía con educación en mi dirección cuando nos cruzábamos, nunca me miraba durante demasiado tiempo, y por lo que sabía había sido amable también con el personal de servicio.

—Bueno, pues entonces, por favor toma nota de que yo soy aún menos paciente. —El Ascendido se detuvo delante de uno de los niños, uno de los

chiquillos que había visto correr de casa en casa el día que llegamos a New Haven. También había estado a las puertas de los establos la noche en que me había enterado de la verdad sobre Casteel—. Me han informado de que llegaron unos visitantes hace no demasiados días.

Mi espalda se puso rígida. Tenían que estar ahí por mí, pero ¿cómo habían descubierto tan deprisa que estábamos aquí?

—Lo han informado mal, milord —respondió Elijah—. No ha habido visitantes. Solo personas que regresaban a la fortaleza.

El lord pasó por delante de Elijah, las manos cruzadas a la espalda. Se paró de nuevo, esta vez delante de un anciano que tenía un brazo alrededor de otro que parecía apenas capaz de mantenerse en pie.

- —Estoy aquí en nombre de la Corona. —Miró hacia atrás a Elijah—. Así que espero que no me mintáis. Hacerlo sería lo mismo que mentirle al rey y a la reina, y eso se consideraría un acto de traición. Aunque casi siempre actúan como nuestros benevolentes benefactores, siguen siendo nuestros regentes. ¿Está claro?
 - —Cristalino —respondió Elijah, estoico.
- —Bien. —Chaney giró en redondo hacia donde esperaba Elijah. Descruzó sus manos—. Sé de buena tinta que un grupo llegó aquí hace pocas fechas. Puede que yo los llame visitantes. Tal vez tú te refieras a ellos como «personas que regresaban a la fortaleza». Semántica. Así que lo dejaremos pasar. Una mujer joven viajaba con ellos. ¿Dónde está?

Solté una temblorosa bocanada de aire. No sentía nada más que una creciente sensación de miedo.

Fue Magda la que habló.

—No ha regresado ninguna mujer en fechas recientes, milord.

Mis dedos se clavaron en la corteza mientras Chaney la miraba, demasiado lejos para poder leer su expresión. A pesar de que sabía lo que sucedería, abrí mis sentidos y los estiré hacia él para formar esa conexión intangible con el lord.

No sentí nada. Una nada enorme. Interminable. Vacía. ¿Y había sido lo mismo para los guerreros Empáticos, que eran mucho más fuertes que yo? ¿Acaso los Ascendidos no tenían ninguna emoción mortal en absoluto? Se me puso la piel de gallina por todo el cuerpo y trasladé mis sentidos hacia Elijah. En cuanto conecté con él, sentí el abrasador y ácido calor de la ira, y el sabor salado de la determinación férrea. No tenía miedo. Para nada. Retiré mi don.

Chaney chasqueó los dedos y uno de los caballeros se adelantó para abrir la puerta del carruaje. Fruncí el ceño y me incliné hacia delante al tiempo que

una figura enjuta salía por ella, los hombros encorvados, la cabeza gacha.

- —Oh, por todos los dioses —susurré. Me eché hacia atrás tan deprisa que perdí el equilibrio. Casteel me frenó antes de que cayera.
 - —Tranquila —murmuró.
 - —Es la Sra. Tulis —le dije, aturdida.
- —Tienes que esconderte bajo tierra. —Empezó a darme la vuelta, pero me resistí.
 - -No.
 - —No tienes por qué ver esto —insistió.

Pero tenía que hacerlo.

Tenía que verlo.

Casteel maldijo, pero no me obligó a moverme.

La mujer no llevaba más que un viejo vestido deshilachado. Se paró a poca distancia del carruaje y temblaba con tal violencia que me pregunté cómo podía seguir en pie. El viento tiraba del moño de su pelo y zarandeaba mechones que ya se habían soltado. Tenía los brazos enroscados en torno al pecho; los brazos *vacíos*.

- —¿Dónde está su hijo? —pregunté. Casteel negó con la cabeza cuando lo miré.
- —Dígamelo otra vez, Sra. Tulis —la instó Chaney, parándose de nuevo—. ¿Quién llegó aquí hace solo unos días?
- —Er... era la Doncella —tartamudeó, y se me cayó el alma a los pies—. La El... Elegida. Vino con otros desde Masadonia. —Dio un paso tentativo hacia Elijah—. Lo siento. Él...
- —Eso será suficiente, Sra. Tulis. —Fue todo lo que Chaney tuvo que decir. La mujer se calló al instante y se hundió en sí misma—. Estoy seguro de que todos vosotros sabéis quién es la Doncella. La estaban escoltando a la capital. Y como estoy seguro de que también sabéis, New Haven no es parte de la ruta que uno sigue para llegar ahí. Detenerse aquí no era parte del plan.
- —Aquí no hay ninguna Doncella. En ningún sentido de la palabra declaró Elijah, y unos cuantos de la fila se rieron entre dientes.
 - —Su boca —murmuró Casteel— será su perdición algún día.

Mucho me temí que ese día pudiera llegar más pronto que tarde cuando Chaney pareció respirar hondo.

- —¿Estás diciendo que es una mentirosa? —preguntó.
- —Todo lo que estoy diciendo es que en esta fortaleza no hay ninguna Doncella —contestó Elijah, lo cual, técnicamente, no era mentira.

—Muy bien. —Chaney asintió y luego se movió a toda velocidad, como podían hacerlo todos los Ascendidos, casi tan deprisa como un atlantiano. En un momento estaba a varios metros de la Sra. Tulis y al siguiente, estaba detrás de ella, los dedos hundidos en su pelo azotado por el viento. Sonó un violento crujido cuando retorció su cuello hacia el lado.

Di una sacudida hacia delante y me planté las manos delante de la boca para silenciar el grito que se acumulaba en mi garganta. Elijah hizo ademán de ir hacia el lord, pero se paró en seco cuando varios de los caballeros desenvainaron sus espadas.

Con los ojos muy abiertos por la incredulidad, observé a lord Chaney levantar las manos. La Sra. Tulis se desplomó en un montón flácido a sus pies. Incluso después de haber visto la cámara subterránea con todos esos nombres, no podía... nada podía haberme preparado para lo que vi. Le había partido el cuello. Así sin más. La había matado como si no significara nada, como si su vida no tuviese ningún valor. Bajé las manos despacio.

—¿Por qué? —preguntó Magda, los dedos apretados contra su tripa redondeada—. ¿Por qué ha hecho algo así?

Lord Chaney pasó por encima del cuerpo de la Sra. Tulis como si no fuera nada, como si fuese algo totalmente olvidable.

—¿Por qué habría de quedar sin castigo por mentir?

Oh, por los dioses. Me sacudió un violento escalofrío. La mujer no había mentido. Y Magda lo sabía. Todos ellos lo sabían.

—A menos que seáis vosotros los que mentís —dijo—. Y la única razón que se me ocurre para ello es que varios de vosotros, o todos, seáis Descendentes. Como la que habéis acusado de mentir. Después de todo, ella vivía antes en Masadonia pero desapareció con su marido y su hijo poco después del Rito y después de que su muy pública solicitud para evitar el Rito fuese rechazada. Su muerte ha sido rápida y justa.

¿Su muerte había sido justa? No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Y cómo la había atrapado cuando estaba en New Haven? ¿Y dónde estaba Tobias?

—Pero bueno, volvamos al tema que teníamos entre manos. La Doncella es muy importante para el reino. Más valiosa que cualquiera de vosotros — informó a la fila de gente—. ¿Dónde está?

Nadie dijo nada.

Chaney miró al único guardia que había hablado. Sin decir una palabra, se abalanzó hacia delante y clavó su espada bien hondo en la tripa de uno de los hombres de la fila.

Sentí una oleada de horror al tiempo que Casteel se levantaba de un salto. Sin embargo, se detuvo, gruñendo en voz baja. El aire a su alrededor vibraba de rabia y mis sentidos se intensificaron mientras la agonía del hombre rielaba por todo el patio. Mi garganta se comprimió mientras luchaba por resistirme al casi irreprimible impulso por conectar con él. No podía permitírmelo. Sería demasiado.

El hombre se tambaleó, pero no chilló. Ni siquiera gritó de dolor. Imaginé unas tijeras gigantescas que cortaban todos los hilos que mi don estaba intentando tender para conectar con él... con Casteel... con todos los otros. La ira impregnó el aire, caía con mayor intensidad de lo que lo había hecho la nieve, y temblé del esfuerzo que estaba haciendo para bloquearla. Para encerrarla bajo llave antes de que la necesidad de aliviar el sufrimiento del hombre y el miedo y la ira de los demás me sobrepasara.

Antes de que yo misma empeorara las cosas.

Ni uno solo de los miembros de la fortaleza que estaban ahí de pie movió ni un músculo cuando el hombre levantó la cabeza y escupió a la cara del caballero, que retorció la espada antes de extraerla. Un chorro rojo brotó del estómago del hombre, espeso y viscoso. Cayó sobre una rodilla.

—Que te jodan —masculló el hombre.

La segunda estocada fue más bien un tajo que seccionó la cabeza del hombre de sus hombros. Hubo exclamaciones ahogadas. Al menos pensé que eran eso, pero la sangre palpitaba con demasiada fuerza en mis oídos. Quizás fuese yo misma la que había reaccionado.

Casteel se levantó una vez más, sus manos se abrían y cerraban a sus lados. Un músculo se tensó a lo largo de su mandíbula, luego estiró el cuello a derecha e izquierda antes de volver a arrodillarse a mi lado.

La bilis trepó por mi garganta cuando el caballero se limpió el escupitajo de la mejilla con el dorso de la mano libre.

—Voy a matar a ese tío —juró Casteel en voz baja, su tono más frío que el aire que respirábamos—. Lo voy a matar despacio y de manera muy dolorosa.

Uno de los otros caballeros dio un paso al frente y agarró a un niño (el que había corrido de casa en casa cuando llegamos a New Haven). Apretó la punta de la espada debajo de la barbilla del chiquillo.

Se me paró el corazón.

—Así es como son en verdad. —Casteel me agarró de la barbilla y atrajo mi atención hacia él—. Eso es lo que creíste que sería más fácil manipular para escapar. —Me estremecí. Los ojos de Casteel buscaron los míos—. Lo

sé. Lo *entiendo*. Incluso después de todo lo que te he dicho sobre los Ascendidos y lo que te he enseñado, verlo sigue causando conmoción. —Su voz se suavizó, soltó algo del hielo—. Siempre es diferente cuando lo ves.

Lo era.

Chaney se volvió hacia la fila.

- —Si habéis escondido a la Doncella en alguna parte, solo tenéis que decirme dónde. Si otras personas partieron con la Doncella, entonces solo tenéis que decirme a dónde iban. Decidme dónde está. Es así de sencillo. Demostradme que les tenéis aprecio a vuestras vidas.
- —¿Y después qué? ¿Se marchará de este lugar? Como si fuera a dejarnos con vida si se lo dijésemos —gruñó Elijah—. Puede que yo tenga momentos de profunda estupidez, pero no soy tan tonto.
 - —Creo que eso es debatible —le rebatió Chaney con una risita.
- —Quizás —repuso Elijah, y casi pude oír el desdén en su voz—. Pero yo no soy el que se esconde detrás de un niño.

El Ascendido se quedó muy quieto mientras a mí se me ponían de punta los pelos de la nuca.

- —¿Estás sugiriendo que soy un cobarde?
- —Eso lo ha dicho usted. —Elijah descruzó los brazos—. No yo.

Casteel atrajo otra vez mi atención hacia él mientras se agachaba hacia su bota con la otra mano.

—Desearía que no hubieses tenido que ver nada de esto nunca.

No me dio la oportunidad de responder. Se puso de pie tan deprisa que, en un abrir y cerrar de ojos, había llegado al borde del bosque.

Tardé un momento en darme cuenta de que el sitio en el que había estado arrodillado a mi lado no estaba del todo vacío.

Ahí, sobre una cama de hojas muertas y nieve descansaba una hoja del color de la sangre, con un mango hecho de suave hueso color marfil. Una daga de hueso de *wolven*. *Mi* daga de hueso de *wolven*.

Despacio, la levanté con mano temblorosa, su peso familiar y bienvenido. Miré hacia donde Casteel se movía como una sombra entre los árboles. ¿Hacía cuánto tiempo que la tenía? ¿Y por qué me la devolvía ahora?

Porque la piedra de sangre, o heliotropo, podía matar a un Ascendido.

Me había dejado con un arma que podía utilizar si el Ascendido lograba llegar hasta mí.

—¿Está buscando a la Doncella? —dijo Casteel en voz bien alta. El lord giró en redondo. Varios de los caballeros se colocaron de inmediato a su lado.

Chaney inclinó la cabeza mientras Casteel se adentraba en el claro.

- —¿Quién demonios eres tú?
- —¿Que quién soy yo? —Casteel se rio como si todo aquello fuese una broma para él—. ¿Quién cree que soy?

Me levanté despacio, bien pegada a la base de un árbol antes de girar a su alrededor. Me paré cuando vi un destello de pelo pardo en la zona de los establos. *Kieran*. Caminó con sigilo por el lateral del edificio para luego desaparecer entre sus sombras.

—No lo sé —repuso Chaney—. Pero espero que seas alguien que pueda responder a mi pregunta. Odiaría ver una vida tan joven terminar de golpe.

Mis dedos se apretaron en torno al mango de hueso de mi arma mientras me deslizaba hacia delante una vez más. Mis ojos saltaron hacia el caballero. ¿Podría llegar hasta detrás de él antes de que me viera nadie? ¿Antes de que lord Chaney diera la orden de actuar y acabaran con otra vida? Solo haría falta un leve gesto afirmativo y la vida de ese niño habría terminado.

El suave crujido de hojas secas me hizo girar la cabeza a toda velocidad hacia la derecha. Un gran *wolven* blanco rozó contra el árbol detrás del que había estado escondida hace un instante, casi mimetizado con la nieve.

Me vino un recuerdo repentino: estaba tumbada en la celda después del ataque que había encabezado Jericho. Me desangraba. Un *wolven* de pelo blanco había empujado mi mejilla con su nariz y luego había aullado. Creía que había sido Kieran, pero en realidad había sido este *wolven*.

Había sido Delano.

Me miró, sus pálidos ojos azules brillantes contra los mechones de pelo blanco. Hizo un suave ruido amistoso al acercarse hasta donde estaba yo. Su cabeza llegaba más arriba que mi cadera y tuve el más extraño impulso de estirar la mano y rascarle la oreja. Sin embargo, me reprimí. No parecía apropiado.

Casteel se paró en medio del patio, los brazos a los lados.

—Puedo contestar a su pregunta. La Doncella está aquí.

Eso me dejó paralizada.

- —¿Ah, sí? —Lord Chaney dio unas palmadas mientras miraba por el patio a su alrededor, hacia los que había puesto en fila—. Bueno, no ha sido tan difícil, ¿verdad? He hecho una pregunta y he recibido una respuesta.
- —Debería preguntar por qué sabe que la Doncella está aquí —musitó Elijah con una risita desdeñosa, y vi a Magda dar un pasito atrás.

Muy consciente de que Delano me pisaba los talones, seguí avanzando mientras lord Chaney miraba a Casteel. Llegué hasta los últimos árboles y me paré cuando Chaney volvió a hablar.

- —Todavía no has dicho quién eres —dijo en voz baja—. ¿Vas a responder a eso?
- —Soy originario del primer reino. —La voz de Casteel se propagó como el viento y la nieve, resbaló por encima de los caballeros que se giraron uno a uno para mirar en su dirección—. Creado de la sangre y las cenizas de todos aquellos que cayeron antes de mí. He resurgido para recuperar lo que es mío. Soy aquel al que llamáis Señor Oscuro —declaró y unos escalofríos danzaron por mi piel—. Sí, tengo a la Doncella. Y no la voy a devolver.

Lord Chaney cambió.

De un plumazo, desapareció la fachada de civismo. Su rostro se contorsionó, sus mejillas se afilaron mientras su mandíbula se abría. Esos ojos ardieron como brasas. Como los de un *Demonio*. Me tambaleé hacia atrás y choqué contra Delano cuando vi...

Cuando vi la verdad una vez más.

El Ascendido enseñó sus colmillos al sisear como una serpiente enorme y se puso en cuclillas.

—Los míos son más grandes que los tuyos —respondió Casteel a su vez. Avanzó con ademán depredador.

Y entonces los caballeros *cambiaron*, al menos la mitad de ellos, revelando unos caninos alargados mientras retraían sus labios. Me dio la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies, aunque el mundo entero parecía haberse parado. Había Ascendidos en el Ejército Real. Eso... era algo inaudito. Solo los Regios Ascendían. Eso era lo que nos habían contado...

Y era otra mentira más, otro hecho que quedaba a la vista de todos los presentes en ese momento. De inmediato, supe otra verdad. Los Ascendidos no tenían intención de que nadie saliera del patio con vida esta noche.

Capítulo 15



Fue... fue un caos.

La mitad de los caballeros se abalanzaron sobre Casteel y los otros se giraron hacia los residentes alineados.

Elijah agarró el brazo de un caballero que había levantado una espada y estampó su puño cerrado contra él. El crujido del hueso provocó un aullido de dolor, pero Elijah no perdió ni un segundo: agarró la espada y la volvió contra el guardia. La espada era de heliotropo e hizo lo que se esperaba de ella: perforó la armadura negra y se hundió bien profundo en el pecho del hombre. Elijah liberó la hoja y yo esperaba ver al caballero caer, igual que un Demonio, mientras Elijah daba media vuelta y su espada se estrellaba contra otra. Hubo gritos de dolor y un espantoso sonido sibilante, pero no pude apartar los ojos del caballero.

No se limitó a caer como haría un Demonio. Aparecieron fisuras en sus mejillas, se extendieron por su cara y bajaron por su cuello para formar una red de fracturas que desaparecían debajo de la ropa y la armadura. Su piel se... *agrietó*.

Tiras enteras de piel se levantaron y se desprendieron, para desintegrarse en polvo que fue atrapado y arrastrado por el viento. En cuestión de segundos, no quedó nada del caballero excepto la ropa y la armadura que una vez había llevado, hechas un gurruño en el suelo.

Los Demonios no morían así. Sus cuerpos quedaban enteros. Tampoco al duque le había ocurrido esto, aunque a él lo habían matado con una vara fabricada con madera de un árbol del Bosque de Sangre. Y no había sucedido nada así cuando maté a lord Mazeen, pero en ese caso la hoja había sido de acero. No de piedra de sangre.

Mis ojos se posaron en mi daga de hueso de *wolven*. ¿Era... era eso lo que el heliotropo les hacía a los Ascendidos?

Durante unos segundos preciosos, me quedé paralizada donde estaba, mis ojos volaban por el patio, observaban el entrechocar de espadas y cuerpos, la sangre que salpicaba la nieve.

Los caballeros... no solo se estaban defendiendo de los Descendentes. Los estaban *atacando*. Muchos todavía tenían sus espadas en sus vainas. Sus armas eran sus colmillos y su fuerza. Superaron a los mortales entre la gente de la fortaleza casi de inmediato, sus rostros retorcidos en gruñidos, sus colmillos centelleando a la luz de la luna. Volaron hacia ellos y se abalanzaron sobre algunos para tirarlos al suelo como... como haría un Demonio. Notaba las rodillas extrañamente débiles mientras los observaba.

Sed de sangre.

Tal vez no chillaran como los Demonios ni tuvieran un aspecto descompuesto y medio muerto, pero lo que estaba viendo era sed de sangre pura y dura.

Cualquier duda que pudiera quedarme sobre todo lo que Casteel había dicho casi había desaparecido cuando vi la cámara. Pero ahora, ya no quedaba ninguna. Esta era la verdadera cara de los Ascendidos, y jamás había visto nada más aterrador.

Apareció Naill. De dónde, no estaba segura. Agarró a un caballero de la nuca y lo separó de un hombre. Incrustó su espada corta en la espalda del caballero, pero ya parecía demasiado tarde para el hombre. Cayó al suelo, su cuello destrozado.

De repente, Delano pasó por mi lado a la carrera y me sacó de mi estupor. Con un solo salto poderoso, derribó a un caballero que había agarrado a una mujer y tenía la cara enterrada en su cuello, los dientes en su garganta. La mujer se tambaleó unos pasos, una mano apretada sobre la herida.

Parpadeé y luego me giré para ver a Casteel clavar una espada en el pecho de un caballero y después dar media vuelta, dejando la espada ahí. Agarró la cabeza de otro caballero y tiró de ella hacia atrás. La cabeza del Ascendido se inclinó y Casteel...

Todo el aire que tenía se escapó entre mis labios entreabiertos.

Mordió el cuello del caballero, desgarrándolo. Tiró al hombre a un lado, escupió su sangre y al mismo tiempo arrancó la espada del pecho del otro, un segundo antes de que el caballero se convirtiera en cenizas.

Escudriñé el patio pues había perdido de vista a lord Chaney. Sin embargo, sí vi a un caballero que retrocedía. Era el que había agarrado al

niño; todavía lo utilizaba de escudo, la espada pegada a la barbilla del chaval.

La daga de *wolven* casi vibraba en mi mano y, *por fin*, me estaba moviendo. El instinto espantó al horror y fue como estar en el Adarve o, más recientemente, cuando me había enfrentado a los Demonios. Una sensación de concentración y calma se instaló sobre mí cuando entré en el patio a la carrera, fui directo hacia el carruaje. Por el rabillo del ojo, vi a Kieran saltar sobre un caballero que tenía a Elijah acorralado contra la pared de piedra de la fortaleza. Agarró al caballero con sus poderosas mandíbulas de *wolven* y lo arrojó al suelo. Entonces apareció Magda, que le hincó una de las espadas de heliotropo.

Ralenticé el paso mientras me movía por la parte de atrás del carruaje. Me paré al borde. Me asomé y vi al caballero que arrastraba hacia los establos al niño, que ahora no paraba de forcejear, un grueso brazo en torno al cuello. A la luz de la luna, los grandes ojos aterrados del chiquillo se cruzaron con los míos un momento antes de que el caballero diera media vuelta.

—Sigue luchando —le gruñó el caballero—. Eso sí que hace bombear mi sangre.

El niño ya no era un escudo.

Era comida.

La furia bombeó *mi propia* sangre. Salí de detrás del carruaje y crucé la distancia entre nosotros mientras daba la vuelta al grueso mango de la daga, de modo que la sujetaba por la hoja. Justo como me había enseñado Vikter.

El caballero se giró de repente, arrastrando al niño como si no fuera nada más que una muñeca de trapo. Levantó la espada mientras sus ojos, negros rojizos a la luz de la luna, me recorrían de arriba abajo. También por mi cara. Por mis *cicatrices*. Abrió los ojos como platos al reconocerme. Sabía quién era. Su brazo se aflojó, descendió un pelín al bajar la espada.

Vi mi oportunidad.

La aproveché.

La daga salió volando de mis dedos, giró por el aire, y la hoja dio en el blanco. Cortó a través del ojo del caballero y se incrustó bien hondo en su cerebro. Su mano sufrió un espasmo, se abrió y soltó la espada. Cayó al suelo mientras aparecían diminutas grietas por todo su cuerpo, avanzando a toda velocidad por su piel. Eran finas pero profundas, y cuando se desintegró, fue casi como si se hundiera sobre sí mismo.

—Alucinante —exclamó el niño, los ojos muy abiertos. Se giró y se agachó para recuperar la daga de la armadura. Me la entregó—. ¡Le has dado! ¡Le has dado justo en medio del ojo! ¿Cómo lo has hecho? ¿Me enseñarás?

Aliviada de ver que el chiquillo no estaba traumatizado en lo más mínimo, mis labios se curvaron un poco.

- —Quizás...
- —¿Un dos por uno especial? —dijo una voz detrás de nosotros—. Perfecto.
- —Corre y escóndete —le dije al niño, y lo empujé para que se marchara. Con la esperanza de que me hiciera caso, me enfrenté al caballero. Tenía la boca pringada de sangre y entrañas en espesos pegotes. Empezaba a pensar que el voto de silencio no aplicaba cuando no estaban ocultando lo que eran.

O no le habían dado una descripción de mi aspecto, cosa que no parecía posible, o había perdido demasiado la cabeza por la sed de sangre. Eso sonaba más probable. Me enseñó los colmillos, siseando al agacharse. Ahora vi que sus dientes eran como los de los Demonios. No tenían solo dos colmillos, sino cuatro. Dos arriba y dos abajo. Cortos y fáciles de esconder, pero no por ello menos letales.

El caballero se lanzó a la carga con toda la gracia de un *barrat*. Consciente de que me costaría perforar la armadura, incluso con una daga de heliotropo, tensé todo el cuerpo. En el mismo momento que sus dedos rozaron mi brazo, di un paso hacia un lado y empujé la daga hacia el centro de su pecho con todas mis fuerzas. Mi golpe encontró resistencia, pero el propio peso corporal del caballero y su impulso funcionaron a mi favor. La hoja perforó la armadura y luego el pecho.

El grito de dolor del caballero y su sorpresa terminaron de manera abrupta. Extraje la daga de un tirón y me eché atrás a toda velocidad cuando las fisuras aparecieron por su piel. No quería estar en ninguna parte cerca de él cuando se desintegrara. La idea de que la ceniza, que *partes* de él, cayeran sobre mí, sobre mi pelo, se metieran en mi boca... o, dioses, en mis ojos... me daba ganas de vomitar.

—¿Doncella?

Se me puso de punta el pelo de la nuca al oír el sonido de la voz de lord Chaney. Di media vuelta y se me subió el corazón a la garganta. Tenía los colmillos escondidos, su expresión plácida no era de asombro. Manaba sangre de una herida en su pecho. Daba la impresión de que alguien casi lo había alcanzado con una espada o una daga, pero que él había sido demasiado rápido. Lo que había causado el vuelco de mi corazón era lo que sujetaba contra él.

Era el niño.

O bien no me había hecho caso o bien no había sido lo bastante rápido. Lord Chaney tenía una mano enroscada en torno al cuello del chico. Unos hilillos de sangre resbalaban de los puntos en los que las uñas del Ascendido se clavaban en su piel.

- —Me dijeron que tenías cicatrices —dijo el lord. Sus ojos lucían como el más negro de los fuegos cuando se posaron en mi daga—. Suponía que se referían a un arañazo o dos, solo un defecto menor. Pero eres tú.
- —Soy yo. —Repasé a toda prisa los posibles escenarios mientras el niño temblaba. Casi todos terminaban con la muerte del chaval, y yo no podía llevar eso sobre mi alma. Demasiadas personas habían muerto ya o estaban gravemente heridas. Se grabarían nombres en las paredes de la cámara, y todo porque los Ascendidos habían venido a por mí. Solo veía una manera de que el niño sobreviviera—. Está aquí para salvarme. —Las palabras supieron a cenizas en mi lengua—. Gracias a los dioses.

Lord Chaney me miró con atención.

- —¿Estás segura de que necesitas que te salven? Acabas de matar a dos caballeros.
- —Uno de ellos estaba intentando hacerle daño al niño, y el otro caballero... me asustó —balbuceé—. Creí que iba a hacerme daño. No sabía que había Ascendidos entre los Caballeros Reales.

Esbozó una sonrisa sin ningún humor.

—Ya no hay necesidad de tener miedo, Doncella —me dijo—. Estás a salvo. Depón el heliotropo.

Todos mis pelos seguían de punta. La daga era mi única arma contra un Ascendido. Sin ella, el enclenque cuchillo de carne sería de muy poca ayuda. Igual que lo hubiese sido si hubiese logrado escapar la noche anterior. Casteel tenía muchísima razón acerca de lo mal que habría salido eso, aunque este no era el mejor momento para recriminarse cosas.

—Le está haciendo daño al niño.

Las cejas del lord se arquearon mientras el sonido de la lucha proseguía en el patio.

- —¿Ah, sí?
- —Está sangrando —afirmé.

El lord no me quitó los ojos de encima. Sabía que no podría lanzar la daga como había hecho antes. Ya no tenía el elemento sorpresa.

- —Es un Descendente, Doncella.
- —Es solo un niño...

—El hijo de las personas que trataron de secuestrarte. Su seguridad debería ser la menor de tus preocupaciones. Es mucho más preocupante que estás delante de mí sin velo, no solo sujetando una daga de heliotropo sino también con los conocimientos para utilizarla.

Casi me eché a reír. Solo un Ascendido podría creer que mi rostro sin velo y mi habilidad para luchar eran más preocupantes que el destino de un niño.

- —Pero es solo un chiquillo y créame cuando le digo que es un segundo hijo —me apresuré a mentir—. Está destinado a Ascender y los dioses se disgustarán mucho si le ocurriera algo, ¿no cree?
- —Ah, sí. No quisiera disgustar a los dioses. —Aflojó los dedos y el niño logró respirar un poco. El lord colocó las manos sobre los hombros del niño —. Deja la daga. Ya no la necesitas. Entonces lo soltaré. Te sacaré de aquí y te llevaré de vuelta con tu reina. Está muy preocupada por ti, Doncella.

Con la daga, tenía una oportunidad. Lord Chaney era rápido, y más listo que el caballero. No se abalanzaría sobre mí como un jabalí salvaje. Tendría que ser lista. Pero ¿sin mi arma de heliotropo? No tenía ni una oportunidad. El lord no me mataría. Los Ascendidos me necesitaban. Pero ¿al niño? Lo mataría sin pensarlo dos veces. Mis ojos bajaron hacia el chico. Había estado en los establos gritando «De sangre y cenizas» cuando los otros exigían que me devolvieran a la reina cortada en pedazos. Pero no era más que un niño.

Solté el aire despacio y abrí la mano. La daga resbaló de mis dedos. Cayó al suelo con un golpe sordo que sonó como una puerta al cerrarse.

—Estoy lista para volver a casa. —Controlé mi voz—. Con mi reina. Por favor.

Lord Chaney sonrió de nuevo y el miedo me atenazó el estómago. Asintió, y esa fue la única advertencia que tuve antes de que un dolor espeluznante explotara en la parte de atrás de mi cabeza. Mi mundo se sumió en la oscuridad.



Zarandeada de vuelta al mundo consciente, desperté con un atroz dolor de cabeza, como si se me estuviera partiendo en dos, y una sensación seca y algodonosa en el fondo de la boca. El constante y brusco cabeceo me forzó a abrir los ojos. Todo era como un manchurrón carmesí.

Parpadeé hasta que mi vista se aclaró. Una lámpara de gas proyectaba un resplandor suave por el entorno carmesí. Estaba dentro de un carruaje,

tumbada sobre un banco mullido forrado de rojo. Respiré hondo y casi empecé a toser por la densa colonia demasiado dulzona.

—Te despiertas.

Se me cayó el alma a los pies. Lord Chaney. Me enderecé, inestable; hice una mueca cuando el dolor alanceó con intensidad la parte de atrás de mi cráneo. El Ascendido entró en mi campo de visión mientras alargaba la mano y tocaba la piel con cuidado. Estaba tierna y había un pequeño chichón, pero nada de sangre, aunque la zona palpitaba.

- —Me ha golpeado —lo acusé, la voz áspera.
- —Yo no fui —repuso lord Chaney. Estaba sentado con una postura arrogante, los brazos apoyados sobre el respaldo del banco—. Te golpeó *sir* Terrlynn. Fue desagradable pero necesario.
- —¿Por qué? —Me apresuré a mirar a mi alrededor por el carruaje. No había nada que pudiera utilizar como arma y dudaba de que hubiese heliotropo o estacas del Bosque de Sangre escondidas en alguna parte.

Aunque... sí tenía el cuchillo. Pero ¿qué iba a hacer con un cuchillo de carne contra un Ascendido?

—Teníamos que darnos prisa y temía que fueras a... retrasarnos de algún modo. Sin querer. —Se movió en el banco, vi arrugas de tensión formarse en las comisuras de su boca.

Bajé la vista al tiempo que apoyaba la mano en el asiento a mi lado. La herida que el lord tenía en el pecho era visible bajo la raja de su túnica. La piel enrojecida estaba desgarrada y el corte parecía profundo. Los Ascendidos eran famosos por curarse deprisa de sus heridas, como los atlantianos.

- —¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —pregunté. Sin ventanas, era imposible saber si era de día o de noche.
 - —Has dormido como una hora.

Mi corazón se tropezó consigo mismo. ¿Una hora? Por todos los dioses, no podía creer que el hombre hubiese podido escapar de la fortaleza siquiera. Que hubiese podido eludir a Casteel. Porque el príncipe tenía que haberse dado cuenta de que me habían capturado.

Aunque... ¿y si creía que me había marchado con el Ascendido por voluntad propia, incluso después de todo lo que había visto y me habían dicho? Se me comprimió el pecho, pero no podía preocuparme por eso ahora. Eché una miradita a la puerta. Por encima del sonido de las ruedas del carruaje, pude oír el ruido atronador de cascos de caballos. No estábamos solos.

—Si estás planeando escapar, te recomendaría que no hicieras algo tan estúpido —me aconsejó lord Chaney—. Viajamos a una velocidad considerable y dudo de que sobrevivieras a una caída semejante. Y si lo hicieras, has de saber que no viajamos solos. *Sir* Terrlynn cabalga a nuestro lado, lo mismo que varios caballeros y guardias.

Aspiré una bocanada de aire poco profunda e ignoré las intensas náuseas cuando miré los ojos negros como el carbón del *vampry*. Un escalofrío recorrió mi piel. Aunque no me había planteado saltar de un carruaje en marcha, desde luego que estaba planeando cómo escapar. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado en la biblioteca, pero calculé que debíamos estar a unas cuantas horas del amanecer, cuando el lord y los caballeros tendrían que buscar refugio contra el sol. Esa sería mi oportunidad para escapar.

¿Y luego qué?

No tenía ni idea, pero tendría que averiguarlo cuando llegara a ese punto. Hasta entonces, sería mejor si pudiera convencer al lord de que iba con ellos de manera voluntaria.

- —¿Por qué cree que querría escapar? —pregunté, mientras me echaba hacia atrás, cruzaba las manos en mi regazo y cruzaba también los tobillos. Me senté justo como lo haría si llevara el velo. Era como ponerse una máscara, un disfraz tóxico y sofocante—. Temía que no fuese a venir nadie a por mí. Me sorprende que me encontrara tan deprisa.
- —Tenemos ojos por todas partes, Doncella —repuso. Se frotó la zona de encima de la herida—. Incluso en lugares en los que los Descendentes están bien arraigados.
- —¿Así es como encontró a la Sra. Tulis? ¿La mujer que... que estaba con usted? —En este mismo carruaje, posiblemente donde estaba sentada yo. Y ahora estaba muerta sobre el frío suelo. ¿Dónde estaba su hijo?

Apareció una sonrisa tensa.

—Fue mera coincidencia que la encontráramos. Estaba a varios kilómetros de New Haven, a pie, caminando por la nieve. Estaba casi congelada cuando la encontramos. Menuda idiota. —Soltó una risa áspera y me entraron ganas de pegarle un puñetazo y que esa risa fuese su último aliento—. Dijo que el Señor Oscuro había matado a su marido.

La Sra. Tulis no había elegido ninguna de las opciones de Casteel. Con el corazón aún más apesadumbrado, reprimí un escalofrío. ¿Había sabido Casteel que la Sra. Tulis se había marchado? ¿Podía culparla? Era probable que temiera que le ocurriese lo mismo.

—Ya estábamos de camino a New Haven, solo unos días por detrás de vosotros —me contó—. Habíamos descubierto que varios de tus escoltas no eran quienes decían ser. Los Descendentes se habían abierto paso incluso hasta los más altos rangos de nuestros guardias.

¿Se referiría al comandante Jansen? Tendría sentido, si habían descubierto que había ayudado a Casteel. Si era así, tenía claro que Jansen ya estaría muerto.

- —La Sra. Tulis fue un descubrimiento inesperado, pero confirmó que una mujer viajaba con el Señor Oscuro, alguien que los otros susurraban que era la Doncella —me dijo. Tragó saliva—. La mujer tenía razón.
- —Pero si lo sabía, ¿por qué la mató? —pregunté, pues parte de mí necesitaba comprender una acción semejante.
 - —Huyó de la ciudad en lugar de obedecer la orden del Rito.

Esperé a que dijera algo más, pero no hubo más palabras. Respiré hondo, aunque casi me dieron arcadas por el aroma floral de su colonia.

—¿Qué pasó con su bebé? ¿Su hijo?

Lord Chaney se limitó a sonreír. No hubo explicación. Nada. El miedo me atenazó el pecho al ver la fría e inhumana curva de sus labios. No podía haberle hecho nada al niño, ¿verdad? Cerré los ojos unos instantes. Mi rechazo no provenía de la ingenuidad, sino de la incapacidad para imaginar cómo alguien podía sonreír si le había hecho daño a un bebé. Sin embargo, había tanto niños, algunos muy pequeños, que se entregaban a los templos durante el Rito... Existía una razón para que nadie volviera a verlos, y no tenía nada que ver con su servicio a los dioses.

- —¿Qué pasó con el niño? —Abrí los ojos—. Puede que sus padres fuesen Descendentes, pero no es más que un chiquillo.
 - —Sigue en la fortaleza.

Era un alivio pequeño, pero me aferré a él de todos modos. Cualquier cosa para evitar vomitar mientras plantaba lo que esperaba que fuera una expresión serena sobre mi rostro. Una expresión de confianza ciega y leal, mientras él me vigilaba a mí y yo... lo vigilaba a él.

Lord Chaney podía considerarse un hombre apuesto. Había oído a algunas de las damas en espera, esas segundas hijas entregadas a la Corte para Ascender, hablar de él. Pero no recordaba que fuese tan pálido. Su piel estaba desprovista de color y alcanzaba a ver las tenues venas azules de debajo.

- —¿Está... bien? —pregunté—. La herida parece... bastante grave.
- —Es una herida muy... grave. —Continuó masajeándose el pecho. Las arrugas que enmarcaban su boca se profundizaron cuando entreabrió los

labios—. ¿Penellaphe?

Di un respingo al oír mi nombre.

—¿Sí, milord?

El hombre todavía no había parpadeado. Ni una sola vez desde que me había despertado, y ¿no era eso muy inquietante?

—Puedes dejar de fingir.

Se me heló la sangre en las venas.

—¿Fingir qué?

Chaney se inclinó hacia mí y me puse tensa. Sus dedos se detuvieron.

—Dime algo, *Doncella*. ¿Recibiste con agrado el mordisco de un atlantiano? Tal vez incluso disfrutaste del beso de sangre prohibido... ¿O te obligó a ello? ¿Te inmovilizó para sacarte la sangre en contra de tu voluntad?

El maldito mordisco. Me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—No... no lo recibí con agrado.

Un indicio de rojo giró en el abismo negro de sus ojos. Igual que en los de un Demonio. Por todos los dioses.

—¿Ah, no? —Negué con la cabeza—. El Señor Oscuro te mordió y, aun así, estás sentada delante de mí, no como un Demonio. Eso ha debido de ser una sorpresa impactante.

Dios, había olvidado eso. ¿Cómo podía haber olvidado que los Ascendidos nos enseñaban que el mordisco de un atlantiano era venenoso?

- —Sí, pero soy la Elegida...
- —Y nos has visto esta noche en el patio. Has visto lo que somos —me interrumpió—. Aun así no pareces sorprendida. Mostraste más consternación y preocupación por la muerte de la mujer. —Levantó una mano y la puso en el banco al lado de mi rodilla—. ¿Dices que estás aliviada de que te encontrara?
 - —Así es.
 - —No te creo —sentenció, con una risita suave.

Todos mis sentidos se pusieron alerta. Eché una breve miradita a su mano. Se le destacaban mucho las venas. No estaba bien. Nada bien. Chaney chasqueó la lengua con suavidad.

—El rey y la reina van a disgustarse mucho.

No me atreví a quitarle los ojos de encima.

- —¿Disgustarse por qué? ¿Porque le ordenara a un caballero que me golpeara?
- —Puede que no se alegren de saber eso, sí, pero creo que se sentirán más consternados de saber que has estado prometida. —El rojo ardió con más

intensidad en sus ojos—. Con todo lo que ello seguramente conlleva.

Lo que su tono llevaba implícito me puso furiosa y, por un momento, recordé que no llevaba velo.

- —Debería preocuparse más por sí mismo. —Lo miré a los ojos—. No tiene buen aspecto, lord Chaney. Tal vez la herida sea más grave de lo que piensa.
- —Ese atlantiano bastardo casi me alcanzó el corazón —refunfuñó. Sus rasgos se ahuecaron—. Pero sobreviviré.
 - —Me alegro de oírlo —mascullé.
- —Estoy seguro de que sí. —El carruaje golpeó una piedra que me zarandeó, pero Chaney no pareció darse ni cuenta—. Existe una razón para que me encargaran encontrarte. ¿Sabes cuál es?
 - —¿Su paciencia y generosidad?

Su risa fue como unas uñas arañando mis terminaciones nerviosas.

—No sabía que la Doncella fuese tan ingeniosa. —Arqueé una ceja—. Me eligieron porque sé lo que eres en realidad. —Obligué a mis manos a abrirse
—. Sé lo que hay realmente en tu sangre, y me atrevería a decir que sé más que tú, incluso.

—¿Ah, sí?

Entreabrió los labios y me dieron ganas de retroceder al ver sus colmillos. Una reacción muy distinta a cuando veía los de Casteel.

- —No puedes ni empezar a comprender por qué fuiste Elegida, pero eso no viene al caso. Te enterarás pronto.
 - —¿Y qué es de lo que me voy a enterar?

Sus ojos, un caleidoscopio de rojo y negro, se clavaron en mí. En mi cuello.

- —Que vas a dar inicio a una era completamente nueva de Ascendidos. Sentí una oleada de repugnancia.
- —¿Cree que no lo sé ya?
- —No creo que puedas empezar a entender siquiera lo que significa. Pero sea como sea, tenías razón, estoy un poco más malherido de lo que dejo traslucir. Si no hubiese sido piedra de sangre, ya se estaría curando. Les he dicho al rey y a la reina una y otra vez que hay que destruir todo el heliotropo. No obstante, sin él, a la reina le preocupa que los Demonios puedan diezmar a la gente.
- —No pueden permitir que su fuente de alimento sea destruida, ¿verdad?—dije, antes de poder reprimirme.

- —Es obvio que el Señor Oscuro te ha estado susurrando cosas al oído. Deslizó la lengua por su labio de abajo—. Es evidente que ha estado haciendo más que eso.
- —Lo que ha estado haciendo es irrelevante. —Sonreí con la misma frialdad que él—. Lo que sí es relevante es que sé por qué soy la favorita de la reina. Y sé lo que todos planean hacer conmigo. Sé que usted no me tocará. Me necesitan viva para que pueda alimentar al atlantiano que tienen en cautividad o para crear más Ascendidos.

Ladeó la cabeza.

—Tienes razón en una cosa: te necesitamos viva. Eso es más o menos lo único en lo que has atinado.

Antes de que pudiese procesar siquiera lo que había dicho, que solo tenía razón en una cosa, se levantó y vino hacia mí.

Y yo reaccioné.

Planté una bota contra su pecho y lo lancé de una patada de vuelta a su banco. Abrió un poco más los ojos mientras se reía.

—Querida Doncella, eso era innecesario. Solo necesito un sorbito. El rey y la reina no tienen por qué enterarse. Será nuestro secreto. Uno que, por tu propio bien, te interesa guardar...

Le lancé otra patada y volví a darle en el pecho. Bufó de dolor.

- —Eso no ha sido muy amable —gruñó, mientras yo me movía para alcanzar el cuchillo—. De hecho, ha dolido.
- —Ese era el objetivo. —Desenvainé el cuchillo y lo sujeté con firmeza—. Si sabe tanto como cree sobre mí, entonces será consciente de que sé cómo usar esto. Y puede que no lo mate, pero puedo hacerle desear que así fuese.

Sus ardientes ojos negros se abrieron un poco mientras levantaba las manos.

- —Vamos, vamos. —Su tono fue aplacador. Condescendiente—. No hay ninguna necesidad de amenazar con utilizar la violencia.
- —¿No la hay? —Sin quitarle el ojo de encima, me deslicé por el banco hacia la puerta. Él siguió mis movimientos.
- —¿Has olvidado lo de la velocidad a la que vamos? ¿Lo de los caballeros?
- —Preferiría jugármela a ser arrollada hasta la muerte. Al menos me iré a la tumba sabiendo que lo más probable sea que usted venga justo detrás cuando el rey y la reina se enteren de que estoy muerta por su culpa.

Alargué la mano hacia la puerta... Chaney atacó.

Esperaba que tratara de agarrar el cuchillo, pero en el momento en que su mano se cerró en torno a mi tobillo, me di cuenta de que había cometido un error fatal. Tiró con fuerza para hacerme caer del banco. Mi espalda crujió contra el borde del asiento y envió un fogonazo de dolor a mi ya dolorida cabeza mientras caía como un fardo en el estrecho espacio.

Tiró de mí hacia él, por el suelo áspero, sucio y mojado, sin parar de reír.

—Resistirte no te servirá de nada.

Me agarré de su rodilla para sentarme y eché mano de todas mis fuerzas para clavarle el cuchillo en el pecho, en la ya de por sí terrible y supurante herida.

Chaney aulló de dolor y me lanzó un puñetazo que me dio de lleno en la mandíbula e hizo que mi cabeza volara hacia atrás. Brillantes estallidos de luz llenaron la periferia de mi visión mientras él caía hacia atrás en su asiento, aferrado al pecho. Me puse de pie a duras penas, porque el carruaje me zarandeaba, haciéndome caer hacia atrás y luego hacia delante. Me agarré de su hombro para mantener el equilibrio y luego trepé sobre él. Chaney se retorció debajo de mí, giró sobre la espalda y luego rodó para tirarme hacia un lado. Me estrellé contra el respaldo del banco, golpeé los almohadones y luego caí al suelo. El aire salió de mis pulmones en una dolorosa exhalación. Empecé a sentarme, pero Chaney se dejó caer sobre mí.

—No sé cómo los Teerman lograron convivir contigo, sabiendo lo que eres de verdad. Sin robar ni un sorbito. Puede que seas solo medio atlantiana, pero tu sangre es potente. —Su peso y el hedor de su colonia eran insoportables, sofocantes, mientras me agarraba del brazo izquierdo y se lo llevaba a la boca—. Solo necesito un poquito. Entonces el maldito palpitar de mi pecho parará.

—¡No! —grité, forcejeando como una loca debajo de él. Todos mis años de entrenamiento desaparecieron en una oleada de pánico. Le di patadas a la parte inferior del banco con la pierna que no tenía inmovilizada, le di patadas a él, al suelo, al asiento...

Pero no sirvió de nada.

Los dientes del *vampry* desgarraron mi piel y se hincaron en la carne de mi antebrazo.

Capítulo 16



Me ardía el brazo.

Las llamas abrasaban mi cuerpo, tan intensas y voraces que temí que se me pararía el corazón.

Tuve miedo de que ya hubiese sucedido, porque me estaba quemando viva. Grité con todas mis fuerzas, apreté contra el suelo, intenté escapar del dolor, de lo que estaba ocurriendo, pero invadió hasta el último rincón de mi ser. Podía sentirlo, sentirlo a *él*. Succionaba mi sangre y me arrancaba pedacitos a cada trago. No se parecía en nada a cuando Casteel me había mordido. El dolor no cesaba. No se iba. Aumentaba a cada latido.

Chaney gimió, mordió más fuerte, hincó sus dientes de abajo en mi piel. Igual que un Demonio. Igual que la última vez. Igual que *aquella* noche en la que había sido demasiado pequeña y demasiado joven para defenderme, demasiado impotente.

El carruaje se detuvo con un chirrido de ruedas que obligó a Chaney a soltarme. Tuve un momento de respiro cuando el ardor se redujo lo suficiente para que mi cerebro funcionara de nuevo. Resollaba mientras intentaba recuperar la respiración y mis dedos se cerraron con fuerza en torno al mango del cuchillo. El cuchillo. Todavía lo tenía en la mano. Ya no era una niña. Ya no era impotente. *Muévete*, *Poppy. Muévete*.

Chaney se enganchó a mi brazo una vez más y el dolor fue como brasas ardientes contra mi piel. Pugné contra la repentina agonía antes de que pudiese sobrepasarme de nuevo.

Columpié el cuchillo hacia abajo y lo incrusté en su espalda, una y otra y otra vez hasta que por fin lo sintió, por fin reaccionó con un bramido de ira al tiempo que separaba la boca de mi brazo. Se retorció, estirando la mano hacia

atrás y hacia el lado en busca del cuchillo. Me aferré a su hombro y me mantuve firme. Le clavé el cuchillo en la herida, en el pecho, en la cara; en cualquier sitio que alcanzara. Y entonces él se volvió loco, tan loco como yo. Una nueva oleada de dolor explotó a lo largo de mi brazo, de mi mejilla, y unas brillantes luces cegadoras volvieron a danzar en mi visión. Grité cuando algo pareció desgarrarse en mi interior. Mis sentidos se estiraron para conectar con el Ascendido. Nada. Nada. Nada excepto mi dolor, mi ira. Latía y palpitaba dentro de mí, a través de mí, discurrió por la conexión y a través del carruaje entero, hasta convertirse en una tercera entidad tangible mientras cortaba su mejilla con el cuchillo. Chaney se echó atrás con un grito. Brotó sangre que resbaló de sus ojos y sus oídos. No paré. Ni siquiera cuando sonó un ruido estrepitoso sobre el tejado del carruaje. Ni siquiera cuando creí oír gritos en el exterior. Le hice al lord tantos agujeros como pude, hasta que perdía sangre por tanto sitios que mis manos estaban empapadas de ella, también de mi propia sangre. Y seguí clavándole el cuchillo, una y otra vez...

La puerta del carruaje se abrió de par en par, arrancada de sus bisagras. Entró una ráfaga de aire frío con la noche. Y la noche estaba *furiosa*. Me golpeó con una intensidad asombrosa, me abrumó, bloqueó mis sentidos.

Y entonces Chaney desapareció, junto con su aplastante peso y la densa colonia demasiado dulzona. Pero yo no podía parar. Cegada por la rabia, el dolor y un pánico antiguo y demasiado familiar, continué apuñalando el aire, la noche, la figura que llenaba el hueco de la puerta, y luego lo que apareció por encima de mí. Hasta que una mano me agarró de la muñeca...

—Ya está. *Shh*, todo va bien, Poppy. Para. Mírame —pidió una voz—. Mírame, princesa.

Princesa.

Ningún Ascendido me llamaría así.

Resollando, mis ojos desquiciados volaron por el carruaje. Pararon cuando lo encontraron, de pie por encima de mí, las mejillas salpicadas de sangre.

- —*Hawke* —susurré.
- —Sí. Eso es. —Sonaba agotado y sin aliento—. Soy yo.
- —Yo... no quería ir con él —le dije. Necesitaba que supiera que lo *entendía*, que de verdad veía a los Ascendidos por lo que eran, incluso antes de despertar en este carruaje—. Tenía a un niño y yo...
- —Lo sé. Encontré la daga de hueso de *wolven* al lado de los establos. Sabía que jamás la hubieses dejado atrás si hubieras tenido elección. —Con suavidad, me quitó el cuchillo de la mano y lo dejó en el banco. Sus rasgos, por lo general despampanantes, parecían borrosos—. Y yo que pensaba que

iba a hacer una entrada triunfal para rescatarte. No estoy seguro de que necesitaras que te rescatara.

Yo no estaba tan segura de eso. Mi mirada aturdida aterrizó sobre el cuchillo ensangrentado. Aun tan mareada como estaba, a pesar de lo turbios que eran mis pensamientos, sabía que no habría matado a Chaney. Ni siquiera estaba segura de haberlo herido de gravedad. Se hubiese recuperado enseguida y me habría vuelto a morder. Habría seguido mordiéndome y alimentándose de mí y...

—Eh, quédate conmigo. —La suave voz de Casteel interrumpió mis pensamientos, puso fin a la espiral de pánico antes de que me diera cuenta siquiera de que estaba cayendo en ella.

Sus dedos tocaron mi barbilla, apartaron mi vista del cuchillo. Sus ojos se deslizaron por mi rostro, se demoraron en donde mi mandíbula palpitaba dolorida, y luego bajaron aún más. Apretó los dientes.

—Te ha hecho daño.

Levantar la cabeza me costó más esfuerzo de lo que esperaba. Pesaba de un modo extraño cuando bajé la vista. La parte de delante de mi túnica estaba desgarrada, manchada de rojo.

—Estás sangrando —murmuró, su voz áspera cuando tocó la piel de debajo de la comisura de mi labio. Eso también me dolía, pero entonces sus manos retiraron con cuidado la manga izquierda de mi túnica. Se quedó tan quieto como las estatuas del interior del castillo de Teerman, como si él también estuviese tallado en la piedra caliza de la que estaban hechas.

Sus ojos lucían como esquirlas de ámbar brillante.

- —¿Te ha mordido en algún otro sitio?
- —No. —Tragué saliva sin saliva que tragar. La rigidez de mis músculos empezó a aliviarse—. Dolió. Fue como un mordisco de Demonio. —Me sacudió un escalofrío—. No se pareció en nada a…

Sus ojos se cruzaron con los míos y pasaron unos segundos en los que me miró como si... como si le *importara*, como si estuviera dispuesto a hacer cualquier cosa por quitarme el dolor que sentía.

- —Quería que doliera.
- —Bastardo —susurré. Dejé caer la cabeza hacia atrás.

Casteel deslizó su mano debajo de ella antes de que pudiera impactar contra el duro suelo. Quería darle las gracias, pero me dolía la cara. Me dolía todo el cuerpo y mi brazo palpitaba y palpitaba.

—Podría haberte matado —dijo, y por primera vez desde que lo conocía, sonaba cansado—. Eres solo medio atlantiana. —Algo de eso era

importante... algo que había dicho Chaney. Pero mis pensamientos eran como volutas de humo desperdigadas—. La sed de sangre lo hubiese consumido y no habría parado. Casi siempre tiene que haber otro *vampry* con ellos para que paren. Y a veces, ni siquiera eso es suficiente. No creí que fuera... — Soltó el aire, una exhalación temblorosa, deshilachada—. Cuando por fin llegué, no creí que fuera a encontrarte con vida.

Una vez más, sonaba preocupado, aunque debía de ser por la conmoción cerebral que a buen seguro me había provocado el caballero. O a lo mejor era por la adrenalina que se iba diluyendo.

O quizás por la pérdida de sangre.

- —¿Por qué? —preguntó.
- —Chaney tenía a... ese niño. Y yo... tenía que hacer algo. —Forcé a mi lengua a moverse. Me pesaban demasiado los párpados. Todo pesaba demasiado, aun cuando sentí a Casteel levantarme del suelo del carruaje, estrecharme entre sus brazos—. Era la única manera de que soltara al niño.
- —Pero no lo hizo —dijo Casteel mientras mis ojos se cerraban y me sumía en el olvido—. No soltó al niño.



El trayecto de vuelta a la fortaleza fue un batiburrillo de imágenes borrosas, fragmentos de sueños y estrellas giratorias. El rostro de Casteel estaba tan cerca del mío que pensé que me iba a besar, aunque parecía un momento extraño para eso. Había sonidos. Voces que reconocía, cargadas de preocupación. Después, un extraño sabor en la lengua que me recordaba a especias, cítricos, nieve y Casteel. Un calor similar al sol de verano invadió mis venas y, cuando esa calidez empezó a colarse en mis músculos y se extendió por mi piel, creí oír agua correr y olí algo dulce, como a lilas. Pero Casteel era un susurro pesado contra mi piel y después no hubo nada.

Cuando volví a abrir los ojos, me invadió una sensación de confusión. Reconocí las vigas vistas del techo y el aroma a pino y especias oscuras que manaba de la manta remetida a mi alrededor, pero no recordaba en absoluto cómo había llegado hasta ahí. Mis ojos se deslizaron hacia la luz grisácea que se colaba por la pequeña ventana. Lo último que recordaba era a Casteel sacándome del carruaje en brazos. Veía imágenes inconexas, cosas que no tenían sentido por muchos esfuerzos que hiciera por entenderlas.

—¿Poppy?

Mi corazón empezó a latir con fuerza contra mis costillas y giré la cabeza hacia el sonido de su voz.

Casteel estaba cerca de la chimenea. Se levantó de su silla. Iba vestido igual que la última vez que lo había visto, todo de negro. Solo faltaban las espadas. Vino despacio hacia la cama, el rostro limpio de manchas de sangre.

—¿Cómo te encuentras?

Tuve que romper las telarañas que asfixiaban mis pensamientos para responder a esa pregunta.

- —Estoy... estoy bien. —Y era verdad. Me sentía como si hubiese dormido toda la noche un sueño profundo y reparador. Casteel se paró al borde de la cama, una ceja levantada.
 - —No suenas como que eso sea bueno.
- —No lo entiendo. Debería... —Mi siguiente respiración se me atascó en la garganta y saqué los brazos de debajo de la manta. Las mangas sueltas de mi camisón resbalaron para revelar... piel más rojiza de lo normal en dos puntos, pero no de un tono demasiado intenso, no desgarrada. Despacio, llevé mis dedos hasta mi boca y luego a la mandíbula. La piel no estaba hinchada ahí tampoco. Solo noté un leve dolor al tragar saliva. Bajé las manos a la suave manta al tiempo que el sabor a nieve y cítricos especiados afloraba en el fondo de mi boca.

—¿Poppy?

Tragué saliva de nuevo.

—¿Cómo he acabado con este camisón? —Se produjo un momento de silencio y, cuando volví a mirar a Casteel, tenía ambas cejas levantadas. Parecía totalmente pillado por sorpresa—. ¿Lo... lo hiciste tú?

Parpadeó y luego negó con la cabeza.

—No. Fue Magda. Pensamos que estarías mucho más cómoda así. —Eso quería decir que Magda estaba viva—. ¿Eso es todo lo que tienes que preguntar?

Mis ojos se posaron otra vez en las tenues marcas de la mordedura de mi brazo.

- —Me diste tu sangre.
- —Sí.
- —¿Tan malherida estaba?
- —Estabas magullada y sangrando, y eso ya es bastante malo —declaró. Lo miré una vez más—. También había un bulto preocupante en la parte de atrás de tu cabeza. Kieran no creía que fuese grave, pero no... no correré

riesgos. —Apretó la mandíbula—. Y no podemos arriesgarnos a demorarnos aquí para darte tiempo de curarte. Enviarán a otros a por ti.

Otros.

- —Nos estaban siguiendo —dije, tras aclararme la garganta—. Lord Chaney me dijo que habían descubierto que…
- —Lo sé —musitó, sin asomo de sonrisa—. Tuve una breve conversación con el *vampry*. Y puedo ser muy persuasivo cuando de obtener información se trata.

Fragmentos de lo que había dicho lord Chaney fueron cobrando sentido poco a poco.

—Él... vio la marca del mordisco en mi cuello y supo que yo sabía la verdad. —Fruncí el ceño—. Dijo que no podía entender cómo ni el duque ni la duquesa se habían alimentado nunca de mí, cómo habían podido resistirse cuando sabían lo que yo era. Dijo que mi sangre es potente.

Casteel rechinó los dientes.

- —Para un *vampry*, la sangre atlantiana sabría como un vino bueno. Un atlantiano puro sería como...
 - —¿Whisky añejo?

Esbozó una pequeña sonrisa.

- —Muy añejo y muy suave.
- —Bueno —dije, negando con la cabeza—, supongo que los Teerman se resistieron porque sabían que el rey y la reina se pondrían furiosos. Además, sacaría a la luz la verdad sobre ellos. —Jugueteé con el borde de la manta—. Chaney estaba herido.
 - —Elijah le dio una buena estocada antes de que el cobarde huyera.

Desearía haberlo visto, pero entonces algo más que Chaney había dicho se abrió paso hacia la superficie.

—Le dije… le dije que sabía por qué me necesitaban viva. Insinuó que no tenía razón.

Casteel sonrió con desdén.

- —Por supuesto que lo haría. Dudo de que el rey o la reina quisieran que supieras la verdad o que la creyeras. Te quieren sumisa, sin ganas de resistirte a ellos. Para poder mentirte hasta que te tengan donde quieren. Si no hubiese estado herido, lo más probable es que te habría dicho que todo era mentira. Habría hecho lo imposible para ganarse tu confianza.
 - —Pero ¿la atracción de mi sangre era demasiado para él?
 Casteel asintió. Se me revolvió el estómago.

- —Cuando veía a lord Chaney, siempre parecía... amable —cavilé—. Y más mortal que el duque o Mazeen.
- —Los Ascendidos son unos maestros a la hora de disimular su verdadera naturaleza.

Pero Casteel también lo era.

Mi corazón se tropezó consigo mismo, todavía incapaz de pensar que todos los Ascendidos eran así. Pensé en la duquesa, que me había dicho que no perdiera ni un momento más en pensar en lord Mazeen cuando le pregunté si me castigarían o no. A lo mejor había una razón para que jamás los hubiese visto a ella y al duque tocarse. Solo porque fuese una *vampry*, no significaba que estuviera protegida de su crueldad. Y entonces pensé en Ian.

En el silencio y en mi desesperación por no pensar en mi hermano, pensé en el caballero, *sir* Terrlynn. Por instinto, supe que había sido él el que habló mientras estaban delante de la fortaleza, el que había destripado al Descendente.

- —¿Mataste al caballero?
- —Hice lo mismo que había hecho él. Lo abrí en canal y dejé que sangrara. Era un *vampry*, pero no se ahorró el dolor. —Los ojos de Casteel ardían con un fuego dorado—. Y después lo maté.
 - —Bien —susurré. Un fogonazo de sorpresa cruzó la cara de Casteel.
 - —Hubo muy poca dignidad en su muerte.

Cierto.

—Pero ¿ahora está muerto? —Casteel asintió—. A menos fue una... muerte más o menos rápida. —No me sentía ni remotamente mal por que el caballero hubiese sufrido. Tal vez debería estar preocupada por ello. Era probable que lo estuviera más tarde. Respiré hondo—. ¿Cuántas bajas hubo?

¿Cuántos nombres añadirían a las paredes?

—Mataron a cuatro, además de la Sra. Tulis. Seis heridos graves, pero sobrevivirán.

Sentí el corazón dolorido.

- —¿Qué pasó con el niño? Está bien, ¿no? —Los ojos de Casteel se ensombrecieron y de repente recordé lo que había dicho: «No soltó al niño». Me apoyé sobre los codos—. El niño está bien, ¿verdad? Es la única razón por la que depuse mi daga. Chaney dijo que soltaría al niño.
- —Hizo lo que hacen todos los Ascendidos. Mintió. —La tensión enmarcaba su boca mientras yo daba un respingo—. La única bendición es que fue una muerte rápida. Le rompió el cuello. No se alimentaron de él.

Durante varios momentos, no pude hablar. No pude ni pensar mientras la imagen de los grandes ojos aterrados del niño llenaba mi mente. El horror y la pena se apoderaron de mí.

- —¿Por qué? —Se me hizo un nudo en la garganta—. ¿Por qué haría algo así? ¿Por qué matarlo y ni siquiera alimentarse de él? ¿De qué sirvió?
- —Estás preguntando algo que ni siquiera yo puedo comprender del todo —repuso con voz queda—. El *vampry* lo hizo porque quería y porque podía.

Cerré los ojos y apreté los labios mientras mi corazón se comprimía y se retorcía. Las lágrimas quemaban el fondo de mis ojos y quería... quería *gritar*. Quería aullar por el sin sentido de todo ello.

No supe cuánto tiempo me costó recuperar el control, no estallar en sollozos o caer de cabeza en un ataque de rabia inducido por la impotencia. Había hecho todo lo que estaba en mi mano por salvar a ese niño y no había servido de nada. *De nada*. No sería más que otro nombre añadido a una larga lista interminable de nombres. ¿Y para qué? ¿Y el hijo de los Tulis? En el fondo de mi corazón, sabía que él también estaba muerto. Solté una temblorosa bocanada de aire y volví a tumbarme. Me pasé las manos por la cara y descubrí que tenía las mejillas mojadas.

Casteel permaneció callado, en silencio, atento.

- —¿Cómo se llamaba? —pregunté, cuando volví a abrir los ojos.
- —Renfern Octis —me dijo.
- —¿Y sus padres? —Mi voz sonó rasposa.
- —Sus padres murieron hace cierto tiempo. Su madre, a manos de un Demonio y su padre, por enfermedad. Su tío y su tía se ocupaban de él.
- —Dios —susurré, los ojos clavados en las vigas—. Vi… vi al caballero agarrarlo. No pude quedarme a un lado y no hacer nada.
 - -Recé por que no intervinieras, pero no hubiese esperado menos de ti.

Mi mirada empañada se deslizó hacia él. No había dicho esas palabras con enfado. Me dio la impresión de detectar respeto en ellas.

- —Por eso me diste la daga. —Casteel no dijo nada—. ¿La... la tienes? Asintió. Empecé a pedirle que me la devolviera, pero habló antes de que pudiera hacerlo.
- —No importa cuánta muerte haya visto, nunca se hace más fácil. —Sus pestañas descendieron y ocultaron sus ojos—. Nunca es menos espantosa. Me alegro de ello, porque pienso que si alguna vez deja de espantarme, puede que deje de valorar la vida. Así que recibo con gusto ese espanto y ese pesar. Si no, sería igual que un Ascendido.

Lo que le había dicho hacía unos días me agrió la lengua.

—Sé que no eres como ellos. Como los Ascendidos. Nunca debí decirte eso.

Casteel me miró durante tanto rato que empecé a preocuparme.

- —¿Esta vez no vas a preguntar si te vas a convertir en un Demonio? dijo al fin—. ¿No estás enfadada por que te diera mi sangre?
- —Sé que no me voy a convertir en un Demonio. —Me senté con facilidad y me recosté contra el cabecero de la cama—. ¿Utilizaste coacción?
- —No para hacerte beber. Te mostraste sorprendentemente amistosa al respecto, lo cual me hizo preocuparme aún más —me informó, y de repente agradecí no tener ningún recuerdo de eso—. Una vez que empezaste a sentir los… efectos de mi sangre, sí usé coacción para ayudarte a dormir. Pensé que lo agradecerías.

Dado cómo había reaccionado la última vez, *sí* que lo agradecía. Doblé una pierna debajo de la manta.

- —No estoy enfadada. Me encuentro bien y estaría sufriendo grandes dolores. —Miré mi brazo otra vez, todavía asombrada por no ver nada más que unas marcas tenues—. ¿Con qué frecuencia puedes darme tu sangre? Quiero decir, ¿pasaría algo si continuaras haciéndolo?
- —Espero no tener que continuar haciéndolo, pero no pasaría nada si lo hiciese. —Frunció los labios—. O al menos, creo que no.
 - —¿Qué quieres decir con que «al menos» lo crees?
- —Los atlantianos no suelen compartir su sangre con mortales, ni siquiera con medio atlantianos. —Se sentó en el borde de la cama—. De hecho, está prohibido.
 - —¿Es por tu linaje?
- —Nuestra sangre no tiene demasiado impacto para los mortales más allá de sus cualidades curativas y afrodisíacas. Pero tú no eres mortal por completo. Supongo que en tu caso podría reforzar la parte de ti que es atlantiana, al menos de manera temporal. —Me miró de nuevo—. Pero existe la preocupación de que compartir la sangre con personas con sangre mortal pueda, al final, producir una Ascensión.
- —Oh. —Veía bien por qué sería un problema—. ¿Te meterías en un lío si se descubriera?
 - —No tienes por qué preocuparte por eso.
 - —Pero me preocupo —farfullé. Casteel arqueó una ceja.
 - —Entonces, ¿estás preocupada por mí, princesa?

Me puse roja.

—Si te ocurre algo, eso pondría en peligro lo que quiero.

Me estudió con la cabeza ladeada. Se produjo un momento de silencio, demasiado largo.

—Ninguno de los que vieron lo grave que estabas cualquiera de las dos veces hablará jamás de que te di mi sangre.

Bueno saberlo.

- —Pero ¿qué ocurriría?
- —Kieran tenía razón. —Suspiró—. Sí que haces muchas preguntas.
- —La curiosidad es un signo de inteligencia —dije, tras entornar los ojos. Casteel sonrió al oír eso.
- —Eso me han dicho. —El hoyuelo desapareció—. El rey y la reina no estarían contentos, pero como soy su hijo, lo más probable es que me gritaran y ya está. —No estaba muy segura de si estaba diciendo la verdad o no—. Creí que te enfadarías —admitió.
- —¿Cómo puedo enfadarme cuando te aseguraste de que ahora no sufra dolor? —pregunté, y era verdad que no lo sufría—. No me dolió y a ti tampoco te duele, ¿verdad? Simplemente me alegro de no tener una jaqueca atroz y... —Bajé la vista hacia las tenues marcas—. Y de no tener otra cicatriz más.

Apoyó dos dedos debajo de mi barbilla y levantó mi cara hacia la suya.

—Tus cicatrices son preciosas —murmuró, y noté un rápido movimiento que me hinchó el pecho y luego se negó a deshincharse por mucho que mi cerebro le gritara—. Pero me niego a permitir que tu cuerpo sufra más cicatrices.

Mi corazón empezó a latir de nuevo.

- —Lo dices como si lo dijeras en serio.
- —Porque lo digo en serio.

Quería que fuese verdad, y eso fue advertencia suficiente. Me incliné en dirección contraria a su mano.

- —¿Cuándo... cuándo partimos?
- —Naill ha salido a explorar, para asegurarse de que no hay tráfico inesperado en las carreteras del oeste. No puedo marcharme hasta no estar seguro de que no hay amenazas inmediatas para la fortaleza —explicó, y era lógico—. Espero que podamos ponernos en camino por la mañana, o al día siguiente como tarde.

Asentí y cerré los ojos. Cuando empecé a ver el rostro de lord Chaney, desvié mis pensamientos hacia lo que acababa de averiguar antes de que llegaran los Ascendidos. Era muy probable que hubiese descubierto el linaje del que descendía. Un linaje de guerreros.

La necesidad de levantarme, de moverme, de hacer algo, me invadió de nuevo, pero esta vez, tenía un propósito.

—¿Los heridos sufren dolor?

Casteel frunció el ceño.

- —Les han administrado lo que teníamos a mano para aliviar su dolor. Magda ha ido en busca de más.
- —Yo puedo ayudarlos. —Me moví hacia el otro lado de la cama y retiré las mantas. Casteel se puso en pie.
 - —Poppy.
- —Puedo ayudar —repetí, al tiempo que me levantaba—. Sabes que puedo. ¿Por qué no habría de hacerlo? —Arqueé las cejas cuando no contestó —. No hay ninguna buena razón para que no lo haga.
 - —¿Aparte de que te acaban de herir? —sugirió.
- —Estoy muy bien, gracias a ti. —Abrí y cerré las manos a los lados—. Sabes que odiaba no poder utilizar mis habilidades antes, que me obligaran a no hacer nada cuando puedo ayudar a la gente. No me hagas lo mismo.
 - —No estoy intentando hacerte eso.
- —Entonces, ¿qué estás intentando hacer? —exigí saber—. Esta es tu gente. Quiero ayudarlos. Déjame hacerlo.
- —No lo entiendes. —Se pasó una mano por el pelo—. La gente aquí no te conoce. No…
- —¿No confían en mí? ¿No les gusto? Eso ya lo sé, Casteel. No necesito ninguna de esas cosas. Esa no es la razón de que quiera usar mis habilidades.

Casteel se quedó callado y me miró durante tanto tiempo que empecé a prepararme para una discusión.

—Entonces, deberías cambiarte —dijo, al tiempo que se giraba—. Me pondré celoso si alguien más ve lo bonitas que son tus piernas.

Capítulo 17



Iba vestida con ropa prestada una vez más cuando Casteel y yo salimos de la habitación. El grueso jersey era de un oscuro verde bosque, aunque esta vez los pantalones eran una talla o dos demasiado grandes. Los llevaba recogidos alrededor de mi cintura con cuerda dorada, pero me quedaban holgados a lo largo de la pierna entera. Estaba convencida de que la cuerda se solía utilizar para recoger las cortinas y mantenerlas retiradas de las ventanas. Me sentía un poco tonta, como un niño pequeño jugando a disfrazarse con la ropa de un adulto, pero no iba a quejarme. La ropa era caliente y estaba limpia; olía a citronela.

Cuando llegamos al pie de las escaleras, Casteel me dio la mano. Tuve la sensación de que una descarga de autoconciencia discurría entre nuestras palmas unidas y subía por mi brazo. Levanté la vista hacia él, sorprendida.

Me miró desde lo alto, los labios entreabiertos lo suficiente para ver las puntas de sus colmillos. El ámbar de sus ojos se veía luminoso en la penumbra de la escalera.

- —Chispas —murmuró.
- —¿Qué?

Con una leve sonrisa, sacudió la cabeza.

—Ven. Hay algo que quiero darte cuando hayas terminado con los heridos.

Casteel abrió la puerta antes de que pudiera hacerle más preguntas acerca de lo que quería decir o lo que planeaba darme.

La gente estaba apiñada alrededor de las puertas abiertas de la entrada principal de la fortaleza, mirando hacia fuera. El viento había arrastrado una

capilla de nieve al interior, pero nadie parecía darse demasiada cuenta del aire frío que se colaba por las puertas.

- —¿Qué miran? —pregunté.
- —Algo inesperado —repuso Casteel. Fruncí el ceño.

Superada ya por la curiosidad, me encaminé hacia las puertas. Casteel no me detuvo. Cuando se percataron de la llegada del príncipe, los ahí reunidos se abrieron para dejarle paso y se doblaron por la cintura, pero sus caras pálidas y sus miradas distraídas volvieron de inmediato hacia el exterior.

Según avanzaba, vi que había más personas fuera, los brazos envueltos con fuerza alrededor de sus cinturas. Miraban hacia el establo. Mientras los brillantes rayos mañaneros se estiraban por el patio cubierto de nieve, doblamos la esquina de la fortaleza.

Me paré en seco y mi mano se quedó laxa entre los dedos de Casteel.

Delante de nosotros, donde había habido un espacio vacío, donde lord Chaney me había encontrado la víspera, había un árbol.

Levanté la vista para deslizar mis ojos por la ancha y reluciente corteza, por encima de las gruesas ramas que se estiraban tan altas como la fortaleza, cargadas de hojas que centelleaban carmesís a la brillante luz del sol matutino.

No se trataba de ningún arbolito recién plantado. No, el árbol estaba bien arraigado, como si llevase ahí décadas, si no varios cientos de años. La humedad se filtraba por la corteza, se perlaba y rodaba despacio hasta la punta de las hojas, para luego caer en goterones rojos que salpicaban sobre la nieve.

Un árbol de sangre.

- —¿Cómo puede ser? —susurré, aunque nadie sabía cómo crecían los árboles del Bosque de Sangre, por qué sangraban. ¿Por qué había crecido uno de un día para otro donde no había habido otro antes?
 - —Dicen que es un presagio —contestó Casteel con voz queda.
 - —¿De qué?
- —De que los dioses están observando. —Me apretó la mano cuando me estremecí—. Que aunque todavía duermen, están indicando que se avecina un gran cambio.



—¿Te olvidaste por casualidad del árbol de sangre? —pregunté mientras volvíamos a la fortaleza—. ¿Y por eso no lo mencionaste?

- —Para ser sincero, tenía cosas más urgentes de las que preocuparme.
- —¿De verdad? —Arqueé una ceja—. ¿Qué es más urgente que un presagio enviado por los dioses?
- —Que tú despertaras ilesa era más urgente que un mensaje vago y bastante inútil de los dioses —contestó mientras entrábamos en el salón de banquetes. Casi tropecé.
 - —No puedes estar hablando en serio —declaré. Él frunció el ceño.
 - —Hablo completamente en serio.

Era imposible que estuviera siendo sincero. El presagio era muchísimo más urgente que cualquier cosa que tuviera que ver conmigo. ¿Cuándo había sido la última vez que los dioses habían mandado cualquier tipo de mensaje? No había nada al respecto en los libros de historia, y aunque lo hubiese habido, era muy dudoso que fuese preciso.

Sin embargo, había algo aún más urgente que el árbol de sangre, y era lo que nos aguardaba aquí.

Habían colocado a los heridos en una sala adyacente al salón de banquetes. Antes de que la puerta se abriese siquiera, ya pude sentir el dolor irradiar a través de las paredes de piedra. Se me trastabilló el pulso, aunque mis pasos no se ralentizaron.

Casteel entró delante de mí y fue recibido al instante por Alastir.

- —Veo que has vuelto —dijo Casteel, mientras yo miraba a nuestro alrededor por la habitación y la imagen del árbol de sangre se difuminaba en mi mente. Habían montado seis catres, todos ellos ocupados por hombres, excepto el último. La venda que envolvía el cuello de la mujer estaba manchada de sangre. La reconocí. Uno de los caballeros la había agarrado y me sorprendió ver que había sobrevivido. No obstante, su piel estaba a solo un tono de la muerte y su cuerpo mostraba una quietud imposible. Una mujer más mayor estaba sentada a su lado, las manos juntas mientras sus labios se movían en una plegaria silenciosa.
 - —Y veo que debería haber vuelto antes —comentó Alastir.
- —Volviste en el momento preciso, según Elijah. —Casteel estrechó con fuerza la mano del anciano *wolven*—. He oído que tú y tus hombres disteis debida cuenta del resto de los caballeros.

Alastir asintió distraído mientras miraba por la sala, los labios apretados en una línea fina.

- —Malditos sean. Esta gente no se merece esto.
- —Los Ascendidos lo pagarán.
- —¿Tú crees? —preguntó Alastir.

- —Es una promesa que no romperé —respondió Casteel. Alastir soltó un profundo suspiro y se volvió hacia mí.
- —Me alegra saber que te recuperaron sana y salva, Penellaphe, y que los Ascendidos no tuvieron éxito en llevarte de vuelta consigo.

Como no sabía muy bien lo que le habían contado, me limité a asentir y murmurar mi agradecimiento. Me zumbaba la piel con la necesidad de hacer algo. Solo uno de los heridos, la mujer, parecía estar ya más allá del dolor. Me giré hacia Casteel, que captó mi mirada y asintió.

Me adelanté a toda prisa hasta el primer herido. Era un hombre mayor, con más gris que negro en el pelo. No sabía qué heridas tenía, pero sus ojos grises desenfocados siguieron mis movimientos. Me abrí a él y aspiré una brusca bocanada de aire cuando me golpeó la aflicción, tanto mental como física, procedente de las camas y de los acompañantes angustiados a sus lados. Expulsé el aire, medio atragantada, medio asfixiada. Mis ojos se deslizaron un momento hacia la mujer y luego a la otra más mayor que estaba a su lado. Algunos jamás saldrían de esta habitación. Y otros lo sabían. Con las manos un pelín temblorosas, me concentré en el hombre que tenía delante.

—Siento lo que te han hecho —susurré. El hombre no dijo ni una palabra cuando puse mis manos sobre las suyas.

Por lo general, tardaba unos momentos en invocar el tipo de recuerdos que conducían al alivio del dolor. Solía pensar en las playas del mar Stroud, en ir de la mano de mi madre. Pero esta vez sentí calor al instante en la palma de mi mano. No tuve que recurrir a nada, solo pensé en aliviar el dolor. Noté el momento en que mi don alcanzó al hombre. Su boca se quedó laxa y su pecho subió con una respiración más regular y profunda. Le di la mano hasta que las nubes abandonaron sus ojos. Me miró, pero no habló, como tampoco lo hizo el que estaba a su lado, uno demasiado joven para llevar la misma expresión atormentada en sus ojos. Alivié el dolor de cualesquiera heridas que ocultara la manta y de lo que discurría más hondo. *Aflicción*. Cruda y potente.

- —¿A quién perdiste? —le pregunté, una vez que dejó de temblar, y consciente de que no hablaba nadie. Ni Alastir. Ni Casteel, que me siguió por la habitación.
- —A mi... mi abuelo —dijo con la voz ronca—. ¿Cómo lo has... cómo lo has sabido?

Negué con la cabeza y dejé su brazo a su lado.

—Siento tu pérdida.

Varios pares de ojos me siguieron en mi camino hacia el siguiente herido. Me arrodillé a su lado. En el fondo de mi mente, me pregunté si era la sangre de Casteel la que hacía más fácil utilizar mi don o si se debía al Sacrificio. Fuera como fuese, me alegré de ver que funcionaba con poco esfuerzo. Pensar en momentos felices no siempre era fácil cuando la muerte enturbiaba la habitación.

- El hombre que tenía delante oscilaba entre la consciencia y la inconsciencia, sufría espasmos y gemía con suavidad cuando puse mi mano sobre la suya y canalicé mi energía hacia él. Sus cejas empapadas de sudor se relajaron en cuestión de segundos.
- —¿Qué has hecho? —preguntó una mujer joven, cayendo de rodillas al lado del hombre. Dejó caer una brazada de toallas limpias—. ¿Qué ha hecho?
- —No pasa nada. —Casteel le puso una mano en el hombro—. Solo ha aliviado su dolor el tiempo suficiente para que Magda vuelva.
- —Pero ¿cómo…? —Dejó que sus palabras se perdieran, al tiempo que abría mucho sus ojos castaños y se llevaba una mano al pecho.

Mis ojos se cruzaron con los de Casteel al levantarme para pasar el siguiente herido, uno con ojos invernales. Un *wolven*. No tenía ni idea de lo mayor que era, pero a ojos mortales parecía tener unos diez años más que yo, su piel color ónice tensa por el dolor. Un corte profundo recorría su pecho desnudo, donde una espada había rajado tejidos y músculos.

- —Me curaré —dijo con voz áspera—. Los otros no con tanta facilidad.
- —Lo sé. —Me arrodillé—. Eso no significa que tengas que sufrir dolor.
- —Supongo que no. —La curiosidad se reflejó en sus ojos mientras levantaba una mano. Cerré la mía sobre ella y, una vez más, percibí un dolor más profundo. Una pena de años y años. La palma de mi mano se calentó y hormigueó—. Tú también perdiste a alguien.
- —Hace mucho tiempo. —Se le quedó el aire atascado cuando su respiración se ralentizó—. Ahora lo entiendo.
 - —¿Qué entiendes?

No me estaba mirando a mí. Seguí la dirección de su mirada hacia Casteel. Detrás de él, Alastir parecía no poder creer lo que estaba viendo. Tal vez deberíamos haberle advertido.

- —Jasper se mostrará interesado —dijo el *wolven*, y esbozó una leve sonrisa mientras apoyaba la cabeza otra vez sobre la almohada plana.
- —Estoy seguro de que sí —comentó Casteel. Sus ojos se iluminaron—. Cuídate, Keev.

El *wolven* asintió y yo me levanté, curiosa por quién podría ser Jasper mientras pasaba al hombre de al lado de Keev, uno que me había observado todo el tiempo. Hice ademán de acercarme.

—No —masculló el hombre, la cara empapada de sudor. Sus ojos eran de un tono avellana dorado—. No quiero que me toques. —Me paré en seco—. Sin ofender, príncipe. —Sus respiraciones demasiado superficiales llenaron el silencio—. No quiero ese tipo de cosas.

Casteel asintió.

—Está bien. —Me tocó en la zona de los riñones para que siguiera adelante.

Pasé de largo, pero giré la cabeza hacia el mortal con sangre atlantiana. Él me observó a mí, su rostro ya congestionado por la fiebre. Conecté con él, pero corté la conexión de inmediato. El estallido caliente y ácido del odio y la amargura de la desconfianza me dejaron aturdida. Aparté la mirada a toda prisa y tragué saliva mientras mis sentidos se estiraban hacia todos los rincones de la habitación. Me tambaleé bajo el aluvión mezclado de emociones y sabores. *Limonada granizada. Fruta ácida y agria. Vainilla. Azúcar.* Confusión y sorpresa. Miedo y asombro. Desconfianza. Diversión. Mi corazón empezó a aporrear mis costillas.

La mano de Casteel se aplanó contra mi espalda cuando bajó la vista hacia mí.

—Estoy bien —susurré al cortar las conexiones para concentrarme solo en las dos mujeres que tenía delante.

La más mayor levantó la vista hacia mí, sus ojos una mezcla de marrón y oro. Me observó mientras me movía hacia la mujer demasiado quieta del catre. Sabía que era mortal, o al menos en parte. Un atlantiano como Casteel se estaría curando, pero ella...

No podía haber sido mucho mayor que yo, su piel desprovista de arrugas y sin ajar por la edad. Me puse en cuclillas, aunque sentí... no sentí nada procedente de la mujer.

- —No necesitas hacer eso —dijo la mujer mayor. Detuve mi mano a unos centímetros de la mano cerosa y flácida de la mujer herida. Miré a la más mayor—. Lo sé. —Tragó saliva—. Malgastarías tus dones con mi hija.
 - —Yo... —No sabía qué decir.

La mujer miró a la herida, tocó su mejilla, después su frente.

—Ya había oído hablar de ti antes de venir aquí. Viví en Masadonia durante un tiempo, hace unos años —dijo, lo cual me sorprendió—. Susurraban acerca de ti... las familias de aquellos a los que atendiste, quiero decir. —Retiré mi mano, consciente de la atención con la que escuchaba Casteel—. Decían que proporcionabas dignidad a los malditos. —Su piel se frunció al sonreírle a su hija—. Que ponías fin a su dolor antes de poner fin a

su sufrimiento. No les creí. —Una lágrima cayó sobre el pecho de la mujer—. No creía que nada criado por los Ascendidos pudiera proporcionar algo de semejante valor. No creía.

Levantó la vista hacia mí. Se me cortó la respiración. Sus ojos... El brillo de las motas doradas dio la impresión de intensificarse mientras me miraba, mientras miraba directamente *dentro* de mí.

—*Eres* una segunda hija —susurró. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo—. No una Doncella, pero una Elegida de todos modos.



Descolocada por las emociones de las personas de la habitación y por la sombra de la muerte que esperaba a reclamar a la joven, no veía el momento de salir afuera, donde un chaparrón podría lavar la capa de sufrimiento que impregnaba mi piel.

—Algunos me tenían miedo —farfullé después de que Alastir cerrara la puerta a nuestra espalda—. Ese tipo… el que no quiso que lo tocara… no confiaba en mí en absoluto. Y pude sentir el miedo de muchos de ellos.

Casteel miró hacia la puerta.

- —No entienden lo que puedes hacer.
- —Nunca han visto nada así. —Alastir se reunió con nosotros al lado de una mesa vacía, su piel todavía pálida—. Yo no había visto nada así en...
- —¿Desde que había guerreros Empáticos? —aventuró Casteel—. Creo que ese es el linaje del que desciende Penellaphe. Unos pocos debieron quedarse en Solis.

Alastir asintió mientras me miraba.

- —¿Cuándo se dieron cuenta tus padres de tus habilidades? ¿O cuándo fuiste consciente tú de ellas?
- —No sé la edad exacta, pero fue antes de marcharnos de la capital. No sé si en ese momento los Ascendidos sabían lo que podía hacer.
- —¿Y tienes un hermano? —preguntó Alastir. La cabeza de Casteel giró hacia él a toda velocidad—. ¿Era tu hermano de padre y madre?
- —Eso creo —dije, pensando que alguien debía de haberle hablado de Ian o que se había enterado de su existencia cuando oyó hablar de mí por primera vez—. Pero si es como yo, medio atlantiano, entonces ¿por qué le habrían permitido convertirse en un Ascendido?

Alastir echó una miradita a Casteel.

- —¿Estás seguro de que lo es?
- —Tan seguro como puedo estarlo sin haber visto la Ascensión con mis propios ojos.

Una expresión pensativa cruzó el rostro de Alastir.

—Es poco probable que lo convirtieran si era de ascendencia atlantiana,
pero... cosas más raras han pasado. —Me miró y luego se giró hacia Casteel
—. ¿Ha demostrado algún rasgo más de los Empáticos?

Casteel negó con la cabeza y di por sentado que Alastir se refería a la manera en que los guerreros Empáticos podían de algún modo utilizar lo que percibían contra la gente.

- —Pero ¿por qué tenían miedo? —pregunté—. Me vieron ayudar a la primera persona.
- —La gente, incluso la que ha vivido en Solis, puede mostrar recelo por cosas que no ha visto antes y no entiende —explicó Casteel y me di cuenta entonces de que quizás su reacción fuera la razón de que él no quisiera que los ayudara en primer lugar.
- —En Atlantia, algunas de las personas más mayores que sobrevivieron a la guerra recordarán a los Empáticos. —Alastir tocó el respaldo de una silla, silencioso por un momento—. Y eso podría ser un problema. Estoy seguro de que has visto ese maldito árbol de ahí afuera. Los dioses han enviado una advertencia.
- —Venga ya, Alastir, ¿cuándo te has vuelto tan fatalista? —La irritación destelló por las facciones de Casteel—. El presagio no es necesariamente una advertencia. Hay las mismas probabilidades de que el cambio sea bueno como de que sea malo. Y sea como sea, no tiene nada que ver con ella.

Exacto, joder, ese presagio no tenía nada que ver conmigo. La mera idea de que pudiera tenerlo era ridícula. Crucé los brazos.

- —¿Por qué sería un problema que los más mayores de los atlantianos recordaran a los guerreros?
- —No tienes nada que ver con ese presagio. Que venga un gran cambio no es necesariamente algo malo. —Casteel separó las piernas—. Y las habilidades de los guerreros Empáticos a veces se temían, sobre todo porque se les podían esconder muy pocas cosas. Y de todos los linajes, ellos eran los más cercanos a las deidades.

Alastir arqueó una ceja.

—Y porque podían apropiarse de la energía de detrás de las emociones — precisó—. Podían alimentarse de otros de ese modo, por lo que a menudo se les llamaba Come Almas.

- —¿Come Almas? —Me puse tensa—. Pero yo no puedo hacer eso. No saco nada de la gente a la que ayudo. Quiero decir, no consigo energía ni nada, y no puedo amplificar el miedo.
 - —Ya lo sé. Lo sabemos —me tranquilizó Casteel.
- —Pero ellos no lo saben. —El *wolven* retiró la mano de la silla y me dedicó una leve sonrisa. No llegó a sus ojos—. Casteel tiene razón. Solo tenemos que asegurarnos de que comprendan que no eres capaz de hacer lo que podían hacer tus antepasados. Y una vez que te conozcan, estoy convencido de que ya no pensarán en el pequeño porcentaje de tus antepasados que incitaba al miedo.
 - —¿De verdad? —Estaba llena de dudas. Alastir asintió.
 - —De verdad. Esto no es algo de lo que debas preocuparte.

Esperaba de todo corazón que ese fuese el caso, puesto que ya había bastantes cosas de las que preocuparse. Alastir volvió a centrarse en Casteel.

—Y no estés tan seguro de que el presagio no tiene nada que ver con ella. Con vosotros dos. Os vais a casar. ¿Acaso no traerá eso grandes cambios?

Las cejas de Casteel se arquearon mientras su expresión se volvía pensativa.

- —Bueno, ahí tienes cierta razón —comentó. Entorné los ojos—. ¿Partiréis pronto? —Cuando Alastir asintió, Casteel tomó mi mano, y me sorprendió la facilidad con que lo hizo. La acción parecía casi natural para él, pero cada vez que me daba la mano, era como una revelación para mí—. Buen viaje. Os veremos en Spessa's End.
- —Buen viaje a vosotros también. —Alastir puso una mano amable sobre mi hombro—. Gracias por acudir en ayuda de la gente, a pesar de que algunos no lo entendieran o apreciaran.

Asentí, incómoda por la gratitud.

Nos separamos de Alastir y cruzamos el salón de banquetes.

- —¿Sale ya hacia Spessa's End?
- —Mientras descansabas, hablé con Emil. Después de lo ocurrido, hemos pensado que es mejor que viajemos al este en grupos más pequeños para evitar llamar la atención.
- —Tiene sentido —murmuré—. ¿De verdad crees que el presagio tiene que ver con nuestra boda?
- —Podría ser —dijo, pero no estábamos en un sitio lo bastante privado como para que pudiera recordarle que el matrimonio no era real. No de un modo que propiciara ningún gran cambio.

A menos que nuestro plan funcionara. *Eso* sí que provocaría grandes cambios.

Mis pensamientos pasaron a otras cosas que habían sucedido en la habitación, con la esperanza de disipar la sensación todavía aceitosa de mi piel.

- —La madre de ahí adentro dijo lo mismo que la mujer de la Perla Roja: que soy una segunda hija pero no como yo creía. —Miré hacia atrás para ver a Alastir ante la puerta. El pobre hombre todavía tenía aspecto de que una brisa podría hacerlo caer—. Entonces no lo entendí, pero ahora creo que se refería a que era de segunda generación.
 - —¿Qué mujer de la Perla Roja?
- —La que me envió arriba a la habitación en la que estabas tú. Obviamente.

Sus cejas se juntaron al instante y bajó la vista hacia mí.

- —No tengo ni idea de a qué mujer te refieres.
- —¿En serio? —repuse en tono seco—. La mujer a la que le dijiste que me mandara a tu habitación. Creo que era una vidente, una cambiaformas.
- —No le dije a ninguna mujer que te mandara a esa habitación, sobre todo no a una cambiaformas —dijo—. Supe quién eras en el momento en que te quitaste esa capucha, pero no le pedí a nadie que te mandara a mi habitación.
 - —¿Lo dices en serio? —Lo miré alucinada.
- —¿Por qué habría de mentir sobre algo como eso? Ya te había dicho que sabía quién eras esa noche.
- —Entonces, ¿cómo…? —Me quedé a medias, pues Casteel giró de pronto a la izquierda, abrió una puerta de un empujón y me metió dentro de una habitación que olía a tierra y a hierbas. La puerta se cerró a nuestra espalda con un *clic*. Miré a mi alrededor y vi latas de verduras, cestos de patatas y bolsitas de hierbas secas—. ¿Me acabas de meter en una despensa?
- —Exacto. —La barbilla de Casteel bajó al tiempo que daba un paso hacia mí. El pelo oscuro cayó hacia delante sobre su frente.

Di un paso atrás, choqué con una estantería. Un montón de frascos tintinearon. Era tan alto que tuve que doblar el cuello hacia atrás del todo para mirarlo a los ojos.

- —¿Por qué?
- —Quería un momento a solas. —Apoyó las manos en el armario por encima de mi cabeza—. Contigo.

Con todos los sentidos a flor de piel, observé cómo se inclinaba hacia mí y un confuso escalofrío de anticipación se enroscó por mi columna.

—¿Y necesitabas este momento a solas en una despensa?

Giró su cabeza un poco para alinear su boca con la mía.

—Solo necesitaba.

Unos diminutos temblores llegaron hasta el último rincón de mi ser. Abrí la boca para decirle que fuese lo que fuese lo que necesitara, seguro que no nos implicaba a él y a mí en una despensa. Pero no salió ningún sonido. Ninguna protesta. Ninguna advertencia. Me limité a mirarlo, esperando y... deseando.

—Sé lo difícil que ha debido de ser para ti. —Sus pestañas bajaron mientras su aliento danzaba por encima de mis labios—. Entrar ahí con tus habilidades y abrirte a su dolor.

Mis dedos se enroscaron en torno al borde de una estantería.

- —No ha sido nada.
- —Eso es mentira, princesa. —Su boca estaba más cerca, a tan solo una respiración de la mía—. Lo hiciste a pesar de que percibiste su miedo y su desconfianza. Lo ha sido todo.

Sentí que mis labios se entreabrían.

—¿Y eso es lo que necesitabas decirme en una despensa?

Sacudió la cabeza y contuve la respiración cuando sus labios rozaron la comisura de los míos.

- —No había terminado.
- —Perdón —murmuré—. Por favor, continúa.
- —Gracias por tu permiso —respondió, y pude oír la sonrisa en su voz—. Hay muchas veces que me dejas asombrado.

Me quedé paralizada. Toda yo.

—No debería sorprenderme de lo que eres capaz de hacer —prosiguió—. Lo que estás dispuesta a hacer. Pero me sorprende. Siempre me asombras.

Un leve tironeo en mi pecho me robó un poco de mi respiración.

- —¿Eso es lo que necesitabas cuando me metiste en esta despensa?
- —Todavía no he terminado, princesa.
- —¿No? —Tenía el pulso acelerado.
- —No. —Su frente se apoyó contra la mía—. Necesito una cosa más. Algo que necesito hace días. Semanas. Meses. Quizás desde siempre. —El puente de su nariz rozó la mía—. Pero sé que tú no lo permitirás. No de este modo.

El tronar en mi pecho se deslizó hacia abajo.

- —¿Qué... qué has necesitado durante tanto tiempo?
- —*A ti*. —Me estremecí—. Así que, tal vez, durante solo unos minutos, cuando nadie esté mirando, cuando no haya nadie excepto nosotros,

podríamos fingir.

Me apoyé contra el armario, un poco mareada, como si no me entrase suficiente aire en los pulmones.

- —¿Fingir?
- —Fingimos que no hay ningún ayer. Ni mañana. Somos solo nosotros dos, ahora mismo, y yo puedo ser Hawke —murmuró en el recalentado espacio entre nosotros. Me estremecí de nuevo. Él me tocó la mejilla y sentí un fogonazo de hipersensibilidad por todo el cuerpo. Sus dedos se deslizaron por mi barbilla, mi labio de abajo—. Tú puedes solo ser Poppy, y podemos simplemente compartir un beso.

—¿Un beso?

Asintió.

—Solo finge. —Sus labios eran ahora un susurro contra mi mejilla—. Solo un beso.

No debería.

Había cien razones para ello. Difuminaba las líneas de quiénes éramos. Le había dicho que no volvería a ocurrir nunca. Él me estaba utilizando. Yo lo estaba utilizando. Besarse no era sensato. Incluso con todo lo que no sabía, sabía lo suficiente como para darme cuenta de que jamás terminaba con un toque de los labios, incluso cuando lo hacía. Siempre había *más*. Deseo. Necesidad.

Y ni siquiera estaba segura de lo que sentía por él, puesto que mis sentimientos hacia él parecían cambiar cada cinco minutos. Pero fuera como fuese, no debería permitir nada como esto. Si lo hacía, todo sería más difícil, incluso más confuso de lo que ya lo era. Seguro que Tawny podía resumir a la perfección en dos palabras lo que era ahora: un lío.

Pero una mujer estaba a punto de morir.

Su madre había dicho que yo seguía siendo Elegida.

Un hombre ahí dentro no quería que lo tocara.

Algunos en esa habitación me temían.

Me odiaban.

Todavía podía sentir los dientes de lord Chaney en mi piel, aunque no hubiera heridas.

Todavía podía ver las brasas ardientes de sus ojos, y sentir cómo yo no era nada más que un objeto para él. Comida. Sustento. Una cosa.

Y no quería sentir nada de eso.

Quería regodearme en el asombro que sentía Casteel por mí, y quizás... quizás ya sabía, muy en el fondo, lo que de verdad sentía por él.

- —¿Solo fingir? —Temblaba mientras las yemas de sus dedos bajaron por un lado de mi cuello y se cerraron en torno a mi nuca.
- —Fingir. —Sus labios flotaron por encima de los míos una vez más, justo ahí, juguetones. Cerré los ojos, mi voz apenas más que un susurro.

—Vale.

Capítulo 18



Como la otra vez, la noche del Rito, cuando habíamos estado debajo del sauce en el jardín y le pedí que me besara, no perdió ni un momento.

Excepto que entonces había sido Hawke y no habíamos estado fingiendo.

Sus labios rozaron los míos, una vez y luego dos, de un modo tan increíblemente dulce y suave que amenazaba con dar al traste con todo fingimiento. Me estremecí y noté sus labios curvarse contra los míos. Supe que estaba sonriendo. Supe que si abría los ojos, vería ese hoyuelo suyo tan irritantemente tentador. Sus dedos en la parte de atrás de mi cuello y contra mi mejilla, justo debajo de la cicatriz, eran ligeros como plumas, mientras daba la impresión de examinar cada centímetro de mis labios con los suyos, despacio, con calma, como para volver a conocerlos. Diminutos escalofríos corrían por todo mi cuerpo.

Pero quería más. Ya quería más.

La impaciencia me corroía por dentro. Retiré las manos de la estantería, agarré la pechera de su túnica y tiré de él hacia mí.

- —Creí que me ibas a besar.
- —¿No es eso lo que estoy haciendo?

Negué con la cabeza.

—Esto no es lo que sabes hacer.

Se rio contra mis labios.

—Tienes razón. No lo es.

Y entonces sí que me besó de verdad.

Reclamó mis labios como si estuviese reclamando el derecho a mi misma alma. La posibilidad de que ya estuviese bien encaminado a hacer justo eso debía de haber servido como advertencia del peligro, pero estaba demasiado inmersa, demasiado absorta en las sensaciones que me transmitía, perdida en lo exigentes que eran sus labios. Tiró de mi labio inferior con sus colmillos, urgiendo a mis labios a separarse. Jadeando, cedí a su pretensión. El beso fue más profundo y su lengua se deslizó por encima de la mía. Solté un pequeño gemido ahogado contra su boca caliente. Su sabor, su olor... todo ello me invadió, me escaldó.

Nos besamos y nos besamos y... todavía quería *más*. Quería seguir fingiendo, mientras un fuego líquido fluía por mi interior, eliminaba el tacto gélido de lord Chaney, borraba la sofocante sensación de la habitación por donde la muerte a buen seguro había pasado y se había marchado ya, y dispersaba todo lo desconocido de lo que aguardaba.

Él lo sabía, lo sentía, y me dio lo que necesitaba de manera tan desesperada.

Su mano por fin, por fin, se apartó de mi mejilla, bajó por mi cuello, se aplanó por encima de mi pecho. Había una especie de veneración en sus caricias, como si me adorara mientras deslizaba la mano por debajo de mi jersey. Piel con piel. Mi cuerpo se estremeció cuando sus dedos rozaron el *collage* de cicatrices de mi piel y luego siguieron subiendo, por encima de las líneas de mis costillas, la curva inferior de mi seno. Gemí contra su boca cuando su pulgar llegó al pico turgente. Intensas punzadas de placer serpentearon por mi interior.

Hizo un sonido profundo y oscuro que retumbó a través de mí y la mano de detrás de mi cuello bajó hacia mis riñones. Tiró de mí para separarme del armario y pegarme a su duro cuerpo, y así continuó, me devoró con sus labios, tatuó mi piel con sus caricias. Su hambre debió asustarme, pero todo lo que hizo fue provocar la misma necesidad en mí.

Solo estábamos fingiendo...

Aunque esto parecía muy, muy real.

Él parecía del todo real, sus labios contra los míos, mi barbilla... sus manos sobre mis senos, mi espalda, su cuerpo contra el mío. Eché la cabeza atrás cuando su boca trazó un camino abrasador hasta el mordisco ya cicatrizado. Sentí la humedad caliente de su lengua, las pícaras puntas afiladas de sus colmillos cuando los arrastró por mi piel. Di un grito, todo mi cuerpo en tensión, de deleite y de anticipación prohibida.

—Poppy —murmuró, quizás suplicó. No estaba segura. Su lengua lamía mi piel.

¿Me mordería?

¿Acaso quería que lo hiciera?

¿Se lo impediría?

Mi cuerpo ya conocía la respuesta cuando levanté la mano y la hundí en su suave mata de pelo.

—¿Lo quieres? —susurró contra mi piel hipersensible—. Lo quieres, ¿verdad? —Me estremecí, incapaz de contestar—. Sí que lo quieres.

Un pulso doloroso me robó la respiración y entonces, en un alarde impresionante de fuerza, metió las manos debajo de mis muslos y me levantó mientras giraba. Mi espalda chocó con la puerta mientras él enganchaba mis piernas alrededor de su cintura. Su cuerpo se encontró con el mío y apretó, las partes más duras de él contra las partes más blandas de mí.

Gemí cuando su boca se cerró sobre mi cuello. Succionó la piel entre sus afilados dientes, y mis caderas se separaron de la puerta para empujar contra la suyas.

Succionó con más fuerza de la piel, sacándome otro grito de lo más profundo de mi ser, pero no rompió la piel. No me hizo sangre. En vez de eso, jugueteó y me tentó hasta que cada terminación nerviosa pareció estirarse hasta su punto de ruptura, hasta que me mecí contra él, con él.

Y cuando su boca por fin volvió a la mía, sabía que los dos estábamos perdiendo el control a toda velocidad.

Estábamos fingiendo.

Aunque me besara como si bebiera de mis labios. Aunque apretara contra mí y yo clavara los dedos en sus hombros y en la tela que cubría su pecho. Estábamos fingiendo.

Poco a poco, los besos se ralentizaron, sus caderas todavía inmovilizaban las mías contra la puerta. Él respiraba con la misma agitación que yo cuando separó la boca de la mía.

—Creo... creo que ya es suficiente.

¿Lo era?

Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra la puerta y asentí mientras tragaba saliva. Tenía que ser suficiente, porque esto era una locura, que llevaba a aún más locura. Daba la impresión de que él estaba a minutos de desnudarme y tomarme contra la puerta. Daba la sensación de que yo estaba a segundos de suplicarle que lo hiciera. Aflojé las manos sobre su camisa y abrí los ojos.

Casteel me miró, los labios hinchados, los ojos de un vívido dorado fundido. Por todos los dioses, era de una belleza obscena, y él parecía haber perdido los papeles en la misma medida que yo.

Emitió un profundo sonido retumbante.

- —No me mires así.
- —¿Así cómo? —No reconocí mi voz ronca.
- —Como si no creyeras que fuese suficiente. —Su mano se deslizó por mi cadera y se cerró en torno a mi trasero para apartar la mitad inferior de mi cuerpo de la puerta y pegarla a su mismísimo centro, grueso y duro. Contuvo mi exclamación con un rápido beso profundo en el que quise sumergirme.

Pero el beso terminó y me bajó las piernas con ternura. Se quedó cerca de mí unos instantes, la frente apoyada contra la mía, mientras peinaba un poco mi pelo hacia atrás con manos que hubiese jurado que temblaban un poco. Noté las rodillas extrañamente débiles cuando dio un paso atrás para poner algo de espacio entre nosotros. Nos miramos a los ojos y el doloroso deseo en mi interior palpitó al mismo ritmo que mi corazón.

- —Ha sido… —Me mordí el labio, sin tener ni idea de lo que decir a continuación.
- —No tienes que decir nada. —Volvió a acercarse a mí, agarró un mechón despistado de mi pelo y lo remetió detrás de mi oreja—. Es probable que sea mejor que no digamos nada.
- —Vale —susurré. Deseé apoyar mi mejilla contra la palma de su mano, pero de algún modo logré resistirme. Esbozó una sonrisita.
- —Sí que tengo algo que necesitas. Un regalo. Uno que planeaba darte cuando salimos de esa habitación. Antes de que me... distrajera.

¿Se distrajera? ¿Eso era lo que era esto para él? ¿Era más para mí?

—No es un anillo —dijo—. Pero es algo que creo que apreciarás de todos modos.

Fruncí el ceño confusa.

- —¿Qué tipo de regalo?
- —El mejor tipo —afirmó—. Venganza.



No tenía ni idea de cómo Casteel podía mostrarse tan tranquilo y sereno después de ese beso, pero cuando lo miré de reojo parecía como si acabara de asistir a una lectura de *La historia de la Guerra de los Dos Reyes y el reino de Solis*, que era tan estimulante como observar la hierba crecer.

Era casi como si lo sucedido en la despensa hubiese sido producto de mi imaginación y, si no fuese por la sensación de doloroso deseo insatisfecho, yo misma estaría dudando seriamente de si había pasado o no. Pero no habían

sido imaginaciones mías. Había sido real. Me había besado, y lo había hecho como si su mismísima vida dependiera de ello.

¿De verdad lo afectaba tan poco, y si era así, de qué servía fingir?

Antes de que pudiese utilizar mis sentidos, Casteel abrió una pesada puerta de madera. El olor húmedo y rancio fue reconocible al instante.

- —¿Mi regalo está en las mazmorras? —pregunté, mis pasos cada vez más lentos a medida que bajábamos por la estrecha escalera. Se me revolvió el estómago por el olor.
- —Puede que parezca un lugar extraño para un regalo, pero lo entenderás en un momento.

Hice caso omiso de la vocecilla paranoide que susurraba que esto era una especie de trampa, y seguí adelante. Después de aceptar la proposición de matrimonio, dudaba de que fuera a encerrarme en una celda. Aun así, era inquietante estar aquí otra vez, donde casi había muerto.

Una sombra se separó de la pared cuando llegamos al pasillo iluminado por antorchas. Era Kieran. Los ojos pálidos del *wolven* pasaron de Casteel a mí.

- —¿Cómo te encuentras?
- —Bien. ¿Y tú? —pregunté, por alguna razón, y luego noté cómo me sonrojaba. No había forma de que supiera lo que había sucedido en la despensa, incluso con sus sentidos extraespeciales de *wolven*…

A menos que lo supiese a través del vínculo.

De verdad que tenía que averiguar más cosas acerca de ese vínculo.

Sus labios se curvaron en una sonrisa.

- —Genial. —Miró al príncipe—. ¿Y tú?
- —La respuesta es la misma que la última vez que preguntaste —respondió Casteel, y yo fruncí el ceño. Me volví hacia él.
 - —¿Te hirieron?
 - —¿Te preocuparías mucho si te dijera que sí?

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo. ¿No? ¿Sí?

- —No demasiado.
- —Auch. —Se llevó una mano al pecho—. Me hieres una vez más.
- —No está herido —contestó Kieran—. Al menos, no físicamente. En lo emocional, creo que lo dejaste destrozado.

Puse los ojos en blanco.

—Entonces, ¿por qué preguntas si está bien cuando no está herido? Kieran abrió la boca para responder, pero Casteel se le adelantó.

- —Es don angustias. Se pasa el rato entero temiendo que me hayan herido o que me haya excedido en mis esfuerzos. Siempre quiere saber si he descansado ocho horas y si como tres comidas completas al día.
 - —Sí, así soy yo. Lo has clavado —comentó Kieran, divertido.

Casteel le lanzó una sonrisa cómplice y luego me hizo a mí un gesto.

—Ven. Tu regalo aguarda.

Como no tenía ni idea de lo que hablaban esos dos, fui detrás del príncipe, empezando a sospechar lo que era mi regalo. *Venganza*. El aire estaba cargado del penetrante olor a hierro de la sangre. Sangre fresca. El nauseabundo aroma floral y dulzón que flotaba por debajo del de la sangre confirmó mis sospechas antes incluso de ver lo que me esperaba en la celda delante de la cual se detuvo Casteel.

Encadenado a la pared, con los brazos bien abiertos y las piernas atadas, estaba lord Chaney. Desde luego que había tenido días mejores. Le faltaba un ojo. Profundos surcos recorrían su cara, causados por el cuchillo que yo había blandido. La sangre goteaba de su boca abierta en un tímido flujo constante. Su camisa se había desgarrado para revelar que la herida que había visto antes era parte de tres profundos cortes en su pecho. Unas garras también habían marcado su piel justo debajo de su cuello y de un lado a otro de su estrecho torso. Las esposas que llevaba alrededor de las muñecas y los tobillos tenían pinchos que se hincaban en su piel y le hacían sangre. Tenía que estar sufriendo un dolor inconmensurable.

No sentí ni un ápice de compasión mientras miraba al *vampry*.

- —No lo matasteis —dije, y el Ascendido abrió un ojo. Era más rojo que negro.
- —No. —Casteel apoyó una cadera contra los barrotes y giró su cuerpo hacia el mío—. Quería hacerlo. Todavía quiero. Tengo muchas ganas. Pero él no me hirió, no fue mi piel la que desgarró. No fue mi sangre la que robó. Mi corazón martilleaba otra vez cuando arrastré mi mirada del *vampry* a Casteel—. La venganza es tuya, si la quieres —continuó—. Y si no, yo seré tu arma, lo que ponga punto y final a su miserable existencia. Tú eliges. Metió la mano en su bota y extrajo un arma. La sujetó entre nosotros y vi que era mi daga de hueso de *wolven*—. Sea como sea, esto te pertenece, encuentre o no hoy su camino hasta el corazón de un Ascendido.

Sin decir palabra, cerré los dedos en torno al mango de hueso. El frío peso de la daga fue bienvenido una vez más. Volví a mirar al interior de la celda.

—¿Ya no habla? —pregunté. Antes, el Ascendido no era capaz de estar callado.

- —Le arranqué la lengua —anunció Kieran, y tanto Casteel como yo nos giramos hacia él—. ¿Qué? —El *wolven* se encogió de hombros—. Me irritaba.
 - —Bueno —murmuró Casteel—. Vale, entonces.

El Ascendido emitió un gimoteo lastimero que atrajo mi atención otra vez hacia él. Toda la empatía que anegaba mi pecho casi me estranguló.

Pero no era por el monstruo que tenía delante.

Era por la Sra. Tulis, cuyo cuello había roto sin pensarlo siquiera. Y por su hijo, Tobias, que ya no tenía un futuro. Era por el hombre que el caballero había asesinado por orden de Chaney, y por todos los que habían muerto. Era por los que yacían en la habitación de al lado del comedor, y por la mujer que seguramente estaba muerta ya. El ardor de mi garganta y mis ojos era por el niño al que el Ascendido había matado solo porque podía.

Solo porque le apetecía.

—Abre la celda —ordené.

Kieran se adelantó y abrió la cerradura de la celda. Mis pies me llevaron adentro.

Tal vez esto estuviera mal. Desde luego no era algo que haría la Doncella, pero yo ya no era la Doncella. En verdad, no lo había sido nunca. Pero aun así, una vida a cambio de una vida no era correcto. Lo sabía. Igual que sabía que la mano que ahora sujetaba la daga había sujetado la mano de los heridos y había aliviado su dolor en lugar de causar más.

Casteel o Kieran podían terminar con la vida de Chaney, igual que muchos de los residentes de la fortaleza, que también tenían derecho a vengarse. La sangre no tenía por qué manchar mis manos.

Pero se había derramado sangre por mi causa.

Me paré delante de lord Chaney, levanté la vista y miré a ese único ojo ardiente. Había tanta frialdad en él... El vacío era inmenso mientras me fulminaba con la mirada, forcejeando contra los grilletes, que le hicieron más sangre en su intento de llegar hasta mí. Un agudo gemido reverberante emanó del Ascendido. Si pudiese liberarse, se abalanzaría sobre mí como un Demonio, chasqueando los dientes para hincarlos en mi piel. Me mataría en su hambre, pasara lo que pasara después. Lo que yo fuera para los Ascendidos no le importaría. Se alimentaría sin parar y, si no hubiese sido él el encargado de venir a New Haven, habría continuado matando y matando. Miré dentro de ese ojo y todo lo que vi fueron los rostros de sus víctimas, consciente de que muchas más quedarían sin nombre.

La daga casi vibraba contra la palma de mi mano.

Lo que le hice a lord Mazeen fue un acto provocado por la aflicción y la ira, pero aun así había sido un acto de venganza. Había habido algo en el núcleo de quien yo era que me había permitido acabar con el Ascendido. Fuera lo que fuese, era algo que Casteel había reconocido. Era la razón de que me hubiese dado este *regalo*. Sabía que era capaz de hacerlo, y tal vez eso debiese molestarme. Era probable que lo hiciera más tarde.

O quizás no.

Ya no sabía qué cosas me atormentarían, ni si lo que solía mantenerme despierta de noche todavía lo haría. Estaba cambiando, no solo día a día, sino a cada hora, al parecer. Y lo que me había gobernado antes cuando llevaba el velo, ya no dictaba mis actos.

Miré a lord Chaney unos instantes. Sin apartar la vista. Sin decir palabra. Mientras aceptaba el regalo del príncipe y clavaba la daga de heliotropo en el corazón del Ascendido.

Lo observé hasta que el resplandor rojo se apagó en su ojo. Observé cómo su piel se agrietaba y se retraía, cómo se desprendía y se desperdigaba, mientras los grilletes chocaban con estrépito metálico contra la pared de piedra. No me di la vuelta hasta que no quedó nada más que una fina nubecilla de ceniza que caía despacio hacia el suelo.



Poco tiempo después, estaba sentada ante el escritorio de la biblioteca, ojeando los archivos atlantianos. Apenas veía las letras, incluso las que se podían leer. Mis pensamientos estaban en un millón de sitios diferentes y no era capaz de concentrarme. Me eché hacia atrás en la silla y solté un profundo suspiro.

—¿Hay algo que quieras discutir? —Kieran levantó la vista del libro que había estado leyendo.

Casteel lo había dejado a cargo de mí mientras se reunía con las familias que habían perdido a un ser querido. No me había preguntado si quería tomar parte en eso, pero tenía el suficiente sentido común para darme cuenta de que mi presencia podría no ser bienvenida o ser una distracción. Lo que Casteel estaba haciendo en esos momentos no tenía que ver conmigo.

—¿O hay algo que quieras preguntar? —añadió Kieran—. Estoy seguro de que habrá algo que quieras preguntar.

- —No quiero preguntar nada —mascullé, frunciendo el ceño en dirección al *wolven*.
 - -Entonces, ¿por qué suspiras cada cinco minutos?
- —No suspiro cada cinco minutos. De hecho... sí que quiero preguntar algo. —Me di cuenta, y él puso cara de aburrimiento supremo—. Este vínculo que tienes con Casteel, ¿en qué consiste exactamente? Por ejemplo, ¿puedes leerle los pensamientos? Si le pasa algo, ¿te pasa a ti también?
- —No debería sorprenderme por lo increíblemente aleatorio que ha sido eso, pero me sorprende.
 - —De nada —solté. Kieran cerró su libro.
- —No puedo leer los pensamientos de Casteel, y él tampoco puede leer los míos. —Gracias a los dioses—. Puedo percibir sus emociones, supongo que de manera similar a como tú puedes leer las de los demás. Y él puede percibir las mías —continuó—. Si a él le pasara algo, si ese algo lo debilitara de manera grave, el vínculo le permitiría extraer energía de mí.

Me incliné hacia delante.

—¿Y cuando lo tenían cautivo?

Kieran no respondió durante un buen rato.

- —Cuando se marchó de Atlantia, no tenía ni idea de lo que pretendía hacer. Casteel no quería que fuese. De hecho, lo prohibió expresamente.
 - —¿Y tú le hiciste caso?
- —Lo prohibió como mi príncipe. Incluso yo tengo que obedecer a veces. —Sonrió—. Ojalá no lo hubiese hecho... demonios, si hubiese sabido lo que iba a hacer, habría hecho todo lo posible por hacerle ver lo absurda que era esa idea. Y si eso no hubiera funcionado... —Kieran quitó una pierna de la mesa de café—. Supe que lo habían herido cuando de repente caí enfermo, sin previo aviso. Supe que no era ninguna herida menor cuando la enfermedad me robó todas mis fuerzas. Supe que lo habían capturado cuando ya no pude andar y ninguna cantidad de comida o agua podía aliviar mi hambre o mantener mi peso.
 - —Por todos los dioses —susurré—. Estuvo cautivo...
 - —Cinco décadas —confirmó Kieran.
- —¿Y tú estuviste... estuviste enfermo todo ese tiempo? —Asintió—. Su hermano... ¿el príncipe Malik tiene un vínculo?

La expresión de Kieran se endureció, luego se suavizó.

—El *wolven* con el que estaba vinculado murió mientras intentaba liberarlo.

Me eché atrás en mi silla y me pasé las manos por la cara.

- —¿Qué pasaría si él muriera? ¿O si murieras tú?
- —Si alguno de los dos muriera, el otro quedaría debilitado pero con el tiempo se recuperaría.
- —Entonces, ¿qué es lo que hace en realidad el vínculo? ¿Pasa energía de uno a otro si la necesitáis?

Kieran asintió.

- —El vínculo es un juramento que exige que yo lo obedezca y lo proteja, incluso aunque me cueste la vida. No existe nada vivo hoy en día que sustituya esos vínculos.
 - —¿Y él hará lo mismo por ti?
- —Lo haría. No es obligatorio, pero todos los Elementales que tienen un vínculo lo harían.

Lo pensé un poco y cerré con cuidado el libro de archivos.

- —¿Cómo empezaron los vínculos?
- —Los dioses —respondió—. Cuando sus hijos, las deidades, nacieron en esta tierra, llamaron a los lobos *kiyou*, antes salvajes, y les dieron formas mortales para que los sirvieran como protectores y guías en un mundo que era desconocido para ellos. Fueron los primeros *wolven*. Con el tiempo, a medida que los Elementales empezaron a superar en número a las deidades, los vínculos se trasladaron a ellos. —Se inclinó hacia delante y apoyó los brazos sobre sus rodillas—. No todos los Elementales tienen un vínculo. Delano no está vinculado con un Elemental, por ejemplo.
 - —¿Y los padres de Casteel?
 - —Sus wolven murieron en la guerra.
 - —Dios —murmuré—. ¿Y Alastir? ¿Él no tiene vínculo?
- —Lo tuvo hasta la guerra —explicó, y eso fue todo lo que me tuvo que decir para que supiera que con quien fuera que había estado vinculado no había sobrevivido—. Hoy en día no se producen muchos vínculos. No es obligatorio para un *wolven*, y muchos simplemente han elegido no tenerlo. Y aunque fuese obligatorio, no quedan los suficientes *wolven* como para que fuera una cosa generalizada.
 - —¿Debido a la guerra?

Kieran asintió. Dejé que mi cabeza cayera hacia atrás contra la silla.

- —¿Es por eso que los *wolven* son los más empeñados en recuperar la tierra?
 - —Así es.
- —No es que quieran una guerra. —Miré al techo—. Quieren venganza. No hubo respuesta. Tampoco era necesaria. Ya conocía la respuesta—. ¿Qué

pasa contigo? —pregunté—. ¿Tú qué quieres?

- —Quiero lo que quiere Casteel.
- —¿Debido al vínculo? —Arqueé una ceja.
- —Debido a que la guerra debería ser solo el último recurso —contestó—. Y al igual que Casteel, si al final eso es lo que ocurre, tendré que echar mano de mi espada. Aunque espero que no.
- —Lo mismo digo —susurré. Dejé que mis pensamientos divagaran—. ¿Has visto el árbol de sangre?
 - —Sí.
- —Casteel comentó que los otros lo consideran un presagio de grandes cambios. Alastir dijo que es probable que guarde relación con nuestra boda. —Pensé en la primera reacción de Casteel—. ¿Crees que es una advertencia?
- —Creo que tiene razón. —Me miró a los ojos—. Creo que vuestro matrimonio traerá cambios a ambos reinos, de un modo u otro.

De un modo u otro. Si tuviésemos éxito y evitásemos una guerra o si fallásemos. Me estremecí. Ninguno de los dos habló después de eso. Hasta que me levanté lo que pareció una eternidad más tarde.

—Hay algo que quiero hacer.

Kieran me miró y luego se levantó.

—Te sigo.

Me siguió fuera de la biblioteca y a través del pasillo. Aquellos con los que nos cruzamos en la zona común nos dejaron un buen margen y noté sus miradas: unas breves, otras más largas. No tuve que abrir mis sentidos para saber que algunas de esas miradas eran de desconfianza. Debía de haberse corrido la voz acerca de lo que había hecho hacía un rato.

Mantuve la cabeza alta mientras los que estaban en grupos susurraban los unos con los otros. Si Kieran se dio cuenta, no mostró reacción alguna. Salimos afuera, bajo un cielo teñido de violeta y del azul más oscuro de la inminente noche. Como no quería ver el árbol de sangre, no miré hacia los establos. El viento había desaparecido y el único sonido era el de la nieve crujiendo bajo mis botas.

El trayecto a través del bosque y hasta la cámara de nombres subterránea fue silencioso. Kieran no dijo nada cuando me vio agarrar el cincel y el martillo, y empecé a buscar un espacio vacío. Lo encontré después de unos minutos. A media pared, a la izquierda de la entrada, habían grabado nombres nuevos, las marcas todavía mostraban una capilla de polvo de piedra.

El último nombre era Renfern Octis.

Con el pecho dolorido, deslicé los dedos por las letras de su nombre, luego por las fechas de debajo. Tenía solo once años.

Once.

Apoyé el cincel contra la piedra y tallé un nombre; luego dos más, el último después de creer que había terminado. No conocía las fechas de nacimiento, pero añadí la fecha final.

La Sra. Tulis.

Su hijo, Tobias.

Y después grabé el nombre del Sr. Tulis en la pared. Puede que su muerte no hubiese sido a manos de los Ascendidos, pero habían sido ellos los que lo habían empujado hasta su muerte.

Capítulo 19



¿Cómo...?

¡Mamá!

Me enderecé en la cama con un grito atascado en la garganta. Palpé a mi alrededor a ciegas, mi mano golpeó la mesilla de noche hasta que mis dedos se cerraron en torno al mango de la daga de *wolven*.

—Poppy. —Llegó la voz soñolienta de Casteel a mi lado. Me sobresalté.
¿Cuándo había regresado? Debió de ser después de que me quedara dormida
—. ¿Es una pesadilla?

Tragué saliva y asentí mientras cerraba los ojos. Al instante, vi la cara horrorizada de mi madre y el dolor en su mirada. Había muchísima sangre. Corría por la parte de delante de su vestido, manaba de las heridas en su pecho. No eran mordiscos. No...

Se me comprimió tanto el pecho que el aire salía sibilante de mis pulmones. Abrí los ojos de inmediato, pero hubiese podido jurar que oía los gritos. No chillidos, sino gritos. Y el olor... el olor a madera en llamas.

La cama se movió cuando Casteel se sentó. Con suavidad, soltó mis dedos de la daga.

—Solo la voy a dejar aquí a un lado. Seguirá a tu alcance en caso de que quieras apuñalarme.

Observé cómo se inclinaba por encima de mí y la dejaba a mi otro lado.

- —No quiero apuñalarte —grazné.
- —Sería la primera vez —se burló, y yo hipé una risa temblorosa—. Más tarde, trata de recordar que has dicho eso, cuando estoy seguro de que te daré algún motivo para apuñalarme.

Negué con la cabeza y me llevé las temblorosas manos a la cara.

—Lo siento. —Eché mi pelo hacia atrás—. No pretendía despertarte. Sé que tenemos que ponernos en marcha temprano.

Delano había regresado después de la incómoda cena en el salón de banquetes, cuando la gente o bien me miraba pasmada o susurraba hasta que la fría mirada de Casteel los silenciaba. Las carreteras estaban lo bastante despejadas para que Casteel creyera que era seguro partir de New Haven.

- —¿Qué te he dicho? —preguntó Casteel—. No te disculpes. No es culpa tuya. No te preocupes por ello. —Eso era más fácil de decir que de hacer—. ¿Crees que puedes volver a dormirte?
- —Sí. —Me volví a tumbar, hecha un ovillo sobre un costado. Las llamas de la chimenea parpadeaban con suavidad y, cuanto más las miraba, más imágenes de la pesadilla empezaban a encajar en su sitio. La neblina... había sido tan densa como el humo. Casi había olido a madera quemada y algo acre. ¿No era eso lo que Ian y yo habíamos pensado que era al principio? ¿Fue por eso que salí en busca de mi padre? Intenté imaginar su rostro, ver sus ojos, pero por mucho que lo intentara, no pude. Todo lo que veía era rojo. Tanto rojo... en las paredes y arremolinado en el suelo, cuerpos abiertos en canal. Pero ningún Demonio. No había habido ningún Demonio alimentándose de esos cuerpos. ¿Por qué? ¿Por qué había tanta sangre...?

Un arrebato de energía nerviosa me recorrió de arriba abajo, aumentando el pánico y el miedo residual. No podía quedarme ahí tumbada. No podía cerrar los ojos.

Me senté y empecé a salir de la cama, pero Casteel pasó su brazo alrededor de mi cintura.

- —No puedo quedarme aquí tumbada. No puedo dormir. Solo necesito...
- —Olvidar. —Bajo el resplandor del fuego, me tocó la mejilla para que lo mirara—. Lo sé. Lo entiendo. Yo también.

Mientras aspiraba unas bocanadas de aire demasiado superficiales, supe que él, de todas las personas posibles, lo entendía. Crucé mis manos sobre mi cara.

- —No quiero pensar en esa noche. —Las lágrimas quemaban mi garganta y las odiaba, odiaba esta debilidad patética—. Quiero olvidar.
- —Pero para hacer eso, tienes que sentir. Tienes que sustituir ese miedo por otra cosa. Por eso solías explorar la ciudad de noche —dijo. Apartó las manos de mi cara—. Sin embargo, ahora no tienes ciudad a la que escapar. Solo me tienes a mí.

Solo me tienes a mí.

Mi corazón se retorció y se hizo un nudo.

- —Deja que te ayude a reemplazar el miedo y la impotencia. Puedo eliminarlos. Lo prometo —susurró, mientras guiaba mi cuerpo de vuelta y estuve tumbada una vez más—. Déjame ser suficiente, al menos por esta noche.
- —Yo... —Me quedé sin palabras mientras él se movía para bloquear el resplandor del fuego y dejarme sumida en la oscuridad de la habitación.
- —Estamos solo nosotros. Nadie más. —Sus labios rozaron mi mejilla y tuve que reprimir una exclamación—. Igual que antes en la despensa, podemos fingir. —Cerré los ojos—. Ahora mismo, en la oscuridad, soy solo Hawke. —Su brazo se aflojó en torno a mi cintura cuando su mano se deslizó por encima de mi cadera y bajó por mi muslo, hacia donde tenía el camisón enredado en las piernas—. Tú solo eres Poppy y yo puedo ayudarte.

A lo mejor fue por la pesadilla. Pudo ser la oscuridad y el repentino y palpitante deseo que cobró vida de pronto. O quizá fue porque en la oscuridad podíamos ser Hawke y Poppy, sin pasado y sin futuro. Y fingir... fingir hacía que nada de esto fuese real. Tal vez todas esas cosas fueran la razón de que girara la cabeza hacia él. Nuestros labios se rozaron.

—Fingir —susurré y... y lo besé.

Casteel me dejó explorar su boca, todo el cuerpo inmóvil, excepto su mano. Deslizó la palma despacio por mi cadera, mi estómago, luego entre mis pechos, arrastrando el borde del camisón hacia arriba hasta que quedó apelotonado debajo de mi barbilla. Noté entonces el aire fresco, que jugueteó sobre mi piel expuesta.

Lo besé, me estremecí cuando sentí la palma de su mano sobre mi pecho. El pezón se endureció hasta un punto casi doloroso. Su pulgar se movió, perezoso, por la punta y después fue hacia el otro.

—Desearía que pudieras ver lo que estoy a punto de hacer —murmuró.

Me chupé los labios cuando se apartó, su pulgar rozó contra la piel rosácea y fruncida. Entonces hizo algo con el pulgar y el índice que hizo que todo mi cuerpo diera una sacudida, y una oleada de calor húmedo se arremolinó entre mis muslos.

- —Dios —farfullé.
- —*Mmm*. —Su boca recorrió la piel de mi cuello otra vez—. ¿Te gusta eso?

No tenía ningún sentido contestarle. Lo sabía muy bien, así que lo hizo otra vez. Mis caderas se movieron por acto reflejo, incitadas por el creciente deseo doloroso entre mis muslos. No me había... no nos habíamos... tocado

de este modo desde el bosque después de que lo apuñalara, pero mi cuerpo no lo había olvidado. Irradiaba calor por todos los poros de la piel.

Su boca se cerró sobre mi pecho, y la combinación de su lengua y el afilado roce de sus colmillos me hizo echar la cabeza atrás. Un gemido ahogado escapó por mi boca al tiempo que abría los ojos como platos. Tiró de la piel con la boca y su mano bajó por mi tripa y más abajo, por encima de mi mismísimo centro. Fue la más ligera y suave de las caricias, juguetona y tentadora.

—Estás muy húmeda, Poppy —murmuró contra mi dolorido pezón—. Me gusta. Mucho.

Incapaz de sentirme avergonzada o escandalizada por la crudeza de sus palabras, solo pude gimotear mientras su dedo se movía en círculos lentos y perezosos.

- —También me gusta lo deprisa que respondes a mi contacto. Mordisqueó la piel de mi otro pecho mientras giraba el pulgar alrededor de la piel hipersensible—. ¿Quieres que haga algo al respecto?
 - —Sí —susurré, jadeando en busca de aire.

Casteel respondió presionando sobre el haz de nervios. Di un grito y me arqueé contra su mano. Me sentía como si estuviera empapada, ahogándome ya. Justo cuando su boca se cerró una vez más sobre mi pezón, deslizó un dedo dentro de mí. Una especie de sonido estrangulado escapó por mi boca y ya no quedó espacio para pensamientos de una noche largo tiempo pasada ni para preocupaciones acerca de la mañana que se aproximaba a toda velocidad. Mi corazón tronaba dentro de mi pecho.

Arrastró ese dedo adentro y afuera y levantó la cabeza, y aunque no podía verlo, sabía que él a mí sí. Sabía que observaba su mano entre mis piernas abiertas. Sabía que estaba concentrado en lo que estaba haciendo, en la manera que levantaba mis caderas para recibir sus empellones. Observó cuando deslizó otro dedo en esa humedad apretada. Volví a cerrar los ojos y supe que esto era lo que él quería haber hecho antes, en la despensa. Me rendí a ello, al calor mojado y la oscuridad y la picardía de sus caricias. Casteel gruñó cuando apreté mis caderas contra su mano.

—Eso es. —Su voz sonó rasposa—. Cabalga mis dedos.

E hice justo eso, mecerme contra sus manos mientras la espiral del éxtasis se iba apretando. Entonces la tensión, todavía dolorosamente desconocida para mí, giró y giró hasta que pareció demasiado intensa.

—Oh, por todos los dioses, no puedo... —Apreté las caderas contra la cama.

—Sí puedes. —Continuó su actividad, metiendo los dedos dentro de mí
—. Lo harás.

Era demasiado para mí, demasiado intenso, y no había forma de evitarlo. Metió los dedos bien profundo en mi interior y fue como si fluyera lava por mi sangre. Y justo cuando pensaba que seguro estallaría en llamas...

—Eso es. —Su voz sonó ronca y gruesa.

Me mordí el labio a medida que la tensión se enroscaba y retorcía más y más hondo, más apretada, y enterré la cara en el pliegue de su brazo. Sus labios rozaron mi mejilla cuando presionó con su pulgar sobre el tenso haz de nervios. Mis caderas se levantaron de la cama cuando toda la tensión estalló en pedazos. Fue como tener relámpagos en las venas. La agonía más dulce, que desperdigó mis pensamientos mientras el éxtasis palpitaba y luego cedió cuando retiró los dedos. Satisfecha y aturdida, me quedé completamente flácida, exhausta y laxa mientras Casteel me abrazaba con fuerza. La manta se asentó sobre mí, sobre nosotros, y él tiró de mí hacia su pecho. Debajo de mi mejilla, su corazón palpitaba con regularidad.

El corazón que yo había perforado hacía no tanto tiempo.

Casteel me sujetó con fuerza, cerca, sin dejar de deslizar la mano arriba y abajo por toda mi columna. No sabía si se daba cuenta siquiera del tipo de consuelo que su cercanía o su contacto me proporcionaban. A lo mejor sí y por eso seguía en la habitación, aun a sabiendas de que podía despertarlo en cualquier momento de la noche. Había otras habitaciones, otras camas mucho más tranquilas y desde luego que menos complicadas, pero aquí estaba. Me abrazó, calmando mis nervios deshilachados después de espantar el enconado horror de una noche que no quería más que olvidar. Me ayudó a olvidar al tiempo que me ofrecía placer y goce para sustituir al miedo y la impotencia, y lo hizo sin recibir nada a cambio.

Volví a dormirme, caí en la oscuridad en la que era solo Poppy y él era solo Hawke.



Nos íbamos.

A Atlantia.

Esos momentos privados y oscuros en medio de la noche parecían haber sucedido hacía una eternidad en lugar de hacía solo unas horas. Aspiré una bocanada de aire demasiado superficial. Miré a los presentes. Naill y Delano

estaban con Elijah, pero no tenía ni idea de si eran parte del plan trazado por Casteel, así que guardé silencio. Me había pasado gran parte de la mañana estresada por cómo debía comportarme. La preocupación que se había diluido tras la llegada de los Ascendidos y todo lo demás había vuelto ahora con fuerzas redobladas.

—¿Quieres algo más antes de que nos marchemos? —preguntó Casteel, y noté un tironcito de la trenza—. ¿Poppy?

Al percatarme de que hablaba conmigo, negué con la cabeza.

—No. Estoy bien. Gracias.

Tanto Kieran como Casteel me miraron y el silencio se extendió durante tanto tiempo que tuve que comprobar que seguían ahí. Giré la cabeza para encontrar a los dos observándome, sus expresiones casi idénticas, cargadas de perplejidad.

```
—¿Qué? —pregunté.—Nada. —Casteel parpadeó—. Entonces, ¿estás lista?Asentí.
```

Observándome como si fuese una serpiente enroscada a punto de atacar, me tendió la mano. Empecé a levantarme sin aceptarla, pero me corregí a tiempo. Un rápido vistazo a nuestro alrededor me indicó que los otros esperaban al lado de la puerta, y pensé que rechazar un gesto tan simple no sería un buen comienzo para convencer a los otros de que estábamos juntos. Puse la mano en la suya.

El contacto de su piel contra la mía me transmitió otra descarga eléctrica. Mis ojos volaron hacia los suyos, pero no había nada que percibir ahí esta vez, con sus espesas pestañas a medio cerrar mientras me ayudaba a ponerme en pie.

- —¿Está todo listo? —preguntó Kieran.
- —Sí —contestó Casteel—. Elijah cree que conseguiremos llegar a Spessa's End para el final de la semana si no hacemos demasiadas paradas.
 - —Es factible —convino Kieran—. Y aconsejable.
- —La gente de la fortaleza solo dispone de unos pocos días antes de que los Ascendidos envíen a otros a buscarla —dijo Casteel. Estiró la mano entre nosotros y levantó el final de mi trenza—. Enviarán exploradores y es probable que a más caballeros. —Dejó caer mi trenza por encima de mi hombro y alargó la mano hacia mi bolsa. Kieran asintió.
- —Magda volvió temprano esta mañana. Ha dicho que cree que la mayoría estarán listos para viajar en un día o así.

—Bien. —Casteel bajó la vista hacia mí. Sin tener muy claro lo que hacer, decidí que el silencio era el mejor curso de acción. Después de todo, solía resultarme natural, aunque cuando empecé a utilizar el velo me costara un esfuerzo inmenso permanecer callada. Si Kieran pensaba que ahora hacía muchas preguntas, habría un agujero en la pared con forma de *wolven* en su desesperación por alejarse de mí si me hubiese conocido de niña.

Casteel me lanzó una mirada de curiosidad y luego se dirigió hacia los otros. Naill y Delano asintieron en mi dirección, sin decir nada. Fue Elijah el que habló.

—No he tenido la oportunidad de darte las gracias por lo que hiciste ayer... al ayudar a los que lo aceptaron.

Me moví un poco incómoda, luego me aclaré la garganta.

- —Solo espero haber ayudado.
- —Ayudaste. El dolor es el mayor obstáculo para la curación, y que actuaras cuando lo hiciste es gran parte de la razón de que no vayamos a tener que quedarnos por aquí de brazos cruzados más tiempo del aconsejable. Una gran sonrisa dividió su barba—. Tampoco había tenido ocasión de daros la enhorabuena a ninguno de los dos por vuestras inminentes nupcias. Para ser sincero, todos los días medio espero encontrar al príncipe rajado de todas las maneras que teme un hombre.

Parpadeé despacio. Casteel se rio con ganas.

—No eres el único. Yo esperaba estar recogiendo pedacitos de mí mismo.
—Bajó la vista hacia mí, sus labios entreabiertos—. Pero una vez me dijeron que las mejores relaciones son aquellas en las que las pasiones son intensas.

Empecé a fruncir el ceño.

- —Me pregunto quién te dijo eso —comentó Kieran.
- —Fui yo. —Elijah se echó a reír mientras plantaba una mano sobre el hombro de Kieran y hacía tambalearse al *wolven*. La piel se arrugó alrededor de sus ojos avellana con toques dorados, y aunque hubiese deseado que el tema de conversación fuese cualquiera distinto de este, me alegré de verlo sonreír y reír después de lo que había pasado aquí. Sin embargo, también me pregunté si era porque se había acostumbrado tanto a la muerte que los efectos no eran duraderos—. Le dije que si una mujer lucha con ese tipo de pasión y te hace trabajar tan duro para ganarte incluso una sonrisa, entonces ese es el tipo de mujer que quieres a tu lado tanto dentro como fuera del dormitorio.

Abrí la boca, pero en realidad no tenía nada que decir.

- —Siempre he pensado que tenías un antepasado *wolven* por alguna parte —comentó Kieran. Elijah se rio con desdén.
 - —Y yo ya te he dicho que solo hay pis y *whisky* en mi familia.
- —Quizás ese sea el verdadero linaje del que desciendes —murmuró Casteel mientras me conducía por al lado de ellos.

Arqueé las cejas pero no dije nada cuando entramos en el vestíbulo desierto y luego salimos al patio. La nieve había dejado de caer, pero mi aliento formaba nubecillas de vaho. Iba a arrepentirme de dejar mi capa atrás, aunque apestara a sangre de Demonio.

De camino al establo, se me hizo un nudo en el estómago al ver hojas que centelleaban como rubíes a la luz del sol. Esta mañana no había nadie contemplándolo con cara de pasmo, pero hubiese jurado que el árbol de sangre era aún más ancho que el día anterior. La savia carmesí todavía se filtraba por la nieve en una red de finas líneas rojas que me recordaban a venas o raíces.

Ya había tres caballos preparados, sus orejas tiesas mientras un mozo los llevaba de las riendas, sin dejar de lanzar miradas nerviosas al árbol de sangre. Casteel me guio hasta la cuadra en sí, donde Setti aún esperaba en el interior. El enorme caballo negro llevaba el nombre del caballo de batalla del dios de la guerra. Solía pensar que el precioso animal tenía un gran ejemplo al que emular, pero ahora que sabía la verdad, pensé que Setti lo emulaba a la perfección.

Cuando nos acercamos al caballo, Casteel me soltó la mano. Mi palma echó de menos su calor al instante, pero eso era algo que no reconocería. Me acerqué a Setti mientras Casteel daba la vuelta hasta el otro costado para asegurar mi bolsa al lado de donde colgaba la suya. Paseé la vista por el establo y me detuve en un poste con una profunda ranura. Sabía lo que había hecho esa marca y tuve que hacer un esfuerzo por no apartar la mirada de donde había muerto Phillips a causa de una flecha disparada por Casteel. Sin embargo, me obligué a mirar, a recordar que Phillips había averiguado la verdad de alguna manera, al menos que Casteel no fuera quien decía ser. Había intentado ayudarme a escapar, pero yo no lo había escuchado. No tenía ni idea de si Phillips sabía la verdad acerca de los Ascendidos. Quizás sí, pero eso no importaba. Estaba muerto de todos modos.

Solté el aire despacio y vi el mismo arco colgado contra el flanco de Setti. Era curvo como los que usaba yo, pero este tenía un asa y una flecha ya cargada. El arma era distinta de cualquiera que hubiese visto antes. Tenía que ser atlantiana.

Alargué la mano hacia el caballo para dejar que me olisqueara.

—¿Te acuerdas de mí?

Setti me olió mientras Casteel terminaba de ajustar las correas. El caballo empujó mis dedos con el hocico y yo sonreí y le di unas palmaditas en la nariz.

—Creo que te ha echado de menos. —Casteel se reunió conmigo—. Y creo que ahora es un mimado por tantas atenciones que le has dedicado.

Y yo no creía que fuese posible mimar demasiado a un animal. Lo rasqué detrás de la oreja.

Casteel estaba más cerca y, por el rabillo del ojo, lo vi deslizar una mano por la crin del caballo. Echó un vistazo hacia el fondo del establo y bajó la mano.

—Vuelvo ahora mismo.

Me mordisqueé el labio de abajo y observé con disimulo cómo se alejaba. Casteel cruzó el establo hasta donde apareció una mujer mayor. Llevaba algo oscuro en las manos. Setti volvió a empujar mis dedos con el hocico para reclamar mi atención.

—Vale. Vale. —Volví a acariciarlo—. Perdona.

Mientras acariciaba el largo y elegante cuello, vi que Delano y Naill ya estaban montados. Kieran caminó hacia su caballo, pero dio la impresión de que Elijah no venía con nosotros.

Casteel volvió unos segundos después.

—Toma —me dijo—. Vas a necesitar esto hasta que lleguemos a Spessa's End.

Esto resultó ser una capa negra revestida de piel suave. Me giré para aceptarla, pero Casteel se puso detrás de mí para echarla por encima de mis hombros.

—Le encargué a una de las costureras que te la hiciera, ya que salvar la anterior no era una posibilidad —continuó.

Pasó los brazos a mi alrededor y no me atreví a respirar demasiado hondo mientras sus dedos abrochaban los botones debajo de mi cuello. Intenté no pensar en lo cerca que estaba o en cómo... Me tragué una exclamación cuando el dorso de sus dedos rozó mis pechos. Me acordé de la noche anterior, que era algo en lo que de verdad que no tenía que pensar.

Sus brazos rozaron mi pecho. ¿Cuántos botones había? Bajé la vista y casi gemí. La hilera de brillantes discos negros terminaba justo debajo del pecho.

—Solo para que lo sepas, quemé la capa junto con el Demonio — prosiguió y mi pulso se aceleró cuando su barbilla rozó mi mejilla—.

Tuvimos suerte, porque una de las costureras ya tenía esta casi acabada. Ya está. Ahora será menos probable que te pases el viaje entero suplicando por mi calor corporal. Aunque estaría más que contento de atender semejante petición.

Estaba segura de que sí.

—Gracias —murmuré.

Sus manos resbalaron de los botones hacia mis hombros y luego bajaron por mis brazos, dejando escalofríos a su paso. Escalofríos que se extendieron por todo mi cuerpo. Levanté la vista, vi a Elijah que venía hacia nosotros y casi agité la mano en su dirección del alivio.

—Un momento —le gritó Casteel y Elijah se detuvo. Al instante siguiente, me hizo girar entre sus brazos hasta que estuve de frente a él—. ¿Estás bien?

Levanté la vista y por un breve momento me pregunté cómo podía tener unas pestañas tan increíblemente espesas.

—Sí.

Buscó mis ojos con los suyos.

-Estás muy callada.

Era verdad, pero ¿cómo explicarle que era porque no tenía ni idea de cómo se suponía que debía comportarme? Estaba segura de que lo encontraría tonto, mi falta de conocimientos tan grande que no sabía cómo fingir siquiera.

- —¿Es por lo que hiciste en la celda? —preguntó.
- —No —me apresuré a decir.
- —¿Es por la gente que está aquí? —Negué con la cabeza. Se puso tenso —. Entonces, ¿es por lo de ayer a la noche?
- —No —dije sin vacilar, seguramente demasiado deprisa, visto el repentino destello de luz en sus ojos—. Es solo que estoy un poco cansada.

Me miró con atención.

- —No estoy seguro de que sea eso.
- —Lo es —insistí—. No es por lo que ocurrió ayer por la noche ni por ninguna otra cosa. Sabes que no dormí demasiado.

Me miró de un modo que indicaba que no estaba del todo seguro de creerse mi respuesta, pero después de un momento, asintió. Dio un paso atrás y le hizo un gesto a Elijah para que se reuniera con nosotros.

- —Sigo creyendo que avanzaréis a buen ritmo —declaró Elijah mientras sujetaba las riendas de Setti.
- —Esperemos. —Las manos de Casteel se apoyaron en mis caderas. Me quedé paralizada—. Mete un pie en el estribo —me recordó con amabilidad

—. Y después agárrate del pomo. Yo te subiré.

Me sentía inadecuada de todas las maneras posibles, pero aun así estiré el brazo y me agarré al pomo. La mayoría de las personas aprendían a montar antes de la adolescencia.

- —No estás familiarizada con los caballos, ¿eh? —inquirió Elijah. Negué con la cabeza. Esperaba oír un tono burlón en su voz, o como poco, incredulidad. Pero no oí nada de eso—. Jamás lo hubiese adivinado, después de verte aquí tan a gusto con este imbécil temperamental.
- —Eh —protestó Casteel—. Decir cosas así es la razón de que se porte como un imbécil temperamental contigo. —Elijah soltó una carcajada al tiempo que Setti echaba las orejas hacia atrás.
- —Asegúrate de que te enseñe a montar —me dijo, mientras Casteel me subía al caballo con facilidad—. Da la impresión de que lo harías de forma innata.
- —Es una más de una lista extraordinariamente larga de cosas que tengo pensado enseñarle —repuso Casteel mientras yo me instalaba en la montura.
- ¿De verdad pensaba hacer eso? Sentí una oleada de emoción. Si supiese montar y controlar a un caballo, podría viajar con facilidad una vez que fuese libre. La verdad es que sería una destreza necesaria.

Espera.

¿Cuáles eran las otras cosas que tenía pensadas?

La sonrisa que Elijah le lanzó a Casteel no se me pasó por alto.

—Apuesto a que sí.

El calor inundó mi cara, aunque solo podía intuir lo que significaba la insinuación.

- —¿Todavía crees que podrás tener al primer grupo en marcha antes de dos días? —preguntó Casteel, subiéndose al caballo detrás de mí con una facilidad asombrosa. Estaba segura de que si yo intentaba eso, acabaría cayendo con la barriga sobre la montura para luego resbalar de vuelta al suelo.
- —Espero poner al primer grupo en ruta ya mañana por la mañana —le informó Elijah.
- —Bien. Los esperaré en Spessa's End antes de seguir camino hacia Atlantia. Al menos así me sentiré un poco mejor acerca de cruzar las Skotos —dijo—. Pero no quiero que esperes demasiado. Solo porque las carreteras del oeste estén despejadas ahora, no quiere decir que vayan a seguir así durante mucho tiempo. Lo sabes bien.

—Y tú sabes que no me voy a marchar hasta que el último de nosotros esté de camino hacia casa.

Pensar en toda esa gente que se iba a ver obligada a abandonar sus casas me ponía triste. No importaba que hubiese estado planeado desde mucho antes de que yo apareciera. Mi llegada había acelerado esos planes.

- —Lo sé. Por eso te he confiado a esta gente. —Casteel agarró las riendas que Elijah le entregó—. Espero verte en casa, amigo mío.
- —Seguro que sí. —Elijah me miró—. Mantén a nuestro príncipe a raya y hazlo con celo. Espero oír muchas historias sobre todas las maneras en las que peleas con él.
- —De verdad que no hay necesidad de que la animes. —Casteel enroscó un brazo alrededor de mi cintura y, un segundo después, estaba asentada entre sus muslos, mi espalda pegada a su pecho.

Aunque no había olvidado la falta de espacio personal a caballo, mis recuerdos de ello se habían diluido un poco. No estaba segura de que fuese a necesitar la capa, aunque sabía por experiencia previa que no servía de nada ir sentada tiesa como una vela. Todo lo que conseguiría era que me doliera la espalda y que todos mis huesos parecieran unas maracas. Además, tampoco creía que una... prometida feliz se apartara de su futuro marido.

Y en realidad, no quería hacerlo. No tenía ni idea de cuánto de ese deseo tenía que ver con evitar lo incómodo que sería, y cuánto se debía a la noche anterior, su regalo, la despensa, los secretos que había compartido conmigo y todos los momentos entre medias.

Elijah flexionó el brazo y se llevó el puño al corazón.

- —De sangre y cenizas.
- —Resurgiremos —terminó Casteel y mi estómago se retorció en respuesta. Esas palabras eran la marca del Señor Oscuro, su promesa a su gente y a sus seguidores desperdigados por todos los reinos, la promesa de que volverían a resurgir.

Esas palabras habían sido una vez precursoras del caos, portadoras de dolor y muerte. Y ahora, el Señor Oscuro estaba sentado detrás de mí.

Iba a casarme con él.

De manera temporal.

Y había permitido que me besara. Que me tocara.

Porque estábamos fingiendo.

Nada de esto era real.

—Hasta la próxima. —Elijah se inclinó en mi dirección.

—Espero que viajéis sin incidentes —le deseé, sorprendiéndome a mí misma y quizás incluso a Casteel, porque su brazo se apretó en respuesta. Lo decía en serio, porque... bueno, me gustaba la forma en que Elijah se reía siempre.

Incluso cuando me irritaba.

Y la gente del lugar no necesitaba sufrir más violencia o desgracias.

- —Lo mismo digo. —Elijah sonrió, dio un paso atrás—. Aunque dudo de que lo necesite, mantenla a salvo, príncipe.
- —Siempre mantengo a salvo lo que es mío —murmuró Casteel. Entorné los ojos y él apretó las piernas en torno a Setti.

El caballo partió al trote hacia donde nos esperaban los otros tres. Acabamos en medio del grupo mientras salíamos al patio y pasábamos por al lado de esa inquietante advertencia que los dioses habían dejado atrás. Mi corazón adoptó el mismo ritmo sordo y regular de los cascos de Setti, mientras me agarraba al pomo de la montura.

- —¿Dónde están tus guantes? —preguntó Casteel. Tardé unos momentos en encontrar mi voz.
 - —En la bolsa.
- —Ahí no servirán para nada. —Pasó las riendas a la mano que estaba en torno a mi cintura y luego me los pasó—. Spessa's End está más al sur, así que allí hará más calor.

Tomé los guantes de sus manos y me los puse mientras mi corazón brincaba. Más adelante, los tejados de las casas aparecieron ante nosotros. Eché un vistazo hacia atrás, pero solo alcancé a ver los bordes de la fortaleza de piedra antes de que ella también desapareciera.

Volví a girarme hacia delante y pensé que la mezcla de nerviosismo y anticipación que daba vueltas en mi interior era una compañera extraña. En pocos minutos, una vez que dejáramos atrás el Adarve que rodeaba New Haven, no tendría más oportunidades para escapar si quería hacerlo. Viajaríamos demasiado al este. Tenía que estar totalmente comprometida con este trato que había hecho con Casteel. Con su plan. Porque ahora, ya no habría vuelta atrás.

- —Por cierto, no soy tuya —le informé—. No le pertenezco a nadie más que a mí misma. Nada puede cambiar eso.
- —¿Y si solo quisiese un pedazo de ti? —Cambió las riendas a su otra mano—. ¿Un pedacito que me perteneciera solo a mí? Se me ocurren unos cuantos que me encantaría tener, princesa.

Me puse roja.

—Apuesto a que sí.

Su risa fue ronca y grave.

—Dime qué pedazo puedo quedarme. Puede ser cualquier parte que elijas. Sea la que sea, la aceptaré. —Su barbilla rozó mi mejilla—. Será mi posesión más preciada.

No le ofrecí a Casteel ningún pedazo de mí. En cambio, aceleramos un poco el paso y nos reunimos con los demás. No había ninguna razón para ofrecerle un pedazo, porque lo que él no sabía era que ya le pertenecían demasiados de ellos.

Capítulo 20



—Has estado muy callada todo el día —comentó Casteel otra vez, varias horas después de partir hacia Spessa's End.

—¿Ah, sí? —pregunté, aunque era muy consciente de que no tenía ningún sentido negarlo. Se me puso tensa la parte de atrás del cuello.

Las conversaciones habían zumbado por todas partes a mi alrededor. Habían compartido bromas, intercambiaron insultos bienintencionados y, aunque Casteel era su príncipe, su estatus no le proporcionaba inmunidad. Pocas preguntas y comentarios habían ido dirigidos a mí, la mayoría relacionados con mi entrenamiento y cómo había sido capaz de mantenerlo oculto. Aparte de explicar cómo entrenaba con Vikter, permanecí en silencio.

Así había menos oportunidades de que la liara.

- —Pues sí —confirmó. Consciente de lo cerca que iban Delano y Naill, a tan solo unos pasos detrás de nosotros, opté por una contestación neutra.
 - —He estado… contemplando el paisaje.
- —¿El paisaje? —repitió Casteel—. ¿Has estado absorta contemplando... árboles?

Fruncí el ceño al asentir. Multitud de altos pinos atestaban los bordes del camino hacia Spessa's End, tan cerca los unos de los otros que sus ramas se extendían de árbol a árbol. Se veía muy poco más allá.

—No tenía ni idea de que estuvieras tan interesada en la vegetación común.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia abajo. Me puse tensa y me aparté de donde había estado apoyada contra Casteel.

- —Suponía que estarías agradecido por que estuviera callada.
- —¿Por qué demonios piensas que estaría agradecido por eso?

Giré la cabeza hacia él, una ceja arqueada.

—¿De verdad? —pregunté, arrastrando las palabras en voz baja.

Casteel entornó los ojos y yo retomé mi observación de los pinos cubiertos de nieve. Casteel animó a Setti a avanzar más deprisa y el gran caballo respondió al instante. Nos adelantamos al resto del grupo.

- —En serio, ¿qué te pasa? —preguntó en voz baja.
- —No tengo ni idea de a lo que te refieres. —Levanté la cabeza al oír un aleteo. El pájaro más grande que había visto en la vida alzó el vuelo desde la copa de uno de los pinos y subió por el cielo con extrema elegancia. La envergadura de sus alas era enorme, de más de un metro seguro—. Por todos los dioses, ¿qué tipo de pájaro es ese?
- —Creo que es un halcón plateado. Son conocidos por llevarse animales pequeños e incluso niños si tienen el hambre suficiente.

Abrí los ojos como platos.

- —Había oído historias de pájaros que podían llevarse niños, pero pensé que eran solo leyendas.
- —Estoy seguro de que muchas cosas de estos bosques son tema de ese tipo de leyendas, pero solo me interesa oír una. —Usó el brazo que tenía alrededor de mi cintura para tirar de mí hacia atrás contra él. Su voz sonó justo por encima de mi oreja cuando añadió—: Y es la de por qué de repente estás tan callada como un fantasma.
- —¿Necesitas sujetarme tan fuerte solo para hacer esa pregunta? —espeté cortante. Casteel se rio.
 - —Ahí está. Mi princesa.
 - —He estado aquí todo este rato. Y no soy tu princesa.
- —Técnicamente, sí *eres* mi princesa, y no, no has estado aquí todo el rato —replicó—. La Poppy que yo conozco no es callada y sumisa. Al menos no la que va sin velo. —Mantuve la vista al frente con terquedad, pues su comentario había estado demasiado cerca de dar en el blanco como para que me sintiera cómoda—. Y esta Poppy, la que no dice nada, acaba de aparecer esta mañana —continuó—. Dices que no es porque elegiste ser la que acabara con la vida de ese Ascendido bastardo. Te conozco lo bastante bien para creerlo.
- —No sé por qué crees que me conoces tan bien —rebatí, aunque sabía más de mí que cualquier otra persona, incluidos Vikter, Tawny y mi hermano.
- —Sé que hiciste lo que creíste correcto y ahí acaba el tema. No eres de las que da vueltas a sus decisiones —dijo, y *tenía razón*—. Dijiste que no era por lo de anoche, y me siento inclinado a creer que dices la verdad.

- —Si dijera que me importa un comino lo que creas, ¿cambiaría algo y te obligaría a estar callado?
- —No. —Suspiré—. Soy un hombre al que le gusta el juego, así que estoy dispuesto a apostar a que se debe a nuestro *acuerdo*. —Una ardiente irritación se apoderó de mí. ¿Por qué tenía que ser tan observador? Era una pesadilla—. Así que en lugar de decirme que no pasa nada, espero que seas sincera conmigo.
- —Y yo espero que ese halcón vuelva y, en lugar de llevarse a niños y animales desgraciados e impotentes, te agarre por el pescuezo a ti.

Casteel se echó a reír y el sonido retumbó a través de mí. Supe que si me giraba hacia él, vería la punta de sus colmillos y esos malditos hoyuelos.

- —Mucho me temo que tus esperanzas no se van a ver cumplidas.
- —Como siempre —musité. Casteel hizo caso omiso de mi comentario.
- —No voy a dejar de insistir y justo tú deberías saber que soy muy persistente cuando quiero algo.

Un escalofrío reptó por mi columna y la mano que había acabado entre los pliegues de mi capa en algún punto del viaje resbaló de mi cadera a mi vientre. Tragué saliva con esfuerzo, me ordené pensar en cualquier cosa que no incluyera su mano y lo abajo que descansaba sobre mi vientre.

—Háblame, Poppy —susurró cerca de mi oreja mientras sus dedos empezaban a moverse. Todas y cada una de las células de mi cuerpo parecieron concentrarse en esos dedos—. Por favor.

Por favor.

La tierna petición me pilló por sorpresa. Era tan raro oír esas palabras salir por su boca, incluso antes de que se revelara su identidad. Sacudí la cabeza con suavidad.

—No... no sé cómo actuar.

Giró la cabeza y estiró el cuello para poder mirarme a la cara.

—¿Qué quieres decir?

Sus dedos seguían moviéndose: trazaban círculos que subían por encima de mi ombligo y luego por debajo. Notaba las mejillas calientes, y no estaba segura de si era por vergüenza o por el lento y perezoso ritmo de sus movimientos, que me recordaban demasiado a esas oscuras horas de la madrugada.

—No sé cómo se supone que debo comportarme, de un modo que convenza a los demás de que estamos… juntos.

Sus dedos se pararon un instante y luego retomaron su movimiento.

—Solo tienes que ser tú misma, Poppy.

Eso sonaba más fácil de decir que de hacer.

- —Lo más probable es que ser yo misma significara discutir contigo todo el rato...
 - —Y amenazar con apuñalarme —apuntó—. Ya lo sé.
- —¿Cómo vamos a convencer a nadie de que este compromiso es real si amenazo con apuñalarte?
- —Reconozco que eso conduciría a la persona media a creer que no hay ningún sentimiento de cariño entre nosotros, pero nadie se tragaría que yo eligiera a una Doncella sumisa por encima de mi hermano. Todo el mundo esperará que me enamore de alguien tan fogosa como amable, valiente... hasta decir basta. Alguien que discuta y se defienda. —Sus dedos se movían ahora arriba y abajo en línea recta, pero por una vez, sus palabras me distrajeron mucho más—. Para ser sincero, esperarán a alguien como tú. No a la Doncella con velo. Esa no eres tú.

Descolocada por lo que había dicho, agarré el pomo con fuerza.

- —Tienes razón. No soy la Doncella con velo. Ya no, pero... —Levanté la vista hacia la franja de cielo gris—. Supongo que es a lo que estoy acostumbrada. En cambio, no estoy habituada a esto.
- —Supongo que no estás acostumbrada a nada de esto, y no me refiero a todo lo de ser secuestrada y demás.

Una sonrisa irónica curvó mis labios.

- —Todo esto es nuevo. La falta de velo y que se me permita hablar siempre que quiera, con quien quiera. O poder utilizar mis habilidades y no ocultarlas. Ni siquiera puedo recordar la última vez que cené en una mesa con más de una o dos personas. No estoy acostumbrada a estar en una habitación llena de gente, ser el centro de atención pero al mismo tiempo, de algún modo, ser invisible para ellos. Yo... —Me callé antes de admitir lo que había encontrado el camino hasta la superficie. Ni siquiera estaba segura de saber quién era sin el velo y todas sus limitaciones, porque aunque seguía habiendo reglas, nuevas reglas que seguir, esto era distinto a todo lo que había vivido hasta ahora—. Supongo que lo que era como la Doncella...
- —Lo que te obligaban a ser como la Doncella —me corrigió con suavidad. Asentí.
- —Supongo que es lo que me resulta cómodo cuando no sé lo que se espera de mí. Y silencio... docilidad... eran cosas que se esperaban siempre.
 - —Pero ¿era fácil?

El roce de sus dedos, que ahora bajaron aún más, captó toda mi atención e hizo que un fogonazo de calor ardiente me atravesara de arriba abajo y me

preguntara si pensaba fijar límites en este trato. Estaba claro que lo que estaba haciendo con su mano no convencería a nadie de nuestra relación, puesto que sucedía a escondidas debajo de la capa.

—¿Princesa? —murmuró. Sus labios rozaron mi oreja.

Solté una bocanada de aire temblorosa, rezando por que lo que Kieran me había dicho acerca de la capacidad de Casteel y de un *wolven* para oler el deseo hubiese sido una gran exageración.

—A... a menudo quería gritar... simplemente gritar sin razón alguna, en medio del Gran Salón durante las reuniones del Consejo de la Ciudad. Me hubiese encantado gritarle en plena cara a la sacerdotisa Analia.

Casteel soltó una carcajada breve y ronca.

—Hubiese esperado un deseo mucho más violento con respecto a esa zorra. Y sigo sin usar esa palabra con frecuencia, pero la uso con orgullo cuando de ella se trata.

Sonreí de oreja a oreja y sentí una alegría salvaje al recordar a la sacerdotisa abrir los ojos como platos cuando Hawke la puso en su lugar.

- —Y... y odiaba tener que estar ahí de pie y escuchar al duque enfadarse porque yo andaba haciendo demasiado ruido.
 - —¿En serio te regañaba por eso?
- —Sí. —Me reí, aunque no había nada gracioso en todo esto—. Me regañaba por cualquier cosa. Todo valía como razón para darme una *lección*. No llevar la espalda lo bastante recta. Estar demasiado callada. No responder lo bastante deprisa cuando se dirigían a mí... cuando se me permitía responder, que era algo que cambiaba todo el rato. Yo... —Negué con la cabeza—. Quería gritarle a la cara... No, eso no es verdad. Quería darle un puñetazo. A menudo. Con los puños. —Hice una pausa—. Con una daga.

Casteel se quedó callado un momento.

—¿Cómo lo soportabas? Es algo que no alcanzo a comprender. No eres débil. No eres pusilánime. Eso es inherentemente lo contrario a lo que eres. ¿Cómo es que nunca te rebelaste?

Me puse tensa y noté que me invadía la vergüenza.

- —No podía.
- —Lo sé —me tranquilizó de inmediato—. No pretendía sugerir que hubieses podido. Estabas atrapada. Igual que lo estaba yo. Y si alguien piensa que deberías haberlo hecho, entonces es que nunca ha estado en una posición en la que tenía que hacer cualquier cosa para sobrevivir.

Me relajé un poco.

—Es solo que... ya sabes, me costó un par de veces aprender a cómo disociarme de él. Estaba ahí, pero pensaba en otra cosa... cualquier cosa. A veces, pensaba en todas las maneras en las que algún día le devolvería cada cosa horrible que me hacía o decía. Otras, me imaginaba entrenando con Vikter. Cuando me costaba demasiado concentrarme, me limitaba a contar. Contaba hasta el número más alto posible.

Casteel parecía haber dejado de respirar.

- —Me alegro de haberlo matado.
- —Yo también. —Me aclaré la garganta—. En cualquier caso, no siempre era fácil, solo que a veces era… más fácil solo hacer lo que querían, ser lo que esperaban. Sé que suena terrible.
- —Tal vez para aquellos que nunca han tenido que sobrevivir a palizas con una vara sin motivo alguno. —Su voz se había endurecido—. Todos hacemos lo necesario para sobrevivir. Yo hice un montón de cosas que jamás pensé que haría —admitió sin tapujos, sin asomo de vergüenza. Y yo...

Lo envidié por ello, aunque nuestras situaciones eran diferentes. La suya era cuestión de supervivencia, de vida o muerte. La mía no.

- —Sí, pero creo que elegir el camino más fácil fue la razón de que no hiciera caso de mis sospechas con respecto a los Ascendidos, o al menos, ayudó a restarles importancia.
- —No creo que estuvieses sola en la elección de ese camino. Estoy seguro de que muchos otros en Solis han compartido tus sospechas, pero era más fácil pasarlas por alto, aunque eso significase sufrir o hacer sacrificios.

Asentí.

—Porque la alternativa sería poner patas arriba todo aquello que creías que era verdad. Y no solo eso, de pronto te das cuenta del papel que has jugado en todo ello. Al menos yo lo siento así. Me llevaban ante la gente, me exhibían para recordarle a todo el mundo que los dioses podían elegir a cualquiera, que ellos también podían ser bendecidos algún día. Y siempre supe que no era la Elegida. —Esto último lo susurré, el pecho comprimido—. Pero les seguí la corriente. Y durante todo ese tiempo, estaban robando niños para alimentarse de ellos. Llevándose a gente buena para convertirlos en monstruos. La elección fácil que hice demasiado a menudo no me convirtió en parte del problema. —Casteel no dijo nada, pero sus dedos todavía se movían distraídos—. Me convirtió en parte del sistema que mantenía a un reino entero atado con cadenas creadas a partir del miedo y de creencias falsas. —Giré la mejilla hacia él—. Sabes que es verdad.

—Sí. —Su aliento bailó por la comisura de mis labios—. Es verdad. — Bajé la vista hacia la tierra compactada del camino—. Pero ¿sabes qué más es verdad? Que ahora mismo, estás destruyendo una parte intrincada del sistema que ha encadenado a un reino entero durante cientos de años —aclaró—. Jamás deberías olvidar que una vez fuiste un accesorio, pero tampoco debes olvidar que ahora formas parte de otra cosa.

Mantuve la vista al frente, clavada en el estrecho camino que teníamos por delante y la pinocha cargada de nieve.

—Pero ¿de verdad crees que el presente enmienda el pasado?

Casteel tardó unos instantes en contestar.

- —¿Quién juzga eso? ¿Los dioses? Están dormidos. ¿La sociedad? ¿Cómo pueden tomar decisiones objetivas cuando están condicionados por sus propios pecados? —preguntó, y yo no tenía respuesta—. Deja que te pregunte una cosa: ¿culpas a Vikter?
 - —¿Por qué? —Fruncí el ceño.
- —Era como un padre para ti, Poppy. Tenía que saber todos los problemas que te causaba todo el tema de ser la Doncella. Y aunque no se hubiese dado cuenta de esos problemas, debió de verlo. —La última conversación que había tenido con Vikter, justo antes del ataque al Rito, había sido sobre cómo me sentía en realidad al ser la Doncella—. Y sabía lo que el duque te estaba haciendo, ¿verdad? Pero no lo impidió —añadió con voz queda. Giré la cabeza hacia él.
- —¿Qué podía haber hecho? Si hubiese dicho una sola palabra o si hubiese intervenido, lo habrían despedido y condenado al ostracismo, y ese es un destino cercano a una sentencia de muerte. O lo habrían matado. Y entonces, nadie me hubiese entrenado, jamás hubiese aprendido a defenderme. Vikter hizo todo lo que pudo —lo defendí con vehemencia—. Igual que hicieron mi madre y mi padre la noche en que los asesinaron.
- —Pero uno podría decir que lo correcto hubiese sido intervenir. Impedir que el duque te hiciera daño —dijo—. Y sé que no soy el más indicado para hablar de hacer lo correcto, pero Vikter podría haber elegido el camino más difícil. Sea como sea, no le guardas rencor por ello. Y si lo hacías, ya lo has perdonado, ¿verdad?

Con el corazón apesadumbrado, miré hacia delante.

- —No había nada que perdonar. Pero él... ya oíste lo que me dijo antes de morir.
 - —Te pidió perdón por haberte fallado —confirmó Casteel.

Me ardían los ojos por las lágrimas acumuladas. Las últimas palabras de Vikter fueron brutales. Hasta ahora no me había arrepentido de lo que le había dicho antes del ataque, pero ¿ahora? Ahora desearía no haber hablado con semejante libertad. Haría cualquier cosa por que Vikter hubiese muerto con la sensación de haber actuado bien conmigo. Y había hecho justo eso, en la medida de sus posibilidades. Él era la razón de que supiese blandir una espada y disparar una flecha, luchar con las manos y con la cabeza.

—Creo que Vikter sabía que jamás le guardaste rencor por su inacción, pero que creyera o no que había hecho todo lo posible es algo que dependía de él —continuó Casteel con suavidad—. Creo que al final todo se reduce a si tú puedes hacer enmiendas contigo mismo.

Entendía lo que quería decir, pero no sabía si nada de lo que hiciera a partir de este momento sería suficiente para compensar haber sido cómplice silenciosa de los Ascendidos.

- —Mientras tanto, mientras intentas averiguar si eres capaz de hacer enmiendas contigo mismo, es útil encontrar a alguien a quien echarle la culpa. En tu caso... y en el de Vikter... la culpa puede ser compartida.
 - —¿Con los Ascendidos? —conjeturé.
 - —¿No estás de acuerdo?

Los Ascendidos crearon el sistema del que Vikter y yo y todos los demás habíamos entrado a formar parte, habíamos fortalecido sin querer, y del que luego habíamos sido víctimas de distintas formas. Mi madre no había sido capaz de defenderse a sí misma ni a mí debido a las limitaciones que los Ascendidos le imponían a las mujeres. Las familias entregaban a sus hijos a la Corte o a los templos porque los Ascendidos les habían enseñado que era la única manera de apaciguar a los dioses y luego usaban los mismísimos monstruos que creaban para reforzar esos miedos. El Sr. Tulis había hecho la elección de clavarme un cuchillo, pero el reino que los Ascendidos habían creado fue el que lo empujó a ello. Vikter no hubiese podido hablar nunca en contra del duque sin sufrir repercusiones que, o bien lo hubiesen sacado de mi vida por completo, o bien hubiesen acabado con la suya. Y yo...

Me arrebataron mi libertad y me mantenían protegida y aislada para que no pudiera acudir a nadie con mis sospechas. Y la reina, la persona que con tanta ternura había cuidado de mí, era el origen y la base de ese sistema. Era imposible de negar. Como tampoco podía negarse que el sistema seguiría fortaleciéndose y creciendo a menos que dejaran de tener acceso a los atlantianos. Incluso sin la capacidad para crear a más Ascendidos, seguirían

siendo fuertes si mantenían el control. Si el padre de Casteel no les declaraba la guerra.

Pero la guerra nunca era unilateral. Las bajas siempre se amontonaban en ambos bandos y las pérdidas siempre eran mayores entre los más inocentes. Muchos de los que serían libres si Atlantia entraba en guerra con Solis morirían antes incluso de darse cuenta de lo encadenados que habían estado.

- —Sí. Son los culpables —dije al final, la voz deshilachada. No tenía ni idea de cómo nos habíamos alejado tanto del tema inicial. Retiré un mechón de pelo despistado de mi cara y me aclaré la garganta—. Así que ahí tienes tu respuesta a por qué he estado callada. Si hubiese sabido que insultarte y amenazarte convencería a los otros de nuestro acuerdo, habría usado un cuchillo contra ti esa mañana en el salón de banquetes.
- —Bueno, yo no iría tan lejos —dijo, dándome un apretoncito—. Pero si puedo hacer una sugerencia, yo dejaría de llamar a nuestro compromiso un acuerdo o un trato. Suena demasiado como un negocio, como si estuviésemos discutiendo el negocio de las vacas lecheras.
 - —Pero es lo que es, ¿no?
 - —Yo diría que lo que tenemos es un acuerdo muy íntimo. Así que, no.
 - —Lo que tenemos es simplemente un acuerdo impersonal y nada más.
- —¿Impersonal? ¿Ah, sí? —Su mano se deslizó hacia abajo, por encima de la solapa con botones de mi pantalón. Se me cortó la respiración.
 - —Sí.
 - —¿De verdad?
 - —Sí —bufé.
- —Interesante. Ayer por la noche no parecía tan impersonal —murmuró, y entonces pilló el lóbulo de mi oreja entre sus dientes. Solté una exclamación ahogada, los ojos como platos mientras el mordisquito prendía fuego mi sangre. Casteel dejó escapar poco a poco esa piel tan sensible y se rio entre dientes mientras sus labios tocaban el espacio de detrás de mi oreja... y entonces sentí el indecente escalofrío de sus dientes afilados arrastrando por la piel de mi cuello.

Por unos instantes, todos mis pensamientos saltaron por los aires. Mi sangre hirviendo rugía en mis oídos, por todo mi cuerpo, puso duros mis pezones y se enroscó entre mis piernas, donde sus dedos se aventuraban ya peligrosamente cerca. Dibujaban esos pequeños círculos que tironeaban de la costura de mis pantalones, frotando contra el mismísimo centro. Arqueé la espalda sin pensar y una parte impúdica y oculta de mí deseó poder convencer a esos dedos de bajar más...

—¿Y ahora? —repitió—. Seguro que ya no parece tan impersonal.

Reaccioné sin pensar y estrellé mi codo contra su estómago. Casteel masculló una palabrota.

- —Por favor, no os peleéis encima del caballo —nos dijo Delano desde alguna parte detrás de nosotros—. No queremos ver a Setti pisotearos a ninguno de los dos.
 - —Habla por ti. —Nos llegó la voz divertida de Kieran.

Casteel se enderezó detrás de mí.

- —No os preocupéis. Ninguno de los dos se va a caer. Ha sido solo un golpecito amoroso.
 - —No parecía un golpecito amoroso —comentó Naill.
 - —Eso es porque ha sido uno muy apasionado —repuso Casteel.
- —Estás a punto de llevarte un golpecito amoroso en la cara —musité en voz baja. Casteel enroscó el brazo con más fuerza alrededor de mi cintura y se echó a reír.
 - —Ahí está mi violenta criaturita. La echaba de menos.
- —Lo que tú digas —refunfuñé. Se inclinó hacia mí y bajó la voz una vez más.
- —Volviendo a nuestro tema original, nuestro *compromiso* es mucho más creíble cuando me pegas que cuando te quedas callada al margen de todo.

Fruncí el ceño.

- —Eso suena como un... compromiso muy disfuncional.
- —Pero no puedes deletrear disfuncional sin incluir que funciona, ¿verdad?
 - —Eso es... ni siquiera sé qué decir a eso.
- —Lo que quiero decir es que solo tienes que ser tú misma, princesa. Las parejas discuten. Pelean. La mayoría no va por ahí apuñalando al otro ni dándole puñetazos, pero...
- —La mayoría no empiezan con una sarta de mentiras o siendo secuestrados —lo interrumpí.
- —Cierto, cosas que han conducido a los apuñalamientos y puñetazos, pero las personas que están lo bastante enamoradas como para casarse, las que los demás saben que están juntas antes de que ellas mismas se den cuenta siquiera, nunca consisten en solo una persona, una personalidad o una voluntad. Se pelean. Discuten. Se llevan la contraria. Hablan. Llegan a acuerdos. Lo que no son nunca es perfectas.
- —¿Me estás diciendo que la clave es que nos peleemos y luego hagamos las paces? —pregunté, porque era imposible que alguien nos mirara, viera

cómo actuábamos el uno con el otro, y pensara que estábamos locamente enamorados. Lo más probable era que pensaran que estábamos locos.

- —Lo que te estoy diciendo es que no hay una sola manera en la que comportarse dentro de una relación. No existe un libro que te diga lo que hacer o cómo actuar, con la excepción de las puñaladas. Retiro lo de que ser disfuncional funciona.
 - —Gracias a los dioses.
- —Solo quiero que lo entiendas, para que cuando seas libre, si decides marcharte...
 - —¿Si? Querrás decir *cuando* me marche.
- —Sí. Mis disculpas —se corrigió—. *Cuando* te marches y salgas al mundo y encuentres un compañero que nunca te haya mentido...
 - —Ni secuestrado.
- —Ni secuestrado, no deberías darle puñaladas ni puñetazos. Solo besos y promesas cumplidas hasta el último aliento y más allá —sentenció—. Eso es lo que te mereces de la persona a la que elijas querer.

No sabía lo que pensar de eso... de él hablándome de... de mí queriendo a otra persona. Queriendo a alguien de verdad. Una sensación ácida se arremolinó en mi estómago.

—La cosa es que no la vas a liar si te enfadas. No vas a hacer nada equivocado. Cada pareja es diferente. Algunas se pasan el día entero susurrando cosas bonitas al oído del otro. Algunas se pasan el día picándose el uno al otro, los dos disfrutando de ser el tigre en la persecución del gato y el ratón. Esos somos nosotros —dijo—. O la impresión que les damos a los demás. Esto no va a ser difícil. No con la pasión que hay entre nosotros, y antes de que intentes mentir y decir que no hay ninguna, te informo de que eso me empujaría a demostrar que tengo razón.

Lo último que necesitaba era que demostrara que tenía razón. En efecto, había pasión entre nosotros, fuese correcto o no lo fuese, y supuse que hacer esto sería mucho más difícil si no fuésemos capaces físicamente de soportar el contacto con el otro.

Y lo que decía tenía demasiado sentido. Aunque no esa tontería de que los dos estábamos en la persecución del gato y el ratón, cosa que no tenía ningún sentido en absoluto. Sin embargo, lo de que no existía un libro de instrucciones, ni pautas marcadas, eso sí tenía sentido. Tanto que me dio la impresión de que era algo que debería haber sabido ya.

—Es probable que creas que soy tonta por no saber...

—No creo que seas tonta. Nunca lo he creído... Bueno, retiro lo dicho, pensé que eras bastante tonta cuando intentaste escapar —se corrigió, yo puse los ojos en blanco—. Jamás has tenido una relación con nadie y tampoco es que hayas visto demasiadas relaciones normales, así que entiendo por qué no estabas segura de cómo actuar. Y tampoco es que esta sea una situación demasiado normal.

Ya me sentía mejor, así que me relajé un poco.

—Tú sí que has tenido una relación. Quiero decir, dijiste que habías estado enamorado.

—Así es.

Contemplé cómo la nieve resbalaba de las ramas a nuestro paso y pensé en la hija de Alastir. Shea. Era un nombre precioso y, como Casteel había compartido cosas conmigo antes, quizás quisiese hablar de ella.

—¿Qué… qué ocurrió?

Sus dedos se pararon y él se quedó callado durante tanto tiempo que creí que no iba a contestar, lo cual me hizo sentir aún más curiosidad. Pero al final habló.

—Ya no está.

Aunque ya sabía la respuesta, sentí un dolor punzante en el corazón y abrí mis sentidos a él casi sin pensarlo. En el momento en que conecté con él, me golpeó una oleada de aflicción tan potente que casi ocultó la capa de ira subyacente. Había estado en lo cierto. El dolor y la tristeza de Casteel no eran solo por su hermano. También eran por esta mujer sin rostro.

Pensé en lo que me había contado Casteel la noche del Rito, antes del ataque. Me había llevado hasta el sauce de los jardines y me había hablado de un lugar al que solía ir con su hermano y su mejor amigo. Una caverna que habían convertido en su propio mundo privado. Había dicho que había perdido a su hermano y luego a su mejor amigo unos años después. ¿Podía ese mejor amigo haber sido Shea, la mujer a la que amaba?

Pero su dolor...

Antes de darme cuenta de lo que hacía siquiera, solté la montura y empecé a quitarme el guante.

—No lo hagas —me advirtió en voz baja. Mi mano se quedó paralizada
—. Agradezco el gesto, pero no necesito que me quites el dolor, y tampoco quiero que lo hagas.

Todavía conectada a él, no podía ni imaginar cómo era posible eso. La agonía que esperaba debajo de sus sonrisillas de suficiencia y sus miradas burlonas, debajo de todas sus máscaras, era casi insoportable. Amenazaba con

arrastrarme a mí al suelo congelado. Ser pisoteada por Setti era casi preferible a lo que supuraba de las heridas que no podían verse.

- —¿Por qué no querrías algo así?
- —Porque el dolor es un recordatorio y una advertencia. Algo que no pienso olvidar nunca.

Corté la conexión cuando las náuseas amenazaron con trepar por mi garganta.

- —¿Ella... murió a causa de los Ascendidos?
- —Todo lo que se ha podrido en mi vida guarda relación con los Ascendidos —musitó, antes de que su mano volviera a mi cadera.
- —Yo guardo relación con los Ascendidos —dije, antes de poder reprimirme, antes de poder ignorar la extraña punzada de dolor.

Casteel no respondió. No dijo nada. Pasaron los segundos, que se convirtieron en minutos, y sentí como si hubiera una banda cada vez más apretada en torno a mi pecho.

Con la vista al frente, pasé las siguientes no sé cuántas horas preguntándome cómo podía soportar estar cerca de mí siquiera, cerca de alguien relacionada con los Ascendidos como yo. Se habían llevado a su hermano. Le habían arrebatado a la persona que amaba. Le habían robado su libertad. ¿Qué más podían quitarle?

¿Su vida?

Un escalofrío recorrió mi piel mientras me mantenía recta en la montura, las manos aferradas al pomo. La idea de que Casteel muriera, que ya no estuviera ahí con esas sonrisillas frustrantes y miradas burlonas, sus respuestas ingeniosas y esos malditos hoyuelos irritantes... No podía ni planteármela. Era demasiado vívido, demasiado brillante, para imaginar un mundo sin él.

Aunque algún día dejaría de estar ahí. Cuando todo esto terminara y nuestros caminos se separaran, desaparecería de mi vida. Eso era lo que yo quería, lo que planeaba.

Entonces, ¿por qué tenía ganas de llorar de repente?



Acampamos cerca del camino, varias horas después de ponerse el sol. Hacía frío, pero no tanto como en el Bosque de Sangre. Casteel no había hablado demasiado, aparte de ofrecerme comida o preguntarme si necesitaba

un descanso, pero mientras estaba ahí tumbada en medio de la noche sin estrellas, volvió a mi lado y se tumbó detrás de mí. Desperté entre sus brazos.

Los siguientes tres días fueron así.

Casteel apenas habló. Fuese lo que fuese lo que sentía, y no abrí mis sentidos para saberlo de verdad, era una sombra más fría que la noche. Quise preguntarle muchas veces, decirle que sabía lo de Shea. Que sentía que la hubiera perdido. Quería hacerle preguntas sobre ella. Sobre ellos. Quería que hiciera lo que Alastir decía que no había hecho. Quería que hablara, porque sabía que su silencio alimentaba su aflicción. Sin embargo, no hice preguntas, porque me decía que no era asunto mío. Que cuanto menos supiera, mejor.

Pero acudía a mi lado por la noche y estaba ahí cuando una pesadilla venía a mi encuentro, en cuyo caso me despertaba antes de que pudiera dar voz a los gritos que bullían en mi interior. Me abrazaba en silencio, acariciándome la espalda hasta que volvía a quedarme dormida.

Las pesadillas... eran diferentes. Inconexas, como si entrara y saliera de ellas en lugar de seguir los acontecimientos de la noche como antes. Tampoco tenían ningún sentido para mí. Ni las heridas de mi madre, ni los gritos o el asfixiante humo. Tampoco esa voz escalofriante que susurraba acerca de amapolas sangrantes. Era como si las pesadillas ya no fuesen reales.

En eso estaba pensando cuando ensillamos a los caballos y retomamos nuestro camino hacia Spessa's End al cuarto día. No tenía ni idea de cuánto tiempo había pasado cuando vi algo entre los árboles a mi izquierda. No logré distinguir lo que era y justo cuando creí que me lo había imaginado, lo vi de nuevo, varios árboles más allá.

Colgaba de una rama desprovista de pinocha y sin nieve alguna. Una cuerda a la que le habían dado forma de algún tipo de símbolo... Un círculo. Me giré en la silla, pero no pude encontrar dónde había estado entre la masa de árboles. El brazo en torno a mi cintura se apretó, la primera reacción de Casteel en días. Sentí la tensión en su brazo mientras miraba a mi alrededor.

La forma tironeó de los recovecos de mi memoria. Se parecía a algo que había visto una vez. A la derecha, lo vi de nuevo: una cuerda marrón que colgaba de otra rama desnuda. Tenía una forma parecida a una horca, pero con un palo o algo cruzado en el centro.

Había visto algo similar en el Bosque de Sangre. Excepto que aquel lo habían creado con rocas y me había recordado al escudo real. Sin embargo, ahora que veía este con mayor claridad, me di cuenta de que solo era *como* el escudo.

No era una línea recta como una flecha situada en diagonal, sino una orientada en dirección contraria. Y eso... eso que había atado a la cuerda no era un palo. Tenía un color demasiado ceniciento, los extremos abultados.

Oh, Dios.

Era un hueso.

Setti ralentizó el paso y el brazo de Casteel resbaló de mi cintura.

Despacio, levanté la vista y la inquietud se apoderó de mí. Había docenas de esas cosas colgadas entre los árboles, todas diferentes, a alturas mareantes.

- —¿Casteel? —dije, con voz queda—. ¿Ves lo que hay en los árboles?
- —Sí.
- —Vi las mismas formas en el Bosque de Sangre.
- —Cas. —La voz de Kieran sonó bajita, apenas audible.
- —Lo sé —respondió él y oí el silencioso chasquido de una hebilla. Cuando su brazo volvió a mi alrededor, sujetaba el extraño arco en mi regazo. Tan de cerca, vi que la flecha cargada era más gruesa de lo normal y aunque había visto el tipo de daño que podía causar, seguía siendo, de algún modo, inimaginable.

Miré el arco y la flecha de heliotropo.

- —¿Son Demonios? —pregunté, pues la otra vez había visto las piedras justo antes de que llegaran. Miré abajo, pero no vi neblina alguna.
- —No creo que los Demonios hayan empezado a decorar los árboles con sus manualidades, princesa —contestó, y mi corazón dio un estúpido saltito. Era la primera vez que me llamaba así en varios días. Puso el mango del arco en mi mano—. Las preciosas decoraciones son cortesía del clan de los Huesos Muertos.
 - —¿El qué? —Giré la cabeza hacia la suya.
- —Solían vivir por todo Solis, sobre todo donde ahora está el Bosque de Sangre, pero a lo largo de las últimas décadas se han instalado en estos bosques y colinas.
 - —Nunca había oído hablar de ellos.
- —Hay muchas cosas que los Ascendidos no comparten con la gente de Solis. Como el hecho de que exista gente que vive y sobrevive fuera de la protección de los Adarves.
- —¿Cómo? —pregunté. Muchos de los pueblos con Adarves más pequeños eran arrasados a menudo por Demonios.
- —Sobreviven por cualquier medio necesario. Para este clan, uno de esos medios es asesinar a cualquiera que les parezca una amenaza. Se supone que se comen a los que matan y a menudo utilizan la piel para hacer máscaras y

los huesos... bueno, ya has visto lo que les gusta hacer con los huesos. Ya sabes lo que se dice: el que guarda siempre tiene.

Me quedé boquiabierta.

- —Yo...
- —Sí, princesa, en realidad no hay palabras. Intentamos evitarlos cuando pasamos por aquí. Por lo general, no tenemos problemas, pero en caso de que los tengamos... —Cerró la mano por encima de la mía—... ¿notas esta pieza de metal? Es el gatillo. Con este arco, apuntas igual que con uno normal, pero en lugar de tirar de la cuerda hacia atrás, aprietas esto y el mecanismo dispara la flecha.

Tenía un montón de preguntas, pero cerré los dedos alrededor del mango de madera para sentir su peso. El instinto me dijo que lo importante era centrarme en sus instrucciones.

- —Vale.
- —La flecha se carga del mismo modo, solo que se queda en su sitio. Todo lo que tienes que hacer es apuntar y apretar el gatillo. Las flechas de heliotropo también matan a los mortales —me explicó—. Así que ya sabes lo que hacer si tenemos algún problema con esta gente: seguir viva.

Empecé a responder, pero Kieran dio un grito. No más de un segundo después, Casteel tiró de mí hacia atrás para pegarme a su pecho. El mango del arco se clavó en mi estómago cuando algo pasó silbando a apenas unos centímetros de mi cara. Giré bruscamente la cabeza hacia la derecha cuando una rama del otro lado del camino se rompió en dos, derribada por...

—¡En los árboles! —gritó Naill—. ¡A la izquierda!

Casteel hizo girar a Setti, guiando al poderoso caballo, de modo que yo acabé mirando hacia la derecha. Se movió en la montura y su cuerpo apretó el mío hacia abajo hasta que estuve lo más plana posible.

Se produjo otro disparo y entonces Casteel desapareció del lomo de Setti. Derribado.

Capítulo 21



—¡Casteel! —grité, y mi corazón se estrelló contra mis costillas. Me giré en la montura y agarré el arco mientras miraba hacia abajo.

Casteel rodó para quitarse del camino de los cascos de Setti, luego se puso de rodillas. Se me cayó el alma a los pies cuando vi las *flechas* que sobresalían por su espalda. Una estaba clavada en su hombro izquierdo; otra cerca del centro de su espalda, justo a la derecha. La sangre ya oscurecía su capa negra.

—¡Bastardos de Solis! —gritó alguien desde los árboles—. ¡Vais a morir hoy!

Otra flecha voló por delante de mi cara, a apenas centímetros. El pánico explotó en mi pecho cuando Setti piafó en un círculo apretado, sobresaltado. *Casteel está bien*, me dije, mientras me agarraba a la silla con la otra mano. Era atlantiano. Dos flechas no podían acabar con él. *Está bien*. Yo lo había apuñalado en pleno corazón y no le había pasado nada. *Está bien*...

Setti se encabritó. Mi mano resbaló sobre el pomo. No tenía ni idea de cómo controlar a un caballo y, si soltaba para agarrar las riendas, me caería. No era tan rápida como Casteel ni de lejos. Mis ojos desquiciados volaron por encima de la densa línea de árboles y oí a Naill gritar una maldición cuando se llevó un flechazo en la pierna. Setti volvió a caer con fuerza sobre los cascos anteriores, lo cual me sacudió todos los huesos. Perdí el agarre y resbalé. El cielo se puso de lado...

Un brazo me agarró por detrás. Me envolvió un olor a especias oscuras y cítricos sobre nieve fresca. Casteel tiró de mí hacia abajo al tiempo que Delano aparecía de repente al otro lado de Setti. Agarró sus riendas, se puso en cuclillas sobre la montura y saltó sobre la grupa del caballo, siempre con

las riendas de su propia montura en la otra mano. Se deslizó para sentarse en la silla, clavó los talones en los flancos del animal y urgió a Setti y a su caballo a adentrarse en el bosque a la derecha.

Un manchurrón de pelaje pardo pasó disparado por nuestro lado hacia el bosque. Kieran. Varios segundos más tarde, oí un gemido y un grito agudo mientras Casteel prácticamente me metía en brazos entre los árboles a nuestra derecha.

—¡Jodidos *wolven*! —se burló un hombre, su respuesta entusiasta bastante diferente de lo que salió por su boca después—. ¡Hoy acaba de convertirse en nuestro día de suerte, chicos! ¡Los dioses son buenos!

Casteel giró en redondo para proteger mi cuerpo con el suyo. Dio una sacudida, gruñó y soltó una violenta maldición, y supe que había recibido otro flechazo.

- —Esto se está poniendo muy, pero muy irritante —masculló. Me empujó detrás de un árbol y me tiró la aljaba de flechas que no le había visto agarrar
 —. No dejes que te disparen. Eso sería aún más irritante.
- —¿Qué tal si tú intentas que no te disparen *otra vez*? —Una flecha asomaba ahora de la zona de sus riñones, pero Casteel seguía ahí de pie. En el fondo de mi mente, sabía por qué. Era atlantiano. Pero todo lo que podía pensar cuando vi las tres flechas clavadas en su cuerpo fue: ¿y si no lo fuera?

Estaría muerto y yo...

—Pero ¿a que me quedan bien? —Casteel giró a toda velocidad y su mano salió disparada. Atrapó al vuelo la siguiente flecha destinada a él.

Lo miré alucinada.

—No sé por qué ninguno de vosotros cree que este es vuestro día de suerte —gritó en respuesta mientras giraba en redondo. Hizo añicos la flecha que tenía en la mano—. En realidad no lo es. No cuando os habéis cargado mi capa. Y me gustaba mucho. Era calentita y ahora tiene un montón de jodidos agujeros. ¿Cómo me va a mantener caliente ahora?

Algo en el hecho de que estuviera más molesto por su capa estropeada que por tener *múltiples* agujeros en el cuerpo tuvo un extraño efecto calmante sobre mí. Mis manos dejaron de temblar y me concentré en los pinos del otro lado del camino. Sabía disparar un arco. Se me daba muy bien. Vikter afirmaba que era uno de los mejores arqueros que había visto nunca. Tenía las manos firmes, los ojos perspicaces y los reflejos rápidos necesarios para ello. Era la razón de que Casteel me hubiese dado el arco. Sabía que era buena.

Y ahora tenía las manos firmes.

Empezó a sonar un ruido, como una gran ola de cosas que entrechocaban; me recordó a esos juguetes de madera con cuentas en su interior que tanto le gustaban a los bebés. Parecía provenir de todas direcciones, como el roce de huesos secos. Se me pusieron de punta los pelos de la nuca.

Escudriñé a toda velocidad el otro lado del camino en busca de movimiento que no fuese de color pardo y levanté el arco justo cuando Naill se reunía con Casteel. Enrosqué el dedo alrededor del gatillo y seguí buscando...

Una borrosa forma marrón apareció por un instante entre los pinos y no lo dudé ni un segundo. Apunté con mi arco al tiempo que mi objetivo levantaba su arma y apuntaba a Naill. Apreté el gatillo.

La saeta salió disparada con un silbido, directo al otro lado del camino. Ya sabía que había dado en el blanco cuando alargué la mano a por otra flecha más gruesa y pesada.

Un movimiento captó mi atención. Miré justo a tiempo para ver a Casteel saltar hacia el aire. Saltó más alto que él mismo, que ya de por sí medía casi dos metros. Me quedé boquiabierta cuando aterrizó sobre una rama, que se sacudió con una lluvia de pinocha y nieve en polvo. Todo lo que pude ver fue su brazo dando un puñetazo hacia las sombras de la rama. Un segundo después, sacó de un tirón a un mortal y lo lanzó al suelo.

Delano salió zumbando del bosque. En su forma de *wolven*, no era más que un manchurrón de pelo blanco. Atrapó al mortal antes de que impactara contra el suelo, agitó su gran cabeza y sacudió al hombre como hacen los perros con sus juguetes favoritos. Oí un crujido y Delano soltó al mortal roto. El *wolven* tenía el pelaje manchado de sangre cuando saltó de nuevo y cerró las fauces sobre el cuello de otro miembro del clan que Casteel acababa de tirar del árbol desde... por todos los dioses... desde aún más arriba.

Aparté la mirada de lo que era probable que no fuese a olvidar nunca, cargué otra flecha y le disparé a otro mortal que apareció de la nada entre dos árboles. Cargué el arco, me giré por la cintura, me asomé por un lado...

—¡Malditos chupasangres! ¡Chicos, sed rápidos! —Llegó esa primera voz otra vez, desde algún sitio entre los árboles—. ¡No nos enfrentamos solo a *wolven*! ¡Apuntad a la cabeza!

Vale, el hecho de que este clan de los Huesos Muertos supiese de la existencia de los *wolven* y de los atlantianos era interesante. Y yo...

Un dolor abrasador alanceó mi piel cuando una flecha pasó zumbando por mi lado y rozó mi brazo. Aspiré una brusca bocanada de aire al tiempo que me ocultaba a toda prisa detrás del olmo, sacudiendo la muñeca como si eso fuese a aliviar de algún modo la quemazón.

No ayudó demasiado.

Unos gritos de dolor atravesaron los gruñidos lejanos. Apreté los dientes, miré por encima de mi hombro y ya no vi a Casteel ni a Delano. Naill también había desaparecido. Me quedé quieta hasta que vi unas sombras moverse y un destello de movimiento a mi izquierda. Apunté hacia allí.

Disparé la flecha justo cuando el sonido de unos pies que corrían atrajo mi atención hacia la derecha. Un hombre corría hacia mí. Al menos pensé que esa forma alta y ancha era un hombre, pero no estaba del todo segura. Tenía el rostro cubierto por algo que parecía cuero. Pegotes de pelo castaño sobresalían de la máscara. No llevaba arco, sino una especie de garrote, y era rápido para alguien de su tamaño.

—Mierda —susurré. Me giré hacia la aljaba, agarré una flecha y la cargué al instante.

El hombre columpió el garrote antes de que pudiese disparar. Me agaché, pero no fui lo bastante rápida. Su garrote impactó contra el arco, que salió volando de mi mano de un solo golpe poderoso. El hombre se rio.

—¿Qué tipo de zorra eres tú? —preguntó, mientras yo daba un salto atrás. Reconocí la voz del hombre. Era el que había gritado antes, y ahora que estaba solo un par de palmos delante de mí, pude ver por qué creía que su máscara estaba hecha de cuero.

También pude ver que Casteel no había bromeado cuando dijo que el clan de los Huesos Muertos operaba según el credo de «el que guarda siempre tiene».

Era piel.

Piel humana que había estirado para que cupiera por encima de su cabeza, cosida en pedazos irregulares alrededor de las aberturas creadas para los ojos y la boca. Se me revolvió el estómago, pero no me rendí a las crecientes náuseas.

—¿Eres parte perro, o te gusta chupar cosas? —me preguntó. Cambió el garrote a su mano izquierda—. Si me lo suplicas bien, tengo algo que puedes chupar. —Bajó la mano para agarrar lo que solo pude suponer que era el objeto de su oferta—. Puede que tu cara sea un desastre, pero tu boca parece funcionar a la perfección.

Con el corazón en la boca, me aparté del alcance del garrote cuando volvió a columpiarlo por el aire. Metí la mano dentro de mi capa y desenvainé mi daga. Me quedé quieta, esperando, mientras mis dedos se cerraban y

abrían alrededor del mango. Tenía que ser rápida y lista. Tendría solo una oportunidad.

—Apuesto a que eres una de esas zorras *wolven*. He oído que a los lobunos les gustan sus mujeres todas rajadas. —Emitió un sonido de llamada, uno utilizado para llamar a un perro. Apreté la mano sobre la daga—. Dime, chica. ¿Qué tipo de zorra eres tú?

Levantó el garrote de nuevo y decidí que era mi momento. Salí disparada hacia delante, me colé por debajo de su brazo y agarré la túnica sucia. Arremetí con la daga hacia arriba y usé hasta el último ápice de fuerza que tenía para clavarla bien hondo debajo de su barbilla.

—Soy *este* tipo de zorra —gruñí. Los músculos de debajo de la máscara fabricada con piel humana se quedaron laxos cuando recuperé el cuchillo de un tirón.

La sangre brotó en un chorro caliente. Lo que fuese que había estado a punto de decir el hombre terminó en un burbujeo. El garrote cayó de su mano y luego él se desplomó como un árbol, recto y hacia delante, arrastrándome al suelo con él.

Caí al suelo cubierto de pinocha y nieve seca con un ruido gutural cuando todo el aire salió de golpe de mis pulmones. El hombre estaba inerte, su rostro de grotesca máscara estampado contra mi hombro.

—Maldita sea —musité mientras su gran peso se hundía sobre mí. Olía a podrido y a otras cosas en las que no quería pensar. Eché la cabeza hacia atrás contra el suelo—. Esto es genial.

Un revoloteo de alas llamó mi atención hacia el cielo. Entorné los ojos cuando ese gran halcón de hacía un rato apareció en lo alto. Dibujó varios círculos elegantes antes de desaparecer entre los árboles. Un ala acariciada por el sol centelleó de color plateado. Deseé de todo corazón que mi capa nueva no acabara empapada de sangre.

Con un suspiro, hice acopio de fuerzas y empujé contra el hombre. Conseguí al menos quitármelo un poco de encima del pecho. Aspiré una profunda bocanada de aire...

De repente, alguien levantó al hombre y lo tiró a un lado como si no fuese más que un saco de patatas. No tenía ni idea de dónde había aterrizado. Todo lo que pude hacer fue mirar a Casteel estupefacta. Estaba de pie por encima de mí, la cara salpicada de puntitos rojos.

- —Estás sangrando.
- —Tú tienes tres flechas clavadas.

- —Te han herido. ¿Dónde? —Se arrodilló a mi lado, haciendo caso omiso de mi comentario bastante innecesario.
- —Estoy bien. —Me senté, los ojos clavados en la flecha que sobresalía de su abdomen mientras envainaba mi daga—. ¿Te duele?
 - —¿El qué?
- —Las *flechas*. —Hice una pausa cuando me agarró del brazo izquierdo y retiró la capa—. Las flechas que sobresalen de tu cuerpo.
- —No son nada más que un incordio. —Giró mi brazo y yo hice una mueca—. Perdón —dijo con voz hosca mientras miraba bajo el corte en la manga de mi túnica.
- —Están dentro de tu cuerpo —repetí—. ¿Cómo pueden ser solo un incordio? ¿Es porque eres de un linaje Elemental?
- —Sí. —Sus rasgos parecieron afilarse cuando retiró con cuidado el borde de mi jersey—. Las heridas se curarán en cuanto saque las flechas.
 - —Entonces, ¿por qué no lo has hecho todavía?
- —Porque no se infectarán, a diferencia de tu herida si le entra tierra. Levantó la vista y sus ojos llamaron mi atención. Las pupilas parecían más grandes—. ¿Estás preocupada por mí, princesa? —Cerré la boca con fuerza —. Lo estás, ¿verdad? Te oí gritar mi nombre cuando caí del caballo continuó, y era raro oírlo hacer bromas después de haber cabalgado en silencio durante horas. Y con tres flechas clavadas en el cuerpo—. Tu preocupación ablanda el mismo corazón que tan gravemente heriste.

Le lancé una mirada furibunda.

—Muerto no me sirves de nada.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba mientras examinaba mi brazo.

- —Parece una herida superficial. Sobrevivirás.
- —Ya te dije que estaba bien.
- —Aun así, hay que taparla. —Se levantó, y a mí con él. Dio un paso atrás y desgarró un pedazo de su capa—. No es la más higiénica de las opciones, pero funcionará hasta que lleguemos a Spessa's End.

El crujido de la pinocha llamó mi atención. Vi a Delano deslizarse entre los pinos, todavía en su forma de *wolven*. Parches rojos manchaban su pelaje. Sus ojos pálidos pasaron de Casteel a mí, y luego partió con un poderoso salto y se alejó entre los árboles.

- —¿A dónde va?
- —Supongo que a recuperar los caballos —contestó Casteel.

Levanté la vista hacia él. Estaba de pie a mi lado, mi brazo sujeto en una mano y el trozo de tela en la otra, pero no hizo ademán de tapar la herida

supurante. Estaba simplemente ahí plantado, las zonas huecas de sus mejillas en sombra.

El dolor de mi brazo quedó a un lado de pronto cuando la preocupación, ahora si, arraigó en mi interior.

—¿Estás seguro de que estás bien? —pregunté—. A lo mejor deberías sacar esas flechas o algo.

Su garganta subió y bajó al tragar saliva y sus labios se entreabrieron. Vi el más ligero asomo de colmillos.

—Casteel —dijo Kieran detrás de nosotros.

El príncipe parpadeó, levantó la cabeza para mirar por encima de mi hombro. Sus pupilas parecían aún más grandes, casi oscurecían del todo el ámbar de sus iris. El instinto envió un escalofrío de advertencia por todo mi cuerpo.

- —Estoy bien.
- —¿Estás seguro de eso? —preguntó Kieran. Observé a Casteel con atención. Me pregunté qué le pasaba.
 - —Tus ojos —susurré—. Las pupilas están enormes.
- —A veces hacen eso. —Se aclaró la garganta y por fin se movió—. Estoy bien —repitió en voz más alta. Envolvió la tira de capa alrededor de la parte superior de mi brazo—. Puede que esto duela.

No fue agradable, no, pero ajustó el vendaje improvisado y lo ató de modo que se mantuviera en su sitio. Una vez terminado, bajó mi brazo y echó la capa por encima. Observé cómo daba un paso atrás y lo miraba, aún... bueno, aún preocupada por él.

—Gracias.

Su mirada voló hacia la mía y me pareció ver un poco de sorpresa en esos ojos extraños. Asintió y luego miró a Kieran.

- —¿Queda alguno?
- —Los supervivientes huyeron de vuelta a lo que sea que llamen hogar declaró Kieran—. Naill se ha adelantado un poco a explorar, para asegurarse de que no nos topamos con nadie más.

¿Cómo podía ser que esta gente supiera lo que eran Kieran y Casteel? Me giré por la cintura para preguntar y...

Todos mis pensamientos salieron volando de mi cabeza. Me quedé boquiabierta.

- —¡Estás desnudo!
- —Así es —repuso Kieran.

Y lo estaba.

- Como... completamente desnudo, y vi muchísima piel morena. *Demasiada*. Me apresuré a darme la vuelta, mis ojos como platos se cruzaron con los de Casteel.
- —Deberías verte la cara ahora mismo. —Casteel agarró la flecha de su estómago—. Parece que has estado tomando el sol.
 - —Porque está desnudo —bufé—. Como... superdesnudo.
 - —¿Qué crees que ocurre cuando cambia de forma?
 - —¡La última vez sus pantalones seguían ahí!
 - —Y otras veces no. —Casteel se encogió de hombros.
- —Supongo que esos pantalones eran más holgados —aportó Kieran—. No hay ninguna necesidad de avergonzarse. Es solo piel.

Lo que yo había visto *no* era solo piel. Era... bueno, su cuerpo se parecía mucho al de Casteel. Músculos duros y fibrosos y...

No iba a pensar en lo que había visto.

- —¡Tiene que tener frío! —farfullé en un susurro, sin saber bien qué decir.
- —La temperatura corporal de los *wolven* es más alta de lo normal. Solo tengo un poco de fresquillo, pero eso me pone —comentó Kieran—. Como estoy seguro de que has notado.

Casteel sonrió con suficiencia.

—Dudo que sepa a qué te refieres.

Aspiré una profunda bocanada de aire por la nariz y solté el aire despacio.

- —Sé exactamente a lo que se refiere, muchas gracias.
- —¿Cómo sabes eso? —Casteel arqueó las cejas y noté que sus pupilas parecían haber vuelto a su tamaño normal—. Si sabes lo que eso significa, entonces es que alguien ha sido muy mala.
- —Lo sé porque... —Se me cortó la respiración cuando se arrancó la flecha—. Oh, Dios mío.
- —Tiene peor aspecto de lo que es. —Tiró la flecha a un lado y luego se estiró hacia la de su hombro izquierdo.

Empecé a darme la vuelta, pero entonces recordé que lo que había detrás de mí era mucho más traumático.

- —Espero que tengas una muda de ropa —le dije a Kieran.
- —La tengo. En cuanto Delano vuelva con los caballos estaré todo pulcro y presentable otra vez.

Di un respingo cuando Casteel arrancó la segunda flecha.

- —Creo que nunca has sido pulcro y presentable.
- —Eso es verdad —reconoció Kieran, y me dio la sensación de que se había acercado más—. ¿Acabaste con el bocazas?

Asentí mientras Casteel maldecía. La flecha que había estado sacando debía de haberse atascado en algo importante. Como un órgano.

- —¿Con tu daga? —Kieran sonaba impresionado.
- —Eso y mi encantadora personalidad.

El wolven resopló divertido.

—Es probable que fuera eso último lo que acabó con él.

Se me revolvió el estómago cuando Casteel arrancó la tercera y última flecha. Tragué saliva. *Me costó*.

- —Sin embargo, creo que rompió el arco.
- —Pero no te rompió a ti. —Casteel enderezó su túnica. La tensión que enmarcaba su boca se aflojó un poco—. Y eso es todo lo que importa.



Una vez que Delano volvió con los caballos y Naill regresó para informar de que el camino parecía despejado, continuamos adelante.

Con Kieran vestido del todo, gracias a los dioses.

Cabalgamos en silencio, todo el mundo alerta y atento a cualquier señal del clan de los Huesos Muertos. El cielo se estaba oscureciendo a un azul medianoche cuando el camino por fin se ensanchó y la temperatura bajó aún más. En cuanto la masa de olmos se aligeró, pensé que ya era seguro hablar. Casi hervía de deseos de hacerlo.

- —Tengo muchísimas preguntas sobre el clan de los Huesos Muertos anuncié.
 - —Menuda sorpresa —musitó Kieran, que iba a nuestra izquierda.

Casteel se rio bajito, y ese fue el primer sonido real que había hecho desde que nos montamos otra vez a caballo. Me pregunté (no me preocupé) si todavía le dolían las heridas de flecha, pero si decía algo, me sometería a sus burlas dramáticas.

- —No puedo prometer que vayamos a poder contestar a esas preguntas, pero ¿qué quieres saber? —dijo, su brazo flojo a mi alrededor.
- —¿Por qué atacaron así? —empecé—. Entiendo que el clan de los Huesos Muertos sobrevive fuera del Adarve de ese modo, pero es obvio que no éramos Demonios.
- —El clan de los Huesos Muertos no es solo anti-Demonios. Son anti... todo el mundo —explicó Naill desde detrás de nosotros—. A veces, dejan pasar a gente por el camino. Otras veces, no. Solo nos cabe esperar que

Alastir y su grupo lograran pasar, aunque iban armados. Igual que los que vendrán detrás de nosotros.

Por todos los dioses, ni siquiera había pensado en ellos. Esperaba que hubiesen pasado sin problemas. Alastir me gustaba y esperaba de todo corazón que la gente de New Haven no tuviese que sufrir más penurias.

- —Si hubieran pillado a Alastir y ese grupo, no creo que hubiesen venido a por nosotros. Me la jugaría a que tienen hambre —dijo Kieran. Hice una mueca.
- —Oí a uno de ellos hablar de las ganas que tenían de hacerse una capa con mi piel —dijo Delano desde donde cabalgaba a nuestra derecha. Tenía el ceño fruncido—. Mi piel debería reservarse para algo mucho más lujoso que una capa. Lo mordí extrafuerte solo por decirlo.

Mis labios hicieron ademán de sonreír.

—Por lo que sé de ellos —comentó Casteel—, cuando se declaró la guerra, escaparon a estos bosques. No creo que nadie sepa si siempre han tenido afición por la piel. Por comérsela y llevarla puesta.

No quería pensar en su afición por la piel.

- —Sabían lo que erais todos —señalé.
- —Recuerda que se remontan a un tiempo en el que Atlantia gobernaba sobre todo el reino —dijo Casteel—. Imagino que cada generación aprendió cosas sobre nosotros a través de las historias contadas por sus mayores. Puesto que estaban fuera del control de los Ascendidos, nuestras historias no se reescribieron ni se perdieron.
 - —Vale, pero aun así intentaron mataros.
- —*Matarnos* —me corrigió Casteel y se me revolvió el estómago—. Este camino ha visto a muchos atlantianos y *wolven* a lo largo de los siglos. Dudo de que su mentalidad de atacar primero y hacer preguntas después haya fomentado simpatías una vez que se dieron cuenta de que no podían matarnos con flechas o garrotes. —Se movió, como si buscara ponerse más cómodo—. Además, la piel de *wolven* no hace capas demasiado buenas.

Naill se echó a reír mientras los wolven mascullaban palabrotas.

—Pero solían vivir en una de las pequeñas ciudades próximas al Bosque de Sangre —continuó Casteel—. En algún momento de los últimos cientos de años, acabaron aquí. Ya había recorrido este camino antes y nunca había tenido un encuentro con ellos hasta ahora.

Eso explicaba por qué había visto los símbolos ahí y ahora aquí.

- —¿Cómo han escapado de la atención de los Ascendidos?
- —¿Quién dice que lo hayan hecho? —me contradijo Naill.

—Bueno, siguen vivos —razoné—. Así que diría que es así.

Fue Kieran el que respondió.

—Debido a que el clan de los Huesos Muertos ataca a menudo según ve a sus presas y puesto que ya deben de quedar muy pocos, es probable que a los Ascendidos no les merezca la pena perder el tiempo con ellos.

Miré hacia atrás y me pregunté exactamente cuántos vivían en los bosques. ¿Cientos? ¿Miles? Si hubiera miles, los Ascendidos seguro que encontrarían el tiempo para ellos. Miles podían provocar una revuelta. Quizás no una exitosa, pero una que podría causar muchos problemas, sobre todo cuando el clan estaba en posesión del tipo de conocimientos que los Ascendidos no querían que se supieran.

—Y los Ascendidos no suelen enviar a gente aquí fuera —añadió Delano —. Puede que eso cambie cuando se den cuenta de que has desaparecido, pero solo los dioses saben la última vez que nadie enviado por ellos llegó tan lejos o más allá.

Algo en su voz hizo que lo mirara. A la luz menguante, pude ver las duras y firmes líneas de su rostro.

- —¿Eso por qué?
- —Ya lo verás —contestó Casteel.

Y eso fue todo lo que dijo; todo lo que dijo nadie mientras se hacía de noche y salía la luna, que proyectó su luz plateada por las colinas a las que había dado paso el bosque.

Con la mente ocupada en todo lo que había pasado y las cosas de las que me había enterado antes de que la primera flecha volara por encima del camino, no creí que fuese posible en absoluto que me durmiera. Pero eso fue justo lo que pasó. Noté que me iba acomodando en el espacio entre los brazos de Casteel y, en algún punto, acabé recostándome hacia atrás contra él. Cuando me di cuenta, me enderecé al instante.

- —Lo siento —farfullé, los músculos cansados mientras me forzaba a sentarme erguida. Vi que nuestro grupo iba espaciado otra vez, con Delano y Naill varios metros por delante y Kieran al mismo ritmo que nosotros a nuestro lado.
 - —¿Por qué?
 - —Te dispararon. —Reprimí un bostezo—. Al menos tres veces.
- —Ya estoy curado. No pasa nada. —Cuando no me moví, usó el brazo que tenía alrededor de mi cintura para tirar de mí hacia atrás. Que los dioses me ayuden, pero no me resistí—. Relájate —susurró por encima de mi cabeza —. Deberíamos llegar pronto a Spessa's End.

Contemplé las estrellas centelleantes y me pregunté cómo podía haber tantas. No supe por qué pregunté lo siguiente.

- —¿Te molesta?
- —¿El qué, princesa?
- —Tener que estar tan cerca de alguien que representa a los Ascendidos aclaré—. Después de que ellos te quitaran tanto.
- —Haría cualquier cosa por mi hermano —respondió después de un momento. Sí, me daba perfecta cuenta de que lo haría—. Y eres atlantiana en parte —añadió—. Eso ayuda.

No sabía si estaba de broma o no, pero entonces Kieran habló de las nubes que se acumulaban en el cielo. El tema cambió. Y yo me dejé ir...

Acampamos en unas praderas del camino y, por la mañana, lo primero que pensé cuando salió el sol fue que no necesitábamos nuestras capas. Sabía que eso significaba que debíamos estar cerca. El día fue un mejunje de campos y prados e interminables cielos azules y, cuando cayó el sol, no paramos. Continuamos adelante.

Entonces los caballos ralentizaron el paso. Lo primero que vi fue una extensión de agua interminable del más oscuro tono ónice. Era como si el cielo hubiese besado el suelo.

- —La bahía de Stygian —susurré.
- —Se rumorea que es la puerta de entrada a los Templos de la Eternidad, la tierra de Rhain —apuntó Casteel.
 - —¿Son ciertos? Los rumores.
- —¿Me creerías si te digo que sí, princesa? —Tiró de mí hacia atrás hasta que quedé apoyada contra él otra vez—. Estás calentita —ofreció a modo de explicación.
 - —Creía que los atlantianos no pasaban frío.
 - —No destaques mis inconsistencias.

Quizás fuera porque estaba cansada. A lo mejor era la quietud y la belleza de la bahía. No sabía lo que era, pero me eché a reír.

—Ni siquiera hace tanto frío ahora.

Hizo un sonido, un suave retumbar que sentí más que oí.

—No haces eso lo suficiente. Nunca lo has hecho.

Sentí un retortijón en el pecho. Uno que hice un esfuerzo por superar.

- —¿Es la bahía la puerta de entrada a los verdaderos templos de Rhain? pregunté en cambio.
- —La bahía de Stygian es donde duerme Rhain, en lo más hondo. —Noté su aliento caliente contra mi mejilla cuando habló—. Bordea Pompay y su

costa sur llega hasta Spessa's End.

La sorpresa me hizo abrir los ojos como platos. ¿De verdad dormía ahí el dios?

- —¿Estamos en Spessa's End?
- —No —respondió Kieran—. Estamos como a un día a caballo. Hemos llegado a Pompay.

Pompay... el último bastión atlantiano.

Lo que vi tomar forma en la oscuridad de la noche me robó de la boca lo que fuese que había estado a punto de decir.

Primero, fue el Adarve, o lo que quedaba de las murallas medio derruidas. Solo permanecían en pie pequeñas secciones al lado de la entrada, que se estiraba hacia el cielo hasta una altura mareante y en la que no existía puerta. El resto no podía medir más de metro y medio, y la mayoría de eso no era más que montones de piedras rotas.

Entramos a caballo en una ciudad que ya no existía. Decenas de casas quemadas bordeaban el camino; a la mayoría les faltaban paredes enteras o habían quedado reducidas a sus cimientos. No había gente por las calles, ni luz de velas en las ventanas de las casas que al menos tenían cuatro paredes y un tejado. Solo se oía el sonido de los cascos de los caballos repicar sobre los adoquines mientras avanzábamos. Pasamos por al lado de edificios más grandes cuyas columnas se habían caído, estructuras que imaginé que antaño debieron de acoger reuniones u ofrecer entretenimiento. Los árboles no eran más que esqueletos, muertos o en descomposición, y no había señales de vida por ninguna parte. Lo que fuese que hubiera ocurrido aquí, no había sido durante la guerra. La tierra hubiese reclamado ya los edificios y las calles si ese fuese el caso.

- —¿Qué pasó aquí? —Hice una mueca al oír el sonido de mi voz. Parecía incorrecto hablar, romper el silencio de lo que parecía el cementerio de una ciudad.
- —Los Ascendidos temían que Pompay, por haber sido antaño una próspera ciudad atlantiana, se convirtiera en un refugio para Descendentes. Aunque tenían pocos motivos para creerlo —dijo Casteel con voz queda—. Aquí había Descendentes solo porque no había Regio que gobernara la ciudad después de la guerra, pero la mayoría eran mortales; granjeros y demás. Sin embargo, ningún Ascendido quería gobernar tan al este, así que arrasaron la ciudad.
- —¿Qué pasó con la gente que vivía aquí? —pregunté, temerosa de conocer ya la respuesta.

Casteel no dijo nada porque la respuesta a mi pregunta apareció delante de mí al doblar una curva del camino. Se extendían hasta donde alcanzaba la vista, túmulo de piedra tras túmulo de piedra, iluminados solo por la plateada luz de la luna. Había cientos de ellos, tantos que no podía creerme del todo lo que estaba viendo, aunque sabía que lo que veía era real. Pompay era una ciudad masacrada, un verdadero cementerio.

—Llegaron de noche hace unos cuarenta años —explicó Delano—. Un ejército de Ascendidos. Cayeron sobre la ciudad como una plaga, se alimentaron de todo hombre, mujer y niño. Los que no murieron se convirtieron en Demonios y abandonaron Pompay en busca de sangre.

Por todos los dioses.

- —Los que murieron los dejaron aquí tirados para pudrirse al calor del verano y congelarse en invierno —dijo Kieran—. Sus cuerpos permanecieron donde habían caído. Una persona solitaria al lado de un árbol, docenas en las calles. —Se aclaró la garganta—. Parejas encontradas en sus camas. Familias enteras en sus casas, madres y padres abrazados a sus hijos.
- —Los enterramos —me dijo Casteel—. Nos llevó algo de tiempo, pero enterramos a todos los que quedaban. A seiscientos cincuenta y seis.

Madre mía.

Cerré los ojos contra la oleada de aflicción y espanto que me inundó, pero no podía borrar de mi vista los montones y montones de piedras de tantas muertes sin sentido.

La exhalación de Casteel fue áspera.

—Así que ahora sabes por qué los Ascendidos no suelen venir tan lejos. Sí, lo sabía.

Lo veía.

- —Yo... no sé por qué estoy consternada, por qué me sorprende —admití
 —. Después de todo lo que he visto, no entiendo cómo no puedo creer esto.
- El brazo de Casteel se apretó a mi alrededor, pero fue Naill quien habló, y fue como un eco de lo que el príncipe había dicho antes.
- —No creo que esto sea algo a lo que uno pueda acostumbrarse jamás. Al menos, a mí no me gustaría. Quiero sentirme consternado. Necesito sentirme así —dijo el atlantiano de piel oscura—. Si no fuera así, la línea que nos separa de los *vamprys* sería demasiado delgada.

Capítulo 22



Seguimos camino en silencio, por al lado de interminables túmulos de piedras y las ruinas de casas y negocios. Paramos justo a las afueras de la ciudad, en la costa de la bahía.

Dormí poco esa noche, pues cada vez que cerraba los ojos veía el cementerio de piedras. Sorprendentemente, los ratos que sí dormí, no hubo pesadillas. Cuando nos marchamos al amanecer del día siguiente, sabía que las espeluznantes ruinas de la ciudad permanecerían conmigo el resto de mi vida. Y mientras viajábamos por la orilla de la bahía de Stygian, temí lo que nos esperaría en Spessa's End.

Cuando el sol comenzó su decidido ascenso y sus rayos centelleaban contra la bahía color medianoche, las capas y los guantes se volvieron innecesarios. Sin embargo, a cada edificio quemado o granja abandonada por la que pasábamos, me quedaba totalmente helada de nuevo.

En un momento dado, Casteel me pilló mirando unas columnas de mármol colapsadas entre los juncos rojizos.

—No te esperabas algo así, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

- —No sabía que fuera a ser así. De hecho, no sabía gran cosa acerca de Pompay o Spessa's End, pero nunca pensé que este fuese el caso. Creía que las ciudades todavía existían; Vikter también lo creía. Hablaba de que quería visitar la bahía.
- —Hay tan poca gente que viaje hasta aquí que hay poco riesgo de que la gente de Solis descubra jamás lo que se les hizo a las ciudades y a su gente.
- —Y hay poco riesgo de que descubran lo que se ha reconstruido —añadió Delano.

Al cabo de las horas, el día acabó por dar paso a la noche y volvimos a sentir algo de aire fresco. Los campos vacíos fueron reemplazados por una densa zona boscosa que bordeaba los prados por los que pasábamos. Empezaba a preguntarme si Spessa's End existía siquiera, o dónde nos quedaríamos cuando llegáramos al otro lado de la bahía negra, cuando oí el suave y melodioso trino de un pájaro cantor.

Casteel se movió detrás de mí. Levantó la cabeza e imitó la llamada con una propia. Empecé a girarme hacia él, sorprendida, cuando alguien respondió a su llamada. No eran aves cantoras. Eran señales. En cuanto me di cuenta de ello, por fin vi signos de una ciudad.

La luz de la luna bañaba de plata las paredes de arenisca del Adarve. No era ni de lejos tan alto como los que rodeaban las ciudades más grandes de Solis, pero aun así la estructura se alzaba al menos tres metros y medio en el aire, y pude distinguir numerosos parapetos cuadrados separados por un metro o así.

Delante de nosotros, unas pesadas puertas de hierro se estremecieron y luego gruñeron al abrirse poco a poco. Multitud de antorchas brotaban del ancho y grueso muro del Adarve para iluminar todo el perímetro. La mayor parte del patio quedaba en sombras, pero más adelante, unas luces parpadeaban como un mar escalonado de estrellas bajas.

- —¿Esto no lo destruyeron? ¿O es que ha sido reconstruido? —pregunté mientras cruzábamos bajo el Adarve a caballo.
- —El Adarve sufrió daños, pero permaneció intacto en su mayor parte y hemos podido reparar esas secciones. ¿Ves las luces? Es la fortaleza de Stygian. Pertenecía a los custodios de la bahía y fue reforzada durante la Guerra de los Dos Reyes —explicó Casteel—. Gran parte de la fortaleza quedó indemne, incluso después de la guerra. Supongo que los Ascendidos temían provocar la cólera de Rhain destruyendo el edificio, así que lo dejaron en pie.
 - —¿Y los custodios? —Casi me dio miedo preguntar.
- —Están enterrados al otro lado, en tumbas de piedra, junto con el resto de los habitantes originales de Spessa's End —contestó.

Enferma, me sentía realmente enferma. Dos ciudades enteras destruidas. Y ¿para qué? ¿Todo porque a los Ascendidos les daba miedo la verdad y no querían gobernar tan al este? Era una maldad sin sentido e inconcebible, y era consciente de que Spessa's End y Pompay seguramente no fueran las únicas. Lo más probable era que New Haven corriera la misma suerte, y la única pequeña bendición era que Elijah iba a llevarse a la gente antes de que ellos

también acabaran con solo un montón de piedras como marcador de las vidas que habían vivido.

- —Pero hemos reclamado Spessa's End, hemos reconstruido todo lo que hemos podido —continuó Casteel—. Y los Ascendidos no tienen ni idea.
 - —¿Qué quieres decir?
- —Ya lo verás. —El pulgar de Casteel hizo un barrido a lo largo de mi cadera—. He encontrado una respuesta temporal a nuestros problemas de tierras.

Antes de que pudiese seguir preguntando, una figura cobró forma en el camino e interrumpió toda respuesta a mis indagaciones. Setti ralentizó el paso mientras yo me ponía tensa; deslicé la mano hacia la daga de mi muslo por instinto.

La mano de Casteel se cerró sobre la mía.

- —Es amigo.
- —Lo siento —murmuré.
- —No lo sientas —dijo en voz baja—. Prefiero que estés preparada a que seas demasiado confiada.

Una antorcha se prendió para proyectar un resplandor rojizo por la cara de un hombre joven. No estaba solo. A su lado había un *wolven*, uno pequeño con el pelo del color de la bahía. Sin previo aviso, el *wolven* corrió hacia nosotros, saltando y bailando como un... como un cachorrillo emocionado que acababa de reconocer a los visitantes.

—Alguien se alegra de verte —comentó Kieran.

Casteel se rio, pero agarró mejor las riendas de Setti.

—Cuidado, Beckett. No te acerques demasiado al caballo.

El joven *wolven* retrocedió un poco sin dejar de bailotear. Su cola se movía de manera frenética, antes de abrirse paso retozando en dirección a Delano.

- —Alteza —saludó el hombre joven de la antorcha, la voz teñida de asombro. Hincó una rodilla en tierra e inclinó la cabeza, y medio temí que se le cayera la antorcha.
- —No hay ninguna necesidad de eso —dijo Casteel, que se recolocó detrás de mí mientras guiaba a Setti más cerca del hombre—. ¿Eres tú, Quentyn?

La cabeza del hombre se movió arriba y abajo.

- —Sí, alteza... quiero decir, príncipe. Soy yo.
- —Por todos los dioses, has crecido al menos un palmo o dos desde la última vez que te vi. —La sonrisa era evidente en el tono de Casteel y casi me giré para verla—. ¿Te ha arrastrado Alastir aquí afuera?

- —Quería venir con él —respondió Quentyn—. Lo mismo que Beckett.
- —A lo mejor quieres decirle que se levante. —Kieran pasó por al lado del chico—. Cuanto más tiempo esté arrodillado, más va a crecer tu ego.
 - —No sé si eso es posible —murmuró Naill en voz baja.

Arqueé una ceja. Casteel se rio.

—Puedes levantarte, Quentyn. Y llámame Casteel y tutéame, como hace todo el mundo.

Quentyn se levantó tan deprisa que no supe cómo no se prendió la cabeza en el proceso. Una profunda admiración llenaba el rostro juvenil, aunque estaba demasiado oscuro para que pudiera distinguir el color de sus ojos cuando miró con curiosidad en mi dirección.

- —Os estábamos esperando. Teníamos la esperanza de que lograrais llegar hasta aquí esta noche.
- —¿Dónde está Alastir? —preguntó Casteel mientras el *wolven* trotaba entre Delano y nosotros.
 - —Ya se ha retirado.

Casteel resopló divertido.

- —Más bien se habrá desmayado. La última vez que lo vi hablaba de no sé qué *whisky* que había conseguido.
- —Yo... ehh, creo que el *whisky* puede haber colaborado a su incapacidad para permanecer despierto —contestó Quentyn con timidez. Sonreí, incapaz de evitarlo—. Pero nos aseguramos de que encendieran las chimeneas en las habitaciones, porque por la noche hace frío —continuó Quentyn. Volvió a mirarme con curiosidad.
- —Permite que te presente a mi prometida —dijo Casteel, cuando se percató de sus miradas inquisitivas—. Esta es Penellaphe.

Prometida.

Aflojé un poco la mano sobre la montura y me pregunté si la sensación de mareo eran solo imaginaciones mías. No creí que fuese a acostumbrarme nunca a que Casteel dijera eso.

—Alastir nos contó que traías a una dama contigo. Tu prometida. —La antorcha subía y bajaba al mismo ritmo que él—. Quiero decir, ¡enhorabuena! A los dos. ¿Has oído eso, Beckett? Esta es la prometida de nuestro príncipe.

Beckett, el joven *wolven*, brincó alegre hacia el otro lado del camino y desapareció entre la maleza.

—Penellaphe, este es Quentyn Da'Lahr. El cachorrillo tan emocionado es Beckett Davenwell, un sobrino nieto de Alastir.

Actúa como tú misma. Eso era lo que Casteel me había aconsejado hacía un rato. ¿Qué haría normalmente en un caso así? Quedarme ahí pasmada y mirar al joven como si no tuviese cerebro entre las orejas no era como me comportaría. Sonreiría y diría hola. Eso podía hacerlo.

Así que esbocé lo que esperaba que pareciera una sonrisa normal en la cara y saludé a Quentyn con un sutil gesto de la mano.

- —Es un placer conocerte.
- —¡Es un honor conocerte a ti! —Quentyn me ofreció un alegre saludo con la antorcha a cambio. El entusiasmo de su voz y de su bienvenida suavizó mi sonrisa y ya no parecía como que me la hubiera pegado a la cara.

Me sentía bastante orgullosa de mí misma cuando pasamos por al lado de un bosquecillo de árboles y el fuerte apareció ante nuestros ojos. Antorchas y faroles iluminaban con su luz cálida la piedra color arena de la antigua fortaleza, que se alzaba más alta que el Adarve. Unas columnas enormes soportaban pasarelas que conectaban el tejado del fuerte con el Adarve.

Al llegar a los establos, Casteel desmontó con agilidad, luego puso sus manos en mis caderas y me levantó de la silla. Se me aceleró el pulso cuando mi cuerpo se deslizó contra el suyo, pues nuestras capas demostraron no ser una barrera demasiado útil. Las manos se apretaron en torno a mis caderas y levanté la vista. Nuestros ojos se cruzaron y, por unos instantes, ninguno de los dos se movió mientras nos mirábamos. Había un propósito en la forma de sus labios, uno que mi cuerpo parecía reconocer de manera inherente y responder a él. De repente, me sentía al mismo tiempo demasiado tensa y demasiado laxa. Casteel ladeó la cabeza e hizo que mi sangre bombeara con más fuerza. La anticipación fue rápida y dulce, y sabía que debería apartarme. No teníamos que ser *tan* convincentes, pero no me moví. No podía. Estaba atrapada como un conejillo.

—Las habitaciones están aquí mismo —anunció Quentyn, rompiendo el hechizo. Casteel dio media vuelta y agarró nuestras bolsas, mientras Quentyn echaba a andar hacia nuestra izquierda.

Yo le deseé buenas noches a Setti con unas caricias y luego seguí a Quentyn.

—Ninguna de las habitaciones de los pisos superiores están demasiado utilizables, pero las de la planta baja están bastante bien. —Se detuvo de repente—. Oh... un segundo. Vuelvo ahora mismo.

Con la sangre todavía acelerada, observé a Quentyn entrar corriendo por una puerta abierta hacia una habitación iluminada.

—Parece… *mmm*, joven.

- —Acaba de pasar por el Sacrificio —explicó Casteel, y me dio la impresión de que su voz sonaba más gruesa, más rica.
- —Me sorprende verlo aquí fuera —comentó Kieran, que acababa de reaparecer—. Y al otro… —Hizo un gesto con la barbilla hacia atrás—… aún más.

Miré y vi a Delano, que llevaba a los caballos hacia los establos. El pequeño *wolven* trotaba a su lado, las orejas tiesas mientras Delano le hablaba; movía la cola de un modo frenético.

- —Los dos son demasiado jóvenes. —Naill se reunió con nosotros—. Creía que ninguno de los jóvenes se había mudado aquí fuera.
- —Yo también. —Casteel guiñó los ojos—. La última vez que vi a Beckett, apenas podía controlar el mantener una forma u otra.

Parpadeé confusa.

—¿Eso es habitual?

Kieran asintió.

- —Tardamos dos décadas en aprender a controlar nuestras dos mitades. Cualquier ligero cambio de emoción puede ponernos a cuatro patas o a dos.
 - —Eso tiene que ser... problemático.
 - —No tienes ni idea de cuánto —respondió, con una risa seca.
- —¿Se han trasladado atlantianos a Spessa's End? —pregunté—. ¿A eso te referías cuando hablaste de una solución temporal al problema de espacio?

Casteel asintió.

- —No ha causado un impacto gigante. Todavía no. Pero ha dejado libres algunas de las casas y las tierras. Los que se han mudado aquí se han seleccionado con cuidado en su mayor parte. Lo bastante mayores y entrenados en caso de que los Ascendidos decidan aparecer por estos lares, aunque eso no ha sucedido desde que asediaran la ciudad.
 - —¿Cuánta gente vive aquí ahora? —pregunté.
 - —Unos cien, más o menos.

Sentí una punzada de irritación mientras deslizaba la vista por la lisa fachada de piedra de la fortaleza. ¿Por qué había esperado Casteel a decirme todo esto, en lugar de hacerlo cuando mencionó el problema de espacio y población en Atlantia? ¿O en cualquier momento después de eso? Aún mejor, ¿por qué estaba irritada por que no lo hubiera hecho? ¿Era necesario siquiera que supiese esa información? Seguramente no, pero aun así... me frustraba.

El joven atlantiano reapareció con un paquete para mí.

—Alastir dijo que tal vez necesitaras ropa, y conseguimos reunir algunas prendas. No sé si algo de esto te valdrá, pero está todo limpio y estoy seguro

de que podremos conseguirte más por la mañana.

—Estoy segura de que será útil —le dije, y acepté el ligero fardo—. Gracias.

Quentyn sonrió de oreja a oreja antes de girar sobre los talones. Kieran se quedó un poco rezagado mientras seguíamos al atlantiano por la pasarela cubierta. Hablaba sin parar. Mientras pasábamos por delante de varias habitaciones oscuras y continuamos por el lateral de la fortaleza, donde era evidente que no había habitaciones cerca, nos contó sobre los animales salvajes que había visto. Juraba haber visto un gato de cueva, aunque Alastir le había dicho que no quedaba ninguno vivo en esa zona.

Lo primero que vi fue una terraza. El viento soplaba contra las cortinas recogidas y hacía que la tela chasqueara con suavidad. Mientras Quentyn abría la cerradura, alcancé a distinguir un diván en un extremo y varias sillas bajas. Quentyn le entregó la llave a Casteel y después abrió la puerta.

—Alastir se aseguró de que ventilasen la habitación y encendieran la chimenea, puesto que las noches son bastante frías aquí.

Encendió una lámpara de aceite que proyectó luz por el espacioso salón privado, decorado con mullidos sofás y una mesa de comedor.

—Hay jarras de agua limpia al lado de la chimenea. —Quentyn abrió otra puerta de doble hoja y capté un aroma a limón y vainilla.

Si la zona de estar había sido una sorpresa, el dormitorio era una completa maravilla. La chimenea estaba en un rincón y, como había dicho Quentyn, varias jarras descansaban en el suelo delante de ella. En el centro de la habitación, había una cama con dosel y vaporosas cortinas blancas. Enfrente de ella vi unas puertas de doble hoja con celosía que parecían conducir a otra terraza. Al otro lado, estaba la entrada a la sala de baño. Todo lo que pude hacer era mirar boquiabierta.

- —Si alguno de los dos quiere, puedo traeros más agua para la bañera —se ofreció Quentyn. Casteel me miró y negué con la cabeza. Era demasiado tarde para todo ese trabajo.
 - —No será necesario, pero gracias.
- —¿Estáis seguros? —Cuando asentimos, Quentyn adoptó una expresión nostálgica—. No puedo esperar a tener una ducha en la que lo único que tenga que hacer es abrir un grifo —comentó.
 - —¿Una ducha?

Casteel me lanzó una medio sonrisa.

—En lugar de sentarte dentro de la bañera, estás de pie. El agua limpia cae del techo. Se parece a estar de pie bajo la lluvia. Una lluvia de agua

caliente. —Lo miré perpleja. Apareció un hoyuelo en su mejilla cuando se volvió hacia el otro atlantiano—. No se cree que tengamos agua corriente caliente en Atlantia.

Los ojos de Quentyn alcanzaron el tamaño de pequeños platillos.

—Te está diciendo la verdad. Yo siempre lo di por hecho. No volveré a hacerlo jamás.

Maravillada ante el concepto de estar de pie en una bañera que parecía lluvia caliente, ni siquiera me di cuenta de que Quentyn se había marchado hasta que Casteel habló.

- —¿Tienes hambre? —preguntó, mientras dejaba nuestras bolsas al pie de la cama. Negué con la cabeza porque me había llenado con las barritas horneadas y los frutos secos que Casteel había traído con nosotros.
- —Estas habitaciones son asombrosas. —Toqué una de las cortinas de la cama—. Son preciosas.
- —Cuando mi padre venía a Spessa's End, solía dormir en esta habitación o en la otra que da a la bahía. Ambas se han remozado todo lo posible.
- —Esperaba una habitación con las necesidades más básicas —murmuré, girándome hacia él.
- —Con el tiempo, planeamos arreglar las habitaciones de la primera planta. Eso permitiría alojar a más gente aquí mientras las casas se reparan o se construyen. —Me miró con atención—. Quiero verte la herida del brazo.
- —Ni siquiera me duele —le dije, al tiempo que dejaba el pequeño fardo de ropa en un sofá que estaba en un rincón, cerca de la cama.
 - —Aun así, me gustaría echarle un vistazo.

Como sabía que no cedería, me quité la capa, la colgué de un gancho cerca de la chimenea y me remangué la gruesa túnica. Al tirar de la lazada, me pregunté si la había atado de algún modo que requiriera tijeras para quitarla.

- —Déjame a mí. —Se acercó, tan silencioso como siempre. Noté sus dedos calientes cuando rozaron mi piel. Desató el nudo en un abrir y cerrar de ojos. La venda resbaló para dejar al descubierto un fino corte que había dejado de sangrar hacía ya un rato. Deslizó el dedo por la piel cercana a la herida—. ¿Esto no te duele?
- —Lo juro. —Me mordí el carrillo por dentro. No dolía. Ni su roce, ni la zona. El suave deslizar de su pulgar era... agradable y cosquilloso.

Hinchó el pecho con una profunda respiración, luego dejó caer el brazo y dio un paso atrás.

—Voy a ir a ver cómo van Quentyn y los otros. Adelante, ponte cómoda. Estoy seguro de que debes estar cansada. Solo asegúrate de limpiar la herida.

—Lo haré.

Sus ojos se cruzaron con los míos y lo único en lo que pude pensar fue en esos momentos ahí afuera, después de que me ayudara a bajar de Setti. ¿Me hubiera besado? ¿Se lo hubiese permitido? Suponía que tendríamos que besarnos delante de gente...

—Descansa un poco, Poppy.

Casteel se marchó antes de que pudiera formular una respuesta siquiera, y sabía que debería estar aliviada pero...

No estaba segura de cómo me sentía.

Me volví hacia el sofá y fui hasta el fardo de ropa. Había un fino batín de tono lila que podría usar de camisón y una túnica verde bosque más gruesa que seguro que me vendría bien.

Solté la vaina de mi daga, abrí la cortina y fui recibida por suaves pieles y una montaña de almohadas.

«Madre mía», murmuré. Dejé la vaina sobre la cama.

Fui a por una de las jarras calentadas al fuego y la llevé a la sala adyacente. Medio asustada por que Casteel regresara mientras estaba ahí desnuda, me lavé lo más deprisa que pude en esa habitación mucho más fría; me aseguré de limpiar bien la herida con agua y una pastilla de jabón con aroma a menta. Cuando terminé, me puse el suave batín y até la banda en torno a mi cintura. Desenterré el cepillo de mi bolsa, deshice mi trenza y desenredé los nudos de mi pelo sin apartar los ojos de la puerta a la zona de estar.

Un rato después, ya metida debajo de la manta, no pensé en el clan de los Huesos Muertos, ni en la boda, ni en lo que había sucedido en la fortaleza. Ni siquiera pensé en lo que el sol revelaría sobre Spessa's End cuando llegara la mañana, ni en lo extraño que era que Casteel se hubiese marchado del cuarto tan deprisa. Me quedé ahí pensando en todas esas tumbas de piedra, las casas quemadas y arrasadas de Pompay, y los campos entre las dos ciudades. Si Tawny estuviera aquí, estaría convencida de que un montón de espíritus vagaban por ahí durante la noche.

Me estremecí y se me cerraron los ojos, sin dejar de preguntarme cómo se les había permitido a los Ascendidos adquirir semejante poder, con el que podían destruir ciudades enteras sin remedio.

Y la única respuesta era una amarga.

Muy poca gente había cuestionado nunca lo que afirmaban los Ascendidos; yo misma había aceptado sin más lo que decían y nunca había indagado de verdad en ninguna de las sospechas que tenía. Eso iba más allá de la sumisión y entraba directamente en la ignorancia voluntaria.

Sentí que una oleada de vergüenza reptaba por mi interior, otra prueba clara de que en muchas cositas pequeñas, yo también había sido parte del problema. Un radio de la rueda del mismísimo sistema que había abusado de cientos de miles de personas, incluida yo.



Alguien debió echar más leña al fuego en algún momento de la noche porque un agradable calor rodeaba mi cuerpo. Ni siquiera recordaba estar tan calentita en mi cuarto en Masadonia. Ese fue mi primer pensamiento a medida que me iba despertando despacio.

No quería despertarme y dejar el calor de la cama ni el embriagador aroma a pino y exuberantes especias oscuras. Me acurruqué contra esa cama caliente y dura, y se me escapó un suspiro de satisfacción.

Espera.

¿Cama dura?

Eso... eso no tenía ningún sentido. La cama había sido blandita, el tipo de cama en el que te hundías. Pero ahora estaba caliente, dura y lisa contra mi mejilla y mi mano. No solo eso, la cama estaba envuelta alrededor de mi cintura, de mi cadera...

Abrí los ojos a toda velocidad. Diminutas motas de polvo flotaban a la luz mañanera que se colaba por las puertas de la terraza de enfrente de la cama. Habían recogido las cortinas y sabía que yo no lo había hecho antes de quedarme dormida.

Y no estaba tumbada sobre la cama, al menos no del todo. Lo que estaba debajo de mi mejilla no era una almohada. Era un pecho que subía y bajaba de manera rítmica. Debajo de mi mano no estaba la textura desgastada de la manta, sino un abdomen. La cama no estaba envuelta a mi alrededor. Era un brazo pesado por encima de mi cintura y una palma callosa sobre mi cadera... mi cadera *desnuda*.

Oh, por todos los dioses, estaba usando a Casteel como mi propia almohada personal.

Y visto que era yo la que estaba tumbada encima de él, debía de haber sido yo también la que había ido en su busca mientras dormía. ¿Cuándo había regresado a la habitación? ¿Acaso importaba eso ahora mismo? A medida que adquiría conciencia de todas las zonas en que se tocaban nuestros cuerpos, vi que no importaba lo más mínimo.

Esto no tenía nada que ver con acurrucarse juntos cuando acampábamos al borde de los caminos. No había ninguna excusa para estar toda enredada en sus brazos y sus piernas.

Me quedé ahí paralizada, se me cortó la respiración. Tenía los pechos pegados al costado de su cuerpo. Uno de sus muslos estaba metido entre los míos, el suave frente de sus pantalones apoyado contra una parte muy, muy íntima de mí. El camisón se había abierto por debajo del cinturón mientras dormía. No había nada entre la palma de su mano y mi piel, y esa mano abarcaba mi cadera, las puntas de sus dedos apoyadas contra la curva de mi trasero.

Una sensación caliente y dulce me recorrió de arriba abajo y cerré los ojos. Sabía que no debería sentir esto. Era imprudente y estúpido, y parecía muy peligroso. En lugar de regodearme en la sensación de su cuerpo contra el mío, debería estar planeando una manera de desenredarme de él sin despertarlo, pero mi cerebro iba en una dirección totalmente diferente. Era casi como si pudiera... fingir otra vez. Fingir que esto estaba bien. Que era *Hawke* el que me abrazaba en su sueño y que esta era solo una de las muchas mañanas que nos despertábamos así. Él me besaría y me acariciaría, encajaríamos nuestros cuerpos el uno con el otro, y sucedería porque éramos amantes a punto de casarnos por la mera razón de que nos queríamos y nos deseábamos y nos necesitábamos el uno al otro. Se me cortó la respiración otra vez y se me aceleró el pulso. Un relámpago caliente danzó por mi piel y zumbó por mis venas. Casi podía imaginar la mano de mi cadera resbalando más abajo por mi trasero y luego más abajo todavía. Esos dedos suyos eran capaces de producir sensaciones que ni siquiera sabía que fuesen posibles, ni aun después de leer el escandaloso diario de la Srta. Willa Colyns. Todo mi mundo se concentraba en el recuerdo de sus dedos rozando la sensible piel de la cara interna de mis muslos y luego deslizándose en mi interior. Un deseo palpitante se extendió por el centro de mi cuerpo, y una diminuta parte de mí deseó no haber experimentado nunca semejante placer bajo sus manos. Si no lo hubiese hecho, no lo querría ahora; pero eso era solo una pequeñísima parte de mí. El resto no podía arrepentirse de haber sentido algo tan poderoso y precioso cuando durante la mayor parte de mi vida me habían prohibido saber lo que era el placer.

Sin embargo, no debería estar pensando en esto, en cómo había resultado para él y para mí, ni en cómo me hacía sentir incluso ahora. Porque en las primeras horas de la mañana, cuando estaba sola, podía admitir que lo que él despertaba en mí iba más allá de lo físico.

No parecía importar que en realidad no debiera desear nada de esto, porque a mi cuerpo no le importaba lo que estaba bien y lo que estaba mal. Todavía me estremecía de deseo, enrosqué los dedos de los pies.

Casteel se movió contra mí y me dio la sensación de que se me paraba el corazón en el pecho. Estaba dormido, pero ¿todavía podía... percibir mi deseo? Apretó los brazos y me pegó a su cuerpo con mayor firmeza. Su muslo apretó contra mi ingle. Un pulso sorprendente, casi doloroso, estalló dentro de mí en oleadas calientes y apretadas. De repente, incluso mi cerebro me traicionó. Me vi bombardeada por imágenes y sensaciones: el perverso recuerdo de su boca contra mi cuello, el roce de unos dientes afilados, y el estallido de dolor que tan deprisa se había convertido en un placer intenso. Había un fuego incontrolado en mi sangre, se arremolinaba en el centro de mi ser. En la periferia más recóndita de mi mente, sabía que esta era la pendiente resbaladiza que había temido que llegara con este... acuerdo nuestro. Compartir la cama. Fingir estar... enamorados. Tocarnos y besarnos. *Fingir*...

Fingir que no estaba resbalando ya por esa pendiente.

Su brazo se relajó, pero seguía apretada contra él, mi corazón tan acelerado que me sorprendería que él no lo sintiera. ¿Seguía dormido? Cada bocanada de aire que inspiraba me quemaba los pulmones. Levanté la mejilla con sumo cuidado.

Él tenía la cabeza ligeramente girada en dirección contraria a mí. Un puñado de ondas oscuras caía sobre su frente. La línea de su frente y la curva de su mandíbula estaban relajadas. Unas espesas pestañas ocultaban sus ojos y tenía los labios entreabiertos mientras su pecho seguía subiendo y bajando en profundas respiraciones rítmicas.

Incapaz de apartar la mirada, me encontré embelesada por lo pacífico que parecía Casteel en su sueño, lo joven y vulnerable. Al verlo así, jamás hubiese adivinado que tenía más de doscientos años ni que fuera capaz de semejantes acciones salvajes y letales.

Mis ojos pasearon por su rostro, se demoraron en su boca carnosa. La primera vez que lo vi, debí saber que no era mortal. No había nadie que se pareciera a él. Al menos no en el reino de Solis, incluidos incluso los más hermosos de los Ascendidos. ¿Por qué me había deseado a mí? ¿Por qué me deseaba todavía? No obstante, la noche en que había ayudado a sustituir el pánico y el miedo de la pesadilla con algo bueno, algo *deseado*, él no había buscado placer para sí mismo. ¿Significaba eso que ya no quería... eso de mí?

Esas preguntas no surgían del gusanillo de inseguridad que hacía todo lo posible por mantener oculto, sino solo de la pura lógica. Sabía bien el aspecto que tenía una mitad de mí. Sabía cómo veía la gente la otra mitad. Muchos no me considerarían innegablemente atractiva, aunque había oído a un montón de gente afirmar que la atracción no siempre se encontraba en lo físico. Sin embargo, no estaba segura de que eso fuese verdad. No era como si tuviese mucha experiencia al respecto. La reina Ileana me había dicho una vez que la belleza era más que líneas rectas y suaves; aquel día me había enseñado la Estrella, un diamante muy preciado en todo el reino por su rareza y su luminoso aspecto plateado.

«Las cosas más bonitas de todo el reino a menudo tienen líneas serradas e irregulares, cicatrices que intensifican la belleza de formas intrincadas que ni nuestros ojos ni nuestras mentes pueden detectar o ni siquiera empezar a comprender», había dicho la reina mientras daba vueltas al diamante en su mano. La luz se reflejaba en sus crestas y oquedades irregulares. «Sin ellas, serían solo comunes y corrientes, como todos los demás diamantes de corte pulido que puedes encontrar en cualquier sitio. La belleza, mi dulce niña, a menudo está rota y tiene púas, y es siempre inesperada».

No estaba segura de si lo que la reina decía valía también para las personas. No parecía así, puesto que Casteel era todo líneas suaves y rectas, y era magnífico.

Por qué me deseaba a mí o cómo podía hacerlo cuando había otras con líneas igual de suaves y rectas que él no importaba. Lo que sí importaba era que lo estaba observando mientras dormía y eso estaba al límite de lo retorcido.

Hice un esfuerzo por apartar la mirada y me mordí el labio mientras decidía que esto sería muy parecido a despegar una venda de una herida. Tendría que hacerlo y ya está. Moverme deprisa y bien, y rezar por que no se despertara hasta que recolocara mi estúpido camisón o antes de que se diera cuenta de que estaba durmiendo encima de él. Empecé a apartarme...

Sin previo aviso, Casteel se movió. No tuve tiempo ni de reaccionar. Fue asombrosamente rápido al hacerme rodar debajo de él, una mano cerrada alrededor de mi cuello. Solté una exclamación, espantada.

Los ojos de Casteel estaban tan dilatados que solo se veía un fino halo ámbar mientras retraía los labios para revelar sus caninos afilados y un poco alargados. Un gruñido de advertencia, grave y salvaje, salió retumbando de su interior y vibró a través de mí.

—¡Casteel! —logré exclamar, a pesar de la presión sobre mi garganta—. ¿Qué te pasa?

La mano se apretó alrededor de mi cuello y me sacó una áspera bocanada de aire de dentro. El instinto se apoderó de mí, cortó a través de la sorpresa inicial, y le lancé un puñetazo. Mi intención era haberle dado en el brazo para que me soltara. Pero eso no llegó a ocurrir.

Casteel atrapó mi mano y la sujetó contra la cama. Forcejeé con él, pero su mano era como una abrazadera de acero. Levanté entonces la mano izquierda, hundí los dedos en su pelo y tiré fuerte. Su cabeza se columpió hacia atrás.

—¡Suéltame!

El sonido que brotó de él me puso toda la piel de gallina mientras se resistía con facilidad y devolvía su cabeza a su posición inicial.

Ya no se veía nada de ámbar en sus ojos, y la forma en que me miraba era como... como si no tuviera ni idea de quién era. Como si no me viera.

Se me paró el corazón. Algo... algo no iba bien.

—¿Casteel?

La única respuesta fue un gruñido que me recordó a un animal salvaje muy grande y acorralado. Esos ojos casi negros me miraron de arriba abajo. No parecía reconocer su nombre ni a mí.

En ese instante, recordé lo que me había dicho una vez. Sufría pesadillas y, a veces, cuando se despertaba, no sabía dónde estaba. Tenía que ser eso.

Hice un esfuerzo por calmar mi corazón.

—Casteel, soy yo...

La advertencia retumbante sonó de nuevo. Abrió las aletas de la nariz y respiró hondo. A la mierda la modestia. No me importaba que todo de cintura para abajo fuese claramente visible debido a una pesadilla o a otra cosa; fuera lo que fuera lo que se había apoderado de él, lo tenía atrapado. Tenía la terrible sospecha de que estaba a punto de convertirme en su desayuno.

Entonces recordé la daga que había colocado debajo de la almohada. Estiré la mano detrás de mí y agarré el mango justo cuando Casteel se puso encima de mí. Su mano abandonó mi cuello para cerrarse en torno a mi cadera...

Me quedé pasmada cuando sentí la curva de su barbilla contra mi bajo vientre. Oh, por todos los dioses, ¿qué estaba haciendo? Saqué la daga y me senté tan erguida como pude con una mano todavía inmovilizada sobre la cama por la suya. Apreté la daga contra su cuello.

Parecía no darse ni cuenta mientras su aliento caliente danzaba más abajo. Una intensa tensión me atenazó el pecho y luego se enroscó aún más abajo. De manera inesperada y desquiciada. Porque Casteel estaba...

Oh, por todos los dioses.

No importaba lo que yo pensara. Tampoco importaba el pulso indecente que resonaba en mi interior, ni la forma en que todo mi cuerpo pareció enroscarse sobre sí mismo cuando su aliento se acercó al espacio entre mis muslos. Llegó otro gruñido del fondo de su garganta, este diferente: más grave y más rudo.

—No sé qué te pasa, Casteel, pero tienes que soltarme. —Puse más presión con la hoja contra su cuello—. O vamos a averiguar qué le pasa a un atlantiano cuando se le corta el cuello.

Eso pareció llamar su atención, porque se quedó quieto y levantó la mirada. Esos ojos negros por completo me dejaron espantada. Obligué a mi mano a mantenerse firme. Sabía que si decidía atacar, habría muy poco que pudiera hacer para impedírselo. Podía hacerlo sangrar si tenía la oportunidad, quizás incluso algo peor.

—Quítate de encima de mí —le ordené—. Ahora.

Se quedó superquieto mientras me miraba desde lo alto, como un depredador que había visto su presa y estaba a punto de saltar sobre ella. Me puse tensa cuando mi don decidió despertar. Salió de mí del modo en que lo hacía cuando estaba rodeada de una multitud con las emociones a flor de piel. No había forma de detenerlo. Se hizo la conexión y sus sentimientos me inundaron en una oleada de... *voraz* oscuridad y hambre insaciable. Del tipo que yo misma había experimentado en más de una ocasión cuando el duque de Teerman había estado decepcionado por algo que yo había hecho o no hecho y me negaban la comida hasta que aprendiera la lección. La vez que más había durado fueron tres días, y esa hambre había sido del tipo que te retuerce las entrañas con dolorosa necesidad. Eso fue lo único que percibí procedente de Casteel. Bajo la sensación de vacío absoluto, una exuberante especia negra impregnaba mi boca y avivaba las llamas apagadas en mi interior.

Casteel tenía hambre. *Un hambre voraz*.

¿Era hambre de sangre? Había dicho que los atlantianos necesitaban sangre de sus congéneres. ¿Se había estado... alimentando? Seguro que sí. Aquí había atlantianos. A mí me había mordido hacía unos días. Había bebido de mí, aunque no demasiado. No tenía ni idea de lo potente que era mi sangre, pero si podía crear *vamprys*, supuse que tendría algo de atractivo para él. Tampoco tenía ni idea de cuán a menudo necesitaba alimentarse un atlantiano, pero esa sensación pesada y suntuosa que discurría a través de la conexión despertó una especie de conocimiento primitivo de que esto no solo tenía que ver con satisfacer un hambre física.

Sin embargo, debajo del hambre, no percibía ninguna otra emoción. La tristeza afilada como una cuchilla que siempre cortaba a través de él había desaparecido. No sabía si, en esos momentos, alguna parte de Casteel o incluso de Hawke estaba ahí dentro.

Mi corazón palpitaba con furia mientras tiraba de mi brazo izquierdo, el que todavía tenía clavado a la cama al lado de mi cintura. Casteel aflojó su agarre y luego me soltó, pero no se movió. Era muy consciente de lo cerca que estaba su respiración, su boca, de la parte más sensible de mí, y donde esperaba otra arteria principal. Giró la cabeza un pelín y su barbilla rozó el pliegue de mi muslo. Varios centímetros más abajo, más cerca de la rodilla, donde las cicatrices de mi piel parecían marcas de garras pero en realidad eran consecuencia de los dientes de un Demonio. No sentí nada del horror y el miedo que había sentido entonces, ni el asco y la certeza de que iba a morir. Todo lo que sentí fue un deseo delicioso.

La mano que sujetaba el cuchillo contra su cuello tembló cuando un pulso prohibido de excitación tronó a través de mí. Estaba mal, y no debería sentir ese calor, la humedad que se iba acumulando ahí. Pero también parecía lo correcto, y muy natural, a pesar de que *nada* de aquello pareciese natural.

Casteel hizo ese sonido otra vez, el retumbar sordo, y todo mi cuerpo se estremeció. Apenas podía respirar, no digamos ya pensar. Mis sentidos se estaban activando todos al mismo tiempo y, cuando bajó la cabeza, dejé el brazo laxo, flexionado para que pudiera moverse. Mis dedos se abrieron por voluntad propia y el cuchillo cayó sobre la cama a mi lado.

¿Qué estás haciendo? ¿Qué narices te pasa? ¿Qué estás...?

Me agarró las caderas con ambas manos, me levantó y entonces su boca estaba sobre mí, haciéndome olvidar todas las preguntas, los nervios, el pánico. El aire abandonó mis pulmones cuando su lengua cortó por el mismísimo centro de mí. No fue como la última vez, la única vez. No hubo una exploración lenta y seductora para guiarme hacia ese acto perverso. Esta

vez, me *devoró*, atrapó la piel con su boca y se zambulló en la calidez y la humedad con firmes y decididos lametazos de su lengua. Se alimentó de mí como si fuese el más dulce de los néctares, la fuente de la misma fuerza vital que necesitaba. Me consumió.

Grité al tiempo que sacudía la cabeza hacia atrás, perdida en las potentes sensaciones. Mi cuerpo se movía por voluntad propia. O eso intentaba. Casteel me sujetaba con fuerza y no había manera de resistirse a ese asalto pecaminoso, de escapar de él, ni aunque hubiese querido. Un calor feroz se acumuló en mi interior, se retorcía y apretaba mientras cada célula de mi ser parecía concentrarse en donde estaba él. Arqueé la espalda, aferrada a las sábanas que vestían la cama. Sus labios se movían contra mí, su lengua dentro de mí, y el afilado roce de sus dientes arañó el haz de nervios. La sensación reverberó en la marca cicatrizada del mordisco en mi cuello. Fue demasiado. Grité mientras me hacía añicos, rota en mil pedazos de placer envueltos en satén, al tiempo que una intensa y aturdidora liberación rodaba a través de mí en olas ondulantes.

Seguía temblando cuando noté que levantaba la cabeza. Parpadeé varias veces hasta conseguir abrir los ojos, aturdida. Bajé la barbilla y el poco aire que había entrado en mis pulmones me abandonó de golpe.

Casteel tenía ahora los ojos negros como el carbón, ni ápice de ámbar por ninguna parte, pero no eran vacíos y fríos como los de los Ascendidos. Eran insondables y calientes, pero igual de desconcertantes de mirar. Sus labios relucientes se entreabrieron...

La puerta de una terraza de abrió de golpe y una ráfaga de viento entró en la habitación y sopló por encima de la cama cuando Kieran irrumpió por ella, una mano sobre la empuñadura de su espada.

Se paró en seco y sus cejas treparon por su frente. No tenía ni idea de lo que veía ni cuánto ocultaba el cuerpo de Casteel, pues las cortinas estaban abiertas ahora.

—Te oí gritar —dijo Kieran a modo de explicación—. Es obvio que interpreté mal la situación.

No había tiempo de sentir el ardor de la vergüenza. La cabeza de Casteel voló en dirección a Kieran y un violento rugido de advertencia enfrió todo el calor lánguido de mi cuerpo. Era un sonido muy diferente al que yo había oído de él, incluso recién despertado. Este prometía una muerte sangrienta.

—Mierda —musitó Kieran, sus pálidos ojos azules muy abiertos al ver al atlantiano—. Cas, hermano, te advertí de que esto iba a ocurrir.

No tenía ni idea de qué era lo que Kieran le había advertido a Casteel, pero vi cómo tensaba sus músculos, cómo se preparaba, y mi don... o, Dios mío, mi don seguía abierto, seguía conectado a él. Lo que sentí me aterró. La punzada ácida de la ira mezclada con un sabor chamuscado desconocido para mí; pero fuese lo que fuese, era lo bastante malo como para que temiera por la vida de Kieran.

Y no estaba del todo segura de cuándo me había empezado a importar si el *wolven* vivía o moría, pero su muerte sería... sería otra muerte innecesaria. Y yo no quería eso.

—Casteel —intenté, con la esperanza de que eso llamara su atención, y no una de tipo asesino.

Dio la impresión de que no me oía. Bajó la barbilla aún más y sus dedos resbalaron de mis caderas. Con un gruñido, enseñó los dientes.

—Espero que me estés escuchando, Poppy —dijo Kieran, la voz baja y de una calma increíble mientras soltaba la empuñadura de su espada—. Cuando se abalance sobre mí, quiero que eches a correr. Ve a la zona cercana a los establos. Tendrá unas puertas de doble hoja. Encuentra a Naill o a Delano. Prepárate.

¿Que me preparara? ¿Esperaba que huyera? Aparte del hecho de que rara vez corría en busca de ayuda, dudaba mucho de que pudiera llegar hasta la puerta siquiera.

—Casteel —intenté de nuevo, y cuando sentí el poder tensarse en su interior, hice lo único que se me ocurrió. Utilizar mi don. Estiré el brazo y puse mi mano sobre su brazo. Pensé en todas las sensaciones maravillosas que había sentido en la vida. Pasear por la playa con mi madre de una mano y mi padre de la otra, con Ian bailando delante de nosotros, dando patadas a la arena. Envié eso a través de la conexión, a través del contacto de mi piel con la suya, usando la misma técnica que usaba para proporcionar un alivio temporal del dolor. No supe por qué dije lo que dije a continuación, aparte de que necesitaba hacerlo—. No pasa nada, Hawke.

Todo su cuerpo dio una sacudida como si una mano invisible lo hubiese agarrado del hombro y hubiese tirado. Su pecho subió y bajó en jadeos rápidos, su espalda se arqueó y sus manos aterrizaron a ambos lados de mis caderas. No se movió. Tardó un buen rato, pero poco a poco, a través de mis habilidades, dejé de sentir el sabor a quemado en la boca y sentí algo por debajo del hambre... un ciclón de vergüenza y tristeza.

Muy despacio, levantó la cabeza y abrió los ojos. Solté una bocanada de aire temblorosa. Eran de color ámbar, lo único negro eran sus pupilas. Me

miró y un largo momento se estiró entre nosotros. Tragué saliva y aparté la mano cuando él bajó la vista.

—Miel —susurró Casteel. Agarró ambas mitades de mi camisón y las cerró por encima de mis caderas y muslos. Sus manos se demoraron un poco ahí y un débil temblor discurrió por ellas cuando levantó los ojos hacia los míos una vez más—. Lo siento.

Y entonces se levantó de la cama y salió por las puertas de la terraza, por delante de Kieran, sin decir una palabra más.

Capítulo 23



La luz del sol entraba a raudales por las puertas de la terraza y, durante unos instantes, todo lo que pude hacer fue quedarme ahí sentada y mirar la puerta abierta. No podía creer lo que había sucedido, desde el momento en que me había despertado toda enredada con él, hasta que se había marchado del dormitorio. Lo que le había ocurrido me confundía. Y mis acciones, lo que había hecho y permitido, me dejaban alucinada y aturdida.

Casteel había perdido la cabeza.

Y yo había perdido *mi* cabeza.

Kieran cerró la puerta, lo cual interrumpió la entrada del aire de aroma dulzón y me sacó a mí de mis pensamientos. Mis ojos volaron hacia donde estaba de pie al lado de la chimenea. Las llamas se habían apaciguado, ahora que el viento no las avivaba.

- —¿Te ha hecho daño?
- —¿Qué? —Mi voz sonó ronca y parpadeé varias veces.
- —¿Te ha hecho daño, Penellaphe? —repitió Kieran, la voz más suave.
- —No. Él... —Me miré las piernas desnudas. No me había hecho daño. Podría, y ni siquiera estaba segura de que no hubiese querido, pero había hecho lo más lejos de hacerme daño. Estiré la mano hacia la manta y la subí hasta mi cintura.

Un músculo se tensó en la mandíbula de Kieran.

- —¿Te ha forzado?
- —Dios, no. —Retiré el pelo de mi cara y de pronto vi el cuchillo. Estaba donde lo había dejado caer sobre la cama. Casteel no había forzado nada y la verdad era que hubiese podido interrumpir lo que había pasado en cualquier momento si hubiese querido. Hubiese podido herirlo lo suficiente para

intentar escapar. Pero no lo había hecho porque... había *querido* que pasara. Me había despertado queriendo eso. Y no sabía si Casteel había percibido mi deseo a través de lo que fuese que tenía las garras clavadas en él, pero aun así, eso es lo que yo había querido.

A él.

Busqué remordimientos o vergüenza, cualquier cosa que demostrara que me arrepentía de lo que había ocurrido, pero no encontré nada. Como antes, solo había una enorme confusión e irritación conmigo misma porque sabía bien que no debía permitir esto, sabía que cosas como esta solo ayudaban a que me enamorara más y más de él. Hacía no demasiado tiempo, le había dicho que una cosa como esta no volvería a suceder jamás, y había demostrado que no podía confiar en mí misma para hacer buenas elecciones en mi vida. No una ni dos, sino tres veces. La despensa. La pesadilla. Y ahora esto. ¿Cómo podía desearlo tanto como para que no me importara lo que hacía o quién era? ¿O lo que podría hacerme?

—¿Qué ocurrió? —preguntó Kieran.

Tardé unos segundos en ordenar mis pensamientos.

—Se despertó y parecía que no me reconocía. Gruñía y sus ojos estaban negros como el carbón. —Ahí me dejé bastantes cosas en el tintero mientras miraba a Kieran, aunque estaba segura de que ya tenía una muy buena idea de lo que había pasado—. Sus ojos me recordaron a los de un Ascendido. ¿Va…? ¿Se pondrá bien?

El rostro de Kieran estaba totalmente inexpresivo, a pesar de lo que acababa de suceder.

- —Debería, una vez que se enfríe.
- —¿Se enfríe? Creo que necesita más que eso. —Eché un vistazo hacia la puerta—. Estaba a punto de atacarte.
- —En ese momento, me vio como un desafío. —Hizo una pausa—. Una amenaza.
 - —¿Para quién? ¿Para él?
 - —Para ti.

Mi corazón dio un vuelco.

—Eso no tiene sentido.

Kieran cruzó los brazos delante de su ancho pecho.

- —En las circunstancias adecuadas o, supongo, en circunstancias *extremas*, los de su especie pueden volverse bastante posesivos.
 - —¿Con qué? ¿Con sus comidas?
 - —¿Te ha mordido?

—¿Aparte de la primera vez? —Me resistí a la tentación de tocar la marca casi desaparecida de mi cuello—. No.

Algo parecido a la desilusión destelló por su cara y, sin pensarlo, abrí mi don y me estiré hacia él. Ya habría tiempo más tarde para sentirme culpable por cotillear cuando no parecía exactamente necesario. Lo que sentí no fue como imaginaba que sabría la desilusión. Esto era denso y empalagoso, me recordaba a una crema demasiado espesa. *Preocupación*. Estaba preocupado. Retiré mis sentidos.

- —¿Qué le pasaba? —pregunté, aunque sospechaba que ya conocía la respuesta. Kieran me miró durante unos instantes.
- —Se pondrá bien. Aunque te sugiero que aproveches este tiempo para prepararte antes de que vuelva.

Sentí un arrebato de frustración y entorné los ojos.

—Gracias por la sugerencia, pero no has contestado a mi pregunta. Dijiste que le habías advertido. ¿Sobre qué?

Kieran no dijo nada.

Puesto que nunca era capaz de permanecer sentada cuando la ira empezaba a bombear por mi sangre, agarré la daga, retiré la manta y me puse en pie. Kieran arqueó una ceja en mi dirección.

- —¿Piensas usar eso?
- —¿Por qué todo el mundo cree que lo voy a apuñalar cuando agarro cualquier cosa que no sea roma?
- —Bueno —repuso Kieran inexpresivo—, es verdad que tienes costumbre de hacer exactamente eso.

Empecé a discutir, pero enseguida me di cuenta de que, por desgracia, tenía cierta razón.

—Solo cuando es merecido. —Dejé la daga sobre la mesita de madera—. Y no es culpa mía que algunos de vosotros os merezcáis ser apuñalados. Repetidas veces.

Inclinó la cabeza, como si estuviera de acuerdo con lo que había dicho.

- —No deberías preocuparte por él...
- —Y tú deberías responder a mis preguntas. —Me giré hacia él—. Está claro que le pasaba algo. Había perdido el control y percibí su hambre. Estaba muerto de hambre.
- —¿O sea que utilizaste tus habilidades? —Esbozó una leve sonrisa—. Me alegro de que siguieras mi consejo.

Puse los ojos en blanco.

- —Sé que los atlantianos tienen que alimentarse de otros atlantianos. Me contó que no necesitan sangre de un mortal, sino de alguien de su propia especie. Que tienen que alimentarse, pero nunca dijo por qué. Puede que no sea una erudita en temas atlantianos, pero deduzco que lo de los ojos negros y que estuviera dispuesto a arrancarte la cabeza de un mordisco son un par de las razones por las que los atlantianos necesitan alimentarse, ¿es así?
- —Los ojos negros, sí. Pero lo de querer arrancarme la cabeza de un mordisco es probable que tenga más que ver con cualesquiera actividades matutinas a las que os estuvierais dedicando.

Me puse roja como un tomate y me costó un esfuerzo supremo ignorar su comentario.

- —Tiene que alimentarse... —Pensé en lo ocurrido hacía un par de días, después del ataque del clan de los Huesos Muertos—. ¡Por eso miraba mi brazo de ese modo en el bosque! Cuando le preguntaste si estaba bien. Ya tenía hambre entonces. Por eso estaba... todo gruñón y quería arrancarte la cabeza de un bocado.
- —Es parte de la razón. Sí. —Kieran apartó la mirada, se mordió el labio de abajo. Pasaron unos largos momentos de silencio—. Necesita alimentarse. Noté que se estaba acercando al borde, pero no está a punto de caer al abismo. No está tan cerca.

Eso me inquietó.

—¿Cómo puede no estar cerca? No te reconoció, y a mí tampoco.

Sus ojos volvieron hacia los míos.

—Si estuviese más cerca del borde, me habría arrancado la cabeza y tú estarías Ascendiendo mientras hablamos, esté prohibido o no lo esté. O estarías muerta. Si estuviese demasiado cerca del borde, una gota de tu sangre lo hubiese hecho caer a ese abismo. Lo más probable es que tú hubieras muerto y luego, cuando se diera cuenta de lo que había hecho, habría... ni siquiera quiero pensar en lo que habría hecho.

Aspiré una brusca bocanada de aire, sin tener muy claro cuál de esas dos opciones era peor. Bueno, que a Kieran le arrancara la cabeza sonaba mucho más doloroso y... macabro que lo que me hubiera ocurrido a mí.

Si Casteel hubiese estado demasiado cerca del borde y se hubiese alimentado y luego hubiese acabado convirtiéndome, me convertiría en... una Ascendida. Incapaz de controlar mi sed de sangre. Incapaz de caminar al sol. Virtualmente inmortal. Pero ¿qué tipo de vida era esa?

Aunque, ¿qué tipo de vida podía tener siquiera con Casteel? Para cuando yo estuviese vieja y canosa, él tendría el mismo aspecto que ahora. Joven.

Vital. Sería...

Espera. ¿Por qué estaba pensando siquiera en un futuro, en nuestro futuro, cuando en realidad no había ningún futuro? A lo mejor era verdad que había perdido la cabeza. Pensé que tenía que sentarme.

- —Si esto era él no cerca del borde, entonces no creo que quiera verlo al borde.
- —No, no quieres. —Kieran echó la cabeza atrás para apoyarla contra la pared—. ¿Se despertó de forma natural o lo despertó algo?

Pensé en lo que había estado haciendo antes de que se despertara, con lo que había estado fantaseando, y me alegré de que Kieran no me estuviese mirando.

- —Creo que lo desperté yo. Me moví y ahí fue cuando... como que se abalanzó sobre mí.
- —Eso tiene sentido —murmuró. Cerró los ojos—. No me gusta hablar de él... de este tipo de cosas. Si se enterara de que lo estoy haciendo, es probable que me arrancara la cabeza *de verdad*. Me lo merecería, porque hay cosas que solo él debería tener permitido repetir. Pero creo que debes saber esto, aunque no estoy seguro de que sea correcto contártelo a ti.
- —¿Por qué no iba a serlo? —pregunté. No era como si fuese yo la que andaba por ahí secuestrando gente. Ese era Casteel.
- —Porque es algo que solo deberían saber los amigos íntimos y los seres queridos, y tú no eres ninguna de las dos cosas.

Bueno, en eso tenía cierta razón. Pero ya sabía lo que Kieran no consideraba correcto compartir conmigo.

—Me contó que tenía pesadillas y que, a veces, cuando se despertaba, no sabía dónde estaba.

En otra situación, me hubiese reído al ver a Kieran tan sorprendido. Pero nada de esto tenía gracia.

—¿Te lo contó?

Asentí.

—Tuve una pesadilla... suelo tener pesadillas horribles. El caso es que después de que una de ellas lo despertara, me habló de las suyas.

La expresión de Kieran se suavizó.

—Sí. Tiene pesadillas. Ya sabes lo que le hicieron cuando los Ascendidos lo tenían cautivo. A veces, se encuentra de vuelta ahí, enjaulado y utilizado, sin ser dueño ni de su sangre ni de su cuerpo.

Esta vez me senté antes de pensarlo siquiera, aunque no me sorprendí de encontrarme ahí. El peso de sus palabras me habían llevado ahí, y el recuerdo

de la agonía y el horror de lo que Casteel había sufrido me mantuvo ahí.

—Cuando tiene esas pesadillas de las que te habló y algo lo despierta, a veces se queda atascado en esa locura —continuó Kieran. Y si alguien sabía cómo podía ser que una pesadilla pareciera tan real, esa era yo—. Y si no se ha alimentado, puede transformarse un poco en el animal en que lo convirtieron.

Un monstruo.

Me estremecí y cerré los ojos. ¿Qué había dicho cuando lo llamé monstruo? *No nací así. Me* hicieron *así*. Pero no lo era. Me dolió el corazón con la misma intensidad que cuando Casteel me había hablado de su cautiverio.

Solté una temblorosa bocanada de aire y abrí los ojos para encontrar a Kieran observándome.

- —No es un animal —dije, y no estaba segura de por qué, pero necesitaba decirlo—. No sé lo que es, pero no es eso. No es un monstruo.
- —No, no lo es. —Ladeó la cabeza—. Creo que te hubiera gustado si lo hubieses conocido antes de todo esto.

Incómoda por lo mucho que hubiese preferido eso, crucé un brazo por encima de mi cintura.

Una sonrisa triste se formó en el rostro de Kieran, casi como si supiera lo que estaba pensando.

—Supongo que muchas cosas hubiesen sido diferentes.

Asentí despacio e hice un esfuerzo por salir del pozo de aflicción que era como una caverna en mi pecho.

—¿Por qué no se ha alimentado? Había atlantianos en la fortaleza, ¿no? Hay atlantianos aquí.

Kieran asintió.

- —Hay muchos de los que podría haberse alimentado, pero no lo ha hecho.
- —¿Por qué? ¿Por qué dejarse llegar hasta este punto?

Arqueó una ceja.

—Esa es la pregunta del millón, ¿no crees?



Mi pregunta del millón no tenía respuesta y me atormentó mientras me lavaba y vestía con los pantalones holgados y la túnica verde oscuro que había estado en el fardo que Quentyn me había dado. Había otras preguntas sin

respuesta que también me inquietaban. ¿Por qué no se había alimentado Casteel? ¿Eran las pesadillas también responsables en parte de la desoladora tristeza que siempre acarreaba? Si esto era él no demasiado cerca del borde, ¿cómo era cuando estaba en el borde? ¿Qué habría pasado si no se hubiese... bueno, alimentado de mí de manera diferente?

¿Y por qué demonios le había permitido hacerlo, cuando estaba claro que había perdido la cabeza? ¿Y *por qué* había hecho eso? ¿La sed de sangre incitaba a ese tipo de acciones? ¿O fue porque había sentido mi excitación? Me ardían las mejillas y no estaba segura de querer conocer la respuesta a esa pregunta.

Fuera como fuese, había estado equivocada cuando dije que no tenía instintos suicidas. Porque ¿qué habría pasado si de verdad hubiese estado en ese borde y hubiese utilizado esa boca para otra cosa?

Se me cayó el alma a los pies mientras pasaba un cepillo por mi pelo enredado. A la suave luz de la lámpara de aceite, los mechones me recordaban más a un vino de tono rubí que a un fuego abrasador, como a menudo se veían a la luz del sol. Incliné la cabeza hacia un lado. Las marcas del mordisco ya no eran visibles, pero me dejé el pelo suelto de todos modos y luego volví al dormitorio.

Kieran estaba al lado de las puertas de la terraza, mirando hacia fuera. No me sorprendió demasiado ver que seguía ahí.

—¿Te ha tocado estar de niñera? Acepté lo del matrimonio —dije, mientras recogía la vaina para el cuchillo que llevaba siempre pegado al muslo. La palabra *matrimonio* todavía sonaba extraña en mi lengua—. No voy a huir.

Se volvió hacia mí.

- —Estaba esperando a ver si querías desayunar algo.
- —Oh. —Deslicé la daga de *wolven* en la funda y luego enderecé el borde de la túnica. La parte de arriba era más ceñida de lo que estaba acostumbrada, pero estaba limpia. Eché una mirada hacia la puerta—. ¿Deberíamos… deberíamos esperar a Casteel?
- —Eso no será necesario —dijo, volviéndose hacia mí—. Nos encontrará cuando esté preparado.

Me mordisqueé el labio de abajo. No parecía correcto marcharse cuando él estaba... bueno, pasando por lo que fuese que estaba pasando. También me resultaba extraño estar tan preocupada por él.

—¿Tienes hambre ahora mismo? —preguntó Kieran, atrayendo mi atención de vuelta a él—. ¿O prefieres ver la bahía?

- —La bahía —elegí, consciente de que todavía tenía el estómago demasiado apretado para comer algo.
 - —Bien. —Kieran dio media vuelta y abrió la puerta.

Nos recibió un aire más cálido de lo que había esperado cuando salimos afuera y cruzamos el patio. En cuestión de segundos, ya me había remangado la túnica.

- —No esperaba que esto fuese tan agradable. El clima, quiero decir.
- —Después de Carsodonia, estamos en la parte más septentrional de Solis. De noche refresca, sobre todo cuando cambiamos de estación, pero los días son siempre agradables.
- —Igual que en la capital. —Eché la cabeza atrás y dejé que el sol bañara mi cara mientras oía el sonido de risas y voces lejanas procedentes de lo que supuse que era más allá de la fortaleza—. ¿Estuviste en la capital con Casteel?
- —Durante un tiempo, sí. No era un gran fan que se diga —añadió y le lancé una mirada inquisitiva, una ceja arqueada. Él encogió un hombro—. Demasiados Ascendidos. Demasiada gente apelotonada.
- —¿No hay demasiada gente apelotonada en Atlantia? —pregunté mientras pasábamos por al lado de una pared de piedra medio desmoronada. Las aguas negras de la bahía de Stygian centelleaban como charcos de obsidiana, quietas e interminables. Continuaban hasta donde alcanzaba la vista y desaparecían en el horizonte.
- —Todavía no, pero si seguimos creciendo, nuestras ciudades estarán igual de abarrotadas.

Al llegar a la cima de una pequeña colina, me di la vuelta, incapaz de ver nada más allá de los muros de la fortaleza.

—Pero tenéis Spessa's End.

Kieran asintió, aunque yo todavía no podía creer que hubiera nada aquí. Emprendí el descenso de la colina y la hierba dio paso a arena. No noté ningún olor a humedad a medida que nos acercábamos a los muelles rotos que brotaban del agua como dedos descompuestos. El aire olía a lavanda, excepto que no vi ni una de esas plantas de puntas moradas. Contemplé esas aguas sin vida, color medianoche, y me pregunté cuándo se despertaría el dios que dormía dentro de la bahía, o si lo haría alguna vez. Si lo hacía, ¿qué pensaría el dios del hombre común y los finales del mundo que había dejado atrás, de lo que se les estaba haciendo a los mortales de los que él se ocupaba cuando morían?

Bajé la vista y sentí un repentino impulso.

- —Hace años que no siento arena debajo de los pies.
- —Supongo que ahora es tan buen momento como cualquier otro para sentirla de nuevo.

Su respuesta seca no me desanimó, así que me quité las botas y los calcetines. Una sonrisa tironeó de mis labios mientras meneaba los dedos de los pies en la áspera arena caliente. Kieran soltó un resoplido.

—Malik solía hacer lo mismo en cuanto llegaba a la arena. Se quitaba los zapatos para poder sentirla bajo sus pies.

Una pesadumbre se instaló sobre mí mientras caminaba hacia la bahía, tras dejar los zapatos y los calcetines en un montoncito.

—¿Cómo era Malik? Quiero decir, ¿cómo es?

Kieran me siguió, unos pasos por detrás de mí. Se quedó callado un rato.

- —Era amable y generoso, pero también un bromista malicioso. Casteel siempre fue mucho más serio. —Se reunió conmigo—. Cas era el hermano que hubieses pensado que estaban formando desde su nacimiento para ser rey.
- ¿Casteel era el serio? Eso me sorprendió más que el hecho de que un dios durmiera en la bahía. Mis pensamientos debían estar bien visibles en mi cara, porque Kieran continuó.
- —La forma en que actúa Casteel contigo… las bromas y tanto intentar sacarte de tus casillas… así no es como se comporta con la mayoría de la gente.
 - —¿O sea que es una actuación?
- —No. Es solo que Casteel se muestra más... vivo cuando está contigo aclaró, y yo... me quedé tan boquiabierta que pensé que mi mandíbula llegaría a la arena—. Y Malik era la vida y el alma de la familia —prosiguió Kieran. Recogí mi mandíbula del suelo—. Y el verbo en pasado es correcto. Aunque todavía viva, no será quien solía ser.
- —Pero tendrá a su familia para ayudarlo a recordar. A sus padres, a
 Casteel, a ti —razoné—. Todos vosotros podéis ayudarlo a recordar quién era.
 —Kieran no respondió. Lo miré—. ¿Crees... crees que sigue vivo?
- —Tiene que estarlo. Aunque los *vamprys* hayan estado capturando atlantianos todos estos años, de sangre pura o mestizos, no dejarían morir al príncipe. Con él, hace falta mucha menos sangre para completar la Ascensión. Es un premio demasiado grande para dejar que se marchite y muera.

Con el estómago revuelto, cerré los ojos unos instantes. Aunque gran parte de mí esperaba que aún viviera, una parte pequeña casi deseaba que no fuera así. Fuese cual fuese la existencia que tenía bajo el control de los Ascendidos, eso no era vida.

La pregunta que ya estaba contestada volvió a la superficie de nuevo. ¿Cómo podía el mundo permitir que los Ascendidos continuaran existiendo? No podía.

Si Casteel y yo teníamos éxito, ¿de verdad me contentaría con pasar el resto de mi vida escondida en alguna parte mientras los Ascendidos seguían gobernando a la gente de Solis a base de infundirles miedo? ¿Robando a sus hijos y quién sabe cuánta gente más? Si el rey y la reina vivían o morían, ¿no se limitarían los Ascendidos a encontrar otro atlantiano para continuar creando más Ascendidos, aunque estuviese prohibido?

Casteel quería evitar la guerra, pero ¿cómo podía nadie estar seguro de que los Regios cambiarían, que no buscarían volver a como eran las cosas?

Kieran se movió un poco para mirar hacia atrás. Seguí la dirección de su mirada y tuve que guiñar los ojos para ver a las tres o cuatro personas que pasaron por al lado de las paredes medio derruidas, su ropa tenía un vibrante surtido de dorados y azules.

- —¿Quiénes son?
- —No estoy del todo seguro —respondió Kieran. Se giró de nuevo hacia delante—. En cualquier caso, la mayoría de las personas que están aquí son Descendentes mayores, atlantianos y *wolven*.

Los observé hasta que ya no pude verlos. Se me hicieron varios nuditos en el estómago. ¿Cómo responderían a mí? ¿Se mostrarían amistosos y extrovertidos como Elijah y Alastir, o serían como el resto?

—Casteel y yo vinimos aquí una vez cuando éramos más jóvenes, antes de que la ciudad fuese arrasada —me contó Kieran, captando mi atención—. Fue una de las primeras veces que salíamos de Atlantia. Malik venía con nosotros, y la gente que vivía aquí, los medio atlantianos o sus seguidores sabían quiénes éramos y se comportaron como si Rhain en persona hubiese surgido de la bahía.

No uno sino dos príncipes entre ellos debieron de causar cierto revuelo.

—Un montón de gente se reunió en las orillas de la bahía. —Guiñó los ojos como si tratara de ver lo que una vez hubo ahí—. Una niña pequeña resbaló en el dique y cayó al agua. Hubo pánico e impotencia mientras todos miraban desde el borde.

Me senté a poco más de un metro del borde del agua.

—¿Nadie saltó tras ella?

Kieran negó con la cabeza.

—Ningún mortal entra en estas aguas y regresa. La gente creía que los centinelas de Rhain capturarían a cualquiera que se atreviera a hacerlo, los

agarraría de los tobillos y los arrastraría al fondo. —Un lado de sus labios se curvó en una sonrisa irónica mientras se sentaba a mi lado—. Pero Cas sí que se metió. No se lo pensó dos veces. Se zambulló sin más, aunque la niña se había sumergido y no había vuelto a salir a la superficie.

- —¿La encontró? —pregunté. Me giré otra vez hacia la bahía.
- —Así fue. La llevó de vuelta a la orilla donde Malik y... —Respiró hondo y estiró una pierna hacia delante—... uno de nuestros amigos pudieron sacarle el agua de los pulmones. La niña respiró. Vivió. Y los que no sabían lo que eran Malik y Cas, quedaron convencidos de que eran dioses.

Me alegré de saber que la niña había sobrevivido y deseé que lo que le ocurrió a esta ciudad sucediese mucho después de su época. Pero mi cerebro se había quedado atascado en algo. Kieran casi había dicho el nombre de uno de sus *amigos* y creí saber quién era.

- —¿Era Shea la que vino aquí con vosotros?
- —¿Qué? —Kieran giró la cabeza hacia mí con brusquedad—. ¿Cómo sabes su nombre? —Entornó los ojos y, antes de que pudiera contestar, musitó—. Alastir.
- —Me habló de ella —confirmé, tras asentir—. Me dijo que Casteel estuvo comprometido con su hija.
 - —Alastir no debería haber dicho nada —dijo, muy serio.
- —¿Por qué? Era su hija —argumenté—. Él también la perdió y, antes de que te enfades con él, me comentó que ni siquiera debería haber sacado el tema. No le he dicho nada a Casteel. —Bueno, eso era más o menos verdad.
 - —Pero, como es obvio, tienes preguntas.
- —Pues sí —admití. Kieran sacudió la cabeza despacio, los ojos fijos en la bahía.
- —No me estás pidiendo consejo, pero te lo voy a dar de todos modos. Y esta vez, espero que me escuches de verdad. —Sus ojos color hielo se clavaron en los míos—. No saques el tema de Shea con Cas. Es algo que no quieres revivir con él. Jamás.

Arqueé las cejas, inquisitiva.

- —Pero ella es parte de él y...
- —¿Y a ti qué más te da? —me retó—. Este matrimonio va a ser solo temporal, ¿verdad? ¿Por qué necesitas saber nada sobre los que dieron forma a la persona que es hoy? Ese tipo de conocimientos están reservados a aquellos que tienen planes de futuro.

Cerré la boca mientras la frustración bullía en mi interior. Kieran tenía razón, pero...

Suspiré y miré hacia atrás, donde pude ver solo los muros más altos de la fortaleza. ¿Se habría enfriado ya Casteel?

—¿Estás seguro de que estará bien?

Kieran ladeó la cabeza para mirarme con atención.

- —¿Quieres una respuesta sincera o una que haga que esto sea más fácil para ti?
- —Hace un rato dijiste que estaría bien —señalé, mientras el miedo se avivaba en mi interior.
 - —Y así es. —Hizo una pausa—. Por el momento.
 - —¿Y eso qué se supone que significa?
- —Significa que estará bien durante un poco más de tiempo, pero necesita alimentarse. Lo ha demorado demasiado.

El miedo bombeó a través de mí, vivito y coleando.

- —¿Cuándo fue la última vez que se alimentó?
- —No estoy seguro, pero tuvo que ser cuando estuvimos en Masadonia.
 Se pasó una mano por la cabeza y luego la bajó. Volvió a contemplar el agua
 —. Por lo general, puede pasar semanas sin alimentarse, pero te ha dado sangre dos veces, y luego lo hirieron. Eso lo ha llevado más cerca del borde.
 - —La última vez no tenía que darme su sangre.

Giró la cabeza hacia mí.

—Lo sé. Le dije que no lo hiciera, pero lo hizo de todos modos. No quería verte sufrir.

Aspiré una bocanada de aire insuficiente.

- —Y ahora es él el que sufre debido a eso. ¿Por mi culpa?
- —No es por tu culpa, Penellaphe. Fue elección suya. Igual que ha sido su propia elección no alimentarse.
- —Eso todavía no lo pillo. —Frustrada, agarré un puñado de arena—. ¿Por qué querría hacerse esto a sí mismo? Sentí su hambre, Kieran. Era intensa y, cuanto más tiempo pase, solo empeorará...
 - —Y el riesgo para ti será cada vez mayor.

Me quedé quieta, aunque mi corazón latía desbocado.

- —Creía que él era la única persona con la que estaba a salvo. ¿No es eso lo que dijiste?
- —Sí, y así es, pero cuando un atlantiano no se alimenta, no está a salvo nadie. Ni siquiera las personas que le importan o incluso a las que ama.

Me quedé sin aire de un plumazo. ¿Amar?

—Yo no le importo.

Kieran me miró sin parpadear.

—Si creer eso te ayuda, entonces no te cortes, adelante. Pero eso no significa que sea verdad.

Lo fulminé con la mirada.

- —Y solo porque tú sueltes afirmaciones vagas no significa que lo que sea que quieras decir sea verdad.
- —Te dio su sangre cuando no la necesitabas, solo para que no sintieras dolor cuando te despertases…
 - —¡Y para que no retrasara vuestra partida de New Haven!
- —Qué curioso entonces que no estuviéramos preparados para partir en cuanto despertaste —repuso—. Cosa que estás olvidando porque te interesa. —Cerré la boca de golpe—. Si ese fuera el caso, que no lo es, si no le importaras, no se hubiese preocupado por que estuvieras incómoda durante nuestros viajes, ¿no crees? Y si no le importaras, ya hubiese utilizado cien coacciones diferentes, fuesen lo temporales que fuesen, para tenerte controlada, algo que haría que la vida de todos nosotros fuera mucho más fácil.

Entorné los ojos con suspicacia.

—No iría a casarse contigo, arriesgándose a sufrir la ira no solo de todo su reino sino también de sus padres, quienes pronto descubrirás que son dos personas a las que *no* quieres enfadar si quieres tener una oportunidad de salir de esta con vida, libre de los Ascendidos y de él. Si eso es lo que eliges — continuó—. Pero lo más importante es que se hubiese atenido al plan que lleva años ideando y ya estaríamos a medio camino de Carsodonia para intercambiarte por su hermano. Y aun así, aquí estamos. Y la única razón para que esas cosas hayan cambiado es que una vez que te conoció, empezaste a importarle.

Quería que Kieran retirara esas palabras porque le hacían cosas a mi corazón y, aún peor, cosas peligrosas a mi mente.

- —Eres irritante —mascullé.
- —La verdad a menudo lo es. Pero ¿quieres saber una verdad aún más irritante?
 - —En realidad, no.
- —Mala suerte, porque necesitas saberlo. A él le importas tú en la misma medida que él te importa a ti, a pesar de las mentiras y la traición —declaró Kieran—. Esa es la razón de que, incluso cuando eras la Doncella, compartiste tus secretos con él y le dejaste hacer cosas que no le hubieses permitido a nadie más. Esa es la razón de que no hayas empleado esa daga atada a tu muslo esta mañana, aunque sabías bien cómo usarla contra un

atlantiano. Es la razón de que quieras saber más acerca de Shea. Es la razón de que, ahora mismo, estés preocupada por él. —Sus ojos centellearon de un azul intenso—. Y solo para que lo sepas, la única razón por la que yo no acabé con tu vida en el mismo momento en que me enteré que lo habías apuñalado en el corazón fue porque le importas. ¿Es esto lo bastante poco vago para ti, Penellaphe?

Abrí los labios para inspirar una temblorosa bocanada de aire. No quería oír lo que decía. No quería reconocer la verdad de sus palabras. Aceptarlas era... parecía algo irrevocable.

Porque el hecho de que Casteel me importara significaba más que solo desearlo. Significaba perdonar u olvidar sus mentiras y traiciones, y no sabía si eso estaba bien o mal. Porque el hecho de que yo le importara a él significaba más que solo un acuerdo o que fingir, y las implicaciones de todo eso eran... bueno, eran aterradoras por múltiples razones. Kieran podía estar equivocado. A Casteel podía importarle yo, pero no de una manera profunda. Mientras que yo... oh, por todos los dioses, yo ya sabía lo que significaba para mí que él me importara. Cosa que deseaba desesperadamente que no fuera el caso.

Significaba que había empezado a enamorarme de él cuando lo conocí, y que no había parado.

Pero más allá de eso, yo era la Doncella. Una persona a la que su gente, su familia, muy probablemente odiaría. Era solo medio atlantiana. Envejecería y moriría, mientras que él sería quien era hoy durante muchísimos años, y a mí me parecería una eternidad.

Me quedé mirando la arena. Me sentía más fuera de lugar ahora de lo que me había sentido desde que todo esto había empezado.

—La noche antes de enterarme de quién era él en realidad, ya había decidido que no podía seguir siendo la Doncella. No era solo por él. Quizás lo que sentía por él fuera el desencadenante para que me diera cuenta de que jamás podría vivir en la piel de la Doncella, pero quería quedarme con él — admití, la voz ronca, apenas más que un susurro—. Aunque creía que era un guardia real y que, básicamente, tendría que pasar a la clandestinidad conmigo, quería estar con él... quedarme con él de algún modo. Porque él me hacía sentir... Me hacía sentir que estaba *viva*. —Tragué saliva—. Sí que me importaba. Me importaba mucho.

—En aquel momento era tan Casteel como es Hawke ahora mismo —dijo Kieran en voz baja—. Y lo sabes. Solo que no estás preparada para aceptarlo.

Apreté los ojos unos instantes. Aun así, reconocer que me importaba podía provocar una reacción en cadena que no sería capaz de evitar. Hacerlo me daba la impresión de traicionar no solo a Vikter y a Rylan y a todos los que habían muerto por su culpa, sino también a mí misma. Parecía que perdonaba sus mentiras y sus fechorías. Que me siguiera importando significaba...

- —Que me siga importando solo me causaría sufrimiento —susurré, consciente de la verdad ahí y ahora: sí me importaba. Jamás había dejado de importarme. Y reconocerlo era como si me hubiese sumergido debajo de esas aguas negras.
- —No tiene por qué —me tranquilizó Kieran—. Pero aun así, a veces, el sufrimiento que viene con amar a alguien merece la pena, aunque amarla signifique tener que decirle adiós en algún momento.

La aspereza de su voz decía más que las palabras que había compartido.

- —Suenas como si tuvieras experiencia con el tema.
- —La tengo. —Se produjo un largo momento de silencio entre nosotros—. ¿Sabes lo que pasa cuando un atlantiano se enamora?

Sacudí la cabeza, aunque lo que quería era saber más acerca de esa persona a la que él había amado pero a la que tuvo que decirle adiós. Sin embargo, Kieran no me dio la oportunidad de preguntar.

—Encuentran repelente la idea de alimentarse de otra persona. Es demasiado íntimo para que se lo planteen siquiera. ¿Y si el compañero es mortal? Suele hacer falta que el mortal le demuestre al atlantiano que no pasa nada por que se alimente y, en algunos casos, el atlantiano se pierde en la oscuridad del hambre. Esa es la razón de que Casteel no se haya alimentado.

Mi corazón aporreaba contra mis costillas mientras me decía que ese no podía ser el caso con Casteel. Simplemente era imposible.

Kieran se quedó callado solo unos minutos.

—Cas me dijo una vez que le daba la impresión de que ya te conocía después de hablar contigo solo unas cuantas veces.

Meneé los dedos de los pies por la arena una vez más.

- —Sí, le pregunté sobre ello.
- —Esta es mi cara de sorpresa —murmuró Kieran y, cuando lo miré, su expresión era la misma de siempre: aburrida y con un toque de diversión.

Mis labios se curvaron un poco, a pesar de la demencia de nuestra conversación. Me volví otra vez hacia la centelleante agua color medianoche bañada por el sol.

—Me dijo que creía que era su sangre atlantiana que reconocía la mía.

—¿Y tú sentías lo mismo? Asentí.

- —¿Crees que es posible?
- —Es posible —dijo, después de pensarlo un momento—. Pero no creo que ese sea el caso. Creo que es algo más profundo que eso. Algo intangible, mucho más singular y fuerte que los linajes e incluso que los dioses. Algo lo bastante poderoso como para propiciar grandes cambios en el pasado.

Me puse tensa. Tenía la sensación de que no quería saber lo que pensaba. Que lo que fuese sería aún más doloroso que lo que ya me había contado. Daría voz a unas palabras que yo no sería capaz de controlar.

—Creo que sois corazones gemelos.

Capítulo 24



Corazones gemelos.

Kieran no especificó lo que eso significaba y yo no le pedí más información. Jamás había oído nada así y no quería empezar ahora.

Procesar la idea de que le importaba a Casteel ya era bastante complicado sin añadirle otro elemento intangible más.

Sin embargo, lo que había dicho Kieran, todo ello, rondó por mi cabeza durante el desayuno entero y le robó todo el sabor a la comida, mientras mis ojos no hacían más que pasear de vuelta hacia los estandartes blancos que colgaban de las paredes del comedor cada dos metros o así. En el centro de cada uno había un emblema bordado en oro, con la forma del sol y sus rayos. Y en el centro del sol había una espada en diagonal sobre una flecha.

Sabía que estaba mirando el escudo real atlantiano.

Comimos en una mesa estrecha, en un comedor que antaño servía a la gente de Spessa's End pero ahora estaba desierto excepto por Quentyn, que nos había traído los huevos, el beicon crujiente y los panecillos cuando llegamos. Charló un rato con Kieran, su energía de la víspera al parecer igual de intensa. Traté de concentrarme en la conversación, consciente de lo diferente que era la situación a la última vez que Kieran y yo compartimos comida. Quentyn no me ignoró ni me trató con una animadversión apenas contenida. Si sabía que en el pasado era la Doncella, no le importaba. Y eso fue, bueno... hubiese sido algo de lo que disfrutar, de no haberme dedicado a mirar todo el rato hacia atrás para ver si aparecía Casteel, o si mi mente no hubiese estado tan absorta en todo lo que había dicho Kieran.

No era capaz de digerir el hecho de que pudiera importarle a Casteel. Ni siquiera podía pensar en la revelación de que hacía tiempo que yo había superado la etapa de que él solo me importara. No tenía tiempo ni espacio suficiente para asimilar nada de eso ni lo que significaba.

Lo que no hacía más que dar vueltas y vueltas en mi mente era la realidad de que Casteel tenía que alimentarse y, si lo que Kieran había dicho era verdad, tenía que convencerlo para que lo hiciera con otra persona o... tendría que alimentarlo *yo*.

Aunque en realidad no había elección entre esas dos opciones. Naill y Delano sabían que era medio atlantiana, y si los otros, quienes fuese que estuvieran aquí, no lo sabían, se enterarían pronto. Que Casteel se alimentara de otra persona no serviría exactamente para convencer a nadie de nuestra intención de casarnos, ¿verdad?

Tendría que ser yo.

Me dio un vuelco al corazón mientras el bocado de beicon arañaba mi garganta según bajaba. ¿Me importaría hacerlo? Pensé en lo que había sentido la otra vez que me mordió. Tuve que echar mano del vaso de agua y me lo bebí casi de un trago. No iba a ser exactamente un sufrimiento. Sería...

Dios, sería intenso.

Nada parecido a cuando me había mordido lord Chaney. Nada parecido al mordisco de un Demonio.

- —Lo único que no me apetece es el viaje de vuelta a través de las montañas —dijo Quentyn. Eso me sacó de mi ensimismamiento. Cuando lo había visto a la brillante luz de los farolillos, había descubierto que era rubio; no casi albino como Delano, sino más... dorado. Era joven, delgado como un junco y ya era más alto que yo. Había una delicadeza en sus rasgos, una que llamaba la atención y la retenía. No me costó imaginar que la belleza de sus facciones solo iría en aumento a medida que se hiciera mayor. Sus ojos eran de un vibrante tono ámbar, igual que los de Casteel, pero curvados hacia arriba por los bordes exteriores, lo cual le daba un aspecto de estar siempre sonriendo.
- —Sí. A mí tampoco me apetece nada esa parte del viaje —convino Kieran.
- —¿Os referís a las montañas Skotos? —pregunté, mientras echaba un vistazo hacia las puertas por lo que tenía que ser la centésima vez desde que Kieran y yo nos habíamos sentado.

Quentyn me miró y asintió. La primera vez que me había visto, sus ojos se habían demorado en el lado izquierdo de mi rostro, pero eso fue todo. No había seguido mirando. Tampoco había apartado la vista a toda prisa, avergonzado. Vio las cicatrices y siguió con su vida, y yo lo agradecía.

—La neblina, tío. La *neblina*. Durante el día se dispersa un poco, pero ¿de noche? Apenas ves unos centímetros delante de ti.

Recordé lo que había dicho Kieran acerca de la larga cordillera montañosa.

- —¿Y eso es… magia atlantiana?
- —Sí. Está diseñada para desanimar a los viajeros. Les hace creer que hay Demonios en las montañas, pero no hay ninguno —explicó Kieran, al tiempo que miraba mi plato—. ¿Te vas a comer el resto del beicon?
 - —No. —Empujé el plato hacia él—. ¿Cómo funciona la magia atlantiana?
- —Esa es una pregunta complicada con una respuesta aún más enrevesada. —Kieran pescó una loncha de beicon de mi plato—. Y sé que te estás preparando para cien preguntas más. —Desde luego que sí—. Sin embargo, la respuesta más fácil es que la magia está vinculada a los dioses —dijo.

Vaya, pues eso solo hacía que tuviera más preguntas y me hizo pensar en el árbol del Bosque de Sangre, el presagio que había aparecido de la nada en New Haven.

- —Además —añadió Kieran entre bocado y bocado de beicon—, la neblina no es solo neblina. ¿Verdad, Quentyn?
- —No. —Los ojos del joven se abrieron más—. Es más como… un dispositivo de alarma.
- —Responde a los viajeros, incluso a los atlantianos, y la manera en que responde es diferente para cada uno. Los grupos grandes parecen dispararla.
 —Los dedos de Quentyn tamborileaban sin parar sobre la mesa—. Por eso nos desplazamos en grupos de no más de tres personas.

Todo eso sonaba... preocupante.

- —¿Y cruzar por la montaña es el único camino?
- —Así es, pero no te preocupes demasiado. —Quentyn sonrió—. No tuvimos demasiados problemas cuando la cruzamos para venir aquí. ¿Demasiados problemas?—. Lo cual me recuerda que puedo hacer algo más de beicon para cuando nos marchemos. —Se levantó de un salto—. Si queréis, claro.

Kieran hizo una pausa con la mitad de la segunda loncha dentro de la boca.

—Cuando de beicon se trata, la respuesta es siempre sí.

El joven atlantiano se rio mientras miraba hacia atrás. La puerta se abrió y se me subió el corazón a la garganta cuando mis ojos se deslizaron por los rostros de los hombres y mujeres que entraron. Mis hombros se hundieron un poco cuando no reconocí a ninguno. Había media docena.

—¿Tenéis hambre, tíos? —preguntó Quentyn desde donde estaba, y su oferta fue recibida con varias respuestas entusiastas. Dio media vuelta y se encogió de hombros—. Me gusta cocinar.

Y entonces, con un asentimiento en nuestra dirección, salió disparado hacia la zona de cocina.

Observé al grupo de recién llegados separarse en dos e instalarse en las mesas redondas cerca de la puerta. Todos ellos hicieron un gesto de saludo con la cabeza, pero ninguno se acercó. Una mujer de pelo oscuro giró la cabeza hacia nosotros. Tenía los ojos dorados. Atlantiana, pues. Igual que el hombre que nos observaba desde donde estaba sentado enfrente de ella.

Hice caso omiso del nervioso aleteo en mi estómago y les dediqué una sonrisa.

La mujer volvió a girarse hacia su mesa y el hombre miró a otro que tenía a su lado. Con un suspiro, me volví hacia Kieran.

- —¿Cuándo crees que nos vamos a ir?
- —Si Elijah consiguió sacar al siguiente grupo un día después de que nos marcháramos nosotros, es probable que tarden al menos dos días más. Como el grupo será más grande, no pueden viajar tan deprisa como nosotros. —Se limpió la película de grasa de los dedos con una servilleta—. Pero estamos a menos de medio día a caballo de las montañas, así que deberíamos llegar hasta ellas mañana por la tarde, lo cual nos permitirá cruzar hasta mitad de camino antes del anochecer. Y entonces estaremos en Atlantia.

Mi corazón se trastabilló. No me había dado cuenta de que estábamos tan cerca de lo que era, básicamente, una línea fronteriza extraoficial.

—¿Así sin más?

Esbozó una leve sonrisa mientras uno de los hombres más jóvenes con el pelo castaño claro inclinaba la cabeza hacia la mujer y le susurraba algo.

—Así sin más.

Me eché hacia atrás en mi silla y miré de reojo a la gente. Sus posturas parecían muy tiesas. Me mordí el labio por dentro, abrí mis sentidos y dejé que se expandieran. En cuanto me llegaron sus emociones de sabor agridulce, deseé de inmediato no haber dejado a mi don libre. La desconfianza y la animadversión solían ser difíciles de distinguir, pero en algunos casos iban unidas. Como ahora.

Tenían que saber quién era. Esa sería la única razón para que se sintieran de ese modo.

—Has estado más callada de lo que esperaba —comentó Kieran. Cerré mis sentidos y me encogí de hombros.

- —He estado pensando. —Lo cual no era del todo mentira. Había pensado en un montón de cosas durante el desayuno.
 - —Genial.

Le lancé una mirada significativa.

- —Por cierto, es todo culpa tuya.
- —Sí, supongo que debería haber mantenido la boca cerrada.
- —En parte desearía que lo hubieses hecho.
- —Pero no lo hice.
- —No. —Suspiré, mientras jugueteaba con la servilleta en la mesa—. ¿Dónde está?
 - —¿Quién?
 - —Como si no lo supieras. *Él* —mascullé, con la cabeza ladeada.
 - —Conozco a muchos eles.
 - —Eles no es una palabra —musité—. ¿Dónde está Casteel? ¿Estará...?
 - —¿Estará qué? —preguntó en voz baja cuando vio que no continuaba.
- —¿Y si no está bien? —Lo fulminé con la mirada—. Si estaba más cerca del borde de lo que tú creías… ¿y si está por ahí fuera, alimentándose de… gente aleatoria?
- —No hace demasiado que te conozco. —Sacudió la cabeza un poco y pensé que tal vez estuviese buscando paciencia—. Pero a veces, las cosas que tu mente conjura me preocupan.
 - —Creo que es una preocupación lícita —refunfuñé.
- —Supongo que se ha enfriado, se ha arreglado y estará hablando con gente. —Kieran me miró por el rabillo del ojo—. Me alegro de ver que reconoces que te importa y estás preguntando por su bienestar.

Empecé a decirle que eso no era lo que hacía, pero hubiese sido una mentira demasiado obvia. Kieran lo sabía. Yo lo sabía. Y en ese momento odiaba a todo el mundo, sobre todo a Kieran.

Entonces se me ocurrió algo y me di de bruces con un horror abyecto. No tenía ni idea de lo que le iba a decir acerca de esta mañana. No sobre lo de alimentarse y eso; sabía lo que tenía que hacer para que no se pusiera todo «ojos de Ascendido» conmigo otra vez. Pero ¿lo *otro*? ¿Podía limitarme a fingir que no había ocurrido?

Parecía un buen plan.

Dejé caer los hombros y cambié de tema.

- —¿Puedo preguntarte algo?
- —Me da la sensación de que aunque diga que no, lo vas a preguntar de todos modos.

Tenía razón. Eso era justo lo que haría. Hablé en voz superbaja.

—Casteel dijo que si me negaba a casarme, me dejaría ir. Que me llevaría a algún lugar seguro. ¿Decía la verdad?

Kieran me miró con las cejas arqueadas.

- —O sea que, básicamente, me estás pidiendo que lo traicione.
- —No te estoy pidiendo que... vale, sí.
- —No mentía —dijo Kieran después de un momento—. Si te hubieras negado, te habría dejado marchar. Pero dudo de que fueses a ser libre de él.
- —Si no fuese libre de él —empecé, las comisuras de mi boca curvadas hacia abajo—, ¿cómo me habría dejado marchar?

Kieran encogió un solo hombro.

—Esas dos cosas no son mutuamente excluyentes.

Fruncí el ceño aún más, pero luego sacudí la cabeza y miré hacia la puerta. Saber que no mentía significaba algo. Significaba mucho, porque Casteel haría *cualquier cosa* para recuperar a su hermano.

Excepto que no me obligaría a casarme con él para lograr lo que quería. No me utilizaría como rescate, y por primera vez desde que todo esto comenzara, me di cuenta de verdad de que sus planes para utilizarme habían cambiado mucho antes de que yo me percatara siquiera; era probable que antes de que *él mismo* se percatara. No era solo lo que él afirmaba o lo que había dicho Kieran. Era todo eso y las acciones del propio Casteel. Lo único que pasaba era que hasta entonces yo no había querido aceptarlo... ni verlo ni entenderlo. Porque aunque Casteel no era un monstruo, sí era capaz de hacer cosas monstruosas para obtener lo que quería. Pero yo estaba exenta. Él no era el tipo bueno... el salvador o el santo. Había matado para liberar a su hermano. Había utilizado a muchos otros, mortales y atlantianos por igual, para liberar a su hermano. Y seguiría haciéndolo. Para él, el fin justificaba los medios.

Pero Casteel había trazado una línea que no cruzaría.

Y esa línea era yo.

Reconocer eso de verdad era aterrador. Mi corazón ya se había desbocado y esa sensación de henchirme había regresado y llenaba mi pecho. Y eso me daba miedo. Ignorar y negar lo que sentía por él era más fácil cuando podía convencerme de que yo no era nada más que un peón, otro medio para justificar el fin.

Ahora, no había manera de ignorar o negar nada.

No sabía si eso significaba lo que había dicho Kieran, que éramos corazones gemelos, pero sí significaba algo. Lo que eso cambiaba para mí,

para nosotros, tampoco lo sabía.

Aspiré una bocanada de aire que no fue a ninguna parte. Me dio la impresión de que el suelo se movía, de que el mundo entero se movía debajo de mí, aunque estaba sentada.

- —Lo voy a hacer.
- —Casi me da miedo preguntar qué es lo que vas a hacer.

Crucé los brazos delante del pecho y puse los ojos en blanco.

- —Me voy a ofrecer... básicamente, como cena. Para Casteel especifiqué.
 - —¿Como cena?
- —Básicamente. —Eché una miradita a Kieran y vi que intentaba no reírse.
- —Solo una parte de mí está sorprendida, pero me siento aliviado. —Y sí me dio la sensación de que tenía los hombros menos encorvados—. Te necesita.



Acababa de volver a las habitaciones que nos habían asignado a Casteel y a mí, con la esperanza de que él hubiese regresado, cuando Alastir llamó a la puerta principal.

Lo dejé entrar mientras me decía que no debía estresarme por que Casteel no hubiese aparecido todavía. Tenía que estar bien... *más o menos*. Y todavía era bastante pronto por la mañana.

La ropa de Alastir era mucho más adecuada para este clima cálido que la mía. Llevaba solo una camisa blanca y sus habituales pantalones ceñidos. Yo estaba medio tentada de arrancar las mangas de mi túnica, a pesar de que las habitaciones permanecían frescas.

—No te voy a robar demasiado tiempo —dijo. Se sentó en el borde del sofá y retiró un mechón de pelo de su cara—. Solo quería ver cómo estás. Oí que tuvisteis un viaje mucho más movidito hasta aquí que yo.

Tomé asiento enfrente de él, en una de las mullidas butacas.

- —La mayor parte fue bastante poco movidito hasta que tuve el placer de conocer al clan de los Huesos Muertos, con experiencia de primera mano.
- —No podía creerlo cuando Casteel me contó que habían atacado a vuestro grupo —respondió, y la cantidad de alivio que sentí fue ridícula. Alastir tenía

que haber hablado con Casteel esta mañana—. Para ser sincero, pensaba que prácticamente se habían extinguido ya.

- —Bueno, desde luego que ahora tienen unos cuantos miembros menos. La imagen de Casteel tirando al hombre de los árboles llenó mi cabeza—. Todavía no puedo creer que los Ascendidos les hayan permitido vivir ahí afuera, o que no sepan de su existencia. —Miré a mi alrededor y sacudí la cabeza—. Parte de mí ni siquiera puede creer que no sepan de este lugar. Me sorprendí mucho cuando lo vi.
- —Solis es un reino poderoso, pero también es uno arrogante. No creo que hayan pensado ni una sola vez que Atlantia podría recuperar en silencio algunas de sus tierras.
 - —Casteel dijo una vez algo parecido… lo de su arrogancia.

Alastir asintió.

—¿No te había contado nada Casteel sobre Spessa's End? ¿Que, con el tiempo, espera trasladar aquí a cientos de personas?

Me mordisqueé el labio. No tenía muy claro si debería mentir o no, pero decidí que hacerlo sería una tontería. Estaba claro que no tenía ni idea.

—No, todavía no lo había hecho.

Una leve mueca tironeó de sus labios.

—Para ser sincero, esperaba que te lo hubiese dicho. Reclamar Spessa's End es muy importante para él y para el reino. Y fue su idea por completo. Algo de lo que él convenció a su padre y a su madre.

La irritación alzó la cabeza de nuevo, pero también lo hizo algo más pesado. Avergonzada porque parecía una información que una prometida debía saber, me moví incómoda en mi silla.

—Estoy segura de que planeaba decírmelo, pero con todo lo que está sucediendo...

Alastir asintió, pero noté el escepticismo en su mirada.

—Estoy seguro de que sí, y que solo ha sido un descuido. No un problema de confianza o falta de atención.

Me puse rígida. Ni siquiera se me había ocurrido que pudiera ser un problema de confianza, pero... tendría sentido, ¿no? Lo que estaban haciendo aquí en Spessa's End sería una información muy codiciada por los Ascendidos. Si lo descubrieran, podría suponer otro ataque a la ciudad, la destrucción de lo que estaban construyendo aquí, fuese lo que fuese. No estaba del todo segura, puesto que había captado solo atisbos de ello. ¿Sería por eso que Casteel no había compartido ninguna información hasta que estuve lo bastante lejos de los Ascendidos como para no ser ya un riesgo para

Spessa's End si me capturaran o si... renegara de nuestro trato? ¿Acaso creía que era capaz de decir algo que pusiera en peligro a personas inocentes?

Personas inocentes que había dado por sentado que eran culpables hacía no tanto tiempo.

Inquieta por mis pensamientos, le pregunté a Alastir por su viaje. A partir de ahí, habló del viaje que teníamos por delante. Me relajé mientras hablaba. Fue por su voz y su risa rasposa, tan familiares y tan parecidas a las de Vikter. Había una cualidad calmante en ellas y estaba tan agradecida por su visita que cuando resultó evidente que se marcharía pronto, quise encontrar una excusa para que se quedara.

—Había otra razón por la que quería hablar contigo —dijo, inclinándose hacia mí—. Esta mañana, cuando hablé con Casteel, parecía... bueno, como si estuviera demasiado tenso. Después me enteré de que lo hirieron cuando el clan de los Huesos Muertos atacó a vuestro grupo.

Mantuve una expresión neutra y asentí.

- —Sí, lo hirieron.
- —No sé cuánto sabes acerca de los atlantianos y sus necesidades, o sobre costumbres como la Unión, o lo que ocurre cuando eligen estar con alguien, pero puede que Casteel tenga que alimentarse. Y como no estás acostumbrada a la forma de vida atlantiana, quería asegurarme de que lo sabes —dijo, su amable sonrisa frunció la piel de alrededor de sus ojos.

Se me hizo un repentino nudo en la garganta y casi me lancé a los brazos del pobre hombre, pero de algún modo conseguí no repetir ese momento tan incómodo.

—Sé que tiene que alimentarse. Y lo hará. —Noté que me sonrojaba—. Pero ¿qué es la Unión?

Alastir abrió mucho los ojos.

- —¿No te lo ha contado?
- —¿Debería haberlo hecho? —Mis hombros empezaron a hundirse.
- —Yo diría que sí. —Entornó un poco los ojos—. Es algo que podría esperarse de ti, sobre todo al no ser una atlantiana pura, pero... bueno, no sería exactamente la más fácil de las conversaciones con alguien que no ha crecido en Atlantia. —Hizo ademán de ponerse en pie—. Y es una que estoy eternamente agradecido de no haber tenido que explicarle a mi hija.
 - —Espera. —Levanté una mano—. ¿Qué es?
 - —Deberías preguntárselo a Casteel.
- —Deberías contármelo tú, ya que has sacado el tema —señalé—. ¿Qué es la cosa esa? La Unión.

Alastir se quedó quieto por un momento, luego cerró los ojos.

- —Esta va a ser una conversación muy incómoda.
- —Ahora sí que estoy interesada. —Empecé a sonreír.
- —Y es probable que cambies de opinión muy deprisa. —Se frotó la barbilla—. Por todos los dioses, es probable que nunca te lo dijera debido a tu pasado.
 - —¿Mi pasado? —Arqueé las cejas—. ¿Como la Doncella? Alastir asintió.
- —En tus propias palabras, dijiste que vivías bastante protegida, pero aunque no hubiese sido así, lo que estás a punto de oír te hubiese sorprendido bastante.
 - —Vaaale... —La curiosidad se había apoderado de mí.
- —La Unión es una tradición muy antigua. Una que no se realiza a menudo. Y gracias a los dioses por ello. —Su labio de arriba se enroscó en una expresión de desagrado—. Es bastante obscena.

Supuse que ese no era un buen momento para admitir que sentía aún más curiosidad.

—Cuando un Elemental que tiene un vínculo encuentra pareja, el vínculo puede extenderse a esa persona. Requiere un intercambio de sangre entre los tres; o los cuatro si la pareja también tuviera un vínculo. Y ese intercambio de sangre... bueno, es bastante... —Se aclaró la garganta, las mejillas sonrojadas —. Puede volverse muy *íntimo*. De un modo que podría hacerte sentir muy incómoda.

Había muchas veces en mi vida que las cosas me sorprendían. Las últimas semanas habían sido una sorpresa tras otra, pero esto...

Aun tan protegida como había vivido, me hacía una idea bastante buena de lo que intentaba decir Alastir, gracias al diario de la Srta. Willa Colyns.

—¿Te refieres a sexo?

Su cara estaba tan roja como sentía yo la mía.

- —Por desgracia. —Lo miré boquiabierta, pero no tenía palabras en absoluto—. Pero —se apresuró a añadir—, como he dicho, se hace solo muy de vez en cuando, y aunque algunos de mis hermanos y hermanas más jóvenes son mucho más abiertos a las tradiciones arcaicas, en estos tiempos no es algo que se practique a menudo por... bueno, por razones obvias.
- —Yo... —Me sentía caliente y fría al mismo tiempo—. Pero dijiste que podría esperarse de mí porque no soy atlantiana pura. ¿Por qué?
- —¿Por qué? —Parpadeó varias veces en mi dirección y luego su expresión se suavizó—. Penellaphe, querida, ¿Casteel y tú no habéis hablado

del futuro? ¿Para nada?

La expresión de su cara hizo que se me arremolinara el ácido en el estómago. Era una de paciencia paternal, de las que se usan cuando un niño se ve sobrepasado por la situación y necesita que un adulto lo rescate.

- —Tú envejecerás, y aunque Casteel también, lo hará de un modo que dentro de ochenta años, todavía tendrá el mismo aspecto que ahora y...
- —Y yo estaré vieja y canosa, si es que vivo tantos años siquiera —lo interrumpí, para luego mentir con la boca pequeña—. Sí, hemos hablado de ello.

Sus ojos buscaron los míos.

—La Unión no solo haría que el *wolven* estuviese obligado a proteger tu vida, sino que el vínculo ataría tu vida a la del Elemental y a la del *wolven*. Vivirías tanto como el *wolven*, sean los años que sean.

Una vez más, me quedé totalmente sin palabras. Me vinieron mil cosas a la mente, pero lo más destacable fue el hecho de que sabía por qué Casteel jamás había mencionado nada de esto. La tensión se extendió por mis músculos y la pesadumbre de mi pecho me pareció asfixiante. No habría ninguna necesidad de que esta... esta cosa tuviese lugar. Pensara lo que pensara Kieran, Casteel no tenía intención de que siguiéramos casados.

Capítulo 25



La idea de la Unión tuvo un efecto mucho más estremecedor de lo que debiera, y todo por culpa de la estúpida conversación de Kieran acerca de los corazones gemelos.

Y ahora que lo pensaba, ¿por qué demonios no había sacado Kieran este tema?

Entonces pensé en lo que habría sido tener esta conversación con Kieran, y tuve ganas de frotarme el cerebro con un cepillo de alambre. Por guapo que considerara a Kieran, yo... no podía ni empezar a imaginarme haciendo algo así con él.

Con él y con Casteel.

Miré a mi alrededor en busca de un vaso de agua, pero no vi ninguno.

- —En cualquier caso, no tienes que preocuparte por esto. No creo que Casteel espere nada así. No es muy dado a seguir antiguas tradiciones —me tranquilizó Alastir.
- —Pero ¿el wolven sí lo esperaría? —pregunté, y entonces, lo peor que se me pudo imaginar brotó por mi boca—. ¿Lo hubiese hecho Shea? —Alastir abrió los ojos como platos y deseé al instante no haber dicho nada—. Lo siento. Supongo que, como wolven, nadie hubiese esperado que lo hiciera. Y no debí mencionarla…
- —No. No, está bien. —Alastir se estiró hacia delante y puso una mano sobre la mía—. No te disculpes. De hecho, me alegro de que estés dispuesta a hablar de ella. —Sonrió otra vez y me dio un apretón en la mano antes de echarse atrás—. Aunque era una *wolven*, es una tradición que algunos sí hubiesen esperado que se respetara, y entonces el juramento de Kieran se hubiese extendido también a ella. Ella... —Apretó los labios y pasó un

momento largo antes de que siguiera hablando—. Shea nunca se arredraba ante nada, sin importar que otros lo encontraran desagradable o vulgar. Hubiese hecho cualquier cosa por Casteel.

¿Y Casteel lo hubiese hecho?

Dios, ni siquiera quería pensar en ello.

Tragué saliva y me hundí más en la butaca. Mis pensamientos empezaron a correr otra vez.

- —Bueno, ya te he robado bastante tiempo. —Alastir volvió a hacer ademán de levantarse.
- —Espera —casi grité, cuando se me ocurrió algo más—. Si la Unión puede alargar la vida de un mortal, ¿por qué no hizo eso el rey Malec con Isbeth, su amante? En lugar de convertirla en una *vampry*, quiero decir. ¿O acaso el rey no tenía un vínculo?

Alastir me miró como si acabara de sugerir abrazar de todo corazón la forma de vida de los Ascendidos.

—El rey Malec tenía un vínculo con un *wolven*. En realidad, con varios, pues a menudo morían antes que él. Pero no hubiese funcionado con una mortal. La pareja tiene que tener algo de sangre atlantiana. Y en ese caso, aunque la mujer hubiese tenido sangre atlantiana, hubiera sido un grave insulto a la reina. Uno que iría más allá de lo tolerable. Todo *wolven* que se precie se hubiese negado. Eso lo tengo claro. —Me miró a los ojos—. ¿Cuántos años crees que tengo?

Su pregunta me dejó descolocada.

- —No... no lo sé. Muchos más de los que aparentas, supongo.
- —He visto pasar ochocientos años.

Madre mía.

—¿Y sabes por qué sé que el *wolven* al que estaba vinculado se hubiese negado si se lo hubiera pedido? —inquirió Alastir—. Porque yo fui el último y fui yo quien alertó a la reina sobre lo que Malec había hecho, rompiendo en mil pedazos un juramento inquebrantable.



Un rato después de que Alastir se marchara, dos mortales (un hombre joven y una mujer de ojos curiosos) llenaron la bañera de agua caliente, cortesía de Casteel, según dijeron. No hicieron preguntas ni se demoraron más tiempo del necesario, y me dijeron que si metía mi ropa y el camisón en la

cesta de mimbre que habían dejado al lado de mi puerta, los lavarían. Aunque había tenido la esperanza de ver a Casteel, agradecí el gesto y también me sentí aliviada por que no hubiese regresado.

Necesitaba tiempo para procesar... todo.

Así que hice uso de la bañera. Me lavé el pelo y luego me puse el batín y lo ceñí en torno a mi cintura. El sol estaba bien alto ya, pero la habitación conservaba un frescor que no estaba presente en el exterior. Me senté delante del fuego y fui deshaciendo poco a poco los nudos de mi pelo mientras mi mente deambulaba de un asunto totalmente impactante al siguiente.

¿Alastir había sido el *wolven* vinculado a Malec? ¿Y la Unión? Por todos los dioses, ¿esperaría de verdad la gente de Atlantia eso de mí? ¿De los tres? El calor de la vergüenza casi me hizo apartarme del fuego. No era que estuviese asqueada o repugnada. Lo que la gente decidía hacer y con quién o con cuántos era asunto suyo. Y la forma en que la Srta. Willa había escrito acerca de compartir su cuerpo con más de una pareja nunca se describió de un modo que me hiciera sentir incómoda.

Bueno, eso no era del todo verdad.

En su mayor parte, no entendía cómo funcionaba el tema. No el aspecto físico; había entrado en bastantes detalles al respecto. Es más, la cosa sonaba muy complicada. Era solo que no lograba entender algo así cuando todo con Casteel ya era tan jodidamente difícil de por sí.

¿Y por qué me preocupaba siquiera por esto? Parecía obvio que no era algo que Casteel planeara hacer. Sin embargo, ¿había planeado hacerlo con Shea?

«Para», bufé, al tiempo que obligaba a mis pensamientos a ir hacia otra parte. Como era de esperar, volvieron directamente a él.

¿Qué aspecto tenía un Casteel serio siquiera? ¿Era otra máscara que llevaba? Había visto atisbos de esa versión de él cuando imponía su autoridad, pero era tan rápido a la hora de hacer bromas y mostrarse alegre conmigo...

Es solo que se muestra más vivo cuando está contigo.

Dejé el cepillo en el suelo, cerré los ojos y pensé en Shea. ¿Había sido Casteel así con ella? Dudaba de que hubiera utilizado máscaras con ella. Lo más probable era que por aquel entonces fuese una persona totalmente diferente.

¿Qué le ocurriría? Todo lo que sabía era que los Ascendidos habían tenido algo que ver. ¿Cómo murió? ¿Cuánto tiempo estuvieron Casteel y ella juntos? ¿Ella también lo quería?

Por supuesto que sí.

Incluso con mi cuasi nula experiencia, sabía bien que no debía meterme en ese jardín. Ya había visto cómo había reaccionado Casteel antes, y aunque tal vez yo no hubiese tenido nunca una relación ni hubiese amado a nadie, sabía que las personas a veces no querían o no podían hablar de ciertas cosas. Cosas que solo podían compartirse con los seres queridos, las personas de confianza.

Creo que sois corazones gemelos.

Noté un nudo en el pecho y me mordí el labio de abajo. Después de enterarme de lo de la Unión, estaba segura de que Kieran estaba equivocado por completo en todo eso de los corazones gemelos, pero seguía queriendo averiguar cosas sobre Casteel. Quería saber quién solía ser antes de que perdiera a Shea, de que perdiera a su hermano. Y quería saberlo porque me... me *importaba*. Porque jamás había parado de enamorarme de él.

Por todos los dioses.

Menudo lío más gordo.

Y había muchas posibilidades de que Alastir se hubiese dado cuenta de lo mismo que yo cuando hablamos: de que Casteel no me había confiado la información sobre Spessa's End. Peor aún, no había forma de que creyera que nuestro compromiso era real.

Sentada con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados fue como me encontró Casteel cuando entró en la habitación. Parecía imposible, pero todos los pensamientos en los que había estado sumida desaparecieron, sustituidos por lo que había decidido.

- —¿Qué haces? —preguntó. Oí la puerta cerrarse a su espalda.
- —Cepillarme el pelo. —Me enderecé y abrí los ojos, pero no me di la vuelta.
- —¿No necesitarías tener un cepillo en la mano para hacer eso? —Sonaba más cerca.
 - —Sí. —Cien halcones plateados revolotearon en mi pecho.

Un momento después, estaba sentado a mi lado, una rodilla flexionada y la otra enroscada, apoyada contra la mía. Despacio, levanté la vista hacia él. En cuanto nuestros ojos conectaron, todo el aire salió de golpe de mis pulmones. No sabía si tenía que ver con lo que me había contado Kieran o con todo lo demás.

—Lo siento —dijo—. Siento lo de esta mañana. Lo de perder el control de ese modo. No volverá a ocurrir jamás.

Se me puso la carne de gallina. Su disculpa fue inesperada, pero no estaba segura de quererla. Lo que había sucedido parecía algo que se escapaba en gran parte de su control, y su disculpa... me hizo sentir respeto por él. Asentí.

- —Quería hablar contigo más temprano. Volví después de… bueno, volví, pero te habías marchado.
- —Estaba con Kieran —le expliqué—. Bajamos a la bahía y luego fuimos a desayunar.
 - —Ya lo sé —dijo con una leve sonrisa. Arqueé las cejas.
 - —¿Ah, sí?

Casteel asintió.

—La gente de aquí me lo contó.

No dije nada sobre el hecho de que la gente de aquí no me había dirigido la palabra durante nuestro breve encuentro pero que había sentido la necesidad de informarle de que me habían visto.

- —Volví a ver si habías regresado en cuanto pude.
- —No pasa nada. —Tragué saliva—. Gracias por el baño.
- —Debería ser yo el que te diera las gracias.
- —¿Por qué?
- —Por saber cómo llegar hasta mí esta mañana —dijo, y noté que el calor trepaba por mi cuello y mi cara.

Jugueteé con un extremo del cinturón mientras lo miraba. Me vinieron un montón de palabras a la punta de la lengua, pero murieron ahí a la misma velocidad. Casteel contemplaba las llamas, las líneas de su cara de todo menos relajadas. Entonces se me ocurrió algo, en mi desesperación por no pensar en esa mañana.

- —Siempre que me presentas a alguien, ¿por qué insistes tanto en que nadie se refiera a mí como la Doncella?
 - —Esa es una pregunta increíblemente aleatoria.

En efecto, lo era.

—Empiezo a darme cuenta de que soy una persona increíblemente aleatoria.

La medio sonrisa volvió a su cara.

—Me gusta. Me obliga a estar listo para cualquier cosa cuando estoy contigo. Pero como respuesta a tu pregunta, cuanto menos piense la gente en ti como la Doncella, más probable es que piensen en ti como la medio atlantiana que me ha robado el corazón. —Había un extraño vacío en sus palabras, y cuando me miró, vi las tenues sombras azules debajo de sus ojos —. Y menos probable será que quieran hacerte daño.

Asentí mientras abría mis sentidos a él. La conexión fue sorprendentemente rápida y, en un abrir y cerrar de ojos, su hambre me

golpeó. Su hambre y su tristeza, esta última más amarga de lo habitual, y abrumadora, muy abrumadora. Hacía unas horas no se sentía así. ¿Sería por lo que había sucedido esa mañana o por otra cosa?

- —Además, tú ya no eres esa persona —añadió. Retiré mi don y me di cuenta de que cerrarlo me resultaba más fácil desde que Casteel me diera su sangre por segunda vez—. No lo fuiste nunca.
 - —Eso es verdad.
- —¿Alguna vez lo aceptaste? —Plantó una mano en el suelo a mi lado y se inclinó un pelín hacia mí—. ¿Hubo, en algún momento, un punto en el que quisieras ser la persona en la que te habían convertido?

Jamás me habían preguntado eso, y tardé unos minutos en averiguar cómo responder.

- —Había veces en las que quería hacer feliz a la reina… hacer que los Teerman estuvieran contentos conmigo. Así que intentaba portarme bien, ser lo que esperaban de mí, pero era como… llevar una máscara. Lo intenté, pero la máscara se agrietaba más pronto que tarde.
 - —Forzar a una guerrera a llevar un velo de sumisión no podía durar.

Noté que me sonrojaba y aparté la mirada.

- —Lo de la guerrera no sé si es verdad...
- —Yo sí —insistió—. Desde el momento en que te quedaste en lugar de marcharte de esa habitación de la Perla Roja, supe que tenías la fuerza y la valentía de una guerrera. Es la razón de que asistieras al funeral de Rylan. Es lo que te empujaba a salir al Adarve cuando atacaban los Demonios y a defenderte, a resistir... resistirte a mí. Es la razón de que no te arredraras ante los comentarios de Alastir cuando lo conociste, sino que más bien desafiaras sus creencias. Diablos, es lo que te impulsó a aprender a luchar en primer lugar. —Apareció un hoyuelo en su mejilla derecha—. Es tu linaje. Eres tú.

El calor que sentía en el pecho tenía poco que ver con el fuego.

—Todavía estoy un poco molesta por no ser del linaje de cambiaformas y no poder transformarme.

Casteel se rio y el sonido fue tan real y soleado como sentía el pecho. Y cuando me miró a los ojos, por fin encontré el valor de la guerrera que decía que era.

Y empecé con lo que tal vez fuese la cosa más vergonzosa de mi vida.

- —Hace un rato hablé con Alastir.
- —Mencionó que te iba a hacer una visita.
- —Lo hizo, y me... me contó lo de la Unión.

La cabeza de Casteel giró hacia mí a tal velocidad que me sorprendió que no se rompiera el cuello.

- —¿Que hizo *qué*?
- —¿De verdad tengo que repetirlo?
- —¿Qué te contó?
- —Me dijo lo que es. —Me concentré en mi cepillo—. Que es un intercambio de sangre que a menudo se convierte en algo, *mmm*, más íntimo.
 - —Por todos los dioses, dime que no hizo eso.
 - —Lo hizo.
- —Yo... —De repente, Casteel estalló en carcajadas, profundas y atronadoras. Del tipo que son tan sonoras e intensas que sonaba como si le doliera. Lo miré con los ojos como platos—. Lo siento —boqueó—. Es solo que hubiese pagado una fortuna por verlo intentar explicarte eso a ti.
 - —¿Ah, sí? —pregunté, con los ojos entornados.
- —Demonios, claro que sí. Oh, por todos los dioses. —Se pasó una mano por el pelo y luego me miró—. Deja que lo adivine. ¿Te dijo que era obsceno y repugnante?
 - —Sí. Algo así.
- —Dios, vaya viejo alarmista. —Se rio otra vez, sacudiendo los hombros incluso—. Desearía haber visto tu cara.
- —Bueno, como yo me enteré por él, desearía haber podido darte un puñetazo en la tuya.
 - —Apuesto a que sí.
- —No sé qué tiene tanta gracia. Dijo que puede que la gente esperara eso de nosotros. ¡Sobre todo porque no soy una atlantiana pura!
- —En primer lugar —dijo, intentando recuperar la respiración—, no creo que nadie vaya a esperar eso. —*De ti* pareció flotar de un modo tácito entre nosotros—. Y aunque es un ritual íntimo, uno que no suele hacerse casi nunca ya, no es siempre sexual. Para algunos, estoy seguro de que se convierte en eso de manera *natural*. Y, eh, sobre gustos no hay nada escrito. Son adultos libres de hacer lo que les plazca. No voy a juzgarlos.
 - —Yo tampoco los juzgo.
 - —¿Ah, no? —preguntó, una ceja arqueada.
 - -No -insistí.
 - —¿O sea que estás interesada, entonces? —murmuró.
 - —Eso no es lo que quería decir.
 - —Ajá.

Hice caso omiso de su comentario.

- —¿Es verdad que un mortal con sangre atlantiana tendría una vida más larga? —Casteel asintió—. ¿Se ha hecho alguna vez?
- —No he conocido a ningún Elemental con vínculo que se haya emparejado con un mortal con sangre atlantiana —respondió—. Por lo que sé, no ha habido ningún caso. Y es algo muy gordo para pedirle a un *wolven*. Ese tipo de vínculo de sangre es bidireccional. Si el *wolven* muere, también lo hace el otro, y si muere el mortal con sangre atlantiana, también muere el *wolven*.
 - —Oh. —Parpadeé despacio—. Alastir no mencionó eso.
- —Espera. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Tienes alguna idea de lo que podría ocurrir durante ese ritual para hacerlo tan obsceno y…?
 - —Tengo bastantes ideas, sí —espeté cortante.
 - —¿Es por ese diario?
 - —Cállate.
- —¿Marcaste los capítulos que detallaban cómo Willa pasaba las tardes entreteniendo no a uno sino a dos pretendientes, uno por delante y otro…?
 - —Parece que sabes mucho sobre ese libro.
- —Me encanta ese jodido libro —exclamó. Me dolía la mandíbula de lo fuerte que la estaba apretando—. O sea que entonces estás interesada, princesa. Menudo lado salvaje tienes.
 - —¡Eso no es lo que he dicho! —Me puse roja.
 - —Ya lo sé. —Se rio entre dientes—. Lo siento. Estoy siendo un imbécil.
 - —Al menos lo reconoces.
- —Es solo... que no me esperaba esto. En cualquier caso, tienes una personalidad muy... *aventurera*.
 - —Te odio —gruñí.
- —No *tan* aventurera, ¿eh? —Casteel se rio de nuevo—. Mira, sé que no tienes intención de que este matrimonio se prolongue más allá de lo necesario —continuó, y ese extraño y estúpido dolor en mi pecho palpitó—. Así que es algo de lo que ni siquiera tienes que preocuparte. Pero el objetivo de la Unión es fortalecer el vínculo que ya existe y garantizar que la pareja también forme parte de ese vínculo. No es algo que se haga a la ligera e, insisto, no siempre es sexual. Sé de casos en los que todo el mundo se ha guardado todas las partes de su cuerpo para sí mismo.

Arqueé las cejas.

- —Entonces, ¿por qué lo hizo sonar Alastir como si fuera...?
- —¿Algo sucio? —Sonrió de oreja a oreja—. Porque es viejo y un exagerado y cree que está ayudando.

—¿Por qué…? —Me interrumpí antes de poder preguntar por qué él no había sacado nunca el tema. Ya sabía por qué. Igual que sabía por qué no me había contado nada acerca de Spessa's End.

—¿Qué?

Negué con la cabeza y cambié de tema.

- —Alastir dijo que era el *wolven* vinculado con Malec.
- —Así es. ¿Te contó que fue él quien le dijo a mi madre que Malec había Ascendido a Isbeth? —Cuando asentí, Casteel dejó caer la cabeza hacia atrás —. Alastir rompió su juramento y cortó así su vínculo. Eso... bueno, ha ocurrido muy pocas veces. En ocasiones, Alastir puede hablar demasiado, pero es un buen hombre.

Asentí despacio. Lo observé mientras cerraba los ojos.

- —¿Tu madre no lo abandonó entonces?
- -No.
- —¿Se quedó con él porque lo quería?
- —¿Sabes? En realidad, no lo sé. Mi madre no habla de él, pero es fácil preguntárselo, visto que le puso a su primer hijo un nombre tan parecido comentó. Me pregunté cómo se sentiría su padre al respecto—. Cuando mi madre habló con Malec sobre el tema, lo hizo en privado, pero enseguida se corrió la voz de lo que había hecho. Y otros lo imitaron. En cierto modo, todo ocurrió muy deprisa.
 - —Y aquí estamos —murmuré.
 - —Aquí estamos —confirmó.

Respiré hondo y dije lo que tenía que decir.

- —Sé que necesitas alimentarte. Sé que estás cerca del borde y que no te has alimentado de nadie más.
- —Alguien ha estado hablando —repuso inexpresivo—. Y dudo de que fuera Alastir.
- —Alguien tenía que hacerlo. ¿Qué pasa si no te alimentas, aparte de lo de los ojos negros? ¿Si caes por el borde del abismo? —pregunté—. Nunca lo explicaste del todo, aparte de que era algo muy malo.

Apartó la mirada, se mordió el labio de abajo.

—Es como estar... muerto por dentro, peor que un Ascendido. La sed de sangre se apodera de nosotros, pero es una locura violenta, como la de un Demonio. Aunque no nos descomponemos ni nos pudrimos. —Sacudió la cabeza—. Una vez que caemos por el borde, nos hacemos más fuertes cada vez que nos alimentamos, pero es como una enfermedad mental porque nos convertimos en animales rabiosos. Muy pocos regresan de algo así.

Recordé lo que había dicho que le hacían los Ascendidos, que le negaban la sangre hasta que estaba hambriento.

- —¿Los Ascendidos te negaban la sangre a menudo?
- —Había años en que me mantenían bien alimentado. —El rictus de sus labios era una burla de sonrisa—. Después, me daban solo lo suficiente para que no muriera y, a veces, no era suficiente.

Años.

La aflicción me atenazó el corazón. Por él, por su hermano, y por cualquier otro que estuviera sufriendo lo mismo. Pero sobre todo por Casteel, porque él sabía exactamente lo que estaba viviendo su hermano.

- —Pero tú sí regresaste.
- —Hubo veces en que pensé que no lo lograría, Poppy. —Contempló las llamas, su voz apenas audible—. Veces que olvidaba cuánto tiempo había pasado. Olvidaba quién era o qué me importaba. Era como si partes de mi cerebro se hubiesen oscurecido. —Se pasó una mano por el pelo, luego la apoyó sobre su rodilla—. Pero regresaba. Sin ser el mismo. Nunca era el mismo. Pero encontraba partes de quien solía ser.

Tragué para tratar de eliminar el nudo de mi garganta.

- —Lo...
- —No digas que lo sientes. —Me lanzó una mirada afilada que hubiese herido mis sentimientos antes, pero ahora la entendía. Lo entendía a él. La compasión no era siempre bienvenida—. Tú no hiciste nada por lo que debas disculparte.
- —Tienes razón. Iba a decir que me alegro de que te encontraras a ti mismo.
- —¿De verdad, Poppy? —preguntó con una sonora carcajada—. ¿En serio te alegras?
- —Sí, supongo que sí. —Encogí un solo hombro—. Puede que hayas regresado como un imbécil, pero es mejor que estar perdido en tu propia mente. No se lo desearía a nadie.

La risa que salió por su boca fue ahora más suave y tironeó de mis labios.

- —Cierto. —Se pasó una mano por la cara—. En cualquier caso, sé lo que es estar cerca del borde. He pasado por él. Estoy bien.
- —Pero no lo estás, Casteel. —Me miró con los ojos un poco más abiertos de lo normal—. ¿Qué?
 - —Es solo que apenas dices mi nombre.
 - —¿Debería llamarte *alteza*?
 - —Dios —exclamó—. No.

Ahí sí que sonreí. Casteel lo vio y me miró como si acabara de lograr una hazaña extraordinaria. No tenía ni idea de por qué una sonrisa mía tendría ese efecto.

Me concentré otra vez en lo que tenía entre manos.

- —La percibí. Esta mañana percibí tu hambre —le dije—. Sé que estás hambriento y sé lo que se siente. Al menos, hasta cierto punto. El duque me negaba la comida a veces cuando estaba enfadado. Tienes que alimentarte.
- —Primero, saber que el duque hacía eso me da ganas de matarlo otra vez.
 Segundo, la sangre no era lo único de lo que estaba hambriento esta mañana.
 —Sus ojos eran como miel caliente—. Y creo que lo sabes.

Mi pulso se trastabilló y mi voz sonó más rasposa de lo normal cuando hablé.

—Si no lo haces, si no puedes, entonces tienes que tomar mi sangre.

Casteel se echó atrás como si lo hubiese abofeteado. Se puso de pie al instante.

- —**Poppy**…
- —No puedes continuar de este modo. —Me puse de pie, con la mitad de elegancia que él—. ¿Y si te vuelven a herir?
- —Estaré bien. —Dio un paso atrás para alejarse de mí—. Ya te lo he dicho. No volveré a perder el control.
- —No creo que tengas elección con respecto a eso, ¿no crees? Es solo una parte de quién eres. Necesitas sangre atlantiana. No te has alimentado de nadie más, así que quizás quieras alimentarte de mí. No es como si no me hubieras mordido antes.

Los ángulos de su cara lucían en nítido relieve.

- —No lo he olvidado.
- —Entonces, esto no debería suponer gran cosa. Necesitas sangre. Yo tengo esa sangre. Quitémoslo de encima.

Se rio, pero sin humor alguno.

—¿Quitárnoslo de encima? ¿Como si esto fuese solo otro acuerdo de negocios?

Levanté la barbilla.

- —Si eso es lo que tiene que ser, entonces así será.
- —¿O sea que no tienes problema en ser eso? ¿En ser la fuente de mi fuerza, a sabiendas de todo lo que te he hecho? ¿Añadir esto a una larga lista de cosas que no quieres hacer pero sientes que necesitas hacer?
- —Bueno, cuando lo pintas de ese modo… —Levanté las manos en señal de frustración—. A lo mejor prefiero ser la fuente de tu cordura para no tener

que preocuparme de que me vayas a desgarrar la garganta entre ahora y cuando sea que esto termine.

Su pecho se hinchó con una respiración profunda y temblorosa mientras sus hombros se contraían de la tensión.

—¿Puedes asegurar a ciencia cierta que no volverá a ocurrir? Mírame a la cara y dime con sinceridad que estás convencido de que la próxima vez serás capaz de parar —exigí. Cuando abrió las aletas de la nariz y no dijo nada, supe la verdad. Y supe que tenía que admitir otra vedad, una de la que no sería capaz de desdecirme—. Percibí tu hambre, Casteel, y no *necesito* hacer esto. Dejé de hacer cosas que no quería hacer en el mismo momento en que me quité ese maldito velo. Quiero ayudarte. Porque por estúpida que esto pueda hacerme, y solo los dioses saben por qué, ¡me importas! Así que sí, no quiero que me desgarres el cuello, y tampoco quiero saber que estás sufriendo sin razón.

Temblando y con un nudo en el estómago, me dio la sensación de que acababa de desnudarme.

—Es probable que haya algo mal en mí... De hecho, estoy segura de que hay algo mal en mí. Es obvio. Pero si tú... —Forcé a las palabras a salir antes de que me ahogaran—. Si te importo lo más mínimo, no querrás ponerme en peligro. ¡Aceptarás lo que te ofrezco con un gracias y dejarás de portarte como un idiota!

Casteel me miró pasmado, las cejas arqueadas, y luego, después de lo que pareció una eternidad, dejó caer los hombros.

—Soy tan increíblemente indigno de ti —susurró, y me estremecí al recordar la única otra vez que me había dicho eso. Fue la noche que había compartido con él mi cuerpo, mi corazón y mi alma. Levantó la cabeza y pareció aspirar otra bocanada de aire—. Vale.

Solté el aire despacio.

- —Vale.
- —Con una condición —añadió—. No lo haré solo. No después... no después de no haberme alimentado durante tanto tiempo. No correré ese riesgo. Yo... podría ingerir demasiado. ¿Estás de acuerdo?

Al principio, la idea de que hubiera alguien más presente me resultó incómoda, pero entonces me acordé de lo que había sentido cuando me mordió la otra vez. Quizás tener a alguien más ahí limitaría eso.

Así que asentí.

—De acuerdo.

Capítulo 26



Mis pies desnudos se enroscaron contra el suelo de madera mientras Kieran miraba de Casteel a mí, y yo deseaba de todo corazón no haberme enterado de lo que era la Unión y cómo podía a veces ponerse... íntima.

Que Kieran estuviera ahí mientras Casteel se alimentaba parecía extremadamente íntimo.

Casteel no se había ausentado más que unos minutos y yo me quedé en el mismo sitio donde me había dejado, como si estuviese pegada al suelo. No era que tuviera dudas. Era más bien que no podía creer que me hubiese ofrecido a hacer esto. Que no solo quería hacerlo, sino que además había admitido que él me importaba. Tenía la sensación de que mi vida había cambiado otra vez de manera irrevocable en solo unos minutos.

—No necesito ingerir mucha —le dijo Casteel a Kieran, que tenía aspecto de estar a punto de ir a la guerra. De hecho, llevaban diez minutos o así discutiendo. Casteel vacilaba y Kieran estaba a punto de tirarlo sobre mí.

El *wolven* estaba ahí plantado, los brazos cruzados y los ojos centelleantes.

—Tienes que tomar más de un sorbo o dos. Tienes que alimentarte como harías siempre.

Un músculo se apretó en la mandíbula de Casteel mientras miraba hacia donde estaba yo. Me dio la sensación de que tenía que decir algo, aportar un comentario tranquilizador, porque Casteel parecía a punto de salir corriendo.

—Toma todo lo que quieras —le dije, tratando de hablar con serenidad.

Casteel me miró y, por un momento, vi un destello de incredulidad en su mirada. Luego bajó las pestañas.

Mi corazón palpitó con fuerza contra mi pecho cuando Casteel abrió los ojos otra vez. Dio un paso y luego se paró. Su pecho subió y bajó deprisa.

—Esta es tu última oportunidad para cambiar de opinión. ¿Estás segura de esto?

Tragué saliva, no sin esfuerzo, y asentí.

—Sí

Cerró los ojos una vez más y, esta vez, cuando los abrió, solo era visible un finísimo halo de ámbar. Bajó la barbilla y la ferocidad del hambre se reflejó claramente en sus facciones.

—Ya sabes qué hacer. —Su voz más ruda, apenas reconocible, cuando habló hacia donde Kieran vigilaba—. Si no paro.

Pero ¿intervendría Kieran? Mi corazón se paró un instante. Un zarcillo de miedo se enroscó alrededor del perverso y prohibido ardor de la anticipación en mi interior.

Kieran se colocó detrás de mí, y entonces sentí sus dedos en el lado derecho de mi cuello. Di un respingo, pero me dije que no debía pensar en la Unión. Que ni se me ocurriera. Porque si lo hacía, sería yo la que saliera corriendo de la habitación.

—Solo voy a controlar tu pulso —explicó en voz baja—. Solo para asegurarnos.

Fijé los ojos en Casteel. Me recordaba a un animal enjaulado cuya celda estaban a punto de abrir.

- —¿Siempre tienes que hacer eso cuando... cuando se alimenta?
- —No. —Noté sus dedos fríos contra mi cuello—. Pero ahora mismo está demasiado cerca del borde.

Demasiado cerca del borde...

Y entonces ya fue muy tarde para tener dudas.

De repente, Casteel estaba delante de mí, el olor a pino y especias exuberantes casi abrumador. Deslizó los dedos entre mi pelo, pero no tiró, aunque podía sentir su cuerpo vibrar de necesidad.

No supe si en ese momento elegí de manera consciente conectar con él o si mi don tomó el control. Su hambre me llegó de inmediato, se instaló en mi pecho y mi estómago como un dolor punzante que parecía insondable. Y debajo de eso, la pesadumbre de la preocupación.

Su mejilla rozó la mía cuando movió mi cabeza hacia atrás y hacia un lado.

—Solo sentirás dolor un instante. —Su aliento estaba caliente contra mi cuello, su voz deshilachada—. Lo juro.

Y entonces me mordió.

Un dolor atroz me robó la respiración y mi cuerpo sufrió un espasmo. La conexión que había forjado con él se interrumpió. El instinto me impulsó a dar un paso atrás, pero choqué con Kieran. Su mano se posó en mi hombro, me sujetó quieta, y entonces el brazo de Casteel se deslizó alrededor de mi cintura. El dolor se intensificó, me aturdió, y entonces...

El instante vino y se fue.

La boca de Casteel tiró de mi piel, y sentí ese voraz tirón en todos los rincones de mi cuerpo. Sin embargo, el dolor desapareció tan deprisa como había llegado. Todo lo que quedó, todo lo que existía en el mundo fue la sensación de su boca sobre mi cuello, las profundas y largas succiones cuando mi sangre abandonaba mi cuerpo y llenaba el suyo. Había mantenido los ojos abiertos, fijos en el yeso blanco mate del techo, pero ahora se cerraron con suavidad y mis labios se entreabrieron. Y bebió de mí, sus dedos se enroscaron en mi pelo. Separó la boca...

—Eso no es suficiente —dijo Kieran—. No es suficiente ni de lejos, Cas.

La frente de Casteel se apoyó contra mi hombro mientras la mano de mi espalda se cerraba en torno a la tela de mi camisón.

La conexión vibró con intensidad y todavía podía sentir su hambre. Se había aliviado un poco, pero seguía siendo aguda. Kieran tenía razón. No había tomado lo suficiente.

Con cuidado, levanté las manos y toqué sus brazos. No su piel desnuda. No sabía si aliviar su dolor lo haría parar o no.

- —Estoy bien. —Mi voz sonaba sin aliento, como si hubiese estado corriendo en círculo alrededor de la fortaleza—. Necesitas más. Tómala.
- —Tiene razón. —Kieran puso su mano sobre la mía y apretó el brazo de Casteel—. Aliméntate.

Casteel se estremeció y luego levantó un poco la cabeza. Sus labios rozaron mi mandíbula, luego la línea de mi cuello, y un escalofrío bajó por mi columna mientras me mordía el carrillo por dentro. Sus labios apretaron contra la piel de encima del mordisco, un susurro de un beso que me sobresaltó. Y entonces su boca se cerró una vez más sobre la piel cosquillosa.

Cada rincón de mi cuerpo pareció centrarse en el punto en que su boca estaba conectada a mi cuello. Mis pensamientos se desperdigaron cuando un agudo deseo floreció en mi estómago y entre mis piernas. Traté de recordar que Kieran estaba ahí, vigilando mi pulso, y que lo que estábamos haciendo era casi como... como un procedimiento de salvamento, pero no lograba retener ninguno de esos pensamientos. A cada succión contra mi piel, cada

chupada que parecía llegar a todo el camino hasta la punta de mis pies, esa punzada palpitaba y el deseo aumentaba más y más, calentaba mi sangre y mi piel.

Necesitaba pensar en cualquier cosa menos en la sensación de tener a Casteel enganchado a mi cuello, sus labios en movimiento, los músculos de sus brazos duros bajo las palmas de mis manos. Pero era imposible y, oh, Dios mío, la conexión con él seguía abierta. Había hambre, sí, pero también había más. Un sabor ahumado, picante, llenó la parte de atrás de mi garganta. El sabor, la sensación, era mareante y abrumaba mis sentidos. Mi cuerpo se sacudió con una palpitante oleada de deseo que debilitó mis piernas. No sabía cómo seguía en pie ni si Casteel o Kieran me estaban sujetando. Cada bocanada de aire que respiraba parecía demasiado superficial mientras el dolor del deseo se trasladaba a mis pechos. La tensión se enroscó con fuerza en mi interior, hasta un punto cercano a la agonía. Un tipo de placer afilado como una cuchilla que dejaba su propia versión de cicatrices.

Un sonido brotó del interior de Casteel, un retumbar ronco. Y entonces se movió de golpe. Succionó profundamente y se apretó contra mí. Me apretó contra Kieran con una fuerza inesperada. El *wolven* golpeó la pared detrás de nosotros con un ruido gutural y Casteel nos atrapó a los dos. Su boca se movía contra mi cuello mientras sus caderas empujaban contra mi vientre.

Oh, por todos los dioses.

Podía sentirlo contra mí. Podía sentirlo dentro de mí... su deseo y el mío, revueltos y enredados. Un rugido mortecino llenó mis oídos y, de repente, me estaba ahogando en un torrente de sensaciones que me invadían en olas interminables. Inquietud y preocupación por lo que estaba ocurriendo sin que estuviéramos solos, con Kieran ahí, encajado detrás de nosotros, totalmente consciente de lo que estaba pasando. Vergüenza por la oleada de humedad viscosa a la que Casteel contestó con otra embestida de sus caderas mientras sus manos bajaban a mi cintura. Deseo que, de algún modo, se fundió con algo más profundo, algo irrevocable; e incredulidad cuando enrosqué el brazo alrededor de su cuello y lo abracé, queriendo ahogarme en ese fuego. Hasta que me di cuenta de que ya lo estaba.

No sabía en qué punto se habían descontrolado tanto las cosas. Cuándo la forma en que me sujetaba, la forma en que se apretaba contra mí ya no era solo cuestión de saciar su sed y más cuestión de saciar un hambre de otro tipo. No sabía exactamente cuándo había perdido la pelea contra mi cuerpo. No sabía cuándo había dejado de pensar en el hecho de que no era solo el cuerpo

de Casteel el que me tocaba, no era su pecho contra el que cayó mi cabeza hacia atrás.

¿Era por el mordisco? ¿Era la necesidad y el deseo que habían cobrado vida la noche de la Perla Roja y que nunca se habían marchado, para convertirse en el fuego de mi sangre que bullía cada vez que estaba cerca de Casteel? ¿Era algo temerario y perverso en mi interior, en el centro de quién yo era, que me permitía relajarme y olvidarlo... todo? ¿O eran todas esas cosas combinadas? No lo sabía. No sabía nada cuando las manos de Casteel temblaron mientras se deslizaban por mi muslo, por encima del camisón. Me puso de puntillas, luego me subió más arriba, pasó una de mis piernas en torno a su cintura. La mitad inferior del camisón se abrió y la parte de arriba resbaló de mi hombro izquierdo. Cuando la dureza de Casteel presionó contra la parte más suave de mí, todo lo que supe fue que me había convertido en las llamas de mi sangre, algo completamente extraño para mí, algo atrevido y desvergonzado. Yo era el fuego y Casteel era el aire que lo alimentaba.

Las caderas de Casteel se hundieron en las mías y mi cuerpo respondió sin pensamiento consciente, apretándose contra él mientras se alimentaba y se alimentaba. La tensión se enroscó más fuerte. En el fondo de mi mente, no sabía si era el mordisco o la sensación de él entre mis piernas lo que me estaba llevando a toda velocidad peligrosamente cerca del borde.

—Ya basta —dijo Kieran. Su voz debería de haberme sobresaltado, pero solo fue una fuente de frustración—. Ya basta, Casteel.

Con el cuerpo palpitante, abrí los ojos aturdida mientras el pecho de Casteel subía deprisa contra el mío. Pasó un momento y, después, el poco aire que tenía me abandonó cuando sentí el húmedo y pecaminoso lametón de su lengua debajo del mordisco, después sobre él. La tensión palpitó de nuevo, y entonces su boca se separó de mi cuello. Eso fue lo más lejos que se movió durante varios instantes. A continuación, dio un paso atrás, pero me llevó con él mientras mi corazón y mi sangre siguieron palpitando con fuerza y el *deseo* no se había aliviado. Uno de sus brazos se cerró en torno a mi cintura, su otra mano volvió a mi pelo, guio mi cabeza hacia abajo. Enterré la cara en su cuello, aspiré su aroma y me limité a *respirar*. Tenía las dos piernas enroscadas alrededor de su cintura, y ni siquiera estaba segura de cuándo había pasado eso, pero Casteel me sujetó ahí, sin espacio entre nuestros cuerpos, mientras miraba a Kieran por encima de mi hombro.

[—]Gracias —le dijo con voz ronca.

^{—¿}Estás bien? —preguntó Kieran, y sentí cómo Casteel asentía—. ¿Penellaphe?

Noté la lengua pastosa, pero logré articular un «Sí» ahogado.

- —Bien. —El aire se removió a nuestro alrededor cuando Kieran pasó por nuestro lado. La puerta se abrió una rendija y una brisa fresca besó las partes desnudas de mi piel, pero no hizo nada por sofocar el calor.
- —Gracias —le dijo Casteel otra vez a Kieran y entonces la puerta se cerró. Giró la cabeza hacia mí—. Gracias a ti también —susurró.

No dije nada mientras lo abrazaba, atrapada en una tormenta de... deseo. Casteel se movió. Se inclinó para depositarme sobre la cama. La parte de atrás de mi cabeza se apoyó en la almohada y sus manos se deslizaron para salir de debajo de mí. Noté que la cama se ladeaba con su peso cuando se sentó a mi lado. Abrí los ojos.

Casteel estaba cerca, sus manos a ambos lados de mi cabeza mientras me miraba desde lo alto. Vi que el camisón había resbalado aún más, revelaba la curva de arriba de mi pecho. Ambos pezones se marcaban en la fina tela del suave camisón. Y más abajo, toda una pierna era visible, toda ella, hasta el pliegue entre el muslo y la cadera. Debería recolocar el camisón, taparme. Debería sentirme avergonzada, pero no moví las manos. No era que no pudiera. Fue solo que no lo hice. En su lugar, deslicé los ojos hacia los suyos.

Relucían como miel fundida, preciosos y absorbentes. Ninguno de los dos habló mientras su pecho subía y bajaba, sus respiraciones tan aceleradas como las mías. Sus músculos estaban rígidos porque se estaba controlando. Sabía que era eso lo que hacía porque todavía estaba conectada con él, abierta a él más tiempo del que había estado abierta jamás a nadie. Ya no percibía esa hambre voraz. Lo que sentí era rico y ahumado, y casi igual de intenso. Se me cortó la respiración y noté aún más calor.

Sus labios se entreabrieron y aparecieron las puntas de sus colmillos. El mordisco cosquilleó de un modo tan punzante que una oleada temblorosa se estrelló contra mí e hizo que mis muslos se apretaran y mi cadera se moviera.

Casteel cerró los ojos y aspiró una bocanada de aire entrecortada.

—Poppy... —Había un aluvión de necesidad en esa única palabra, en mi nombre. Me estremecí. Entonces abrió los ojos otra vez y estaban casi luminosos—. Ya me has dado tanto de ti misma, has hecho tanto por mí — murmuró, y pensé que no solo se refería a mi sangre. Su boca se acercó y la anticipación bulló en mi interior. Se paró a escasos centímetros de mi boca, su mano se cerró alrededor de mi cadera—. Déjame hacer esto por ti. Déjame aliviar tu deseo.

Mi corazón tronó al tiempo que todo mi cuerpo se puso tenso. Necesitaba decir que no. Había cien razones diferentes para ello. Pero eso no fue lo que salió por mi boca con una voz sensual que no era la mía.

—¿Y qué pasa con tu deseo?

Un ligero estremecimiento discurrió por su interior.

—Ahora no se trata de mí. —Su mano se paseó por encima de mi vientre, hacia donde mi piel estaba destapada en la cadera izquierda—. Déjame darte las gracias del único modo que puedo ahora mismo. Déjame mostrarte mi gratitud.

Apenas podía respirar o pensar. Retiré mis sentidos, creyendo que eso ayudaría a despejar mi mente, pero mi deseo siguió su presión contra mí, al ritmo de mi inestable corazón. Y me di cuenta de que todavía era el fuego. Todavía deseaba, fuese o no lo correcto, igual que había deseado esa mañana, que parecía haber sucedido hacía una eternidad.

Fui vagamente consciente de que mi cabeza asentía y entonces Casteel bajó la barbilla y sus labios rozaron los míos. Me hizo colocarme de lado, en dirección contraria a él, que se tumbó detrás de mí. Confusa, miré hacia él por encima de mi hombro y vi que se apoyaba sobre un codo y me miraba a su vez.

—Eres tan valiente —murmuró. Tiró de mí hacia la cuna de sus caderas. El camisón había resbalado aún más y ahora no había nada más que sus pantalones entre la curva de mi trasero y su miembro duro. Me mordí el labio cuando deslizó la mano por mi muslo y levantó mi pierna, justo lo suficiente para que una de las suyas pudiera colarse entre las mías.

Volvió a subir su mano por mi costado, por encima de mi brazo, y luego hacia abajo una vez más.

—Y fuerte.

El camisón resbaló más, como si siguiera el recorrido de su mano. Miré para ver que se había abierto, dejando al descubierto un pecho. Sentí que se me caldeaban las mejillas cuando vi la evidencia de mi deseo en el pezón turgente. Su mano se cerró sobre mi seno y solté una exclamación ahogada cuando su pulgar dibujó un círculo sobre la punta. Arqueé la espalda hacia su mano, hacia él.

—Tan generosa —susurró. Deslizó la mano más abajo, por debajo de mi ombligo y por encima de mi cadera desnuda, luego más abajo todavía. Sus dedos encontraron la humedad que se había concentrado ahí, y entonces cerró la mano en torno a mí. Su caricia fue como un hierro candente, mientras deslizaba distraído un dedo por el mismísimo centro de mi ser, con lentas pasadas juguetonas que hicieron que todo mi cuerpo se estremeciera. Continuó con esas caricias suaves como una pluma hasta que pensé que me

iba a salir de mi propia piel, que seguro iba a estallar en llamas, y entonces hundió un dedo en mi interior. Eché la cabeza hacia atrás contra su pecho y un sonido ahogado escapó de mis labios—. Tan condenadamente preciosa — musitó entre dientes, sacando el dedo casi del todo para luego volver a meterlo despacio.

Orientó la mano de modo que su pulgar danzara por encima del sensible haz de nervios mientras continuaba acariciando con ese largo y talentoso dedo suyo, que bombeaba despacio adentro y afuera, robándome cada vez más de mi aliento a cada penetración. Pasó su otro brazo a mi alrededor y lo cruzó por encima de mi pecho. Cerró la mano sobre uno de mis senos demasiado tensos mientras introducía un segundo dedo, estirando mi piel, avivando el fuego aún más.

Solté un gritito y presioné contra su mano, contra él. Su respiración llegaba en bruscos estallidos. Giré la cabeza para verlo observar sus manos, observarme a mí contonearme y apretarme contra ellas. Me deslicé hacia esa sensación tan agradable, caí en ella de forma alocada. La realidad desapareció. Yo no había sido la cautiva. Él no había sido el captor. No éramos socios de un trato en el que cada uno utilizaba al otro. Éramos solo nosotros dos, sus dedos y manos hábiles, el calor de sus brazos, la gloriosa tensión en mi interior, y su estremecimiento y su maldición al sentirme cabalgar su mano, cabalgar también el duro miembro que presionaba contra mí desde detrás. Era todas esas cosas y la repentina emoción del poder y el control.

Casteel empezó a girar el cuerpo para dejar algo de espacio entre nosotros, pero yo me había rendido al fuego. Estiré una mano hacia atrás, cerré los dedos en torno a su cadera y clavé las uñas en una súplica silenciosa.

Él obedeció.

Cedió con otra maldición y una breve y cálida pasada de sus labios por la curva de los míos mientras introducía los dedos con más fuerza, más profundo. Me restregué contra él, aunque no había ningún ritmo mientras los dos nos movíamos y nos contoneábamos. La espiral de mi bajo vientre daba vueltas y vueltas.

—Poppy, yo... —Se interrumpió cuando puse mi otra mano por encima de la suya para sujetarlo contra mí mientras *yo* lo tocaba a él.

Y sucedió. La tensión y la espiral, todo ello estalló para extenderse hasta el último rincón de mi ser. Gemí cuando ese éxtasis liberador bombeó a través de mí y me estremecí alrededor de sus dedos mientras *él* se estremecía contra mí, sin dejar de mover esos malditos dedos suyos y provocar todas las

mareantes olas de sensación que pudo hasta que mis manos se separaron de él y me quedé inerte. Hasta que su respiración se apaciguó contra mi mejilla. Entonces, despacio, sacó los dedos.

Sin embargo, su mano no fue lejos, sino que se deslizó hacia arriba y paró justo debajo de mi ombligo. Tiró de ambas mitades de mi batín para cerrarlo con la otra mano y lo sujetó en su sitio justo debajo de mis pechos. Hubo algo en ese acto que me pareció... tierno.

Poco a poco, fui consciente de la humedad que sentía en la zona de los riñones y la parte alta del trasero. Giré la cabeza hacia atrás y hacia un lado.

Casteel tenía la cabeza apoyada en la almohada detrás de la mía, su cara relajada de un modo que solo había visto mientras dormía. Tenía los ojos soñolientos y entrecerrados cuando su mirada se cruzó con la mía.

Y entonces ocurrió la cosa más extraña del mundo. Sus mejillas se sonrojaron mientras apartaba las caderas de mí.

—Lo siento —dijo con voz pastosa, y una sonrisa aniñada apareció en sus labios—. Eso no tenía que haber pasado.

Bajé la vista. Había una zona en la parte de delante de sus pantalones que era de un negro más oscuro. Mojado. Me puse roja y mis ojos volaron hacia los suyos.

- —Esto no me había ocurrido desde… —La sonrisa se volvió avergonzada y, entre eso y el tenue color que tenían sus mejillas, fue como ver a alguien distinto por completo—. Bueno, no me había ocurrido nunca.
 - —¿En serio? —pregunté, sorprendida por lo ronca que sonaba mi voz.
- —En serio. —Sus ojos buscaron los míos—. No quería... quiero decir, claro que quería eso. Quería más. Siempre quiero más cuando de ti se trata. El tono de sus ojos se avivó una vez más y los dedos de mis pies se enroscaron—. Pero ahora quería que fuese algo para ti.

Dios, también hubo algo supertierno en la forma que dijo eso.

- —Fue algo para mí. Intentaste poner espacio entre nosotros. —Aparté la mirada, mis ojos se posaron en sus manos—. Soy yo la que no te lo permití.
- —Y me gustó. —Una pausa—. Mucho. Como es obvio. —Tuve que reprimir mi sonrisa—. ¿Quién hubiese imaginado que podías ser tan exigente? —continuó, y puse los ojos en blanco—. Eso también me gustó. Como es obvio.

Sonreí de oreja a oreja. Su aliento era suave, me hacía cosquillas en la parte de atrás del cuello.

—Lo que hiciste por mí... Ofrecerte a alimentarme... Sé que tuvo que dar miedo. —No. En realidad, no—. Y solo quiero que sepas que yo... —Se

aclaró la garganta—. En verdad no hay palabras, aparte de *gracias*.

Miré sus dedos y los tendones de sus manos. Buscaba alguna señal de arrepentimiento o vergüenza. Estaba segura de que el bochorno vendría más tarde, cuando viera a Kieran, pero no me arrepentía de haberle ofrecido mi sangre a Casteel. Y como antes, tampoco deseé que lo que había sucedido después no hubiese pasado. No me parecía algo vergonzoso ni incorrecto. Me había parecido natural, como si algún conocimiento inherente dijese que era habitual que se produjese ese nivel de intimidad después de alimentarse. Que quisiéramos *más*. Que si hubiese crecido en Atlantia, que si él y yo fuésemos personas diferentes, lo que habíamos compartido después sería normal. Una vez más, sentía como que... el suelo que pisábamos había cambiado y se había movido debajo de nosotros.

—No tienes por qué darme las gracias. —Cerré los ojos—. Fue elección mía.



Casteel sacó el brazo de debajo de mí y la cama se movió cuando su peso la abandonó. Un calor lánguido se instaló sobre mí mientras observaba cómo iba hasta donde descansaba su bolsa al pie de la cama. Sacó algo y luego desapareció en la sala de baño, cerrando la puerta a su espalda. Oí el ruido amortiguado del agua fría al ser vertida de una jarra a la jofaina. El agua salpicó y me pregunté cómo podía soportar su temperatura.

Meneé los dedos de los pies contra la manta hecha un gurruño al pie de la cama y pensé que debería levantarme, o al menos tirar de la manta hacia arriba, pero estaba demasiado cómoda para hacer el esfuerzo. Mis ojos se cerraron. Solo volví a abrirlos cuando oí que se abría la puerta. Casteel salió por ella, solo con esos pantalones holgados de algodón que colgaban indecentemente bajos sobre sus caderas. No debería mirar, y desde luego que no con esa cara de pasmo, pero me empapé de la imagen de los duros músculos de su abdomen y las líneas definidas de su pecho y sus hombros. Su figura era evidencia de muchos años de blandir una espada y utilizar su cuerpo como un arma, pero tener su aspecto...

Debería estar prohibido.

Casteel me vio mirando y sus labios carnosos se curvaron en una sonrisa. Apareció el hoyuelo de su mejilla derecha.

Luego el de la izquierda.

- —Me gusta que hagas eso —dijo.
- —¿El qué?
- —Mirarme.

Vi cómo tiraba los otros pantalones dentro de su bolsa hechos un ovillo.

- —No te estoy mirando.
- —Me habré equivocado —murmuró. El hoyuelo de su mejilla derecha permaneció ahí. Se enderezó y los músculos de su espalda hicieron cosas interesantes y fascinantes.

Esperé a que me tomara el pelo por lo que acabábamos de hacer, a que comentara cómo, una vez más, y dos veces en el mismo día, me había contradicho con respecto a él.

La burla nunca llegó.

Casteel desapareció de mi línea de visión y, de algún modo, conseguí no girarme para ver qué hacía. Pasaron unos momentos y entonces la cama se ladeó bajo su peso una vez más. La sorpresa susurró a través de mí. Debí de haber sabido, cuando lo vi con esos pantalones, que no se iba a marchar de la habitación, pero tampoco había esperado que se quedara. Era muy temprano todavía, apenas mediodía.

Casteel alargó la mano, agarró la manta y la deslizó sobre mí, sobre nosotros, y entonces se acurrucó detrás de mí como había hecho antes. El silencio se estiró entre nosotros, llenó la habitación y luego...

—¿Puedo... puedo simplemente abrazarte? —preguntó, y jamás lo había oído tan inseguro—. Debería estar haciendo otras cosas y sé que no estamos en público, y sé que lo que hemos compartido no cambia nada, pero... ¿puedo... podemos solo fingir?

Mi corazón se aceleró de nuevo y no supe si fue el efecto de haberlo alimentado o lo que habíamos hecho después. O si era por la dulzura de su petición, la vulnerabilidad en su tono y la sensación de que las cosas habían cambiado aún más entre nosotros. Tal vez fuesen todas esas cosas las que me llevaron a decir:

—Sí, puedes.

Casteel soltó un suspiro entrecortado, pero no se movió. Cuando giré la cabeza hacia él, tenía los ojos cerrados, los labios entreabiertos. Me pregunté si estaba bien.

—¿Casteel?

Sus espesas pestañas se abrieron para revelar unos ojos ámbar extraordinariamente brillantes.

—Yo... creí que no me dejarías.

Volví a apoyar la cabeza en la almohada.

- —¿No debería?
- —¿Sí? ¿No? No lo sé. —Entonces se movió, deslizó un brazo debajo de mí y el otro a mi alrededor. Me acercó a él y pegó mi espalda a su pecho—. Pero ya no vale retractarse.

Me permití una sonrisita mientras me acomodaba en su abrazo, en su calor. Y me permití una cosa más.

Me permití disfrutar de ello.

Capítulo 27



Deslicé una de las túnicas limpias de Casteel por encima de mi cabeza y me miré. Luego suspiré. Entre los pantalones demasiado holgados y la camisa demasiado grande, que casi me llegaba hasta las rodillas, tenía un aspecto un poco ridículo. Pero la fina camisa negra era mucho mejor que mi jersey demasiado gordo.

No habíamos dormido tanto, quizás algo más de una hora, cuando me desperté para encontrar a Casteel apoyado sobre un codo, observándome. Cuando le pregunté qué hacía, se limitó a responder con un: «Disfrutar del panorama».

Me puse de todos los tonos de rojo posibles y él agachó la cabeza y me rozó la frente con los labios. Después me dijo que tenía una idea, y así es como había acabado vestida con esos pantalones holgados y una de sus camisas.

Cuando miré hacia el espejo ovalado antes de salir de la sala de baño, vi el lado de mi cuello. La zona de alrededor de las dos heridas punzantes rojas estaba un poco rosada. Toqué la piel y descubrí que la zona estaba tierna pero no dolorida. Cuando salí de la cama, me había fijado en que las sombras de debajo de los ojos de Casteel habían desaparecido, igual que la dureza de sus facciones. Era asombroso lo deprisa que le había afectado mi sangre.

También era asombroso cómo me había afectado a *mí* su mordisco.

En el instante en que su boca se había cerrado sobre mi piel y el dolor inicial de la mordedura se había desvanecido, fue como caer de cabeza en un mundo en el que lo único que importaba eran él y la sensación de él succionando un pedazo de mí bien profundo a su interior. Lo que Kieran me había contado antes sobre los corazones gemelos no había importado. La idea

de que Casteel me hubiese ocultado la verdad sobre Spessa's End porque, o bien temía que les contara a los Ascendidos lo que sabía si me capturaban, o bien no había querido compartir conmigo la información hasta no estar lo bastante lejos del alcance de los Ascendidos, ya no me preocupaba. Tampoco el impacto de lo que se hacía durante la Unión. No había sentido ninguna vergüenza por estar atrapada entre Kieran y Casteel, pues Kieran había estado prácticamente inmovilizado contra la pared por el ansia de Casteel. Yo me había convertido en una llama, y nada de eso había importado.

Pero ¿ahora?

Ahora, sentía vergüenza al pensar en Kieran, el *wolven* que debía de conocer la tradición. Algo que Casteel nunca me había dicho porque hacerlo no había sido relevante para él. El matrimonio era temporal. Un acto que no estaba segura de que fuese tan inocente como lo pintaba Casteel, al menos no la mayor parte del tiempo. Pero no me sentía avergonzada por lo que había visto Kieran. No sabía si debería, pero no me parecía algo de lo que avergonzarse. Mi reacción a Casteel fue natural y, aunque lo que sucedió después cuando él me expresó su gratitud fue una locura y una temeridad, en el fondo de mi corazón también había parecido *correcto*.

Saqué mi pelo del cuello de la túnica y lo dejé suelto, sonrojada al pensar en la aparente falta de control de Casteel. Había dicho que eso no le había pasado nunca, y no se me ocurría por qué habría de mentir al respecto. El hecho de que hubiese ocurrido conmigo era inconcebible, pero también me aportaba una extraña sensación de poder, una tan vieja como el tiempo mismo. El tipo de poder que imaginé que la Srta. Willa y las otras mujeres de la Perla Roja, las que trabajaban ahí y eran clientas del establecimiento, habían aprendido a dominar.

Al oír las pisadas de Casteel en el dormitorio, aparté la mirada del espejo y deslicé la puerta corredera.

Casteel había conseguido cambiarse de ropa. Más o menos. Se había puesto los pantalones y las botas, pero la túnica blanca todavía colgaba de sus dedos. Algo en los duros músculos de su pecho y su abdomen era del todo fascinante, pero mi descaro de hacía un rato me había abandonado.

- —Bueno, lo que te decía de mi idea —empezó, mientras pasaba la camisa por encima de su cabeza.
- —Casi me da miedo preguntar. —Fui hacia las puertas de la terraza. Casteel había abierto una después de despertarnos. Unos cálidos rayos de sol iluminaban el suelo alicatado.

Su risa sonó amortiguada por la camisa que todavía tapaba su cabeza.

—Me siento herido.

Como me daba la espalda, sonreí.

- —Estoy segura.
- —Completamente. —Se giró hacia mí y dejó la camisa sin remeter por los pantalones—. Como es temprano, había pensado que podíamos hacer una excursión.

Una intensa emoción bulló en mi interior mientras me peleaba con una larga manga.

- —¿A dónde?
- —Pensé que a lo mejor querías ver el verdadero Spessa's End.

Abrí la boca para preguntar si confiaba en mí lo suficiente como para enseñarme eso, pero logré reprimirme. Me miró con suspicacia.

- —¿Qué?
- —Me encantaría —opté por decir.

La cabeza de Casteel se ladeó y me miró durante unos instantes, casi como si no se creyera mi respuesta.

- —Me alegro. —Dio unos pasos y se detuvo delante de mí—. Pero te tengo que hacer una advertencia.
- —¿Cuál? —pregunté, mientras él levantaba mi brazo. Dobló los puños de las mangas, para que quedaran más arriba.
 - —Seguimos *fingiendo*.
- —¿Que tú eres solo Hawke? —pregunté cuando mi corazón se recuperó del traspié.
- —Y que tú eres solo Poppy. —Enrolló la manga, pero se paró justo antes de mi codo—. ¿Quieres las mangas más arriba?

Consciente de que lo preguntaba por las pálidas cicatrices de la parte de dentro de mis codos, asentí. Vi un destello de aprobación en sus ojos mientras remangaba la manga hasta quedar por encima de mi codo.

- —No pasaremos el resto de la tarde pensando en el pasado.
- —¿Ni preocupándonos por el futuro? —comenté. Asintió al tiempo que me hacía un gesto para que levantara el otro brazo.
 - —Solo seremos Hawke y Poppy. Eso es todo.

Observé cómo enrollaba la otra manga.

—Nadie más te tratará como Hawke. A mí no me verán como Poppy.

Levantó los ojos hacia los míos.

—No importa nadie más. Solo tú y yo.

Otro traspié del corazón. Era indudable que sería muy desaconsejable para mí seguir fingiendo. Me hacía perder la noción de la realidad y fingir...

bueno, a mí no me daba esa sensación. Pero tampoco cabía ninguna duda de que quería justo lo que él me ofrecía.

¿Y desde cuándo me había detenido a mí algo por parecer imprudente? Además, quería ver Spessa's End.

Así que asentí, mientras me decía que esa era la razón principal.

—Acepto tus condiciones.

Apareció el hoyuelo en su mejilla derecha.

- —Entonces, ¿trato hecho?
- —Trato hecho.
- —Entonces, debemos sellar el trato —me dijo—. ¿Y sabes cómo sellan los tratos los atlantianos? Lo hacen con un beso.
 - —¿En serio? —pregunté dubitativa—. Eso suena superproblemático.
 - —Tal vez.
 - —Y también suena a que es mentira.
 - —Lo es. —Casteel asintió.

No hubo manera de silenciar la carcajada que brotó de mi interior. Y Casteel... se movió a la velocidad del rayo. Agachó la cabeza y su boca estaba sobre la mía antes de que la risa se diluyese siquiera. La sorpresa de sentir sus labios sobre los míos fue como un calambrazo. El beso fue... tan embriagador como su mordisco, como todo lo relacionado con él. Y cuando sus dedos se deslizaron entre mi pelo y guiaron mi cabeza hacia atrás, no encontré fuerzas para protestar. Su beso se volvió más profundo, y el roce de sus colmillos, su lengua sobre la mía, me provocaron un estremecimiento tenso y caliente por todo el cuerpo.

—Perdón —susurró contra mis labios—. Sé que debería haber preguntado primero, pero tu risa... Me hace perder la cabeza, Poppy. —Deslizó las manos por mis mejillas, sus dedos no vacilaron ni un instante cuando llegaron a las cicatrices—. Eres más que bienvenida a darme un puñetazo por ello.

No quería darle un puñetazo. Quería que me besara de nuevo.

- —Supongo que así el trato está sellado, ¿no? —murmuré casi sin aliento. Casteel tragó de manera sonora.
- —Eso es. —Dio un paso atrás y me agarró de la mano—. Ven. Si pasamos un solo segundo más aquí dentro, no creo que consigamos salir jamás de esta habitación.

Abrí mucho los ojos. Lo decía totalmente en serio. Otro escalofrío recorrió mi piel.

Casteel me llevó afuera, cruzamos la terraza y salimos al patio, su mano aún cerrada con fuerza alrededor de la mía. Miré hacia el Adarve bañado por el sol y guiñé los ojos.

- —¿Hay gente en el Adarve?
- —Sí, y también estaban ahí ayer por la noche. Solo que no pudiste verlos.
- —La vista humana da asco —musité y él esbozó una sonrisilla—. Creía que los Ascendidos no eran una amenaza tan al este.
- —No lo han sido durante mucho tiempo, pero más vale prevenir que curar.

Nuestras botas resonaban con suavidad por la arena y los parches de hierba.

- —Alastir dijo que reconstruir Spessa's End fue idea tuya.
- —En su mayor parte, sí —confirmó, y eso fue *todo* lo que dijo a medida que nos acercábamos a los establos. Sentí una punzada de desilusión, pero entonces me recordé que hoy no tenía que pensar en el futuro—. ¿Te apetece ir a caballo? No está lejos para ir andando, pero me siento perezoso.
 - —Me da igual de un modo u otro.
- —Perfecto. Porque tengo otra idea —dijo. Un instante después, un hombre mayor salió por la puerta abierta del guadarnés—. ¿Qué tal estás, Coulton?

El hombre se acercó mientras pasaba un pañuelo por su cabeza calva. Según se aproximaba, me di cuenta de que era un *wolven*. Sus ojos eran del azul de una mañana de invierno.

- —Bien. —Inclinó la cabeza a modo de saludo—. ¿Y tú?
- —Nunca he estado mejor.

Apareció una sonrisa mientras Coulton deslizaba los ojos hacia mí. La sonrisa se interrumpió y dio un repentino paso atrás. Me miró sin parpadear y yo me puse tensa. Mis manos se apretaron por acto reflejo y estrujé la de Casteel, pero las obligué a relajarse de inmediato. O era por las cicatrices, o el *wolven* se había dado cuenta de quién era... de quién *solía* ser. La Doncella. Me recordé que no podía exactamente culparlo por su reacción.

—¿Va todo bien, Coulton? —preguntó Casteel en tono neutro.

El *wolven* parpadeó y entonces su sonrisa reapareció.

—Claro. Sí. Perdón. Es solo que he notado una sensación de lo más extraña. —Miró a su príncipe y su piel aceitunada adoptó un color mucho más rojizo—. Como una corriente estática o algo. —Se guardó el pañuelo en el bolsillo delantero de su camisa sin mangas—. ¿Es ella? ¿Tu prometida?

Aunque quería creer que el *wolven* había dicho la verdad, sabía bien que no debía creer algo solo porque quería que fuese cierto. Abrí mis sentidos y los estiré hacia él. La conexión invisible se formó y me preparé para el sabor

amargo, la pesadez asfixiante de la desconfianza y la animadversión. Pero no fue eso lo que sentí. El chorro fresco contra la parte de atrás de mi garganta era sorpresa, seguido de la sensación ácida de la confusión. Me dio la sensación de que sí había dicho la verdad.

—Esta es Penellaphe —me presentó Casteel—. Mi prometida.

Al oír el desenfado en el tono de Casteel, di un paso adelante y le tendí la mano mientras sonreía.

- —Es un placer conocerte, Coulton.
- El wolven esbozó una enorme sonrisa, una que iluminó toda su cara.
- —Es un honor conocerte. —Me estrechó la mano y abrió mucho los ojos. A través de la conexión, percibí su sorpresa una vez más—. Ahí está otra vez. Esa sensación de electricidad estática. —Se rio, todavía sujetando mi mano mientras sacudía la cabeza—. A lo mejor eres tú, Penellaphe.
 - —No creo —dije, por decir algo. Yo no había sentido nada.
- —No sé... Da la sensación de que estás... llena de energía. He oído que desciendes de Atlantia. —Me dio un último apretón antes de soltarme la mano y mirar a Casteel—. Supongo que es de un linaje potente.

Casteel ladeó la cabeza mientras mi ceño se fruncía.

- -Eso creo, sí.
- —¿Has venido a por Setti? —preguntó Coulton—. Si es así, está fuera en el prado.
 - —No. Necesita descansar. Solo necesito dos caballos.
 - —¿Dos? —pregunté.
- —Esa es mi otra idea. —La cara de Casteel se relajó en una sonrisa—. Enseñarte a montar sola.
 - —¿Qué? —susurré.
- —Ah. Tengo los caballos perfectos para eso. —Coulton dio media vuelta y fue hacia las cuadras al lado derecho del edificio—. Hay dos yeguas mayores. Un carácter maravilloso. No moverán ni una pestaña.
 - —¿Crees que es buena idea? —pregunté.
- —Ahora parece un momento mejor que muchos otros —me tranquilizó—.
 Y te va a ir genial después de montar a Setti.

No estaba tan segura de eso, pero Coulton trajo de todos modos una yegua achaparrada, blanca y marrón, junto con otra baya. Ninguna de las dos era tan grande como Setti, pero seguían siendo lo bastante grandes para matarme si me arrollaban.

—¿Cuál crees que le irá mejor? —preguntó Casteel.

—Esta. Molly es muy buena chica. —Coulton acarició el costado de la yegua pía—. Se portará bien.

Una vez que las ensillaron, Casteel me empujó con suavidad hacia Molly.

—Lo harás muy bien —me dijo en voz baja, mientras Coulton sujetaba el ramal de ambas yeguas—. Yo sujetaré sus riendas hasta que estés lista.

Nerviosa y un poco asustada, me decidí a hacerlo. Siempre había querido aprender a montar, y era una destreza necesaria que yo no tenía. Este era tan buen momento como cualquier otro.

Acaricié el hocico de Molly mientras iba hacia su flanco. Tragué saliva. Casteel vino detrás de mí, y supe que me iba a ayudar a subir.

- —Si me caigo, intenta atraparme al vuelo.
- —Puedo hacerlo.
- —Por favor, no me mates —murmuré, mientras levantaba la mano y me agarraba a la silla—. Que te mate una yegua llamada Molly sería bochornoso.

Los dos hombres se rieron entre dientes, pero cuando metí el pie en el estribo, Casteel se volvió hacia el *wolven*.

- —¿Tienes las riendas?
- —Molly no va a ir a ninguna parte.

Me di impulso para subir, aunque casi olvidé pasar la pierna por encima de la grupa. Un momento después, estaba sentada, y lo había hecho yo sola. Bajé la vista hacia Casteel, que sonrió, y yo sentí una revoloteo en el pecho. Aparecieron ambos hoyuelos.

- —Ahora no tendré excusa para tocarte de manera inapropiada en un entorno apropiado.
 - -- Estoy seguro de que encontrarás otra forma -- comentó Coulton.
- —Eso es verdad. —Casteel se mordió el labio de abajo—. Soy muy inventivo.

Puse los ojos en blanco, aunque prácticamente reventaba las costuras del orgullo. Tal vez aquello no fuese gran cosa para muchos, pero lo era para mí.

Casteel no me quitó el ojo de encima mientras se subía en la otra montura, que resultó llamarse Teddy. Casi me eché a reír cuando Casteel frunció el ceño al oír el nombre.

- —¿Lista? —preguntó una vez que tuvo las riendas de ambas yeguas en las manos. Me sujeté al pomo de la montura y asentí.
 - —Espero que Setti no se ponga celoso.
 - —Lo hará si te ve.

Nos despedimos de Coulton, y Casteel nos guio fuera de los establos. El primer par de trancos hizo que se me desbocara el corazón, porque me dio la

sensación de que me iba a caer en cualquier momento. Pero Casteel no dejó de hablar y me recordó que esto era igual que cuando él iba sentado detrás de mí.

Me explicó las reglas básicas para controlar a un caballo mientras nos conducía por un lado de la fortaleza y a lo largo del muro medio desmoronado.

—Para que un caballo pare, cierras los dedos sobre las riendas, aprietas y tiras un poco hacia atrás. El caballo notará la presión y sabrá que tiene que parar —explicó y demostró la técnica—. También puedes emplear las piernas —añadió, y demostró a lo que se refería. Cuando asentí, continuó—. Para poner al caballo en marcha, aprietas las piernas otra vez, pero lo haces aquí. —Señaló hacia el flanco del caballo—. O empujas con el asiento, inclinándote hacia delante. Siempre que quieras que el caballo escuche una orden, levantas las riendas. Esa es una señal para indicarle que va a recibir una orden. ¿Quieres probar?

Asentí. Sin soltarme de la silla, esperé a que Casteel levantara las riendas para poner una suave tensión sobre la cabezada de Molly, y entonces apreté las piernas contra la zona que Casteel me había indicado. Molly echó a andar con calma.

- —Lo hice —exclamé. Me volví hacia Casteel con una sonrisa. Él me miró.
- —Y ahora quiero besarte, pero no puedo porque estás en tu propio caballo. —Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo—. Esto ha sido mala idea. —Me reí—. Una idea espantosa.

Mientras avanzamos por el lateral de la fortaleza, repasó algunas más de las órdenes básicas al tiempo que me hacía parar a Molly y luego ponerla en marcha otra vez. Me fui confiando más a cada intento y estaba tan concentrada en la yegua que ni siquiera me di cuenta de que habíamos dejado atrás la fortaleza hasta que levanté la vista y vi un bosquecillo de árboles más adelante. Nos adentramos en él despacio y Casteel guio a ambos caballos por el camino de tierra.

- —Coulton tuvo una reacción extraña cuando te vio —dijo. Las frondosas hojas filtraban el sol.
- —Sí, pero creo que estaba siendo sincero. Su reacción no fue algo negativo. Lo sé porque utilicé mi don.
- —Sí, me percaté cuando diste un paso hacia él. Fuiste muy inteligente al hacerlo.

- —Yo... ser capaz de leer emociones para calibrar las intenciones de alguien no es infalible —dije. Empezaba a acostumbrarme a estar en la silla sola—. Pero la mayoría de las personas no pueden esconder sus emociones de sí mismas.
 - —Te da ventaja. Es lo que daba a los Empáticos ventaja.
 - —¿No estás preocupado por que lea tus emociones? —Lo miré de reojo.
- —Prefiero que emplees todo lo que tienes en tu arsenal, mejor que estar preocupada por lo que percibes en mí.
 - —Creo que la mayoría de la gente preferiría que no lo hiciera.
- —Yo no soy la mayoría de la gente. —No, no lo era—. Hace un rato preguntaste si Spessa's End era idea mía. Fue una combinación de ideas, mías y de Kieran —aclaró después de unos segundos. Me sorprendió su buena disposición a hablar ahora de este lugar—. Veníamos aquí a menudo cuando éramos más jóvenes, junto con mi hermano.

Ya sabía que esas excursiones incluían también a Shea, pero me lo guardé para mí misma.

- —Está a solo un día a caballo a través de las montañas, y a la mitad de distancia de ahí a la Cala de Saion, una ciudad de Atlantia —continuó—. Veníamos aquí un montón. Malik y yo. Más de lo que nuestros padres imaginaron jamás. Exploramos cada rincón de esta tierra, descubrimos todos sus secretos mientras nuestros padres creían que estábamos en la Cala. Nos habrían arrancado la cabeza de los hombros si hubiesen sabido la de veces que cruzamos a Solis.
 - —Pero ¿no era peligroso?
- —Eso es lo que lo hacía tan atractivo. —Apareció una breve sonrisa—. Pero incluso cuando Spessa's End estaba poblada, los Ascendidos no solían venir tan al este. No muchos sabían quiénes éramos y, mientras estábamos aquí, podíamos ser solo hermanos.

En lugar de los príncipes de un reino caído.

—En cualquier caso, Kieran y yo nos dimos cuenta del potencial de este lugar, con la fortaleza y el Adarve casi intactos. —Casteel se movió en su montura, sujetando las riendas con suavidad—. Y puesto que esta tierra está tan cerca de Atlantia, es importante.

No creía que esa fuese la única razón de que fuera importante para él.

—Costó un poco convencer a mi padre y a mi madre. Creían que no nos proporcionaría lo suficiente como para que el riesgo mereciera la pena, pero al final cedieron. Aunque mi padre es cada vez más partidario de recuperar todas nuestras tierras, mi madre ha sido la voz de la precaución. No quiere

otra guerra, pero sabe que no podemos seguir como estamos. Necesitamos esta tierra. Necesitamos más, pero, por el momento, espero que nos proporcione lo suficiente para que si el riesgo acaba por presentarse, sí merezca la pena.

Lo pensé un poco y se me ocurrió algo.

- —Entonces, Spessa's End es parte de Atlantia.
- —Todo Solis fue Atlantia una vez, pero yo he reclamado esta tierra. Este es suelo atlantiano.

Mi corazón se trastabilló cuando lo miré.

- —¿Significa eso que podríamos... podríamos casarnos aquí?
- —Sí. —Me sostuvo la mirada durante un momento, pero luego apartó la vista—. Sin embargo, eso no es lo que íbamos a hacer esta tarde, Poppy.
- —Lo sé —dije, pero mi corazón seguía acelerado con la idea de que estábamos en suelo atlantiano. Y que el matrimonio podría tener lugar más pronto que tarde.

Un grito procedente de más adelante me sobresaltó y mi respingo hizo que Molly se acelerara. Casteel la controló con las riendas.

- —¿Estás bien? —preguntó, y yo asentí.
- —¿Qué ha sido eso?
- —Estarán entrenando, supongo.
- —¿Entrenando?

Inclinó la cabeza hacia mí.

—Aunque el riesgo es bajo, vigilamos desde el Adarve y entrenamos a todos los que podrían defender la ciudad si fuese necesario.

Eso picó muchísimo mi curiosidad y mi interés, así que me giré otra vez hacia delante. Cabalgamos hasta el borde de un campo cuya hierba habían despejado. Un gran pabellón de piedra se alzaba en el otro extremo del espacio diáfano y lindaba con el tupido bosque. Unas cortinas blancas y doradas ondeaban a la brisa, ondulaban y se elevaban con suavidad, para revelar a un puñado de personas sentadas en el interior.

Pero fue lo que vi en el centro de la cañada lo que me dejó sin palabras.

Unas mujeres estaban sobre la tierra aplanada, al menos una docena de ellas, vestidas como ninguna mujer se atrevería a vestir en Solis. Llevaban pantalones negros y túnicas sin mangas, y el sol centelleaba sobre los aros dorados que rodeaban la parte superior de sus brazos.

- —¿Quiénes son? —pregunté.
- —¿Ellas? —Casteel hizo un gesto con la cabeza hacia el grupo—. ¿Recuerdas las mujeres de las que te hablé la noche que te encontré en las

aspilleras del Adarve?

Las recordaba bien, sí.

- —Mujeres que podían derribar a cualquier hombre sin parpadear.
- —Se te ha olvidado mencionar la otra parte. —Me miró, una sonrisa pícara y sugerente tiraba de las comisuras de sus labios—. Lo de tener los pech...
 - —No lo había olvidado —lo interrumpí—. Elegí no mencionarlo.

Se rio, pero antes de que pudiera explicarme nada más, un repentino movimiento en masa llamó mi atención. Unos hombres vestidos igual que las mujeres brotaron de entre las sombras de los árboles circundantes y echaron a correr por el campo. Eran muchísimos más que las mujeres; debía de haber tres o cuatro veces más hombres.

Las mujeres se giraron, todas menos una, que se mantenía aparte de las otras y era la más próxima a los hombres que se acercaban. Era rubia y alta, el pelo recogido en una gruesa trenza. Nos observaba a nosotros, ajena, al parecer, a la mole de hombre más grande aún que Elijah, que corría hacia ella, una espada dorada en alto.

La mujer giró en el último segundo y me quedé boquiabierta cuando agarró al hombre por el cuello. Soltó un largo y ondulante grito que fue coreado por las otras, y derribó al hombre, que cayó al suelo como un fardo. Con el impacto, explotó una nube de tierra, que quedó flotando en el aire mientras ella lo agarraba del brazo y se lo retorcía hasta que dejó caer la espada. Esta dio la impresión de caer directamente en la mano de la mujer y, en un abrir y cerrar de ojos, la tenía apuntando al cuello de su atacante.

Miré por el claro y vi que solo quedaban mujeres en pie, todas ellas desarmadas al comienzo. Ahora, tras desarmar a los hombres, blandían espadas o lanzas que apuntaban al cuello de los hombres o a partes mucho más interesantes.

—Son la élite del reino, cada una de ellas más diestra y letal que la anterior —explicó Casteel. Noté sus ojos sobre mí—. Son las guardianas de los ejércitos atlantianos.

Incapaz de apartar la mirada de las mujeres, observé cómo tendían sus manos a los hombres y los ayudaban a ponerse en pie.

- —Son las últimas de su linaje, nacidas en el seno de una larga sucesión de guerreras que defenderán Atlantia hasta su último aliento.
 - —¿Y son todas mujeres?
 - —Así es.

Las guardianas y los hombres se percataron entonces de nuestra presencia. La rubia alta dio un paso al frente y se llevó el puño cerrado al corazón. Las otras mujeres hicieron otro tanto, mientras que los hombres se inclinaron doblándose por la cintura. Casteel les devolvió el saludo poniendo también el puño sobre su corazón.

Yo estaba totalmente alucinada mientras Casteel instaba a nuestros caballos a avanzar por el borde del prado, agradecida de que él tuviera el control de Molly. Mis ojos seguían pegados a las mujeres, que estaban devolviendo las armas a los hombres. Era... era casi como si no pudiera creer lo que mis ojos me estaban diciendo. Tras crecer en una sociedad en la que el objeto más afilado que a una mujer le permitían manejar era una aguja de hacer punto, estaba pasmada. Y mi pasmo se convirtió en fascinación cuando una de las mujeres le enseñó a un hombre una forma mejor de agarrar la espada.

- —Los están entrenando, ¿verdad? —pregunté.
- —Sí —respondió Casteel—. Las guardianas siempre entrenan a nuestros guerreros, aquí y al otro lado de Skotos.
- —¿O sea que hay más? —Observé a un *wolven* de pelaje negro y blanco salir del pabellón y acercarse a la rubia; el *wolven* casi le llegaba al pecho.
- —Quedan unas doscientas —dijo, mientras la guardiana le sonreía al *wolven*—. Pero una de ellas equivale a veinte guerreros entrenados.

Por fin logré apartar la vista de ellas.

- —¿Tienen... habilidades únicas, cortesía de su linaje?
- —Solo las mujeres nacidas de ese linaje. Son como los Elementales en términos de fuerza y mortalidad, y necesitan alimentarse de sangre.
- —¿Queda algún otro linaje de guerreros? —pregunté mientras nos adentrábamos en el otro lado del bosque. Casteel negó con la cabeza.
 - —Ellas son las únicas. —Hizo una pausa—. Aparte de ti.

Aparte de mí.

Era extraño oír eso, saber que descendía de un linaje de guerreros.

- —Puede que yo no sea la única —comenté. Casteel siguió mirando al frente—. Sé que es poco probable que Ian sea mi hermano de padre y madre, pero eso no significa que no haya otros ahí fuera de los que nadie sabe nada, incluidos los Ascendidos.
- —Es verdad, pero creo que sería muy difícil que todos hubieran pasado desapercibidos hasta ahora. —Sus ojos siguieron a un gorrión que volaba por el camino—. Eso me hace pensar en la primera Doncella, si es que existía, y en todos los demás que hayan podido descubrir y de los que jamás sabremos

nada. También me hace pensar en el tiempo que pasé retenido por los Ascendidos. Siempre utilizaban a mortales con sangre atlantiana para alimentarme.

Me resistí al impulso de estirarme hacia él con mis sentidos, pues ya sabía lo que iba a encontrar.

—Algunos eran jóvenes, apenas superada la madurez. Otros eran más viejos, el pelo canoso y el cuerpo ya empezando a mostrar signos de la edad —continuó, después de unos instantes—. Traté de llevar la cuenta de todos los que llevaban a mi jaula, pero no… no fui capaz de hacerlo. Aun así, entre Malik y yo, no creo que pueda haber más ahí afuera.

Ian había sido el último en Ascender, y en ese caso fue solo él. Antes de eso, habían pasado varios años desde la última Ascensión. Me invadió una oleada de miedo. Las Ascensiones se habían realizado con una periodicidad anual durante varios años, pero después, cuando era una niña, casi habían parado del todo. Las implicaciones de eso despertaron una preocupación en mí: ¿y si Malik ya no estaba vivo?

Tanto Kieran como Casteel creían que seguía con vida, pero no había ninguna prueba de ello. Y quería saber si Casteel se había planteado en serio esa posibilidad. Me mordí el labio.

—Tienes aspecto de querer decir algo —comentó.

Era verdad, pero ¿cómo podía preguntar lo que quería? No creí que debiera, así que dije lo que también creía que había que decir.

—Hiciste lo que debías hacer para sobrevivir. Espero que creas que es verdad.

Casteel no contestó y, cuando lo miré y vi el enorme vacío en sus ojos, me dolió el corazón. Porque lo supe.

Supe que no lo creía.

Y todo lo que quería en ese momento era devolverle algo de calor.

—Aun así, todavía tengo ganas de apuñalarte. —Su cabeza voló en mi dirección—. Solo que no con la misma frecuencia —me corregí.

Un lado de sus labios se curvó hacia arriba. Luego se rio. El sonido fue áspero y un poco ronco, pero fue real.

—Me sentiría decepcionado si no las tuvieras.

Miré al frente, una sonrisa en los labios.

- —Menudo comentario más extraño.
- —¿Qué quieres que te diga? Me gustan las mujeres con tendencias violentas.

—Eso no suena mejor en absoluto —le informé, al tiempo que me preguntaba si Shea había sido así, propensa a apuñalarlo cuando estaba enfadada. No estaba muy segura de ello, si tenía en cuenta lo que había dicho que me merecería cuando todo esto terminara: una relación sin puñaladas ni puñetazos. Ni secuestros.

Aparté esos pensamientos a un lado antes de que pudieran hundirme. Estábamos fingiendo y eso significaba que no había ningún futuro, aunque no pudiésemos escapar del pasado.

Por suerte, unos momentos después surgió una distracción. Cuando salimos de la zona boscosa, por fin vi lo que Casteel había construido.

Mi mano se aflojó sobre la montura al ver un pedacito de Atlantia escondido dentro de Solis.

La bahía de Stygian centelleaba a nuestra derecha como la noche más oscura. Delante de nosotros había un pueblo del tamaño de New Haven. Una vez más, me quedé sin palabras mientras continuábamos avanzando por el camino de tierra. Solo me di cuenta a medias de que había gente que nos saludaba, con una reverencia o con la voz.

El suave paisaje ondulado estaba salpicado de casas unifamiliares hechas de piedra caliza y adobe. Tenía que haber unas cien, todas de una planta y espaciadas, de modo que cada una pudiese tener terrazas privadas con cortinas y pequeños jardines. A medida que nos acercamos a las casas, vi que los jardines estaban llenos de tomates maduros y tallos de maíz, lechugas y otras verduras plantadas en pulcras hileras. Las únicas casas de Solis que tenían terreno más allá de un rincón apenas lo bastante grande para tener un árbol eran las de lugares como Radiant Row.

- —Madre mía —susurré mientras miraba a nuestro alrededor.
- —Espero que esa sea una exclamación de aprobación —sugirió Casteel mientras nos acercábamos a la cima de una pequeña colina.
 - —Lo es. Estas casas... ¿Y los jardines? Jamás había visto nada parecido.
- —El suministro de comida es mucho más fácil cuando cada familia cultiva todo lo que puede —explicó. Tiró de Molly para acercarla más a él cuando la yegua pareció fijarse en una mariposa amarillo chillón—. Todos los jardines los plantaron granjeros con experiencia. Aquellos que aceptaron trasladarse a Spessa's End tuvieron que realizar un periodo de prácticas con granjeros para aprender a mantener los jardines en buen estado y detectar enfermedades. Como las temperaturas rara vez bajan de cero grados de noche, podemos seguir obteniendo productos de los huertos durante más tiempo que en el norte.

En Solis, la comida había que comprarla o cultivarla, pero muy poca gente tenía tierra para cultivar nada, lo cual significaba que gastaban la mayor parte de sus ingresos en adquirir comida. Si no había dinero, simplemente no había nada para comer.

En cuanto llegamos a la cima de la colina, el olor a carne braseada sustituyó al aroma dulzón de la brisa. Fue entonces cuando me percaté de que todavía no había visto nada. El centro urbano se encontraba en el valle entre las casas. Había otros edificios más grandes que casas y numerosos pabellones con columnas y adornados con cortinas o toldos de colores vivos que albergaban diversos mercados. Había negocios (carnicerías, costurerías, herrerías, panaderías) y en el mismísimo centro y más altas que cualquiera de los otros edificios, estaban las ruinas de lo que antaño debió de ser un gran coliseo. O eso parecía. Solo quedaba la mitad de la estructura.

—Ahí solían celebrarse competiciones y conciertos —dijo Casteel, tras seguir la dirección de mi mirada—. Recuerdo estar sentado en esos asientos viendo obras de teatro.

Pensar en todas las almas que una vez habían llenado el enorme coliseo me comprimió el corazón.

- —¿Lo vais a restaurar?
- —Todavía no lo sé —reconoció mientras seguimos bajando por la suave colina—. No he querido derribarlo, porque en cierto modo se ha convertido en un monumento, un recordatorio de lo que una vez hubo aquí. Tal vez algún día me decida a restaurarlo.

En el centro del pueblo había más gente que serpenteaba entre los pabellones y los puestecillos. Fingir que él era solo Hawke y yo Poppy terminó cuando la gente se acercó a toda prisa a darle la bienvenida a Casteel o esperaba a un lado hasta que otros se fueran retirando.

Había *wolven* y atlantianos entre los Descendentes y, entre el revuelo de caras, me di cuenta de que todos parecían genuinamente contentos de ver a Casteel. La mayoría lo llamaban por su nombre, no por su título, lo cual era algo que no se toleraba en Solis. Todo el mundo se dirigía a los Regios como *lord* o *lady*, y no hacerlo se consideraba muy irrespetuoso o, peor aún, como signo potencial de ser un Descendente.

Observé a Casteel mientras sonreía o reía por algo que alguien había dicho, preguntaba por un miembro de la familia o un amigo, al parecer tan fascinado por ellos como lo había estado yo por las guardianas. Sonreí cuando me presentó a todos los que se le acercaban. *Mi prometida*. *Mi prometida*. Escuché mientras hablaba con muchos de ellos, gente a la que

llamaba por su nombre de pila, y se mostró atento y cercano mientras seguimos camino. Si esta no era otra máscara, si así es como era con su gente, era el príncipe al lado del cual cualquiera se sentiría honrado de gobernar.

Algo sin nombre y desconocido dentro de mí se *ablandó* y luego se abrió, aun cuando mis sentidos vibraban bajo mi piel, estirándose y palpitando en respuesta al ciclón de emociones encontradas que emanaba de la multitud e impregnaba el aire a mi alrededor.

Me fijé que, la mayoría de las veces, la reacción de la gente a mí era mucho más apagada. Las sonrisas pasaban de cálidas y genuinas a frías y forzadas. Las miradas de bienvenida se convertían en unas de curiosidad o se volvían inexpresivas. Algunos ojos se demoraron en las cicatrices por el más breve de los momentos mientras que otras las miraban con descaro. Hubo también miradas que se apartaban a toda prisa y saludos farfullados.

Y mientras hacía un gran esfuerzo por mantener mis sentidos a raya, aunque sabía que para muchas de las personas de Atlantia no era bienvenida, empecé a *fingir* de nuevo.

Solo que esta vez él era Casteel y yo era Poppy, y él de verdad era mi príncipe.

Capítulo 28



—Hay alguien a quien me gustaría que conocieras —anunció Casteel mientras salíamos del centro del pueblo, más allá de la masa de gente.

La tensión de mi pecho se alivió cuando la gente se dispersó, pero se me formaron nudos de energía nerviosa en el estómago. ¿Sería amistosa esa persona? ¿Me miraría sin disimulo?

—¿Estás bien? —me preguntó Casteel, justo cuando paraba a los caballos en la puerta de una de las casas, en la que unas enredaderas con diminutas florecillas rosas trepaban por el enrejado de la terraza.

Asentí mientras deslizaba la vista calle arriba, atraída por el repicar de un martillo. Estaban construyendo más casas. Había hombres sobre los tejados, la piel empapada de sudor, y mujeres que deslizaban herramientas por las paredes exteriores para alisar el adobe.

Un joven *wolven* salió del interior de la casa y bailoteó entre las piernas de las mujeres moviendo la cola. Recordé que la víspera habían dicho que no había demasiados jóvenes por aquí, así que supuse que sería Beckett. Una sonrisa quiso asomar a mis labios al verlo empujar una pala con la nariz para hacerla rodar hacia una de las mujeres.

Casteel echó pie a tierra justo cuando la puerta de la casa se abría y Kieran salía por ella. Arqueó las cejas al verme montada en mi propio caballo y, antes de que pudiera sentir vergüenza por lo que había pasado por la mañana, empezó a hablar.

- —Por todos los dioses, ¿la tienes sobre su propio caballo? Pronto se dedicará a arrollarnos en lugar de apuñalarnos.
- —¿El es quien querías que conociera? —pregunté, los ojos entornados—. No estoy segura de si te das cuenta, pero sé muy bien quién es.

Casteel se rio mientras venía a mi lado.

—No es él a quien quiero que conozcas. —Sujetó a Molly—. ¿Quieres desmontar tú sola?

Asentí. Levanté una pierna, la pasé por encima de la montura y me dejé caer al suelo, no con la misma elegancia que él, pero lo hice.

- —Bien hecho. —Kieran aplaudió.
- —Cállate.

El *wolven* se rio mientras uno de los trabajadores llamaba a Casteel, que miró hacia donde estaba, con los ojos guiñados. Me rozó la espalda un momento.

—Ahora mismo vuelvo.

Asentí y me volví hacia Molly para rascarla detrás de la oreja mientras observaba a Casteel trotar hacia la casa.

- —Por cierto… —Kieran se acercó a mí—… espero que no estés avergonzada por lo de esta mañana.
 - —No estoy avergonzada —susurré.
 - —¿Ah, no? —Sonó dubitativo—. No te atreves a mirarme.
 - —Hace unos segundos te estaba mirando.
- —Solo porque me querías hacer cosas violentas y terribles. —Sonreí porque era verdad—. ¿Ves? Ahora también parece que quieras hacer eso.

Con las cejas levantadas, me volví hacia él.

—¿Contento? Te estoy mirando.

Apareció una medio sonrisa.

- —Sí, pero tu cara está roja como un tomate.
- —Lo que tú digas —musité.
- —Y todavía tienes pinta de querer asesinarme. —Suspiré y él ajustó la cabezada de Molly antes de seguir hablando—. ¿Sabes? Lo que sentiste mientras Casteel se alimentaba y lo que seguro vino después es natural.
 - —Gracias, pero no necesito que me lo digas.
 - —Entonces, quizá quieras un consejo.
 - —En realidad, no.
 - —Te lo voy a dar de todos modos.
 - —Por supuesto.
- —Si quieres que las próximas veces que se alimente (y estoy seguro de que sabes que habrá más veces) sean menos íntimas, podrías ofrecerle la muñeca.

Me giré hacia Kieran a toda velocidad.

—Vaya, pues sí que es útil esa información ahora.

Kieran se rio y ni siquiera se molestó en apartarse cuando le di un puñetazo.

- —Auch —murmuró—. Me has hecho daño.
- —¿Quiero saber siquiera por qué acabas de pegarle a Kieran? —preguntó Casteel, que llegaba justo en ese momento. Los ojos de Kieran se iluminaron al tiempo que abría la boca.
- —No —me apresuré a decir, lanzándole a Kieran una mirada que prometía una muerte segura si se le ocurría decir algo. Casteel se puso a mi lado—. No quieres saberlo.

Con una sonrisa, Kieran decidió callarse lo que iba a decir.

- —¿Cuándo ha necesitado una razón para ser violenta? —comentó a cambio.
- —Cierto. —Casteel me echó una miradita, un lado de sus labios se curvó y ese maldito hoyuelo hizo acto de aparición—. Supongo que debo estar agradecido de que no te haya apuñalado.
 - —Para eso siempre hay tiempo —mascullé.

Una risa ronca pero femenina me hizo girar la cabeza.

—Tienes razón, Kieran. Me gusta.

Descalza a la entrada de la terraza vi a una mujer despampanante, vestida con mallas negras y una túnica sin mangas amarillo chillón que resaltaba la curva de sus caderas y su pecho. Unos aretes dorados rodeaban sus muñecas y la parte superior de sus brazos. Su pelo negro como el carbón, trenzado en estrechas hileras apretadas, casi le llegaba a la cintura. Los pálidos ojos de un azul invernal formaban un contraste impactante con su preciosa piel, tan bonita como el suntuoso negro de las rosas de floración nocturna. Había algo vagamente familiar en el ángulo de sus mejillas y en la forma de su frente, aunque sabía que no había visto a esa *wolven* nunca.

- —¿Porque ha insinuado que quizás me apuñale más tarde? —musitó Kieran—. Alucino.
- Oh, Dios, de verdad que tenía que dejar de hablar de apuñalar a gente. La mujer se echó a reír.
- —Por supuesto. —Salió por la puerta y sus ojos saltaron hacia Casteel—. ¿Y tú qué haces ahí plantado tan callado?
- —No te voy a interrumpir. —Casteel levantó las manos—. La última vez que lo hice, me hiciste caer de culo.

Parpadeé.

—No fue por eso que te hice caer de culo —repuso ella—. No recuerdo exactamente por qué lo hice, pero estoy segura de que fue porque habías

hecho algo para merecértelo. —Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba—. Como ninguno de estos dos tiene modales, me presentaré. Soy Vonetta, pero todo el mundo me llama Netta. Soy la hermana de Kieran.

Me llevé una gran sorpresa.

—Tienes una hermana —farfullé.

Vonetta le lanzó a su hermano una mirada significativa.

- —Guau, Kieran.
- —Eh, Casteel tampoco te mencionó nunca.
- —A mí no me metas en esto —protestó Casteel.
- —Has herido mis sentimientos, y soy el bebé de la familia. Mis sentimientos nunca deberían herirse —dijo con un mohín—. Espero un frasco extra de fruta confitada.
 - —En cuanto tenga una hora para hacerla, la tendrás.
- —Ya has tenido un montón de horas para hacerla. —Se volvió hacia mí y me tendió la mano. Llevaba las uñas pintadas de un amarillo tan chillón como su túnica.
- —Soy Penellaphe —me presenté, y le estreché la mano. En cuanto nuestra piel entró en contacto, Vonetta abrió mucho los ojos—. ¿Acabas de notar algo extraño?
- —Sí. Como una corriente estática —contestó. Casteel se acercó y ella me soltó la mano—. Qué raro.
 - —Coulton sintió lo mismo —comentó Casteel.
 - —Y yo noté algo parecido en New Haven —me recordó Kieran.
 - —Es verdad. —Crucé las manos—. Lo había olvidado.
 - —Bueno, ahora soy yo el que está ofendido —musitó.
- —¿Tú sientes lo mismo? —le pregunté a Casteel, recordando una sensación similar unas cuantas veces al tocarnos.
- —Lo he sentido, sí —admitió, la cabeza ladeada mientras me miraba con atención, como si fuese una extraña especie nueva—. Creía que era mi imaginación.
- —Yo lo he sentido alguna vez cuando te he tocado. —Me giré hacia los hermanos—. Pero no he sentido nada ni ahora ni cuando Coulton o Kieran sintieron algo antes.
 - —Al parecer, no somos tan especiales como Casteel —comentó Vonetta.
- —Eso deberías saberlo ya —repuso él. La *wolven* lo fulminó con la mirada.
- —Es probable que decir algo como eso fuera lo que me empujó a hacerte caer de culo la última vez.

Me eché a reír.

- —Me gusta.
- —Cómo no. —Casteel suspiró mientras ponía una mano sobre mi espalda. Sin embargo, cuando levanté la vista hacia él, tenía esa expresión otra vez. Como si se hubiese quedado sin aliento. Tragó saliva y miró a la hermana de Kieran—. ¿Nos vas a invitar a pasar?
 - —¿Vas a ser menos irritante?
 - —Es probable que no, pero dado que soy tu *príncipe*…
- —Lo que tú digas. Vale. —Luego sonrió—. Adelante. Acabo de terminar de preparar unos sándwiches.

La zona de estar era una salita redonda y acogedora llena de color. Gruesos cojines azul cielo rodeaban una mesa baja blanca. Almohadones naranjas chillones y morados cubrían un sofá negro. La brisa que entraba por las puertas de la terraza y las ventanas abiertas hacía girar de un modo perezoso las aspas de un ventilador de techo. Una montaña de libros en un extremo de la mesa de al lado del sofá llamó mi atención, pero Casteel tiró de mí para que me sentara en uno de los cojines azules del suelo mientras Vonetta y Kieran desaparecían por debajo de un arco redondo.

—¿Os apetece limonada? —nos llegó la voz de Vonetta desde la otra habitación—. La ha hecho Kieran, así que está más dulce que ácida.

Casteel me miró y, cuando asentí, contestó:

—Perfecto.

Unos segundos después, Kieran regresó con cuatro vasos, que puso en la mesa antes de dejarse caer en el cojín del otro lado de Casteel.

- —Gracias —le dije. Cuando levanté el vaso frío, oí tintinear unos cubitos de hielo y pensé que debía de haber una cámara de refrigeración subterránea en alguna parte, puesto que todavía no parecía haber electricidad en Spessa's End.
 - —No seas educada —me regañó Kieran—. Me pone nervioso.

Sonreí ante su comentario y bebí un sorbito. La mezcla dulce y ácida era perfecta.

- —Oye, esto está buenísimo.
- —Kieran es un maestro preparando bebidas. —Casteel se apoyó hacia atrás sobre un brazo, con lo que quedó rozando mi hombro—. Sobre todo del tipo que incluyen alcohol.
 - —Un hombre debe tener sus talentos.
- —Aunque dichos talentos sean, por lo general, inútiles —comentó Vonetta al entrar, cargada con una bandeja plateada llena de sándwiches

cortados en tiras finas y un gran cuenco de fresas espolvoreadas con azúcar.

- —Lo recordaré la próxima vez que me pidas que te prepare algo de beber. Vonetta resopló desdeñosa mientras tomaba asiento a mi lado.
- —Espero que te gusten los sándwiches de pepino. Aparte de los de fiambre, son los únicos sándwiches que consigo hacer bien.
- —Son uno de mis favoritos. Gracias —dije y me serví uno—. De hecho, es el único sándwich que he hecho en mi vida.
- —¿En serio? —preguntó Casteel, pasándome una de las servilletas de la bandeja. Asentí.
- —No me permitían cocinar ni aprender a hacerlo, pero a veces me escapaba a la cocina y observaba lo que hacían —admití. Y me sentí como una estúpida en el mismo instante en que las palabras salieron por mi boca. No tenía ni idea de cuánto sabía Vonetta de mi pasado. Noté que un intenso rubor trepaba por mi cuello, así que me eché un poco hacia atrás y me distancié de Casteel. Me apresuré a meterme medio sándwich en la boca.
- —Kieran me ha contado un poco de cómo era tu vida —dijo Vonetta, su tono suave—. Pero, de verdad, lo de no permitirte aprender a cocinar suena asombroso.

Levanté la vista hacia ella, confusa, mientras Casteel cerraba otra vez la corta distancia que nos separaba. Su brazo se apretó contra el mío al estirar la mano a por un sándwich y luego lo dejó ahí.

- —No me refiero a lo de no tener elección. Eso suena terrible. *Es* terrible. —Bebió un sorbo de limonada—. Pero si no me dejasen aprender, entonces tendría una excusa para lo mal que se me da cocinar. Nuestra pobre madre se pasó muchas lunas intentando enseñarme a hornear pan. Pero yo prefería afilar una espada antes que amasar levadura. Mamá, por supuesto, hace ambas cosas maravillosamente bien.
- —Como yo —aportó Kieran con una sonrisa, y su hermana puso los ojos en blanco.
- —Suena como que Poppy y tú tenéis eso en común —intervino Casteel, mientras se limpiaba los dedos en la servilleta. Que me hubiese llamado así delante de la hermana de Kieran era prueba más que suficiente de la relación que tenía con ella—. También tiene afición por los objetos afilados y letales.
 - —Es verdad —confirmé. Vonetta sonrió.
- —Otra razón para que me gustes —dijo—. Bueno, ¿qué opinas de Spessa's End hasta ahora?

Me terminé el sándwich y le conté que hasta hace pocos días no sabía nada de lo ocurrido en Pompay y Spessa's End.

- —Estoy alucinada por lo que habéis hecho aquí. Las casas son muchísimo más agradables de lo que la mayoría de la gente tiene en Solis. ¿Y los jardines? Allí no hay nada así. Después de ver Pompay, no esperaba nada más que ruinas.
- —Solis suena como un sitio espantoso —declaró. Casteel resopló con desdén.
 - —Te has quedado cortísima, Netta.
- —Hay partes agradables, pero casi nadie tiene acceso a ellas. —Pesqué una fresa regordeta del bol—. Y también hay gente buena. Personas asustadas que no conocen otra forma de vida más que la que les ha tocado desde que nacieron.

Netta asintió mientras echaba varias de sus trencitas hacia atrás por encima del hombro.

—Esperemos que eso cambie pronto.

Me mostré de acuerdo con ella y la conversación pasó a otros temas. Casteel se interesó por los padres de Kieran y Vonetta. Me enteré de que su madre se llamaba Kirha y que Vonetta tenía intención de ir a casa a verlos pronto, pues quedaba poco para el cumpleaños de su madre. Hablaron de cuántas casas nuevas creían que se completarían en el próximo par de meses, y Vonetta mencionó a unas cuantas personas que conocía y que estaban interesadas en instalarse ahí. Preguntó sobre las posibilidades de tener electricidad, lo cual llevó a una conversación sobre generadores de potencia y cableado que me sonó a un idioma diferente. Averigüé que el papel de Vonetta en Spessa's End era similar al de un guardia del Adarve, y la manera en que intercambiaba insultos con Casteel me dejó claro que los tres habían crecido juntos. La amistad entre ellos era tan real que me hizo anhelar con ansia lo mismo... me hizo pensar en Tawny. Le encantaría la hermana de Kieran.

Después, Vonetta preguntó cómo había aprendido a luchar y los minutos pasaron sin darnos cuenta, los sándwiches desaparecieron y durante toda la tarde, nunca hubo más de unos pocos momentos en los que alguna parte del cuerpo de Casteel no estuviese en contacto con el mío. Ya fuese su brazo apoyado contra el mío, o su rodilla, o cuando Casteel jugueteaba con mi pelo, lo remetía detrás de mi oreja, o arreglaba las mangas de mi túnica prestada. El contacto constante, los pequeños roces aquí y allá, hicieron que resultara muy fácil olvidar que estábamos *fingiendo*.

Y era difícil, al menos para mí, no darse cuenta de lo diferente que era la actitud de Vonetta hacia mí comparada con su actitud hacia los otros. Podía

deberse a que era hermana de Kieran y amiga de Casteel, pero la *wolven* en general tenía reacciones totalmente distintas hacia mí. No eran desconfiadas y, aunque abrí mis sentidos a ella durante unos instantes cuando la pillé mirándome con expresión extraña, todo lo que percibí de ella fue curiosidad.

—Entonces, todo esto de la electricidad estática... —Vonetta retomó el tema después de que Kieran hubiese recogido la mesa—. Me gustaría ver si pasa otra vez.

Arqueé las cejas, pero yo también sentía curiosidad. Alargué la mano y, un segundo después, Vonetta puso la palma de su mano sobre la mía. Frunció un poco el ceño.

- —¿Notas algo?
- —No. —Sonaba decepcionada.
- —Yo solo lo noté una vez —apuntó Kieran, con un brazo colgando por encima de una rodilla flexionada—. De hecho, ahora que lo pienso… ¿A ti a qué te huele?

Retiré la mano y me giré hacia Kieran.

- —Es verdad. Dijiste que olía como una persona muerta.
- —No dije que olías como una persona muerta —me contradijo—. Dije que olías a muerte.
 - —¿Y cuál es la diferencia? —pregunté.
- —Buena pregunta. —Casteel giró la cabeza, las cejas arqueadas—. De verdad la estás oliendo, ¿no, Netta?

Miré para encontrar la cabeza de Vonetta cerca de la mía.

- —Por favor no digas que huelo a muerte.
- —No. —Se echó atrás—. Pero sí tienes un aroma único. —Sus cejas oscuras se juntaron—. Hueles a… *viejo*.
 - —Uh. —Me moví, incómoda—. No estoy segura de que eso sea mejor.

Casteel bajó la cabeza y noté el puente de su nariz por un lado de mi cuello.

—A mí no me hueles así —murmuró, y un escalofrío rodó por mi columna—. Hueles a miel.

Oh, por todos los dioses...

- —No digo que huela a bolas de naftalina y caramelos de menta rancios dijo Vonetta. Kieran se echó a reír—. Es solo… no sé cómo explicar lo que quiero decir.
 - —Creo que lo entiendo. —Casteel se echó hacia atrás.
 - —¿Lo entiendes? —pregunté. Él asintió.

—Tu sangre me sabe vieja... vieja de un modo rico. Intenso. Poderoso para alguien que no es una atlantiana pura. Es probable que se deba a tu linaje.

Vonetta ladeó la cabeza.

—¿Y qué tipo de…?

Un repentino estrépito en el exterior nos interrumpió. Sonaron gritos de alarma y los tres se pusieron en pie en cuestión de un segundo.

—Eso ha sonado calle arriba, donde están construyendo las casas nuevas
 —dijo Vonetta mientras yo me levantaba. Casteel ya estaba en las puertas de la terraza, Kieran pegado a sus talones.

Salí tras ellos al sol de última hora de la tarde. No tuvimos que ir lejos. Alastir bajaba a la carrera por el camino de tierra prensada, con la forma inerte de un pequeño *wolven* entre los brazos.

Beckett.

Supe de inmediato que sufría un gran dolor. Lo sentí vibrar contra mi piel, caliente y punzante. Tragué saliva.

- —¿Qué ha pasado? —preguntó Casteel.
- —Beckett estaba... bueno, estaba siendo Beckett. —El rostro de Alastir lucía pálido cuando tumbó a su sobrino en un parche de hierba con suma ternura. El gruñido del *wolven* terminó en un gimoteo—. Un trozo del tejado se desplomó y él no pudo quitarse de en medio a tiempo.
- —Mierda —gruñó Casteel. Se arrodilló al lado de Beckett. Emil apareció detrás de Alastir.
 - —¿Dónde está la curandera?
- —Talia está en los campos de entrenamiento —dijo una mujer mortal—. Alguien resultó herido durante las prácticas.
- —Ve a llamarla. Dile que venga lo más pronto que pueda —le ordenó Casteel a uno de los *wolven*. El hombre echó a correr, tras adoptar su forma lobuna en un abrir y cerrar de ojos—. Tranquilo, Beckett. Enseguida viene alguien a curarte.

El pecho de Beckett subía y bajaba a toda velocidad. El blanco de sus ojos contrastaba contra su pelaje oscuro. Mis sentidos se estiraron y empujaron contra mi piel; me puse tensa, tratando de prepararme mientras me abría a él. Un dolor agudo y ardiente rodó a través de la conexión y me dejó sin respiración. Era un dolor atroz e interminable que pintaba la mullida hierba de tonos rojos y empapaba el cielo de brasas. Aquello no era ninguna lesión menor, eso seguro.

- —Creo que tiene las patas de atrás rotas —dijo Alastir. Vi que le temblaban las manos cuando las puso en el suelo—. Necesita transformarse. Tiene que hacerlo ya.
 - —Oh, no —susurró Vonetta.
- —Si no lo hace, sus huesos empezarán a curarse antes de que podamos colocarlos bien.
- —Lo sé —dijo Casteel. Corté la conexión antes de que su dolor físico me sobrepasara—. Beckett, tienes que transformarte. Sé que duele, pero tienes que transformarte.
 - El joven wolven gimoteó mientras se estremecía.
 - —Le duele demasiado. —Caminé alrededor de Vonetta.
- —Es demasiado joven —dijo Kieran en voz baja, a nadie en particular—. No podrá hacerlo.

Mi don vibraba en mi interior, exigía que lo utilizara mientras me guiaba hacia el *wolven*. Notaba los dedos cosquillosos, ansiosos. Vonetta me agarró del brazo.

- —No te acerques demasiado, Penellaphe. —La preocupación nublaba sus ojos pálidos—. Un *wolven* herido es muy peligroso, da igual lo joven que sea.
- —No pasa nada. Puedo ayudarlo. —Di un paso a un lado y me solté de su agarre mientras buscaba los ojos de Casteel—. Puedo ayudarlo.

Casteel se quedó quieto durante medio segundo, luego asintió.

—Ponte detrás de él. A mi lado y lejos de esos dientes.

Consciente de que Kieran me seguía de cerca y de que cada vez había más gente mirando, me arrodillé. Las patas de atrás de Beckett estaban retorcidas en espantosos ángulos antinaturales. El joven *wolven* gruñó, levantó la cabeza y dio un manotazo con una pata delantera, ambos gestos solo débiles intentos para que no nos acercáramos, pero sabía que podía atacar mucho más deprisa.

- —¿Puedes hacerlo? —susurró Alastir—. ¿Lo que hiciste en New Haven? Asentí.
- —Si logras ayudarlo y es capaz de transformarse —dijo Casteel en voz baja y urgente—, eso facilitaría muchísimo las cosas para Talia.
- —Vale —dije, mientras Casteel colocaba su cuerpo de modo que el *wolven* tuviera que vérselas con él primero si se defendía—. No voy a hacerte daño, Beckett. Te lo prometo.

Beckett retrajo los labios para enseñar unos colmillos lo bastante afilados como para perforar piel y carne y lo bastante fuertes como para romper huesos. Intenté no pensar en eso cuando puse mi mano sobre su espalda. Al abrirme otra vez para poder calibrar su dolor, tuve que tragar la bilis que me

anegó la garganta. Su dolor... me daba ganas de vomitar. Empecé a reunir recuerdos cálidos y felices...

En cuanto mis dedos se hundieron en el suave pelo de Beckett, sucedió algo... algo diferente.

La sensación cosquillosa de las palmas de mis manos se intensificó, como si una corriente de electricidad estática danzara por mi piel, y mis manos se calentaron. El *wolven* sufrió un pequeño espasmo y gimoteó bajito mientras un resplandor apagado aparecía entre mis dedos y asomaba entre el pelo, antes de extenderse por encima de mis manos. Me quedé boquiabierta.

- —Оh...
- —Eso no es normal —comentó Casteel, una ceja oscura arqueada—. ¿Verdad?

Por el rabillo del ojo, registré cómo se le abría la boca a Emil. Vi la misma reacción de la mayoría de los que estaban a nuestro alrededor. Alastir se echó hacia atrás y palideció aún más al mirarme. Susurros y exclamaciones ahogadas resonaron a mi alrededor.

—Vaya —oí decir a Vonetta—. Creo que olvidaste contarme algo, Kieran.

No supe lo que Kieran dijo en respuesta. Oí a Casteel susurrar mi nombre, pero sacudí la cabeza mientras la cabeza de Beckett se apoyaba en la hierba. Sentí que su dolor menguaba.

- —Está funcionando, pero mi don nunca antes había hecho esto.
- —¿Quieres decir que nunca has visto tus manos relucir? —preguntó Casteel—. ¿Como estrellas gemelas?
 - —No brillan tanto —negué.
- —Sí que lo hacen —murmuró Kieran, y Emil asintió cuando levanté la vista.
- —Vale. Lo que tú digas —musité. Era verdad que mis manos brillaban ahora con intensidad—. Me agobiaré por eso más tarde.

La respiración de Beckett se ralentizó y el blanco de sus ojos fue menos visible.

- —Dulces dioses misericordiosos —murmuró alguien.
- —¿Princesa?
- —¿Mmm? —Me concentré en Beckett. Era más difícil cortar a través del dolor emocional, y el alivio que podía proporcionar solía durar muy poco; sin embargo, el dolor físico tardaba más en aliviarse. Me daba la impresión de que tenía que ver con todos los nervios importantes y las venas, y además el dolor físico casi siempre conllevaba una angustia emocional, sobre todo si era

tan intenso como el de Beckett. Aliviar su dolor tenía pues dos vertientes, pero se iba amortiguando y ya era poco más que un malestar. Solo le hacían falta unos segundos más.

—Poppy —dijo Casteel y, esta vez, levanté la vista hacia él. La luz del sol se reflejaba en la curva de su mejilla mientras me miraba de arriba abajo, también a mi alrededor—. Estás brillando. No solo tus manos. *Toda tú*.

Capítulo 29



Por todos los dioses, era verdad.

Un resplandor plateado irradiaba por debajo de las mangas de mi túnica.

—Pareces la luz de la luna —susurró Casteel, y no era la luz del sol la que se reflejaba en su mejilla. Era yo.

El pelo fue desapareciendo bajo mis dedos, sustituido por piel sudorosa a medida que Beckett adoptaba su forma mortal. Levanté las manos, me eché hacia atrás para sentarme y Vonetta se apresuró a echar una manta por encima de la cintura del chico. Sus piernas... estaban de un iracundo tono moteado rojo y violeta, pero ahora estaban rectas, no retorcidas.

Ayudado por Alastir, Beckett se sentó, y su tez pálida empapada de sudor empezó a recuperar el color a pasos acelerados. Alguien estaba hablando. ¿Quizás Casteel que le preguntaba si le dolía algo? Beckett no contestó. Se limitó a mirarme, los ojo como platos.

- —¿Sigo brillando? —Mis manos no, pero ¿quizás mi cara sí? Porque daba la impresión de que me miraba todo el mundo. Casteel negó con la cabeza y luego bajó la vista hacia Beckett.
 - —Creo... creo que has curado sus piernas.
- —No. —Me miré las manos. Mis palmas normales, color piel—. No puedo hacer eso.
- —Pero lo has hecho —insistió Casteel. Beckett seguía mirándome. Igual que Alastir. Y Emil. Y todos los demás.
 - —No puedo —repetí.
- —¿Puedes mover las piernas? —preguntó Kieran, y cuando Beckett siguió sin hacer nada más que mirarme estupefacto, el *wolven* se inclinó por

encima de mí y chasqueó los dedos—. Beckett. Céntrate. ¿Puedes mover las piernas?

El joven *wolven* parpadeó como si despertara de un hechizo. Levantó y flexionó la pierna izquierda con una mueca, pero luego la estiró sin problema. Después repitió el movimiento con la derecha.

- —Puedo... puedo moverlas. Me duelen, pero nada que ver con antes. Gracias. —Unos ojos alucinados miraron a los míos—. No sé cómo pagártelo. Gracias. —Antes de que pudiera decirle que no había necesidad de pagarme nada, se giró por la cintura en dirección al príncipe—. Lo siento mucho. No era mi intención que pasara esto. No fue culpa de nadie. No estaba prestando atención…
- —No pasa nada. —Casteel puso una mano sobre el delgado hombro del chico—. No tienes por qué disculparte. Estás bien y eso es todo lo que importa.
- —Lo sé. —Sus ojos brillaban mientras intentaba contener la emoción—. Debería haber…
 - —No tienes nada por lo que disculparte —repitió Casteel.

Beckett soltó un suspiro ronco mientras cerraba las manos en torno a la manta que lo tapaba. Dobló la pierna izquierda una vez más mientras se mordía el labio de abajo. Tal vez sus piernas no estuvieran tan dañadas como creíamos.

Casteel se echó atrás y miró de mí a Alastir.

—¿Crees que podéis llevarlo hasta los campos de entrenamiento? Llevaos uno de nuestros caballos. Quiero que Talia le eche un vistazo.

Alastir parpadeó y logró por fin apartar los ojos de mí.

—Por supuesto.

Emil pasó un brazo por debajo de los hombros de Beckett y lo ayudó a levantarse. El joven dio un paso cauteloso con la manta sujeta a la cintura. Sonrió aliviado cuando sus piernas soportaron su peso.

- —Gracias —me dijo Alastir. Solo pude asentir.
- —No creo que estuviera tan malherido como creíamos.
- —Sí —afirmó Alastir, pero no sonó como que me creyera.

Entonces, Casteel se puso en pie y se giró hacia los otros.

—Beckett se pondrá bien. La curandera se ocupará de él.

La gente, una mezcla de *wolven*, atlantianos y mortales, asintió, pero había una pesadez en el aire que se asentó sobre mi piel como una manta áspera. No levanté la vista mientras Casteel enviaba al grupo a retomar sus labores. Eran *palpables*. Las emociones de la gente. Crudas y sin

restricciones. Cerré los ojos, temblaba del esfuerzo que me costaba mantener mis sentidos a raya, pero no sirvió de nada. Me abrí en canal y el remolino de emociones giratorias me invadió. Sorpresa. Confusión. Asombro. Más sorpresa. Algo extremadamente amargo. *Miedo*. ¿Por qué me tendría miedo nadie?

—Poppy. —Casteel me tocó el hombro y me sobresalté—. ¿Estás bien?

Abrí los ojos y solté un tembloroso suspiro de alivio cuando me di cuenta de que solo era él; bueno, él, Kieran y Vonetta. No me atreví a mirar mucho más allá. Si lo hacía, jamás podría cerrar mis sentidos.

- —De verdad que te dejaste unos cuantos detalles bien gordos en el tintero cuando me hablaste de ella —dijo Vonetta, y casi me eché a reír de lo enfadada que sonaba.
- —Yo... no sé cómo ha pasado esto... cómo lo he curado o cómo he empezado a brillar. —Estiré el cuello para mirar hacia atrás a Vonetta—. Puedo aliviar el dolor de la gente con mi contacto, pero solo de manera temporal.
- —Y puedes leer emociones —dijo. Era obvio que sabía lo suficiente sobre mi linaje—. Eres una Empática.

Asentí y miré hacia donde Casteel estaba arrodillado a mi lado. Miraba por encima de su hombro hacia donde los otros habían vuelto a la casa.

- —Pero nunca había hecho esto —dije. Casteel me miró—. De verdad que no creo que estuviese tan malherido como temíamos.
- —Sus piernas estaban rotas por completo —me contradijo Vonetta—. Estaban aplastadas y retorcidas.
 - —Yo... —Negué con la cabeza—. Eso es imposible.
 - —En realidad, no. Los Empáticos podían curar.
 - —¿Y brillaban?
- —No que yo sepa —dijo Vonetta—. Pero cuando yo nací ya no quedaba ninguno.
- —Puede que sea por el Sacrificio. —Casteel frunció el ceño mientras ponía una mano sobre la hierba—. Y estás en una tierra que ha sido reclamada por Atlantia. Estás en suelo atlantiano. Tal vez eso tenga impacto sobre tus habilidades. —Me miró a los ojos—. Y también podría ser mi sangre. Lo que te he dado permanece dentro de ti.

Me incliné hacia delante y le hablé en voz baja.

—¿Tu sangre me está haciendo brillar?

Tuvo que reprimir una sonrisa.

- —No creo que mi sangre sea la única razón de que brillaras como la luz de la luna.
 - —No tiene gracia —espeté.
 - —No me estoy riendo.
 - —Estás intentando no reírte —lo acusé—. Ni se te ocurra negarlo.

Entonces sí que se rio, pero levantó las manos al mismo tiempo.

- —Es solo que tienes un aspecto… adorablemente confuso. Y ahora adorablemente violento.
- —Hay algo muy mal en ti —mascullé, sacudiendo la cabeza en su dirección. Arqueó una ceja y miró hacia donde esperaban Kieran y Vonetta.
 - —¿Podéis alguno de los dos ir a ver cómo está Beckett? Ver cómo le va.
 - —Por supuesto —respondió Kieran mientras me ponía en pie.
- —Voy contigo —dijo su hermana. Se despidió con un pequeño gesto de la mano—. Voy a tener un montón de preguntas para ti luego.

Yo tenía muchas para mí misma.

Observé cómo echaban a andar camino abajo y luego me volví hacia Casteel. Más allá de él, vi que los otros habían empezado a arreglar la sección de tejado que se había caído.

- —Tenían miedo de mí. No todos, pero algunos. Pude sentirlo. —Las pestañas de Casteel estaban entrecerradas y ocultaban sus ojos cuando bajó la vista hacia mí—. ¿Te acuerdas de que Alastir estaba preocupado por lo que algunos de los atlantianos más mayores pensarían si comprendieran de qué linaje desciendo?
- —Sí. —Me dio la mano para conducirme hacia donde esperaba su caballo.
- —¿Creen que soy...? ¿Cómo dijo que algunas personas llamaban a los Empáticos?
 - —Come Almas.

Me estremecí al oír el nombre. Solté mi mano de la suya.

- —¿Eso es lo que creen que soy? ¿Que me alimento del dolor? —Su miedo también podía provenir del hecho de que había *brillado*, literalmente. Yo también me preocuparía si viera a alguien hacer algo así—. ¿Alguna vez pensaste eso cuando te enteraste de que puedo aliviar el dolor de otras personas? Que soy esa… esa cosa Come Almas.
- —Ni una sola vez. —Se volvió hacia mí de nuevo—. En aquel momento los Come Almas estaban casi a la par con un *lamaea*. Entonces ni siquiera creía que fueses medio atlantiana, ¿recuerdas?

Rebusqué en su cara, pero no vi nada oculto en su expresión ni en su mirada serena.

- —No sé cómo ha ocurrido nada de esto —admití. Me giré hacia Teddy y acaricié su costado—. Por lo general, tengo que pensar en algo alegre para canalizar ese sentimiento hacia la otra persona. Pero esta vez, todo lo que necesité fue poner mis manos sobre Beckett. Me cosquilleaba la piel más de lo habitual y mis manos se calentaron, pero esa fue la única diferencia.
- —¿Cuándo fue la última vez que utilizaste tu don de ese modo? —Pescó un mechón de mi pelo entre dos dedos y lo remetió detrás de mi oreja.
 - —Fue... cuando ayudé a la gente de New Haven. Esa fue la última vez.
- —Y ahora estás técnicamente en suelo atlantiano. —Se paró a mi lado, apoyó los brazos en la montura. Había enrollado las mangas de su camisa y la pelusilla oscura sobre sus antebrazos morenos parecía escandalosa—. No sé si es eso o el Sacrificio, pero podría haber más cambios.

Deseé de todo corazón que esos cambios no supusieran brillar de más colores.

- —Tal vez sus piernas ni siquiera estuvieran rotas...
- —Es completamente seguro que sus piernas estaban rotas. Tú las viste.

Di un paso atrás y crucé los brazos alrededor de mi cintura mientras miraba las cortinas azul cielo que ondeaban con suavidad en la terraza al otro lado de la calle.

- —Tu gente ya sentía animadversión hacia mí porque era la Doncella. Y ahora van a creer que soy una Come Almas. No creo que casarte conmigo vaya a cambiar eso, de verdad.
- —La gente no ha visto nada así antes, eso es todo. Necesitan tiempo para acostumbrarse, y entonces te aceptarán —me tranquilizó—. Eso sí, creo que deberías reprimirte de usar tus habilidades…
- —No me voy a esconder. —Le sostuve la mirada con una igual de dura—. No voy a ignorar a los que sufren dolor, a personas a las que puedo ayudar. No pienso hacer eso.
- —No te estoy pidiendo que escondas tus habilidades. —Apartó los brazos de la silla—. Todo lo que te pido es que te contengas hasta que las entendamos mejor. Utiliza tus habilidades cuando no haya una multitud para verte. Así podemos controlar la narrativa.

Se me revolvió el estómago.

- —¿Hay una narrativa que tengamos que controlar?
- —Siempre hay una narrativa. —Se apartó el pelo de la cara con los dedos. Las díscolas ondas cayeron de inmediato sobre su frente—. Lo que hiciste por

Beckett fue completamente alucinante —masculló, cambiando de tema—. Espero que lo sepas.

Mis cejas treparon por mi frente.

- —No suenas alucinado. Suenas enfadado.
- —Eso es porque este maldito asunto del Come Almas está ensombreciendo el hecho de que has curado unos huesos rotos solo con tu *contacto*.
 —Dio un paso hacia mí, una intensidad depredadora en la mirada
 —. No creo que comprendas lo que has hecho por ese chico.
 - —Sí, sé lo que he hecho. —Descrucé los brazos—. Lo... lo curé.
- —No hiciste solo eso. —Dio otro paso más, sus ojos ahora como esquirlas de ámbar. Con el corazón acelerado, retrocedí contra la cálida pared de adobe y piedra de la casa de Vonetta.

—¿No?

Puso las manos a ambos lados de mi cara y se inclinó hacia mí.

- —Si un *wolven* se rompe un hueso, debe transformarse de inmediato para evitar un daño permanente al hueso, los nervios, los tejidos blandos. Disponen de minutos para cambiar, y él ya había llegado a ese punto o estaba condenadamente cerca de él.
- —¿Vale? —susurré, sin dejar de preguntarme por qué sonaba todavía tan frustrado.
 - —Hubiese perdido las piernas, Poppy. Tú evitaste eso.
 - —Entonces, ¿por qué suenas tan enfadado conmigo? —exigí saber.
 - —No lo estoy —gruñó.
 - —¿Estás seguro?
 - —Al cien por cien.
- —¿Tienes... hambre otra vez? —pregunté, aunque sus ojos estaban normales y sabía que no necesitaba sangre aún.
- —No de sangre. —Entonces agachó la cabeza y todo el aire salió huyendo de mis pulmones. Su boca estaba a apenas un par de centímetros de la mía.

¿Iba a besarme?

La gente podía vernos. Puede que ya estuviesen mirando. Pero la intensidad de su mirada me dijo que ese no era su objetivo. Lo que fuese que sentía, no era como espectáculo.

- —No creo que sepas lo que sientes. —Apoyé las palmas de las manos contra la piedra y el adobe calientes.
- —Si abres los sentidos a mí ahora mismo, sabrás exactamente lo que estoy sintiendo. Hazlo.
 - —No quiero.

- —¿Por qué? —Su aliento cálido bailó por mis labios entreabiertos.
- —Porque no quiero. —Un revoloteo se avivó en mi pecho.
- —¿No será porque no quieres saber que me está costando un mundo no destrozar otro par más de tus pantalones al arrancártelos y follarte con tal intensidad que dentro de varios días todavía podrás sentir el alcance de mi gratitud?

Jamás había abierto tanto los ojos como en ese instante. La aguda y rapidísima punzada de mi bajo vientre jamás había parecido más temeraria, más exigente, más *viva*.

Tragué saliva. Con mucho esfuerzo.

—Esa parece una manera muy rara de darme las gracias.

Apoyó la frente sobre la mía.

- —Es la única manera que conozco.
- —Un simple gracias sería suficiente.
- —No. No lo sería.

No se me ocurría qué decir, aunque había un montón de cosas que debería. Nos quedamos ahí varios segundos y en cualquier momento, si alguno de los dos hubiese girado la cabeza solo un pelín, nuestros labios se hubiesen encontrado. Y yo...

Estaba convencida de que me hubiese perdido.

O quizás encontrado.

Casteel se estremeció al tiempo que un sonido más propio de un *wolven* retumbó a través de él. Todos y cada uno de mis músculos se tensaron de manera deliciosa, pero Casteel dio un paso atrás y tomó mi mano. Sin decir otra palabra, me llevó hasta el caballo y me encaramó en la silla.

Una vez que se instaló detrás de mí, pasó un brazo alrededor de mi cintura.

—Por mucho que desearía poder pasar el resto del día fingiendo —dijo, y sus labios rozaron mi mandíbula—. Hay algo de lo que tenemos que hablar.

Respiré hondo para serenarme y asentí.

- —¿Sobre nuestro futuro?
- —¿Puedo señalar que me gusta cómo dices «nuestro futuro»?
- —Preferiría que no lo hicieras, pero como ya lo has hecho, supongo que es un «sí».
- —Lo es. —Casteel condujo a la veterana yegua camino abajo—. Debemos hablar de nuestra boda.
 - —¿Qué pasa con ella?
 - —Creo que ya lo sabes, princesa.

Guiñé los ojos al mirar el sol poniente. Desde que me había enterado de que Atlantia había reclamado Spessa's End, presentía que esta conversación no tardaría en llegar.

- —Lo que estoy a punto de decirte es probable que te preocupe. No quiero que sea así.
- —Cuando empiezas una conversación así —dije, toda tensa—, es inevitable que me cause preocupación.
- —Es comprensible, pero debes saber que lo que guía mis decisiones es una abundancia de cautela y anticipación de posibles problemas —me dijo.
- —Solo para que lo sepas, esta es la conversación menos romántica sobre el matrimonio que he oído jamás.
- —Eso no te lo puedo discutir —repuso, y se me puso la carne de gallina en respuesta a la seriedad de su tono—. Al principio había planeado que nos casáramos cuando llegásemos a la Cala de Saion y luego siguiéramos viaje hasta Evaemon, en el corazón de Atlantia.
 - —¿Ahí es donde viven tus padres?
 - —Sí.
- —¿Habías planeado que nos casáramos antes de que conociera a tus padres?
 - —Las cosas serían mucho menos complicadas si lo hiciéramos —razonó. Puede que llevara apartada del mundo toda mi vida, pero no era tonta.
- —Quieres que nos casemos antes de que tengan la oportunidad de impedírnoslo.
- —No pueden impedírnoslo —me recordó. Aprovechó para poner las riendas de Teddy en mis manos—. No necesito su permiso.
- —Pero ¿querrías su aprobación? —pregunté, cerrando los dedos en torno a las riendas.
- —Por supuesto que sí. ¿Quién no querría la aprobación de sus padres? Aunque no era necesaria para nosotros, puesto que el matrimonio era temporal—. Como ya he dicho, creo que sospecharán de mis intenciones, sobre todo mi madre. Ella sabe que no he renunciado a mi hermano. —Me mostró cómo guiar a Teddy para no pasar recto por el centro del pueblo, sino por las afueras—. Tanto ella como mi padre tratarán de encontrar numerosas razones por las que deberíamos posponer la boda.

Si no éramos capaces de convencer a Alastir, no tenía ni idea de cómo podríamos hacerlo con sus padres.

—Una vez que estemos casados, ya no hay nada que posponer.

- —Exacto. —Apoyó la mano en mi cadera—. Ahora viene otra cosa a la que no quiero que le des muchas vueltas, aunque sé que es probable que lo hagas.
 - —Y es probable que tenga una buena razón para hacerlo.
- —Eso es debatible, pero en cualquier caso, creo que lo que más nos interesaría es casarnos aquí, en Spessa's End.

Aunque ya lo sospechaba, mi corazón se trastabilló de todos modos.

- —¿Lo que más te interesaría?
- —Lo que más *nos* interesaría —repitió—. Antes o después, la gente se hubiese enterado de tus habilidades para aliviar el dolor. Si no por la llegada de los habitantes de New Haven, otra persona distinta de Beckett hubiera resultado herida. Es solo que no esperaba que fuese hoy. Y aunque no creo que muchos te miren con miedo durante demasiado tiempo, ni te consideren una Come Almas, sería sensato que nos casáramos antes de que a alguien se le ocurra hacer algo increíblemente idiota.

Algo increíblemente idiota se traducía como «que alguien intentara matarme».

- —Y aquí tenemos todo lo que necesitamos para casarnos —continuó Casteel mientras subíamos por la colina—. O lo tendremos pronto.
 - —¿Qué son esas cosas que necesitamos?
 - —Bueno, anillos, por supuesto.

Puse los ojos en blanco.

- —No iba en serio cuando hablé del anillo.
- —Lo sé, pero sigo planeando regalarte el diamante más grande que hayas visto en la vida —dijo, y pude oír la sonrisa en su voz—. Pero por el momento, una simple alianza atlantiana tendrá que bastar. —Mi corazón dio unos cuantos brincos más—. La ceremonia puede ser pequeña. Pero necesitaremos un oficiante —continuó—. Cualquier líder de linaje puede oficiar un matrimonio.
 - —¿Alastir?
- —No. Él no habla en nombre de los *wolven*, aunque sea uno de los más ancianos —explicó Casteel—. El *wolven* que lo hace se llama Jasper. Y, por suerte, se espera que llegue a Spessa's End mañana. Podríamos estar casados para cuando llegue la noche.

Se me comprimió el pecho. En poco más de veinticuatro horas, podríamos estar casados. Me invadió un aluvión de emociones confusas, tan contradictorias como las que había sentido la gente cuando me vio curar a Beckett. Tenía que centrarme en el plan y no en todo lo demás.

—¿Y luego seguimos camino hacia Atlantia? —pregunté, con la boca seca.

—Sí.

Fruncí un poco el ceño.

- —¿Para qué? Si nos casamos antes de cruzar siquiera las montañas Skotos, ¿no podríamos enviar un comunicado a Carsodonia sin más?
- —Aparte del hecho de que mi madre podría, con todo el derecho del mundo, asesinarme por no llevar a mi esposa recién casada a casa para conocerla, nuestro matrimonio tiene que ser reconocido por el rey y la reina. Tienes que ser coronada.
 - —¿Coronada? —Mi corazón dio un bandazo. Casteel arqueó una ceja.
- —Vas a ser princesa, Poppy. Tendrás que ser coronada. Entonces tendrás la misma autoridad que yo. Y así tu posición en Atlantia no podrá ser cuestionada por el rey o la reina de Solis.
 - —Eso... parece más semántica que otra cosa.
- —Política, más bien. Y como el rey Jalara ya vivía cuando Atlantia gobernaba, sabrá que un príncipe o una princesa no reconocido por la corona no tiene ningún poder o autoridad en Atlantia.

Sacudí la cabeza y me giré hacia delante otra vez. La política me parecía una estupidez. Habíamos llegado a la cima de la colina y al bosque. Como ya atardecía, se filtraban solo los más débiles rayos de luz entre los árboles.

- —Y ¿crees que tus padres aceptarán el matrimonio?
- —Sí.
- —Te das cuenta de que Alastir todavía no se cree del todo que nuestro compromiso sea genuino, ¿verdad? —señalé—. Si tus padres no nos creen, ¿por qué piensas que me van a coronar?
- —Porque los convenceremos —dijo Casteel, y lo dijo como si apenas hubiese posibilidad de que ocurriese otra cosa.

Yo, sin embargo, no estaba tan segura.

- —¿En qué estás pensando? —preguntó Casteel después de unos momentos de silencio.
 - —Estoy pensando muchas cosas —admití—. Pero sé que estás mintiendo. Casteel se puso rígido detrás de mí.
 - —No estoy…
- —No me refiero a que estés mintiendo para engañarme —añadí a toda prisa—. Pero estás mintiendo para protegerme. Estás más preocupado por todo el asunto del Come Almas de lo que estás dispuesto a reconocer. Y estás

más preocupado por la reacción de tus padres de lo que dices. Por eso quieres que nos casemos ahora.

Casteel seguía tenso.

- —¿Estás leyendo mis emociones?
- —No necesito leer tus pensamientos para saber nada de eso —repuse con una leve sonrisa. Se quedó callado unos instantes.
 - —Poppy... —dijo al fin.
- —No es que me lo hayas pedido, y *quiero suponer* que ibas a hacerlo, pero sí —lo interrumpí—, me casaré contigo en Spessa's End.

Capítulo 30



—No creo que esto sea sensato —dijo Alastir sentado en una silla enfrente de Casteel y de mí al día siguiente.

Casteel estiró las piernas, las cruzó por los tobillos. Parecía muy relajado, pero ya lo iba conociendo. No había abierto mis sentidos. Parte de mí tenía casi miedo de que si lo hacía, empezaría a brillar de color plateado, aunque no lo había hecho cuando probé mi don con Casteel al regresar a nuestras habitaciones la noche anterior.

Pero lo sabía.

Era como si me hubiese abierto a él. No había sabores en la parte de atrás de mi garganta, pero sabía que estaba enfadado con Alastir y que hacía un esfuerzo por no perder la paciencia. También sabía que esa conversación lo aburría desde cinco segundos después de empezar. Todo esto no eran meras especulaciones. *Sabía* que era verdad, porque cuando sí me abrí a él, sentí esas emociones exactas.

Igual que cuando me desperté por la mañana para encontrar a Casteel observándome desde donde estaba tumbado a mi lado y supe que tenía hambre. No de sangre. Hambre como la que había sentido cuando estábamos fuera de la casa de Vonetta. Lo que había percibido en él había provocado una reacción excitada por parte de mi cuerpo, y cuando se levantó de la cama sin tocarme, percibí su confusión.

Más tarde, cuando apareció Vonetta con ropa a la que todavía tenía que echarle un vistazo y una cesta de dónuts con azúcar espolvoreado, la había mirado y había sabido que no sentía hostilidad hacia mí. Percibí curiosidad y un ligero recelo, pero no desconfiaba de mí ni sentía ninguna antipatía. Cuando abrí mis sentidos a ella, lo que percibí confirmó todo lo anterior.

Y ahora, notaba la consternación de Alastir con solo mirarlo. Era espesa, como leche cortada.

Lo que sentía no eran imaginaciones mías, eso lo tenía claro. Era mi habilidad que estaba cambiando otra vez, y era posible que se estuviese haciendo aún más fuerte.

- —No creo que debáis casaros sin el permiso del rey y la reina —insistió Alastir.
 - —Sabes que no necesito su permiso.
- —Pero eso no significa que no deberías pedirlo. Aunque rechacen el matrimonio, todavía podrías seguir adelante, pero al menos lo harías con su conocimiento —argumentó Alastir—. Casarte aquí o en la Cala de Saion sin su consentimiento ni su conocimiento provocará un espectáculo, Casteel.
- —Solo sería un espectáculo si la gente creyera que ellos no lo saben. Casteel cruzó los brazos—. Cosa que nadie debería creer porque no es imposible que yo les haya informado desde aquí.
- —Casteel, de verdad creo que... —empezó Alastir, inclinándose hacia delante.
- —No vas a conseguir que cambie de opinión —lo interrumpí, casi tan cansada de la conversación como lo estaba Casteel.
- —¿Y qué pasa con la tuya? —preguntó Alastir—. ¿Te gustaría conocer a tu futura suegra antes o después de casarte con su hijo? ¿O importa siquiera lo que tú opines?

El pulso de furia que emanó de Casteel fue una advertencia, pero fue mi irritación con esa pregunta lo que me condujo a responder.

- —Si no hubiese estado de acuerdo con Casteel, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación contigo.
- —Penellaphe, créeme cuando te digo que esto no es algo en lo que ninguno de los dos queráis precipitaros —dijo Alastir, suavizando la voz. Pero sentí un asomo de... ira que no era mía ni de Casteel—. Tenéis tiempo. Todo el tiempo del mundo.

Solo que no era cierto.

- —En un mundo perfecto, me hubiese encantado que me cortejaran de un modo que no implicara secuestros ni huidas de los Ascendidos.
 - —Ni ser apuñalado —murmuró Casteel en voz baja.

Me giré hacia él.

Guiñó un ojo.

Me guiñó un ojo de verdad.

Respiré hondo y me centré en Alastir.

—Pero el mundo real no es así. La realidad es que preferiría casarme antes de ver todas las formas en que sus padres seguramente se opongan —le dije, y esa era la pura verdad. Temporal o no, ¿quién en su sano juicio querría someterse a eso?

La expresión de Alastir se suavizó.

- —No sabes si se van a oponer.
- —Sí que lo sé —rebatí, consciente de la mirada de Casteel y la ausencia de su brevísimo momento de diversión anterior. Me eché hacia delante—. Las únicas personas aquí que se han mostrado remotamente amistosas conmigo son los *wolven* y algunos de los hombres que viajaron contigo. Ninguno de los habitantes de Spessa's End lo ha hecho y *sé* exactamente lo que sienten por mí.

Cualquier intención de contradecirme se diluyó en la lengua de Alastir.

—No tengo ninguna razón para creer que sus padres no compartirán las mismas preocupaciones o dudas que su gente —continué—. Preferiría casarme sin ser capaz de repasar todas sus preocupaciones en la cabeza durante la ceremonia.

Alastir se echó hacia atrás y se masajeó la frente con los dedos.

- —Eso lo entiendo, de verdad que sí, pero nuestro rey y nuestra reina...
- —Se sorprenderán y es probable que se enfaden mucho porque me haya casado con alguien a quien no han visto en la vida, por no mencionar alguien que es solo medio atlantiana y que antes era la Doncella —interrumpió Casteel—. Pero en cuanto tengan ocasión de conocerla, nada de eso importará. Llegarán a quererla tanto como la quiero yo.

Mi corazón dio un vuelco y se comprimió mientras me giraba hacia Casteel, y *supe* que no había planeado decir eso último, o al menos no había planeado decirlo de ese modo. Percibí su sorpresa, aguda y fría, y en cuanto nuestros ojos se cruzaron, aparté la vista.

Me tragué la deshilachada bocanada de aire que pretendía exhalar.

- —¿Cómo está Beckett? —pregunté. Vonetta ya me había dicho que el joven *wolven* estaba en pie y andaba solo con una ligera cojera, pero había llegado la hora de cambiar de tema.
- —Es como si no hubiese estado herido en absoluto —repuso Alastir—. Lo que hiciste por él...
- —Solo trataba de aliviar su dolor —insistí—. Ni siquiera sé si seré capaz de hacer algo así otra vez.

Alastir asintió, pero no parecía demasiado convencido de... bueno, de nada. Y entonces se marchó. Ya solos, me volví hacia Casteel.

- —Ha sido divertido, ¿no? —comentó, y hubo algo en cómo lo dijo que me hizo reír.
 - —Sí, casi me troncho de risa.

Sonrió y su cuerpo por fin se relajó para encajar con su postura.

—Ya lo he notado.

Deslicé los ojos por encima de él y... y supe que la ira y la frustración se habían esfumado. La tristeza estaba ahí, flotando debajo de todo, pero también había una extraña sensación de satisfacción.

- —¿Estás leyendo mis emociones?
- —No. —Hice una pausa—. ¿Más o menos?
- —¿Qué significa eso?
- —No estoy segura —admití. Bajé la vista hacia mis manos—. Desde que me he despertado esta mañana, puedo percibir las emociones sin abrir mis sentidos, sin tener que concentrarme. Lo pienso y, si quiero saberlo… lo sé.
 - —¿Y si no quieres saberlo?

Fruncí el ceño.

- —Entonces no lo sé. Tampoco sé si será distinto con una multitud.
- —Porque a veces te abruman. —Se acordaba, así que asentí—. Eso es...
- —Dejó la frase a medio terminar. Lo miré—. ¿Qué estoy sintiendo ahora?
 - —Es... estás sintiendo curiosidad. No preocupación.
 - —¿Por qué habría de sentir preocupación? —preguntó, la cabeza ladeada.
 - —¿No estás preocupado por que pueda desarrollar más rasgos empáticos?
- —Si crees que estoy preocupado por que puedas convertirte en una Come Almas y vayas a alimentarte de mis emociones, estarías perdiendo el tiempo.

Fruncí el ceño.

- —Espero que no creyeras algo así.
- —Lo que sí creo es que es todo asombroso —caviló—. Que tú eres asombrosa. —Puse los ojos en blanco—. En especial cuando le has cerrado la boca a Alastir. Ese es un talento que ni siquiera yo domino todavía. —Se echó hacia delante y se paró, de modo que nuestros ojos estuvieran casi al mismo nivel—. Es probable que mis padres se muestren disgustados, pero te recibirán con los brazos abiertos. No lo digo para que te sientas mejor. Lo digo en serio. Su enfado o decepción no estarán dirigidos a ti.

De hecho, le creí.

Y casi creía lo que Casteel le había dicho a Alastir de que me querrían tanto como él. Corazones gemelos.

Casteel cerró los dedos en torno a mi barbilla para atraer otra vez mi mirada.

- —¿Qué? —Sus ojos buscaron los míos—. ¿Qué piensas? Sé que estás pensando en algo. Siempre tienes esta expresión en la cara cuando piensas en algo que no quieres compartir.
 - —¿Qué tipo de expresión?
 - —Arrugas la nariz.
 - —¿Qué? Yo no hago eso.
 - —Sí que lo haces.

No pude distinguir si iba en serio o no.

- —No estaba pensando en nada.
- —Mentira. —Deslizó el pulgar por mi labio de abajo—. Dímelo.

Me sostuvo la mirada y mi corazón empezó a aporrear en mi pecho. Caí en sus cálidas profundidades ambarinas y noté que mi máscara se resquebrajaba.

- —Estaba pensando... estaba pensando que puedes ser muy convincente cuando hablas con otras personas sobre lo que sientes por mí.
 - —¿Ah, sí?
 - —Sí —susurré.

Succionó su labio de abajo entre sus dientes mientras bajaba las pestañas.

—Pero no lo bastante convincente.

Sabía que se refería a Alastir, pero también pensé que si se volvía más convincente, *yo misma* empezaría a creerlo.

Sus pestañas se levantaron.

—Hay algo que te quiero enseñar.



Montados en Setti otra vez, Casteel llevaba las riendas mientras nos conducía por los bosques, cabalgando en el tipo de silencio amigable que había sentido con muy poca gente hasta ahora. No había ido directo hacia el pueblo, sino que había girado a la izquierda, donde la cubierta vegetal era bastante más frondosa y el bosque, por lo que podía ver, era más tupido.

—Mira —dijo Casteel, haciendo un gesto con la barbilla hacia nuestra derecha.

Giré la cabeza y no hubo manera de reprimir la sonrisa que levantó las comisuras de mis labios y se desplegó por mi cara. Delante de nosotros había un espectacular campo de flores con vistosos pétalos rojos y corolas negras que oscilaban a la suave brisa.

- —*Amapolas*. —De ahí viene mi mote. Una risilla alegre brotó por mi boca ante esa vista inesperada—. Nunca había vista tantas juntas. —Paseé la vista por ellas—. Son preciosas.
- —Sí —coincidió después de un momento, tras aclararse la garganta y reacomodarse detrás de mí—. Lo son. —El caballo siguió camino entre el bosque y el campo de amapolas—. Las cultivan en estos prados para uso medicinal.

Arqueé una ceja.

- —¿No os preocupa que la gente las utilice para otras cosas?
- —¿Te parece que los campos están desiertos? —Cuando asentí, me dio unos golpecitos suaves en la cadera con los dedos—. Hay centinelas ahí dentro, camuflados para no ser vistos. Los campos se vigilan en todo momento para que nadie con los conocimientos suficientes para cultivar amapolas pueda utilizarlas para negocios ilícitos.
- —Madre mía —murmuré, medio esperando que alguien brotara de entre las hileras de flores—. Qué ingenioso. He oído que se está convirtiendo en un problema en algunas ciudades.
- —Mientras estaba en Carsodonia, la cosa se descontroló, y vi que empezaba a arraigar también en Masadonia. Pero ¿de verdad podemos culpar a personas que viven en esas condiciones por que quieran un escape, aunque solo sea temporal? Muchos de los que pierden horas y días en los fumaderos de opio son los que han entregado a sus hijos a la Corte o a los templos precisó—. Puede que no esté bien, pero entiendo sus razones.
- —Yo también. Quiero decir, buscan paz, aunque no les dure demasiado.
 —La tristeza empañó la belleza del campo.
- —Esto es solo parte de lo que te quería enseñar. —Instó a Setti a avanzar y eso me sacó de mi espiral de pensamientos—. Hay algo más que creo que te gustará.
 - —Las amapolas me han gustado —admití, con un ligero rubor.
- —Me alegro. —Su barbilla rozó el lado de mi cabeza mientras su brazo se apretaba por un momento alrededor de mi cintura y me pegaba más a su pecho.

El movimiento me dejó un poco sin aliento. Siempre me pasaba, y era algo que Casteel hacía a menudo. Me pregunté si era consciente de ello mientras nos adentrábamos más en el bosque. ¿Era un gesto a propósito o uno del que ni siquiera era consciente? La acción me traía a la memoria algo que recordaba ver hacer a mi padre. Siempre parecía estar acercando a mi madre a él, como si no pudiese soportar que hubiese espacio entre ellos. No creía que

esa fuese la razón de que lo hiciese Casteel. Quizás no fuese más que un método de comunicación para él.

Una vez más, me encontré deseando que Tawny estuviese aquí. Podría preguntárselo. Ella lo sabría.

Con un suspiro, me permití empaparme de la luz moteada del bosque, el piar de pájaros cercanos y el olor a tierra fértil y... ¿algo dulce?

Me senté más erguida cuando vi unas lilas de tonos azul «ojo de *wolven*» y morado clarito. El despliegue era magnífico, trepaba por una colina rocosa y se derramaba al otro lado en densas espirales de color. No fue hasta que nos acercamos más que me di cuenta de que había una abertura en la ladera, una oquedad negra detrás de una cortina azul y morada.

Se me aceleró el corazón cuando Casteel detuvo al caballo una vez más y desmontamos, dejando a Setti pastar a sus anchas. Pensé que tenía una idea de lo que me iba a enseñar cuando me tomó de la mano y me condujo hacia la cercana entrada oculta, que no era fácil de encontrar si no la ibas buscando.

—Está un poco oscuro al principio —me advirtió. Apartó la gruesa cortina de flores—. Pero no durará mucho.

Un poco oscuro se quedaba muy lejos de la realidad cuando entramos por la boca de la colina. No veía nada en el aire frío, así que apreté la mano en torno a la suya.

- —¿De verdad ves algo?
- —Sí.
- —No te creo.

Me llegó una risita suave desde delante.

—Ahora mismo estás arrugando la nariz.

Eso era justo lo que hacía.

- —Vale, te creo.
- —¿Te acuerdas de las cavernas de las que te hablé una vez? —preguntó —. Esas a las que iba con mi hermano.

Las cavernas a las que había ido también con la chica a la que quería. Sí, me acordaba, y era justo lo que sospechaba cuando vi la entrada. La incredulidad se apoderó de mí en la oscuridad. ¿De verdad me había traído a un sitio que antaño compartía con su hermano y... con Shea, cuando buscaba escapar de las conversaciones confusas que mantenían sus padres? Casi no podía creer que quisiese traerme aquí.

—Sí —respondí, cuando por fin encontré mi voz. Más adelante, vi una tenue luz cortar a través de la oscuridad—. Creía que estaban en Atlantia.

—Lo están. Y aquí. Pero lo que no puedes ver es que muchos otros túneles salen de este. Algunos continúan durante kilómetros, todo el camino hasta las montañas Skotos y luego más allá, hasta los acantilados a la orilla del mar —explicó—. Malik y yo pasamos interminables horas y días intentando trazar un mapa de ellos, pero nunca encontramos los túneles que pasaban a través de las montañas.

No me costó nada imaginar a unos niños pasando la infancia entera correteando por esos túneles. Mi hermano hubiese hecho lo mismo.

—Esta es una parte de ellos —matizó, a medida que la luz del sol empezaba a filtrarse por las fisuras del techo de la cueva—. La mejor parte, en mi opinión.

Un aire húmedo y con aroma dulzón llegó hasta nosotros cuando Casteel giró a la izquierda, donde intensos rayos de sol iluminaban las paredes de piedra gris oscura. Me soltó la mano y saltó hacia abajo poco menos de medio metro.

—Hay una ligera caída aquí. —Se volvió hacia mí, me puso las manos sobre las caderas y me bajó del escalón.

No me soltó cuando mis pies ya estaban bien plantados en el suelo de roca. Se quedó ahí, nuestros pechos a pocos centímetros de distancia. Levanté la vista y sus ojos conectaron con los míos de inmediato. Con un estremecimiento, los dos fuimos muy conscientes de nuestra cercanía, una sensación imposible de ignorar mientras nos quedamos ahí inmóviles. Vi que había sombras en sus ojos y alrededor de su boca, y eso hizo que se me volviera a acelerar el corazón.

No se apaciguó cuando Casteel dio un paso atrás y dejó caer las manos de mis caderas. Solté un suspiro tembloroso cuando se giró y echó a andar de nuevo. Cuando conseguí que mis piernas se movieran otra vez, me sentía como la cuerda de un arco que han tensado demasiado.

Las lilas habían encontrado un camino para colarse en la caverna, subían por las paredes y se extendían por el techo. Volutas de vapor bailaban en los rayos de sol cuando Casteel se detuvo delante de lo que parecía ser una especie de estanque de roca.

—Manantiales de agua caliente —dijo. Se arrodilló y deslizó la mano por el agua, que burbujeó en respuesta, como efervescente—. Este no es el único del entramado de cuevas, pero sí el más grande.

Me paré a su lado y contemplé el estanque. Era grande, más o menos del tamaño del Gran Salón en el castillo de Teerman, los bordes irregulares, y había salientes de roca que asomaban del agua espumosa en varios puntos.

- —¿Qué profundidad tiene?
- —Supongo que te llegará a los hombros en la mayor parte. —Se puso de pie con agilidad—. Es verdad que se pone un poco más profundo un poco más allá, cerca de la entrada a otra cueva. Verás que esa zona está oscura, así que yo no me acercaría mucho si no sabes nadar.
- —Antes sabía —le dije, al tiempo que me agachaba. El agua caliente burbujeó alrededor de mis dedos—. Pero no sé si me acordaré.
- —Yo puedo ayudarte a recordar cómo se hace cuando tengamos más tiempo —se ofreció. Levanté la cabeza para mirarlo—. Pero hoy nos esperan a cenar, aunque aún disponemos de un poco de tiempo para... solo ser.

Hablaba en *plural*. Como si fuésemos una unidad, una cerradura y una llave.

La noche anterior, había cenado en la habitación mientras Casteel iba a hacer... bueno, algo principesco. Ni siquiera estaba segura de si él había comido cuando regresó después de haberse puesto el sol. Se había reunido conmigo en la terraza y tampoco hablamos demasiado. Y había sido... agradable.

Me giré hacia el estanque otra vez.

- —¿Cuánto tiempo tenemos?
- —Como una hora. —Una hora parecía una eternidad—. No deberías malgastar ni un minuto —dijo, casi como si me hubiese leído el pensamiento
 —. Voy a comprobar cómo está el caballo. Vuelvo en un par de minutos.

Giré la cabeza para observar cómo desaparecía por el túnel y me daba privacidad para desnudarme.

Era siempre tan... inesperado, sus acciones y sus palabras una constante contradicción. Considerado y luego exigente. Seductor y burlón durante horas y luego frío como una muerte inminente. Violento más allá de lo imaginable y luego increíblemente dulce. Sabía que podía pasar una docena de años a su lado y aun así no ver nunca todas sus caras... todas las máscaras que llevaba.

Aspiré el aire dulzón y aparté la mirada de él para desvestirme a toda prisa. Dejé la ropa y las botas en un montón desordenado, y noté la hierba fresca bajo mis pies, la brisa cálida contra mi piel al caminar. El agua me lamió los dedos de los pies, templada y espumosa. Bajé con cuidado los escalones de tierra, encantada cuando el agua enseguida llegó a mis caderas y onduló alrededor de mi piel cuando me adentré más en el estanque. Un agradable calor embriagador se coló por mi piel, en mis músculos doloridos después de horas a caballo. El intenso aroma del agua calmó mis nervios

mientras burbujeaba alrededor de mis pechos, justo por encima de ellos. Me paré en el centro del estanque, eché la cabeza atrás y solté un suave suspiro.

En un instante, supe por qué Casteel sentía predilección por este sitio. A través de las grietas en lo alto, se filtraba justo la luz suficiente para ver, los pájaros gorjeaban con un sonido sereno y arrullador, y las lilas que trepaban por las paredes emitían una fragancia embriagadora... Era un escondrijo místico y privado que parecía producto de la imaginación. Un lugar donde podrías pasar una eternidad.

O al menos yo pensé que podría quedarme ahí para siempre, disfrutar de las burbujitas que me hacían cosquillas en la piel desnuda mientras la espumilla blanca del agua eliminaba más que solo el polvo del camino. Se llevaba el miedo a la magia de las montañas y borraba las perpetuas preguntas que tenía sobre mí misma, sobre lo que había ocurrido cuando toqué a Beckett, sobre mi futuro, y sobre *él*.

Me di la vuelta, lo cual removió el agua que burbujeaba con suavidad.

Casteel estaba al borde del estanque. Había llegado en silencio, así que no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba ahí ni de qué había visto. Había una dureza en la línea de su mandíbula mientras me miraba y una aspereza en su voz cuando habló que no habían estado ahí antes. Vi el hambre que había tomado por ira cuando estábamos fuera de la casa de Vonetta.

- —¿Te gusta el manantial?
- —Mucho. —Deslicé los brazos por el agua y observé sus burbujas y su efervescencia en respuesta—. Jamás había visto nada como esto. —Levanté la cabeza otra vez hacia él y agarré el final de mi trenza empapada. Empecé a deshacerla mientras él se quitaba una bota—. En Masadonia hay manantiales a los que Tawny y yo nos escapamos una o dos veces, pero el agua estaba fría y no podíamos quedarnos allí demasiado tiempo. A ella… —Suspiré cuando una punzada de melancolía amenazó mi paz—. A ella le encantaría este sitio.
- —Estás triste. Puedo oírlo en tu voz. Siento que la eches de menos —me consoló. Se quitó la otra bota, luego los calcetines—. Sé lo duro que es estar separado de las personas a las que quieres.
- —Lo sé. —Él lo sabía bien, mucho mejor que yo. Con el pelo suelto ya, lo dejé caer por encima de mi hombro—. Pero bueno, por el momento está a salvo.
- —Por el momento —admitió. Estiró las manos por detrás de sus hombros, agarró el cuello de su túnica y se la sacó por encima de la cabeza, para luego deslizarla por sus brazos, revelando primero la anchura de sus hombros y luego las líneas perfiladas de su pecho y la dureza tonificada de su vientre.

Un nerviosismo distinto al de antes se avivó en mi interior y después se apaciguó cuando tiró la prenda a un lado. Se estaba desnudando y yo debería apartar la mirada. Debería sentirme avergonzada por su inminente desnudo total, pero no miré hacia otro lado cuando sus manos se posaron en la hilera de botones de sus pantalones. Me sonrojé mientras los deslizaba por sus caderas. El ángulo de su cuerpo me proporcionó solo un seductor atisbo de músculos cincelados. Sus pantalones aterrizaron al lado de su túnica y entonces se giró hacia donde yo esperaba.

Nuestros ojos se cruzaron y nos miramos. No sé lo que me pasó entonces, si fue esa agua templada y burbujeante, la belleza serena del lago y el surrealismo onírico de estar en Atlantia, o quizás el hambre que había mencionado Casteel antes, pero fuera lo que fuera, bajé los ojos y me permití mirar. Deslicé la vista otra vez por su pecho, luego la bajé por los duros músculos de su abdomen y por las muescas pálidas y las ranuras. Me quedé un poco enganchada en las hendiduras de ambos lados de sus caderas, y entonces se me aceleró la respiración.

Me deseaba, y de un modo desvergonzado. No entendía cómo ni por qué. Le gustaba y le importaba, pero era guapa solo en parte. No era ninguna seductora y, para colmo, inexperta, y al principio él solo se había acercado a mí porque me necesitaba para liberar a su hermano. Pero me deseaba. Hasta yo me daba cuenta.

Forcé a mis ojos a seguir bajando, hasta el escudo real marcado a fuego en su piel, justo debajo de la cadera. Su mano se deslizó por encima de la marca, se paró un instante, como si quisiera ocultarla, pero luego subió por los numerosos cortes de su abdomen. Mis ojos siguieron su recorrido.

Sentí una oleada de ira. Ese tipo de crueldad premeditada era escalofriante.

—Lo... —empecé a disculparme por lo que le habían hecho, pero me callé a tiempo. Mis ojos se cruzaron con los suyos una vez más—. Ojalá pudiesen sentir el mismo dolor que te infligieron a ti.

Un ligero destello de sorpresa iluminó sus facciones.

—¿Incluso tu reina, que te cuidó con tanto cariño?

Mi corazón dio un vuelco en mi pecho.

- —Creo que nunca podré conciliar a la reina que tú conociste con la que tanto me cuidó. Pero sí. Incluso ella.
- —Lo dices en serio —murmuró, la cabeza ladeada. Asentí, porque así era. Apareció su media sonrisa—. Tan increíblemente violenta.

Esta vez, ni siquiera me molesté en corregirlo.

—Quizás un poco.

Su risa sensual y profunda resonó por toda la cueva. Me retaba a olvidar lo que había pasado y lo que aguardaba, me desafiaba a tomar lo que quería.

Me sumergí en el agua con los ojos cerrados. El líquido burbujeante bailoteó por encima de mi cara y entre mi pelo. ¿Qué quería? *A él*. Quería sus manos sobre mi cuerpo, borrando todas las razones por las que no debería quererlo. Quería sentir su piel contra la mía, anulando el mundo a nuestro alrededor. Quería el contacto de sus labios, ahuyentando toda protesta lógica antes de que pudiera formarse. Quería su boca sobre la mía, eliminando a besos todas las mentiras que una vez salieron por ella. Quería sus manos sobre mí, calmando la punzada de culpabilidad y la sensación de que me traicionaba a mí misma. Quería sentirlo dentro de mí para no poder sentir nada aparte de a él. Quería ser devorada por él de un modo tan completo que no quedara sitio para el miedo de que se convirtiera en una cicatriz en mi corazón roto. Porque... porque ¿y si Kieran estaba equivocado? ¿Y si después de que Casteel lograra lo que quería, cuando cumpliera su parte del trato, todo lo que quedara fuesen mentiras y traiciones?

Quería creer que éramos corazones gemelos a pesar de todo lo que hacía que eso pareciera imposible.

Me quedé debajo del agua mientras buscaba, desesperada, fuerza y sentido común. Me quedé hasta que me ardían los pulmones. Cuando salí a la superficie, seguía sin haber nada más que deseo y necesidad de él. Con manos temblorosas, retiré el pelo de mi cara y parpadeé para eliminar el agua que aún perlaba mis pestañas. Y me quedé sin respiración, sin un poco más de mí misma.

Casteel se había metido en el estanque.

Estaba a pocos metros de mí, tras haberse sumergido él también. Tenía el pelo color medianoche retirado de la cara y el agua resbalaba por su pecho. Como era mucho más alto que yo, el agua espumosa llegaba apenas por encima de su ombligo. Tenía casi el mismo aspecto con el que yo imaginaba a un dios, mientras los rayos de luz fracturados relucían contra su piel mojada.

Su intensa mirada captó la mía, y volvimos a sentir esa misma sensación de hacía un rato, de conciencia de la proximidad del otro. Fue como el impacto de un relámpago, condensó el aire ya cargado de por sí.

- —He estado pensando —dijo, y se deslizó por el agua hacia mí.
- —¿Ah, sí? —Mi pulso palpitaba por todas partes. Él asintió.
- —Sí.

Tuve que doblar el cuello hacia atrás cuando se paró a pocos centímetros delante de mí.

- —¿Quiero saber en qué has estado pensando?
- —Es probable que dijeras que no. —Avanzó aún más, sus movimientos gráciles y decididos. Yo retrocedí—. Pero sería mentira.
 - —¿Cómo lo sabrías?
- —Conozco una mentira cuando la veo —repuso, mientras su presencia me hacía retroceder hasta la suave pared de roca—. Y lo que es más importante, sé cuándo tú mientes.

Se me cortó un segundo la respiración cuando puso las manos contra la roca como había hecho antes. ¿Podía percibir mi deseo? ¿Incluso con toda esa agua y el potente olor de las lilas? Me apreté contra la cálida roca, mientras pensaba que era imposible que mi corazón latiera más deprisa.

- —¿En qué estás pensando?
- —En mi idea. —Su aliento resbaló por mi mejilla—. Puede que te interese.
 - —Lo dudo —murmuré.
- —Pero si ni siquiera has oído lo que es, princesa. —Esos labios rozaron la curva de mi mandíbula, y las puntas de su pelo mojado tocaron mi mejilla. Di un respingo—. Sí, sé a ciencia cierta que te va a interesar.

La ansiedad se apoderó de mí e incliné la cabeza hacia atrás contra la roca sin pensarlo.

—¿Por qué no me dices lo que es? Y entonces yo te diré si estoy interesada.

Su risa sonó áspera mientras una de sus manos abandonaba la roca. Se me ahuecó el estómago cuando sus dedos tocaron la piel desnuda de mi cintura.

- —Solo si prometes no mentir.
- —Si sabes cuándo miento... —Se me escapó una temblorosa exhalación cuando se acercó más a mí. Su pecho rozaba contra el mío a cada respiración. El contacto me provocó una oleada de escalofríos que contrajeron mis pezones hasta formar puntas casi dolorosas.
- —¿Qué estabas diciendo, princesa? —preguntó, y sentí cómo sonreía contra mi mejilla.

¿Qué estaba diciendo? Tardé un momento en acordarme.

- —Si sabes cuándo estoy mintiendo, ¿por qué es importante que diga la verdad?
- —Porque tú sabes que la verdad es importante. —La mano dejó mi cintura para bajar por mi cadera. Removió un poco el agua y unas burbujas

bailaron por encima de mis piernas, entre ellas. Una sensación perversa se enroscó en mi bajo vientre—. La verdad es permiso.

Mis ojos nublados treparon por los conos de flores azules y moradas.

- —¿Lo es?
- —Lo es. —Hizo una pausa—. ¿Sabías que el mordisco, hasta que se cure del todo, se convierte en una zona erógena? ¿Un punto de placer? Puede proporcionarte las mismas sensaciones que el mordisco. Casi. ¿Lo sabías?

Me daba la sensación de que sí.

- -No.
- —¿Quieres que te lo demuestre? —se ofreció—. Sé que eres una chica curiosa.
 - —Sí —susurré, mareada por la anticipación.
 - —Recuerda, princesa. Esto es solo para saciar tu curiosidad. Nada más.
 - —Lo sé. —Mis dedos se enroscaron alrededor de la roca.
- —Bien. —Entonces su boca se cerró sobre el mordisco. Succionó la piel, la retuvo entre los dientes. Mi espalda se arqueó, lo cual llevó las duras puntas de mis pezones contra su pecho. Me estremecí y me volví líquida.

Por todos los dioses...

- —¿Alguna vez te he dicho a qué sabes? —Su lengua lamió la marca sensible.
- —¿A miel? —susurré. Mis ojos se cerraron mientras giraba mi cabeza hacia la suya, buscando lo que sabía que no debería querer.
- —Chica mala. No me refiero a eso. —Me dio un mordisquito en la mandíbula que me provocó otra exclamación ahogada—. Me refiero a tu sangre, pero ahora has arrastrado mi mente a lugares indecorosos.
 - —Tu mente siempre está en lugares indecorosos.

Se rio con ganas.

- —Eso no puedo negarlo. —Su nariz rozó la mía mientras su boca se acercaba a mis labios—. Tu sangre me sabe vieja, poderosa pero ligera. Como la luz de la luna. Ahora sé por qué.
 - —¿Cómo puede algo saber a luz de luna?
- —Magia, supongo. Pero deja de distraerme mientras intento contarte mi idea.
- —No te estoy… —Me mordí el labio cuando su mano se deslizó por mi muslo—. No te estoy distrayendo.
 - —Oh, sí. Siempre me distraes muchísimo —me regañó con voz queda.
 - —Suena como que eso es problema tuyo.
 - —Es problema de los dos.

- —¿Para qué estás pidiendo permiso? —Mi voz sonaba ahogada, como si estuviera de pie al borde de un precipicio—. ¿Cuál es esa idea tuya?
- —Si quieres —dijo, al tiempo que su pecho subía y bajaba contra el mío y me lanzaba dardos de placer prohibido por todo el cuerpo—. Podemos fingir otra vez. —Su mano resbaló por mi muslo, más y más arriba…

Las yemas de sus dedos llegaron a la evidencia de lo que sabía que él ya había percibido. Mis caderas dieron una sacudida ante esa excitación ilícita y un gemido ahogado entreabrió mis labios.

Arrastró la boca por encima de la mía. No fue un beso, solo un roce de pasada de su boca contra la mía.

—Puedes fingir. —Algo de aire fresco golpeó mi piel cuando levantó la cabeza—. Puedes fingir que esto no se debe a que me necesites.

Mi corazón parecía una mariposa atrapada cuando abrí los ojos. Los suyos eran como ardiente miel fundida.

—No lo hago.

La curva de sus labios era de una sensualidad cruel.

- —Puedes fingir que esto es... —Metió un dedo dentro de mí, solo la punta, pero me puse de puntillas. Sus ojos se volvieron luminosos mientras los deslizaba por mi rostro y luego más abajo, a donde mis pechos habían asomado por encima del agua burbujeante. Levantó la vista hacia mis ojos mientras presionaba con el dedo un poco más adentro y sentí cómo mis músculos internos se apretaban contra él—. Que no tiene nada que ver con que me desees.
- —No lo hago —insistí, aun cuando levanté las caderas de la roca para apretarlas contra su mano, contra él.

Casteel bufó cuando mi vientre rozó contra su duro y caliente miembro. Me empujó de vuelta contra la roca, y atrapó su mano entre nosotros mientras su pecho se aplanaba contra el mío. El contacto piel con piel, la forma en que bombeaba despacio su dedo, inutilizó mis sentidos.

—Puedes fingir que es solo el mordisco hipersensible de tu cuello el que hace que te contonees contra mi mano.

Sí, me contoneaba todo lo que podía.

- —Puedes fingir que esa es la razón de que desees que fuese mi pene el que estuvieras agarrando con semejante fuerza. —Agachó la cabeza hacia mí una vez más—. Los dos podemos fingir y los dos podemos…
 - —¿Podemos qué? —jadeé—. ¿Ser solo Hawke y Poppy?

Por un momento, la dureza grabada en sus facciones resbaló y luego se resquebrajó para dejar al descubierto la casi desesperada necesidad que había debajo. Una necesidad de *mí*. De nosotros.

¿Y si Kieran tenía razón?

Apenas podía respirar, no digamos ya pensar, pero sabía a lo que se refería. Dios, cómo lo sabía. Y en ese momento, los dos queríamos lo mismo. Tal vez necesitáramos lo mismo: solo sentir y dejar que todo lo demás quedara a un lado. Solo estar ahí, en esos segundos y minutos, y en ningún sitio más. ¿Podíamos hacerlo? Quizás él pudiera. Tal vez todo aquello se tratase de saciar una necesidad física para él, por inexplicable que pudiera ser. ¿Por qué no podía hacer yo lo mismo? Quería lo que él podía darme. Placer. Escape momentáneo. Experiencia. Una sensación de libertad. Porque eso era lo que sentía con la liberación del éxtasis. ¿Cómo podía ser eso una traición a nadie, incluida a mí misma? ¿Negarlo no era más traicionero? ¿O me estaba mintiendo a mí misma incluso ahora mismo? ¿Y si así era, acaso importaba?

Sus dedos se quedaron quietos y buscó una respuesta en mi cara. Y en ese momento, me di cuenta de que esta era mi vida. Lo que existía entre Casteel y yo no estaba ni bien ni mal. Era lioso y complicado, y quizás más tarde me arrepintiera de esto porque le estaba dando más y más pedazos de mí, pero lo quería a él.

Y estaba más que harta de denegarme todo.

Estaba harta de mentirle y de mentirme a mí misma.

- —Solo con una condición —dije.
- —¿Ahora tienes una condición?

Asentí, el corazón tronaba en mi pecho.

—No quiero fingir —susurré—. Yo soy Poppy y tú eres Casteel, y esto es real.

Capítulo 31



—¿Puedes estar de acuerdo con eso? —pregunté.

Sus ojos se cerraron durante un instante, todas las despampanantes líneas de su rostro en tensión.

—Siempre —susurró—. Sí.

Reaccioné y me aparté de la roca. Cerré la distancia entre nuestras bocas y lo besé. En el mismo momento en que mis labios tocaron los de Casteel, en el mismo segundo en que sus labios se entreabrieron, supe que esto era *real*.

Levanté las manos de la roca, las cerré en torno a su cuello mientras tomaba lo que quería. Saboreé a Casteel en la punta de mi lengua, me regodeé en la excitante sensación de sus afilados dientes. No sabía lo que estaba haciendo, solo que me guiaba el instinto. Moví los labios contra los suyos, mordisqueé y exploré y aprendí.

Y Casteel no parecía molesto en absoluto por mi torpe inexperiencia. Si acaso, parecía excitarlo. Me dio lo que quería, besándome con una especie de abandono salvaje que bordeaba en la locura.

Cuando puso fin al beso, su respiración estaba tan acelerada como la mía.

- —¿No estamos fingiendo, Poppy? ¿Ya no? A pesar de *todo* lo que sabes, me deseas.
- —¿Tú qué crees? —Me moví contra su mano en actitud exigente. Pero su otra mano se apoyó en mi cadera y paralizó mis movimientos.
 - —Necesito oírtelo decir, princesa.

Por supuesto que lo necesitaba.

- —Sí —casi escupí—. Te deseo.
- —Bien. —Sacó la mano de entre mis piernas—. Porque esto es real.

Antes de que pudiera lamentar la pérdida de su mano, me agarró de los muslos y me aupó. Solté una exclamación y mis manos resbalaron por sus hombros mientras más de la mitad de mi cuerpo salía del agua.

—Envuelve las piernas alrededor de mi cintura —me indicó con suavidad
—. Hazlo.

Hice lo que me pedía sin protestar. Cosa rara. Esperaba que se hubiese dado cuenta.

Devolvió sus manos a mis caderas, bajó la vista hacia donde mis senos estaban acurrucados contra su pecho.

—Me encantaría tomarme mi tiempo porque hay muchísimas formas diferentes en las que me encantaría ser *real* contigo. Tumbarte en las rocas y lamer cada centímetro de tu cuerpo. Llevarte al éxtasis de ese modo. Y luego te querría de rodillas, con tu boca alrededor de mi pene.

Me estremecí ante las imágenes tan depravadas que sus palabras inspiraban. Ese acto había aparecido en el diario de la Srta. Willa, y me había parecido aborrecible cuando lo leí. Pero ¿ahora? Sonaba... *intrigante*.

- —Yo... no sé cómo hacer eso.
- —No creo que pudieras hacerlo mal —me dijo, y sus ojos brillaron con intensidad—. Pero te enseñaría. Te enseñaría cómo usar la boca y la lengua. Si tuviésemos tiempo, jugaríamos. —Sus manos se apretaron sobre mi cintura —. Pero no tenemos tiempo, princesa.
 - —No. —Mi corazón tronaba—. No lo tenemos. —Me sostuvo la mirada.
- —Me alegro de que estemos en la misma onda. —Los músculos de debajo de mis manos se tensaron—. ¿Princesa?
 - —¿Alteza?

Esos ojos suyos se volvieron ámbar fundido.

—Voy a necesitar que te agarres a mí y no te sueltes, porque estoy a punto de follarte como prometí.

Solté una exclamación ante sus lascivas palabras, deliciosamente lascivas.

—Sí. Por favor.

Casteel no respondió con palabras, sino con acción. Me guio hacia abajo hasta que lo noté empujando contra mi entrada. Me mordí el labio.

- —Baja las piernas —me dijo—. Solo un poco. Eso es. Así, perfecto. Sus labios volvieron a mí—. Eres perfecta.
- —Yo... —Mis palabras terminaron en un grito que él capturó con un beso. Me llenó, me estiró hasta que no estuve segura de que esta posición fuera a funcionar. O si *yo* iba a funcionar. Solo habíamos hecho esto dos veces. Yo solo había hecho esto dos veces. Pero me sujeté a él, mis dedos

clavados en su piel mientras seguía hundiéndose en mí, más y más profundo, hasta que no hubo espacio entre nosotros. Casteel se estremeció.

Deslizó una mano por mi espalda y cerró el brazo a mi alrededor. Y entonces... me abrazó contra su pecho, enterrado en lo más profundo de mi ser.

- —¿Estás bien? —susurró, sus labios rozaron los míos—. ¿Poppy? Asentí y aflojé un poco las manos sobre sus hombros—. ¿Estás segura?
- —Sí —murmuré, los ojos cerrados. No dolía. No era del todo cómodo, pero sabía que había más. Me moví y meneé un poco las caderas.

Gimió mi nombre.

—Poppy...

Hice caso omiso de cómo se comprimió mi corazón en respuesta a su voz. No quería eso. Quería su dureza entre mis piernas y dentro de mí, necesitaba lo que me hacía sentir. No quería que mi corazón se implicara.

Me contoneé. Solté una exclamación cuando el placer se avivó.

- —Por todos los dioses, Poppy. Estoy intentando… —Un sonido retumbó desde su interior, vibró a través de mí—. Estoy intentando asegurarme de que estás preparada.
 - —Estoy preparada —le dije. *Hace tiempo que estoy preparada*.

Soltó una maldición, pero entonces empezó a moverse. Empujó con las caderas hacia arriba mientras la mano que tenía sobre las mías tiraba hacia abajo. Abrí los ojos como platos ante la cruda sensación de tenerlo moviéndose dentro de mí, despacio y profundo. Suspiré y relajé unos músculos que ni siquiera me había dado cuenta de que estaban tensos.

—Eso es. —Sus palabras fueron apenas un susurro—. Dios, eres... —La mano que me guiaba se cerró con fuerza y luego se aflojó cuando me deslicé hacia arriba sobre su miembro—. Eres todo lo que jamás podría desear.

Jamás había tenido tantas ganas de creer algo en mi vida, y esa noción amenazó con dar al traste con todo.

—Estamos siendo reales —le recordé. Busqué su boca—. No me mientas ahora.

Se puso rígido contra mí durante unos segundos, luego soltó una sonora carcajada.

—Tienes razón. —Cerró el puño en torno a mi pelo y tiró de mi cabeza hacia atrás—. Ahora no necesitamos mentir.

Su boca cubrió la mía y uno de sus colmillos arañó mi labio. Se me escapó un gemido ronco. Apenas un segundo más tarde, estábamos de vuelta en esa roca, uno de sus brazos a mi alrededor y la otra mano en mi pelo, las

únicas cosas entre la dura superficie y mi piel mientras volvía a penetrarme e inmovilizaba mis caderas.

Y entonces hizo lo que había prometido.

Casteel me folló.

Sus caderas embistieron contra las mías y, tal y como estaba ahí sujeta, lo único que podía hacer era todo lo que me pedía. Me agarré mientras el agua espumosa salpicaba y burbujeaba con violencia a nuestro alrededor. Cada empellón de sus caderas parecía tan ávido como las caricias de mi lengua contra la suya. Cada embestida de sus caderas parecía más un acto de posesión que el anterior. Mi cabeza cayó hacia atrás, pero nunca llegó a la roca debido a su mano, y el mundo se convirtió en un caleidoscopio de rayos de sol rotos, paredes color pizarra y pétalos brillantes. Me puse tensa. Todo en mí se tensó mientras su cabeza caía sobre mi hombro, su cuerpo presionaba contra el mío. Me enrosqué a su alrededor, enterré mi cara en su cuello, saboreé el agua dulce y la sal de su piel. Mi pulso tronaba en mi interior, el suyo igual de fuerte contra mi mejilla. Nuestros cuerpos se movieron con frenesí y me dio la sensación de que él estaba en todas partes al mismo tiempo, robándome la respiración. No hubo ni un momento de vacilación. No ralentizamos ni un instante ni aflojamos para tomar aire. Los dos nos vimos arrastrados por la locura, perdidos en la tensión que se enroscaba más y más apretada. Pensé que me rompería en mil pedazos, que nos rompería a los dos, pero me dio lo que tanto deseaba.

La sensación de su piel contra la mía hizo desaparecer el mundo hasta que solo quedamos nosotros dos. El contacto de sus labios sobre mi cuello, mi mejilla, ya había eliminado toda protesta. Su boca encontró la mía otra vez mientras sus manos me sujetaban contra él con tal fuerza, con tal cuidado, que la punzada de culpabilidad ni siquiera tuvo ocasión de formarse. Se movía tan profundo en mi interior que no sentía nada más que a él, y cuando el éxtasis me encontró, también lo encontró a él. Nos devoró a los dos, sin dejar espacio para temer lo que nos aguardaba y haciendo posible lo que parecía imposible.



Me sentía ingrávida en brazos de Casteel, la mejilla apoyada en su hombro y los pies flotando varios centímetros por encima del suelo del estanque. Había intentado apartarme hacía unos instantes, después de que las últimas oleadas de placer amainaran y la realidad empezara a filtrarse en mi interior con la luz cada vez más tenue. Sin embargo, no había llegado lejos. Casteel no me dejó, los brazos bien apretados a mi alrededor.

—Todavía no —me dijo, mientras guiaba mi mejilla contra su hombro.

Me dio la impresión de necesitar permiso, pero no se lo discutí. Le eché la culpa a muchas cosas por ello, pero en ese momento no tenía ningunas ganas de pelear. Para empezar, el calor del estanque y de su piel. La forma en que movía la mano arriba y abajo por mi columna, que era de lo más tranquilizador. La languidez de mi cuerpo también tenía la culpa, igual que la verdad de que era maravilloso que te abrazaran, sobre todo de este modo, sin barreras entre nosotros.

Después de tener prohibido el contacto humano durante tanto tiempo, su desnudez era como que me ofrecieran una bandeja de los más lujosos chocolates y dulces. Dibujé pequeños circulitos en su otro hombro, deseosa de tener el valor de explorar la dureza, las mellas y cicatrices. En lugar de eso, satisfice mi curiosidad con la sensación que me transmitía su piel bajo mis dedos y cómo su cuerpo parecía acero envuelto en satén.

Y... por todos los dioses, me empapé de cada momento, mis ojos pegados al lateral de su cuello, los húmedos rizos de su pelo. En las cámaras secretas de mi corazón, me deleité en esos momentos.

No supe cuánto tiempo pasamos así, nada más que el sonido del agua y las llamadas de los pájaros en el exterior a nuestro alrededor. Casteel pareció darse cuenta del momento preciso en que alguien se acercó a la cueva.

—Es Kieran. Él es el único que sabría encontrarme aquí. —Se desenredó de mí con suavidad y me dio la impresión de sentir sus labios rozar mi coronilla—. Vuelvo ahora mismo.

Me sumergí hasta los hombros mientras él se deslizaba por el agua y luego se levantaba. Pude verlo en todo su esplendor, algo que no debería haber sofocado mi cara tanto, dado lo que acabábamos de hacer. Paró para recoger sus pantalones, pero no se los puso.

Casteel salió de la cueva tan desnudo como el día que vino al mundo, y si no se paraba a ponerse esos pantalones, Kieran estaba a punto de ver también ese esplendor.

«Bueno, vale», susurré. Luego me reí, el sonido resonó por la caverna.

Eché la cabeza atrás y contemplé los rayos de sol en busca de arrepentimiento o vergüenza. Como otras veces, lo único que encontré fue incertidumbre. No por lo que habíamos compartido, sino por lo que significaba. No habíamos estado fingiendo.

Lo que habíamos compartido había sido real. Sin juegos. Sin farsas. Sin medias verdades.

Pasé los dientes por encima de mi labio inferior. Lo notaba hinchado por los besos. Me llevé los dedos a la boca y me estremecí al recordar cómo la había reclamado Casteel, con la misma pasión que el resto de mi cuerpo.

Me giré al oír las pisadas de Casteel. Gracias a los dioses, iba medio vestido. Sin embargo, llevaba los botones desabrochados; no tenía ni idea de cómo se sostenían los pantalones en sus caderas. Llevaba un fardo blanco en las manos, que dejó con cuidado en el suelo de la cueva.

—Kieran dedujo que veníamos hacia aquí, así que nos ha traído ropa limpia para los dos y una toalla.

No podía ni imaginar cómo Kieran había podido ser tan intuitivo, y era probable que no quisiera saberlo.

Alargó una mano y me ofreció una gruesa toalla blanca.

—No hace falta decir que prefiero la versión desnuda y mojada de ti, pero es hora de secarnos y ponernos presentables.

Sacudí la cabeza y fui hacia él, aunque me moví más despacio cuando el agua burbujeante empezó a bajar por debajo de mi pecho. ¿Por qué vacilaba? No era como si no hubiese visto mis pechos, las cicatrices y todo lo demás. Me estaba esperando, me observaba, pero ¿no había hecho yo lo mismo antes? ¿Observar con descaro cómo se desvestía? Hice acopio de valor y continué adelante. Y sucedió algo de lo más extraño: cada paso se volvió más fácil, aun cuando el agua bajó por debajo de mis costillas y luego hasta mi ombligo. Aun cuando los ojos de Casteel siguieron el nivel del agua. Sus labios se entreabrieron un poco y tuve la seguridad de que Nyktos en persona podía llegar y Casteel no apartaría la vista de mí. Me di cuenta de que había cierto poder en esto, en ser una fuente de distracción para él. Las puntas de sus colmillos rozaron su labio de abajo cuando el agua burbujeó en torno a la cara interna de mis muslos y después más abajo. Fingiera o no, estaba disfrutando de lo que veía cuando subí las escaleras de tierra.

—Yo te ayudo. —Abrió bien la toalla—. Sé que puedes sola, pero quiero hacerlo.

No dije nada y me limité a quedarme ahí plantada, tan desnuda como lo había estado él. Se colocó detrás de mí para frotar mi pelo mojado con la toalla.

—Esto es lo primero que hay que secar —explicó, aunque era muy consciente de que no me quitaba el ojo de encima mientras escurría el exceso de agua de mi pelo. Supe que vio cómo mis pezones se endurecían y noté que

el rubor teñía mi piel—. No querría que pillaras un resfriado —dijo, la voz ronca—. Eso es lo que he oído del pelo mojado.

- —Ajá —logré articular, mientras una sonrisa tiraba de mis labios.
- —Solo estoy siendo concienzudo. —Deslizó la toalla por mis brazos, todo el camino hasta la punta de mis dedos, y luego por mi espalda—. Luego me lo agradecerás.
 - —¿El ser concienzudo?
- —Entre otras cosas. —Pasó la toalla por mi abdomen y luego más arriba para atrapar el agua entre mis senos. Sus manos se demoraron ahí antes de hacerme girar hacia él.

Se arrodilló delante de mí y mi estómago dio una voltereta cuando subió la toalla por mi pierna izquierda, luego por la derecha, y al final entre ellas. Contuve la respiración y me tambaleé un poco.

—Solo estoy siendo concienzudo —me recordó, los ojos velados—. No querría que estuvieras mojada sin necesidad, princesa.

Me dio la sensación de que se refería a otra cosa.

La toalla se extendió sobre mi trasero.

—Creo que ya estás bien seca —anunció. Sus ojos subieron despacio hasta los míos—. Casi toda.

Sí.

Casi toda.

Con una sonrisa, agachó la cabeza y besó la tenue cicatriz irregular de la cara interna de mi muslo. El acto me sacó de golpe de la placentera neblina en la que me había sumido. Observé cómo se levantaba. Mil pensamientos diferentes corrían por mi cabeza mientras envolvía la toalla a mi alrededor. Agarré los extremos.

- —Casteel...
- —Lo sé. —Me puso un dedo sobre los labios—. Lo que hemos hecho aquí se queda aquí.

Parpadeé, dolida de pronto por unas palabras que ni siquiera estaba segura de entender. No iba a decir eso. En realidad... no sabía lo que iba a decir.

Se giró y recogió del suelo la camisa blanca, que suponía un marcado contraste contra su piel bronceada. Un mechón de pelo cayó sobre su frente, lo cual suavizó sus facciones mientras bajaba la cabeza para abrocharse los pantalones. Noté una punzada girar en mi bajo vientre. ¿Cómo podía hacer que un acto tan normal como vestirse pudiera parecer tan sensual?

En realidad, no tenía por qué quedarme ahí de pie y mirar cómo se vestía. Dejé caer la toalla y me puse la ropa a toda prisa.

—Espera. —Casteel me arregló las mangas otra vez.

No sabía exactamente qué tuvo ese momento que me hizo pensar en las consecuencias de lo que acabábamos de hacer. El hecho de que ni siquiera se me había ocurrido hasta ahora demostraba que tenía que hacer mejores elecciones en la vida.

- —Dijiste que tomabas prevención para evitar embarazos —dije. Creía recordar que me había dicho que tomaba una hierba que dejaba temporalmente infértiles tanto a hombres como a mujeres—. ¿Sigues cubierto?
- —Sí. Tengo cuidado, Poppy —dijo sin dudar. Recogió nuestra ropa y mis botas—. No me arriesgaría a tener un hijo.

Conmigo.

No lo había dicho, pero flotó en el aire de todos modos. Y sentí otra punzada extraña e irracional. Una que no tenía sentido, porque la idea de tener un hijo con nadie era más aterradora que encontrar a una criatura con aletas por piernas y colas por brazos dentro de mi cama.

En cualquier caso, era obvio que había algo mal en mí, porque aun así dolió.

Porque las cosas que eran reales para él no eran las mismas que para mí.



Lo que le había hecho a Beckett había corrido como la pólvora. Lo supe porque todo el mundo me miraba mientras levantaba una cucharada de espesa sopa de verduras.

Bueno, no todo el mundo.

Dos atlantianos habían acaparado la atención de Casteel. Lo mismo que Kieran. Y no tenía ni idea de a dónde habían ido Delano y Naill; en realidad podía ser a cualquier sitio, pues estábamos en uno de los edificios más grandes del centro urbano. El resto de los presentes, sin embargo, o bien me echaban miraditas con disimulo o me miraban con total descaro.

Los mortales y atlantianos sentados a la mesa delante de nosotros. Los *wolven* desperdigados por el resto de las mesas. Todos ellos me miraban. Tampoco podía culparlos. Era verdad que había brillado de color plata y que había curado a alguien solo con mi contacto. Yo también miraría pasmada a alguien al que hubiese visto o me hubieran contado que había hecho algo así. No obstante, era lo que había detrás de esas miradas lo que me inquietaba. El

aire casi vibraba de las emociones y, como antes, no había tenido que concentrarme ni abrirme para sentir la cuasi hostilidad de la mayoría de las personas que tenía a mi alrededor.

Me tragué una cucharada de sabrosa sopa y levanté la vista hacia los estandartes que colgaban a ambos lados de la puerta. Ondeaban con suavidad a causa de la brisa que entraba por las ventanas abiertas, que también empujaban las aspas de varios ventiladores y lograban mantener fresca la sala abarrotada de gente.

Un suave roce contra mi brazo llamó mi atención hacia mi derecha, donde se sentaba Alastir.

—¿Quieres cenar en tus aposentos? —preguntó en voz baja—. Si es así, te puedo acompañar de vuelta a la fortaleza.

Bajé la cuchara mientras miraba de reojo hacia donde Casteel estaba sentado a la cabecera de la mesa. Escuchaba a un atlantiano al tiempo que rebuscaba por un plato de quesos, inspeccionando cada uno de ellos como si buscara el perfecto o, al contrario, defectos. Volví a centrarme en Alastir.

—¿Tan incómoda se me ve?

Esbozó una sonrisa tensa, preocupada.

—Apenas has tocado tu comida.

Era difícil comer mientras la gente te miraba. Paseé la vista por la sala atestada. Parte de mí quería excusarse y volver a mis habitaciones, pero esta era solo una de muchas cenas o eventos en los que sería objeto de interés. Además, esconderme en mis aposentos puede que fuese la opción más fácil, pero también sería la más cobarde. Y en cualquier caso, nadie estaba proyectando sus emociones. No había ningún estridente entre ellos, así que podía ignorarlos. Más o menos.

- —Estoy bien —decidí. La sonrisa de Alastir no llegó a sus ojos.
- —Sé que debe ser difícil estar con tantas personas que no te reciben precisamente con los brazos abiertos y encima percibir cómo se sienten. No pensaría mal de ti si no quisieras exponerte a eso. Y solo para que lo sepas, ninguna de las personas que ha pasado siquiera unos minutos en tu presencia piensa así. El resto acabarán por conocerte, pero hasta entonces, me gustaría disculparme por su comportamiento. —Me dio un suave apretón en el brazo —. ¿Sabías que esta era, en el pasado, una ciudad comercial muy ajetreada?

Me tragué el nudo que sus palabras habían formado en mi pecho.

—Cuando Atlantia gobernaba sobre el reino entero, esta era la primera y última ciudad importante antes de cruzar las montañas Skotos. Solían pasar... miles de personas por aquí —explicó. Suspiró mientras paseaba la vista por

las paredes desnudas—. Era una pena ver en lo que se había convertido este lugar, pero Casteel y esta gente lo están restaurando poco a poco y dándole una nueva vida.

Quentyn salió entonces de la zona donde se había preparado la comida con una gran jarra en la mano. Lo seguía otro chico más bajito y más joven, con una leve cojera. Me costó un momento reconocer al chaval de pelo negro y piel bronceada. Solo lo había visto en su forma de *wolven* y de un modo muy breve como mortal, pero entonces su piel había estado pálida y sudorosa.

Beckett.

Observé cómo rellenaba los vasos al final de la mesa e iba avanzando hacia nosotros. Mientras rellenaba el vaso de su tío abuelo, por fin me miró.

- —Hola, ya nos conocemos —susurró—. Más o menos.
- —Beckett —dije—. ¿Cómo te encuentras?
- —Casi perfecto. —Echó agua en mi vaso y miró de reojo a Alastir antes de bajar la barbilla—. Gracias. No puedo repetirlo lo suficiente.
 - —Ya lo has hecho.

Una amplia sonrisa se desplegó por su cara, pero enseguida se diluyó y percibí una punzada de... de *miedo*, antes de que siguiera por el otro lado de la mesa.

¿Ahora me tenía miedo?

Me eché hacia atrás mientras el nudo de mi pecho se expandía. No podía entenderlo. Lo había curado... Cómo lo había hecho, no tenía ni idea, pero Beckett tenía que saber que no tenía por qué tenerme miedo.

-¿Penellaphe? ¿Estás bien?

Solté un suspiro tembloroso y miré a Alastir.

- —Sí. Sí. —Sonreí al devolver la atención a él—. Parecen muy colaboradores. Beckett y Quentyn.
- —Respetar a sus mayores es algo que se inculca a los jóvenes desde muy temprana edad. Verás a menudo a los más jóvenes ayudando a servir comida y bebida en muchas cenas por todo Atlantia —explicó Casteel, que había oído mi comentario. Alastir resopló con desdén.
- —Excepto a ti. Tú siempre tenías la nariz enterrada en un libro durante las cenas.

La sorpresa me distrajo de la reacción de Beckett.

- —¿Qué leías?
- —Normalmente, libros de historia o de mis estudios —contestó. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba—. Era un niño aburridísimo la mayor parte del tiempo.

Mis ojos conectaron con los de Kieran un momento, recordé lo que me había dicho de que Casteel era el serio.

—Bueno, tu hermano lo compensaba con creces —comentó Alastir, sacudiendo la cabeza—. Lo último que querías era que Malik te sirviera nada durante la cena.

Mis ojos volaron de vuelta hacia Casteel y observé cómo se ensanchaba su sonrisa. No sabía qué había esperado, pero era muy raro que nadie hablara de su hermano.

- —Malik solía... experimentar con las bebidas y la comida —aclaró Casteel cuando vio que lo miraba—. Y no era aconsejable estar en el extremo receptor de esos experimentos.
 - —Casi me da miedo preguntar —musité.
- —Pero lo harás —murmuró Kieran. Hice caso omiso de su comentario. Lo mismo que Casteel.
- —Añadía limón y pimienta al zumo, sal a platos que se suponía que eran dulces, y en general, estropeaba lo que fuese que estuvieras emocionado por comer.
- —Eso es terrible —dije, riéndome. Casteel se inclinó hacia mí, sus pestañas bajaron.
 - —Y aun así te ríes.
 - —Sí.

Casteel levantó la mirada y el calor que vi en ella hizo que un escalofrío danzara sobre mi piel.

- —Es probable que sea porque suena a algo que harías tú.
- —Puede ser. —Se rio al enderezarse y se volvió hacia la otra mesa para seguir rebuscando entre el queso—. ¿Cuántas…? —Me callé cuando la mano de Casteel rozó la mía. Puso un pedazo de queso en mi plato, uno que habían cortado muy fino. Lo miré de reojo, pero él escuchaba a otro mortal de la mesa de detrás de la nuestra—. Gracias.

Casteel asintió.

Recuperé el queso de mi plato con una leve sonrisa antes de comerme un trocito. Un repentino estallido de carcajadas llamó mi atención. Kieran se había levantado para ir a sentarse con unos cuantos hombres al final de la mesa. Las risas provenían de donde estaban sentados Quentyn y Beckett con Emil y unos cuantos hombres más que habían viajado hasta aquí con Alastir. Me pregunté qué habría hecho reír a Emil de manera tan escandalosa.

Cuando aparté la mirada, mis ojos chocaron con los de dos mortales. Eran más mayores. Hombres. Uno de ellos le habló al otro al oído. El segundo

hombre, con el pelo rubio bien recortado, enroscó el labio. Su mueca de desagrado amargó el queso.

Bebí un sorbo para quitarme el sabor. No era la primera mirada o actitud poco amistosa que había recibido, siempre cuando Casteel estaba distraído, como ahora, que se había levantado para hablar con una mujer que era todo huesos y piel arrugada. Apreté los dedos en torno al vaso. Cada vez que pillaba una de sus muecas o miradas, me entraban ganas de preguntar si necesitaban ayuda con algo. Tenía ganas de sostenerles la mirada hasta que se sintieran tan incómodos como yo, pero no dije nada. No hice nada. Igual que cuando me regañaba la sacerdotisa o cuando el duque me soltaba un sermón.

—No les prestes atención —murmuró Alastir en voz baja. Dejé mi vaso en la mesa—. Es solo que no te conocen —repitió. Su sonrisa era tan falsa como la que yo solía llevar plantada en la cara como la Doncella—. Su desconfianza o incluso animadversión hacia ti es algo a lo que debes acostumbrarte como su princesa e inminente reina.

Reina.

Mi cuerpo entero se puso en tensión. Eso no iba a ocurrir, me recordé. Aunque ocurriera lo imposible y Casteel y yo... bueno, ni siquiera podía terminar ese pensamiento. Casteel no quería ser rey.

—Si no quieres ceder y retirarte de esta situación, entonces no puedes dejar que noten que sus sentimientos te afectan. No puedes dejar que Casteel lo sepa, no vayamos a encontrarnos con otra situación como la de Landell entre manos —continuó—. No estoy del todo seguro de lo que siente por ti, pero una cosa es evidente: actuará cuando perciba cualquier insulto a tu honor. Hay poder en eso, Penellaphe. Eres el cuello que gira la cabeza del reino.

Lo miré alucinada.

- —Lo siento. Es probable que no entiendas nada de eso. No estabas preparada para esto. No es culpa tuya —dijo, aunque en cierto modo me dio la impresión de que lo era—. Nada de esto lo es. Su compromiso contigo es del todo inesperado.
- —Estoy segura de que su hostilidad hacia mí tiene más que ver con quién era y no con que me vaya a casar con su príncipe. —Lo pensé un poco—. O es una combinación de ambas cosas a partes iguales.
- —Eso y que todos han oído que al principio planeaba utilizarte para pedir un rescate. No entienden cómo puede haber surgido el amor después de eso. Yo tampoco, a pesar de todo lo que dice quererte.

- —Cosas más raras han pasado —musité, mientras Casteel iba hacia la entrada justo cuando la puerta se abría para dar paso a un hombre alto. Una espiral de tinta negra subía por la piel morena de ambos brazos, todo el camino hasta sus hombros. Tenía el pelo desgreñado, de un tono plateado que no tenía nada que ver con su edad. Había solo unas tenues arrugas en los bordes de sus ojos cuando sonrió al ver a Casteel.
- —Seguro que sí —dijo Alastir. Bajó la voz mientras Casteel le estrechaba la mano al hombre de pelo plateado. ¿Sería Jasper? Estaba demasiado lejos para que pudiera verle los ojos—. Pero lo conozco desde que nació. Y lo que es más importante, lo he visto enamorado, Penellaphe. —Me costó un esfuerzo supremo mantener una expresión neutra cuando me giré hacia Alastir. No podía… no podía creer que hubiese dicho eso. Sin embargo, todo lo que percibí en él fue preocupación—. Esperaban a otra persona como su princesa —prosiguió—. No eres solo tú.
 - —¿Alguien que no fuera la Doncella? —aventuré.
- —Bueno, por supuesto. Pero como ya sabes, se esperaba que se casase al regresar... —Cerró la boca de golpe al mismo tiempo que fruncía el ceño—. ¿No te lo ha contado?

Un extraño palpitar se avivó en mi cuerpo.

- —Si no me ha contado ¿qué? —Alastir empezó a girarse, pero lo agarré del brazo—. ¿Qué es lo que no me ha contado? —exigí saber.
- —Por todos los dioses, ese chico es idiota. —Se pellizcó el puente de la nariz y percibí un fogonazo de irritación en su interior—. Uno de estos días, aprenderé a mantener la boca cerrada.

Pues yo deseaba que no, puesto que estaba claro que había un montón de cosas de las que no me habría enterado de no ser por él.

- —¿Por qué tengo la sensación de que yo soy el chico idiota del que habláis? —preguntó Casteel al volver a su asiento. La sonrisa se borró de su cara cuando vio la expresión de Alastir y la mía propia—. ¿De qué habéis estado cuchicheando vosotros dos?
 - —No creo que ahora sea el momento... —empezó Alastir.
- —Pues yo creo que ahora es el momento perfecto —lo interrumpí, muy consciente de que los que estaban a nuestro alrededor empezaban a estar pendientes de nosotros.
 - —Yo también lo creo. —Casteel miró a Alastir con suspicacia—. Habla. Esa única orden exigía una respuesta. Alastir sacudió la cabeza.
- —No le has dicho que ya estabas prometido a otra persona —masculló con los dientes apretados.

Capítulo 32



El repentino rugido en mis oídos me hizo creer que no había oído bien a Alastir. Quizás fuesen los atronadores latidos de mi corazón los que no me habían permitido oír lo que decía.

Pero no era así, ¿verdad? Porque de repente me acordé de todo lo que había dicho Alastir la mañana que lo conocí. Había hablado de obligaciones cuando Casteel regresara. El matrimonio desde luego que era una obligación.

Una aguda punzada de dolor cortó a través de mi pecho. Lo sentí como un crujido y sonó como un trueno en mis oídos. No podía entender cómo no lo había oído nadie más.

Despacio, como si estuviera atrapada en un estado entre el sueño y la vigilia, me giré hacia Casteel. Vi que estaba hablando, pero no podía oírlo. Tampoco podía creer lo que había oído.

Lo que acababa de descubrir.

Prometido a otra persona cuando lo conocí en la Perla Roja y él había sido mi primer beso, cuando lo conocía como Hawke y había llegado a confiar en él, a desearlo, a quererlo. Prometido a otra persona cuando me había llevado debajo del sauce y me había dicho que no le importaba lo que era, sino más bien quién era. Cuando me había enseñado el tipo de placer que podíamos encontrar el uno con el otro, primero en el Bosque de Sangre y luego otra vez en New Haven. Prometido a otra persona cuando me enteré de la verdad sobre quién era y cuando bebimos el uno del otro en el bosque a las afueras de la fortaleza, cuando lo había alimentado y él me había dado las gracias después.

Prometido a otra persona cuando me propuso matrimonio como la única manera de que pudiéramos conseguir lo que queríamos. Prometido a otra

persona cuando dijo que podíamos fingir. *Prometido a otra persona* cuando Kieran dijo que éramos corazones gemelos y yo decidí darle mi sangre.

Prometido a otra persona cuando le dije en la caverna que tenía que ser *real*.

De algún modo, aunque sabía que el acuerdo entre nosotros no había sido fruto del amor, y no estaba segura de que Kieran supiese de lo que hablaba con respecto a eso de los corazones gemelos, esta traición hería mucho más profundo que todas las otras traiciones de Casteel.

Y si esa no era una señal de advertencia de que ya me había dejado ir demasiado lejos, no sabía qué podría serlo.

Un dolor que no quería aceptar me atravesó con tal ferocidad que pensé que me partiría en dos, pero pegada a sus talones y lanzando tarascadas venía una ira tan intensa que todo mi cuerpo vibraba con ella.

Pasaron apenas unos segundos entre lo que había dicho Alastir y el amargo y ácido torrente de ira ardiente que cayó sobre mí como una tempestad.

- —¿Prometido a otra persona? —lo increpé, mi voz sorprendentemente serena pero de una crudeza inaudita. No me importaba lo más mínimo que estuviéramos en una sala llena de gente hostil.
 - —No es lo que crees, Penellaphe.

Mis cejas volaron hacia arriba.

- —¿Ah, no? Pues supongo que prometido a otra persona quiere decir lo mismo en Atlantia y en Solis.
- —Lo que significa no importa. —Sus ojos brillaban de un gélido color dorado cuando me miró con una expresión que no podía creer estar viendo. Era $\acute{e}l$ el que parecía escandalizado. $\acute{E}l$ el que parecía enfadado conmigo. Y tampoco podía creer lo que estaba oyendo, viendo o viviendo.

Percibí su enfado. Incluso con mis propias emociones volátiles, todavía pude sentir el chorro frío de la sorpresa y el ardor de la ira debajo de él.

- —¿Cómo has podido…? —empezó. Apretó la mandíbula. Su pecho subió de manera exagerada cuando respiró hondo—. Esa promesa es un juramento que nunca hice. ¿No es así, Alastir? —Apartó la mirada de mí—. ¿Acaso puedes decir lo contrario?
- —Estaba prácticamente decidido —respondió Alastir. Su ira también ardía a través de mis sentidos, chamuscaba mi piel—. Sabes lo que ha estado planeando tu padre durante décadas, Casteel.

Décadas.

Una parte de mí registró que Casteel había negado lo que Alastir había afirmado y que Alastir básicamente lo había confirmado. Así que mi furia amainó un poco, una interrupción en el crujido continuo de mi pecho, pero el dolor y la ira todavía estaban ahí. ¿Llevaban *décadas* hablando de esto? ¿Desde mucho antes de que yo naciese siquiera? ¿Y a Casteel no se le había ocurrido comentarme nada al respecto? ¿Para prevenirme al menos? Retiré mis sentidos y los encerré a cal y canto.

Vagamente, fui consciente de que el hombre de pelo plateado y Kieran se habían aproximado. Estaban lo bastante cerca como para oírlo todo, lo bastante cerca como para que pudiera ver que el recién llegado era un *wolven* y que la curva de su mandíbula y las líneas de sus mejillas me resultaban familiares.

- —Quieres decir que durante décadas mi padre dio por sentado que yo acabaría por aceptar, pero ni una sola vez he dado indicación alguna de que lo haría, ni a él ni a nadie —replicó Casteel furioso—. Lo sabes muy bien. ¿Cómo demonios ha surgido este tema siquiera?
 - —¿Cómo demonios no se te ocurrió contárselo? —lo increpó Alastir.

Se produjo una suave inspiración colectiva desde las mesas de Descendentes.

—Tengo el don de la oportunidad —murmuró el hombre de pelo plateado.

Mis ojos volaron hacia los suyos y nuestras miradas se cruzaron. Los pálidos ojos azules brillaron con fuerza de pronto, casi luminosos, al tiempo que sus labios se entreabrían. Se movieron, pero no hubo ningún sonido. Su sorpresa fue como lluvia gélida, repentina y abrumadora. Dio un respingo y luego un paso atrás. ¿Eran mis cicatrices? ¿O habría sentido esa extraña corriente estática aunque no nos habíamos tocado?

—¿Crees que no sé por qué has sacado el tema? —inquirió Casteel con una voz demasiado suave, tanto que mis ojos volaron de vuelta a él—. Eso ha sido muy débil por tu parte.

Alastir se puso tenso a mi lado.

—¿Acabas de llamarme débil?

Una sonrisilla de suficiencia retorció los labios de Casteel.

—Lo que acabas de hacer ha sido débil por tu parte. Si crees que eso equivale a debilidad de mente o de cuerpo, es problema tuyo. No mío.

El *wolven* se había recuperado de su reacción al verme y ahora puso las manos sobre la mesa para hablar en voz baja.

- —Los dos deberíais calmaros.
- —Estoy perfectamente calmado, Jasper —repuso Casteel.

O sea que *sí* era Jasper. El *wolven* que se suponía que iba a casarnos. Genial.

—Como estás empeñado y decidido a tener esta conversación aquí y ahora cuando deberías haberla tenido en privado hacía una eternidad, entonces tengámosla en público para que todos la oigan, puesto que todo el mundo ha estado pensando lo mismo desde el momento en que se enteraron de vuestro compromiso —escupió Alastir—. Puede que no hayas aceptado, pero un reino entero, incluida Gianna, creía que te casarías a tu regreso.

¿Quién demonios era Gianna? ¿Ese era su nombre? ¿El de la chica con la que el rey y la reina esperaban que Casteel se casara al volver a casa?

- —Esto no tiene nada que ver con Gianna —repuso Casteel escueto.
- —De hecho, estoy de acuerdo con eso —contraatacó Alastir—. Tiene todo que ver con el reino. Tu tierra y tu gente y tu obligación hacia ellos. Casarte con Gianna hubiese fortalecido la relación entre los *wolven* y los atlantianos.

La cabeza de Jasper voló en dirección a Alastir.

—Te estás excediendo, Alastir. Tú no hablas en nombre de toda nuestra gente.

El wolven más mayor ardía de ira a mi lado, pero había una conexión ahí, una que me recordó a Landell, a una de las cosas que había dicho en respuesta cuando Casteel declaró que tenía la intención de convertirme en su princesa. Había dicho que se suponía que ese era un honor destinado a aunar a toda su gente.

- —Sé cuáles son mis obligaciones. —Las palabras de Casteel cayeron como esquirlas de hielo—. Y sé a la perfección lo que mi padre espera de mí. Esas dos cosas no son mutuamente excluyentes. Tampoco es verdad que casarme con una *wolven* vaya a borrar de repente la muerte de más de la mitad de su gente. Cualquiera que crea eso es tonto.
 - —No he dicho que esté de acuerdo. —Alastir levantó su vaso.
- —Tal vez esta conversación debiera tener lugar en otro momento —dijo Emil con énfasis, tras haberse colocado al lado de Alastir. Miró a Jasper como para decir «Haz algo».

Jasper se sentó en la silla que antes ocupaba Kieran y, para ser honestos, miró a Alastir como si esperara que el hombre continuase hablando.

—¿Quieres decir cuando no tengamos a una de *ellos* sentada aquí mismo? —preguntó un hombre, un atlantiano que creía recordar haber visto en la casa donde Beckett resultó herido—. ¿La que se crio en un nido de víboras y lo

más probable es que sea tan venenosa como el nido en el que creció? ¿Cuando estamos *tan* cerca de vengarnos por fin de ellos?

Casteel abrió la boca, pero algo se soltó en mi interior. Levantó la cabeza. Y fuera lo que fuese, respiraba fuego. Muchos años de entrenamiento para permanecer en silencio y sumisa, para permitirle a la gente decir y hacer lo que quisieran, se prendieron fuego y quedaron reducidos a brasas y cenizas. Simplemente fui más rápida a la hora de responder.

—No soy una de *ellos* —escupí, y la atención de la sala entera voló hacia mí. Todos excepto Casteel. Él seguía observando al atlantiano, y tuve la inquietante sospecha de que estábamos a apenas unos segundos de repetir lo que le había sucedido a Landell—. Yo era su Doncella y, aunque sospechaba que los Ascendidos ocultaban cosas, reconozco a las claras que no abrí los ojos del todo hasta que conocí a Casteel. Solo entonces fui consciente de quiénes eran en realidad. Pero nunca fui una de ellos. —Miré al atlantiano a los ojos, noté el sabor de su ira y su desconfianza, sentí cómo se hinchaban en mi interior, cómo alimentaban mi furia ardiente como si fuesen una cerilla encendida—. Y la próxima vez que quieras llamarme víbora venenosa, al menos ten el valor de hacerlo mirándome a los ojos.

Silencio.

Ian hubiese dicho que todo estaba tan silencioso que hubiera podido oír estornudar a un grillo.

Y entonces Jasper soltó un silbido bajito.

El atlantiano salió de su estupor.

- —Eras su Doncella. La Elegida. La favorita de la reina. ¿No es eso lo que dicen?
- —Dante —le advirtió Emil, y lanzó al atlantiano rubio una mirada significativa—. Nadie te ha pedido tu opinión en esto.
- —Sí, pero yo me alegro de que la haya dado, pues soy muy consciente de que no es el único aquí que piensa eso —intervine. Miré por toda la sala—. Sí, era la favorita de la reina y me criaron en una jaula tan bonita que tardé mucho tiempo en verla por lo que de verdad era. Los Ascendidos planeaban utilizar mi sangre para crear a más *vamprys*. Por eso era su Doncella. ¿Vosotros sentiríais lealtad por vuestros captores? Porque yo no la siento.

Casteel me miró entonces, sus ojos todavía gélidos, pero algo más se movió en esas profundidades. No había tiempo para averiguar qué era. Y en ese momento, en realidad no me importaba lo más mínimo.

—Si eso es verdad, entonces te aplaudo. —Dante levantó un vaso en alto —. Todos te aplaudimos, y lo digo en serio. Estos días, son muy escasas las

ocasiones en que alguien de Solis abre los ojos. Sin ofender a los presentes que sí lo han hecho.

Hubo varios murmullos antes de que Dante continuara.

- —Saber que eres de ascendencia atlantiana sí explica por qué eres importante para ellos, pero...
- —¿Soy más útil para vosotros muerta? —lo interrumpí, justo cuando Quentyn y Beckett salían de la cocina con pan recién horneado. Se pararon en seco, los ojos como platos. Dante bajó su vaso, los ojos fijos en mí.
- —Sé que muchos de vosotros preferiríais mandarme de vuelta con la reina Ileana cortada en pedazos; lo mismo piensa el rey, estoy segura. —Levanté la barbilla, aunque un leve temblor sacudía mis manos—. Una parte de mí no puede culparos a ninguno por desear eso, en especial después de averiguar la verdad sobre ellos.

Un músculo se tensó en la mandíbula del atlantiano, pero fue Alastir el que habló.

—Ya te lo dije, Casteel. Te dije que encontrarías oposición si seguías adelante con esto.

Igual que Landell.

- —¿Y yo qué te dije cuando me hiciste esa advertencia antes? —preguntó Casteel.
- —Que esto era lo que querías. Que ella es lo que quieres —dijo Alastir, y mi corazón se retorció en mi pecho—. Y sabes que quiero creerlo. Todo el mundo en esta sala quiere creerlo.

Lo dudaba mucho.

—Y el rey y la reina querrán creerlo —dijo Alastir—. En especial, Eloana. Pero has pasado décadas tratando de liberar a tu hermano en lugar de resignarte a lo que el resto de nosotros hemos llegado a aceptar. Te has negado a cumplir con tus obligaciones para con tu gente porque no estabas preparado para dejarlo ir; algo que podía comprender por mucho que me doliera. La última vez que te marchaste tenías que saber que ya no había ninguna esperanza de que volviera con nosotros, pero fuiste de todos modos. Desapareciste durante años; desapareciste durante tanto tiempo que tu madre empezó a temer que tú también hubieras sufrido el mismo destino que Malik —continuó, y mi corazón se comprimió por una razón totalmente diferente mientras Casteel no mostraba reacción alguna—. Pero ahora regresas a casa con la joya más preciada de los Ascendidos. Hay muy pocos que crean de verdad que esto no tiene nada que ver con tu hermano.

—Si no hubiese aceptado el destino de mi hermano, no estaría abandonando Solis —masculló Casteel, y solo Kieran y yo sabíamos lo mucho que le costaba pronunciar esas palabras—. No es ningún secreto que planeaba utilizar a Penellaphe como moneda de cambio. Pasé todos esos años lejos de casa trabajando para acercarme a ella. —Esto se lo dijo no solo a Alastir sino a la sala entera—. Lo logré y, cuando llegó el momento, actué. La secuestré.

Casteel relataba una verdad que todavía era difícil de oír.

—La secuestré y la conservé a mi lado, pero no para utilizarla. En algún punto, dejé de verla como una moneda de cambio o una herramienta para la venganza. La vi por quién era. Por quién es... Esta mujer preciosa, fuerte, inteligente, amable y con una curiosidad sin fin que era tan víctima de los Ascendidos como cualquier atlantiano. Me enamoré de ella, es probable que mucho antes de que me diera cuenta siquiera. —Se rio, un sonido ronco. Y por todos los dioses, sonó tan real que se me hizo un nudo en la garganta—. Mis planes cambiaron. Lo que pensaba sobre Malik cambió. Y eso fue antes de averiguar lo que era. Que es parte atlantiana. Ella es la razón de que haya vuelto a casa.

Mis ojos se toparon con los de Kieran y él asintió, como para confirmar lo que Casteel decía.

Pero ¿cómo podía ser verdad?

Cuando su gente llevaba varias décadas esperando que se casara con otra persona y él nunca me lo había dicho. Y cuando todavía no había dicho ni una palabra siquiera sobre Shea.

Apreté los labios y aparté la mirada. Si todo lo que había dicho Casteel fuese verdad, el futuro sería diferente. Todo sería diferente. Deseé que no hubiese pronunciado esas palabras en absoluto.

La anciana con la que Casteel había estado hablando antes levantó la voz.

- —¿Sabías que planeaba utilizarte?
- —Al principio, no. No hasta después de haberse ganado mi confianza y la de los Ascendidos que estaban a cargo de mí. Cuando lo averigüé… —Dejé la frase a medio terminar. Quizás fuese mejor que no se supiese mi reacción.
- —Me apuñaló en el corazón con una daga de heliotropo —terminó Casteel por mí. La anciana parpadeó mientras Jasper soltaba una sonora carcajada.
 - —Lo siento —se disculpó—. Pero, joder... ¿lo dices en serio?
 - —Es verdad —confirmó Kieran—. Pensó que lo mataría.

Emil empezó a sonreír, pero una mirada de Casteel le hizo pensárselo mejor. Me moví en la silla, que de repente parecía muy incómoda, y me pregunté para qué narices servía esa información ahora.

—Estaba un poco enfadada.

Casteel arqueó una ceja al mirarme.

—¿Un poco?

Entorné los ojos.

- —Vale, estaba muy enfadada.
- —Esto no lo sabía —comentó Alastir desde detrás de su copa.
- —Es obvio que Casteel ha salido a su padre cuando se trata de mujeres con objetos afilados —comentó Jasper con una carcajada—. Me da la impresión de que me falta algo de información vital que Delano se saltó convenientemente cuando se reunió conmigo a medio camino.

Fruncí el ceño. Al menos sabía dónde había estado Delano.

- —¿Apuñalaste a Casteel? —repitió Jasper—. ¿En el corazón? Con heliotropo. ¿Y creías que eso lo iba a matar?
 - —En mi defensa, diré que después me sentí mal por ello.
 - —Es verdad que lloró —apuntó Casteel.

Iba a apuñalarlo de nuevo.

—Pero confiaba en él, y me traicionó —continué—. Era la Doncella, educada casi toda mi vida para permanecer pura y centrada solo en mi Ascensión. Había sido Elegida para ser entregada a los dioses, aunque yo jamás elegí esa vida. Y no sé lo que sabéis de mí, pero no tenía ningún control sobre a dónde iba, a quién le hablaba o con quién podía hablar. Me obligaban a llevar velo, incapaz de mirar a nadie a los ojos ni aunque le permitieran hablar conmigo. No podía elegir lo que comía, ni cuándo salía de mi habitación, ni quién tenía derecho a tocarme. Así que él era lo primero que había elegido de verdad por mí misma en toda mi vida.

Se me quebró un poco la voz cuando el nudo se expandió. Aspiré una breve bocanada de aire. Sentía los ojos de Casteel sobre mí, pero me negaba a mirarlo. No podía, porque no quería saber lo que estaba sintiendo.

—Lo elegí cuando lo conocí como Hawke. —Me forcé a continuar, a decir lo que necesitaba decir para que todos los presentes pudieran oírme, aunque me diera la sensación de estar arañando una herida en mi pecho con unas uñas oxidadas—. En ese momento no sabía lo que eso significaría, aparte de que quería tener algo que de verdad quisiera para mí misma. Ya había empezado a cuestionarme cosas… a los Ascendidos, y si podría ser o hacer lo que requerían de mí. Ya había empezado a darme cuenta de que no

podía vivir de ese modo durante más tiempo. Que la Doncella no era yo, y que era mejor y más fuerte y que estaba destinada a hacer algo distinto de eso. Pero él... él fue el catalizador, en cierto modo. Y yo lo elegí. Lo elegí porque me hacía sentir que era algo más aparte de la Doncella, y porque me veía a *mí* cuando nadie más lo hacía en realidad. Me hacía sentir viva. Me valoraba por quién soy y no intentaba controlarme. Y entonces... todo pareció una gran mentira, cuando me enteré de la verdad de quién era él y por qué formaba parte de mi vida.

Ni Alastir ni Jasper dijeron nada. Y todavía sentía la mirada de Casteel sobre mí. Tragué saliva, pero el nudo seguía ahí.

—Así que sí, estaba muy enfadada, pero lo que sentía por él antes seguía ahí, y cuando me enteré de toda la verdad acerca de los Ascendidos y lo que le había pasado a él y luego a su hermano... pude entender por qué había decidido utilizarme. Eso no significa que estuviera bien, pero podía entenderlo. Por cierto, rechacé su proposición al principio, solo para que lo sepáis. Aceptarlo y... y permitirme sentir lo que sentía por él era una traición a aquellos que perdieron la vida en todo esto, y parecía una traición a mí misma. Pero aun así, a pesar de todo eso, lo elegí.

Cerré los ojos. Hasta ese momento, había dicho una verdad tras otra, algunas nuevas para mí, y lo hice por primera vez delante de Casteel. Lo que vino a continuación fue más fácil, porque era la mentira.

—Hemos dejado atrás la forma en que nos conocimos. Al menos, yo lo he hecho. Él me quiere y yo no estaría aquí, en una sala llena de gente que se ha pasado la cena entera mirándome con desconfianza u hostilidad... —Abrí los ojos y los deslicé despacio hacia el otro lado de la mesa, hacia los dos hombres mortales—... si lo que sintiésemos el uno por el otro no fuera real. No estaría de camino hacia un reino en el que lo más probable sea que todo el mundo susurre cada vez que me vea, desconfíe de todo lo que tiene que ver conmigo y me mire como si no me mereciera el más mínimo respeto.

Los dos hombres apartaron la mirada, las mejillas sonrojadas.

- —Yo... —Dante se sentó—. No sé qué decir.
- —Tú… —Casteel se aclaró la garganta—, tú no tienes que decir nada. Todos vosotros, lo único que tenéis que hacer es aceptar que esto es real.

Real.

Alastir se echó hacia atrás, los ojos apesadumbrados y sombríos.

Fue Jasper el que habló, con una leve mueca.

—Si tú la has elegido, ¿cómo podemos nosotros no hacer lo mismo?



Odio.

Ese era el sabor que notaba en el fondo de mi garganta, lo que inhalaba a cada respiración mientras permanecía sentada a la mesa. Provenía de distintas direcciones en distintos momentos. Surgían chispazos por toda la sala, aunque gran parte de la tensión se había esfumado una vez que fue evidente que Casteel no iba a arrancarles el corazón ni a Alastir ni a Dante. La mayoría de los presentes volvió a su cena y a sus conversaciones. Excepto Casteel, que me observaba, y el *wolven* de pelo plateado que también me estudiaba como si fuese una especie de puzle.

Sin embargo, varios otros en la sala no miraban pero permanecieron en silencio. Gente que no había proyectado sus emociones antes pero lo hacía ahora.

Su ira impregnaba de un sabor amargo cada sorbo que yo bebía o cada pedazo de comida que tragaba. No hacía falta mucha imaginación para ver que no estaban contentos con lo que habían dicho Casteel o Jasper. Y que nada de lo que yo había dicho los había hecho cambiar de opinión con respecto a mí. No eran todos, gracias a los dioses, pero eran los suficientes para que supiera que seguía sin ser bienvenida ahí.

El desasosiego zumbaba por todo mi cuerpo, una especie de energía casi nerviosa, mientras intentaba bloquear las emociones de los otros. Y fracasaba en mi intento. No sabía por qué no lograba hacerlo, cuando leer las emociones solo cuando quería se había vuelto mucho más fácil a lo largo del día. ¿Sería porque estaba cansada? A lo mejor se debía a lo que había pasado con Beckett, o quizás incluso a lo que había hecho en la caverna con Casteel.

O tal vez fuera por haberme enterado de que Casteel me había ocultado otra cosa más.

Lo más probable era que todas esas cosas desempeñaran un papel en mi repentina incapacidad para bloquear mis habilidades.

Miré mi plato casi intacto y... y decidí que simplemente no quería permanecer ahí sentada más tiempo.

Y estaba harta de hacer cosas que no quería hacer.

—Con perdón —dije, a nadie en particular, mientras me levantaba de mi silla.

Jasper me observó pero no dijo nada mientras daba la vuelta a la silla. Eché a andar entre las mesas, consciente de que las conversaciones se acallaban a mi paso. Mantuve la barbilla alta, y deseé haber tenido la precaución de mirar la ropa que me había llevado Vonetta. Nada le restaba más dignidad a la salida de uno que llevar ropa varias tallas demasiado grande.

En cualquier caso, dudaba de que ir vestida con bonitas túnicas y ni siquiera con el más sofisticado de los vestidos hubiese cambiado ni una maldita cosa.

Abrí una de las puertas y salí afuera. Inspiré profundas bocanadas de aire limpio de emociones ajenas. Las estrellas ya habían empezado a centellear en el cielo cada vez más oscuro. Miré hacia arriba y por fin fui capaz de cerrar mis sentidos.

Al girarme, vi a Delano y a Naill sentados en el muro medio desmoronado que llevaba hasta la bahía. No intenté leer lo que sentían, y funcionó. Sus emociones no me impusieron su presencia.

—Tienes pinta de que te vendría bien echar un trago. —Delano me ofreció la botella de líquido marrón que sujetaba—. Es *whisky*.

Me acerqué a ellos y agarré la botella por el cuello.

- —Gracias —le dije, al tiempo que la levantaba. El aroma a barrica vieja era potente.
 - —Sabe a pis de caballo —dijo Naill—. Solo te aviso.

Asentí, volqué la botella en mi boca y di un largo trago. El licor me quemó la garganta y los ojos. Empecé a toser y tuve que apretar el dorso de la mano contra mi boca mientras le devolvía la botella a Delano.

—No sé a qué sabe el pis de caballo, pero estoy segura de que es una buena comparación.

Naill se rio entre dientes.

- —Nos estábamos mentalizando para entrar ahí. —Delano estiró las piernas y las cruzó por los tobillos—. Pero pensamos que esperaríamos a que el ambiente se despejara un poco.
 - —Bien pensado —musité.
- —Pues parece que, en efecto, la sala se está despejando. —Naill miraba más allá de mi hombro. Los músculos de la parte de atrás de mi cuello se pusieron tensos.
 - —Por favor, decidme que no es él.
- —Bueno, supongo que eso depende de quién sea él —se burló Delano, arrastrando las palabras.

Me giré para ver a Casteel bajar las escaleras y cruzar la corta distancia que nos separaba, los ojos fijos en mí.

- —Me da la sensación de que el ambiente se va a cargar un poco aquí fuera. —Naill se bajó del muro de un salto—. Creo que es hora de entrar.
- —Bien dicho —comentó Casteel. Sus ojos, casi salvajes, no se apartaron de los míos. Delano se apartó del muro.
 - —Por favor, nada de apuñalarse. Todo eso me pone ansioso.

Crucé los brazos.

—No prometo nada.

Casteel esbozó una sonrisita pero no dijo nada mientras Naill y Delano volvían hacia el comedor. Me miró. Yo lo miré a él.

- —¿Necesitas algo?
- —Esa es una pregunta tramposa.
- —Esperaba que fuese una retórica cuya respuesta sería: *obviamente*, *no* dije.
 - —Siento desilusionarte —repuso él—. ¿Por qué te has marchado?
- —Quería disfrutar de unos momentos a solas, pero al parecer, es algo que no va a ocurrir.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Lo siento, Poppy.

Arqueé las cejas y lo miré. Todavía había una potente ira subyacente en él, pero no investigué más hondo en las varias capas de emociones.

- —¿Qué es lo que sientes, exactamente?
- —Varias cosas, al parecer —repuso. Entorné los ojos—. Pero me gustaría empezar por cómo mi gente se ha comportado contigo. Odio que te hayan hecho sentir tan poco bienvenida, y odio que sepas cómo se sienten. Te prometo que eso cambiará.
- —¿En... en serio crees que puedes cambiar eso? No puedes —le dije antes de que pudiera responder—. Me aceptarán o no me aceptarán. Sea como sea, me lo esperaba, y es imposible que tú no. Solo esperabas que no pudiera leer sus emociones.
- —*Deseaba* que no lo supieras —me corrigió—. ¿Cómo podría no desear eso? Y sí creo que lo que sienten por ti cambiará.

Apreté los labios y aparté la mirada. No creía que fuera imposible que cambiaran. Los sentimientos no eran inamovibles. Como tampoco lo eran las opiniones o las creencias. Y si dejábamos de creer que la gente era capaz de cambiar, entonces bien podíamos dejar que el mundo entero ardiera.

- —Tenemos que hablar, y no de la gente en esa sala —me dijo. Le di la espalda para contemplar el reflejo de la luna rielar sobre la bahía.
 - —Eso es lo último que quiero hacer ahora mismo.

—¿Tienes alguna idea mejor? —Dio un paso hacia mí. Su calor y su aroma golpearon mis sentidos—. Yo seguro que sí.

Mis ojos volaron hacia él.

- —Si estás sugiriendo lo que creo, te voy a apuñalar en el corazón otra vez. Los ojos de Casteel centellearon de un cálido color miel.
- —No me tientes con promesas vacías.
- —Eres un retorcido.
- —Alastir tenía razón. Sí que he salido a mi padre en lo que a mujeres con objetos afilados se trata —comentó.
 - —No me importa.

Ignoró mi comentario.

- —Mi madre ha apuñalado a mi padre un montón de veces a lo largo de los años. Él dice que se lo mereció cada vez y, en verdad, nunca pareció demasiado afectado por haber sido apuñalado. Es probable que tuviera que ver con el hecho de que después de cada episodio se encerraban en sus habitaciones privadas durante días.
- —Me alegro de saber que la manzana trastornada no cae demasiado lejos del árbol loco.

Se rio.

La puerta se abrió a nuestra espalda y Kieran salió por ella.

- —No me grites —dijo, mientras la puerta se cerraba tras él—. Pero mi padre quiere hablar contigo.
 - —¿Tu padre? —Fruncí el ceño y luego se me ocurrió—. ¿Jasper?

Kieran asintió y entonces supe por qué algunos de los rasgos de Jasper me resultaban familiares. Ese músculo de la mandíbula de Casteel se tensó de nuevo.

- —Va a...
- —Ve a hablar con Jasper —le corté—. Porque como ya te he dicho, no tengo ningunas ganas de hablar contigo ahora mismo.
- —Sigue diciéndote eso y puede que al final sea verdad. —Menos mal que Casteel se giró hacia Kieran, porque estaba *a punto* de darle un puñetazo—. Espero de todo corazón que tu padre tenga una buena razón para querer hablar conmigo justo en este momento.
- —Conociéndolo, es probable que solo quiera reírse de ti —repuso Kieran
 —. Así que disfruta de ello.

Casteel le sacó el dedo a Kieran mientras se dirigía a las puertas otra vez.

—Muy principesco —se burló el *wolven*. Luego se volvió hacia mí—. Vamos, Penellaphe. Te acompañaré a tu habitación. Después tendré que

asegurarme de que Casteel no acaba asesinando a nadie, porque mi padre seguro que lo vuelve loco.

—No quiero... —Solté un gran suspiro. Estaba demasiado irritada incluso para discutir—. Lo que tú digas.

Kieran estiró un brazo y esperó. Me tragué un puñado de palabrotas y pasé por su lado.

- —Esa ha sido una cena espectacular —comentó, mientras caminábamos alrededor de la fortaleza.
 - —¿A que sí?

Soltó una carcajada.

Ninguno de los dos habló mientras me acompañaba de vuelta a mi habitación. Solo cuando hizo ademán de cerrar la puerta, se me ocurrió preguntarle algo.

- —¿Qué es tu padre? ¿El líder de los wolven?
- —Habla por ellos, sí. Lleva cualquier preocupación o idea ante el rey y la reina.

Recordé entonces que Vonetta planeaba viajar a casa a visitar a la madre de ambos.

- —¿Tu padre suele estar en Spessa's End?
- —Viene con bastante regularidad a comprobar cómo están los *wolven* que residen aquí. Nuestra madre viene con él a veces, pero sale de cuentas pronto.

Por un momento, lo que dijo no tenía sentido. Y luego lo tuvo.

- —¿Vuestra madre está embarazada?
- —Pareces sorprendida —comentó, con una leve sonrisa.
- —Lo siento. Es solo que... tú tienes más o menos la misma edad que Casteel, ¿no?
- —Sí, somos de la misma edad. Vonetta, que dejará de ser el bebé de la familia pronto, nació sesenta años después que yo —explicó—. Mi padre tiene casi seiscientos años; mi madre, cuatrocientos. Después de Alastir, es uno de los *wolven* más viejos todavía con vida.
 - —Eso es... una diferencia de edad enorme entre hijos —murmuré.
- —No cuando piensas en lo mucho que se tarda en criar a un *wolven*. Beckett puede parecerse a un mortal de no más de trece años, pero en realidad es mucho más mayor que tú. Lo mismo que Quentyn.

Eso tenía sentido. Casteel había dicho que el envejecimiento se ralentizaba una vez que un atlantiano pasaba por el Sacrificio. Tal vez Quentyn pareciese de mi edad, o incluso un poco más joven, pero lo más probable era que tuviera bastantes años más que yo.

- —¿Cómo llegó tu padre a este puesto?
- —No muchos *wolven* sobrevivieron a la guerra, así que simplemente no había demasiados entre los que elegir —explicó, y eso... era triste, si lo pensabas—. ¿Estás segura de que eso es lo que me quieres preguntar?

Lo era.

Y no lo era.

Otra pregunta ardía en mi interior, pero no la iba a hacer. Kieran vaciló un instante y luego asintió.

- —Entonces, buenas noches, Penellaphe.
- —Buenas noches —murmuré. Esperé ahí de pie hasta que la puerta se cerró. Y entonces me quedé sola. Sola con mis sentimientos, con mis propios pensamientos.

Prometido a otra persona.

El cansancio me envolvió mientras caminaba despacio hacia el dormitorio. Fui hasta la ropa que me había llevado Vonetta, aliviada de no ver ni una sola prenda blanca. Sujeté en alto una túnica azul marino, con un elegante pespunte dorado por los bordes. No tenía mangas y era larga, con rajas a los lados. Había otra dorada, casi del color de los ojos de un Elemental. Deslicé la mano por el suave material algodonoso. Había otra camisa verde esmeralda, una con las mangas abullonadas y un cuello elaborado. Dejé las partes de arriba a un lado y encontré dos pantalones negros, ceñidos pero gruesos; los dos parecían más o menos de mi talla. Una capa de algodón con capucha estaba doblada encima de varias prendas de ropa interior. Vonetta había mencionado la capa y, ahora que la veía, supe que tenía razón cuando había dicho que era mucho más apropiada que las capas de invierno más gruesas.

Sin embargo, fue lo que vi debajo lo que me confundió.

Era poco más que un manchurrón azul, casi tan pálido como los ojos de un *wolven*. Levanté la resbaladiza prenda de seda, los ojos como platos ante sus tirantes mínimos y su cortísima longitud.

Esa cosa era indecente.

No obstante, el camisón que me habían dado en New Haven era demasiado gordo para noches en las que no helaba, y este... este *camisón* ni siquiera requería un cinturón para mantenerlo cerrado, así que era más cómodo.

Lo dejé caer sobre la cama, me giré y no supe cuánto tiempo me quedé ahí de pie antes de echar a correr de vuelta hacia el cuarto de estar. Fui directo a la puerta, puse las manos en ella y, de manera tentativa, agarré el picaporte y lo giré.

La puerta se abrió.

Me apresuré a cerrarla y retrocedí despacio, a la espera de que Kieran regresara, tras darse cuenta de que se había dejado la puerta sin cerrar con llave. Cuando no lo hizo, cuando no vino nadie, me empezaron a temblar las manos. Y cuando me di cuenta de que nadie había cerrado esa puerta a mi espalda más temprano ese día y ni siquiera la primera noche que Casteel y yo habíamos llegado, el tembleque se extendió a mis brazos.

Ya no estaba enjaulada. Era una cautiva voluntaria. No me había percatado de que ninguna de las puertas la habían cerrado por fuera.

Por todos los dioses.

Descubrir aquello me causó un efecto extraño. Destapó una emoción de lo más cruda en mi interior, y me golpeó con fuerza. Me deslicé al suelo y planté las manos sobre mi cara mientras las lágrimas empezaban a fluir. Las puertas estaban *abiertas*. No había guardias, nadie que me gobernara. Si quería, podía simplemente salir por ellas e ir... bueno, adonde quisiera. No tenía que salir a hurtadillas ni forzar una cerradura. Las lágrimas... procedían del alivio, e iban teñidas de heridas previas y otras más antiguas que habían cicatrizado hacía muchos años. Iban lastradas con la certeza de un dolor futuro, y cayeron al darme cuenta de que esta noche, cuando estaba sentada a la mesa, me había quitado por fin el velo de la Doncella al defenderme. No era que no lo hubiese hecho nunca antes. Me había defendido ya con Casteel y Kieran, e incluso con Alastir, pero esta noche había sido diferente. Porque no había vuelta atrás, al silencio, a esa sumisión. No importaba si yo era el cuello que giraba la cabeza del reino o una extraña en una sala llena de gente que tenía todo el derecho a desconfiar de mí. Permanecer en silencio era más fácil que romper el silencio solo durante un tiempo, y esa idea era dolorosa. Arrojaba luz sobre todas las veces que podía haber hablado, podía haberme arriesgado a sufrir las consecuencias que fueran. Todas esas cosas alimentaban mis lágrimas.

Lloré. Lloré hasta que me dolió la cabeza. Lloré hasta que no me quedó nada dentro y no era más que un recipiente vacío, y entonces... entonces recuperé la compostura.

Porque ya no era una cautiva.

Ya no era la Doncella.

Y lo que sentía por Casteel, lo que solo ahora empezaba a aceptar, era algo con lo que tendría que lidiar.

¿Lo que había dicho esta noche durante la cena? Era verdad. Todo ello. Incluso la última parte era verdad, ¿no era así? Que aunque no lo hubiese perdonado del todo por sus mentiras o las muertes que había causado, las había aceptado porque eran parte de su pasado, de nuestro pasado, y no cambiaban cómo me sentía, estuviese bien o mal. Eso era lo que había negado durante tanto tiempo.

Lo quería.

Estaba enamorada de él, aunque ese amor se hubiese construido sobre una base hecha de mentiras. Lo quería aunque hubiera muchas cosas que no supiera acerca de él. Lo quería aun a sabiendas de que era un peón voluntario para él.

Y esto no había sucedido de la noche a la mañana. No debería ser una sorpresa para mí, porque ya estaba enamorada de él cuando se me rompió el corazón al enterarme de su verdadera identidad. Me enamoré de él cuando era Hawke y seguí enamorándome cuando me enteré de que era Casteel. Y sabía que no se debía a que él fuera mi primer *todo*. Sabía que no era mi ingenuidad ni mi falta de experiencia.

Era porque me hacía sentir *vista*, me hacía sentir *viva*, aun cuando tenía unas ganas inmensas de hacerle daño. Seguí enamorándome cuando no me dijo ni una sola vez que no blandiera una espada ni empuñara un arco, y en lugar de eso me dio uno. Me enamoré más y más cuando me di cuenta de que Casteel llevaba muchas máscaras por muchas razones. Lo que sentía por él no hizo más que aumentar cuando fui consciente de que de verdad mataría a todo el que me insultara, sin importar lo incorrecto que fuera eso. Y ese amor... se arraigó en lo más profundo de mi ser cuando me di cuenta del tipo de fuerza, del tipo de voluntad, que tenía en su interior para sobrevivir a lo que había sobrevivido y *aun así* encontrar los pedazos de quien solía ser.

Y mi falta de aliento, los escalofríos y el deseo cada vez que me miraba, cuando sus ojos eran como llamas doradas gemelas, cada vez que me tocaba, iban más allá de la lujuria. No necesitaba experiencia para reconocer la diferencia. Casteel no tenía pedazos de mí. Tenía mi corazón entero, y lo había tenido desde el momento en que me había permitido protegerme, desde el momento en que se puso a mi lado en lugar de delante de mí.

Y darme cuenta de todo eso era aterrador. Me daba más miedo del que podría darme jamás una horda de Demonios o Ascendidos asesinos. Porque tenía que lidiar también con lo que Casteel sentía y lo que no sentía.

La razón de que Casteel no me hubiese hablado de Gianna era la misma por la que no me había hablado de la Unión o de Spessa's End. Puede que Kieran estuviera en lo cierto y puede que no. Tal vez le importara a Casteel, le importara lo suficiente como para no querer que me hicieran un daño indebido, y desde luego que Casteel me deseaba físicamente, pero eso no significaba que fuésemos corazones gemelos. Eso no significaba que me quisiera. Y ninguna cantidad de fingimiento cambiaría eso o lo que yo sentía.

Tendría que lidiar con ello.

Y lo haría.

Porque mi acuerdo con Casteel seguía en pie. No me desentendería de él solo por cómo me sentía o porque hubiese herido mis sentimientos. Mi hermano era más importante que eso.

Levanté la cabeza, los ojos empañados fijos en las viejas paredes de piedra. La gente de Solis era más importante que mis sentimientos, igual que todos aquellos que llamaban hogar a Atlantia. El hermano de Casteel era más importante, igual que todos esos nombres tallados en las paredes de las cámaras subterráneas.

Casteel y yo podíamos cambiar las cosas. Podíamos detener a los Ascendidos, y eso era lo que de verdad importaba.

Me puse de pie y, un poco temblorosa, me dirigí a la pequeña sala de baño, agradecida de que Casteel no hubiese regresado mientras me había venido completamente abajo y luego mientras tenía ese momento de iluminación. Me lavé las lágrimas que empapaban mi cara y luego me desvestí para ponerme el camisón que apenas podía llamarse ropa. La tela fresca rozaba con suavidad mis pechos y mis caderas, y terminaba justo por debajo de mi trasero. Mañana, preguntaría si las mujeres de verdad dormían con este... este pedazo de seda, pero esta noche, estaba demasiado cansada para preocuparme por ello siquiera. Después de cerrar las puertas con pestillo, llevé mi daga hasta la cama y la coloqué debajo de la almohada. Me tapé con la manta e intenté no pensar en cómo todo olía a Casteel. Cerré mis ojos doloridos y, a pesar de lo cansada que estaba de *todo*, me sumí de inmediato en el olvido de la nada.

Fue el movimiento de la cama bajo un peso inesperado lo que me despertó un poco más tarde. Rodé sobre el costado y saqué la daga de debajo de la almohada.

Una mano atrapó mi muñeca entre las sombras de la habitación.

—¿Me vas a apuñalar en el corazón? ¿Otra vez?

Capítulo 33



El aroma a pino y especias oscuras me llegó un segundo después que las palabras.

Casteel.

Mi corazón acelerado no se apaciguó.

- —¿Por qué no me sueltas la muñeca y lo averiguas?
- —Eso suena como el sí más claro que haya oído en la vida —repuso, mientras mis ojos se enfocaban. El resplandor del farolillo por fuera del dosel arrojaba más sombras que luz sobre él, pero estaba lo bastante cerca como para que pudiera ver una ceja arqueada y la curva divertida de sus labios.

Prometido a otra persona.

La ira fue como una ola de calor que se llevó cualquier sueño que pudiera sentir todavía.

- —Suéltame.
- —No sé si debería. —Su pulgar se movía en círculos distraídos por la cara interna de mi muñeca—. Es probable que alguien acabe muy irritado si me apuñalas y acabo sangrando por toda la cama.
 - —Siempre podrías limpiar tu propio desaguisado.
- —Hay algo innatamente equivocado en la idea de que te apuñalen y luego tener que limpiar tu propia sangre.

Empujé contra su agarre, pero mi mano siguió inmovilizada contra la cama.

- —¡Hay algo innatamente equivocado en que tú estés aquí! Además, ¿cómo has entrado? Cerré las puertas con pestillo.
 - —¿Ah, sí?
 - —Sí, pero... —Suspiré—. Tienes una llave.

- —Quizás. —Ladeó la cabeza—. ¿Has estado llorando?
- —¿Qué? No —mentí.
- —Entonces ¿por qué tienes los ojos hinchados?
- —Supongo que porque estoy cansada. Estaba durmiendo, pero me has despertado.
- —Quería haber vuelto antes. Parece que siempre quiero volver antes murmuró. Al parecer, había aceptado mi respuesta—. Sobre todo cuando llevas puesto algo tan interesante.

La manta había resbalado hasta mi cintura mientras dormía, por lo que se veía el escote bajo del camisón. Un calor intenso bajó reptando por mi cuello y por encima de las curvas de mis pechos.

- —Era lo único que había para ponerme aparte del batín.
- —Me gusta. —Se movió un poco y pareció ponerse cómodo. Alargó la otra mano y rozó el tirante con los dedos—. Con estos tirantitos tan ridículos. Me gustan.

Aparté sus dedos de un manotazo.

- —Puedes soltarme. No te voy a apuñalar.
- —Vaya, lo encuentro extrañamente decepcionante.
- —Y yo encuentro eso extremadamente inquietante.

Soltó una sonora carcajada y también soltó mi muñeca. Empecé a moverme, pero él fue mucho más rápido. En un abrir y cerrar de ojos estaba encima de mí. El calor de su cuerpo presionaba contra mi pecho mientras una de sus largas piernas acababa entre las mías y aturdía mis sentidos. Una oleada de calor me recorrió de arriba abajo cuando cada rincón de mi cuerpo fue muy consciente de lo cerca que estábamos.

- —¿Qué estás haciendo? —le pregunté.
- —Asegurarme de que estás cómoda.
- —¿Y cómo vas a lograr eso tumbándote encima de mí?
- —No lo voy a lograr. —Apareció una sonrisa pícara—. Eso lo hago porque me gusta estar tumbado encima de ti.
- —Bueno pues a mí no —mascullé, el pulso a mil por hora. Su pecho rozó contra el mío y me provocó un escalofrío aterciopelado.
 - —Eso es mentira.
 - —No lo es. —Le puse la daga en el cuello—. En serio.
- —¿Recuerdas lo que ocurrió la última vez que me pusiste una daga al cuello? —Las yemas de sus dedos rozaron mi mejilla y se deslizaron hacia abajo, por encima de mi mandíbula—. Yo sí.

Un rastro de placer siguió a sus dedos.

- —Ese fue un momento de locura transitoria.
- —Es mi tipo de locura favorito. —Siguió bajando los dedos, por mi cuello, por la línea de mi clavícula—. De verdad que me encantan estos tirantes.
 - —De verdad que no me importa.

Sus dedos se deslizaron debajo de uno de ellos y su mano se cerró sobre mi hombro.

—Mientes de un modo muy dulce.

Hice caso omiso de su comentario.

- —Casteel...
- —Pero no tan dulce como dices mi nombre.

Solté un pequeño gruñido.

- —Eres…
- —¿Maravilloso? ¿Encantador? ¿Irrechazable?
- —Cada vez más irritante.
- —Pero sigues sin haber usado esa daga que tienes contra mi cuello.
- —Estoy intentando pensar en la gente que tendría que limpiar luego el desaguisado.
- —Qué considerado por tu parte. —Jugueteó con el tirante—. ¿Te he dicho ya que eres preciosa?
 - —¿Qué? —El cambio de tema me pilló desprevenida.
- —Puede que lo haya hecho, pero no lo recordaba bien —continuó, tirando con suavidad del tirante—. Y luego pensé que es algo que no puede decirse demasiado a menudo. Eres preciosa, Poppy.

Mi estúpido corazón dio un brinco de alegría.

- —¿Por eso decidiste despertarme en medio de la noche?
- —Eres preciosa. —Inclinó la cabeza y solté una exclamación ahogada cuando noté sus labios sobre la cicatriz más larga de mi mejilla. La besó una vez, y luego la otra más corta, por encima de mi ojo—. Ambas mitades. Y jamás deberías cuestionar por qué alguien te encuentra de una belleza total e irrevocable y absorbente.

Los brincos de mi corazón se repitieron, pero los ignoré.

- —Esos son muchos adjetivos.
- —Puedo encontrar más.
- —No será necesario —le corté—. Bueno, pues ahora que ya me has dicho todo esto, puedes quitarte de encima de mí.

Sonrió contra mi mejilla.

—Pero es que eres muy cómoda, princesa, y me haces sentir… bueno, me haces sentir y punto.

¿Qué era lo que le hacía sentir? ¿Lujuria? ¿Diversión? ¿Entretenimiento? Las ganas de leer sus sentimientos eran difíciles de ignorar.

- —Esa no es una razón.
- —Es la única razón.

La irritación alanceó mi piel, al tiempo que su aliento danzaba por encima de mis labios y sus dedos rozaban la curva exterior de mi pecho.

- —Bueno, bien por ti, pero no necesito que estés aquí.
- —Verás, ese es el problema. —Su voz bajó hasta no ser más que un susurro y su mano se deslizó por la seda del camisón. La tela era tan fina que no servía como barrera contra el calor de su mano—. No me necesitas.
 - —Eso no me parece un problema en absoluto.
- —Pero... —Los labios de Casteel rozaron los míos. Contuve la respiración de golpe cuando su mano se deslizó debajo de la manta y por encima de mi cadera. Sus dedos llegaron a piel desnuda y noté una oleada de calor húmedo entre las piernas—. Pero me deseas.

Los músculos de mi estómago se tensaron, luego aún más abajo, mientras apretaba el afilado borde de la daga contra su cuello. Le hice un cortecito en la piel.

—Ahora no —le dije.

Impertérrito por el cuchillo, bajó la boca. Y cuando habló, sus labios juguetearon por encima de los míos.

—Percibo tu excitación, princesa.

Eso no podía negarlo. Podía mentir todo lo que quisiera, pero eso no cambiaba que me costara esfuerzo no levantar las caderas hacia las suyas, no pensar en cómo lo había notado antes, grueso y duro dentro de mí. Pero la herida en el pecho por lo que acababa de descubrir seguía ahí, y el recuerdo del dolor atroz de pensar que ya había estado comprometido había sido una advertencia a la que debía pretarle atención antes de perder de vista lo que era importante.

- —Solo porque mi cuerpo te desee, no significa que lo haga ninguna otra parte de mí.
- —Entonces, quizás podamos fingir un poco más —me ofreció. Sus dedos se acercaron más a la zona de mi deseo. Si llegaba ahí, sabía que estaría perdida. No era que él tuviese ese tipo de poder. Era mi deseo de él el que lo tenía—. O quizás podamos dejar de fingir —insistió—. Eso me gustaba más, para ser sincero.

A mí también, pero las cosas que eran reales para cada uno de nosotros no coincidían. Con el corazón acelerado, eché la cabeza atrás. Mis labios tocaron los suyos al hablar.

—Como pronto estarás en casa, estoy segura de que habrá otras camas que puedas visitar y no requieran que *finjas*. Estoy segura de que debe de haber muchas. Aunque siempre podrías empezar por la de Gianna.

Casteel se quedó inmóvil de pronto, su mano detuvo su movimiento por la cara interna de mi muslo. Levantó la cabeza.

- —No puedes haber dicho eso en serio.
- —¿Ha sonado como si estuviera de broma?

Rodó a un lado para quitarse de encima de mí y tuve que reprimirme, antes de hacer algo irracional como impedírselo. Me senté, aferrada a la daga mientras él se levantaba de la cama tan deprisa que fue casi como si nunca hubiese estado ahí.

Una sensación amarga golpeó mis venas y cerré los ojos. Había conseguido lo que quería: ya no estaba en la cama. Entonces, ¿por qué no sentía ningún alivio?

—No puedo creer que hayas dicho eso de verdad.

Mis ojos se abrieron de golpe, incrédulos.

—¿Ah, no?

Casteel no era más que una sombra ahora a través de las cortinas.

—Diablos, no, no puedo.

Me arrastré a toda prisa por encima de la manta, abrí de un tirón las cortinas y casi caí rodando de la cama. Un fino hilillo de sangre resbalaba por su cuello, aunque la herida que le había infligido ya se había curado.

Me puse en pie y estampé la daga sobre la mesilla, porque había muchas posibilidades de que la usara. Sobre todo cuando me giré hacia él y capté el lento escrutinio que se deslizó desde la punta de mis pies hacia arriba, por la piel desnuda de mis piernas, todo el camino hasta el vaporoso borde del camisón y su amplio escote. Unos ardientes ojos ámbar conectaron con los míos. Apreté los dientes.

- —Estabas prometido a otra mujer, Casteel.
- —¿Acaso no escuchabas cuando dejé bien claro que esa fue una promesa que nunca hice?
 - —Escuchaba con mucha atención.
- —No con la suficiente, al parecer. —Casteel entornó los ojos para fulminarme con la mirada—. ¿Sabes? Me alegro de que hayas sacado el tema.

Por un momento, había olvidado que esto era algo de lo que teníamos que hablar. Realmente creíste que estaba prometido a otra persona, ¿no es así?

- —¿Hablas en serio? —Casi me atraganté con mis propias palabras. Cerré los puños—. ¿De verdad?
- —La última vez que lo comprobé, hablaba en serio, sí. —Cruzó los brazos.
- —Entonces, ¿por qué demonios te sorprende que pudiera pensar algo así? ¿Pensar que era otra cosa más que no me habías contado? Tú y tu maravilloso historial de mentiras y medias verdades.

El calor había desaparecido de su mirada, sustituido por un chorro frío de sorpresa. A continuación, entornó los ojos de nuevo.

—Te voy a contar toda la verdad, Poppy. Sí, esperaban que me casara. Estoy seguro de que mucha gente esperaba que me casara. Era algo de lo que mi padre llevaba hablando desde hacía décadas, pero nunca preguntó si es lo que yo quería. Algo que te debería sonar.

Hice una mueca. Me sonaba muy bien.

- —Creía que los atlantianos rara vez se casan si no están enamorados.
- —Así es. Pero como estoy seguro de que recuerdas, el reinado de mis padres debería haber llegado ya a su fin. Debería haber sucedido hace décadas. Mi padre creía que a lo mejor si me casaba, dejaría de buscar a Malik y haría lo que él creía que era lo correcto. Sabía que Gianna me importaba, que nos teníamos cariño, y pensó que ella sería una buena opción.

Gianna. Ese nombre. Sonaba exótico y exquisito. Si esto era algo de lo que llevaban hablando durante décadas, tenía que haber una historia entre ellos, y el repentino estallido ardiente en la parte de atrás de mi garganta sabía como a una emoción que no tenía ningún derecho a reclamar.

- —¿Que sería una buena princesa, quieres decir?
- —Supongo que lo sería, pero para responder a tu pregunta, en realidad nunca dije nada al respecto porque no quería herir sus sentimientos ni que creyera que la estaba rechazando —explicó—. No se merece algo así; tampoco es que ella me persiguiera por iniciativa propia.

Entonces ¿lo *había* perseguido? Conseguí no hacer esa pregunta.

- —Pero jamás me dijiste nada acerca de ella... ni sobre esta expectativa.
- —Te juro por los dioses, Poppy, que me había olvidado del tema hasta que Alastir mencionó mis obligaciones. He tenido cosas muchos más importantes en la cabeza. Y pensé que seguro mi padre había abandonado ya esa idea —prosiguió—. En ningún momento se me ocurrió que Alastir fuese a sacar el tema de este modo. Pero él es... —Sacudió la cabeza—. Puedes

decidir no creerme, pero esa es la verdad. Y aunque lo hubiese recordado, ¿por qué habría de mencionar una promesa que *nunca* le hice a una mujer, ante otra a la que estaba intentando convencer de casarse conmigo?

- —¿A lo mejor para que hubiese estado preparada para enterarme de esto? —casi grité—. Para no quedarme ahí sentada y pensar que estabas prometido a otra persona cuando tú y yo... —Entonces me callé.
- —¿Cuando tú y yo hacíamos qué, Poppy? ¿Besarnos? ¿Darnos placer el uno al otro? ¿Tener sexo? ¿Follar? ¿Hacer el amor?

Solté una aguda exclamación medio ahogada.

- —¿Hacer el amor?
- —Sé bien que no era eso lo que hacíamos —dijo, y sus ojos centellearon de un gélido tono dorado—. No hubieses pensado ni por un instante que estaba prometido a otra mujer si hubiese sido eso lo que hacíamos.
- —No entiendo qué tiene que ver eso con esto —admití—. Y tampoco entiendo por qué estás molesto.
- —Porque *yo* no puedo entender cómo llegaste a creer de verdad que podía estar prometido a otra persona y haber hecho las cosas que he hecho contigo.
- —¡Hablas como si lo supiese todo sobre ti! —Levanté los brazos por los aires en señal de frustración—. Solo para que lo sepas, ser capaz de percibir emociones no me dice todo sobre una persona. Aun así, actúas como si te conociera. Pero apenas te conozco, cuando escoges y eliges lo que me vas a contar y cuando me cuentas solo lo que quieres que sepa, y tengo que juntar las piezas de lo que has compartido sobre ti para formar alguna opinión. ¡Y después tengo que decidir si estás mintiendo o no!

Casteel dio un paso hacia mí.

- —Excepto cuando necesitaba alimentarme, he sido cien por cien sincero contigo desde que te enteraste de quién soy en realidad.
- —Aunque ese fuera el caso, todavía no te conozco lo bastante bien como para saber lo que harías o no harías.
 - —¿Acaso lo has intentado de verdad alguna vez? —preguntó.
 - —¡Claro que lo he intentado!

Sus cejas volaron hacia arriba.

- —¿En serio? ¿Eso es lo que haces cada vez que parece que quieres preguntar algo pero te fuerzas a guardar silencio?
- —¡Eso lo hago porque, o bien no me dices nada, o me ignoras cuando pregunto cosas! —Empecé a darme la vuelta pero luego giré en redondo hacia él—. Háblame de las conversaciones de las que escapabais tu hermano y tú. Las que os empujaban a esconderos en las cavernas. Dime por qué te niegas a

subir al trono aun cuando sabes que tu hermano no estará capacitado para hacerlo cuando lo liberes —exigí—. ¡Cuéntame por qué creíste en primer jodido lugar que estaba bien secuestrarme y utilizarme como moneda de cambio cuando ni siquiera me conocías! —La frustración me atoraba la garganta—. Dime por qué jamás se te ocurrió mencionar la Unión. Háblame de Gianna, Casteel. ¿Ella te quiere? ¿Desea este compromiso? ¿La quieres tú a ella, te importa?

Soltó un resoplido grave, sacudió la cabeza, pero todavía no había terminado.

—Dime por qué nunca me dijiste la verdad sobre Spessa's End hasta que estuve aquí. ¿Era porque no confiabas en mí para darme esa información? Háblame de *ella*. La chica a la que quisiste y perdiste por culpa de los Ascendidos. Dime lo que le pasó. ¿Dirás su nombre siquiera? —Mi pecho subió y bajó con respiraciones rápidas y mi ira sobrepasó mis sentidos y bloqueó sus emociones por completo—. Dime cómo puedes soportar estar cerca de mí cuando represento a la gente que tanto te ha quitado. Dime por qué has venido en realidad a mi habitación esta noche. ¡Dime algo que importe! Que sea real.

El pecho de Casteel subió con una inspiración profunda.

—¿Quieres algo real?

—Sí.

—He venido a tu habitación esta noche para comprobar si lo que dijiste en la cena era verdad. Que yo había sido la primera persona en verte jamás. Que yo había sido lo primero que habías elegido jamás para ti misma. Que me elegiste cuando me conocías como Hawke, y que incluso después de enterarte de la verdad, todavía me elegías —gruñó, sus ojos luminosos—. He venido esta noche para averiguar si de verdad sentías que traicionabas a Vikter y a Rylan, a todos los demás y a ti misma. Vine a ver si eso había cambiado. ¿Todo eso era *real*, o solo estabas *fingiendo*?

Di un paso atrás, demasiado expuesta, y no tenía nada que ver con ese ridículo camisón. No me había esperado que tocase esos temas. No estaba segura de la razón, pero no me lo había esperado.

Sacudió la cabeza y soltó una breve risotada, sin humor alguno.

—Sí. Silencio. Como de costumbre. Por eso no hubo nunca una razón para decirte ninguna de esas cosas que ahora me exiges.

Levanté la vista hacia él. Me temblaban los brazos y las manos.

- —No sé lo que quieres de mí.
- —Todo —masculló entre dientes—. Lo quiero *todo*.

Un escalofrío recorrió toda mi piel.

—No... no entiendo lo que significa eso —susurré, e inexplicablemente, me ardía la parte de atrás de la garganta. Al parecer, no había agotado todas mis lágrimas, porque ahora amenazaban con escapar de mi control otra vez—. No entiendo nada de esto. Ni a ti. Ni a mí. Ni cómo se supone que debo sentirme. Cómo se supone que debo olvidarlo todo. No... —Apreté los labios. Me pasé los dedos por la cara, por las cicatrices que él había besado. Dejé caer las manos—. No lo entiendo.

Las duras líneas de su rostro se suavizaron y fue como observar una máscara caer delante de mis ojos. Dio un paso hacia mí, luego se paró.

—¿Crees que yo entiendo algo de todo esto, Poppy? Nada de esto tenía que haber sucedido. Tenía planes. Capturarte y utilizarte. Liberar a mi hermano y, quizás, si los dioses eran buenos, evitar una guerra... o al menos reducir el derramamiento de sangre.

Casteel se giró hacia un lado, hundió una mano en su pelo.

—Ese era el plan. Y, joder, cómo se salió de madre en el mismo maldito momento en que entraste en la Perla Roja. —Cerró los ojos—. Y cada vez, cada maldita vez que hablaba contigo, cada vez que te veía sonreír o te oía reír, y cuanto más te conocía, menos sentido tenían esos planes. Y créeme, Poppy, esos planes tenían mucho más jodido sentido que esto. Que todo esto.

Se me quedó atascado el aire a medida que me quedaba más y más quieta.

—Soy un príncipe. Un reino de personas cuenta conmigo para que resuelva sus problemas, incluso los problemas de los que no son conscientes, pero no... no podía hacerlo. No podía entregarte a ellos, ni siquiera por mi hermano. —Se volvió hacia mí, sus ojos casi luminosos—. Todo porque cuando estoy contigo, no pienso en el reino lleno de gente que cuenta conmigo. En medio del día, cuando todo está demasiado tranquilo, no me encuentro otra vez de vuelta en esas jodidas jaulas. No me siento y pienso en todo lo que sé que le están haciendo a mi hermano. Pegarle. Matarlo de hambre. Violarlo. Convertirlo en un monstruo peor de lo que incluso ellos pueden imaginar. Cuando estoy contigo no pienso en eso.

Cerré los puños contra mi pecho, contra mi corazón desbocado, mientras sus rasgos se empañaban. Y por fin, lo sentí. Su dolor. Su confusión. Su *asombro*.

—Me olvido. —Se quedó callado y sacudió la cabeza, como si estuviera confuso—. Me olvido de él, de mi gente... y ni siquiera entiendo cómo es posible. Pero lo hacía. Lo hago. ¿Y quieres saber algo acerca de *ella*? ¿De Shea?

Contuve la respiración al oír su nombre en sus labios.

—Jamás olvidé ni una sola de mis obligaciones con ella. Jamás dejé de pensar en Malik —añadió. Me quedé de piedra—. Y estás… estás muy equivocada. Existe una razón para que no diga su nombre. No tiene nada que ver con los Ascendidos, y aunque desde luego que tiene que ver con cómo me siento con respecto a ella, no es lo que tú crees.

Casteel dio otro paso hacia mí, sus ojos demasiado abiertos.

—Y la verdad es que no entiendo cómo $t\acute{u}$ puedes soportar tocarme siquiera después de mis mentiras, después de lo que hice y lo que provoqué. Lo único que sé es que al principio no planeé nada de esto, Poppy. No planeaba sentirme atraído por ti. No planeaba desearte. No planeaba arriesgarlo todo por conservarte a mi lado. No...

Un puño aporreó la puerta. Me dio tal susto que casi me salí del pellejo.

- —Si en algo aprecias tu vida ahora mismo —dijo Casteel levantando la voz—, te marcharás y fingirás que nunca estuviste aquí.
- —Ojalá pudiera hacerlo. Créeme —llegó la voz de Emil—. Pero esto es importante.
- —Lo dudo —masculló Casteel, y casi me reí por la expresión de hastío con el mundo que se extendió por su cara.

Pero entonces Emil se explicó.

—El cielo está en llamas.

Capítulo 34



Había muy pocas cosas más importantes que lo que Casteel estaba diciendo, lo que estaba reconociendo ante mí... y lo que quedó sin decir.

Que el cielo estuviera en llamas era una de ellas.

Casteel me observó con una intensidad casi inquietante mientras me ponía un par de pantalones ceñidos y luego añadía la capa por encima del ridículo camisón. Metí los pies en mis botas y corrí hasta donde me esperaba entre las dos habitaciones. Fuimos hasta la puerta principal, pero Casteel se paró antes de abrirla.

Se giró hacia mí. Sus ojos encontraron los míos de inmediato.

- —Esta conversación no ha terminado.
- —Lo sé —le dije, y era verdad—. Tengo muchas preguntas.

La risa fue rápida, pero nada parecida a la de antes. Era real, y parte de la dureza se esfumó de su cara.

—Por supuesto que las tienes.

Emil nos esperaba más allá de la terraza y, cuando salí al patio, me quedé boquiabierta.

Un resplandor neblinoso, de un tono rojo anaranjado, iluminaba el cielo más allá del Adarve.

- —¿Qué demonios? —preguntó Casteel.
- —El cielo de veras está en llamas —susurré—. ¿Será otro presagio? ¿De los dioses?
- —Pues espero que no —respondió Emil—. Porque si es así, no puede ser bueno. Delano ya se ha marchado a ver si puede averiguar qué es.

Casteel asintió.

—No creo que sea un presagio. —Echó a andar por el borde de la fortaleza, pero entonces se detuvo. Se giró hacia mí y me tendió la mano.

Puse la mía en la suya sin dudarlo ni un instante. Noté su mano caliente y fuerte, y se produjo esa corriente de energía, que subió por todo mi brazo.

No tengo ni idea de cómo puedes soportar tocarme siquiera.

Quería decirle ahí mismo que soportaba tocarlo porque lo quería. Pero no me pareció una idea demasiado buena cuando el cielo estaba en llamas.

Casteel retomó su camino con cautela.

- —¿Hace cuánto que os habéis percatado de esto?
- —Diez minutos, si acaso. ¿Vas a subir al Adarve? —preguntó Emil mientras cruzábamos el patio de camino a uno de los puntos de entrada a las murallas.
- —Supongo que desde ahí tendremos mejor vista. —Me condujo al interior de una escalera iluminada por lámparas de aceite—. ¿Fue alguien con Delano?

Emil nos siguió cuando empezamos a subir por las escaleras de caracol.

- —Creo que lo acompañaba Dante. Supongo que pensaron que sería más seguro.
 - —Es posible —murmuró Casteel.

Cuando llegamos a la parte de arriba del Adarve, mis pasos vacilaron un instante. Daba la impresión de que todo el cielo del oeste refulgía.

—Por todos los cielos —musitó Emil. Se paró.

Casteel y yo cruzamos el Adarve, y el viento frío me heló la piel. Varias personas estaban dentro y cerca de las aspilleras, sus cuerpos delineados en rojo.

Una de ellas se giró. Kieran. Su padre estaba a su lado, vuelto hacia el cielo ardiente. Sobre el saliente había una guardiana. La luz de la luna centelleaba sobre las espadas doradas que llevaba amarradas a los lados. Miró hacia atrás y se llevó un puño al pecho.

Casteel la saludó con el mismo gesto, al tiempo que una ráfaga de viento revolvía los finos mechones de pelo que la mujer no llevaba recogidos. El mío también voló en torno a mi cara mientras soltaba mi mano de la de Casteel y me metía en un recoveco vacío. El viento... llevaba un aroma acre que me recordaba a...

Apoyé mi mano en la piedra.

—No creo que sea el cielo lo que está en llamas.

La guardiana me miró, pero no dijo nada mientras Casteel se refugiaba tras el parapeto.

- —Yo tampoco.
- —Aunque es un alivio que no sea el cielo lo que está en llamas —dijo Jasper—. Algo lo está.

Algo grande se estaba quemando, pero ¿qué podía ser? En esa dirección no había más que campos y ciudades derruidas.

- —¿A qué distancia crees que está el fuego? —preguntó la guardiana.
- —Es difícil de decir. —Casteel apoyó las manos al lado de las mías—. Yo diría que a un día o más a caballo; tal vez más lejos. Según el tamaño que tenga.
- —¿Un día a caballo? —Fruncí el ceño—. Eso sería… ¿qué? ¿Pompay? ¿Qué podría quemarse ahí que causara semejante resplandor?
- —Si está más lejos, tendría que ser un incendio descomunal para que se viera desde aquí —musitó Casteel, negando con la cabeza—. Delano es rápido. En su forma de *wolven*, llegará a Pompay enseguida. Sabremos pronto cuál es la causa.
 - —¿Y hasta entonces, alteza? —preguntó la guardiana.
- —Hasta entonces, nos aseguramos de que no cunda el pánico. Los que estuvieron en la cena es muy probable que hayan visto esto y hayan llevado a casa la noticia de que el cielo está en llamas. Ve y asegúrate de que no cunda el pánico, Nova.

La guardiana asintió y luego bajó del saliente. Cruzó el tejado y desapareció por una de las escaleras.

- —¿Y qué hacemos nosotros? —preguntó Kieran sin apartar los ojos del cielo antinatural.
 - —Esperamos —dijo Casteel—. Es todo lo que podemos hacer por ahora.



El amanecer se extendió por Spessa's End en manchurrones rosas y violetas, pero al oeste, parecía como si el sol hubiese caído sobre la tierra. A cada hora que pasaba, el olor a humo y madera quemada aumentaba.

Ceñí bien ambos lados de la capa a mi alrededor, los ojos fijos en el camino de tierra, pendiente de alguna señal de Delano o de Dante, pero no vi nada. Ni siquiera podía ver a las guardianas que sabía que estaban más allá de la muralla, escondidas entre la hierba alta. Habían pasado un montón de horas desde que subimos al Adarve, y aunque no tenía ninguna obligación de

quedarme, quería estar ahí en el momento en que averiguáramos lo que se estaba quemando. Y con suerte, la causa del incendio.

Apoyada contra el parapeto, giré la cabeza. Casteel estaba a poca distancia, hablando con Kieran y Alastir. Percibí... preocupación por parte de los tres hombres, y me pregunté si tenían el mismo miedo al que *yo* no me atrevía a dar voz.

Volví a fijar la vista en el cielo de poniente, inquieta por el resplandor naranja rojizo. Lo que fuese que se estaba quemando, aquel no era un fuego normal.

—El cielo me trae viejos recuerdos.

Me sobresalté ante el sonido de la voz de Jasper. Había entrado en la aspillera sin que yo me diera cuenta. El *wolven* de pelo plateado era alto, más alto que su hijo y que Casteel. Apoyó una cadera contra la pared y contempló el cielo en llamas.

- —Quemaron ciudades enteras —continuó—. Algunas por accidente. Otras a propósito. Había semanas en las que miraras en la dirección que miraras, el cielo parecía arder. Era algo que esperaba no volver a ver jamás. —Sus ojos se deslizaron hacia los míos—. Creo que no nos han presentado de manera oficial.
- —No, no lo han hecho. —No encontré nada más que preocupación y curiosidad dando vueltas en su interior—. Penellaphe Balfour.
- —Jasper Contou —me dijo, y me di cuenta de que hasta entonces no conocía el apellido de Kieran—. ¿Balfour? Ese es un viejo nombre de Solis.
 - —Alastir dijo lo mismo.
- —Él seguro que lo sabe. —Jasper echó un vistazo hacia donde estaban los otros—. Bueno, me había dado la impresión de que tenía que oficiar una boda.

Me mordisqueé el labio al tiempo que me preguntaba si Casteel todavía planeaba casarse conmigo mientras estuviésemos aquí. El plan era quedarse en Spessa's End solo hasta que llegara el primer grupo de New Haven, que debería ser hoy. Pero ahora con el fuego...

—Una boda muy anticipada aunque al mismo tiempo extremadamente inesperada, debo añadir. —Sonrió y percibí una ligera corriente de diversión en él.

Tal vez el día anterior hubiese respondido con algo más o menos vago, dicho de un modo que fuese propio de la Doncella, pero esa parte de mí ya no existía.

—No sé si Casteel todavía planea casarse conmigo mientras estemos aquí
—contesté. Miré esos ojos pálidos—. ¿Tú hablas en nombre de los *wolven*?
—Asintió—. Entonces, supongo que esperabas que se casara con otra persona.

Su diversión aumentó un escalón.

—Dado que Casteel no había indicado ni una sola vez que estuviese interesado en sentar la cabeza con nadie, no esperaba nada de él.

Mi corazón dio un respingo. No era que no le creyese a Casteel cuando dijo que no se había comprometido a casarse con Gianna, pero era... bueno, era un alivio saber que el *wolven* que hablaba en nombre de su gente no había esperado ese matrimonio.

—Pero ¿esperabas que se casara con una *wolven*? Por lo que he oído, ha habido cierto descontento entre tu gente, y supongo que tenían la esperanza de que una boda entre Casteel y una lobuna aliviara en parte esos problemas.

Hubo un ligero endurecimiento de la mandíbula de Jasper y sentí una punzada caliente de ira.

—Soy de la misma opinión que Casteel. Un matrimonio entre nuestros dos pueblos hubiese hecho muy poco por mitigar problemas o zanjar la necesidad de venganza contra los Ascendidos. Valyn también es lo bastante inteligente para saber eso —dijo, refiriéndose al rey por su nombre de pila—. Sin embargo, cuando oyes los rumores suficientes, acabas por creerte lo que sea que te digan esos rumores.

Fruncí el ceño mientras miraba a Casteel y a los que estaban con él. ¿Acaso estaba sugiriendo Jasper que la unión entre Casteel y una wolven había sido una idea que le habían ido metiendo en la cabeza al rey? Alastir era uno de los consejeros de la corona, pero aunque albergaba dudas acerca de la autenticidad de nuestra relación, no parecía oponerse a ella. Sin embargo, ¿qué le había dicho Casteel a Alastir en la cena de la noche anterior? Que sabía por qué había sacado ese tema. Tal vez había sido idea de Alastir, con la esperanza de que ayudara a apaciguar los ánimos. No es que pudiera culparlo por ello exactamente.

- —Supongo que aún oficiaré una boda —caviló Jasper. Arqueé las cejas y me volví hacia él.
 - —¿No dudas de nuestras intenciones?
 - —No después de conocerte.
- —No estoy segura de si eso es un cumplido o no —admití, aunque no percibía nada en él que me indicara que estuviera de broma. Su sonrisa se ensanchó aún más.

- —No pareces tener pelos en la lengua, para alguien criada como la Doncella.
- —No siempre —confesé, tiritando cuando una ráfaga de viento impregnado de humo sopló por el tejado—. Tú tampoco pareces tener ningún problema en hablar conmigo aunque antes fuera la Doncella.
- —Y, al parecer, capaz de curar huesos rotos solo con el contacto de tus manos. —Lo miré sorprendida—. Me han contado lo que hiciste por Beckett. Le dije a Alastir que ese pequeño idiota no debería estar aquí fuera. —Noté el cariño en su tono—. Los *wolven* jóvenes pueden ser muy propensos a los accidentes debido a su curiosidad general por literalmente todo, lo cual lleva a un nivel casi catastrófico de falta de atención.
 - —Pero se va a poner bien. —Sonreí.
 - —Gracias a ti.

Miré hacia el cielo otra vez y solté el aire con suavidad.

- —Nunca había hecho algo así.
- —Eso también me lo han contado. Tanto mi hija como mi hijo. También dijeron que parecías… *vieja*.

Por todos los dioses, había olvidado eso en medio de todo lo que había pasado después de esa conversación.

—¿A ti también te huelo a muerte?

Se echó a reír.

—No hueles a muerte, pero sí tienes un... olor diferente. Uno que no logro identificar con precisión, pero que me resulta familiar. —Jasper se quedó callado un momento y de repente me acordé del *wolven* de New Haven, el que había dicho el nombre de Jasper y había añadido que a él le interesaría conocerme—. Cuando Delano dijo que lo más probable fuese que descendieras de un linaje de Empáticos y Kieran lo confirmó, no les creí. Y ahora sí que no lo creo.

Mis ojos volaron hacia los suyos.

—¿Por qué no?

El wolven inclinó la cabeza.

—Porque muy pocos Empáticos podían curar con su contacto y jamás he oído hablar de uno que brillara como la luz de la luna. Eso no significa que ninguno lo hiciera nunca, pero desde luego los que yo conocí no lo hacían.

Me sentí inquieta.

- —¿Estás sugiriendo que no desciendo de ese linaje?
- —No lo sé. —Las palabras del *wolven* de pelo plateado rezumaban sinceridad mientras me estudiaba—. Eres un misterio en muchos aspectos,

Penellaphe.

La llegada de Casteel silenció cualquier respuesta que hubiese podido darle.

- —Espero de verdad que no le estés llenando la cabeza de historias sobre mí.
 - —¿Son historias que debería saber? —pregunté.
- —Depende. —Casteel miró al padre de Kieran—. Si incluyen cualquier cosa que ocurriera entre cuando era un bebé y mi Sacrificio, la respuesta sería no.

Arqueé las cejas.

—Vaya, ahora sí que estoy interesada.

Jasper se apartó de la pared con una risita.

—No le he contado ninguna historia. —Hizo una pausa—. Todavía.

Casteel entornó los ojos a mi lado.

- —¿Qué tal si limitas las historias al mínimo?
- —Pero estoy muy interesada en las historias sobre ti —comenté.

Jasper sonrió de nuevo y, esta vez, con la luz del sol, no cabía ninguna duda del parecido entre Kieran y él.

- —Tendremos tiempo. Me aseguraré de ello. —Guiñó un ojo en mi dirección antes de plantar una mano sobre el hombro de Casteel y salir de la aspillera.
- —Es curioso cómo Alastir sabe mantener la boca cerrada cuando se trata de historias bochornosas relacionadas con mis años más formativos, y sin embargo habla con libertad sobre cosas que debería pensarse dos veces caviló Casteel, observando cómo Jasper se reunía con su hijo y con Alastir. Había llegado también Beckett, y cuando le sonrió a Jasper, no pude evitar pensar en la punzada de miedo que había sentido en él—. Mientras que Jasper, por su parte, es justo lo contrario.
 - —Me interesan un montón tus años formativos.
- —Estoy seguro de que sí. —Casteel giró el cuerpo hacia mí y fue la primera vez desde que Emil había llamado a la puerta que estábamos más o menos a solas.

Había tantas cosas por decir mientras nos mirábamos, tantas preguntas y palabras sin pronunciar... pero ninguno de los dos dijo nada. Él agarró los extremos de mi capa y ciñó mejor la delgada tela a mi alrededor. Sus manos permanecieron ahí, cerradas sobre la tela debajo de las mías mientras sus ojos se deslizaban por mi cara.

- —No tienes por qué quedarte aquí arriba, Poppy —dijo después de un momento.
- —Lo sé, pero quiero estar presente cuando Delano regrese. —Bajé la vista hacia sus manos—. Además, dudo de que fuera a poder dormir.
 - —Podrías intentarlo.
 - —Igual que tú.
- —Aunque no fuese el príncipe, estaría aquí arriba —repuso. Levanté la vista hacia la suya.
- —Aunque no estuviese a punto de convertirme en princesa, estaría aquí arriba.

Casteel se quedó tan quieto que me pregunté si respiraba. Percibí un agudo torrente de emociones fluir a través de él, tan veloces y repentinas que no pude distinguir cuáles eran. Aunque también podía deberse a mi sorpresa, porque jamás había percibido algo así procedente de él.

Entonces se movió. Levantó una mano, pero vaciló un instante, como para comprobar si me apartaría. Cuando no lo hice, la apoyó sobre mi mejilla izquierda, los dedos extendidos por encima de las cicatrices.

—Creo que nunca te había oído referirte a ti misma como la princesa. ¿No?

Sus ojos buscaron los míos y se produjo un largo momento de silencio tenso.

- —Todavía nos queda tanto de lo que hablar...
- —Lo sé —susurré—. Pero tendrá que esperar. Eso también lo sé.
- —Pero ¿hasta entonces? —Se acercó a mí, lo cual me hizo contener la respiración—. Me siento honrado de que estés aquí a mi lado ahora mismo. —No sabía qué decir, pero entonces me di cuenta de que a veces no era necesario decir nada—. ¿Tienes hambre? —preguntó—. ¿Sed? —Negué con la cabeza mientras él levantaba la vista hacia el cielo de poniente—. Pero tienes frío.
 - —Solo un poco.
- —Un poco es demasiado. —Bajó la mano a mi hombro y me hizo girar para que quedara mirando al oeste. Lo dejé hacerlo.

Y cuando cerró los brazos a mi alrededor y tiró de mí hacia atrás contra su pecho, me tensé solo unos segundos. Eso también lo permití. Me relajé en su cálido abrazo y dejé que mi cabeza se apoyara contra su pecho. Dio la impresión de que Casteel soltaba el aire y, durante unos minutos, nos quedamos ahí sin más. Juntos.

Fue entonces cuando pensé en lo que había dicho el wolven.

- —Jasper insinuó que no cree que descienda del linaje de los Empáticos.
- —¿Ah, sí?
- —Dijo que nunca había oído de ninguno ni conocido a ninguno que brillara con luz plateada.
- —Yo tampoco —coincidió—. Pero ningún otro linaje parece tener sentido. La otra cosa que se me ocurre tampoco lo tiene.
 - —¿Y eso qué sería?
- —Que ninguno de tus padres fuese un mortal puro. Pero si ese fuese el caso y tú fueras una mezcla de dos linajes, parece difícil creer que tanto tu madre como tu padre les hubiesen pasado inadvertidos a los Ascendidos.
 - —Y eso significaría que Ian también sería atlantiano en parte.
 - —Es posible.

Mi corazón se tropezó consigo mismo. Casteel tenía razón. No tenía sentido. Porque entonces, ¿por qué habría Ascendido Ian?

Si es que lo había hecho de verdad.

—Es posible que provengas de un linaje Empático más raro y viejo — caviló Casteel—. Solo porque no tengamos noticias de él o no lo hayamos visto no quiere decir que no existiera.

Tenía razón.

En ese momento, mientras contemplaba el cielo de occidente, se me ocurrió algo.

- —¿A Jasper lo eligieron como portavoz de su gente porque Alastir ya era el consejero de tus padres?
- —Alastir podría haber sido ambas cosas, pero Jasper... bueno, tiene una sensibilidad especial para ciertas cosas. No como la tuya. Es solo que él está más en sintonía con las personas e incluso con los animales.
- —Kieran es igual, ¿verdad? —pregunté, después de pensarlo un momento. Su barbilla rozó mi coronilla.
- —Jasper dijo una vez que había un vidente en alguna parte de su linaje, un cambiaformas, y que él era una versión diluida. Cuando era más joven, solía pensar que estaba inventando historias y ya está, pero a veces parecía saber cosas. Como que estaba a punto de haber tormenta, o cómo minimizar riesgos. A veces sabía lo que iba a hacer incluso antes de que lo hiciera.

Igual que Kieran.

- —¿Y Vonetta no es así?
- —Ella ha salido más a su madre. Bueno, excepto en lo de cocinar, pero desde luego que sí en lo de patear culos —comentó. Sonreí.
 - —Le pregunté a Jasper si esperaba que te casaras.

No noté ninguna tensión ni rigidez.

- —¿Y qué dijo? —preguntó.
- —Que no. —Cerré los ojos—. Eso es lo que no entiendo.
- —Poppy...
- —Quiero decir, no entiendo cómo el portavoz de los *wolven* no espera que te cases con una *wolven*, pero varios de los tuyos sí. Otros *wolven* también. Por ejemplo, Landell—. Y al parecer, tu padre. Y supongo que incluso Alastir, en cierto momento.
- —Bueno, Alastir sí lo esperaba. Eso lo sé seguro. De hecho, estoy casi convencido de que fue idea suya —añadió, lo cual confirmaba mis sospechas
 —. Después de todo, Gianna es su sobrina nieta. La prima mayor de Beckett.
- —¿Qué? —Abrí los ojos como platos justo cuando oí la llamada lejana de un pájaro cantor. Una señal que recibió respuesta con otra llamada más cercana y luego otra por parte de una de la guardianas que estaba en el otro extremo del Adarve.
 - —Ya han vuelto —dijo Casteel.

Me giré entre sus brazos y nuestros ojos se cruzaron por el más breve de los momentos, luego los dos nos pusimos en marcha. No éramos los únicos que corríamos hacia el patio. Alastir y Jasper venían justo detrás de nosotros, junto con Kieran.

Emil y Vonetta levantaron la barrera y las pesadas puertas de hierro se abrieron. Casteel se plantó en el centro. Guiñé los ojos, pero no vi nada.

Entonces, por el camino de tierra, alcancé a ver un manchurrón blanco que corría hacia nosotros. Pelo blanco manchado de marrón rojizo.

—Mierda —gruñó Casteel, y salió corriendo por las puertas. Alguien más maldijo y le gritó que se quedara atrás, pero ya estaba a medio camino de Delano.

Que estaba herido.

Que además estaba solo.

Eché a correr, la capa ondeando a mi espalda.

—Maldita sea. —Ese desde luego que fue Kieran.

No ralenticé el paso y llegué hasta Casteel y Delano justo cuando el *wolven* se desplomaba. Levantó una nube de polvo al caer, pero mi corazón se había parado al percibir la ardiente agonía en su interior. El dolor físico abrió mis sentidos de par en par del mismo modo que había ocurrido antes de despertarme el día anterior. El cordón se extendió y conectó con él. El dolor hizo que me tambaleara un poco.

Kieran me sujetó del brazo para enderezarme. Empecé a darle las gracias, pero ya había pasado por mi lado, mientras Casteel caía de rodillas.

Llegué hasta ellos justo cuando lo hacía Jasper.

- —¿Por qué no me sorprende que tanto el príncipe como nuestra futura princesa estén fuera de las murallas de seguridad? —preguntó.
 - —Bienvenido a mi mundo —musitó Kieran.
- —Está sufriendo —comenté. Fui hacia donde Casteel estaba arrodillado. Una vez que lo hice, pude ver la herida en el costado de Delano, debajo de su pata delantera derecha... su brazo derecho. La sangre en la zona era más fresca, manaba de una herida punzante.
- —Está inconsciente —masculló Casteel. Miró hacia el camino desierto, luego a mí—. ¿Puedes…?

Ya estaba arrodillada al otro lado de Delano y mis manos cosquilleaban, calientes.

—No sé lo que pasará —dije, mirando a Casteel—. No sé si aliviaré su dolor o si lograré algo más que eso.

Unos ojos como esquirlas de ámbar se cruzaron con los míos.

—Haz lo que puedas.

Consciente de las guardianas que nos rodeaban mientras Alastir se arrodillaba detrás de Casteel, hundí las manos en el suave pelaje del *wolven*. Igual que había ocurrido con Beckett, antes de que pudiera echar mano de mi escaso pozo de recuerdos buenos y felices, el calor se intensificó. Un tenue resplandor envolvió mis manos mientras sentía el dolor de Delano aumentar de pronto, y luego menguar.

- —Por todos los dioses —susurró Jasper con voz ronca.
- —Estoy brillando otra vez, ¿verdad? —pregunté.
- —Sí —respondió Casteel—. Como la luz de la luna. Preciosa.

Delano se estremeció cuando sentí que los últimos resquicios de dolor desaparecían. Sus orejas se movieron y luego se pusieron atentas. Unos instantes después, levantó la cabeza y se estiró para mirar hacia atrás, para mirarme a mí, que acababa de levantar las manos.

- —Hola —dije, y hubiese jurado que el wolven sonreía.
- —¿Delano? —Casteel se inclinó hacia delante—. ¿Puedes transformarte?

El *wolven* se giró hacia Casteel y se estremeció de nuevo. A medida que el pelo iba raleando, Kieran se quitó la camisa a toda prisa y la extendió por encima de la zona media de Delano, justo cuando sus piernas se alargaban, sus garras se retraían y una piel pálida sustituía al pelo. Un instante después, Delano había adoptado su forma mortal.

Eché el peso atrás. Observar a un *wolven* cambiar de forma jamás dejaría de asombrarme.

Delano levantó el brazo derecho mientras se sentaba. Se secó la sangre para descubrir que no había herida. Solo un trocito de piel rosada e irregular. Bajó el brazo y me miró a los ojos.

—Delano —le instó Casteel—. ¿Qué demonios ha pasado?

Delano apartó la vista de mí para girarse hacia Casteel. Su pecho subía y bajaba con una respiración acompasada.

—Se acercan. Los Ascendidos.

Capítulo 35



—Lo están quemando todo —relató Delano entre bocado y bocado de carne asada y tragos de agua, sentados en una habitación del interior de la fortaleza, adyacente al comedor—. Todo lo que quedaba de Pompay. Todos los bosques desde Pompay hasta… hasta, Dios, es posible que todo el camino hasta New Haven. ¿El clan de los Huesos Muertos? —Sus hombros desnudos se tensaron mientras alargaba la mano hacia el agua—. No veo forma de que hayan podido salir de ahí. Tienen que haber desaparecido todos.

Mi estómago vacío se revolvió y sentí náuseas. No era ninguna fan de sus costumbres de comer gente y llevar pieles puestas, pero eso no significaba que deseara que todos fuesen asesinados. Sobre todo después de haberme enterado de que habían sobrevivido a la guerra y a los Ascendidos escondidos en esos bosques.

—En cuanto vimos Pompay, supimos que no era normal. No había tanta gente ahí. Quizás una docena de guardias. Pero ¿crear ese tipo de incendio? ¿Hasta el punto de que el aire está casi negro del humo? Sabíamos que tenía que haber algo más.

Se le pusieron los nudillos blancos de lo fuerte que apretaba el vaso. Hablaba en *plural*, pero solo él había regresado y sabía lo que eso significaba. Su cara estaba desprovista de emoción por completo, pero percibía la inmensa rabia gélida en su interior.

- —¿Visteis algo más?
- —Dimos un rodeo hacia el oeste para esquivarlos. Entonces es cuando los vimos, al resto de ellos. Nos acercamos, tanto como pudimos. Queríamos ver cuántos eran. —Se bebió medio vaso de agua de un trago—. Tienen campamentos, Cas. Caballos. Carros llenos de víveres. —Alastir, que había

estado de pie desde que entramos en la sala, se sentó en una silla, el rostro pálido mientras Delano separaba los dedos del vaso, uno a uno—. Tiene que haber cientos de ellos. Diría que unos ochocientos, o así. Un maldito ejército.

Me eché hacia atrás. Desde el momento en que me había dado cuenta de que en realidad el cielo no estaba en llamas, ya había sospechado que los Ascendidos estaban detrás del fuego. Las horas pasadas en el Adarve las dediqué a prepararme para lo que ya sabía. La confirmación de que venían los Ascendidos no fue lo que me impactó. Fue la *enorme cantidad* de ellos.

- —Maldición —musitó Jasper.
- —Uno de ellos nos vio cuando nos alejábamos del campamento. Flechas. Eso es lo que me hirió a mí. A Dante.
- —¿Murió? —preguntó Casteel. Delano asintió, la vista clavada en el plato.
 - —Le dieron en la cabeza.

Alastir maldijo y volvió a levantarse.

- —Dante no sabía cuándo callarse. —Dio media vuelta y agarró el respaldo de su silla—. Pero era un buen hombre. Honorable.
 - —Lo sé. —Un músculo se marcó en la mandíbula de Casteel.
- —No pude parar para curarme —explicó Delano—. En cuanto la flecha me dio y vi que Dante estaba muerto, eché a correr. Hubiese llegado aquí antes, pero estaba cada vez más débil.
- —No pasa nada. Llegaste. —Casteel descruzó los brazos y puso una mano sobre el hombro del *wolven*—. Eso es lo que importa.

Delano asintió, pero supe que no creía lo mismo. Podía sentirlo. Su ira iba dirigida a los Ascendidos, y a sí mismo.

—¿Cuántos kilómetros has corrido? —pregunté—. Con una herida que lo más probable es que perforara un pulmón. Hiciste más de lo que muchos podrían soñar con hacer jamás.

Delano me miró a los ojos.

- —Y tú me curaste solo rozándome con los dedos.
- —Y no fue ni de lejos tan difícil ni tan impresionante como lo que has hecho tú.

Las mejillas de Delano se sonrojaron.

—Lo que dice es cierto —aportó Casteel—. Y eres la primera persona en impresionarla jamás. Estoy celoso. —Puse los ojos en blanco. Casteel le dio otro apretoncito en el hombro antes de preguntar—: ¿Viste alguna señal de Elijah? ¿O a alguien de New Haven?

Delano negó con la cabeza y una especie de mortaja sombría y pesada se extendió por la habitación.

- —Puede que hayan optado por una ruta alternativa, caminos por los que tardarían bastante más. Así que esto no significa que Elijah y su gente no hayan salido de New Haven —dijo Kieran, interviniendo en la conversación por primera vez—. Podrían haber ido al norte para bajar después por las laderas de las Skotos y evitar así a los Ascendidos.
- —Lo sé. —Casteel cruzó los brazos—. ¿Visteis a algún Ascendido? ¿A algún caballero?
- —No, pero había carruajes sin ventanas y carromatos con paredes altas, totalmente cubiertos. Es posible que dentro viajen algunos.
 - —Bueno, al menos eso es una buena noticia —comentó Casteel.
- —¿Cómo puede ser eso una buena noticia? —Alastir se volvió hacia él—. Vienen cientos de personas hacia aquí. Un ejército.
- —Es bueno porque cientos de mortales significa que Spessa's End tiene una posibilidad de salir de esta —contestó Casteel.
- —Una posibilidad remota. —Alastir regresó a su asiento—. Puede que seas optimista. Lo respeto, pero incluso con las guardianas que tenemos aquí, no será suficiente para contener a un ejército de varios centenares.

Una sensación fría se extendió por mis huesos mientras miraba alrededor de la mesa, alrededor de la habitación y las paredes de piedra que ya habían sido testigos de la caída de la ciudad una vez.

—No podemos dejar que Spessa's End caiga.

Varios pares de ojos se volvieron hacia mí, pero fueron los de Casteel los que busqué.

—Y no lo haremos —dijo—. ¿Nova?

La alta guardiana con el pelo rubio trenzado dio un paso al frente. Era la que nos había observado el día que los vimos entrenando.

- —¿Sí, mi príncipe?
- —Recuérdame de cuánta gente disponemos que sea capaz de defender el pueblo.
- —Menos de cien entrenados o físicamente capaces de luchar —contestó, y Emil soltó una maldición en voz baja—. Sin embargo, la población más mayor es diestra con el arco. Tendríamos unos veinte arqueros.

Veinte arqueros era mejor que nada, pero no era suficiente. Todo el mundo lo sabía.

—Tenemos otros veintitrés del grupo de Alastir y del mío propio. —Un músculo se marcó en su mandíbula—. ¿Cuándo crees que llegarán a Spessa's

End?

- —Van en dos grupos —explicó Delano—. El pequeño está más cerca, como a un día a caballo. Supongo que podrían llegar aquí a la caída de la noche. —La tensión de la sala se intensificó—. El grupo más grande tardará más en llegar. Diría que unos dos días, pero estas suposiciones dependen de si el primer grupo espera al grupo grande o no.
 - —¿Cuántos hay en el primer grupo? —preguntó Jasper.
 - —¿Doscientos? Quizás trescientos.

¿Ese era el grupo pequeño? Por todos los dioses...

- —Es imposible que no sepan lo que ha estado sucediendo aquí si han enviado a casi mil soldados o más —dije—. Vienen dispuestos a luchar.
- —Alguien debe de haber hablado —conjeturó Emil al tiempo que se apartaba de la pared—. Tienen que haberle sonsacado la información a alguien. Seguramente, a un Descendente que haya estado aquí o fuese consciente de lo que pasaba.
- —O a alguien de New Haven —sugirió Alastir y se me agarrotó el pecho de miedo.
- —Es probable que no sepan bien lo que se ha reconstruido aquí, pero se lo pueden imaginar, dado lo cerca que está de las Skotos, así que vienen bien preparados. El tamaño del ejército podría ser más una exhibición de fuerza con la esperanza de asustarnos lo suficiente como para que les entreguemos lo que quieren. —Jasper, sentado unas cuantas sillas vacías más allá de mí, se giró en mi dirección—. Lo cual supongo que eres tú.

Eso ya lo sabía. Supieran o no en lo que se había convertido Spessa's End, venían a por su Doncella. Su fuente de sangre. El futuro de sus Ascensiones en una sola forma. Y habían traído a un ejército para obtener lo que querían, dispuestos y decididos a hacerlo por la fuerza.

Y la gente... moriría. Quizás incluso algunos de los ahí presentes. Todos ellos eran lo más cercano a inmortales que existía, pero ninguno era un dios. E incluso con todo el mundo que estuviese dispuesto a luchar y fuese capaz de hacerlo, ellos eran muchísimos más que nosotros. La gente moriría porque me daban cobijo a mí, igual que los habitantes de New Haven.

Igual que Renfern.

Se me hizo un nudo en el estómago y en el pecho con una aprensión gélida. No podía vivir con eso sobre mi cabeza otra vez.

—No pueden tener lo que quieren —gruñó Casteel, y sus ojos volaron hacia los míos—. Jamás.

Me quedé muy quieta mientras él me sostenía la mirada. Había una promesa en sus palabras, una que lo decía todo, una que indicaba que sabía en qué dirección iban mis pensamientos.

- —Han venido a por mí —empecé. No aparté la mirada, con la esperanza de que oyera lo que no podía decir delante de los otros—. No podemos arriesgar…
- —Sí, sí podemos —me interrumpió. Sus ojos ardían de un amarillo intenso—. Y sí, lo haremos. No pueden tenerte. —Se inclinó hacia delante para apoyar las manos sobre la mesa—. Sea lo que sea lo que estás pensando, estás equivocada. No van a dar media vuelta y marcharse cuando te tengan en su poder. Lo sabes, Poppy. Lo viste de primera mano con lord Chaney. Obtendrán lo que quieren y *también* destruirán todo lo que tengan delante solo porque pueden. Es lo que hacen. Y una vez que te tengan, te utilizarán para sembrar el caos y la destrucción. Si te entregas a ellos, no salvarás vidas. Destruirás más.

Casteel tenía razón, y lo odiaba. Me hacía sentir que no había nada que pudiera hacer para detener esto, para defenderme.

Pero eso no era cierto.

Sí que había algo que podía hacer. Podía pelear.

Casteel apartó los ojos de mí.

- —Necesitamos refuerzos, y los necesitamos deprisa. Alastir, necesito que cruces las Skotos. Alerta a los que están en los Pilares y en la Cala de Saion sobre lo que está ocurriendo. Envía a tantos de nuestros soldados como puedan llegar a Spessa's End en dos días —ordenó Casteel. El *wolven* empezó a levantarse de la silla para obedecer, pero Casteel no había terminado. Se volvió hacia Kieran—. Quiero que vayas con él, solo por si sucede algo.
- —¿Qué? —exclamó Kieran. Era obvio que estaba tan sorprendido por la petición de Casteel como yo—. Hay un maldito ejército de Solis encaminado hacia aquí y ¿me envías a Atlantia?
- —Exacto. Eres rápido. Eres fuerte. Y no te arredrarás ni vacilarás si algo le ocurriera a Alastir. —Casteel miró a los ojos del asombrado lobuno—. No nos fallarás.

Mi corazón empezó a palpitar con fuerza porque sabía, sabía en lo más profundo de mi ser, por qué Casteel estaba enviando a Kieran lejos.

—Mi príncipe —intervino Nova—. Sé que crees que es tu deber permanecer aquí, pero eres tú el que debería ir al otro lado de las Skotos. Deberías partir de inmediato y ponerte a salvo.

—Tengo que estar de acuerdo con ella —coincidió Alastir—. Puede que los Ascendidos crean que eres el Señor Oscuro, pero tal vez sepan quién eres en realidad: el heredero vivo del reino de Atlantia. Eres la última persona que debería estar aquí.

Me puse tensa al oír las palabras de Alastir, pero Casteel no mostró reacción alguna por que se refiriera a él como el «heredero vivo» del reino.

- —Aprecio las ideas y opiniones de los dos, pero todos sabéis que no voy a abandonar Spessa's End a su suerte. No cuando yo he ayudado a convencer a los que están aquí para que instalaran su hogar en este lugar.
- —Todo el que vino aquí conocía los riesgos que implicaba —argumentó Alastir—. No puedes poner tu vida en peligro por Spessa's End.

Casteel agachó la cabeza.

—Si no estoy dispuesto a arriesgar mi vida por Spessa's End, ¿cómo puedo pedirle a la gente que está aquí que lo haga? Eso no es lo que hace un príncipe. Al menos, no uno bueno.

Una oleada de respeto por Casteel me invadió tan de repente que me dejó sin respiración. No sabía cómo no podían verlo casi irradiar de mi interior. Casteel no estaba dispuesto a pedirle a otros que arriesgaran lo que no arriesgara él, y era algo que nadie podía discutirle. Ni siquiera Alastir, que soltó un gran suspiro y luego asintió.

—Yo debería estar aquí contigo —insistió Kieran. Se acercó a Casteel—. Mi deber es defender tu vida con la mía. Eso es lo que exige mi vínculo, el juramento que hice. ¿Cómo puedo hacer eso si huyo de la batalla? —Bajó la voz—. No hagas esto, Cas.

Se me comprimió el corazón al mirarlos. Casteel estaba enviando lejos al *wolven* con el que estaba vinculado. Una sola mirada a Kieran me indicó que él también sabía por qué. Casteel estaba eliminando cualquier posibilidad de que Kieran arriesgara su vida para salvar la de él.

Igual que había hecho cuando se marchó para intentar matar al rey y la reina de Solis.

Y eso significaba que Casteel era muy consciente de que lo más probable fuese que Spessa's End no aguantara hasta la llegada de los refuerzos.

—Juraste protegerme, y lo harás —dijo Casteel—. No vas a huir de la batalla. Vas a mantener a salvo aquello que es más importante para mí, y eso es Poppy.

Di un respingo.

—Espera. ¿Qué?

- —Te marcharás con ellos. Será duro —dijo, sin apartar la mirada de Kieran—. No podréis descansar y tendrás que hacer caso de todo lo que te diga Kieran, sobre todo cuando se haga de noche en las montañas, pero...
 - —Yo no me voy —lo interrumpí.
- —No puedes quedarte aquí —repuso Casteel—. No cuando están viniendo. Esto no está abierto a discusión.

Me levanté de un salto.

—Permite que te deje una cosa bien clara. No sé si te das cuenta de esto o no, Casteel, pero no he hecho ningún juramento que me obligue a obedecer ni una sola cosa que digas. —Casteel se puso tenso—. Y tal vez debieras mirarme cuando intentes ordenarme hacer cosas —continué.

Se giró hacia mí, la cabeza ladeada.

- —Te estoy mirando.
- —Pero ¿estás escuchando?
- —Oh, vaya —murmuró Delano en voz baja cuando el resto de la habitación se quedó en completo silencio—. Alguien está a punto de ser apuñalado otra vez.

Alguien resopló divertido. Pensé que era Jasper.

- —Oh, claro que escucho —replicó Casteel—. A lo mejor tú deberías probarlo. Junto con esa cosa llamada sentido común.
 - —Está claro que lo va a apuñalar —confirmó Kieran.
- Di la vuelta a la mesa, consciente de que Delano parecía estar hundiéndose en su silla.
 - —¿Hablas en serio?
- —¿Vas armada? —preguntó Casteel con una sonrisilla de suficiencia—. Lo estás, ¿verdad?
- —Estoy muy confusa por lo que está pasando aquí —susurró Nova. Frunció un poco el ceño.
- —Al parecer, ya lo ha apuñalado una vez —informó Jasper a la guardiana
 —. En el corazón.

Nova me miró.

- —Y hace un rato me cortó. Otra vez me lanzó un cuchillo directo a la cara. —Casteel iba contando con los dedos—. Y luego hubo una vez en el bosque...
 - —Nadie quiere oir cuántas veces te he hecho sangrar —espeté cortante.
 - —Yo sí —apuntó Jasper.
 - —Yo también. —Levantó la mano Emil.

- —Mira, no solo no es sensato que lo único que buscan esté aquí a su alcance, sino que tampoco quiero preocuparme por que te entregues —declaró Casteel—. Ya sabes… como la otra vez.
 - —Ese es un error que no volveré a cometer —mascullé.
- —Pero era algo en lo que estabas pensando hace unos instantes, ¿verdad?
 —Dio un paso a un lado de modo que Delano ya no estuviese sentado entre nosotros.
 - —Así es —reconocí—. Durante un par de minutos. Pero tenías razón.

Arqueó las cejas.

- —Benditos sean los dioses, que alguien marque la fecha y la hora. Acaba de admitir que yo tenía razón.
 - —Oh, cállate —escupí.
- —Por mí, perfecto. Esta conversación ha terminado. Te marcharás con Alastir y Kieran de inmediato. —Empezó a dar media vuelta.
- —No me voy a marchar. —Levanté la barbilla cuando se giró hacia mí otra vez—. Tendrás que obligarme. Tendrás que arrastrarme todo el camino hasta Atlantia tú mismo.

Casteel bajó la barbilla mientras la ira palpitaba con fuerza en su interior, hasta alcanzarme a mí.

—O podría limitarme a usar la coacción.

Me quedé helada.

—No te atreverías.

Apretó los dientes y luego escupió una ristra de palabrotas. El hielo se derritió en mi interior. No haría algo así.

- —Esto es diferente, Poppy. Diferente del Adarve o de los Demonios o del clan de los Huesos Muertos.
- —Deberías irte —dijo la guardiana—. He visto lo que puedes hacer, ahí fuera, con Delano, pero eso no nos servirá para nada cuando sea el momento de luchar. No serás más que una distracción para nuestro príncipe. Serás una carga.

Despacio, me giré hacia la mujer.

—¿Perdona?

Nova me miró sin alterarse.

- —Sin ofender. Solo estoy exponiendo datos objetivos.
- —Tus datos objetivos están muy equivocados —le dije—. Solo para destacar la más obvia de tus imprecisiones, lo que hice por Delano podría en realidad venir muy bien cuando haya heridos, si es que los hay. *Eso.*.. Lancé una mirada asesina en dirección a Castell—... es sentido común. —La

guardiana entornó los ojos—. En cuanto a que yo sea una carga, te diré que soy tan buena con una espada como lo soy con un arco, y soy condenadamente buena con un arco. Es probable que sea mejor que la mayoría de los que están aquí. Así que más bien soy un activo —concluí—. Y en cuanto al hecho de ser una distracción para Casteel, ese es su problema. No el mío.

La barbilla de Nova se levantó y sentí... sentí algo de respeto procedente de la guardiana. Estaba enterrado bajo capas de recelo, pero estaba ahí.

—No miente —dijo Casteel, sin quitarme el ojo de encima—. Penellaphe sabe luchar, y su habilidad con la espada y su puntería con el arco están a años luz por encima de las de un soldado entrenado. Nunca es una carga.

Mis ojos saltaron hacia él.

—Entonces, ¿está decidido? —Apretó los labios y negó con la cabeza—. Necesitáis mi ayuda —le dije. Aspiré una bocanada de aire superficial—. Y *necesito* estar aquí. Los Ascendidos vienen a por mí y tengo que ser capaz de hacer algo. Necesito defenderme, no quedarme al margen y no hacer nada.

Los ojos de Casteel se cruzaron con los míos y se quedaron ahí. Pensé que quizás entonces lo entendió. La razón por la que no podía marcharme. La razón de que hacerlo me haría sentir impotente. Pero incluso así, me preparé para algo más de pelea. Porque esto *era* diferente. Esto era una batalla, y percibía el batiburrillo de emociones en su interior. El conflicto.

Pero entonces asintió.

—Vale. Te quedas —dijo, y solté un suspiro de alivio—. Hablaremos de lo que eso significa exactamente más tarde.

Entorné los ojos con suspicacia.

- —¿Y yo qué? —preguntó Kieran—. Si Penellaphe se queda...
- —Todavía tiene que haber dos de vosotros —lo interrumpió Casteel, y percibí el profundo cansancio en su interior—. Delano no puede hacer el viaje y tú eres más rápido que Naill y que la mayoría de los atlantianos del lugar.

Kieran se puso tenso mientras su padre los observaba en silencio.

- —¿Es una orden?
- —Sí, lo es. —Casteel asintió, mirando a Kieran a los ojos.

El *wolven* apretó la mandíbula con tal fuerza que me sorprendió que no la oyéramos crujir. Sacudió la cabeza. La incredulidad y la ira irradiaban de él, pero percibí algo más, algo más profundo que era caliente y más fuerte que la ira.

—Sé por qué estás haciendo esto —susurró Kieran. Casteel no dijo nada durante un buen rato.

—No es la única razón —murmuró al cabo de un rato.

Se produjo una comunicación tácita entre ellos, palabras silenciosas que comprendieron de todos modos. Fuera lo que fuese, hizo que Kieran asintiera y aceptara la orden de Casteel. Después fue hasta él y agarró a Casteel por detrás del cuello.

—Si haces que te maten —dijo Kieran—, me voy a cabrear.

Un lado de los labios de Casteel se curvó hacia arriba.

—No caeré, hermano. —Casteel le dio un fuerte abrazo con un solo brazo—. Eso te lo puedo prometer.

Kieran le devolvió el abrazo mientras soltaba una bocanada de aire entrecortada. A lo mejor era solo porque estaba cansada, pero verlos así me dio ganas de llorar, aunque me negaba a plantearme siquiera la posibilidad de que no volvieran a verse nunca. De que su vínculo pudiera romperse. Kieran dio un paso atrás, miró a su padre. Jasper ya se había levantado e iba hacia su hijo.

—Siempre he estado orgulloso de ti. —Puso una mano detrás de la cabeza de Kieran—. Siempre he confiado en ti. Sé que volveremos a vernos.

Kieran asintió, y cuando se apartó de su padre, yo di un paso tentativo hacia delante.

- —¿Kieran? —Me miró—. Por favor... por favor, intenta tener cuidado le dije. Arqueó las cejas.
- —¿Estás preocupada por mí? —Crucé los brazos y asentí—. No seas amable conmigo —repuso, y percibí diversión en su interior—. Me pone nervioso.
 - —Lo siento.

Sonrió mientras venía hacia donde yo estaba.

—No pareces sentirlo en lo más mínimo. —Le sonreí—. Hazme un favor
—dijo Kieran, bajando la vista hacia mí—. Protege a tu príncipe, *Poppy*.



No vi a Casteel durante el resto del día.

Después de despedirme de Alastir, volví a la habitación mientras él iba a hablar con la gente de Spessa's End. Había hecho ademán de ir con él, pero al recordar las reacciones de los lugareños la noche anterior, pensé que solo sería una distracción. Del tipo que podía acabar por ser letal para la gente de

Spessa's End si estaban ocupados mirándome a mí en lugar de escuchar a Casteel.

Había esperado que volviera en algún momento, no tanto para terminar nuestra conversación, pues estaban pasando cosas mucho más importantes, sino porque necesitaba dormir.

Sin embargo, la mañana dio paso a la tarde y Casteel no apareció. Pero no me quedé plantada en la habitación. Me preparé.

Por suerte, Vonetta había estado cerca cuando salí al patio y se mostró bien dispuesta a hacer una sesión de entrenamiento conmigo. Manejar una espada o un arco no eran técnicas que uno olvidara, pero podían oxidarse por falta de uso.

Además, ella era una *wolven*, más rápida y más fuerte que un mortal, así que enfrentarme a ella sería muy parecido a enfrentarme a un caballero. Necesitaba practicar.

En poco tiempo atrajimos a una pequeña multitud, pero Casteel no estaba entre ellos. Según Vonetta, estaba ayudando a determinar quién podía luchar.

La siguiente vez que vi a Casteel fue cuando Delano me acompañó a la pequeña habitación adyacente al comedor donde estaban cenando mientras discutían estrategias. El hecho de que Casteel hubiese pensado en incluirme en la reunión no me pasó desapercibido, ni a ninguno de los presentes en la sala.

Para cuando cayó la noche y volví al dormitorio, Casteel todavía no había aparecido. Pasé varias horas caminando arriba y abajo, nerviosa. Pensé en mil cosas: en todo lo que había ocurrido antes de que Casteel entrara en mi vida, y en todo lo que había ocurrido desde entonces. Pensé en mi don, en cómo estaba cambiando y en cómo mi cuerpo brillaba como la luz de la luna. Y pensé en todo lo que había dicho Casteel y en lo que se nos había quedado en el tintero.

Pensé en lo condenadamente harta que estaba de fingir.

En algún momento, después de andar hasta el agotamiento, por fin me quedé dormida, vestida, solo por si acaso aparecían los Ascendidos. Ni siquiera estaba segura de qué me había despertado, pero cuando abrí los ojos, la luz grisácea del amanecer se filtraba en la habitación y Casteel estaba en la cama a mi lado, apoyado en una montaña de almohadas. Tenía las largas piernas estiradas delante de él, cruzadas por los tobillos, los pies descalzos, las manos relajadas en el regazo. Estaba despierto y me miraba.

—¿Me estás observando mientras duermo?

- —Ahora no. Hace unos minutos, sí —admitió. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba—. Ahora, estoy hablando contigo.
 - —Es algo retorcido —murmuré—. Lo de que me mires mientras duermo.
 - —Es posible.
- —No tienes ninguna vergüenza. —Rodé sobre la espalda. Sonrió un poco ante mi comentario, pero la sonrisa no le llegó a los ojos. Unos ojos cansados —. ¿Has dormido algo?
 - —Todavía no.

La maraña en que se había convertido mi pelo cayó por encima de mi hombro cuando me senté.

—Sé que eres un Elemental con una potencia y un poder insanos, pero tienes que descansar.

Apareció su media sonrisa, junto con un asomo de hoyuelo en la mejilla derecha.

—¿Estás preocupada por mí, princesa?

Empecé a decirle que no. A negar que lo estuviera porque eso era lo que había hecho siempre. Era lo más fácil, y lo más seguro, pero estaba cansada.

De mentir.

De fingir.

Esa era otra cosa en la que había pensado mientras estaba en el Adarve durante la noche después de prepararme para lo inevitable. Pensé en *mi* futuro. En quién solía ser, en quién me estaba convirtiendo y en quién quería ser. Y era extraño cómo las revelaciones parecían ocurrir de repente pero en realidad requerían muchos momentos pequeños y casi indiscernibles a lo largo de semanas, meses y años. Conclusión: sabía que ya no quería ser alguien que se escondía, ya fuese detrás de un velo, de otros o de mí misma.

Como había dicho durante la cena, no había cambiado debido a Casteel. El proceso había empezado mucho antes de que él entrara en mi vida, pero *sí* había sido un catalizador. Lo mismo que todas esas veces que me había escapado para ir a explorar, los libros que había tenido prohibidos pero aun así leía, y cuando le sonreía al duque, consciente de que me castigaría más tarde. La muerte de Vikter también fue un punto de inflexión.

—Lo estoy —reconocí—. Estoy preocupada por ti. —Casteel me miró pasmado, y no tuve que abrir mis sentidos para saber lo mucho que le había sorprendido mi respuesta—. Van a llegar pronto. Los Ascendidos podrían estar aquí esta noche. Necesitas dormir. Para estar descansado. —Hice una pausa—. Y también, tal vez, dejar de mirarme.

—Yo... —Parpadeó, y entonces su cuerpo se relajó una vez más—. Descansaré. Los dos lo haremos. Pero necesito... necesitamos terminar nuestra conversación. No puedo esperar. —Sus ojos volvieron a los míos—. Ya no.

Mi corazón dio bandazos por mi pecho mientras me recostaba contra las almohadas.

—¿Por dónde… por dónde empezamos?

Casteel se rio bajito.

—Por todos los dioses, creo que sé por dónde empezar. Antes has dicho que no tengo vergüenza. Pues sí, tengo un poco. —Me miró—. Casi toda la vergüenza que he sentido en la vida tiene que ver contigo. Odiaba mentirte, Poppy. Odiaba ser capaz de planear secuestrarte... utilizarte... sin haberte conocido siquiera. Tener esa capacidad en mi interior siquiera. Puedo sentirme avergonzado por eso, pero si tuviese la ocasión, lo haría de nuevo. Haría exactamente lo mismo.

Los ojos de Casteel se deslizaron por mi rostro.

—Antes no mentía cuando dije que no había planeado que nada de esto ocurriera. No es que no estuviera dispuesto a emplear todo lo que tenía para ganarme tu confianza. Si hubieran hecho falta palabras bonitas y besos y mi cuerpo, los hubiese usado todos. Hubiera hecho cualquier cosa por liberar a Malik.

Pero no quiso.

No lo hizo.

—La noche de la Perla Roja fue así. Cuando me preguntaste que por qué querría besarte. Por qué me quedaba en la habitación contigo... Era porque sabía que podía utilizarlo en mi propio beneficio. Siento vergüenza por eso, pero no hubiese hecho nada de manera diferente. —Dejó caer la mano hacia atrás sobre las almohadas, sin apartar nunca la vista de mí—. Pero... nunca planeé disfrutar de verdad de tu compañía. No planeé estar impaciente por hablar contigo. Y no planeé cargar con la culpabilidad que me provocaban mis acciones. No planeé... bueno, no planeé que llegaras a importarme tanto.

Se me quedó el aire atascado en el pecho mientras un temblor me recorría de arriba abajo.

- —Había planeado secuestrarte la noche anterior al Rito. Cuando te llevé al jardín. Al sauce. Kieran y los otros nos estaban esperando. Te iba a secuestrar entonces, mientras todo el mundo estaba ocupado y antes de que tuvieses ni idea de lo que estaba pasando.
 - —Pero no lo hiciste.

- —Si lo hubiese hecho, jamás habrías tenido que ser testigo de la muerte de Vikter. No habrías visto nada de eso. Te lo juro por los dioses, Poppy, no tenía ni idea de que fueran a atacar...
- —Lo sé. Te creo. —Y era verdad. Sus hombros se relajaron un poco—. ¿Por qué no me secuestraste entonces?
- —No lo sé. —Frunció el ceño—. No. Eso es mentira. No te secuestré porque sabía que en el momento en que lo hiciera, dejarías de mirarme como... como si fuera solo Hawke. Dejarías de abrirte a mí. De hablar conmigo. De verme. Me odiarías. Y no estaba preparado para eso.

Yo no estaba preparada para que él admitiera todo eso.

Tragó saliva y levantó los ojos hacia el dosel de la cama.

—Cuando te toqué en el Bosque de Sangre, sabía que no debería haberlo hecho, pero... quería ser tu primero. Necesitaba ser tu primer todo. Beso. Caricias. Placer.

Oh, por todos los dioses...

Un músculo se apretó en su mandíbula mientras sacudía despacio la cabeza.

—Kieran... joder, pensé que me iba a dar un puñetazo cuando se dio cuenta de lo que había hecho. Pero él lo sabía y... —Casteel se aclaró la garganta—. La noche en New Haven, cuando fui a tu habitación, no lo tenía planeado. Lo deseaba. Por los dioses, cuánto lo deseaba. Parecía que era lo único en lo que podía pensar, y joder, menuda diferencia más grande, pero no planeaba hacer eso contigo cuando no tenías ni idea de quién era yo.

Una intensa presión me atenazó el pecho.

- —Por eso no querías que te llamara Hawke esa noche. Pensé que era porque técnicamente ese no era tu nombre.
- —Era porque no sabías con quién estaba asociado ese nombre. —Arrastró los dientes por su labio—. Debí marcharme de esa habitación. Si fuese mejor persona, lo habría hecho. Me siento avergonzado por ello, pero Dios, no me arrepiento. ¿Cuán terrible es eso?
- —Yo... —Se me cerró la garganta y tardé un poco en desatorarla—. Odié que no fueras sincero conmigo entonces, pero tampoco me arrepiento. Jamás lo hice.

Sus ojos volaron hacia los míos.

- —No digas cosas así.
- —¿Por qué?
- —Porque me dan ganas de arrancarte la ropa y hundirme tan profundo en tu interior que ninguno de los dos sabrá dónde empezamos y dónde

terminamos. —Sus ojos centellearon de un intenso color dorado—. Y entonces jamás terminaríamos esta conversación.

—Oh —susurré. Sus palabras provocaron una oleada de calor por todo mi cuerpo—. Vale, entonces.

Volvió a aparecer la sonrisa, pero se esfumó pronto.

—Lo que dije aquella noche sigue siendo verdad. No soy digno de ti. Lo sabía entonces. Y todavía lo sé. Pero eso no ha impedido que te desee. No me ha impedido tramar un plan para retenerte a mi lado, aunque solo sea hasta que todo esto termine. No ha impedido que lo quiera todo de ti. Que finja que podría tenerlo todo, Poppy.

No estaba segura de si seguía respirando siquiera.

- —Y sé que es probable que sigas enfadada conmigo por querer que te marcharas, por querer que te fueras con Kieran, pero... —Cerró los ojos—. Después de lo que me hicieron y de todo lo que pasó después, no creí que volviera a ser capaz de realmente desear y necesitar a alguien como me pasa contigo. No creí que fuera posible. Y ha habido muchas veces, demasiadas veces, en las que he querido que esto fuera real.
 - —¿Qué parte querías que fuera real?
- —Todo ello. Haber aceptado el destino de mi hermano. Estar llevando a mi mujer a casa y que... existiera ese futuro que ya no creía que tendría. Eso era lo único en lo que podía pensar antes. La idea de que estuvieras aquí cuando vinieran... Ya sentía el miedo. Cuando ese Ascendido bastardo arrambló contigo en New Haven, pensé que te había perdido. —Tragó saliva otra vez—. Y sé que han pasado demasiadas cosas para que nada de ello sea real. Sé que te he hecho daño. Sé que cuando dijiste que cargabas con la culpa de mis acciones, no estabas mintiendo. Y yo... por todos los dioses, lo siento, Poppy. No te mereces eso. No te mereces nada de lo que he hecho y te he hecho, y desde luego que no mereces que todavía intente aferrarme a ti. Que cuando llegue el momento de irte, seguiré deseándote. Incluso cuando inevitablemente te vayas, todavía te desearé. Todavía te querré.

Te habría dejado marchar, pero dudo de que fueses a ser libre de él.

¿No era eso lo que había dicho Kieran?

—No sé lo que significa nada de eso. Hace mucho que he desistido de intentar averiguarlo. —Bajó las pestañas, que ocultaron sus ojos—. ¿Puedes decírmelo tú? ¿Puedes leer mis sentimientos y decírmelo?

En ese momento, no podía concentrarme lo suficiente ni para leer un libro, pero sabía lo que necesitaba de él.

—Háblame de ella.

Los ojos de Casteel volaron hacia los míos y parecía... roto cuando apartó la mirada y la devolvió a sus manos. Se quedó callado tanto tiempo que pensé que no iba a decir nada más. Que no diría nada, pero respondió.

—Cre... crecimos juntos. Shea y yo. Nuestras familias tenían muy buena relación, como es obvio, y al principio éramos amigos. De algún modo, en algún momento, se convirtió en algo más. Ni siquiera sé cómo ni cuándo, pero la quería. Al menos, creo que eso es lo que sentía. Era valiente y lista. Salvaje. Pensé que pasaría mi vida entera con ella. Pero luego me capturaron y ella vino a por mí.

Se me cayó el alma a los pies, y luego aún más abajo cuando se movió de repente y se levantó de la cama.

—Ni siquiera sé cuántas veces vinieron ella y Malik a buscarme. Debieron de ser docenas y, ¿sabes?, ellos nunca se dieron por vencidos con respecto a mí. Creían que estaba vivo. Durante todos esos años, siguieron buscándome. —Se pasó una mano por el pelo—. Y entonces me encontraron. Apenas los reconocí cuando aparecieron delante de mi celda. Creí que estaba alucinando, que me estaba imaginando que mi hermano y Shea estaban ahí, que me llevaban casi en brazos fuera de las mazmorras y hasta los túneles. Estaba mal. Hacía tiempo que no me alimentaba. Débil. Desorientado. Ni siquiera sé cuándo aparecieron los dos Ascendidos exactamente, pero de repente estaban ahí como si nos hubiesen estado esperando. Y así era.

Me deslicé hasta el borde de la cama mientras él iba hacia las puertas de la terraza.

- —¿A qué te refieres?
- —Me refiero a que sabían que me iban a liberar ese día. Sabían que mi hermano, el verdadero heredero, estaría ahí. Un atlantiano mayor y más fuerte que yo, e iba a estar a su alcance.

Empecé a darme cuenta de lo que había sucedido. Y no quería que fuera verdad. Oh, por todos los dioses, no.

—Hubo una pelea y todo lo que recuerdo fue a Shea que me arrastraba lejos de la refriega... lejos de Malik, por el laberinto de túneles. —Soltó un suspiro ronco—. No hacía más que decir que lo sentía. Que no tenía elección.

Me llevé las manos a la boca, casi deseando que no continuara.

—Uno de los Ascendidos vino a por nosotros, nos arrinconó y... me lo contó todo. Se burló de mí por ello. Habían capturado a Shea cuando ella y Malik se habían separado para buscarme. Los Ascendidos iban a matarla y ella les dijo quién venía con ella. Entregó a mi hermano a cambio de su vida.

- —Oh, Dios —susurré. Se me rompió el corazón cuando su dolor se estiró hacia mí y se mezcló con el mío propio.
- —Creían que ella me iba a dejar atrás. Era lo que habían acordado. Un dos por uno especial. —Se rio, pero fue un sonido áspero—. No estaban preparados para que Malik opusiera tanta resistencia. Así es como me sacó Shea. No le creí al Ascendido. Intenté protegerla… y entonces ella intentó negociar otra vez. Mi vida a cambio de la suya. Y… una vez que mi mente consiguió discernir algo entre el embotamiento y el hambre, y fui consciente de que ella era la razón de que tuvieran a mi hermano en lugar de a mí, y que me entregaría a ellos otra vez, perdí la cabeza. Maté al Ascendido. La maté a ella. Con mis propias manos. Ni siquiera sé si fue el pánico lo que motivó sus acciones. Debió ser eso. No era mala persona, pero no podía ser amor.
- —No, no podía serlo —convine—. Sé que no tengo experiencia, pero si quieres a alguien, jamás podrías hacerle eso. Siento tener que decirlo. Ni siquiera la conocí, pero solo sé que jamás podrías hacerle algo así a alguien a quien quieres.
- —No. Tú no podrías. Eso lo tengo claro. —Agachó la cabeza—. Creo que sí me quiso en algún momento. ¿Por qué si no querría seguir buscándome? O tal vez creyera que era lo que se esperaba de ella. No lo sé. Pero yo hubiese elegido la muerte si eso significaba salvar a la persona que amaba. —Se pasó una mano por la cara, de espaldas a mí—. Intenté encontrar a Malik después de… después de eso. Pero me perdí entre tanto túnel. Al final, no sé cómo, acabé en la playa y tuve la inmensa suerte de que un hombre me encontrara.

Bajó las manos.

—Así que esa es la razón de que no hable de ella. Por eso no pronuncio su nombre, porque por mucho que la quisiera antes, ahora la odio. Y odio lo que hice.

Me estremecí, incapaz de encontrar palabras... porque no las había.

- —Alastir no lo sabe. —Se giró hacia mí—. Solo Kieran y mi hermano saben la verdad. Alastir no puede enterarse nunca de que su hija traicionó a Malik, a nuestro reino. No es que esté intentando protegerme yo. Podría lidiar con él si se entera de que su hija murió a mis manos, pero enterarse de la verdad de lo que ella hizo lo mataría.
- —No diré ni una palabra jamás —prometí—. No sé cómo has podido guardarte eso para ti mismo. Tiene que… —Dejé la frase a medio terminar. Solté un suspiro tembloroso—. Tiene que corroerte por dentro.
- —Prefiero que haga eso que dejar que la verdad destruya a un hombre que no ha sido nada más que leal a nuestro reino y nuestra gente. —Se apoyó

contra la pared, cerró los ojos de nuevo—. ¿Y Shea? No sé si está bien o mal que la gente crea que murió como una heroína. No me importa si está mal.

Lo miré y vi lo que nunca pensé que existiera debajo de ninguna de las máscaras que utilizaba. Su cuerpo había sido torturado en la misma medida que su alma.

—Desearía saber qué decir. Desearía que no hubieses tenido que hacer eso jamás, después de todo lo demás que habías tenido que soportar. Odio que te sientas culpable, y sé que es así. Ella te traicionó. Se traicionó a sí misma. Y lo siento. —Casteel abrió la boca—. Sé que no quieres mi conmiseración, pero la tienes de todos modos. Eso no significa que me compadezca de ti. Es solo que… —Dejé de investigar sus emociones—. Entiendo por qué nunca querías hablar de ella.

Y entendía por qué Kieran me advirtió de que no sacara el tema nunca.

Casteel asintió mientras se giraba hacia las puertas de la terraza. Sin embargo, había algo que todavía no comprendía.

- —Gianna es la sobrina nieta de Alastir y ¿el matrimonio fue idea suya? Cuando asintió, proseguí—. ¿Estaba contento con que te casaras con su sobrina cuando antes habías estado con su hija?
 - —Lo estaba.

Arrugué la nariz.

- —A lo mejor soy yo, pero eso me pondría los pelos de punta. Vale, yo no vivo cientos de años ni…
- —Era una de las razones por las que nunca pude aceptar esa unión intervino—. Y no es culpa de Gianna. Es buena persona. Te gustaría.

No estaba segura de ello.

—Pero se... se parece a Shea. No demasiado, pero el parecido está ahí, y era extraño, incluso para mí. Pero incluso si no se hubiesen parecido en nada, jamás pensé en ella de ese modo.

No tenía muy claro qué pensar sobre que esta Gianna se pareciera a Shea, una mujer a la que Casteel había querido en el pasado pero que luego lo había traicionado. Lo pensé un poco. Después de unos momentos, me di cuenta de que nada de lo que tuviera que ver con Gianna y Alastir importaba en realidad. Era solo... ruido de fondo. Lo que importaba éramos nosotros.

—Sé por qué has enviado a Kieran a Atlantia —le dije—. Querías asegurarte de que no arriesgara su vida por salvar la tuya.

Se quedó callado un momento.

—No es la única razón. Alastir reunirá a nuestras fuerzas, las enviará aquí, y luego irá directo a ver a mi padre y a mi madre. Les dirá que planeo

casarme y expresará sus dudas. Eso es lo último que necesita nadie.

Era lo que Casteel le había dicho a Kieran con su conversación tácita. Lo que había hecho que el *wolven* cediera.

Era muy consciente de lo mucho que le había costado hablar de Shea y ahora sabía el peso con el que cargaba, pero eso hizo que decir lo que dije a continuación me resultara más fácil de lo esperado.

—Ayer por la noche, durante la cena, estaba diciendo la verdad.

Capítulo 36



Despacio, Casteel se volvió hacia mí.

—Era verdad cuando dije que fuiste lo primero que había elegido para mí misma. También es verdad que te elegí cuando eras solo Hawke y no fue solo porque fuiste la primera persona en verme de verdad. Eso tuvo algo que ver, por supuesto, pero si hubiese querido oír palabras bonitas o experimentar placer, hubiese podido ponerme la máscara de nuevo y volver a la Perla Roja. Pero te... te quería a ti. —Me puse roja, pero continué—. Era verdad que ya había empezado a sospechar de los Ascendidos y de si podía ser la Doncella. Y te elegí a ti porque me hiciste sentir como que era alguien, que era una persona y no solo un objeto. Me viste y me aceptaste, pero lo que no sabes es que la noche que te pedí que te quedaras conmigo, ya había dejado atrás el velo. Había hecho mi elección. Quería encontrar una manera de estar contigo aunque no tenía ni idea de si tú querías lo mismo. Y si no querías, hubiera... hubiera dolido, pero ya no era la Doncella. Me enamoré de ti cuando eras Hawke y seguí enamorándome cuando te convertiste en Casteel.

Abrió los ojos como platos.

—Y no podía entender por qué seguía enamorada de ti. Estaba enfadadísima contigo... conmigo misma por no ver la verdad. Y me parecía una traición a Vikter y a Rylan, a los otros. Y a mí misma.

Su pecho subió con una respiración honda.

- —¿Todavía sientes lo mismo? ¿Que es una traición estar enamorada de mí? —Dio un paso hacia mí, luego otro, antes de parar—. Si es así, lo entiendo, Poppy. Algunas cosas no pueden…
- —Algunas cosas no pueden olvidarse o perdonarse —dije. Froté mis manos húmedas por encima de mis rodillas—. Pero creo que me di cuenta, o

acabé por aceptar, que incluso entonces, algunas cosas no pueden cambiarse o detenerse. Que todavía importan, pero al mismo tiempo, no. Que esas emociones son poderosas, pero no tan fuertes como otras. Que lo que sentía por ti no tenía nada que ver con lo que hacías o no hacías. No tenía nada que ver con Vikter ni con nadie más. Y reconocer eso me pareció como un permiso para... para sentir. Y eso me daba miedo.

Me llevé la mano al pecho.

—De hecho, todavía me aterra, porque jamás había sentido esto por nadie, y sé... sé que no tiene nada que ver con que hayas sido mi primer todo ni con que haya, bueno, opciones limitadas en mi vida. Eres tú. Soy yo. Somos nosotros. ¿Que qué siento? Pues tengo ganas de aliviar tu dolor y estrangularte al mismo tiempo. Pienso que tus estúpidos hoyuelos son irritantes, pero los busco cada vez que sonríes porque sé que esa es una sonrisa real. No sé por qué me encanta discutir contigo, pero así es. Eres más listo y más amable de lo que tú mismo te das cuenta... aunque sé que te has ganado a pulso el título de Señor Oscuro. Eres un puzle que quiero resolver, pero al mismo tiempo, no. Y cuando me percaté de que tenías tantas máscaras, tantas capas ocultas, no hacía más que querer retirarlas, aunque tema que solo me hará más daño al final.

Sacudí la cabeza mientras cerraba los dedos alrededor del cuello de mi túnica.

- —No entiendo nada de esto. Por ejemplo, ¿cómo puede ser que tenga ganas de apuñalarte y besarte al mismo tiempo? Y sé que dijiste que merezco estar con alguien que no me secuestre o alguien a quien no tenga ganas de apuñalar...
- —Olvida que dije eso —me interrumpió, más cerca de mí cuando levanté la vista—. No tengo ni idea de lo que estaba hablando. Quizás ni siquiera lo dije.
 - —Dijiste exactamente eso. —Reprimí una sonrisa.
- —Tienes razón. Lo dije. Pero olvídalo. —Sus ojos buscaron los míos—. Dime por qué te aterra esto. Por favor.

Se me cortó la respiración.

- —Porque pod... porque podrías romperme el corazón otra vez. Y ¿lo que estamos haciendo? Es más grande que nosotros e incluso que tu hermano. Tienes que saberlo. Podríamos realmente cambiar las cosas. No solo para tu gente, sino también para la gente de Solis.
 - —Lo sé —susurró. Su pecho subía y bajaba deprisa, sus ojos luminosos.

- —Y las cosas ya son complicadas y liosas, y reconocer lo que quiero, lo que siento, solo hace que sean aún más complicadas y temibles. Porque esta vez... —Las lágrimas quemaban en la parte de atrás de mi garganta—. Esta vez, no sé cómo podría reponerme. Sé que es probable que eso me haga sonar débil e inmadura o lo que sea, pero es algo que sé a ciencia cierta.
- —No es débil. —Casteel vino hasta mí, pero no se quedó ahí de pie. Tampoco se sentó a mi lado. Se arrodilló delante de mí—. ¿Tu corazón, Poppy? Es un regalo que no me merezco. —Puso las manos sobre mis rodillas al levantar los ojos hacia los míos—. Pero es uno que protegeré hasta mi último aliento. No sé lo que eso significa. —Se calló, cerró los dedos en torno a mis pantalones, me los clavó en la piel—. Vale. Joder. Sí sé lo que significa. Es la razón de que alucine con todo lo que dices o haces… todo lo que eres. Es la razón de que seas lo primero en lo que pienso cuando me despierto y mi último pensamiento cuando me voy a dormir, sustituyendo a todo lo demás. Es la razón de que cuando estoy contigo, pueda estar callado. Pueda solo *ser*. Sabes muy bien lo que eso significa.

Agarró una de mis manos y la apretó contra su pecho, contra su corazón.

—Dime lo que significa. Por favor.

Por favor.

Dos veces en una misma conversación lo había dicho, dos palabras que no solían salir por su boca a menudo. Y ¿cómo podía negarme?

No me limité a concentrarme en él para obtener lo que ahora veía que era solo una lectura somera de sus emociones. Yo también me abrí, formé la conexión invisible con él y con lo que sentía. Y me golpeó como un tsunami. Fue impactante.

No la sensación pesada y espesa como la crema de la preocupación. Porque estaba preocupado; por lo que le iba a pasar a su hermano, a su reino, a mí. No el chorro frío de la sorpresa que me hizo pensar que no se creía del todo esta conversación. El sabor fuerte, casi amargo de la tristeza era mínimo, y la única vez que su agonía no había sido cruda y casi sobrecogedora era cuando le había quitado el dolor. Eso me sorprendió, sí, pero lo que más me impactó fue el sabor dulce en la punta de mi lengua.

- —¿Lo sientes? —preguntó—. ¿Qué sientes?
- —Es como... me recuerda a chocolate y bayas. —Parpadeé para reprimir las lágrimas—. Bayas... ¿fresas? Es algo que he sentido procedente de Vikter... de Ian y mis padres. Pero nunca lo había sentido así. Es como si fuese más intenso, de algún modo.

Y pensé que sabía lo que era. Era la emoción detrás de las largas miradas y las caricias ansiosas. La sensación que transmitía la forma en que su brazo siempre se apretaba a mi alrededor cuando íbamos a caballo juntos y la razón de que siempre estuviese enredando mi pelo. Era la emoción que lo empujaba a trazar esa línea que no quería cruzar conmigo. Era el motivo de que no quisiera emplear la coacción, y era lo que le permitía querer protegerme pero le exigía dejarme protegerme a mí misma. Era la razón de que cuando estaba conmigo, no pensara en su reino, en su hermano o en el tiempo que había pasado cautivo.

Y era una de las muchas cosas prohibidas para mí como la Doncella.

Era amor.

- —No llores. —Se llevó mi mano a los labios y besó el centro de la palma.
- —No estoy llorando. No estoy triste —le dije, y él sonrió. Apareció su estúpido hoyuelo en la mejilla derecha—. Odio ese estúpido hoyuelo.
 - —¿Sabes lo que creo? —Besó la punta de mi dedo.
 - —No me importa.

Ahora apareció el hoyuelo de su mejilla izquierda.

—Creo que sientes justo lo contrario con respecto a mis estúpidos hoyuelos.

Tenía razón. Me estremecí.

Casteel me soltó las manos y estiró sus brazos hacia arriba. Puso ambas manos sobre mis mejillas. Se inclinó hacia delante, apretó la frente contra la mía, y hubiese podido jurar que sentí que le temblaban las manos.

—*Siempre* —susurró en el aire que compartimos—. Tu corazón siempre *estuvo* a salvo conmigo. Siempre lo estará. No hay *nada* que vaya a proteger con mayor ferocidad o devoción, Poppy. Confía en ello, en lo que percibes de mí. Dentro de mí.

Confianza.

Como Casteel, jamás me había pedido que confiara en él, pues sabía lo frágil que era eso. Una sola grieta podía hacer que se desmoronara todo.

Pero sabía cuáles eran mis sentimientos. Asentí.

- —No quiero fingir más.
- —Yo tampoco.
- —No... no sé lo que significa para nosotros —susurré—. Tu gente y tus padres... no confían en mí. Tú eres, básicamente, la cosa más cercana a un inmortal que existe y yo... mi esperanza de vida es como un abrir y cerrar de ojos para ti. ¿Qué hacemos ahora?

- —No nos preocupamos por mi gente ni por mis padres ni por tu esperanza de vida. Ahora mismo, no. Ni siquiera más tarde. Vamos viendo esto día a día. Esto es nuevo para ti y, en cierto modo, también lo es para mí. Hagamos un trato.
 - —Tú y tus tratos.

Sus labios se curvaron en una sonrisa contra los míos.

—Hagamos el trato de no preocuparnos hoy de los problemas de mañana.

Mañana siempre llegaba más pronto que tarde, pero asentí. Porque al mismo tiempo, mañana no era el problema de hoy.

- —Eso puedo aceptarlo.
- —Bien. —Se echó hacia atrás y me dio la impresión de que le brillaban los ojos—. Si vamos a hacer esto, en serio, tengo la sensación de que tengo que hacer enmiendas. Y sé que la lista de cosas por las que debería disculparme es larga, pero creo que debería empezar por esto. —Entonces se movió. Se irguió de modo que quedó delante de mí, con una rodilla en tierra.

Mi corazón no había dejado de acelerarse e hincharse desde el momento en que empezamos a hablar de verdad. Pero ahora latía a tal velocidad que no sabía cómo no me había desmayado todavía. Me tomó de la mano y me pregunté si sentiría cómo me temblaba.

Lo sentía.

Casteel cerró ambas manos en torno a la mía para serenarla.

- —Penellaphe Balfour. —Levantó la vista hacia mí y no había ningún destello burlón en sus ojos, ninguna sonrisilla de suficiencia en sus labios. Ninguna máscara. Solo él. Casteel Hawkethrone Da'Neer—. ¿Me harás el honor de permitirme algún día llegar a ser digno de ti? ¿Quieres casarte conmigo? ¿Hoy?
- —Sí. Te concederé el honor de convertirte en mi marido, porque ya eres digno de mí. —Los ojos de Casteel se cerraron cuando se estremeció—. Me casaré contigo. —Me incliné hacia delante y besé su frente—. Hoy.



Fue como si nada y todo hubiese cambiado después de aceptar la proposición de Casteel.

Estaba en la sala de baño, la piel casi seca mientras ataba el cinturón del batín. Un rubor rosáceo teñía mis mejillas y había un brillo casi febril en mis ojos.

Era extraño, el revoloteo nervioso que sentía en el pecho y en el estómago. Casarme con Casteel no era algo nuevo, pero ahora era real, y eso lo cambiaba todo.

Lo que también era extraño era la inesperada sensación de ligereza, como si me hubiesen quitado de encima un tremendo peso sofocante. No me lo había esperado. Pensaba que me sentiría más culpable después de admitir lo que sentía por Casteel. En vez de eso, la culpabilidad y la sensación de que estaba traicionando a otros y a mí misma habían desaparecido.

Mientras pasaba el cepillo por mi pelo aún húmedo, me di cuenta de que en realidad la culpa me había abandonado en la caverna. Era solo que no me había percatado de ello.

Y aunque todavía tendríamos que enfrentarnos a muchos desafíos desconocidos... los Ascendidos atacantes y lo que parecía el primer acto de una guerra que aún no se había declarado; cómo responderían los padres de Casteel a la noticia de su matrimonio y si su gente me aceptaría alguna vez; su hermano y el mío; y todas las diferencias biológicas entre nosotros y que un día se convertirían en un problema, los dioses mediante, cuando yo envejeciera y él apenas mostrara signos del paso de las décadas... iba a hacer exactamente lo que había dicho Casteel.

No nos preocuparíamos hoy por los problemas de mañana. Ni siquiera por los problemas a los que muy bien podríamos tener que enfrentarnos en tan solo unas horas. Porque estaba a punto de casarme con el hombre del que me había enamorado.

El hombre que yo *sabía* que sentía lo mismo por mí, aunque no lo hubiese dicho en voz alta.

Estaba contenta.

Estaba asustada.

Estaba esperanzada.

Estaba nerviosa.

Y todas esas emociones eran reales.

Una llamada a la puerta principal me sacó de la sala de baño. La abrí para encontrar a Vonetta esperando con algo rojo colgado de un brazo y una bolsita pequeña en la otra mano.

- —Me he enterado de que va a haber una boda hoy —anunció, mientras entraba sin esperar a que la invitara—. Y Kieran se va a agarrar un cabreo tremendo por no estar presente.
- —Sí, yo... más o menos... también desearía que estuviera aquí. Aunque tampoco es que vaya a admitirlo jamás delante de él —me corregí, y ella se

echó a reír. Cerré la puerta y la seguí hasta el dormitorio—. No parece correcto que él no esté cuando Casteel se case.

- —Es verdad que parece un poco extraño, pero yo me siento aliviada. No porque se pierda la boda. —Giró la cabeza hacia mí mientras extendía lo que resultó ser un vestido sobre el diván—. Sino porque no estará aquí *más tarde*.
 - —Lo sé.
- —Casteel es... tiene buen corazón. Lo que ha hecho al enviar a Kieran lejos... Tienen un vínculo y... no sé si nadie más hubiese hecho algo así.
- —Es verdad que tiene buen corazón —confirmé. Noté que me sonrojaba. Halagar a Casteel en voz alta no era algo que hiciera a menudo. Apareció una sonrisa en la cara de Vonetta mientras se giraba otra vez hacia el vestido y alisaba la falda.
- —En cualquier caso, es probable que Kieran se alegre de no estar aquí para la parte de la ceremonia.

Mi corazón dio un respingo. Sabía muy poco acerca de las ceremonias de boda atlantianas. Las de Solis a veces duraban días. La novia se cortaba el pelo y había un baño en agua consagrada por las sacerdotisas y los sacerdotes. No se pronunciaban votos, pero había muchos banquetes. Había una parte en particular que siempre me venía a la mente cuando pensaba en los atlantianos.

- —¿Puedo preguntarte algo?
- —Dispara. —Vonetta se giró hacia mí.
- —Me enteré de lo de la Unión hace solo unos días. —Jugueteé con el cinturón del batín—. Casteel dijo que no es algo que se haga con frecuencia, pero ¿es algo que los *wolven* esperarían? ¿O los atlantianos?
- —En realidad, depende de las partes implicadas. A veces, el intercambio de sangre se hace y otras veces, no. Optar por hacerlo da la impresión de que hay un... bueno, a falta de una palabra mejor, un *vínculo* más fuerte. —Se encogió de hombros y no pude evitar fijarme en que no parecía incómoda ni hablaba del tema como si fuese algo sexual o vergonzoso—. No siempre ocurre en la boda. Conozco casos que lo han hecho antes o después. —Asentí —. Pero no creo que nadie espere que tú lo hagas —añadió a toda prisa.
- —¿Por qué? —pregunté, el ceño fruncido. Me miró durante unos segundos antes de contestar.
- —No eres una atlantiana pura. Nunca ha habido una Unión con una persona que lleve sangre mortal.
 - —¿Porque alarga la vida del mortal? —pregunté.
- —Supongo que eso tiene algo que ver. Tampoco es frecuente que un atlantiano de un linaje Elemental y con un vínculo se case con alguien de

sangre mortal. En cualquier caso, no está prohibido como el acto de Ascender —aclaró, en referencia a la creación de un *vampry*—. Es solo que no se ha hecho.

No sabía qué pensar de eso. Si la Unión alargaba mi vida, podría resolver al menos uno de los problemas del mañana, pero no estaba segura de cómo me sentía con respecto a atar mi vida a la de otro o acerca de vivir tanto tiempo siquiera.

—Bueno, aparte de eso, Casteel paró por casa cuando iba en busca de mi padre y me preguntó si tendría algo digno de una princesa para ponerse en su boda. Le dije que no. Que solo tenía cosas dignas de una reina —relató, y sonreí al oírlo—. Lo típico es que las novias en Atlantia lleven un velo rojo o amarillo para mantener a raya a los espíritus malignos y las malas bendiciones, pero Casteel dijo que el velo no era una opción.

Por todos los dioses...

Eso había sido muy considerado.

- —Así que pensé que el vestido rojo sería perfecto. Y te debería caber, con la excepción de que igual te queda un poco largo, así que simplemente no corras por ahí con él puesto.
 - —Lo intentaré.

Lo levantó en alto para que lo viera y luego me lo pasó.

—Debajo hay una combinación roja. Básica. Deberías cambiarte. Me da la impresión de que llegarán enseguida.

El revoloteo en mi pecho aumentó hasta que me dio la sensación de que una docena de pájaros había alzado el vuelo. Vonetta se fue al cuarto de estar mientras yo me vestía. Deslicé por encima de mi cabeza la sedosa combinación que apenas me llegaba a los muslos y luego me puse el vestido suelto de seda y gasa. Ceñido en la cintura y entallado en el busto, me recordó al vestido que me había puesto la noche del Rito. La falda era recta hasta los muslos, formada por dos paneles de raso, y todo el vestido llevaba intrincados bordados con hilo de oro que formaban delicadas hojas y tallos serpenteantes. El escote era más suelto que el resto del corpiño y los tirantes estaban diseñados para caer justo por el borde de los hombros. Con este tipo de vestido no había manera de ocultar mis cicatrices, pero... ya no pensaba esconderlas más de todos modos.

- —El vestido es precioso —le dije desde el cuarto. Un momento después, Vonetta volvió. Sonrió al verme.
 - —Eso sí, reitero lo de no correr.

Bajé la vista hacia donde el vestido formaba un charco carmesí sobre las baldosas.

- —Está claro que no.
- —Ven. Siéntate. Déjame ver si puedo hacer algo con tu pelo —dijo. Me tiró la bolsita—. Sujeta esto un momento.

Atrapé la bolsita al aire y me sorprendió lo que pesaba. Me senté en el diván, preguntándome qué había dentro mientras Vonetta se hacía con un cepillo y un ejército de horquillas en la sala de baño.

—Creía que yo tenía mucho pelo —comentó mientras recogía el mío por los lados—. Pero, madre mía, casi me ganas.

Deslicé los dedos por la bolsita de terciopelo y pensé en Tawny.

- —Una amiga mía a veces me ayudaba a trenzarlo. No trencitas como las tuyas, sino un par que luego recogía en un moño para que mi pelo no fuese visible debajo del velo.
 - —¿Tu amiga sigue en Solis? —preguntó después de unos instantes.
- —Sí. Se llama Tawny. Te gustaría, y tú le encantarías. Es una segunda hija, lo cual significa que está destinada a Ascender —expliqué, mientras retorcía y trenzaba los laterales de mi pelo casi seco—. No tiene ni idea de cómo son los Ascendidos en realidad, y yo no tengo ni idea de si Ascenderá siquiera, ahora que yo me he ido.
- —Kieran y Casteel me dijeron una vez que muchas de las personas de Solis son inocentes, que no son conscientes de lo que son los Ascendidos en realidad. Solía costarme creerlo —admitió, mientras reunía los laterales trenzados y empezaba a retorcerlos en un moño detrás de mi cabeza—. Pero cuantos más Descendentes conocía, más descubrí que los Ascendidos son unos maestros a la hora de ocultar la verdad.
- —Lo son. —Tragué saliva, los ojos clavados en el punto donde las cortinas estaban fijadas a los postes y oscilaban con suavidad a la brisa procedente de las puertas abiertas. Mi mente me desobedeció y pensé en esta noche y la posibilidad de que el primer grupo de Ascendidos pudiera llegar a Spessa's End—. Odio lo que está a punto de suceder —farfullé.

Los dedos de Vonetta se quedaron muy quietos.

- —¿La boda?
- —No. Dios, de hecho hasta tengo ganas de eso —dije, con una risita nerviosa.
 - —Da la impresión de que te sorprende.
- —Así es —admití con voz queda—. No, estaba pensando en los Ascendidos. Lo que podrían hacer cuando lleguen aquí. Odio... odio ser la

razón de que todo lo que habéis construido aquí esté en riesgo.

—Siempre estuvimos en riesgo —me tranquilizó Vonetta—. Antes o después, nos hubiesen descubierto y hubiese habido un enfrentamiento. Todos lo sabíamos cuando decidimos venir aquí.

Pero al igual que en New Haven, yo era el catalizador que precipitaba los acontecimientos, antes de que estuviesen bien preparados.

- —Supongo que la mayoría de las novias no piensa en asedios el día de su boda.
- —Pero tú no eres la mayoría de las novias, ¿verdad? —Dios, no tenía ni idea de la gran verdad de sus palabras—. Estás a punto de casarte con el apuesto, aunque extremadamente irritante, príncipe de Atlantia, Penellaphe. —Sus manos cálidas rozaron mis hombros al recoger el resto de mi pelo y dejarlo caer por mi espalda—. Y por lo que me han contado de ti mi hermano y Casteel, los Ascendidos ya te han robado mucha alegría. No dejes que te roben esto.

Respiré hondo y asentí.

- —No lo haré.
- —Bien. ¿Puedes abrir la bolsita? —me indicó—. Y darme lo que hay dentro. —Miré hacia abajo, desaté la cuerda y metí la mano. Me quedé boquiabierta cuando saqué varias hileras de diamantes—. Bonito, ¿verdad? No es el collar más elegante, pero me gusta su simplicidad.
- —¿Esto es simple? —Contemplé, estupefacta, los brillantes diamantes engarzados en tres cadenas superpuestas. Debía de haber al menos media docena de diamantes por cadenilla.
- —Comparado con el típico collar atlantiano, sí. —Pensé en el diamante que me había prometido Casteel y abrí mucho los ojos—. Los diamantes también son una tradición aquí. —Vonetta tomó el collar de mis manos y levantó el pelo que había dejado caer por mi espalda—. Son las lágrimas de alegría de los dioses dadas forma —explicó, mientras cerraba el enganche—. Llevarlos significa que los dioses están contigo aunque duerman. ¿Tenían alguna tradición similar en Solis?

Negué con la cabeza mientras recolocaba las cadenas.

—En Solis, los diamantes solo representan riqueza. Los que tenían los medios celebraban fiestas que duraban días. Nunca he estado en ninguna, pero por lo que sé, los Ascendidos desempeñaban un papel central durante las bodas. No los dioses. No puedo ni imaginar una boda que tarde varios días en completarse. ¿En Atlantia son así?

- —Lo típico es que duren unas cuantas horas, razón por la cual Kieran seguro que se alegra de perderse esa parte. —Dio la vuelta al diván—. Pero como esta la oficia mi padre, dudo de que dure más de unos minutos.
- —Oh, gracias a los dioses —exclamé mientras me levantaba—. Lo siento. Días u horas es… es demasiado tiempo.

Vonetta se rio y yo fui hacia la sala de baño.

—Puede que te libres con la ceremonia, pero supongo que una vez que llegues a Evaemon, el rey y la reina exigirán una celebración en tu honor y para presentarte a tus súbditos. Esto durará días.

Mis súbditos. Celebraciones de varios días de duración.

No podía pensar en eso, así que me miré al espejo. Las tres hileras de diamantes centelleaban a la suave luz del farolillo. El vestido y mi pelo... todo ello era precioso, y era más de lo que esperaba o deseaba... o incluso más de lo que creía necesitar.

- —Gracias por esto —le dije a Vonetta, girándome hacia ella—. Por todo esto. Significa mucho, Vonetta.
 - —No te preocupes, no es gran cosa, pero de nada.

Sí que era gran cosa tener aspecto de novia y sentirme una novia cuando era real.

- —¿Vas a estar en la boda? —pregunté, luego me reí—. Ni siquiera sé dónde se va a celebrar.
- —Puedo ir, si quieres. Y si me llamas Netta. Así es como me llaman mis amigos y, puesto que voy a asistir a tu boda, supongo que somos amigas.

Sonreí al asentir.

- —Siempre y cuando tú me llames Poppy. Así es como me llaman a mí *mis* amigos.
- —Eso puedo hacerlo. Por cierto, la boda va a ser aquí. En el exterior, de hecho. Siempre son en el exterior, haga el tiempo que haga, y no llevarás zapatos.
 - —¿Porque los dos tenemos que estar sobre suelo atlantiano? —conjeturé.
- —Correcto. —Se echó varias trenzas por encima del hombro—. Y ha llegado la hora. Están aquí.
- —Los sentidos *wolven* deben ser asombrosos —comenté, mientras mi corazón empezaba a martillear otra vez. Vonetta sonrió.
 - —Lo son, pero he visto a mi padre pasar por delante de la ventana.
 - —Oh. —Reí—. Vaya.
 - —¿Lista?

Asentí e hice ademán de seguirla, pero entonces me paré.

—Un segundo.

Corrí hasta la cama, recogí la daga de hueso de *wolven* y la fijé a mi muslo.

- —¿Planeas apuñalarlo durante la ceremonia? —preguntó Vonetta.
- —¿Por qué todo el mundo se comporta como si siempre estuviera a punto de apuñalar a Casteel? —pregunté.
 - —Al parecer, tienes costumbre de hacerlo.
- —Solo lo apuñalé... unas cuantas veces. —Me giré y recoloqué la falda del vestido—. La daga me la regaló alguien a quien tengo un gran cariño. Era como un padre para mí y, en cierta forma, estará conmigo cuando haga algo que nunca pensó que sería capaz de hacer.

Algo que sabía que Vikter se hubiese alegrado de ver, aunque me estuviera casando con el príncipe de Atlantia. En el fondo de mi corazón, sabía que todo lo que le hubiese importado a Vikter hubiera sido saber que yo quería esto y que me querían.

Y yo sabía que ambas cosas eran verdad. Llevaban siendo verdad desde hacía más tiempo del que había pensado.

Capítulo 37



El sol estaba muy alto por encima de nuestras cabezas, la brisa era agradable, y la hierba y la tierra arenosa estaban calientes bajo mis pies desnudos mientras caminaba anhelante hacia él.

Hawke.

El Señor Oscuro.

El príncipe Casteel Da'Neer.

Había otras personas esperando en el patio. Jasper el primero. Naill y Delano, de pie detrás de Casteel, a su izquierda. En el Adarve, había guardianas, vigilando, y Vonetta venía detrás de mí. Pero lo único que vi fue a Casteel.

Estaba espectacular todo de negro, con la belleza salvaje y primitiva que siempre me recordaba al gato de cueva que había visto una vez. Descalzo sobre la tierra reclamada por Atlantia. Creo que él tampoco vio a nadie más mientras caminaba hacia él. Me miró con ojos luminosos incluso a la luz del sol, y una expresión casi de sorpresa se desplegó por su cara, como si lo hubiese pillado totalmente desprevenido. Ya había visto esa expresión antes, sobre todo cuando me reía o sonreía. Él también parecía ajeno a todos los demás, incluso cuando Vonetta se adelantó y le habló. La miró como aturdido, aunque metió la mano en su bolsillo y le dio algo. Y cuando dejé que mis sentidos llegaran hasta él, percibí lo que siempre percibía, excepto que la acidez del conflicto había desaparecido y el sabor a chocolate y bayas era mucho más fuerte.

No podía quitarle los ojos de encima, no hasta que Vonetta regresó a mi lado y me puso algo caliente y metálico en la palma de la mano.

—El anillo. Para Casteel —susurró—. Le encargó al herrero que los fabricara.

Bajé la vista hacia la reluciente alianza dorada. Había una inscripción de algún tipo por dentro, pero no pude ver lo que decía.

Cerré los dedos en torno a la alianza y luego, no recordaba cómo había llegado hasta ahí, pero de repente estaba de pie delante de Casteel. Me miraba como imaginaba que alguien miraría si viera a un dios de pie delante de él.

- —Estás... —Casteel se aclaró la garganta mientras la sombra de unas nubes se deslizaba por el patio—. Estás preciosa, Poppy. Absolutamente... Paseó la vista por encima de mí, desde las trenzas en mi pelo, hasta los diamantes en mi cuello y luego hacia abajo por el corpiño ceñido y hasta las finísimas capas de la falda que ondeaban al viento. Una sonrisa se desplegó despacio por sus labios. Apareció el hoyuelo de su mejilla derecha, luego el de la izquierda. Agachó la cabeza, sus labios rozaron mi oreja cuando habló ¿Son imaginaciones mías o eso que llevas pegado al muslo es tu daga?
- —. ¿Son imaginaciones mías o eso que llevas pegado al muslo es tu daga? Sonreí.
 - —No son imaginaciones tuyas.
 - —Eres una criaturita absolutamente asombrosa y violenta —murmuró.
- —Habrá tiempo para todos esos dulces susurros más tarde —interrumpió Jasper. Cuando Casteel se echó hacia atrás, había fuego en sus ojos—. Es verdad que estás muy guapa, Penellaphe.
 - —Gracias —respondí.
 - —¿Y yo qué? —preguntó Casteel, y detrás de él, Naill suspiró.
 - —Estás pasable.
 - —Eso ha sido muy grosero —repuso.
- —¿Te gustaría ir a sentarte a la sombra para lamerte tus sentimientos heridos? ¿Como hacías cuando eras pequeño e, inevitablemente, te hacías daño haciendo algo de una estupidez increíble?

Casteel frunció el ceño mientras deslizaba la mirada hacia Jasper.

- —Esta ceremonia de matrimonio está empezando de una forma muy extraña.
- —Cierto. —El *wolven* se rio—. Empecemos con esto, porque estoy seguro de que tenéis más ganas de terminar la ceremonia que de empezarla. —Casteel le lanzó al lobuno una mirada asesina y me pregunté qué significaba eso exactamente—. Necesito que los dos me miréis —nos indicó Jasper, y esperó hasta que hiciéramos justo eso. Me sonrió. Mis emociones eran demasiado volátiles para poder leer las suyas, pero noté cariño en su

mirada—. No sé cuánto sabes acerca de matrimonios atlantianos, ni cómo difieren de lo que se hace en Solis, pero te lo iré explicando, ¿vale?

- —Vale —susurré.
- —Bien. Es bastante simple. No hay votos. Ninguno que se pronuncie en voz alta, en cualquier caso —continuó. Justo entonces, las nubes por encima de nuestras cabezas nos envolvieron en sombras y miró al cielo un instante, una ceja arqueada—. Cada uno de vosotros sujeta el anillo en la mano izquierda y juntáis la derecha.

Cuando lo miré, Casteel puso la mano derecha bocarriba. No había ninguna sonrisa en su cara en ese momento, solo una especie de concentración decidida en la expresión de sus labios y en su mirada. Con el pulso acelerado, puse mi mano derecha sobre la suya. Esa corriente eléctrica subió por mi brazo y, visto cómo abrió los ojos de pronto, supe que él también la había sentido.

—Arrodillados. Casteel primero —dijo Jasper, y Casteel hizo justo eso—. Ahora tú, Penellaphe.

La mano de Casteel se apretó en torno a la mía cuando me puse de rodillas, sin apartar la mirada el uno de otro.

—Dejad los anillos en el suelo entre vosotros de modo que se solapen — indicó Jasper, y Casteel dejó una alianza dorada, más pequeña que la que tenía yo, sobre la tierra arenosa. Yo puse la más grande encima, de modo que los agujeros quedaran solapados.

Casteel conocía los siguientes pasos. No apartó la mirada de mí mientras agarraba algo de tierra y la espolvoreaba por encima de los anillos. Asintió y yo hice otro tanto. Sentí cómo la tierra granulosa se filtraba entre mis dedos mientras repetía sus acciones.

Unas densas nubes empezaban a acumularse en lo alto.

—Puede que esta parte duela —susurró Casteel—, pero solo unos instantes.

Confiaba en él, así que asentí.

—Levantad la mano izquierda, las palmas hacia arriba. —Jasper se arrodilló delante de nosotros y, al mirarlo de reojo, vi que tenía una daga, una que no había visto hasta entonces. Al igual que las espadas de las guardianas, la hoja era dorada—. Haré un corte en cada una de vuestras palmas. Dolerá un momento, y haréis con vuestra sangre lo que hicisteis con la tierra. La herida se curará al instante, pero los dos llevaréis la marca hasta que la unión finalice con la muerte o por decreto.

No tenía muy claro cómo se iba a curar de inmediato una herida mía.

- —¿Y eso es todo?
- —Por lo general, estos procedimientos son un poco más largos, pero con esto valdrá. Al menos en cuanto a las partes en las que yo estoy implicado. — Un destello pícaro iluminó los pálidos ojos de Jasper—. Casteel tendrá que explicarte el resto.
 - —Lo haré. —Casteel me dedicó una sonrisa rápida—. Con gusto.

Un escalofrío recorrió mi piel mientras levantaba la mano izquierda, con la palma hacia arriba. Casteel hizo lo mismo, pero también se inclinó hacia mí para cruzar la distancia que nos separaba. Sus labios rozaron los míos.

- —Solo un momento de dolor —me dijo.
- —Lo sé —susurré—. Confío en ti.

Oí cómo contenía la respiración y supe lo que significaba para él que le dijera eso, oírlo.

—Indigno —susurró, y luego me besó, justo en el momento exacto en que sentí el agudo corte de la daga de Jasper contra la palma de mi mano. El beso fue tan breve como el dolor, pero mucho más dulce.

Casteel se echó hacia atrás, juntó nuestras manos, palma con palma. Entrelazó los dedos con los míos y guio nuestras manos unidas hacia los anillos. Se me quedó el aire atascado en la garganta cuando contemplé mi sangre, *nuestra* sangre, resbalar por las palmas de nuestras manos, hasta nuestras muñecas. Cayó una gota, luego dos, que salpicaron sobre los anillos.

Jasper guardó silencio cuando Casteel soltó su mano de la mía. Tomó el anillo pequeño entre los dedos, su mano derecha todavía aferrada a la mía.

—Te pondré el anillo y luego tú me pondrás a mí el otro. —Asentí—. Gira la palma de la mano hacia el cielo —dijo con suavidad. Cuando giré la mano, abrí los ojos como platos.

El corte se había curado, pero en el centro de la palma había una fina espiral de un dorado intenso que centelleaba incluso con la luz del sol tapada por las nubes.

- —¿Cómo…?
- —Magia. —Casteel me sonrió.

Tenía que ser eso.

Encontré mi mano sorprendentemente estable mientras Casteel deslizaba el anillo manchado de tierra y sangre en mi dedo índice. Me quedaba un poco holgado, pero no creía que fuese a caerse.

—Tu turno.

Recogí su anillo y contuve la respiración mientras se lo ponía en el dedo.

Entonces, observé en silencio, sorprendida, cómo la tierra y la sangre se filtraban al interior de los anillos. Las alianzas refulgieron de un dorado intenso y luego se apagaron, sus superficies ahora prístinas.

—Está hecho —declaró Jasper, al tiempo que se levantaba—. Ya sois marido y mujer.

El día se convirtió en noche.

Me quedé boquiabierta al levantar la mirada. Las nubes que se habían estado acumulando habían teñido el cielo de un negro medianoche, de este a oeste, de norte a sur. No se veía ni un solo rastro de luz, aunque no podía ser más de una hora o dos después del mediodía.

—Por todos los dioses —susurró Vonetta.

Casteel se levantó a toda velocidad y me arrastró con él. Tiró de mí a su lado mientras contemplaba el cielo negro.

- —¿Es un presagio? —pregunté.
- —Lo es —confirmó Jasper, la voz áspera—. No he visto nada así desde… Por todos los dioses, desde que tu madre y tu padre se casaron, Casteel. E incluso entonces, no fue *así*. —Casteel bajó la vista hacia el *wolven*—. Esto es un presagio. Uno poderoso. —Jasper sacudió la cabeza, asombrado—. Un buen presagio del Rey de los Dioses. —Las nubes antinaturales empezaron a desperdigarse y la luz del sol volvió a iluminar nuestro entorno. Jasper sonrió —. Nyktos, aun dormido, aprueba esta unión.



La alianza dorada centelleaba a la luz del sol que entraba a raudales por las ventanas de nuestro dormitorio. Despacio, le di la vuelta a mi mano. La espiral de oro centelleante seguía la línea más cercana a mis dedos. Deslicé el pulgar por la sinuosa línea. La gruesa marca dorada no desapareció y... y no podía creerme que estuviera casada. Que había pasado de ser Penellaphe Balfour a ser la Doncella y ahora, Penellaphe Da'Neer.

- —Espero que no te estés arrepintiendo ya. Pero si es así, no se va a borrar. Levanté la cabeza de golpe cuando Casteel salió de la sala de baño.
- —No estoy intentando borrarla. —Lo observé caminar alrededor de la cama, el corazón ya trastabillado en el pecho—. Y no me he arrepentido. Es solo que no entiendo cómo es posible esto. El dorado en mi mano. Cómo la sangre y la tierra simplemente… se filtraron en los anillos y desaparecieron.

- —Cuando dije que era magia, estaba solo medio de broma. —Se sentó a mi lado y agarró mi mano. El contacto me provocó una sensación cosquillosa —. Son los dioses. Su magia. —Deslizó el dedo por la marca—. Y es como un tatuaje, pero es algo más profundo que la tinta. Todos los atlantianos casados tienen esta marca hasta que su matrimonio finaliza.
 - —¿Con la muerte o por decreto?

Unas ondas oscuras cayeron por su frente cuando asintió.

—Entonces la marca desaparecerá.

Sería una manera espantosa de descubrir que alguien ha muerto. Me estremecí. Casteel levantó los ojos hacia los míos.

—¿No creías en los dioses para nada?

Empecé a decir que sí, que creía en ellos, pero era más complicado que eso.

- —Creía lo que los Ascendidos me habían enseñado acerca de los dioses. La única magia era la Bendición. Aparte de eso, eran como... centinelas silenciosos que nos cuidaban y nuestra obligación era servirlos a través del Rito. —Me reí. Me reí de mí misma—. Ahora cuando digo eso en voz alta, reconozco lo ridículo que suena. Lo ciega que había estado.
- —Solo suena así para alguien a quien le han enseñado otras cosas desde el nacimiento.
- —Creíamos que su magia era la Ascensión. Que los Ascendidos eran prueba de ese poder —continué, mientras Casteel deslizaba sus dedos hasta el anillo en mi índice. Eso me hizo recordar algo—. Me sorprendió que colocaras el anillo en mi dedo índice. En Solis, el anillo se lleva en el cuarto dedo, pero es verdad que la línea sobre la que está la marca está más próxima al índice.
- —Chica lista —murmuró. Retiró los mechones de pelo que habían caído por mi hombro—. Se cree que la línea de la palma de la mano es la que está conectada con tu corazón. Por eso se hace la marca ahí.
 - —Es... preciosa —admití.
- —Lo es —dijo, y sentí sus ojos sobre mí. Se me cortó la respiración—. No sé tú, pero yo me siento especial de mil maneras diferentes —añadió. Deslizó los dedos por la parte de atrás de mi cuello y las delicadas cadenillas del collar—. Han pasado varios cientos de años desde la última vez que Nyktos expresó su aprobación con respecto a una unión.

Mi pulso dio un brinco.

—Desde que se casaron tus padres.

- —Eso he oído. Mi padre fanfarroneaba al respecto. Le contaba a todo el que quisiera escucharlo que, cuando la ceremonia se completó, el día se convirtió en noche. No creo que Malik ni yo lo creyéramos, pero parece que no mentía.
 - —¿Y Nyktos no había vuelto a hacer algo así nunca?
 - —Al parecer, no. Es buena noticia, Poppy.
- —¿A diferencia del árbol del Bosque de Sangre que apareció en New Haven?
- —No sabemos si eso era bueno o malo —repuso—. Solo sabemos que era muy, muy raro.

Me reí, incapaz de evitarlo, y me encantó hacerlo. No reprimir una sonrisa o una risa, y estar contenta.

Esa expresión cruzó la cara de Casteel otra vez. La que llevaba cuando me acerqué a él antes de la ceremonia. La que llevaba cada vez que me oía reír o sonreír.

- —¿Por qué? —Me picaba la curiosidad—. ¿Por qué pones esa cara cuando me río? ¿O cuando sonrío?
- —Porque es una sonrisa preciosa y un sonido precioso y no lo haces lo suficiente. —Un ligero rubor reptó por sus mejillas mientras me miraba la mano—. Y cada vez que lo oigo, me da la sensación de haberlo oído antes y... quiero decir, antes de conocerte siquiera. Como un *déjà vu* pero diferente.

Eso me hizo pensar en lo que me había dicho Kieran aquel día.

- —¿Qué significa ser corazones gemelos? —farfullé. Los ojos de Casteel volvieron a los míos.
- —¿Cómo es que has oído hablar de los corazones gemelos pero no de la marca del matrimonio?
- —Bueno... —dije, alargando la palabra—. Verás, tienes un vínculo con un *wolven* que tiene costumbre de decir cosas muy vagas y en general de bastante poca ayuda.
- —Sí, ¿verdad? —dijo con una carcajada—. ¿Te habló de los corazones gemelos? ¿Cuándo?
- —Hace unos días. —Aunque parecía haber pasado una eternidad—. Dijo que creía que éramos corazones gemelos y yo creí que estaba loco. No me dijo lo que significaba aparte de algo sobre que era más poderoso que los linajes y los dioses.
- —Sí que fue vago, sí. —Una sonrisa jugueteó sobre sus labios. Era una expresión cansada, pero real. Vi un asomo de ambos hoyuelos—. Los corazones gemelos son… son casi más leyenda que el hecho de que Nyktos

dé su aprobación a una unión. No una fábula, pero tan excepcional que se ha convertido en mito. —Jugueteó con un diamante con forma de gota mientras entrecerraba las pestañas—. Empezó al principio de los documentados, cuando una de las antiguas deidades se enamoró tanto de una mortal que les suplicó a los dioses la posibilidad de otorgar el don de una vida larga a la persona que él eligiera. Se negaron, a pesar de que era uno de sus hijos predilectos. Se negaron cada año, a medida que su amada se hacía más vieja y él permanecía igual. Entonces, cuando su amada era vieja y canosa, su cuerpo incapaz ya de seguir con vida, fue a reunirse con Rhain, donde ni siquiera él podía viajar. Con el corazón roto, la deidad dejó de comer y de beber, y no importó cuánto le suplicaran los dioses. Incluso Nyktos en persona vino a esta tierra y le suplicó que viviera. Él le dijo que no podía, no cuando un pedazo de su alma lo había abandonado cuando su amante murió. Era un pedazo que nunca recuperaría y, sin él, no tenía voluntad. Con el tiempo, la deidad se convirtió en polvo.

- —Eso es... es supertriste.
- —Algunas personas dicen que todas las grandes historias de amor lo son.
- —Algunas personas son estúpidas.

Se rio otra vez.

—Pero todavía no he terminado. Los dioses se percataron de su equivocación. Vieron que habían subestimado la capacidad para amar... de dos almas y dos corazones que estaban de algún modo destinados a estar unidos. Eran corazones gemelos. Los dioses sabían que no podían traer de vuelta a su hijo ni a su amada, pero cuando volvió a suceder, con otra de sus descendientes, una hija que había tenido muchos amantes a lo largo de la vida, cedieron. Cuando acudió a ellos para pedir que su amante mortal recibiese el don de la vida, aceptaron, pero con dos condiciones. Los dos tenían que superar unas pruebas casi imposibles diseñadas para demostrar su amor. Si las superaban, la deidad tenía que aceptar ser la fuente de vida de su amado. Su amado tendría que beber de ella para permanecer a su lado. Por supuesto, ella aceptó, y completaron sus pruebas. Harían cualquier cosa por la otra mitad de sus almas y sus corazones.

Abrí mucho los ojos al darme cuenta de lo que insinuaba.

—Su amado fue el primer atlantiano.

Casteel asintió.

—Sí, la línea Elemental. Sucedió una y otra vez a lo largo de los siglos. Una antigua deidad encontraba a su corazón gemelo en un *wolven* y superaban sus pruebas para demostrar su amor. Algunos creen que así es

como surgieron los cambiaformas y otros linajes. O un atlantiano encontraba a su corazón gemelo en un mortal, y creaban así otra línea una vez que los dioses les hacían el regalo de la vida. Ese tipo de amor era excepcional. Sigue siendo excepcional. Cuando las dos partes lo reconocen, es el tipo de amor que significa que harían cualquier cosa el uno por el otro, incluso morir. Y los corazones gemelos siempre han estado relacionados con aquellos que han creado algo nuevo o han propiciado un gran cambio. Se dice que el rey Malec e Isbeth eran corazones gemelos.

- —Pero si eran corazones gemelos, ¿por qué no les ofrecieron los dioses la posibilidad de superar sus pruebas y luego concederle a ella el mismo don de la vida que concedían a otros corazones gemelos?
- —Si lo hubiesen hecho, jamás se habría creado el primer *vampry* y el mundo... el mundo sería un lugar muy diferente. —Casteel seguía la dirección de mis pensamientos—. Pero crear vida es algo complejo y lleno de incógnitas, incluso para los dioses. Nunca previeron que Malec fuese lo bastante inventivo para drenar a Isbeth de su sangre y sustituirla por la suya propia en su desesperación por salvarla. Pero el problema fue que, para entonces, ya se habían ido a dormir y estaban demasiado sumidos en su sopor para oír las súplicas de Malec.
- —Por todos los dioses —susurré—. Eso es trágico, en cierto modo. Quiero decir, sus acciones dieron inicio a… todo esto. Y sí, ya estaba casado, pero sigue siendo trágico.
 - —Lo es.
- —Y los dioses siguen dormidos, incapaces de plantear las pruebas ahora y de otorgar esos dones.
- —Sí, pero su sueño no es tan profundo como para no darse cuenta de lo que está pasando —dijo—. ¿Ya no crees que lo que dijo Kieran sea una locura?

Mi corazón dio una voltereta.

- —Yo... no lo sé. ¿Tú qué opinas?
- —Yo tampoco lo sé —murmuró, tras esbozar una sonrisa llena de secretos. Empecé a entornar los ojos, pero entonces se me ocurrió algo.
- —Espera. Hay algo que no entiendo. Malec era descendiente de las antiguas deidades, ¿verdad?
 - —Verdad.
- —Entonces, ¿cómo es que convirtió a Isbeth en una *vampry*? Las otras deidades… cuando sus corazones gemelos recibían su sangre, no se convertían en *vamprys*.

- —Eso es porque a los otros no les drenaron la sangre. Recibieron el don de la vida procedente de los dioses —explicó—. La trasformación no es la misma.
 - —¿Como si una tuviese la aprobación de los dioses y la otra no?
- —Algo así. —Se acercó un poco más y dejó caer la mano para que descansara en la cama al lado de mi cadera. Bajó un poco la cabeza y me permití leer sus sentimientos.

Estaba sintiendo muchas cosas, una de ellas era algo que rara vez percibía en él. Me recordaba a lo que yo sentía cuando me escapaba al Ateneo de la ciudad y encontraba un libro interesante, o cuando contemplaba cómo se abrían las rosas de floración nocturna. Momentos en los que estaba contenta, satisfecha. Casteel estaba contento. También estaba receloso; supuse que era por lo que podría llegar esta noche. Y estaba... estaba cansadísimo.

- —Todavía no has dormido. Necesitas dormir. —Empecé a estirar un brazo hacia él, pero me paré, dubitativa. Ahora estábamos casados. Y lo que era más importante, era real, esto era real, lo que sentíamos el uno por el otro —. Los Ascendidos podrían llegar aquí esta noche.
- —Lo sé. —Levantó la cabeza—. Descansaré, pero hay otra cosa que quiero hacer. —Se me comprimió el pecho de pronto mientras mi mente iba en una dirección totalmente inapropiada—. Estamos casados. Es oficial, excepto por la coronación, pero hay otra tradición.

Se me secó la garganta.

—¿La Unión?

Parpadeó una vez, luego otra.

- Estoy haciendo un gran esfuerzo por no reírme.
- —¿Qué? Es una tradición, ¿no? Le pregunté a Vonetta por ella...
- —Oh, por todos los dioses. —Se pasó una mano por la cara.
- —Y ella dijo que...
- —No se trata de eso —me interrumpió—. Se trata de nosotros. Solo tú y yo, y la tradición de compartirnos el uno con el otro.
- —Oh —susurré, y ahora mi mente jugaba alegre en torno a un lugar muy inapropiado—. Como… ¿el sexo?

Me miró pasmado.

- —Me encanta cómo funciona tu mente, pero eso no es exactamente a lo que me refería.
 - —Vaya. —Me puse roja—. Esto es un poco incómodo.

Casteel se echó a reír, me puso una mano en la mejilla.

- —No te sientas incómoda. Lo decía en serio cuando dije que me encanta cómo funciona tu mente. Pero es tradición que una pareja comparta su sangre después de una boda. No es obligatorio. Como ya he dicho, es solo una tradición, una destinada a fortalecer los vínculos del matrimonio. No hacerlo no cambia nada...
 - —¿Y hacerlo qué es lo que cambia?
- —Es... es un acto de confianza. —Su mano resbaló de mi cara—. Es un juramento de que van a compartirlo todo. Sobre todo, es simbólico.

Mi corazón palpitaba con fuerza otra vez y el corpiño del vestido de repente me parecía demasiado apretado. Estaba claro que esto era algo que Casteel deseaba, aunque fuese solo simbólico. Quizás fuese algo que se había imaginado haciendo con Shea antes de... bueno, *antes*. Sentí un arrebato de ira y de compasión por una mujer que llevaba muerta más años de los que yo llevaba viva, pero aun así me costó un mundo apartar esos pensamientos a un lado.

- —Y sé que la idea de beber sangre no es precisamente apetitosa para ti. Así que lo entiendo si no quieres…
 - —Sí, quiero.

Se echó hacia atrás, los ojos más brillantes de pronto.

- —¿Es porque quieres o porque te lo estoy pidiendo?
- —¿Cuántas veces he hecho cosas que querías tú, pero yo no? Se rio.
- —Es verdad. —El humor se esfumó de sus ojos, sustituido por una especie de intensidad devoradora—. Si estás segura… ¿Cien por cien segura?
 - —Lo estoy.
- —Gracias a los... Joder. —Empezó a estirar los brazos hacia mí, pero se lo pensó mejor—. Tenemos que quitarte ese vestido. Netta me mataría si se lo devuelvo arrugado. —Levantó los ojos hacia los míos—. Y tengo la sensación de que se iba a arrugar mucho.

Yo también.

Con el pulso acelerado, me puse de pie y estiré una mano hacia un tirante. Casteel vino tras de mí, agarró el otro.

- —¿Hay botones? —Sacudí la cabeza—. Gracias a los dioses otra vez murmuró. Deslizó el tirante para soltarlo de mi brazo—. Porque lo más probable es que me diera por vencido y lo rompiera todo.
- —Sueles tener más paciencia que eso. —El vestido se arremolinó en mis caderas.

- —A veces. —Vio la combinación y me ayudó a quitarme el vestido—. Pero no cuando de ti se trata.
- —No creo que eso sea verdad —dije. Vi que hacía ademán de tirar el vestido a un lado, pero se lo impedí—. Dame.

Frunció los labios mientras yo dejaba el vestido en el diván. Casteel me esperó en una esquina de la cama.

- —De verdad que tengo una cosa por ti y los tirantitos ridículos. —Se estiró hacia mí y puso las manos en mis costillas. Tensó la tela contra mi cuerpo—. Y por tus pechos, aunque ellos no son ridículos ni pequeños. De todos modos, también tengo una cosa por ellos.
- —¿Gracias? —dije, mientras caminaba a mi alrededor. Deslizó una mano por mi abdomen y se rio. El sonido era en parte alivio y en parte necesidad. No necesitaba mis habilidades para saberlo. Hice ademán de quitarme el collar.
 - —Déjalo. —Bajó la vista—. Y la daga.
 - —¿En serio? —Arqueé las cejas.
- —¿Cuándo te darás cuenta de que hablo en serio? —La mueca de sus labios era maliciosa—. Me pone que vayas armada con algo afilado.
 - —Hay algo muy, muy mal en ti.

Vino delante de mí.

- —Pero te gusta lo que hay mal en mí.
- —También hay algo mal en mí. —Levanté la vista hacia él—. Porque eso es verdad.
- —Lo sé. —Me tocó la mejilla—. Siempre he sabido que te gusta que disfrute cuando me haces sangrar.

Casteel me besó y me dio la sensación de que era la primera vez que nuestros labios se tocaban. En cierto modo, era un primer beso, y él y yo teníamos más de un primero. Con cada verdad, cada cambio, era un poco como volver a empezar de cero, pero con toda la experiencia y los recuerdos. Y besar a Casteel era como atreverse a besar al sol. Puse las manos contra su pecho, palpé el calor de su piel a través de su camisa y esto, todo esto, era otra primera vez, porque lo besé sin preocuparme ni una sola vez por si debería hacerlo, sin preguntarme si luego me arrepentiría. Lo besé con abandono, y había una libertad en ello que jamás había conocido.

Tiró de mí contra él, un brazo alrededor de mi cintura mientras su boca recorría la curva de mi mandíbula y luego bajaba por mi cuello. Me tensé con una anticipación perversa.

—Hay otros sitios, ¿sabes? De los que puedo beber de ti.

- —¿Como cuáles?
- —Sitios mucho más sensibles que el cuello. —Bajó la mano por mi hombro, la cerró en torno a mi pecho, por encima de la combinación. Su pulgar encontró la punta dolorosa—. Como aquí, por ejemplo. ¿Te gustaría? No contestes todavía. Hay otros sitios aún más sensibles. Más interesantes. Se movió de nuevo, por encima de la curva de mi cadera y más abajo todavía. Cerró los puños en torno a la seda—. Levanta los brazos.

Estiré los brazos por encima de la cabeza. Me estremecí cuando su ropa rozó mi piel recién desnudada. La combinación aterrizó en el suelo y su mano voló hacia mi cadera de nuevo. Mi muslo. Cerré los ojos cuando sentí sus labios en mi cuello.

Sus dedos acariciaron mi muslo, el anillo de su dedo, frío contra mi piel.

- —Hay una vena aquí, una que discurre justo a lo largo de tu pierna, con un montón de venitas que se ramifican desde ella. Estoy pensando que eso te encantaría.
 - —¿Eso es lo que vas a hacer ahora? —pregunté, con un estremecimiento.
- —Lo haría, solo que esta noche me siento superarcaico, y quiero que el mundo vea mi nueva marca en tu cuello —dijo—. Y si todo el mundo viera esa marca entre tus bonitos muslos, entonces tendría que matar a todo el mundo.
 - —Eso es excesivo.
- —Me siento excesivo, princesa. Hay otro sitio, uno que no aportará tanta sangre, pero creo que sería tu favorito. —Su mano se cerró entonces ahí, entre mis piernas, y su pulgar se apretó contra el haz de nervios. Hizo que me pusiera de puntillas—. Justo ahí. Podría saborearte y alimentarme de ti al mismo tiempo.

Un intenso retortijón de placer reptó por dentro de mí.

- —Suena indecente.
- —Extremadamente indecente —admitió—. No tienes que elegir. Más adelante, porque habrá un más adelante —prometió, y se me comprimió el pecho—, probaremos cada uno de esos sitios y podrás decirme cuál es tu favorito. ¿Qué te parece?
- —Me parece… —Un gemido ahogado escapó de mis labios cuando deslizó un dedo en mi interior—. Que voy a disfrutar de ser muy indecente.
- —Ya se ve. —Se rio contra mi piel mientras me empujaba hacia atrás. Su dedo no paraba de moverse, despacio, superficial. Me tumbó de espaldas y luego se apartó de mí—. Los dos lo haremos.

Empezó a alejarse de la cama, pero se demoró un poco para besar las cicatrices de mi tripa y luego las de mis piernas. Después dio un paso atrás y se puso de pie por encima de mí. Estaba completamente expuesta, no llevaba nada puesto aparte del collar y la daga. Me sentí tímida de repente, pero no me moví para ocultarle nada. Lo dejé mirar hasta hartarse.

—Preciosa. Quiero que lo sepas. Eres preciosa. Cada centímetro de ti.

Como otras veces, no pude evitar sentirme así cuando me miraba de ese modo. Sus manos bajaron hacia la bragueta de sus pantalones.

—Mírame.

Observé cómo se desvestía, como había hecho en la caverna. Si él pensaba que cada centímetro de mí era precioso, era que no se había mirado al espejo. Toda esa piel besada por el sol y esos músculos cincelados. Sus cicatrices no eran defectos. Ni siquiera el hierro marcado a fuego. Eran un mapa de su fortaleza, de lo que había superado, y un recordatorio de que había encontrado pedazos de sí mismo.

Entonces me di cuenta de cómo podía encontrar mi piel tan perfecta. Él veía lo que veía yo cuando lo miraba a él.

Y lo había hecho desde la primera vez que me vio sin el velo.

La emoción atoró mi garganta, y casi temí que fuera a echarme a llorar, pero entonces vino hacia mí. Su cuerpo duro se tendió sobre el mío. Mis sentidos casi sobrepasados por los ásperos pelos de sus piernas contra mi piel, el peso y el calor de su cuerpo cuando se asentó entre mis muslos, el roce de su pecho contra el mío, y la dureza que presionaba contra la parte más suave de mí.

Cerró el puño en torno a mi pelo, inclinó mi cabeza hacia atrás.

—No tienes ni idea del tiempo que he esperado hacer esto. A estar dentro de ti mientras succiono una parte de ti dentro de mí. Sentir cómo te corres en torno a mi miembro mientras saboreo tu sangre sobre mi lengua. Parece que lo he estado esperando desde siempre.

Un estremecimiento sacudió mi cuerpo cuando deslicé las piernas por encima de las suyas. Soltó una exclamación ahogada cuando el movimiento lo acercó más a mí. Enrosqué las piernas alrededor de sus caderas y levanté las mías. Los dos hicimos un sonido entonces, mientras me penetraba justo lo suficiente para provocar una oleada de escalofríos que subieron por mi columna. La cabeza de Casteel cayó hacia mi cuello, apretó los dedos en torno a mi pelo.

—Entonces, ¿por qué esperar más? —pregunté.
No lo hizo.

Sus colmillos perforaron mi piel en el mismo momento que empujó hacia delante. Di un grito, atrapada entre el dolor agudo y el intenso placer. No podía respirar ni moverme. Su boca se cerró sobre los agujeros y succionó con fuerza, mientras sus caderas empujaban contra las mías.

Y entonces ya no hubo dolor. Solo un placer violento e incesante que brotó de lo más profundo de mi ser, y Casteel obtuvo lo que quería desde el principio. El éxtasis no tardó en llegar, una intensa liberación de tensión mientras me aferraba a sus hombros, murmuraba su nombre, y él bebía de mí y se movía dentro de mí, y entonces...

Bajó la mano hasta mi muslo. Separó la boca de mi cuello, los labios brillantes y rojos. Desenvainó la daga y, como en un sueño, lo vi deslizar la hoja por su pecho. Solo tres o cuatro centímetros. Brotó la sangre.

—Bebe —boqueó, y levantó mi cabeza hacia su pectoral—. Bebe de mí, Poppy.

Tenía que ser su mordisco y el hecho de sentirlo en mi interior, de mi cuerpo apretado alrededor de él, pero no vacilé ni un instante. Besé el corte y mi boca cosquilleó cuando la sangre tocó mis labios, mi lengua. Caliente y espesa, impregnó mi boca. Tragué su exótico y exuberante sabor.

—Por todos los dioses. —Casteel se estremeció mientras me sujetaba ahí, pasando su otro brazo por debajo de mi hombro.

Sentí un estallido de colores vívidos. Azules y morados. Lilas. ¿Era por el sabor dulce de su sangre? ¿Era algo más? De repente, hubo un sonido en mis oídos, como un flujo de agua.

Casteel empezó a moverse otra vez. Su sangre... era puro pecado y adictiva, como imaginaba que serían las amapolas de las que derivaba mi apodo. Podría ahogarme en ella, en las sensaciones que me provocaba. Cuando tiró de mi cabeza hacia atrás, empecé a protestar, pero entonces su boca estaba sobre la mía y fue la perdición para los dos.

No había ningún sentido del ritmo. Estábamos desquiciados. Los efectos de su sangre y su mordisco y mi sangre se convirtieron en locura. La tensión aumentó de nuevo, se enroscó con fuerza, más apretada a cada violenta y profunda embestida de nuestras caderas. La presión giró y giró hasta que estalló en todas direcciones. Me sacudió hasta la médula, y él estaba ahí mismo conmigo, precipitándonos por el borde y cayendo y cayendo.

Y no paró.

Siguió moviéndose encima de mí, dentro de mí, su boca deslizándose sobre la mía. Me tomó y yo me aferré a él. Éramos una maraña de piernas y brazos, de carne y fuego, y la tensión fue aumentando más despacio. Todo era

más lento mientras nos tomamos nuestro tiempo. Actuábamos como si tuviésemos todo el tiempo del mundo, aunque no era así. Y cuando por fin quedamos agotados, no nos soltamos el uno del otro. Ni siquiera cuando él por fin se durmió, los brazos todavía apretados a mi alrededor. Ni siquiera cuando me uní a él, mi mejilla apoyada contra el punto en el que una vez lo había apuñalado con una daga.

Y así fue como despertamos unas horas más tarde, después de que el sol se hubiera puesto y oyéramos el prolongado trino de un ave cantora. Una llamada que recibió respuesta.

Una señal.

Me senté, los ojos fijos en la oscuridad más allá de las puertas de la terraza.

El pecho de Casteel presionó contra mi espalda un momento antes de que me besara el hombro.

—Están aquí.

Capítulo 38



Mientras caminábamos por el Adarve, la luz de la luna centelleaba sobre las espadas doradas ceñidas a los lados de Casteel. Se las había dado Delano, que se había reunido con nosotros en la puerta.

La capa ligera de manga corta que yo llevaba por encima de los estrechos pantalones y la túnica azul oscuro había sido idea de Casteel. Si había algún Ascendido entre los que se aproximaban a Spessa's End, tal vez pudieran verme con su extraordinaria visión. Esa fue la única condición que me puso Casteel cuando me levanté de la cama.

«Te pones la capucha en cuanto lleguen, y se queda puesta todo el tiempo posible», había dicho. «No te conviertas en una diana fácil».

- —Tengo buenas noticias, otras potencialmente malas y otras más que con suerte serán buenas —nos informó Emil cuando se reunió con nosotros justo a la entrada de una aspillera—. Nuestros exploradores han informado de que el que está a punto de llegar es el grupo pequeño.
 - —¿Cuántos? —preguntó Casteel.
 - —Unos doscientos.
- —Creo que puedo adivinar cuál es la mala noticia potencial —comentó Casteel—. Como no tendrían que haber tardado tanto en llegar, han esperado al grueso del ejército y a que cayera la noche.

Lo cual significaba que lo más probable era que hubiese *vamprys* entre ellos y que había al menos varios centenares más no demasiado rezagados.

—Eso, y que han traído lo que parecen catapultas —dijo Emil—. Es posible que las murallas resulten dañadas por lo que sea que tengan pensado tirarnos, pero no creo que tengan nada que pueda derribarlas si permanecieron en pie durante la Guerra de los Dos Reyes.

- —Las murallas no caerán —aseguró Casteel.
- —¿Cuál es la noticia que con suerte será buena? —pregunté.
- —Como han esperado a que el grueso del ejército se reuniera con ellos, con suerte nuestros refuerzos llegarán a tiempo —contestó Naill mientras cruzaba el Adarve.
- —*Con suerte* es el término clave —añadió Emil—. Hay muchos condicionantes aquí. Alastir y Kieran tendrían que haber viajado sin descanso y un grupo numeroso de nuestros soldados tendría que haber estado cerca de la Cala de Saion y preparado para viajar.

El miedo se coló en mi interior, pero no le dejé espacio para respirar, para crecer. Tener miedo no era una debilidad. Solo los tontos y los falsos decían no tener miedo, pero era una emoción que podía extenderse como una plaga si se pensaba demasiado en ella. No podía pararme a pensar en lo que sucedería... si no fuésemos capaces de contener a los Ascendidos. Si Kieran y Alastir no hubiesen sido capaces de encontrar refuerzos a tiempo.

—Y eso sin tener en cuenta la neblina de las Skotos y cómo habrá respondido a semejante presencia. —Emil hizo una pausa—. *Alteza*.

Di un respingo al oír el título.

—¿Perdona?

Casteel me miró de reojo y una leve sonrisa asomó a la luz de la luna.

- —Por si lo habías olvidado, soy un príncipe.
- —No lo he olvidado —respondí, los ojos entornados.
- —Y estamos casados —continuó—. Lo cual te convierte a ti en una princesa.
- —Ya lo sé, pero lo de princesa no es oficial. No me han... coronado o lo que sea.
- —Es costumbre referirse a ti como «alteza» o «mi princesa», incluso antes de la coronación —explicó Naill.
 - —¿Podemos no hacerlo? —pregunté.
 - —Se consideraría un gran deshonor. —Naill hizo una pausa—. *Alteza*.

Lo miré y el atlantiano me sonrió con inocencia. Casteel resopló divertido.

—Por cierto, enhorabuena por la boda —comentó Emil. Lo miré ahora a él, mis sentidos me decían que era sincero—. Me da la sensación de que serás una reina muy interesante.

Reina?

Oh, por todos los dioses, ¿cómo demonios podía haber olvidado que en toda esta cosa de «este matrimonio es ahora real», y dado que Malik no estaría capacitado para liderar el reino cuando lo liberaran, si lo liberaban, Casteel asumiría el trono? En algún momento, pronto. Y yo sería...

Vale.

No iba a pensar en eso.

- —Entonces te llamaremos… majestad —continuó Emil. Me guiñó un ojo—. ¿No es así, Cas?
- —Exacto —repuso él sin emoción alguna. Puso una mano sobre mi cadera—. Los dos deberíais estar colocándoos en posición.

Emil y Naill hicieron gran ostentación de inclinarse ante mí antes de marcharse.

- —¿De qué iba eso? —pregunté—. Lo de enviarlos a sus puestos así de repente.
- —Es oficial —masculló Casteel, los ojos fijos en Emil, que se había parado a hablar con una de las guardianas—. Voy a tener que matarlo.

Giré la cabeza hacia él a toda velocidad.

- —¿Qué? ¿Por qué?
- —No me gusta cómo te mira.

Confusa, miré otra vez hacia donde Emil caminaba hacia la escalera.

—¿Cómo me mira?

Su mano era como un hierro candente en mi cadera, incluso a través de las capas de ropa.

—Te mira como lo hago yo.

Arqueé las cejas.

- —Eso no es verdad. Tú me miras como...
- —¿Cómo te miro, princesa? —Esos ojos como ámbar caliente se cruzaron con los míos.
- —Me miras como... —Me aclaré la garganta—. Como si quisieras comerme.

Los ojos de Casteel se entornaron hasta no ser más que unas finas ranuras. Devolvió la mirada hacia Emil.

- —Exacto —gruñó. Lo miré alucinada y luego me reí. Sus ojos volaron hacia los míos, los suyos brillantes y muy abiertos como estaban siempre cuando me reía.
 - -Estás celoso.
 - —Por supuesto que lo estoy. Al menos lo reconozco.

Y en efecto, estaba celoso. Lo percibía, una especie de capilla cenicienta que impregnaba la parte de atrás de mi garganta.

—Eres...

- —¿Endiabladamente apuesto? ¿Maliciosamente listo? —Se giró hacia el cielo de poniente, todavía teñido por el tenue resplandor del fuego—. ¿Asombrosamente carismático?
 - —No iba por ahí —lo interrumpí—. Iba a decir más bien… ridículo.
 - —Encantadoramente ridículo —me corrigió. Puse los ojos en blanco.
- —¿Sabes? No me he planteado ni una sola vez buscar afecto de otro hombre. No desde que te conocí.
- —Lo sé. —Inclinó la cabeza y rozó mi frente con sus labios—. Mis celos no se basan en nada que hayas hecho tú.
 - —Ni en la lógica.
 - —Ahí no puedo estar de acuerdo. Sé cómo te mira.
 - —Creo que te estás imaginando cosas.
- —Sé bien lo que veo. —Se echó atrás y me miró a los ojos—. Cada vez que te miro, veo un regalo del que no soy digno.

Se me quedó el aire atascado mientras mi corazón se henchía. No era nuevo oírle decir cosas así. Lo que era nuevo era que yo las creyera.

- —Sí eres digno —le dije—. La mayor parte del tiempo.
- —Eso es lo más bonito que me has dicho en la vida —comentó, con una sonrisa.

Me pregunté si eso era verdad mientras entrábamos en una aspillera. Había arcos y aljabas llenas apoyadas contra la pared. Bajé la vista hacia el oscuro camino y los campos más allá, pero no veía nada.

- —¿Están ahí abajo? —pregunté cuando me acordé de lo que había oído mientras discutían estrategias—. Los *wolven*, quiero decir.
- —Están en los campos, bien escondidos, incluso para ojos *vamprys*. Apoyó una mano en el saliente de piedra, y el anillo de su dedo captó mi atención—. Las guardianas están en sus puestos, esperando mis órdenes. Todo el que puede blandir una espada está en el patio y los otros, los que sean diestros con un arco, estarán aquí arriba.

Aparté la vista del anillo y miré hacia atrás. Ya estaban llegando. Mortales que eran demasiado mayores para levantar nada más que un arco. Las guardianas los escoltaron a diferentes parapetos y aspilleras. El flujo del miedo regresó y me giré otra vez hacia Casteel.

—¿Cuántos efectivos tenemos? La cifra final.

Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Ciento veintiséis.

Apreté los labios y cerré los ojos mientras me forzaba a respirar hondo y con calma.

—Ojalá te hubieses marchado con Alastir y Kieran —dijo con voz queda
 —. Estarías lejos de aquí. A salvo. —Abrí los ojos. Casteel miraba hacia la oscuridad—. Pero me alegro de que estés. Spessa's End te necesita. Yo te necesito. —Entonces me miró—. Pero aun así desearía que no estuvieras aquí.

Eso podía aceptarlo.

- —Yo desearía que tú no estuvieras aquí —susurré—. Desearía que no vinieran los Ascendidos. —Dejé salir un poco del miedo—. Todavía planeamos liberar a tu hermano y ver al mío, ¿verdad? Todavía planeamos evitar una guerra, ¿no? —Asintió—. Aunque, después de esta noche… Tragué saliva, contemplé el cielo del oeste—. Puede que sea demasiado tarde. La guerra ha venido a nosotros.
- —Nunca es demasiado tarde. Ni siquiera cuando ya se ha derramado sangre y se han perdido vidas —dijo Casteel—. Las cosas *siempre* pueden pararse.

Eso esperaba. De verdad que sí.

Casteel se volvió hacia mí, me acarició la mejilla.

—Puede que tengamos una inferioridad numérica absurda, pero todo el que empuña un arco o una espada para luchar por Spessa's End, por Atlantia, lo hace porque quiere. No por dinero. No porque unirse al ejército fuese su única opción. No por miedo. Luchamos para vivir. Luchamos para proteger lo que hemos construido aquí. Luchamos para protegernos los unos a los otros. Ninguno de ellos... los Ascendidos, los caballeros, los soldados de Solis... ninguno luchará con el corazón, y eso es lo que marca la diferencia.

Solté una bocanada de aire más serena.

—Es verdad.

Casteel se quedó callado un momento, y entonces sentí sus labios sobre mi mejilla, sobre las cicatrices.

- —Voy a pedirte una cosa más, Poppy. Quédate aquí arriba. Pase lo que pase. Quédate aquí arriba y haz buen uso del arco. Y si a mí me pasara algo, huye. Ve a la caverna. Kieran sabrá que tiene que buscarte ahí.
 - —Eso es pedirme dos cosas. —La presión me atenazó el pecho.
- —Han venido a por ti. Eres lo que quieren —me dijo—. Contigo, podrán hacer más daño tanto a Atlantia como a Solis que si me pasa algo a mí.
- —Si te sucede algo... —Me interrumpí, incapaz de imaginarlo siquiera, ahora que todo entre nosotros era tan nuevo, cuando solo insuflaría aire al miedo que ya sentía—. Esta gente te necesita a ti más de lo que me necesita a mí.

- —Poppy...
- —No me pidas que haga eso. —Lo miré—. No me pidas que huya y me esconda cuando alguien que me importa está herido, o peor. Es algo que no volveré a hacer.

Cerró los ojos.

—Esto no es lo mismo.

Empecé a preguntar por qué no lo era cuando oí una discreta llamada de advertencia desde los campos. Los dos giramos en redondo justo para ver cómo se encendía un fuego y una antorcha cobraba vida en la distancia, una tras otra hasta que la luz iluminó el camino desierto.

Casteel me hizo una seña para que retrocediera, estiró una mano hacia la capucha de mi capa y la pasó por encima de mi cabeza. Mientras abrochaba la hilera de botones en mi cuello, los arqueros corrieron a ocupar sus puestos en las aspilleras y se arrodillaron detrás de los parapetos.

Con el corazón acelerado y la respiración agitada, agarré un arco y saqué una flecha de una aljaba; era del tipo que solía utilizar. Di un paso atrás para que no pudieran verme detrás de los muros de piedra, pero Casteel se quedó donde estaba, la única persona visible para el regimiento que se aproximaba. En lugar de mirar hacia nuestros atacantes, lo observé a él, centrada en la línea recta de su columna y la expresión orgullosa de su barbilla. Y a medida que el silencio daba paso al sonido de docenas de botas y cascos golpeando la tierra compactada, al crujir de ruedas de madera que giraban, estiré mis sentidos hacia él. Noté el sabor amargo del miedo, porque no era ningún tonto, pero solo una cantidad muy pequeña, porque no era ningún cobarde.

—Esto me recuerda un poco —comentó—, a la noche en el Adarve de Masadonia. Excepto que ahora no llevas bailarinas y un camisón bastante indecente. No sé si debería sentirme aliviado o desilusionado.

Mi corazón se apaciguó y mis respiraciones dejaron de ser tan superficiales. Enderecé la espalda y levanté la barbilla.

- —Deberías estar agradecido. Esta noche no habrá nada que te distraiga. Se rio bajito.
- —Sigo un poco desilusionado.

Sonreí mientras apretaba la mano en torno al arco.

Ya no intercambiamos más palabras. Nos dedicamos más bien a observar a los soldados de Solis acercarse, clavando antorchas en el camino y los terraplenes laterales. Su vanguardia la formaban soldados mortales con pesados sables y corazas de cuero. Unos caballos arrastraban tres catapultas, y detrás de ellos venían los arqueros y los soldados de caballería, con armaduras

de hierro y capas negras. Caballeros. Había más o menos dos docenas. No demasiados, pero los suficientes para causarnos problemas.

Los caballeros se abrieron para dejar paso a un carruaje carmesí sin ventanas que se adelantó, rodando entre dos de las catapultas de madera. Había algo en ellas. Guiñé los ojos. ¿Sacos? No era pólvora ni otro tipo de proyectil. En lugar de alivio, sentí una oleada de inquietud.

Los soldados también se abrieron para dejar paso al carruaje que llevaba el escudo real. Varios de los caballeros se adelantaron para rodear el convoy a medida que las ruedas dejaban de girar. Protegían a quien fuese que había en el interior.

Tenía que ser un Regio.

La puerta se abrió y salió alguien por ella. Alguien con una capa tan gruesa que cuando giró alrededor de la puerta, no pude distinguir si era un hombre o una mujer quien se adelantó, flanqueado por caballeros. Fuera quien fuese, se tomó su tiempo. Se detuvo delante de los soldados y unas manos enguantadas se alzaron para retirar la capucha.

—Tienes que estar de broma —musité en voz baja.

Delante del Adarve, estaba la duquesa de Teerman, su rostro tan pálido y hermoso como lo recordaba, aunque esta noche no llevaba joyas en el pelo ni ningún recogido elaborado. El cabello castaño estaba retirado de su cara con un sencillo moño. Levantó la vista hacia nosotros.

Y fue entonces cuando temí de verdad lo que descubriría cuando viera a Ian con mis propios ojos. La duquesa había sido amable; bueno, nunca había sido especialmente cruel conmigo. Había sido tan fría y tan inalcanzable como la mayoría de los Ascendidos, pero cuando maté a lord Mazeen, me había dicho que no perdiera ni un segundo más en pensar en él. Me daba la impresión de que a lo mejor ella también había sido víctima de las perversidades del duque. Tal vez sí, pero el hecho de que estuviera aquí solo podía significar una cosa.

Ella era el enemigo.

¿Convertiría eso también a Ian en uno?

Los labios rojo cereza de la duquesa se curvaron en una sonrisa tensa y sin ningún humor.

- —Hawke Flynn —dijo, su voz demasiado familiar. Cargué en silencio una flecha—. ¿O hay algún otro nombre que prefieras?
- —No importa por qué nombre me llame —respondió él, sonando tan aburrido como sonaba Kieran durante... bueno, todo.

- —Sería maleducado llamarte por un nombre falso —insistió la duquesa. Cruzó las manos. Los soldados y caballeros permanecieron en silencio e inmóviles detrás de ella—. No quiero ser maleducada.
- —Utilizo varios nombres. El Señor Oscuro. Bastardo. Cas. Príncipe Casteel Da'Neer —dijo, y no se me pasó por alto cómo la duquesa abrió un poco más los ojos. No lo había sabido. Quién era él en realidad—. Llámeme como quiera, siempre y cuando sepa que mi voz será el último sonido que oirá.
- —Príncipe Casteel. —La duquesa pronunció las palabras como si le acabaran de ofrecer una tarta de chocolate entera... o a un atlantiano Elemental. Se rio—. Oh, he oído todo tipo de cosas sobre ti de boca de *nuestra* reina *y nuestro* rey. Siempre se preguntaron dónde estarías. Qué te había ocurrido. Ahora podré decirles que su mascota favorita está vivita y coleando.

¿Mascota? Apreté el arco con tal fuerza que se me clavó en la palma de la mano.

—¿Sabe? A lo mejor la dejo vivir, duquesa. Solo para que pueda regresar con su rey y su reina para informarles de que su *mascota* favorita está impaciente por verlos de nuevo.

La sonrisa de Teerman se ensanchó aún más.

- —Seguro que lo haré. Es decir, si me permites vivir. —Había un coqueteo en su tono que me puso de los nervios. ¿Estaba flirteando con él?—. Pero antes de que llegues al tema de matar, estoy aquí para evitar muertes.
 - —¿Ah, sí? —preguntó Casteel. La duquesa asintió.
- —Debes saber que detrás de mí hay muchos más de los que ves ahora mismo. —Extendió una mano con toda la elegancia de una bailarina de bailes de salón—. Uno de tus perros logró llegar de vuelta, ¿no es así? El otro, bueno, nuestros caballos han estado bien alimentados.

Sentí náuseas. No podía hablar en serio. Me entraron ganas de vomitar.

- —Sabes que somos muchísimo más numerosos que cualesquiera fuerzas que tengas detrás de esas murallas. Tampoco puede haber mucha gente viviendo en unas ruinas —dijo. Con eso reveló lo poco que sabía de Spessa's End, lo cual alivió parte del horror que rondaba por dentro de mí—. Aunque hubiera cientos de Descendentes con unos pocos chuchos grandullones… bueno, ahora uno menos… no saldríais de aquí con vida. Así que estoy aquí para evitar eso.
- —Y yo estoy aquí para decirle que si vuelve a referirse a un *wolven* como un perro una sola vez más, la mataré antes de que esos caballeros tengan

ocasión de parpadear siquiera —le advirtió Casteel.

- —Mis disculpas. —Teerman inclinó la cabeza—. No pretendía ofender. —¿En serio? Puse los ojos en blanco con tal ímpetu que casi me sorprendió que no se quedaran atascados del revés—. Espero de todo corazón que podamos llegar a un acuerdo. Lo creas o no, la sangre derramada me da náuseas —explicó—. Es tal... desperdicio. Por ello, la mayoría de mi ejército se ha quedado atrás en muestra de buena fe. Con la esperanza de que quieras escuchar.
- —No parece que tenga la opción de *no* escuchar. Así que, por favor. Hable.

La duquesa percibió la insolencia en su tono. Se notó en cómo apretó la mandíbula.

—Tienes algo que nos pertenece. Lo queremos de vuelta. Danos a la Doncella.

¿Que les pertenecía? ¿Algo? Tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no levantar el arco y clavar una flecha de heliotropo directo en su boca.

—Devuélvenos a la Doncella y dejaremos intacto este agujero inmundo para que podáis cruzar de vuelta a lo que quede de vuestro antaño gran reino.

Si sus palabras representaban al conjunto de los Ascendidos, de verdad que no tenían ni idea de a lo que se enfrentaban. Del tipo de tormenta de granizo que podía caer sobre ellos si le ocurría algo al príncipe de Atlantia.

- —Y si lo hiciera, ¿se marcharía sin más? ¿Nos dejaría con vida a mí y a los míos?
- —¿Por el momento? Sí. Eres demasiado valioso para matarte si podemos capturarte con vida, pero ahora mismo, la Doncella es la prioridad. —Sus ojos negros como el carbón no reflejaban luz alguna—. Y habrá más oportunidades para capturarte más adelante. Volverás. A por tu hermano, ¿no es así? ¿No es por eso que te llevaste a nuestra Doncella? ¿Para pedir un rescate por ella?

Casteel se puso rígido, y el hecho de que permaneciera callado era muestra más que suficiente de su fuerza de voluntad.

—Odio ser la portadora de malas noticias, pero no habrá ningún rescate.O nos la entregas o…

Cuando Casteel no dijo nada, la duquesa inclinó la cabeza, escudriñó las murallas.

—¿Penellaphe? ¿Está ahí arriba? Creo que ahora estáis bastante... familiarizados.

Casteel no dijo nada mientras yo la miraba, sin permitirme pensar demasiado en cómo podía haberse enterado de eso.

—Si estás ahí arriba, Penellaphe, por favor di algo. Muéstrate —llamó—. Sé que ahora debes de pensar cosas terribles sobre nosotros, sobre nuestro rey y nuestra reina. Pero te lo puedo explicar todo. Nosotros podemos mantenerte a salvo, como hemos hecho siempre. —Sus ojos pasaron por al lado de donde estaba Casteel—. Sé que echas de menos a tu hermano. Se ha enterado de tu secuestro y está loco de preocupación. Yo puedo traértelo.

Casi di un paso al frente, *casi* abrí la boca. La duquesa sabía cómo tocar mi fibra sensible, pero también debía de creer que era una imbécil increíble si pensaba que eso funcionaría.

- —¿Sabe lo que le pasó al último Ascendido que vino en busca de la Doncella? —preguntó Casteel.
 - —Sí, lo sé —repuso la duquesa de Teerman—. Eso no sucederá aquí.
- —¿Está segura? —replicó él—. Porque lo que ha venido a buscar nunca les perteneció en primer lugar.
- —Ahí es donde te equivocas —lo contradijo Teerman—. Le pertenece a la reina.

Mi autocontrol saltó por los aires y me moví antes de poder evitarlo. Me acerqué al borde de la muralla.

—No le pertenezco a nadie, y sobre todo no a ella.

Casteel giró la cabeza despacio hacia mí.

- —Esto no es permanecer oculta —me dijo en voz baja—. Por si no lo tenías claro.
 - —Lo siento —musité.

La duquesa de Teerman volvió a esbozar su sonrisa tensa de labios apretados.

- —Ahí estás. Estabas ahí arriba desde el principio. ¿Por qué no has dicho nada antes? —Levantó la mano—. Da igual, no hace falta que contestes. Estoy segura de que es por las cosas que te han dicho, una versión muy sesgada de la historia.
- —He oído lo suficiente para saber la verdad —le dije—. ¿La saben los que están detrás de usted? ¿Saben los soldados la verdad de lo que usted es? ¿De lo que son el rey y la reina?
- —No tienes ni idea de lo que es la reina Ileana, como tampoco la tiene ese falso príncipe que está a tu lado —repuso—. Y estás equivocada, Penellaphe. Sí perteneces a la reina. Igual que la primera Doncella.

- —¿La primera Doncella? ¿La que se supone que yo maté pero a la que nunca conocí? —exigió saber Casteel—. ¿La que es más que probable que no existiera nunca?
- —Puede que yo haya insinuado que fuiste el responsable directo de su final —comentó la duquesa—, pero la Doncella fue muy real, y ella también le pertenecía a la reina. Igual que tú, Penellaphe. Igual que tu madre.
- —¿Mi madre? —La cuerda del arco estaba tensa entre mis dedos, pero mantuve la flecha apuntada hacia abajo—. Mi madre era su amiga. O al menos eso es lo que me contaron.
- —Tu madre era mucho más que eso —me dijo de vuelta—. Te contaré todo sobre ella. Sobre ti.
- —No sabe nada —se apresuró a decir Casteel—. Los Ascendidos son unos maestros de la manipulación.
- —Lo sé. —Y lo sabía—. No hay nada que pueda decir que yo vaya a creer. Sé lo del Rito. Sé lo que les pasa a los terceros hijos e hijas. Sé cómo funciona la Ascensión. Sé por qué me necesitan.
- —Pero ¿sabes que tu madre era la hija de la reina Ileana? ¿Que eres la nieta de la reina? Por eso eres la Doncella. La Elegida.

Entreabrí los labios con una exclamación ahogada.

—Ni siquiera sabe mentir —se burló Casteel—. Lo que está sugiriendo es imposible. Los Ascendidos no pueden tener hijos.

La duquesa ladeó la cabeza.

- —¿Quién ha dicho que la reina Ileana sea una Ascendida?
- —Todos los Ascendidos de Solis lo han dicho. Sus libros de historia lo afirman —exclamé—. La reina misma se ha descrito como una Ascendida. ¿De verdad pretende dar a entender que no es lo que es? ¿Cuando no envejece? ¿Cuando no camina a la luz del sol?
- —Eran mentiras diseñadas para proteger la verdad. Para protegeros a tu madre y a ti —repuso.
- —¿Protegerme? —Me reí, y el sonido rechinó en mis oídos—. ¿Así es como llama a mantenerme encerrada en mi habitación? ¿A obligarme a llevar el velo y prohibirme hablar, comer o pasear sin permiso? ¿Eso es lo que hacía el duque cuando me pegaba con una vara solo porque había respirado demasiado alto o no había respondido a algo de un modo que encontrara apropiado? ¿Cuando me tocaba? ¿Cuando permitía a otros hacer lo mismo? —Exigí saber, y Casteel se puso aún más rígido. La ira amenazaba con sobrepasarme y en ese momento casi levanté el arco, casi disparé la flecha—.

¿Así es como usted y la reina me *protegían*? No me diga que no lo sabía. Lo sabía a la perfección y lo permitió.

Las facciones de la duquesa de Teerman se endurecieron.

- —Hice lo que pude cuando pude. Si el duque no hubiese encontrado su fin a manos del que está a tu lado, seguro que lo hubiese hecho cuando la reina se enterase.
- —¿Se refiere a mi abuela? ¿La que envió a lord Chaney a por mí? ¿El Ascendido que me mordió? —pregunté—. ¿El que lo más probable es que me hubiese matado?
 - —No lo sabía —se defendió—. Pero puedo explicarte...
- —Cállese —exclamé, harta de ella, harta de sus mentiras—. Solo cállese. No hay nada que pueda decir para que le crea. Así que termine ya con lo que crea que está aquí para hacer, *Jacinda*.

Sus rasgos se tensaron ante el uso de su nombre de pila, algo que me pedía que hiciera de manera esporádica.

- —Peleona —murmuró Casteel—. Me gusta.
- —Estoy a punto de dispararle una flecha a la cara —le advertí.
- —Eso también me gusta —respondió.

La duquesa dio un paso al frente.

—Veo que nada de lo que diga en este momento ayudará a que esto discurra con suavidad. Tal vez los regalos que os he traído os hagan cambiar de opinión a ambos.

Casteel se enderezó cuando la duquesa hizo un gesto con la cabeza hacia atrás, en dirección a los soldados. Varios fueron hacia las catapultas, agarraron los sacos, vaciaron lo que fuese que había en ellos y luego se arrodillaron para soltar las cuerdas de sujeción. Me puse tensa cuando el metal gruñó.

Las catapultas volaron hacia delante, una detrás de otra, para enviarnos los *regalos*. Casteel me agarró y protegió mi cuerpo con el suyo.

Pero lo que nos lanzaron pasó bien alto por encima de nosotros. Los bultos volaron por el aire, por encima de las murallas. Nos giramos cuando golpearon las paredes detrás de nosotros. El sonido que hicieron, ese impacto carnoso, el manchurrón que dejaron en las paredes, visible incluso a la luz de la luna, y por el suelo cuando rodaron hacia delante... todo ello me revolvió el estómago. Aflojé la mano sobre el arco. La flecha cargada tembló.

Una tenía el pelo largo y negro.

Otra una mata plateada.

Un atisbo de piel que una vez fue de un precioso tono ónice.

El miedo congelado sobre una cara por toda la eternidad.

Cabezas. Eran cabezas.

Muchísimas.

Magda.

La madre de la mujer que había muerto.

Keev, el wolven.

El hombre atlantiano que se había negado a que lo tocara.

Una cabeza rodó para pararse a los pies de Casteel. En cuanto vi la barba manchada de sangre, se me cerró la garganta.

Elijah.

Capítulo 39



Me tambaleé un paso hacia atrás. Levanté mis ojos horrorizados hacia Casteel, luego los deslicé hacia donde la duquesa de Teerman *había* estado. Ya no. Me giré hacia Casteel de nuevo.

Su pecho se expandió, pero no soltó el aire, los ojos clavados en el *regalo*.

—Casteel —susurré.

Despacio, apartó la mirada de esa imagen grotesca, sus ojos casi tan negros como los de un Ascendido cuando se cruzaron con los míos.

Y supe que no habría más palabras.

Cerré mis sentidos a cal y canto y bloqueé mis emociones, mi horror y mi furia. Solté el aire con fuerza.

—Mata a todos los que puedas. —Desenvainó las espadas doradas de sus lados, se giró otra vez hacia el borde de la muralla y saltó.

Saltó desde la cima del Adarve, cuatro metros o más por encima del campo.

Corrí hasta el borde, su nombre un grito silencioso en mi boca. Aterrizó en cuclillas, las espadas a sus lados mientras se ponía de pie delante de un ejército de *cientos*.

- —Qué considerado por tu parte reunirte con nosotros —le gritó un caballero—. ¿El Señor Oscuro él solito? Esto no pinta muy bien para ti.
 - —Yo nunca estoy solo —gruñó Casteel.

Unos gritos agudos resonaron desde todas partes a mi alrededor, subían y bajaban en un grito de guerra que provocaría un miedo pavoroso incluso al más curtido de los guerreros.

Las guardianas.

Se movían tan silenciosas como espectros. Aparecieron en las murallas, columpiaron las espadas por encima de sus cabezas y las hicieron entrechocar con un sonido atronador. Unas chispas brotaron de las espadas, que luego se prendieron fuego. Contuve la respiración cuando unas llamas doradas giraron en espiral por encima de las armas y envolvieron en fuego las hojas de piedra. Las llamas se extendieron por todo el Adarve y entonces ellas también saltaron por el borde, una a una. Cayeron como estrellas doradas. Para cuando aterrizaron, Casteel no era más que un manchurrón entre el cuero y las armaduras. Cortó un camino a través de la línea de hombres antes de que supieran que estaba ahí siquiera, directo hacia el carruaje. Iba a matar a la duquesa.

Y por una vez no me importó en absoluto el tema de la dignidad en la muerte.

Aspiré una profunda bocanada de aire para tranquilizarme, levanté el arco y volví a cargar la flecha justo cuando el primer *wolven* surgía de las sombras y derribaba a un guardia de su caballo. A mi izquierda y mi derecha, los más mayores de los lugareños levantaron sus arcos. Busqué destellos de negrura, de capas que distinguían a los caballeros de los guardias, y apunté mientras los otros brotaban de entre los árboles que llegaban hasta las murallas de la derecha del Adarve.

Vi a un caballero montado que cargaba contra un hombre que había clavado una espada bien honda en el pecho de un soldado. Apunté. La mano del caballero se extendió hacia fuera y una cadena de pinchos se desenrolló. El metal y las púas giraron a una velocidad mareante mientras me centraba en el único punto débil sin armadura.

Solté la cuerda. La flecha salió zumbando hasta él y le dio de lleno en el ojo. El impacto lo derribó de su caballo y su cuerpo se desintegró mientras caía al suelo.

Quentyn llegó derrapando para ocupar el espacio que había a mi lado. Colocó un escudo contra las paredes de piedra. Se estiró hacia arriba para echar un vistazo por encima del muro, la mandíbula dura mientras apuntaba con su arco.

- —¿Dónde está Beckett? —pregunté, pues no lo había visto.
- —Está con los que no pueden luchar.

Asentí.

- —Los de las capas negras son caballeros. *Vamprys*. Apunta a sus cabezas.
- —Oído. —Guiñó los ojos.

Encajé otra flecha en la cuerda y busqué a Casteel con la mirada. Lo vi en medio de las filas del Ejército Real, justo cuando cortaba con su espada a través del cuello de uno y el estómago de otro. Mis ojos volaron por encima de espadas en llamas que derribaban con fuego a sus oponentes. Un caballero corría hacia una guardiana. Solté la flecha y se le incrustó en la boca.

—¡Arqueros! —gritó un caballero—. En las murallas.

Apunté a un guardia que se abalanzaba sobre un *wolven*, pero solo alcancé a ver la flecha perforar el cuero y derribar al mortal al suelo un segundo antes de que una andanada de flechas cortara por el aire.

- —¡Fuego entrante! —gritó alguien.
- —¡Abajo! —gritó Quentyn, mientras levantaba un escudo que tenía que pesar tanto como él. Nos agachamos mientras las flechas bajaban silbando y rebotaban contra la piedra y el metal del escudo. Gritos de dolor tironearon de mis sentidos; algunas flechas debían de haber encontrado su objetivo.

Quentyn bajó el escudo y yo me levanté de un salto al tiempo que cargaba otra flecha en el arco.

—¿Lo ves? —preguntó Quentyn. Disparó otra flecha—. Al príncipe, digo. Sacudí la cabeza mientras rebuscaba entre el caos en lo bajo. Estaban pasando demasiadas cosas, había demasiada gente. Apenas podía ver siquiera las espadas llameantes de las guardianas entre el estrépito de espadas normales y cuerpos.

—Estará bien —le dije a Quentyn, me dije a mí misma, mientras tensaba la cuerda de nuevo. Decidí olvidarme de los caballeros y centrarme en cambio en los soldados. Agoté una aljaba entera de munición antes de que varios de ellos cortaran a través de la barrera de *wolven* y guardianas. Una docena o más llegaron hasta la puerta. Los gritos desde lo bajo hicieron que mi don se hinchara dentro de mí. Sabía que iban a conseguir entrar.

Otra lluvia de flechas voló por los aires y maldije mientras volvíamos a ponernos a resguardo debajo del escudo. Varias rebotaron contra él y cayeron al suelo a nuestro lado. Unos gritos cortaron a través de la noche. Mis ojos volaron en dirección a las escaleras. Ahí fuera no había las personas suficientes para contenerlos. Seguirían avanzando, igual que hacían los Demonios. Nos aplastarían antes de que llegara el grueso del ejército siquiera.

Y yo estaba ahí arriba, escondida detrás de un escudo. Mis ojos se cruzaron con los de Quentyn.

- —¿Eres bueno de verdad con el arco?
- —Eso creo. —Asintió.
- —Bien. Cúbreme.

- —¿Qué? —Sus ojos dorados se abrieron como platos.
- —Cuando me veas ahí abajo, cúbreme. —Dejé caer el arco.
- —¡No puedes salir ahí afuera! Casteel... quiero decir, el príncipe no...
- —No esperará menos de mí —le dije—. Cúbreme.

Sin esperar contestación, eché a correr hacia las escaleras. Desenvainé mi daga cuando pasaba por al lado de los macabros regalos. Bajé como una exhalación por las escaleras de caracol y solo frené cuando oí el estrépito de piedra contra piedra.

Habían conseguido entrar en el Adarve.

Bajé el resto de las escaleras con cautela, siempre bien pegada a la pared.

Un cuerpo se tambaleó por la boca de las escaleras y cayó al suelo. Tras él apareció un guardia real. Todo lo que vi fue una cara joven salpicada de sangre. Una cara demasiado joven. Ojos azules. ¿Sabía él para qué luchaba? Tenía que saberlo. Había estado ahí afuera cuando la duquesa habló. En cualquier caso, eso no importaba.

Su espada goteaba sangre, y el guardia se detuvo una décima de segundo. Era todo lo que necesitaba. Me abalancé sobre él y le incrusté la daga por debajo de la barbilla. Su respiración burbujeó mientras giraba en redondo y caía hacia atrás, su espada rebotó contra el suelo.

Salí de las escaleras, cambié la daga a mi mano izquierda y agarré la espada del guardia caído. Sopesé su peso. Escudriñé el patio iluminado por antorchas, los cuerpos que se mantenían en pie y los que caían. Y entonces, hice lo que me había enseñado Vikter durante nuestras horas de entrenamiento.

Lo bloqueé.

Lo bloqueé todo.

El horror. Lo que mis ojos querían que mi cerebro y mi corazón vieran. El miedo, sobre todo el miedo. A resultar herida, a tropezar, a errar el tiro, a morir... a perder a mis seres queridos. Vikter me había dicho una vez que cuando luchabas, tenías que hacerlo como si cada respiración pudiese ser la última.

Avancé acechante, mi capa ondeaba a mi espalda en el viento impregnado de aroma a sangre, y todo lo que vi cuando un soldado se giró hacia mí fueron los rostros de sus *regalos*.

El soldado levantó su espada, su cara una máscara de violencia. Existían distintos tipos de sed de sangre. La que sentían los *vamprys* y los Ascendidos, y la que experimentaban los mortales cuando la violencia llenaba el aire. Me colé por debajo de su brazo y di media vuelta para clavarle la espada en la

espalda. Liberé la hoja de un tirón y giré en redondo para incrustar la daga hasta la empuñadura en el pecho de otro soldado. El heliotropo perforó cuero y hueso.

Giré en el sitio y corté a través del cuello de un soldado que pretendía clavar su espada en un hombre caído. Un calor mojado golpeó mis mejillas mientras me daba la vuelta de nuevo y estampaba mi codo contra la garganta de otro. A mi paso crujían huesos y se oían respiraciones sibilantes, mientras el dolor de los que me rodeaban arañaba aún más fuerte contra mis sentidos.

Levanté la mano y arranqué los botones de mi cuello. La capucha cayó y me quité la capa con un movimiento de los hombros. Cayó al suelo detrás de mí cuando eché a correr. Salí como una exhalación del Adarve para unirme a una batalla que teníamos perdida de antemano.

Era... una locura.

Espadas que se estrellaban contra espadas. Gritos de dolor y gritos de furia. Atisbos de pelo y grandes garras y espadas llameantes mientras las guardianas cortaban a través de mortales y *vamprys* por igual.

Un hombre gimió, las manos en torno a su estómago ensangrentado. Era un Descendente. Empecé a frenar, para aliviar su dolor o para curarlo...

Una flecha pasó rozando mi cabeza. Derribó a un guardia que corría hacia mí. Quentyn era *muy* bueno con el arco.

Me aparté del hombre caído, consciente de que aquel no era el momento para ese tipo de habilidad. Por mucho que doliera, por mal que me pudiera parecer, di media vuelta.

Y entonces... caí en la locura desenfrenada. Clavé mi espada en el estómago de un soldado que no podía haber sido mucho mayor que yo. Dejé que mi sed de venganza se apoderara de mí mientras mi espada cortaba a través del cuello de otro. No dudé ni me reprimí cuando vi reconocimiento aflorar en los ojos de los hombres al ver las cicatrices de mi rostro. Tardé solo unos momentos en el campo de batalla en averiguar que habían recibido órdenes de no hacerme daño. Estaba claro que no esperaban que estuviera ahí abajo, luchando, y era una ventaja para mí, una que aproveché. Porque no eran las órdenes de un Ascendido las que me habían enviado ahí fuera. Yo había elegido estar ahí. Lancé una patada a las rodillas de un caballero antes de que pudiera levantar la bola con púas que blandía. Cayó de espaldas y le incrusté la espada en el pecho.

Unas brillantes llamas gemelas pasaron a apenas unos palmos de mi cara cuando una guardiana se daba impulso contra la espalda de un soldado que caía. La mujer de pelo oscuro giró en medio del aire e impactó contra el

pecho de otros dos. Las llameantes espadas cortaron a través de cuero y hueso. Aterrizó en cuclillas y se levantó con la gracia fluida de una diosa. Sus ojos se cruzaron un instante con los míos. Asintió antes de desaparecer en el mar de soldados.

Un repentino gemido de una wolven me hizo dar la vuelta. Una lobuna parda que me recordaba a Kieran pero más pequeña, retrocedía cojeando ante el avance de un caballero, la pata de atrás empapada en sangre. ¿Vonetta? No estaba segura, pero cambié la espada a mi mano izquierda y desenvainé la daga de hueso de wolven. El caballero levantó la espada mientras la wolven le enseñaba los dientes, agazapada sobre la pata herida. Giré la daga para sujetarla por la hoja, eché el brazo atrás y la tiré. El heliotropo se clavó en la frente del caballero y lo derribó antes de que supiese siguiera qué lo había golpeado, mientras yo clavaba la espada en la tripa de otro soldado que fue a por mí. La wolven corrió hacia mí y, de repente, saltó por los aires. Me quedé sin respiración cuando se estrelló contra un soldado detrás de mí. Cayeron los dos, las fauces de ella cerradas en torno al cuello de él. La wolven sacudió la cabeza, zarandeando al soldado como si no fuese más que una muñeca de trapo. Oí huesos crujir mientras giraba en redondo para estudiar la masa de cuerpos de pie y en el suelo. Había wolven entre los caídos. Rostros que reconocía. Recuperé mi daga del suelo polvoriento cuando un wolven del color de la nieve pasó a la velocidad del rayo por mi lado. *Delano*. Di media vuelta y alcancé a ver a Casteel detrás de las catapultas.

Tenía la cara empapada de sangre mientras columpiaba sus espadas y cortaba el pecho de dos soldados. Liberó las hojas de sendos tirones, estiró el cuello y mi corazón se trastabilló. Tenía una herida en el cuello y en el hombro, era irregular y sangraba. Rodeado, rugió enseñando los colmillos y se abalanzó sobre el cuello de un soldado. Desgarró su carne mientras Delano derribaba a un caballero de su montura; sus garras desgarraron la armadura de metal como si no fuese nada más que tierra suelta. Otro *wolven* cruzó por el campo a la velocidad del rayo, uno plateado de un tamaño imposible. ¿Jasper? Agarró el brazo del caballero que columpiaba la espada hacia Delano y... por todos los dioses, lo arrancó de cuajo, espada y todo.

Tendría que vomitar por eso más tarde.

Otro caballero saltó de su caballo, aterrizó como una montaña detrás de Casteel y apartó a un soldado a un lado para llegar hasta él. El mortal se estrelló contra el lateral de una catapulta y el crujido de huesos que oí me indicó que ese soldado no iba a volver a levantarse.

Aceleré el paso, salté por encima de un cuerpo y me comí la distancia entre nosotros justo cuando el caballero se abalanzaba sobre Casteel. Agarré al atacante del pelo y tiré de su cabeza hacia atrás para incrustar la daga de *wolven* en el punto débil de la base de su cráneo. Orienté la daga hacia arriba y el caballero se estremeció cuando lo solté. Su cuerpo se desintegró.

En ese momento, Casteel dio media vuelta enseñando los dientes, la boca pringada de carmesí. La espada que columpió hacia mí se detuvo a un par de dedos de mi cuello. Su aliento salía en ráfagas cortas y entrecortadas.

—De nada —jadeé—. Por salvarte la vida.

Resollando, retiró su espada. Una gran sonrisa sanguinolenta iluminó su rostro.

- —¿Sería este un momento inapropiado para hacerte saber que ahora mismo me pones muchísimo?
- —Sí. —Mis ojos se deslizaron hacia el guardia que se levantaba a duras penas detrás de él—. Muy inapropiado.
- —Bueno, pues mala suerte. —Casteel pivotó y la cabeza del guardia fue en una dirección diferente a la de su cuerpo—. Te encuentro muy excitante.

Mis labios se curvaron mientras giraba. Vi el carruaje.

- —¿Está dentro del carruaje? La duquesa, digo.
- —Eso creo. —Giró la cabeza hacia mí—. ¿Quieres matarla? —Asentí—. Vas a tener que llegar antes que yo.
 - —Factible —dije, mientras incrustaba la daga en el cuello de un soldado.

La carcajada de Casteel sonó salvaje cuando agarró el brazo de un caballero. Lo hizo girar al tiempo que columpiaba una de sus espadas por el aire para cortar a través de su cuello. Empecé a avanzar justo cuando un fuego cobró vida en la oscuridad que acechaba en la carretera del oeste. Me paré en seco, resollando, mientras la chispa de luz se repetía una y otra y otra vez. Las chispas volaron por los aires...

Flechas.

Casteel se estampó contra mí. Me agarró por la cintura y nos metió a los dos debajo de la catapulta. Su cuerpo se aplanó encima del mío y me presionó contra la dura tierra compactada empapada de sangre.

Las flechas cayeron. Impactaron por igual contra soldados de Solis y contra los que luchaban del lado atlantiano. Me apreté contra Casteel al oír las flechas desgarrar piel, al ver los repentinos fogonazos de intensa luz por todas partes a nuestro alrededor mientras el fuego se extendía por encima de los cuerpos y prendía fuego a la catapulta a nuestro lado. El mundo se sumió en el caos y la muerte.

Capítulo 40



Los escalofríos de miedo eran como dedos gélidos en la parte de atrás de mi cuello y por toda mi columna. Casteel levantó la cabeza, su pecho subía contra mi espalda a cada respiración jadeante. Tragué saliva con esfuerzo y seguí la dirección de su mirada. Había llegado una división más grande y nos... nos habían engullido.

Un ejército de soldados de Solis avanzó en tromba. Sobrepasaron el carruaje mientras desenvainaban espadas inmaculadas. Se extendieron por el camino y los campos del exterior del Adarve y luego invadieron el Adarve en sí.

El frío gélido del miedo se coló en mi piel y en mis huesos. Cerré los ojos. No había habido tiempo suficiente para que llegaran las fuerzas de Kieran y Alastir.

Casteel se movió para colocarse a mi lado. Sus dedos rozaron mi mejilla y abrí los ojos. Incluso bajo la capa de sangre que lo cubría, seguía siendo el hombre más guapo que había visto en la vida, y de repente deseé que hubiésemos aceptado nuestros pasados y nos hubiéramos abierto el uno al otro antes de lo que lo habíamos hecho. Así hubiésemos tenido tiempo de conocernos bien. Quizás solo unos días o unas semanas, pero hubiese podido averiguar si había leído su libro favorito y él hubiese descubierto que las fresas eran una debilidad para mí en la misma medida que el queso. Podría haberme contado cosas sobre las conversaciones que los impulsaban a Malik y a él a esconderse en las cavernas, y hubiera podido compartir con él los sueños que había tenido de niña, antes de que me impusieran el velo de la Doncella. Hubiésemos tenido ocasión de explorarnos el uno al otro, y él

hubiese podido demostrar lo sensibles que eran esas zonas que había mencionado.

Ahora, sin embargo, había muchas posibilidades de que nos quedáramos sin tiempo antes de haberlo tenido siquiera.

Me sonrió, pero sin hoyuelos. La expresión no le llegó a los ojos y noté que las lágrimas escocían en los míos.

- —Todo irá bien.
- —Lo sé —dije, aunque sabía que no sería así.
- —Te voy a sacar de aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta.

- —Puedo detener esto. A mí no me harán daño. Puedo ir y...
- —No pueden tenerte, Poppy. Sé lo que te harán. —Extendió sus dedos ensangrentados sobre mi mejilla—. No puedo ni respirar cuando pienso en ello. Te voy a sacar de aquí.

El nudo siguió ahí atascado en mi garganta.

- —¿Qué pasa con los otros? ¿Con Naill? ¿Delano? ¿Von...?
- —Saben cuidar de sí mismos —aseguró—. Tengo que sacarte de aquí. Eso es todo lo que importa ahora mismo.

Pero no era verdad. Spessa's End importaba. La gente importaba.

- —¿Qué pasa con la gente? Los que no pueden luchar.
- —Se les avisará. Teníamos planes por si esto ocurría. Se les avisará y tendrán tiempo de escapar. Están en mejor posición para hacerlo que nosotros. Nosotros tendremos que abrirnos paso luchando. —Me miró a los ojos—. ¿Lo entiendes?

Asentí, pero el nudo se expandió aún más.

- —Lo siento. Lo de Spessa's End. —Se me quebró la voz—. Lo de Elijah. Lo de todos ellos…
- —Ahora mismo tú eres lo que importa. —Casteel me besó, un beso duro y feroz. Un choque de dientes y colmillos que sabía a sangre y desesperación—. Importas. Importamos. El hecho de que sobrevivamos a esto. Eso es lo que importa.

Respiré hondo, despejé mi mente del pánico y la aflicción, y asentí.

- —¿Lista, Poppy?
- —Sí.

Sonrió de nuevo, pero esta vez aparecieron sus hoyuelos.

- —Pateemos algunos culos.
- —Vamos a ello —susurré.

Casteel salió rodando de debajo de la catapulta y se levantó de un salto para incrustar su espada en el primer soldado. Lo seguí de cerca. Me puse de pie y me di cuenta de que antes había estado equivocada. Hasta entonces no sabía lo que era la verdadera locura. Hasta que llegaron desde todas direcciones, intentando agarrarme cuando se percataron de quién era, y lanzando puñaladas y estocadas a Casteel.

El sudor y la sangre empapaban mi piel, mi agarre precario sobre la espada y la daga. Olí y saboreé y vi muerte. A cada puñado de pasos que avanzábamos, nos rodeaban de nuevo. El suelo se puso oleoso de vísceras. Mis botas resbalaban mientras gritaba y clavaba la daga en un pecho. Mis músculos aullaban su protesta mientras columpiaba la espada para cortar cuellos y estómagos y *brazos*... Todo lo que se acercara demasiado.

Recibí un golpe en la mejilla que me hizo empotrarme contra Casteel. Recuperé el equilibrio al tiempo que lanzaba una patada que derribó al hombre de rodillas. No lo pensé dos veces cuando le atravesé el cráneo con la espada. Y entonces ya no pude mantener mis sentidos a raya. Se abrieron y me robaron la respiración al estirarse en todas direcciones, formaron conexiones con los que nos rodeaban y... oh, por todos los dioses, había tantísimo miedo... La amargura se mezcló con el sabor de la sangre. Me atragantó mientras arremetía. Mi brazo chocó con el de Casteel mientras apuñalaba a un hombre...

Un hombre que tenía *miedo*.

Tenían miedo de morir, miedo de no luchar, y solo... *miedo*. Me estremecí mientras giraba, vi caras jóvenes y viejas, blancas y marrones y negras. Sus emociones me anegaron. No podía bloquearlas. No podía tomarme el tiempo de concentrarme en ello mientras me interponía en un golpe destinado a Casteel. Un golpe que se reprimió solo en el último momento, y entonces lo maté. Maté a un hombre que proyectaba terror al aire.

Y algo... algo estaba sucediendo dentro de mí. Se estaba despertando, estirando y expandiendo. Llenaba mis venas y hacía que me vibrara la piel mientras saltaba hacia delante e incrustaba la daga de *wolven* bien hondo en un pecho. Me tragué el miedo del soldado y me ahogué en su agonía... En el miedo y la agonía de todos ellos.

Una mano agarró mi trenza y tiró de mí hacia atrás. Mis pies salieron volando de debajo de mí y Casteel giró en redondo. Más sangre caliente salpicó el aire, nuestras caras. Nos miramos a los ojos mientras me ayudaba a ponerme en pie, y entonces volvimos a girar, el corazón desbocado mientras tropezábamos por encima de cuerpos, mientras los soldados se cerraban sobre

nosotros, mientras gritaban órdenes: *atrapadla*, *matadlo*, *agarrad a ambos*. Y entonces algo explotó desde lo más profundo de mi ser. Inspiré todo el miedo y la agonía y las emociones primitivas, y todo ello creció en mi interior. La violenta y caótica masa de emociones arañaba mis entrañas, mi garganta, y necesitaba bloquearlas. Tenía que bloquearlo todo, tenía que cerrar mis sentidos...

Dejé caer la espada y me llevé la daga a mi propio cuello.

—¡Parad! —grité—. Parad o me rajaré el cuello.

Casteel giró hacia mí a toda velocidad.

- —**Poppy**…
- —Lo haré —advertí, mientras uno de los soldados daba un paso hacia Casteel—. Me cortaré el cuello de lado a lado si alguno de vosotros da un solo paso más. Dudo que ninguno de vosotros sobreviva si lo hago. Él os derribaría a todos.
 - —Estoy a punto de derribarte a *ti* —gruñó Casteel. Lo ignoré.
- —Y si él no lo hace, ¿qué creéis que hará la duquesa? ¿La reina? Harán lo que vosotros les hicisteis a nuestros hombres. Moriréis. Todos y cada uno de vosotros. Eso puedo prometéroslo.

Las caras palidecieron. Intercambiaron miradas. Y varios dieron un paso atrás...

En ese momento, un coro de profundos bramidos, gruñidos roncos y agudos aullidos desgarraron el cielo. Provenían de los bosques, y al parecer de todas partes a nuestro alrededor. Era un *crescendo*, una llamada que no hacía más que aumentar y aumentar, y que recibió una contestación en forma de gemidos y ladridos que parecían proceder de los árboles, de la maleza que rodeaba el lado izquierdo del Adarve y de la carretera del oeste.

Los soldados que teníamos delante empezaron a dar media vuelta...

Una manada de lobunos salió a la carrera del bosque. Cruzaron el terreno que los separaba de nosotros a la velocidad del rayo y saltaron por los aires. Eran un mar de pelo y garras que derribó soldados y desgarró armaduras y carne por igual. Vi a Jasper y a Delano entre ellos, a Vonetta también, pero había... tenía que haber docenas y docenas de ellos. Y su sincronización...

Su sincronización había sido impecable.

Un gran *wolven* marrón levantó la cabeza, las orejas tiesas. Otro y otro hicieron lo mismo, sus luminosos ojos pálidos fijos en mí.

Despacio, retiré la daga de mi cuello.

Y de repente, sonó como si el Adarve se estuviese colapsando a nuestro alrededor. Como si miles de rocas rodaran y cayeran al suelo desde el cielo,

pero el Adarve seguía en pie, y nada, ni siquiera las estrellas, había caído. Me giré hacia Casteel.

Él sonrió, los ojos luminosos, mientras daba un paso atrás y soltaba un gran suspiro.

El sonido que me recordaba a unos truenos aumentó y, cuando me di la vuelta, me percaté de que lo que había oído era el retumbar de unos cascos.

Unos caballos pálidos brotaron de entre los árboles y llenaron la carretera del oeste, las extremidades cubiertas de barro y sangre mientras levantaban tierra y hierba a su paso. La luz de la luna centelleaba sobre armaduras doradas y espadas levantadas. Esas espadas... esos caballos... se movieron entre las líneas y filas de soldados con estandartes blancos desplegados y ondeando detrás de las pálidas monturas, estandartes con la espada y la flecha doradas, cruzadas delante del sol. El emblema de Atlantia.

Atlantia había llegado. Y había cientos de ellos.

Los músculos cansados de mis brazos se relajaron cuando pasaron a la carga por nuestro lado, removiendo el aire empapado de sangre y levantando los mechones de pelo que habían escapado de mi trenza. Prendieron fuego a las catapultas restantes y a las carretas, y tal y como cayeron sobre el ejército de Solis, supe que no quedaría nadie con vida.

Mientras los *wolven* seguían al ejército, una nariz húmeda y templada empujó mi mano izquierda. Bajé la vista hacia los pálidos ojos azules de un gran *wolven* de pelo pardo.

Kieran empujó mi mano de nuevo. La abrí para mostrarle la marca dorada y el anillo de mi dedo.

—Sí —dije con voz ronca—. Te lo perdiste.

Puso las orejas tiesas y miró hacia donde estaba Casteel.

—Te has perdido un montón de cosas —dijo el príncipe.

Kieran trotó hacia él. Di media vuelta y vi el carruaje carmesí, intacto.

¿Seguiría ahí dentro la duquesa? ¿O habría huido?

Antes de pensarlo siquiera, había echado a andar, luego a correr hacia el carruaje, apenas consciente de que Casteel gritaba mi nombre. Abrí la puerta del carruaje de un brusco tirón y la duquesa bufó desde el interior apenas iluminado. Se abalanzó hacia delante, pero frenó en la puerta cuando me vio. Abrió los ojos como platos por la sorpresa.

—Penellaphe...

Le di un puñetazo en la cara.

La duquesa se tambaleó hacia atrás y cayó entre los asientos. Se agarró la nariz y la sangre empezó a resbalar entre sus dedos.

- —Eso ha dolido —bufó. Me miró furiosa cuando entré en el carruaje.
- —Las cosas van a doler mucho más que eso —le prometí. Bajó las manos.
- —¿Cuándo te volviste tan violenta, Doncella?
- —Siempre fui violenta. —La agarré del brazo cuando alargó la mano a por algo. Mis dedos se cerraron en torno a su piel fría—. Y nunca fui la Doncella.
 - —Pero sí lo eras. Siempre lo fuiste.
 - —¿Dónde está mi hermano? —exigí saber.
 - —Ven conmigo y te lo enseñaré.

Negué con la cabeza.

- —¿Dónde está el hermano de Casteel?
- —Con el tuyo —dijo, pero no le creí.
- —¿Está vivo?
- —¿Cuál de ellos?
- —El príncipe Malik.
- —¿Cómo si no hubiésemos podido Ascender a Tawny si no lo estuviera? Solté su muñeca y se me cayó el alma a los pies.
- —Miente.
- —¿Por qué habría de mentir acerca de eso?
- —¡Porque los Ascendidos no hacen más que mentir!
- —Sabes que Tawny estaba impaciente por Ascender. —Se puso de rodillas—. Se puso eufórica cuando le dije que la reina había pedido a los dioses que hicieran una excepción para que ella pudiera Ascender. La envié a la capital. La reina lo hizo por ti. Le conté lo buenas amigas que erais Tawny y tú.
 - —Cállese.
- —Quiere que te sientas cómoda cuando vuelvas a casa. Su nieta... Abrió los ojos de par en par al ver mi mano—. ¿Qué es eso? —La duquesa casi se abalanzó sobre mí, me agarró la muñeca izquierda—. La marca. Miró pasmada la espiral dorada de la palma de mi mano—. Te has casado.

Liberé mi mano mientras se echaba hacia atrás, riéndose.

—¿Te has casado? ¿Con el príncipe de Atlantia? —Levantó sus ojos negros como el carbón hacia los míos, al tiempo que una amplia sonrisa se desplegaba por su cara, revelando los colmillos tanto de la mandíbula superior como los de la inferior—. Si lo hubiese sabido, nada de esto habría sido necesario. Tú. Nacida de carne y fuego. La reina estará encantada de ver que has hecho lo que ella nunca pudo. Apoderarte de Atlantia sin que se hayan

dado ni cuenta, sin que *ella* se haya dado cuenta. Nuestra reina estará muy orgullosa de...

—Cállese —gruñí, y clavé la hoja de heliotropo en su pecho, hasta la empuñadura.

Los ojos de la duquesa de Teerman se abrieron un pelín por la sorpresa. Le sostuve la mirada. Sujeté la daga ahí clavada hasta que se formaron grietas en su piel, hasta que la luz se apagó de sus ojos y su cuerpo se colapsó sobre sí mismo alrededor de la hoja de la daga de hueso de *wolven* y piedra de sangre.

E, igual que un Ascendido, no sentí nada más que una repentina frialdad mientras contemplaba a la duquesa de Teerman convertirse en cenizas.

Di media vuelta.

Casteel estaba en la puerta, las líneas y ángulos de su rostro afilados a la luz de la luna.

```
—Has llegado antes que yo.
```

—Sí.

Pasó un momento largo.

- —¿Te ha dicho algo?
- —No. —Tragué saliva—. No dijo nada.
- —¿Estás bien?

Asentí.

—¿Y tú?

Casteel no dijo nada mientras los sonidos de la batalla se iban atenuando. Abrí mis sentidos con cautela. Sus emociones abarcaban todo el espectro de posibilidades, una tormenta caótica que incluso a mí me resultaba difícil de discernir.

—Que no entre nadie en este carruaje —le dijo a quien fuese que estaba al otro lado de la abertura. Se subió al habitáculo. El techo era justo lo bastante alto para que pudiera ponerse de pie—. Tengo sentimientos muy encontrados ahora mismo.

```
—¿Ah, sí?
```

Asintió y la puerta se cerró a su espalda.

- —Estoy furioso contigo por amenazar tu propia vida. Por pensar siquiera que esa era una opción adecuada.
 - —¿Qué más podía hacer? —pregunté, bajando la daga—. Estaban...
 - —Todavía no he terminado, princesa.

Mis cejas volaron hacia arriba.

—¿Tengo pinta de que me importe si has terminado?

Una sombra de sonrisa apareció a la tenue luz.

- —Estoy *rabioso* por que pudieras hacer algo así.
- —Bueno, pues yo estoy *enfadada* por que no parezcas darte cuenta de que, en ese momento, nos habíamos quedado sin opciones —espeté.
 - —Sigo sin haber terminado —dijo.
 - —¿Sabes qué? No me importa.

Sus ojos se oscurecieron a un tono miel derretida.

—Estoy furioso, pero al mismo tiempo, estoy asombrado. Porque sé que lo hubieses hecho. Te hubieses matado para salvar las vidas de los que seguían en pie. Lo hubieses hecho para salvarme.

Retrocedí cuando él avanzó, y pisé la capa y lo que fuese que llevaba la duquesa debajo.

- —No suenas demasiado asombrado.
- —Eso es porque no quiero estar asombrado por algo tan increíblemente imprudente. —Bajó la barbilla y su voz sonó más gruesa—. Y eso es porque te *necesito*. —Un calor repentino espantó la frialdad que rondaba por dentro de mí—. Necesito sentir tus labios sobre los míos. —Plantó las manos en la pared del carruaje, a ambos lados de mí—. Necesito sentir tu aliento en mis pulmones. Necesito sentir tu vida dentro de mí. Simplemente te *necesito*. Es un dolor, esta necesidad. Un deseo. ¿Puedo tenerte? ¿Entera?

No supe quién se movió primero. Si fue él o si fui yo o si fuimos los dos. No importaba. Unimos nuestras bocas, el beso tan salvaje como el de debajo de la catapulta, y decía todo lo que las palabras no podían comunicar en ese momento. Nos besamos como si no hubiésemos esperado tener el lujo de volver a hacerlo jamás. Y durante demasiados minutos, sabía que los dos habíamos pensado eso.

Habíamos estado a punto de que nos separaran o de que nos mataran, y ese beso... y lo que vino después en ese carruaje oscuro era prueba de lo consternados que estábamos los dos por la idea de que podíamos haber perdido al otro ahora que acabábamos de encontrarnos.

Y fue más que eso lo que me permitió no preocuparme por dónde estábamos, lo que había hecho ahí dentro y lo que estaba sucediendo en el exterior de esas finas paredes cuando Casteel me quitó la daga de la mano y la envainó en mi muslo. Cuando me dio la vuelta y me levantó para ponerme de rodillas sobre el banco almohadillado y me bajó los pantalones y la ropa interior hasta las rodillas. Lo que me permitió no preocuparme fue lo que la duquesa había dicho antes de que la matara, la absoluta frialdad y el vacío

total que había sentido mientras la observaba morir, y la inquietante intuición de que había habido algo de verdad en sus palabras.

Casteel puso mis manos en la pared mientras deslizaba la afilada punta de un colmillo por un lado de mi cuello. Sentí un fogonazo de deseo caliente y húmedo.

- —Esto es muy inapropiado —jadeé.
- —Me importa una mierda. —Me dio otro mordisquito en la piel y mi cuerpo entero se arqueó—. Prepárate.

Lo hice, pero nada me hubiese podido preparar para lo que ocurrió a continuación. Me mordió tan deprisa como una víbora, hundiendo los colmillos bien profundo en mi cuello en el mismo momento en que me penetraba. La mareante conmoción de dolor y placer me robó el aliento y fijó mis ojos como platos en el techo, en el círculo con una flecha atravesada en el centro labrado en negro y carmesí. Infinito. Poder.

El emblema real de los Ascendidos.

Y entonces... entonces me convertí en ese fuego otra vez, la llama.

No hubo nada más que un exceso de placer y éxtasis, intensificado por los graves sonidos retumbantes que emitía Casteel, la mano que se deslizó entre mis piernas y esos habilidosos dedos llenos de malicia.

Una nueva locura nos engulló, una no tan diferente de lo que había sentido cuando salí al patio. Y quizás toda la muerte que habíamos visto e infligido también nos había llevado a este momento, al hambre con que se movía su boca sobre mi cuello y la cuasi avaricia con que mis caderas empujaban hacia atrás contra las suyas. Sentir al otro era un recordatorio de que estábamos vivos. Que habíamos sobrevivido. Que habría tiempo para todas esas cosas en las que había pensado cuando estábamos pegados al suelo debajo de esa catapulta. Que a pesar de lo incierto que era nuestro futuro, seguía existiendo un futuro. Y cuando la tormenta en nuestro interior llegó a su clímax y nos llevó por encima del borde, supe que también era la intensidad de lo que sentíamos el uno por el otro, lo que los dos habíamos estado reprimiendo, lo que nos impulsaba.

Lo que impulsó a Casteel a abandonar a su gente para salvarme a mí.

Lo que me impulsó a mí a poner una daga contra mi propio cuello, dispuesta a rajarlo de lado a lado para salvarlo a él.

La intensidad de la emoción, lo absorbente que parecía de repente, no tenía sentido. Mi cabeza cayó hacia atrás contra su pecho y él besó la comisura de mi boca, la cicatriz más larga y luego la corta. No me importaba.

—Ya me tienes —susurré.

Capítulo 41



El campo en el que había visto entrenar a las guardianas estaba lleno de catres ocupados por los heridos y los muertos. La mayoría eran mortales. Veinte Descendentes o personas de ascendencia atlantiana que se habían instalado en Spessa's End habían fallecido. Al menos cincuenta de los efectivos con sangre atlantiana que habían llegado con el ejército habían muerto, y el doble de esos ocupaban los catres. Una docena o así de *wolven* estaban heridos más allá de sus capacidades para curarse a sí mismos. Los atlantianos Elementales que habían conformado la inmensa mayoría del ejército se habían curado solos. Ninguna de las guardianas había caído y solo había unas pocas entre los heridos.

Aun así, el ejército atlantiano había triunfado, a pesar de las bajas. Para cuando Casteel y yo salimos del carruaje, tenían todo bajo control. Encontramos a Kieran y varios guerreros atlantianos montando guardia.

No pude reunir ni un ápice de vergüenza al pensar que algunos seguro que sabían lo que había sucedido en el interior del carruaje.

Habían dejado con vida a un solo soldado de todo el ejército de Solis. Casteel y unos pocos más habían partido hacía unas horas para escoltar a un chico joven, apenas entrado en la edad adulta, hasta la tierra chamuscada de Pompay, encargado de la tarea de transmitir una advertencia.

Y un mensaje.

Atlantia había reclamado Spessa's End, y cualquiera que viniera a tomar la ciudad encontraría el mismo final que los que habían venido antes. El mensaje también era una oportunidad. Casteel había iniciado una parte de su plan original. La batalla de Spessa's End no tenía por qué ser la primera de

muchas por venir. El príncipe y la *princesa* de Atlantia estaban deseosos de reunirse con el rey y la reina de Solis para hablar del futuro de los reinos.

No envidiaba al chico al que se le había encomendado la tarea de transmitir el mensaje.

Tampoco envidiaba a los familiares y amigos de los que habían perdido a seres queridos. Cada vez que veía en pie a alguien que conocía, me invadía una abrumadora sensación de alivio.

—Gracias. —Una voz rasposa llamó mi atención. Un *wolven* mayor había sufrido un corte tan grave en un brazo que casi lo había perdido. Era el último al que había atendido. Lo había curado. Como había curado a todos los que me permitieron intentarlo.

Algunos habían rechazado mi contacto, como había pasado con aquellos de New Haven. Se me comprimió el pecho de manera dolorosa cuando la imagen de Elijah cobró forma en mi mente. Me aclaré la garganta.

—De nada. —Con la espalda y los brazos doloridos, empecé a levantarme
—. No sé si tu brazo está curado del todo. Deberías hacer que te lo vea un curandero lo antes posible.

Antes de que pudiera alejarme, el *wolven* me sujetó del brazo izquierdo. Abrió un poco los ojos ante el contacto y me pregunté si había sentido la misma corriente eléctrica extraña que habían sentido los otros al tocarme. Le dio la vuelta a mi mano, despacio.

- —Entonces, ¿es verdad? —preguntó, mirando la espiral dorada de la palma—. ¿Te has casado con nuestro príncipe? —Asentí y mi corazón dio un saltito. Este *wolven* de mediana edad, con su cabeza de rastas negras y plateadas, había sido el primero en preguntar—. Los otros dicen que has luchado a su lado durante toda la batalla.
 - —Empecé en el Adarve, pero luego sí que bajé.
- —Y aun así, aquí estás. Has estado aquí todo este tiempo, curando a la gente —comentó, sus ojos pálidos muy avispados—. Con tu contacto.
- —¿Cómo no iba a estar cuando puedo ayudar? —Y había ayudado. Talia, la curandera a la que había visto solo un instante, estaba hasta el cuello con los que rechazaban mi ayuda. Así que, después de la batalla, solo me había entretenido en lavarme la sangre de la cara y las manos, aunque seguía pegada a mi ropa y seca debajo de mis uñas.

El hombre asintió, me soltó la muñeca y volvió a apoyar la cabeza en el catre.

—Kieran dijo que eras de linaje Empático. —Asentí otra vez—. Nunca antes había visto a uno brillar de color plateado —añadió—. Y los recuerdo.

Por aquel entonces era un niño pequeño y quedaba solo un puñado de ellos vivos, pero recordaría algo así.

Me pregunté qué edad tendría este wolven.

- —Jasper dijo lo mismo —comenté.
- —No me sorprende. Él sabe cosas —aclaró el *wolven*—. Excepto cuándo mantener la boca cerrada.
 - —Eso es lo que me han dicho —dije con una sonrisa cansada.
 - —Debes descender de una línea de Empáticos antigua.
 - —¿Qué más podría ser? —pregunté, sin esperar realmente una respuesta.
 - —Sí —murmuró—. ¿Qué más?

Miré hacia atrás y vi a Quentyn y a Beckett que se movían entre los heridos y convalecientes.

- —Están repartiendo agua y comida. ¿Necesitas algo más?
- —No. —El *wolven* me miró mientras me levantaba—. Pero deberías tener cuidado, princesa. —Me quedé muy quieta—. Me he fijado en cómo te miran los otros. Puede que nuestro príncipe te haya elegido. Puede que hayas luchado a su lado y por ellos. Puede que hayas curado a muchos de nosotros —enumeró, con una voz llena de gravilla—. Pero ellos no te eligieron, y muchos ni siquiera son lo bastante mayores como para recordar los linajes de Empáticos. Los que sí lo son, recuerdan lo que eran capaces de hacer, cómo se les llamaba…
- —¿Come Almas? Yo no puedo hacer eso —dije, aunque mi corazón empezó a latir con fuerza—. No puedo robar las emociones de una persona.
- —Pero ellos no lo saben. —Deslizó los ojos hacia los otros catres—. ¿Hay alguien aquí, para protegerte? —Empezó a sentarse—. No deberías estar aquí fuera tú sola si el príncipe…
- —Estoy bien. —Lo empujé con suavidad para que volviera a tumbarse—. Voy armada y puedo cuidar de mí misma.
- —No lo dudo, pero... —Vi que tensaba los músculos de la cara, como si sintiera dolor, aunque sabía que no era así—. No debería decir esto. Maldita sea, es casi traición, pero me has curado. Te lo debo.
 - —No me debes nada.
- —Hubiese tardado días, quizás incluso más, en curarme esa herida, y eso si lograba conservar el brazo. Soy un *wolven*, princesa. Eso no significa que pueda volver a salirme una extremidad amputada.

Eché un rápido vistazo a la pálida marca rosa que casi daba la vuelta entera a su bíceps. Los dioses tenían que apreciarlo para haber conservado ese brazo después de semejante herida.

—Es bien conocido en los ejércitos que una vez que el rey tuvo constancia de los planes del príncipe de capturarte, empezó a trazar sus propios planes. Dudo de que sepa lo mucho que han cambiado los del príncipe, porque los suyos no lo han hecho.

Una sensación de pesadumbre se asentó sobre mis hombros.

- —Planea utilizarme para enviar un mensaje. Dudo de que fuese a ser un mensaje que estuviera vivito y coleando —dije—. Lo sé.
- —Entonces, también debes saber que Casteel es nuestro príncipe continuó el *wolven* en voz baja—. Pero Valyn, su padre, es nuestro rey.
 - —Lo sé —repetí y me planté una sonrisa en la cara.
 - —¿Estás segura?

La pesadumbre se intensificó mientras asentía de nuevo.

—Deberías descansar. Al menos hasta que Talia pueda confirmar que estás bien.

El veterano *wolven* transigió, no muy contento. Con una última despedida, caminé por el borde de la enfermería improvisada, observando el campo y los estandartes con el escudo de Atlantia bordado.

Sentía muchos ojos sobre mí.

Los había sentido todo el tiempo que me había desplazado por el campo, pero con todo el dolor que reverberaba a mi alrededor, no me había permitido sentir nada más allá de la agonía.

Pero ellos no te eligieron.

Hice una mueca. Las palabras del *wolven* se repetían en mi cabeza una y otra vez. Empecé a alejarme del campo.

Lo que había dicho el *wolven* acerca del rey y la amenaza velada que insinuaba dónde estaba la lealtad de la gente de Atlantia tampoco había sido una gran sorpresa.

En el fondo de mi mente, ya me lo había imaginado, ¿no? Y eso fue antes de que oyeran las ridículas declaraciones de la duquesa de Teerman diciendo que yo era la nieta de la reina Ileana. La reina era una Ascendida. Yo no era de su sangre ni había nacido de carne y fuego... fuera lo que fuese lo que eso quería decir.

Pero yo no era como otros Empáticos, y aun así, parecía que ese linaje inspiraba más temor que respeto. Sabía que no tendría demasiados partidarios en Atlantia. Apenas los tenía aquí.

Casteel era el príncipe de Atlantia, amado y respetado. Eso era obvio. Pero ni una sola persona hablaba mal de su padre o de su madre, y estaba segura de que eran tan queridos como él. Casteel era el príncipe, pero su

padre era el rey, y si quería verme muerta para enviar un mensaje, su gente lo apoyaría. No tenía nada claro que un anillo o una marca de matrimonio fueran a cambiar eso cuando el hecho de que hubiese luchado y matado por proteger a la gente de Atlantia no lo había logrado.

Y Casteel... tenía que saberlo. Tenía que saberlo desde siempre.



Sentada en la bañera de agua templada y jabonosa, abrazaba mis piernas, las rodillas apretadas contra el pecho, los ojos cerrados. Rememoraba la arena caliente debajo de mis pies y el peso de las manos de mi madre y de mi padre en las mías. Recordé la sonrisa fácil de Ian, que corría por delante de nosotros, y el sonido de la risa de mi madre y la forma en que mi padre la miraba como si...

Como si fuese el sonido más bonito que hubiese oído nunca.

Las comisuras de mis labios se curvaron hacia arriba. Pensar en esos momentos había aliviado la frialdad que había vuelto a invadirme según caminaba de vuelta a la fortaleza. Lo que había dicho la duquesa y el recuerdo de Tawny me atormentaban, como había sabido que harían. Junto con la preocupación acerca de los planes del rey y la lealtad de la gente de Atlantia.

Abrí los ojos al oír el suave *clic* de la puerta de la sala de baño. El aroma a intensas especias oscuras y pino fresco envolvió el aroma cítrico del jabón cuando Casteel se acuclilló a mi lado. Tenía el pelo húmedo, la ropa limpia y sin rastro de sangre. Cuándo y dónde se había lavado, no tenía ni idea. No lo había visto desde que se marchara con el joven soldado de Solis.

- —Eh —dijo con voz queda. Sus ojos se deslizaron por mi cara y se demoraron un poco en un magullón que me había ganado durante la batalla.
- —Hola —susurré. Un lado de sus labios se curvó hacia arriba y noté que me sonrojaba. Me aclaré la garganta—. ¿Fue todo bien? Con el soldado, digo. Casteel asintió.
- —Está de camino a Whitebridge. —Alargó la mano, reunió varios mechones de mi pelo mojado y los pasó por encima de mi hombro. Destapó así la marca de su mordisco en mi cuello, y hubiese jurado que su sonrisa se ensanchó—. Creo que te debo un gracias.

Apreté las piernas.

—¿Por hacer qué?

—Te has pasado el día entero curando a los que has podido y aliviando el dolor de los que no podías curar. —Sus dos joyas ambarinas conectaron con mis ojos—. Gracias.

Tragué saliva.

- —Solo he hecho lo que podía, lo que haría cualquiera con mis habilidades. —Al menos eso era lo que esperaba—. Algunos de ellos no me lo permitieron.
- —Algunos de ellos son idiotas —sentenció. Sus dedos se deslizaban por la piel mojada de mi espalda.
 - —Son tu gente.
 - —*Nuestra* gente —me corrigió con suavidad.

Se me cortó la respiración y sentí una punzada de pánico e inquietud al darme cuenta de que eran mi gente, les gustara o no.

—Yo... siento mucho lo de Elijah y todos los demás. Me gustaba, y Magda era simpática. Pero eran... eran tus amigos.

Bajó las pestañas mientras soltaba un aire tembloroso.

- —Conocía a Elijah desde que era un niño, por raro que eso suene, dado que parezco más joven que él. Conocía los riesgos y sé que se defendió. Sé que todos lo hicieron, pero no se lo merecía. Ninguno de ellos se lo merecía.
 - —No, eso es verdad —reconocí en voz baja.
 - —Debí sacarlos a todos de ahí. Arriesgarnos a llamar la atención. Debí...
- —Hiciste lo que pudiste. Algunas de esas personas no podían viajar debido a sus heridas, y ninguna estaba lista para partir tan de inmediato argumenté—. Lo que ha pasado ahí no es culpa tuya. —Casteel no dijo nada —. Lo sabes, ¿verdad? Fueron los Ascendidos. Ellos son los responsables. No tú.

Casteel asintió despacio.

- —Lo sé.
- —¿Seguro?

Tragó saliva y asintió, pero yo no tenía muy claro que ese fuese el caso.

- —Cuando he vuelto a Spessa's End, me han contado algo extraño.
- —Casi me da miedo preguntar qué fue.

Esbozó una breve sonrisa.

- —¿Te acuerdas de cuando aparecieron los *wolven* durante la batalla?
- —¿Cómo podría olvidarlo?
- —Me alegro de que no lo hayas hecho, porque era cuando te habías puesto un cuchillo en el cuello.

- —Trataba de salvarte a ti y a la gente —le recordé—. Ya hemos hablado de ello.
- —Es verdad, pero Kieran me ha dicho que te oyó llamarlo. Dijo que los otros *wolven* también lo sintieron. Que por eso viraron todos en nuestra dirección. Jasper lo ha confirmado —añadió—. Ha dicho lo mismo.
- —No los llamé. Quiero decir, ¿cómo podría hacerlo? —Tragué saliva—. Es obvio que sentía muchas cosas en ese momento. Sentía como, no sé, como si estuviera a punto de perder el control. Pero ¿cómo es eso posible siquiera?
- —No lo sé, Poppy. No he visto nada así nunca. No sé cómo pudieron percibir nada de ti. —Tiró de otro mechón de pelo mojado y lo pasó también por encima de mi hombro desnudo—. Ellos tampoco lo saben. Se lo acabo de preguntar hace un momento. Los dos dijeron que sintieron que los llamabas. Que pedías auxilio.
- —Delano. Oh, por todos los dioses... —Se me puso toda la carne de gallina.
 - —¿Qué?
- —Cuando estábamos en New Haven y me habías encerrado en esa habitación, hubo un momento en que Delano entró en tromba y juró que me había oído llamarlo. Pero no lo había hecho.

Las cejas de Casteel se fruncieron por encima de sus ojos.

- —¿Ocurrió algo entonces? Porque si es así y nadie me dijo nada...
- —No pasó nada. Estaba enfadada. Enfadada contigo porque estaba encerrada en esa habitación —expliqué—. Él dijo entonces que debía de haber sido el viento, y es *verdad* que el día estaba ventoso, así que lo olvidé.

Casteel levantó otro mechón de pelo.

—Qué extraño.

Lo miré estupefacta.

- —¿Eso es todo lo que tienes que decir sobre el hecho de que hayan *sentido* mi llamada? ¿Que es extraño?
 - —Bueno, la definición de extraño es «algo raro e inusual»...
- —Sé lo que significa extraño —lo interrumpí—. ¿Es otro rasgo de los Empáticos que ha decidido manifestarse ahora?
- —Jamás he oído que los Empáticos pudieran hacer eso —admitió, mirándome a los ojos. Se me hizo un nudo en el estómago.
 - —Igual que brillar de color plateado y ser capaz de curar...
- —Podrías ser de dos linajes distintos —aportó—. Ya lo hemos hablado antes. Es una posibilidad.

Más plausible que la posibilidad de que la reina Ileana fuera mi abuela. No tenía ni idea de lo que pensar de todo este tema de haber oído mi llamada, pero ¿y si esa era otra habilidad de los Empáticos? La gente podía proyectar su dolor y su miedo. ¿Y si eso era lo que yo estaba haciendo y los *wolven*, por alguna razón, lo detectaron? Eso parecía tener cierta lógica.

- —¿Y ahora qué hacemos? —pregunté.
- —¿Ahora mismo? ¿En este mismo momento? —Esbozó una sonrisa sensual y sus ojos se pasearon por la piel desnuda que quedaba a la vista, que no era ninguna de las partes interesantes—. Tengo un montón de ideas.
- —No estaba hablando de eso —dije, aunque me alegré de ver la solemnidad desaparecer de sus ojos.
 - —Lo sé, pero estoy distraído. No es mi culpa. Estás desnuda.
 - —No puedes ver nada.
- —Lo que veo ya es suficiente. —Apoyó las rodillas en el suelo y los brazos sobre el borde de la bañera—. Así que estoy de lo más distraído.
- —Eso suena como que es problema tuyo, no mío —le informé. Se rio mientras agachaba la cabeza para besar la zona de mi rodilla que no estaba tapada por mis brazos.
- —Partiremos hacia Atlantia mañana. Los ejércitos atlantianos que han venido se quedarán aquí, solo por si acaso los Ascendidos quieren hacer una elección muy mala en sus vidas. Spessa's End estará protegido.

Noté una sensación vertiginosa en el pecho.

- —¿Tan pronto?
- —Ya estaríamos ahí, si las cosas hubiesen ido como habíamos planeado.
 —Se echó hacia atrás—. Estamos casados, pero todavía no te han coronado.
 Hay que hacerlo.

Me mordisqueé el labio de abajo.

—Entiendo que la coronación hace que la cosa sea oficial, pero ¿qué es lo que cambia en realidad? Tu... —Cerré los ojos un instante—. Nuestra gente sigue sin confiar en mí, sigo sin gustarles. O lo que sea. Y tu padre todavía tiene sus planes, ¿no es así? Planes con respecto a mí.

Frunció el ceño.

- —Los planes de mi padre han cambiado.
- —¿Qué pasa si no es así?

Me miró con suspicacia durante unos segundos.

—¿Alguien te ha dicho algo?

Como no quería arriesgarme a meter al veterano *wolven* en un lío, negué con la cabeza.

- —Es solo que... sé que muchos no me aceptan, incluso después de la boda y de ayer por la noche. Tú eres el príncipe y todo eso. Pero él es el rey...
- —Y tú empiezas a sonar como Alastir —me interrumpió—. Casi creería que te había calentado la cabeza otra vez, pero se quedó en Atlantia.
- —No es Alastir —rebatí—. Pero es verdad que dijo algo así, y tiene cierta razón. Sé que querías casarte conmigo en parte porque me ofrecía determinado grado de protección…
- —Al principio, Poppy. Y eso era solo porque me había convencido a mí mismo de que esa era la razón —afirmó—. No era la única razón. Como tampoco lo era liberar a mi hermano o evitar una guerra. Te quería a ti, y quería encontrar una manera de conservarte a mi lado.

Ahora se produjo un retortijón de otro tipo en mi pecho en respuesta a sus palabras.

- —Ya me tienes. —Susurré las misma palabras que le había dicho en el carruaje.
- —Lo sé. —Me sostuvo la mirada—. Y nadie, ni siquiera mi padre ni mi madre, cambiará eso.

Le creí.

De verdad que sí.

- —No te hará daño nadie —aseguró—. No lo permitiré.
- —Yo tampoco.

Entonces sonrió, con los dos hoyuelos visibles.

- —Lo sé. Vamos. —Se puso de pie y alargó una mano hacia la toalla—. Si te quedas ahí dentro más rato, te van a salir aletas.
 - —¿Como un ceeren?
 - —Como un ceeren —confirmó con una sonrisa. Pero no me moví.
 - —Te mentí.
 - —¿Sobre? —preguntó Casteel con una ceja arqueada.
- —Me preguntaste si la duquesa me había dicho algo antes de matarla y te dije que no. Era mentira.

Se produjo un momento de silencio.

- —¿Qué te dijo?
- —Le... le pregunté por mi hermano y por el tuyo. Dijo que estaban juntos, pero no quiso decir nada más sobre ellos. —Observé cómo volvía a arrodillarse a mi lado—. Me dijo que Tawny iba a Ascender sin esperar. Que tal vez hubiese ocurrido ya. Dijo que la reina sabía el cariño que le tenía a Tawny y quería que estuviera ahí, para que cuando volviera a casa me encontrara cómoda.

- —Dios. —Casteel se inclinó hacia mí, me puso una mano detrás de la cabeza—. No sabes si nada de eso es cierto. Nada, Poppy. Tu hermano. El mío. Tawny. Ella...
- —Dijo que la reina estará encantada cuando se entere de que nos hemos casado. Que si lo hubiese sabido antes, nada de lo ocurrido ayer por la noche habría sido necesario —le expliqué. Se quedó muy quieto—. Me dijo que yo había conseguido una cosa que la reina nunca pudo. Que me había apoderado de Atlantia.
 - —Eso no tiene ningún sentido, Poppy.
- —Lo sé —afirmé—. Tampoco lo que dijo de que la reina fuera mi abuela. No tiene ningún sentido en absoluto. Es tan estrambótico, tan increíble que... que no puedo evitar preguntarme si alguna parte es verdad.

Capítulo 42



Cabalgamos hacia el este, hacia Atlantia, bajo un cielo que era un lienzo de azules.

Los hombres que habían viajado con Alastir venían con nosotros, aunque el *wolven* no había hecho el viaje de regreso a Spessa's End. Les faltaban unos cuantos miembros, aparte del lobuno Dante, pero el tamaño de nuestro grupo se había triplicado, si no más. Habíamos ganado a Jasper y a varios *wolven* más, que regresaban a Atlantia. Vonetta se había quedado en Spessa's End, pero había prometido verme pronto pues planeaba volver para el cumpleaños de su madre y el inminente nacimiento de su hermanito o hermanita.

Las llanuras áridas a ambos lados de la densa zona boscosa dieron paso a campos de altos juncos con diminutas florecillas blancas. Beckett, que corría a nuestro lado en su forma de *wolven*, parecía tener una reserva de energía inagotable que yo encontraba envidiable. Se adelantaba a la carrera, desaparecía entre las plantas ralas, solo para brotar a nuestro lado otra vez unos segundos más tarde. Nunca se alejaba demasiado de nuestro lado, o más bien, del lado de Casteel. Supuse que la proximidad de Beckett tenía que ver con la presencia de su príncipe, y me alegré de ver que no percibía ningún miedo en él, ni en ninguno de los que viajaba con nosotros.

No obstante, el grupo avanzaba en silencio, incluso Casteel. Y había muchísimas razones para ese silencio. No había una sola persona ahí que no hubiese perdido a alguien en la batalla o en New Haven.

No podía pensar en Elijah, ni en Magda y su hijo nonato, en ninguno de ellos. No podía pensar en quién añadiría ahora los nombres a las paredes subterráneas.

Pero sabía que Casteel lo hacía. Sabía que esa era la razón de que se hubiese quedado callado varias veces la noche anterior, y pensé que tenía muy poco que ver con la conversación que habíamos tenido nosotros. Echaba de menos a Elijah. Lamentaba su muerte y la de todos los demás, y estaba segura de que creía que les había fallado.

Mis pensamientos eran una carga que me iba agotando. La falta de sueño tampoco ayudaba. Las pesadillas sobre la noche del ataque de los Demonios me encontraron de nuevo y, aunque Casteel había estado ahí cuando desperté, boqueando en busca de aire y con un grito quemando a través de mi garganta, los horrores de aquella noche me encontraron de nuevo en cuanto me volví a dormir.

Por ello, no tenía demasiadas ganas de que llegara la noche.

El sol estaba muy alto por encima de nosotros cuando me percaté de que el horizonte que había estado contemplando no estaba donde las nubes se encontraban con la tierra. Me enderecé y me agarré mejor a la montura a medida que manchurrones de verde oscuro empezaron a aparecer entre el gris más adelante. La neblina. Era la neblina que ocultaba las montañas, tan espesa que a lo largo de todos los kilómetros que habíamos estado viajando, había creído que era el cielo.

—¿Ahora las ves? —preguntó Casteel—. ¿Las Skotos?

Con el corazón en un puño, asentí.

- —La neblina es superdensa. Si es así durante el día, ¿cuánto empeora de noche?
- —Se difuminará un poco una vez que lleguemos al pie de las montañas. —El brazo de Casteel permaneció seguro a mi alrededor mientras me estiraba hacia delante—. Pero por la noche… bueno, la niebla está por todas partes a tu alrededor.

Me estremecí, al tiempo que más montañas iban asomando entre la neblina. Un saliente rocoso aquí, un pegote de árboles allá.

- —Entonces, ¿cómo cruzaron los ejércitos a través de ella? —Miré a Kieran—. ¿Cómo conseguisteis llegar tan deprisa?
- —Los dioses lo permitieron —repuso sin más. Arqueé las cejas—. La neblina no vino por nosotros. Se dispersó de noche, lo bastante para que pudiéramos continuar adelante.

Me recliné contra Casteel y deseé que los dioses nos permitiesen hacer lo mismo.

Casteel reventó mi burbuja de esperanza al segundo siguiente.

—La neblina nunca es tan mala al salir de Atlantia como lo es al entrar.

- —Genial —murmuré.
- —Tenemos suerte de que las montañas Skotos no son ni remotamente tan grandes como la cordillera de más allá —comentó Naill desde donde iba montado al otro lado de Jasper.
- —¿Hay otras más grandes? —Las montañas Skotos eran las más grandes de Solis, por lo que yo sabía en cualquier caso. El atlantiano asintió.
- —Se tarda menos de un día en cruzar por donde vamos a pasar nosotros. Algunos otros picos, sin embargo, requerirían varios días de marcha. —Se movió en la montura—. Pero hay montañas en Atlantia que se alzan tan imponentes hacia el cielo que no ves nada más. Picos tan altos que harían falta semanas solo para llegar a la cima. Y una vez ahí, incluso a un atlantiano le costaría respirar.

Unos tentáculos de niebla empezaron a reptar entre los frondosos juncos, formando pequeñas nubecillas por encima de ellos.

Beckett salió pitando hacia delante y, en un abrir y cerrar de ojos, la neblina se lo tragó. Solté una exclamación ahogada y me estiré hacia delante mientras echaba mano de mi daga.

—Está bien. —La mano de Casteel se cerró por encima de la mía. Me dio un apretoncito—. ¿Ves? Ahí está.

Mi corazón no se apaciguó cuando la oscura cabeza peluda apareció por encima de la neblina, la lengua colgando mientras jadeaba de la emoción.

- —¿Estás seguro de que no hay Demonios aquí?
- —No ha habido un Demonio tan al este desde la guerra —me tranquilizó Emil, que cabalgaba un poco más adelante.

Aun así, permanecí alerta a medida que nos acercábamos al manto blanco en el que solo existían sombras de formas. Mis músculos se tensaron porque todos mis instintos querían que agarrara las riendas e hiciera parar a Setti. Era imposible que pudiéramos atravesar por ahí. ¿Quién sabía lo que nos aguardaba al otro lado? ¿Y si estaban equivocados con respecto a los Demonios? Se me puso la carne de gallina cuando Jasper y Emil desaparecieron a través de la pared de niebla. Un grito se acumuló en mi garganta y se quedó ahí atascado cuando Delano se desvaneció en la espesa bruma de un blanco grisáceo. Empecé a presionar hacia atrás contra Casteel, que frenó un poco a Setti.

—La primera vez que vi el muro de neblina desde el otro lado, me negué a cruzarlo. No era por los Demonios; todavía no había aprendido que se desplazaban rodeados de niebla. Era porque me temía que habíamos llegado al mismísimo final del reino y que no había nada más allá —me contó

Casteel, su brazo una tenaza de hierro a mi alrededor—. Sé que suena tonto, pero era joven, a menos de un año del Sacrificio. A Kieran también le dio miedo pasar.

Miré a nuestra derecha, donde Kieran cabalgaba a nuestro lado. Después de todo lo que sabía de ellos, me costaba imaginar a ninguno de los dos con miedo a algo.

- —Fue Malik el que pasó primero —continuó Casteel, acariciando mi cintura con la mano en un círculo lento y consolador. Bajé la vista y mis ojos se quedaron atascados en la alianza dorada que llevaba—. Durante unos momentos, pensé que no volvería a ver a mi hermano, pero entonces regresó. Nos dijo que no había nada más que juncos y cielo al otro lado.
- —Eso no fue lo que nos dijo primero —intervino Kieran—. Malik afirmó que al otro lado había gigantes con tres cabezas.
 - —¿En serio?

Casteel se echó a reír.

—Sí, es verdad. Le creímos hasta que empezó a reírse. El muy bastardo se tronchó de risa a nuestra costa. —Había un cariño fraternal en su tono, y era rarísimo oírlo hablar de su hermano sin tristeza e ira—. Solo tardaremos unos segundos en cruzarla. Te lo prometo.

Mientras Naill se adentraba en la neblina, yo asentí de un modo brusco.

- —Como haya gigantes con tres cabezas al otro lado, me voy a enfadar mucho con los dos.
- —Si hay gigantes de tres cabezas esperándonos, tu ira será la menor de mis preocupaciones —contestó Casteel, el tono ligero y divertido—. ¿Lista?

En realidad, no, pero dije que sí.

Reprimí el impulso de cerrar los ojos, pero me encogí un poco cuando unos finos vapores se estiraron de la masa que se aproximaba a gran velocidad, una caricia fría contra mis mejillas. Setti relinchó con suavidad cuando los zarcillos de neblina se enroscaron alrededor de sus patas. Y entonces la niebla nos envolvió. No veía nada. Nada más que el denso y asfixiante aire blanco lechoso. El pánico bulló en mi interior.

Casteel se movió detrás de mí. Apretó sus labios contra el espacio de detrás de mi oreja para susurrarme al oído.

—Piensa en todas las cosas que podría hacerte. —La mano de mi cadera se deslizó por mi muslo y luego subió por él, moviéndose con una gracia depredadora hacia mi mismísimo centro—. Cosas que nadie podría ver. Ni siquiera tú.

Me quedé sin respiración por una razón totalmente distinta a medida que sus dedos bailaban por encima de mí. Me puse tensa cuando los músculos de mi bajo vientre se apretaron en respuesta y mi cabeza giró hacia el lado. Abrí la boca, pero lo que fuese que iba a decir quedó en el olvido cuando Casteel atrapó mi labio de abajo entre sus dientes.

Soltó mi labio despacio, pero su boca seguía ahí, caliente y sólida contra la mía.

—Tengo *tantas* ideas...

Mi corazón dio un traspié al tiempo que una oleada de escalofríos explotaba por todo mi cuerpo. Podía imaginar lo que implicaban algunas de sus ideas y, por un breve instante, no pensé en *nada*. Un sonido jadeante escapó de mis labios y se perdió en la neblina.

—Ya puedes abrir los ojos —murmuró contra mis labios.

Ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado hasta que habló, pero ahora sabía por qué había dicho y hecho todo eso. Pretendía distraerme, y había funcionado, porque mi creciente pánico había terminado de golpe.

—Gracias —susurré, y su mano, que había encontrado el camino de vuelta a mi cadera, me dio un apretón. Abrí los ojos mientras él se enderezaba detrás de mí. Y vi...

Vi que la neblina se había dispersado hasta no ser más que finas volutas alrededor de rocas cubiertas de musgo y las patas de los caballos que esperaban. Parpadeé al ver a Beckett sentado delante de nosotros. Meneaba la cola por el suelo, removiendo la neblina mientras estiraba la cabeza hacia atrás y miraba hacia arriba. Seguí la dirección de su mirada. Mis labios se entreabrieron en una exclamación ahogada cuando vi lo que contemplaba.

Oro.

Centelleantes y luminosas hojas doradas, bañadas por los rayos de sol que penetraban en la neblina.

- —Preciosas, ¿verdad? —preguntó Delano, levantando también la vista.
- —Sí. —Alucinada, deslicé los ojos por los árboles dorados—. Jamás había visto nada como esto. —Incluso cuando las hojas cambiaban de color en Masadonia con el clima, los amarillos eran apagados y sucios. Estas hojas eran pura filigrana de oro—. ¿Qué árboles son?
- —Árboles de Aios —respondió Casteel, en referencia a la diosa del amor, la fertilidad y la belleza. No se me ocurría un tocayo más apropiado—. Crecieron en las laderas y por toda la cordillera de las Skotos después de que ella se fuera a dormir aquí, muy profundo bajo tierra.

Me giré hacia Casteel.

- —¿Ella duerme aquí?
- —Así es. —Sus ojos, que eran solo un tono más oscuros que las hojas, conectaron con los míos.
- —Hay quien cree que está debajo del pico más alto —explicó Jasper. Lo miré con los ojos como platos—. Donde los árboles de Aios florecen con tal intensidad que puedes verlos desde las Cámaras de Nyktos.
 - —¿Las Cámaras... de Nyktos? —repetí.
- —Es un templo justo al otro lado de los Pilares —aclaró Emil—. Un sitio precioso. Tienes que visitarlo.
 - —¿Nyktos duerme ahí? —pregunté. Emil sonrió y sacudió la cabeza.
 - —Nadie sabe dónde descansa Nyktos.
 - —Oh —susurré.
- —Deberíamos seguir adelante y dividirnos en grupos más pequeños interrumpió Casteel—. Kieran vendrá con nosotros. Beckett, tienes que transformarte en humano e ir con Delano y Naill.

Observé al *wolven* desaparecer corriendo entre la neblina, lo que hizo que el caballo de Naill piafara nervioso. El atlantiano puso los ojos en blanco mientras miraba a Casteel.

- —Así practicas para cuando decidas sentar la cabeza y tener hijos comentó Casteel, y pude oír la sonrisa en sus palabras. Naill dio la impresión de estar a punto de caerse de su caballo. Jasper, que había girado al suyo para ponerlo de frente a nosotros, sonrió.
- —Me temo que después de una sola noche cuidando de Beckett, olvidará el tema de los hijos.
- —Dios —musitó Naill mientras Beckett, de repente, se abalanzaba sobre... una hoja dorada que había entrado en su línea de visión. Quentyn sacudió la cabeza mientras observaba a su amigo.
 - —Deberías verlo con las mariposas.
 - —No tengo ningunas ganas de hacerlo. —Naill suspiró.
- —Nos veremos en la Roca Dorada —le dijo Casteel al grupo—. Recordad, nadie va a ningún sitio sin acompañante. Quedaos juntos, en grupos de no más de tres. —Se giró hacia donde Beckett estaba sentado por fin—. Nada de explorar. Nada de responder a llamadas. —Se me hizo un nudo en el estómago. ¿Se refería Casteel a lo que los *wolven* creían haber oído de mí?—. Espero ver a todo el mundo en la Roca Dorada, de una pieza y con la mente intacta —continuó Casteel, y un escalofrío bajó reptando por mi columna—. Tened cuidado.

Hubo varios gestos de asentimiento a medida que el grupo se fue dividiendo. Beckett se marchó con Naill y Delano.

—Me aseguraré de que se transforme —dijo este último.

Quentyn se quedó con Jasper y Emil, pero antes de partir hacia nuestra derecha, Jasper se acercó a nosotros y agarró la mano de Casteel.

- —Ve con cuidado, Cas. Has estado ausente durante demasiado tiempo y estás demasiado cerca de casa como para no llegar.
- —No tienes nada que temer. —La voz de Casteel se suavizó. Jasper asintió y luego me miró a mí.
- —Mantente cerca de ellos, Penellaphe. La magia de estas montañas es muy astuta a la hora de meterse debajo de tu piel. Confía en ellos pero desconfía de lo que te dicen tus ojos y tus oídos.

Y con esas palabras de despedida, se alejó, con el ahora pálido y callado Quentyn pisándole los talones.

Me giré hacia Casteel.

- —¿Qué demonios va a hacer esta montaña?
- —Nada —repuso, e instó a Setti a avanzar—. Siempre y cuando no se lo permitamos.



Silencio.

Casteel y Kieran no hablaban. La gruesa capa de musgo que cubría el camino amortiguaba los pasos de los caballos. No se oían ruidos de pájaros ni de ninguna vida animal, ni el eco de ningún viento que removiera la cubierta de hojas doradas por encima de nuestras cabezas. A cada hora que pasaba, la temperatura parecía bajar otro par de grados según íbamos subiendo por la montaña. Me puse la gruesa capa cuya existencia casi había olvidado mientras estuvimos en Spessa's End. Pronto, una insensibilidad cosquillosa invadió mis mejillas. No pasó mucho tiempo después de eso antes de que Casteel subiera la capucha de la capa por encima de mi cabeza y cerrara su capa también en torno a mi cuerpo. Continuamos en un silencio escalofriante, entre la belleza antinatural de la montaña. Las hojas doradas centelleaban en lo alto, y también por el suelo, motas de oro salpicaban el musgo y relucían entre la corteza. Me recordaba al Bosque de Sangre.

En muy poco tiempo, los rayos de sol que se filtraban entre las hojas se fueron apagando y las franjas de niebla se fueron espesando para ocultar el musgo a medida que continuábamos nuestro ascenso. La niebla aumentó, giraba en espiral alrededor de nuestras piernas y nuestras cinturas. Los últimos rayos de sol llegaron hasta nosotros, pero seguimos nuestro avance trabajoso. Varias horas después de anochecer, nos detuvimos cuando la neblina empezó a estirarse por encima de nosotros.

Casteel paró a Setti y miró a su alrededor. No tenía ni idea de qué buscaba, pues no veía más que estelas de neblina blanca.

—Este parece tan buen sitio como cualquier otro —comentó. Su aliento formó nubecillas de vaho al hablar. Se volvió hacia Kieran—. ¿Tú qué crees?

El wolven era una forma borrosa entre el manto blanco.

—Lo que es seguro es que hemos llegado a la cima, así que aquí deberíamos estar bien.

¿Deberíamos?

- —¿Cómo sabéis que hemos llegado a la cima?
- —Si no fuese así, no seríamos capaces de ver más que unos pocos centímetros delante de nosotros —explicó Kieran mientras desmontaba, removiendo la neblina.

Fruncí el ceño. ¿Ellos veían más que unos pocos centímetros?

—Agárralas un momento —me dijo Casteel, al tiempo que ponía las riendas en mis manos—. Me voy a bajar y os conduciré a los dos hasta el árbol.

Agarré las riendas y me pregunté exactamente a qué árbol se refería. Columpió la pierna por encima de Setti y, por un momento, la penumbra giró a su alrededor y dio la impresión de tragárselo entero. Mi corazón aporreó contra mis costillas. Su rostro despejó la neblina mientras caminaba hasta la parte de delante de Setti y cerraba los dedos en torno a la cabezada. Nos llevó de la mano a través del gélido y tenebroso aire y luego paró. Tomó las riendas de mis manos mientras le hablaba a Setti con un tono tranquilizador. Oí algo de zanahorias y un prado de hierba antes de que volviera a mi lado.

Casteel levantó las manos hasta mis caderas y yo lo agarré de un antebrazo al tiempo que me inclinaba hacia atrás y pasaba una pierna por encima de la montura. Me ayudó a bajar, pero no soltó mi mano mientras descargaba las bolsas más grandes y las mantas enrolladas.

- —¿Va a ser así? —pregunté, mientras me guiaba hacia delante. Odiaba tener que ir a ciegas—. ¿Toda la noche?
 - —Sí, pero te acostumbrarás.
 - —No creo que eso sea posible.

- —¿Qué tal aquí? —La voz de Kieran nos llegó desde alguna parte—. El suelo está bastante plano.
- —Perfecto. —Casteel parecía saber con exactitud dónde estaba Kieran porque después de unos segundos apareció entre la neblina.

Casteel soltó mi mano y casi intenté recuperarla cuando miré hacia atrás, incapaz de ver nada.

- —¿Crees que Setti estará bien?
- —Sí, sin problema —me dijo Casteel mientras se arrodillaba. Una llama cobró vida al encender una lámpara de aceite que espantó un poco de la neblina—. Voy a ponerle un poco de comer y luego una manta. Es probable que se duerma antes que nosotros.

No tenía ni idea de cómo iba a dormir esta noche. El entorno hacía que el Bosque de Sangre pareciese un respiro lujoso. Se encendió otro farolillo, este sujeto por Kieran.

- —Voy a por unas cuantas ramas.
- —No te alejes demasiado —le indicó Casteel, levantando la vista hacia él.
- —Sí, señor —contestó Kieran con un entusiasmo exagerado. Observé el resplandor amarillo de su lámpara hasta que desapareció.
 - —¿Por qué no hay animales en estas montañas?
- —Perciben la magia y se mantienen alejados. —Casteel desenrolló una lona gruesa, una destinada a evitar que el frío y la humedad del suelo se filtrara hasta nosotros. Cuando extendió una de las mantas, la neblina se desperdigó un poco.
- —Ven. —Cuando vio que no me movía, tomó mi mano enguantada y tiró de mí para que me sentara delante de él—. Me voy a ocupar de Setti. Vuelvo ahora mismo, ¿vale?

Asentí. Cuando se levantó, me fijé en que dejaba atrás la única fuente de luz.

- —¿No necesitas el farol?
- —No. —Hizo ademán de seguir pero se paró un momento—. No dejes que la curiosidad se apodere de ti. Quédate aquí, por favor.
- —No tienes que preocuparte por que me vaya a ir de paseo. —No pensaba moverme más de un palmo, y no lo hice después de que se marchara a dar de comer a Setti y a asegurarse de que estaba cómodo.

Sin embargo, sí que levanté una mano y la agité entre las volutas de niebla que se congregaban a mi alrededor. La neblina se dispersó, solo para volver serpenteando a bailar y girar en torno al dedo en el que llevaba el anillo. Casi parecía estar viva, como si interactuara con mis movimientos y no solo

recibiera sus impactos. Guiñé los ojos cuando un zarcillo de niebla se enroscó por la manga izquierda de mi capa. Retiré el brazo a toda prisa y la niebla retrocedió y se quedó ahí parada, a un palmo o dos delante de mí, esperando...

Me mordí el labio y me estiré hacia delante, extendí los dedos. La niebla palpitó y luego se expandió despacio para formar una estela a la que le salieron lo que parecían dedos fantasmagóricos. La mano se aplanó contra la palma de mi mano izquierda.

Solté una exclamación y la retiré. La niebla respondió del mismo modo, imitando mis movimientos.

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Casteel cortó a través del silencio y dio la impresión de sobresaltar a la neblina más que a mí. Se desperdigó.

Entonces fue cuando lo supe.

- —No es niebla normal, ¿verdad? La neblina es la *magia*.
- —Sí —me llegó su respuesta—. Y tú estabas haciendo algo, ¿verdad que sí?

Negué con la cabeza, asombrada.

- —No... —Arrastré la palabra mientras la magia se retorcía hacia el sonido de la voz de Casteel. Me puse de rodillas y estiré una mano. Deslicé solo las puntas de los dedos por los vapores. La niebla se *contoneó*. Arqueé las cejas—. Kieran dijo que la magia de este lugar está vinculada a los dioses. ¿Cómo es posible, si están dormidos?
- —La versión corta y muy condensada de una razón muy enrevesada es que aunque los dioses duerman, todavía tienen cierto grado de conciencia. Eso ya lo sabes. —Cierto—. Crearon la neblina para proteger los Pilares de Atlantia —explicó. La neblina se giró hacia él, como si lo escuchara—. Pero es básicamente una extensión de ellos, o como muy poco, una extensión de su voluntad.

Algo de lo de estar rodeados por parte de la conciencia de los dioses era superextraño.

- —¿Cómo son los Pilares de Atlantia?
- —Mañana los verás.
- —Pero…
- —Hay quien dice que la paciencia es una virtud —me llegó su voz desde alguna parte.
- —Hay quien se merece un puñetazo en la cara —musité, pero luego me callé. Por mucho que me molestara admitirlo, Casteel tenía razón. Al final me acostumbré a la neblina o, para ser más precisos, a la magia. Sin embargo, me

pregunté... si era una extensión de la voluntad de los dioses, entonces ¿por qué parecía despertar a causa de los atlantianos? Aunque claro, sí que había permitido pasar a los ejércitos...

No obstante, ellos se marchaban, no entraban.

Casteel regresó, lo mismo que Kieran. Encendieron una pequeña hoguera que espantó los cúmulos más densos de magia. Me ocupé de mis necesidades personales, no lejos de la presencia de Casteel, y fue algo que no tenía ningún interés en repetir jamás; ninguna cantidad de intimidad o cercanía cambiaría eso. Después comimos al lado del fuego y, hasta que Kieran se tumbó sobre la lona que Casteel había extendido un rato antes, no me fijé mejor en cómo habían organizado el campamento.

Había tres mantas, lado a lado y solapadas. Abrí los ojos como platos cuando vi los dos espacios vacíos al lado de Kieran.

- —¿Vamos a dormir aquí? —pregunté—. ¿Los tres?
- —Me preguntaba cuándo se iba a dar cuenta —comentó Kieran. Entorné los ojos mientras la neblina se deslizaba por encima del pecho del *wolven*.
 - —¿De verdad es necesario que los tres durmamos... tan cerca?
- —¿Es necesario que lo hagas sonar como que haríamos algo más que dormir? —inquirió Casteel. Cuando mis ojos volaron hacia él, sonrió—. Quiero decir, todo lo que vamos a hacer es dormir lado a lado. —Se echó hacia atrás, apoyado sobre una mano, y el hoyuelo apareció en su mejilla—. A menos que tengas otra idea. Si es así, siento una gran curiosidad por saber más acerca de ella, *esposa mía*. —Lo miré y la neblina pareció aquietarse a nuestro alrededor—. ¿Qué? Soy un alma muy curiosa.
 - —¿Has olvidado que voy armada? —le pregunté con dulzura.
- —¿Estás pensando en usar la daga contra mí? —Al resplandor de la hoguera, aparecieron ambos hoyuelos—. Si es así, esta disposición de las mantas puede ponerse muy incómoda para Kieran.

Pensé de inmediato en la Unión, y el humor que danzaba por la cara de Casteel evidenciaba que sabía a dónde había ido mi mente.

- —O... interesante —llegó la respuesta del *wolven*.
- —Voy a heriros de gravedad a los dos —gruñí, y la neblina se retiró con discreción.
- —Y ahora estoy... muy *intrigado* —repuso Casteel. Luego se echó a reír y dio unas palmaditas en el espacio a su lado—. Esta noche va a hacer mucho frío, más que cuando estuvimos en el Bosque de Sangre. En una hora o así, agradecerás el calor corporal. —Eso era muy improbable—. Lo cual, por

cierto, es lo único que ninguno de los dos vamos a ofrecer esta noche — continuó Casteel, la diversión desaparecida ya de sus ojos.

Kieran resopló y noté un sabor a azúcar en la lengua. Diversión.

- —Sí, hoy no tengo muchas ganas de que me arranquen la cabeza.
- —Dudo que eso ocurra —musité.

En ese momento, Casteel se movió. Me agarró de la mano y tiró de mí para que me sentara a su lado. No me resistí demasiado. El arreglo era incómodo, pero Casteel era mi... era mi marido.

Y no era como si Kieran no hubiese estado ya en situaciones mucho más incómodas con nosotros.

Como cuando me había visto desnuda en la bañera cuando apenas nos conocíamos.

O cuando me había oído gritar y nos sorprendió a Casteel y a mí en la cama, solo para descubrir que no eran gritos de miedo ni de dolor.

O cuando Casteel tuvo que alimentarse.

Me ordené dejar de pensar en todo eso mientras Casteel echaba la manta por encima de nosotros y luego se instalaba a mi lado. Había espacio entre los tres. No demasiado. Quizás un par de centímetros o así. Deseé de todo corazón estarme quieta durante la noche.

Y también deseé que lo que Casteel había dicho sobre Kieran no fuese verdad: que daba patadas mientras dormía.

Quería girarme hacia Casteel. Me gustaba... usarlo de almohada. Vale. Simplemente me gustaba estar cerca de él, pero estaba tumbado de espadas, comportándose, así que me quedé donde estaba y contemplé la neblina moverse en ondas lentas por encima de nosotros. Después de un par de minutos, ladeé la cabeza, y la neblina dio la impresión de hacer lo mismo, inclinándose hacia el mismo lado.

Miré de reojo a Casteel. Me pareció que tenía los ojos cerrados. Cuando miré a Kieran, parecía estar igual. ¿De verdad podían estar dormidos ya? Saqué una mano de debajo de la manta y la levanté unos centímetros. La neblina bajó y se estiró como antes. Formó los mismos dedos alargados.

- —¿Qué haces? —preguntó Casteel. La neblina se desperdigó.
- —La has asustado —refunfuñé.
- —¿A quién he asustado? —dijo, perplejo.
- —A la neblina... o la magia. Lo que sea.

Casteel se giró de lado.

—No puedes asustarla —me contradijo—. Es solo magia. No es como si estuviera viva.

- —A mí sí me parece que esté viva —repuse.
- —Eso no tiene sentido —dijo Kieran con voz cansina.
- —Interactúa conmigo —les dije.
- —Son imaginaciones tuyas. —El *wolven* rodó y noté que su rodilla rozaba mi pierna.
 - —No son imaginaciones mías.
- —La magia puede jugarte malas pasadas —dijo Casteel. Agarró mi mano y la llevó de vuelta a la manta—. Puede hacerte ver cosas que no estás viendo.
 —Fruncí el ceño—. Deberías dormir —me aconsejó—. La mañana llegará pronto.

No lo bastante para mí.

En el silencio, mis pensamientos divagaron. Pensé en Renfern y en cómo desearía haber hecho algo más, algo diferente para cambiar lo que le pasó a él y a Elijah y a todos los demás. Me pregunté si Phillips y Luddie, el guardia y el cazador que viajaron desde Masadonia con nosotros, habían sabido la verdad sobre los Ascendidos o si habían sido daños colaterales de una guerra silenciosa. Igual que Rylan y... y Vikter. Me dolía el corazón mientras observaba a la neblina moverse despacio por encima de mí. Echaba de menos a Tawny y rezaba por que no hubiese realizado la Ascensión. Después mi mente se desvió hacia cómo nos habían rodeado los wolven. ¿Podía haber sido cosa mía? ¿Habría proyectado algo y ellos solo habían respondido a mi llamada?

Miré a Kieran otra vez. Tenía los ojos cerrados. ¿De verdad creía que había sido yo la que los llamó?

Odiaba los momentos como este, cuando el sueño me evadía y todo lo que existía eran cosas en las que era mejor no pensar demasiado. Obligué a mis pensamientos a ir en otra dirección y se me ocurrió algo.

- —¿Hay dioses dormidos debajo del Bosque de Sangre?
- —¿Qué? —murmuró Casteel, la voz pastosa por el sueño. Me di cuenta de que lo había despertado, pero no me sentí ni remotamente mal por haberlo hecho. Repetí mi pregunta.
- —Es posible que esa sea la cosa más aleatoria que ha salido jamás por tu boca —refunfuñó Kieran—. Y te he oído decir unas cuantas cosas aleatorias.
- —No hay dioses debajo del Bosque de Sangre... por lo que yo sé contestó Casteel, con los ojos cerrados—. ¿Qué te ha hecho pensar en eso?
- —Los árboles aquí me recuerdan al Bosque de Sangre. Solo que dorados en lugar de rojos.
 - —*Mmm* —murmuró Casteel—. Tiene sentido.

- —Quizás para ti —farfulló Kieran.
- —¿Sabéis dónde duerme Penellaphe? —Me refería a la diosa cuyo nombre me habían puesto.

Kieran suspiró.

—Aquí no, te lo aseguro.

Una sonrisita jugueteó por los labios de Casteel.

- —Creía que dormía debajo del Gran Ateneo de Carsodonia.
- —¿En serio? —Cuando Casteel asintió, decidí que no me gustaba la idea de que la diosa de la sabiduría, la lealtad y el deber durmiera ahí, en el corazón de los Ascendidos—. ¿Y Theon?
- —El dios de la concordia y la guerra, y su gemela Lailah, descansan debajo de los Pilares de Atlantia —respondió Casteel.

Abrí la boca...

- —Por favor, no lo hagas —me interrumpió Kieran.
- —¿Que no haga qué?
- —Preguntar dónde duermen todos y cada uno de los dioses y diosas, porque eso conducirá a aún más preguntas. Sé que lo hará —se quejó. Puse los ojos en blanco—. Deberías estar dormida como ellos, *alteza*.
 - —No me llames así —espeté.
 - —Entonces, vete a dormir —me ordenó Kieran.
- —No puedo dormirme así sin más —musité—. No soy como vosotros dos.
- —Siempre puedo leerte un poco —se ofreció Casteel—. Aún llevo cierto diario conmigo. Hay un capítulo que seguro que te interesará. La Srta. Willa duerme de un modo muy parecido…
 - —No. Ni hablar. —Cerré los ojos con fuerza—. No es necesario.
- —¿Estás segura? —Casteel parecía haberse acercado más. Toda su pierna en contacto con la mía.

—Sí.

Se rio bajito, pero no me atreví a decir ni una palabra. Lo creía muy capaz de sacar ese maldito diario y de algún modo ser capaz de leer esas palabras con sus ojos atlantianos extra especiales. Así que me quedé ahí tumbada. No supe cuánto tiempo pasó hasta que me dormí, pero debí de hacerlo en algún momento, porque de repente me di cuenta de lo increíblemente calentita que me sentía. Todas las partes de mí habían escapado de algún modo al frío de la montaña. Todas las partes de mí...

Poco a poco, me percaté de por qué exactamente estaba tan caliente. Me había girado hacia Casteel mientras dormía. Él estaba bocarriba y yo casi había trepado encima de él. Mi cabeza descansaba en el hueco entre su hombro y su pecho. Una de mis piernas estaba encima de las suyas y toda la parte de delante de mi cuerpo estaba fusionada contra su costado. Una de sus manos estaba enroscada alrededor de mi hombro.

Pero esa no era la única explicación de por qué estaba tan calentita. Había algo caliente apretado contra mi espalda. Un brazo pesado descansaba alrededor de mi cintura y había una pierna metida entre las mías.

Si yo había rodado hacia Casteel mientras dormía, Kieran también había rodado, como si Casteel fuese un imán que nos atraía a los dos.

Mi corazón palpitó con fuerza mientras me quedaba ahí tumbada, sin tener muy claro qué hacer. ¿Debería despertarlos? ¿Quitarme a Kieran de encima? Me daba la sensación de que eso los despertaría, pero lo último que quería era que Kieran descubriera que... que los tres estábamos acurrucados de ese modo.

Los dos estaban supercalentitos y no había nada pecaminoso en esto. Bueno, el modo en que estaba medio despatarrada encima de Casteel no parecía demasiado inocente, pero lo más probable era que Kieran solo hubiera hecho lo que hubiese hecho cualquiera: buscar calor en su sueño. Tampoco era que pudiese echarle la culpa por ello.

Lo que tampoco parecía demasiado inocente era el sitio en donde descansaba mi mano, vergonzosamente baja sobre el abdomen de Casteel. Lo sabía porque notaba el dibujo de los botones contra la palma de mi mano. Si movía los dedos un par de centímetros más abajo, dudaba mucho de que fuese a seguir dormido. Esa idea llenó mi cabeza con todo tipo de cosas en las que de verdad que no debía de estar pensando en ese momento, como lo que habíamos hecho en el carruaje... en el dormitorio, la caverna.

Me di un puñetazo mental mientras apartaba la mano de esa parte realmente fascinante de Casteel, al tiempo que trataba de no centrar toda mi atención en la dureza de su bajo vientre o la manera en que su piel parecía quemar a través de su ropa...

El brazo de Casteel se enroscó, más apretado en torno a mis hombros, para atraerme hacia él. Se me cortó la respiración cuando su movimiento activó a Kieran. Se movió detrás de mí y mi pulso parecía un pajarillo atrapado. Un muslo fibroso y fuerte se deslizó entre los míos. Y apretó. No tenía ni idea de si era de Casteel o de Kieran.

Un centenar de pensamientos y sentimientos diferentes explotaron a través de mí, tantos y tan deprisa que no pude encontrarles el sentido.

Sin embargo, ninguno de los dos se despertó, así que me quedé ahí tumbada y mi mente divagó de nuevo, no a lugares que harían que esta disposición de camas fuese aún más incómodo, tampoco a lugares tristes.

Fingí.

No como antes con Casteel. Fingí que mi hermano todavía era un mortal, como Tawny. Que el hermano de Casteel era libre y que los Ascendidos no eran una realidad. Fingí que mañana llegaría a un reino que me daría la bienvenida, con un rey y una reina que me recibirían con los brazos abiertos. Fingí que Casteel y yo estábamos al principio de una vida juntos, una que sería larga y feliz, en lugar de una que parecía poder terminar en cualquier minuto. Fingí que los dos éramos viejos, y que yo siempre fui lo bastante imprudente, lo bastante valiente para simplemente permitirme sentir, experimentar, vivir sin que el pasado ensombreciera cada elección que hacía y sin que el futuro se alzara amenazador sobre cada decisión.

Fingí que todos existíamos siempre en el ahora y que... vivíamos.

Al cabo de un rato, el calor que ambos irradiaban y el rítmico y profundo subir y bajar de sus pechos me arrullaron hasta que me volví a dormir. Algún tiempo después, rondaba por la periferia del sueño una vez más, atraída hasta ahí por un susurro. Una llamada. Un nombre.

—Poppy…

Capítulo 43



Todo mi cuerpo se tensó al reconocer esa voz, una voz que no podía sacar de las profundidades de mi imaginación por mucho que lo intentara.

Pero era él. Era la voz de mi padre que llamaba mi nombre.

Abrí los ojos a la oscuridad neblinosa y... y a la luz dorada de un farolillo, y me di cuenta de que no estaba despierta.

Estaba ahí una vez más, zambullida otra vez en la noche que terminó en gritos empapados en sangre.

—Poppy, mi florecilla de amapola, sé que estás ahí abajo. Sal aquí —me llamaba—. Necesito que vengas conmigo, Poppy.

Con el corazón en un puño, seguí el sonido de su voz. Mis labios se movieron, pero la voz que salió por ellos sonaba mucho más joven.

- —¿Papá? Te estaba buscando.
- —*Me has encontrado, como haces siempre*. —Las sombras palpitaron y se cuajaron delante de mí. Cobraron forma. Era alto, la persona más alta que conocía—. *No deberías estar aquí abajo, mi niña pequeñita*.

Estiré el cuello hacia él. Ojalá pudiera ver su rostro con claridad.

- —Quería ir contigo, papá. No tengo miedo. —Pero sí lo tenía. Estaba temblando y me dolía la barriga.
- —Eres muy valiente, pero no deberías estar aquí abajo. —Se arrodilló y unos ojos iguales que los míos ocuparon todo mi mundo—. ¿Dónde está tu hermano?
 - —Con esa mujer de las galletas, pero yo quiero estar contigo y...
- —No puedes ir conmigo. —Unas manos frías aterrizaron sobre mis hombros y las piezas de su rostro parecieron encajar en su sitio. Mandíbula cuadrada cubierta de varios días de pelusilla. Mamá lo llamaba barba y a

menudo se quejaba de ella, pero la había visto pasar los dedos por ella cuando creía que Ian y yo no estábamos mirando. Nariz recta. Cejas oscuras. Ojos color pino—. *Tienes que quedarte aquí y mantener a salvo a tu madre y a tu hermano*.

- —¿Es ella? —preguntó otra voz desde la oscuridad. La voz de un extraño que no me resultaba del todo desconocida.
- —*Esta es mi hija* —contestó papá mirando hacia atrás antes de sonreírme. Pero la sonrisa estaba toda mal. Demasiado tensa—. *Ella no lo sabe*.
 - —Entendido —me llegó la voz de nuevo, todavía familiar.

No entendía a qué se refería mi padre. Todo lo que sabía era que se iba a marchar, y yo no quería eso.

—*Vaya florecilla más bonita*. —Las manos frías tocaron mis mejillas—. *Vaya amapola más bonita*. —Papá se inclinó hacia mí, apretó los labios contra mi coronilla—. *Te quiero más que a todas las estrellas en el cielo*.

Se me entrecortó la respiración.

- —Te quiero más que a todos los peces en los mares.
- —Esa es mi chica. —Unos gritos en el exterior lo apartaron de mí—. ¿Cora? —llamó a mamá. Él era el único que la llamaba así.

Mamá salió de entre las sombras, su expresión angustiada cuando tomó mi mano en la suya fría.

- —Deberías haber sabido que encontraría una manera de bajar aquí abajo. —Miró detrás de ellos, donde yo no podía ver—. ¿Confías en él?
 - —Sí. Nos va a llevar a un lugar seguro.

Papá se giró hacia mí.

—*Quédate con tu mamá, cariño.* —Unas manos muy, muy frías tocaron mi cara otra vez—. *Quédate con ella y encuentra a tu hermano. Volveré a por vosotros pronto.*

La neblina entró en tromba y se llevó a papá al tiempo que se dispersaba. Podía oír su voz. Estaba hablando, pero no lograba distinguir qué decía. Empecé a seguirlo porque sabía que no volvería...

—No mires, Poppy. No mires hacia allí —me llegó la voz susurrada de mamá mientras tiraba de mi mano—. Debemos escondernos. Corre.

Confusa, intenté verla mientras me conducía a través de ese vacío ralo.

- —Quiero que venga papá...
- —Shh. No hay que hacer ruido. No hay que hacer ruido para que papá pueda venir a buscarnos.

Fui tras ella a trompicones y tropecé cuando paró.

—Métete ahí, Poppy. Necesito que te metas ahí y estés muy callada, ¿vale? Necesito que estés tan callada como un ratón, pase lo que pase. ¿Lo entiendes?

Negué con la cabeza.

- —Quiero quedarme contigo.
- —Estaré aquí mismo. —Su mano gélida y húmeda tocó la mía—. *Necesito que seas una niña grande y me escuches. Tienes que esconderte...*

Sonó un ruido, un grito que hizo que mamá... desapareciera un momento.

— Tienes que soltarme, cariño. Tienes que esconderte, Poppy. — Mamá se quedó paralizada.

El tiempo se detuvo mientras nos mirábamos. Su piel se afinó, reveló los delicados huesos de debajo. Retrocedí...

—Lo siento —susurró una voz.

Arrancaron a mamá de mi mano. Me tambaleé detrás de ella, pero ya era demasiado tarde. No había nada más que neblina y todo lo que quedaba era su voz, sus palabras.

- —¿Cómo pudiste?
- —¿Mamá? —susurré. Di un paso al frente, incapaz de descifrar lo que decía.

Vaya florecilla más bonita.

Vaya amapola más bonita.

Córtala y mira cómo sangra.

Ya no es tan bonita...

Una mano agarró mi brazo, la piel más pálida que la mía, salpicada de rojo, mientras unas hojas tintineaban como huesos secos y un retumbar grave llenaba el aire. Unas sombras lo rodearon mientras tiraba de mi brazo, los bordes de su oscuridad se extendieron sobre mí, los bordes de su capa negra me cubrieron cuando me tambaleé. Él también era alto, pero su rostro era una voz amortiguada detrás de tela.

Necesitaba verle la cara.

Necesitaba...

Me empujaron de vuelta hacia los chillidos y los aullidos. Y hacia la niebla... la neblina que estaba a mi alrededor y dentro de mí. Empecé a romperme en mil pedazos y el retumbar aumentó en el suelo debajo de mí. Y una voz, una voz que sonaba como filigranas de oro y carillones susurraba «para, para» una y otra vez.

Pero no podía parar. Necesitaba ver su cara. El hombre envuelto en oscuridad se alejó, como un recuerdo que escapaba entre mis dedos. Lo seguí

porque era importante. Este recuerdo. Porque había habido alguien más ahí con mamá. Alguien que no quería que lo vieran. Me tambaleé hacia delante...

—¡Poppy! —La voz fue una sorpresa, el fogonazo de un relámpago, y mis ojos se abrieron.

La neblina se había condensado delante de mí, una masa aplastante y giratoria. Unas motas de oro parpadeaban como si se encendieran y apagaran dentro de ella.

- —No vayas más allá —susurró la voz, una voz tan pura que era casi insoportable de oír—. Lo que buscas no lo vas a encontrar aquí.
- —Para. —La neblina se solidificó, cobró forma y se volvió más dorada. Era alta. *Ella* era alta. Abundantes ondas de pelo entrelazadas, del color del fuego. Una cara borrosa. Pero unos ojos del color de la plata fundida ardían a través de la neblina. A través de mí—. Ve a casa. Toma lo que es tuyo y encontrarás ahí lo que buscas. La verdad. Ve a *casa*.
 - —¿Quién eres? —susurré—. ¿Quién...?

Un brazo me agarró por la cintura sin previo aviso y tiró de mí hacia atrás contra un pecho duro y caliente. Noté un olor a pino y especias oscuras cuando me quitaron los pies de debajo del cuerpo y los dos caímos al suelo cual fardos.

- —Poppy. Dios. Poppy. —Casteel me dio la vuelta en su regazo, palpó mi cara con una mano. Estaba jadeando, su pecho subía y bajaba a toda velocidad mientras zarcillos de neblina se deslizaban por su rostro demasiado pálido—. Por todos los dioses, Poppy, ¿qué diablos estabas haciendo?
- —Yo... —Miré a mi alrededor, pero no vi nada más que la espesa neblina y a Kieran de pie por encima de nosotros, la vista clavada detrás de mí y la respiración igual de trabajosa que la de Casteel. Me invadió la confusión.
- —¿Qué diablos estabas haciendo? —exigió saber Casteel otra vez. Me dio una ligera sacudida. Su respiración estaba acelerada y formaba nubecillas rápidas entre la bruma—. Podías haberte… te hubieses roto, Poppy. Roto y destrozado de un modo que nunca hubiese podido reparar.

No entendía de qué hablaba, pero tenía un aspecto... un aspecto que no le había visto jamás. *Aterrorizado*. Los ojos muy abiertos y luminosos, incluso entre la neblina, los planos y ángulos de su cara muy marcados.

Me agarró las mejillas con sus manos enguantadas.

- —Te dije que no te alejaras.
- —Yo... no lo hice —le dije—. Estaba durmiendo... estaba soñando. Oí... oí a mi padre llamar mi nombre...

- —Condenada neblina —gruñó Kieran, agitando una mano furioso entre el espeso blanco.
- —No. No. Era un sueño, pero era real. Quiero decir, eran fragmentos de la noche del ataque de los Demonios. Había alguien... alguien más ahí al final.
 —Empecé a apartarme de él, pero Casteel me lo impidió—. Estaba vestido, llevaba capa y estaba ahí aquella noche. —Me retorcí entre los brazos de Casteel—. Intentaba ver su cara. Si solo pudiese ver su cara, sabría quién era. Solo...

Me quedé boquiabierta al mirar hacia la nada. No era un vacío solo sin luz. Era un final. Una inmensa nada esperaba más allá del borde de un... precipicio.

- —Oh, por todos los dioses —susurré. Me estremecí al darme cuenta de lo cerca que había estado de dar un último paso hacia… hacia la *nada*.
- —Fue la neblina —explicó Casteel, su tono demasiado suave mientras atraía mi mirada consternada de vuelta a él.
 - —Ella me paró —murmuré.
 - —¿Qué?
 - —¿No la visteis? Ella me paró aquí. Oh, madre mía.

Casteel deslizó el pulgar por mi mejilla, por la cicatriz que había ahí.

- —No había nadie más aquí. Erais solo la neblina y tú.
- —No. Había alguien más. —Miré hacia atrás, hacia el vacío—. Oí su voz. No hacía más que decirme que parara y luego apareció delante de mí. —Me volví hacia Casteel—. Estaba *ahí* mismo. Donde hay... donde no hay nada. Me dijo que no fuese más allá. Que la verdad no estaba aquí. Me dijo que fuese a casa y que... —Empecé a tiritar y no podía parar—. Que tomara lo que es mío. Y que entonces sabría la verdad.
- —No pasa nada. Todo irá bien —me aseguró Casteel, pero la mirada que intercambió con Kieran decía justo lo contrario—. Volvamos al campamento.
 - —¿No la visteis?
- —No, princesa. —Me dio un beso en la frente—. Solo te vi a ti a punto de… —Se interrumpió—. Solo estabas tú.

Mientras Casteel me ayudaba a levantarme, supe que el sueño había estado retirando capas de recuerdos para dejar al descubierto fragmentos largo tiempo enterrados bajo el trauma. Y supe que no había estado sola. Alguien... o *algo* me había impedido caer por el precipicio.

Empezamos a...

El retumbar que había oído antes volvió, esta vez más sonoro. Kieran maldijo y Casteel se giró en redondo hacia mí. Antes de que pudiera decir ni

una palabra, me tomó entre sus brazos y echó a correr. Corrimos lo más lejos que pudimos antes de que diera la impresión de que Casteel perdía el equilibrio. Se me comprimió el corazón y la neblina se desperdigó. Desequilibrado hacia un lado, Casteel apretó el brazo a mi alrededor mientras caíamos contra Kieran. El *wolven* me agarró, nos agarró a los dos, y nos quedamos pegados a un árbol que vibraba y se sacudía como el juguete de un niño. Las hojas doradas que se soltaban caían flotando sobre nosotros, hasta el suelo que se sacudía y gemía.

—¿Qué está pasando? —boqueé, una mano aferrada a la capa de Casteel y a la de Kieran.

Casteel se volvió hacia mí, pero no pude oír lo que decía por encima del retumbar. Daba la impresión de que, en cualquier momento, la montaña entera se abriría en canal y nos engulliría. Mis ojos espantados se cruzaron con los suyos mientras mi corazón tronaba en mi pecho.

Y entonces paró.

Las hojas dejaron de caer a medida que los árboles se calmaban y el suelo se aquietaba.

- —¿Ya ha pasado? —susurré, después de unos momentos de silencio.
- —Eso creo. —Casteel tragó saliva. Levantó la vista hacia donde Kieran se estaba poniendo en pie despacio detrás de mí. Entonces me miró de nuevo—. ¿A quién has dicho que viste? ¿Quién te paró?
 - —No sé quién era, pero era una mujer —le dije—. ¿Por qué?
- —Porque eso ha sido un dios —dijo Kieran con voz ronca—. Volviendo a su lugar de descanso.



En la primera hora de nuestro viaje fuera de las montañas Skotos, la magia de la neblina se levantó. Los árboles de Aios formaban un centelleante techo dorado mientras descendíamos la montaña y pude incluso quitarme los guantes. Para el final de la segunda hora, me planteé quitarme también la capa. Las temperaturas en aumento constante deberían haberme levantado el ánimo, pero mi mente seguía en ese precipicio envuelto en niebla.

No tenía ni idea de si el hombre de la capa que aparecía en mi sueño o si sus palabras eran reales o una alucinación. Cuanto más tiempo pasaba despierta, esto último parecía la explicación más plausible. Nunca antes había andado sonámbula, y no tenía ningún recuerdo de haberme levantado. Eso

daba credibilidad a que la magia de las montañas me acechaba, pero algo o alguien me había detenido. Y Kieran había sugerido que había sido Aios en persona.

Eché un vistazo a los árboles dorados. ¿De verdad podía haber sido la diosa? Parecía algo demasiado fantástico de creer.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Kieran, sacándome de mi ensimismamiento.

Casteel me había hecho la misma pregunta hacía menos de media hora, pero tenía el estómago lleno de demasiados nudos como para comer nada más que unas cuantas lonchas de beicon que me había ofrecido Casteel por la mañana.

—Si quieres beber algo, dímelo —añadió Casteel. Yo asentí.

A lo largo de la mañana, los dos habían intentado entablar conversación conmigo o ahogarme en comida y bebida. Y yo... mi mente estaba en demasiados sitios a la vez, en el pasado y en el futuro.

—He estado pensando en cuando lleguemos a Atlantia —anunció Casteel poco después—. Tenemos que retomar esas lecciones de equitación. Vas a necesitar más de una si piensas entrar en la capital de Solis montada sobre tu propio caballo.

Sentí una oleada de emoción.

- —Me encantaría.
- —Estoy seguro de que a Setti también. —Casteel guio al caballo por una curva estrecha—. Es probable que espere visitas diarias por tu parte. Aunque yo no estaré tan contento —continuó—. Me gustas aquí donde vas.
- —Uf, espero que no os convirtáis en una de esas parejas que se pasan el día susurrándose palabras bonitas el uno al otro —musitó Kieran.

Arqueé las cejas.

—Desde que nos casamos, ya me ha dicho que cierre la boca... no sé, ¿cuántas veces? Y estoy seguro de que también ha amenazado con apuñalarme o darme un puñetazo.

Yo no recordaba ninguna de esas cosas.

- —Bueno —comentó Kieran—. Eso es buena noticia.
- —Aun así, vas a oírme susurrar cosas. —Los labios de Casteel rozaron la marca del mordisco que ya se estaba curando—. Solo que cosas muy guarras.
 - —Cállate —le dije.

Casteel se echó a reír y su brazo se apretó a mi alrededor, pero vi que Kieran miraba a Casteel por encima de mi cabeza y noté cómo el príncipe asentía detrás de mí. El *wolven* se adelantó lo bastante como para que apenas

pudiera distinguir su silueta y la del caballo. Me puse tensa, consciente de que no había ninguna otra razón para las acciones de Kieran que darnos espacio.

Cabalgamos en silencio un par de minutos antes de que Casteel hablara.

—Lo de ayer por la noche no fue culpa tuya. Fue la neblina. Se avivó de alguna manera y fue a por ti. No debería haberte gritado después. Lo siento.

La sinceridad en su voz me sorprendió tanto como para girar la cabeza hacia él.

- —No pensé que me estuvieras gritando. Solo estabas...
- —¿Qué?
- —Solo estabas asustado.
- —No estaba asustado. Estaba completamente aterrado —admitió—. Cuando nos dimos cuenta de que no estabas, supimos que no sería fácil encontrarte en la niebla. No sé cómo te encontramos tan deprisa, pero gracias a los dioses que lo hicimos. Diablos. —Tosió una risa seca—. A lo mejor los dioses de verdad tienen algo que ver con que te encontráramos.
 - —¿En serio crees que era ella a la que vi? ¿A Aios?
- —¿Con sinceridad? —Su aliento acarició mi mejilla—. Todos sentimos la tierra temblar y Nyktos sí que nos demostró su aprobación. Parece que les gustas, princesa.

Me mordisqueé el labio de abajo.

- —Sé que crees que mi sueño no fue real...
- —No he dicho eso. Creo que la neblina se metió en tu cabeza, pero eso no significa que lo que viste u oíste no fuese un recuerdo real. Puede que fuese real y puede que fuese la neblina. Las dos cosas. Sea como sea, lo que ocurrió ayer por la noche no fue culpa tuya.
- —Sí, pero ni tú ni Kieran estuvisteis a punto de tiraros por un precipicio —señalé.
 - —Eso no significa que no nos afectara.
 - —¿Os afectó?

Se quedó callado un poco antes de responder.

- —Ayer tuve sueños extraños.
- —¿Como cuáles?

Esta vez se quedó callado aún más rato.

- —Soñé que estabas... que estabas en la jaula donde me retenían.
- —Oh. —Se me revolvió el estómago.
- —Y no... no podía liberarte. —Se movió detrás de mí como si no estuviese cómodo y de repente deseé que estuviéramos cara a cara. Se me comprimió el corazón en el pecho.

- —Eso no va a suceder.
- —Lo sé, pero aun así la neblina se aprovechó de mi miedo. —Su mano apretó mi cadera—. Y me convenció de lo contrario. Así es como me desperté y vi que no estabas, boqueando incrédulo en busca de aire.

Por qué la neblina lo haría soñar tal cosa me dejó muy descolocada. Pero Casteel siguió hablando.

- —Kieran se despertó como si lo persiguieran sus propios fantasmas, más o menos al mismo tiempo. Creo que la neblina se apoderó de los dos mientras dormíamos y por eso no nos habíamos dado ni cuenta de que te habías despertado y te habías marchado. —¿Sería por eso que ninguno de los dos parecía consciente de cómo habíamos estado todos acurrucados juntos más temprano esa misma noche?—. Lo que hizo la neblina no fue algo personal y tu susceptibilidad no fue culpa tuya. Debí ser más consciente de que algo así podía pasar.
 - —Suena como que ya tenías bastante con lo tuyo.
 - —Eso no es excusa. Debí controlar mejor la situación.

Giré la cabeza otra vez hacia él y alcancé a ver cómo apretaba la mandíbula.

- —Coacciones aparte, no puedes controlarlo todo.
- —¿Quién lo dice?
- —Lo digo yo.

Apareció una sonrisilla.

—Bueno, ahí me has pillado. A ti no te puedo controlar. Si pudiera, sospecho que la vida sería más fácil, aunque para ser sincero, ni siquiera tengo ganas de intentarlo. Haces que las cosas sean siempre... intrigantes. — Él y esa maldita palabra. Con una sonrisa en los labios, me giré otra vez hacia delante—. ¿Princesa?

—¿Qué?

—La he visto. He visto esa sonrisilla. —Se inclinó hacia delante y bajó la barbilla contra el lado de mi cuello—. ¿Por qué hay veces que todavía escondes tus sonrisas de mí? —Su pecho se hinchó con una inspiración profunda mientras se echaba hacia atrás otra vez—. Tienes una sonrisa preciosa. Eso y tu risa. Y… y nunca te reías lo suficiente tal y como estaban las cosas, pero cuando lo hacías… —Cerré los ojos—. Cuando lo hacías, era como el momento en que la maldita neblina se despejó por fin. Como cuando los primeros rayos de sol cortan a través de las nubes después de una gran tormenta —dijo, sin ápice de vergüenza—. Tu risa es tan bonita como tu sonrisa, y cuando te dije que era como oír algo familiar, no era mentira.

Solté una bocanada de aire temblorosa y abrí los ojos. Las hojas doradas centelleaban aún más brillantes ahora.

- —No… no sabía que seguía haciendo eso y ahora me pregunto si ya lo hacía antes de conocerte. Sonreír y reírse eran cosas poco apropiadas para la Doncella, según el duque.
 - —Quiero matarlo otra vez.
 - —Yo también —murmuré.

Seguimos camino durante un rato. Kieran permaneció lo bastante lejos como para no distinguir gran cosa de él. Pensé en lo que había visto la noche anterior, en las cosas que sí recordaba.

- —¿Te acuerdas de la noche en que pronuncié esa rima tétrica mientras dormía?
 - —Como para olvidarla —respondió con tono seco.
 - —Mi padre solía recitármela.

Casteel se puso rígido detrás de mí.

- —Repite eso.
- —No la última parte, la de cortar la flor y mirar cómo sangra —le dije—. Todavía no sé quién dijo eso. Pudo ser el duque o alguna parte retorcida de mí misma. No lo sé, pero la primera parte, la de la florecilla bonita... Lo había olvidado, pero era él quien me la recitaba. ¿Cómo pude olvidar algo así?

Su brazo se apretó a mi alrededor.

- —No lo sé, pero de algún modo, los malos recuerdos siempre encuentran una manera de que los recordemos mejor que los buenos. —Qué verdad más grande—. ¿Soñaste con tu padre?
- —Sí. Recordé encontrarlo aquella noche. Al menos, creo que así fue. Fruncí el ceño—. No, estoy segura de que eso era real. Lo estaba buscando. Así es como me encontró mi madre. Él solía llamarla Cora. —Esa era otra cosa que se me había olvidado.
 - —¿No se llamaba así?
 - —Su nombre era Coralena.
- —Es un nombre precioso —comentó, y lo era—. ¿Cómo se llamaba tu padre?
 - —¿No lo sabes?
- —No. Al principio solo sabía que te llamabas Penellaphe y tardé muchísimo tiempo en descubrir que tenías un hermano. Así es como me enteré de tu apellido —me explicó—. Para ser sincero, no investigué nada acerca de tus padres. No creí que hubiera razón para hacerlo.

- —Aunque lo hubieras hecho, dudo de que te hubiese proporcionado ninguna pista de que era... medio atlantiana. —Todavía me sonaba extraño decirlo—. Se llamaba Leopold, pero mi madre lo llamaba Leo o... o León.
- —León —repitió—. Me gusta. Encaja que un León tuviese una hija tan fiera.

Sonreí, y solo supe que Casteel lo había visto porque apretó sus labios contra la comisura de mi boca. Parecía un gracias. Su brazo me dio otro apretoncito.

—Pero volvamos a lo de que parece que les gustas a los dioses. Nyktos básicamente nos dio su bendición. Si la de ayer era Aios, y por los dioses, puede que lo fuera, se despertó para garantizar tu seguridad —caviló, y había cierto asombro en su voz—. Lo voy a repetir, princesa. Una diosa se despertó de un sueño de cientos y cientos de años para protegerte. Por lo que yo sé, es algo que no ha ocurrido jamás.

Mi pulso se trastabilló.

- —Entonces, ¿por qué habrá ocurrido ahora? ¿Por qué me protegería? En cuanto la pregunta salió por mi boca, las palabras de la duquesa de Teerman volvieron a mi cabeza. *Eres la Elegida*. Mentira. La duquesa de Teerman no decía más que mentiras—. Quiero decir. No soy especial.
- —Voy a tener que mostrar mi desacuerdo con la idea de que no eres especial. Lo eres para mí y lo eres para los reinos de Atlantia y Solis —me contradijo Casteel—. Juntos, podemos cambiar el presente y el futuro. Esa no es la única razón de que seas especial, pero podría ser uno de los motivos por los que hayas captado la soñolienta atención de los dioses. —Tomó mi mano izquierda en la suya. Nuestras palmas marcadas se encontraron y se produjo esa extraña corriente de energía—. Los dioses te favorecen. En cualquier caso, es buena noticia, Poppy.

Entrelacé los dedos con los suyos.

- —Si los dioses me aceptan, ¿cómo podrán no hacerlo tus padres? ¿Cómo podrá no hacerlo tu…? —Me di cuenta de mi error—. ¿Cómo podrá no hacerlo nuestra gente?
 - —Exacto. —Me dio un beso en la mejilla.

Y por primera vez desde que todo esto empezara, sentí una chispa de esperanza. Una esperanza real de que ganarme la aceptación de sus padres, de la gente, fuese posible. Que nos apoyarían ahora que volvíamos a Atlantia para liberar a su hermano y aumentar el territorio. Que nos apoyarían después, cuando volviéramos. Y si algún día me convertía en más que una princesa.

Me llenó una sensación de ligereza, una calidez que impidió que el frío regresara.

Seguimos adelante y al rato alcanzamos a Kieran. No pasó mucho tiempo antes de que los árboles de hojas doradas iluminadas por el sol dieran paso a un verde exuberante. Entonces supe que habíamos salido de la montaña y estábamos en el verdadero límite del reino de Atlantia.



La Roca Dorada era justo lo que esperaba. Una gran roca redonda que rielaba dorada a la luz del sol.

Jasper y los otros dos grupos ya estaban ahí. Quentyn empezó a saludarnos con la mano en cuanto nos vio.

—Me alegro de ver que lo conseguiste —dijo Emil, haciendo una reverencia desde donde estaba al lado de su caballo—. Y tú.

La última parte estuvo dirigida a mí. Recordé los celos de Casteel e interrumpí mi sonrisa.

- —¿Y yo qué? —preguntó Kieran, al tiempo que echaba pie a tierra.
- —¿Quieres que mienta y te diga que estoy encantado? —repuso el atlantiano, una sombra de sonrisa en la cara.
 - —Me haría sentir que mi vida está completa, Emil.
- —¿Naill y Delano no han llegado todavía? —preguntó Casteel al apearse. Estiró los brazos hacia mí—. Pensé que nos ganarían a todos.
- —No, no han llegado aún —contestó Jasper con aspecto cansado, apoyado contra la roca—. Yo pensé que vosotros nos habríais ganado a nosotros.

—¿Ah, sí?

Jasper asintió mientras ocultaba un bostezo con el dorso de la mano.

- —Estoy impaciente por reencontrarme con mi cama —comentó con un suspiro, mientras yo empezaba a abrir los botones de mi capa—. En cualquier caso, espero que la noche fuese más tranquila para todos vosotros.
- —No nos pasó nada interesante —repuso Casteel. Me miró a los ojos al tiempo que retiraba mis manos con suavidad. Empezó a manipular los diminutos botones y sentí una oleada de gratitud; no porque me desabrochara la capa, sino por no mencionar lo ocurrido—. ¿Qué tal vosotros?
- —Sueños extraños —musitó Jasper sin quitarnos el ojo de encima. Sin quitármelo a mí de encima.

—Como si eso fuera todo —comentó Emil mientras enrollaba las mangas de su túnica—. Supongo que vosotros también lo sentisteis ayer por la noche. El temblor de la montaña entera, digo.

Casteel asintió pero no dijo nada más. Notaba la atención de Jasper fija en nosotros, la de todos los *wolven* presentes, en realidad, mientras Casteel doblaba mi capa y la guardaba en una de las alforjas. Enseguida llegó el resto de nuestro grupo. Ninguno de ellos tenía pinta de haber pasado muy buena noche, y era extraño ver a Beckett en su forma mortal y tan apagado cuando por fin retomamos la marcha.

Los parches de hierba dieron paso a ondulantes colinas de un verde intenso y exuberante, y no pasó mucho tiempo antes de que deseara haberme cambiado para ponerme la túnica sin mangas.

Levanté una mano y me sequé la película de sudor que empapaba mi frente.

- —¿Siempre hace tanto calor? No me estoy quejando si es así.
- —Aquí, cerca del mar, hace calor —respondió Casteel. Miré a mi alrededor y me pregunté a qué mar se refería—. Pero tierra adentro, cuando te acercas a las montañas de Nyktos, se ven más cambios estacionales y temperaturas más bajas.

Empecé a preguntar dónde estaba ese mar cuando las vi.

Unas elegantes y relucientes columnas blancas que se estiraban tan altas en el cielo que si hubiese habido nubes, habrían subido más allá de ellas. Un vuelco en mi pecho me quitó la respiración.

- —¿Los Pilares de Atlantia? —susurré.
- —Sí. —La voz de Casteel sonó suave en mi oído.

A medida que nos acercábamos, me invadió un sentimiento de completo asombro, uno más profundo que la curiosidad. Vi unas ranuras en sombra talladas en la piedra, marcas en un idioma que no había visto jamás. Los Pilares eran más que solo hitos en el camino o incluso el lugar de descanso de Theon y Lailah. Estaban conectados a una muralla del mismo material, que parecía ser piedra caliza y mármol. Era tan alta como cualquier Adarve y continuaba más allá de donde alcanzaba la vista. Llegamos a la cima de la colina y pude ver entre los dos pilares lo que nos aguardaba. Se me puso toda la carne de gallina al tiempo que una especie de zumbido pareció vibrar por mi sangre en un himno largo tiempo olvidado.

La barbilla de Casteel rozó el lado de mi cuello, seguida de sus labios.

—Bienvenida a casa, princesa.

Capítulo 44



Casa.

¿Era a esto a lo que se refería la voz de la noche anterior? ¿Esta era de verdad mi casa?

Quería que así fuera, más de lo que jamás había pensado.

Pasamos entre los Pilares. Mi corazón atronaba mientras me empapaba de todo lo que tenía ante mí con una expresión de absoluta incredulidad.

Lo primero en lo que me fijé fue en la gente que estaba a lo largo de las murallas, justo por dentro de los Pilares. ¿Cómo podía no haberlas visto? Había al menos cien personas, vestidas con pantalones negros y túnicas sin mangas del mismo color. Llevaban espadas con mangos dorados colgadas a los lados. También ballestas, como la destrozada durante el enfrentamiento con el clan de los Huesos Muertos, amarradas a la espalda. En cuanto vieron a Casteel, en cuanto lo reconocieron, hicieron una reverencia, una tras otra en una gran ola. Pero fueron las personas de los niveles superiores las que llamaron mi atención.

Mujeres.

Muchísimas guardianas. Hincaron una rodilla en tierra en rápida sucesión y se llevaron el puño al corazón.

Sabía que tenía los ojos abiertos como platos. Sabía que los miraba con cara de pasmo, pero ellos también nos miraban, los hombres abajo y las mujeres arriba. De repente, deseé llevar aún puesta la capa, a pesar del calor que hacía. O haberme dejado el pelo suelto. Quizás entonces no me sintiera tan expuesta, mis cicatrices tan evidentes para los ojos de estos desconocidos.

Desconocidos que... quería que me aceptaran.

Miré adelante. Y entonces me olvidé por completo de las cicatrices y de ser aceptada.

Unos árboles frondosos bordeaban una calle ancha, más lisa que cualquiera que hubiese visto jamás en Solis. Estaba hecha de algún tipo de piedra oscura que parecía fusionada entre sí. Los árboles se extendían hacia los lados en apretadas masas que formaban un exuberante bosque, y más adelante...

Se extendía una enorme ciudad. Subía y bajaba con el ondular de colinas y valles, una ciudad el doble de grande que Carsodonia. Estructuras blancas y de color arena relucían bajo el sol, mimetizándose con gracia con el paisaje, algunas cuadradas y otras circulares. Algunas se alzaban hacia el cielo en elegantes torres, mientras que otras eran edificios tan anchos como altos, y aun otras permanecían bien pegadas al suelo. Me recordaban a los templos de Solis, pero no estaban diseñados para imitar la noche sino para reflejar el sol, para adorarlo. El tejado de todos los edificios que alcanzaba a ver era verde. Crecían árboles de ellos, serpenteantes enredaderas se deslizaban por sus costados y estallidos de color surgían de todos lados.

A diferencia de la capital de Solis, donde la ciudad era piedra y tierra, estos edificios estaban rodeados por fogonazos de verde. Igual que en Spessa's End, ningún edificio parecía estar amontonado encima de otro, ni apelotonados hasta el punto en que apenas cabían. Al menos no por lo que pude ver desde esa distancia.

Al otro lado de la ciudad, donde puntitos blancos pastaban en prados, y más allá de la densa zona boscosa que venía a continuación, había una montaña que en efecto desaparecía entre las nubes. Y en la ladera de esa montaña había once estatuas que tenían que ser tan altas como el Ateneo de Masadonia. Cada una sujetaba una antorcha encendida en un brazo estirado, las llamas tan brillantes como el sol del atardecer.

Eran los dioses, todos ellos, que cuidaban de la ciudad o montaban guardia.

No podía ni empezar a imaginar cómo habían construido estatuas de semejante tamaño, ni cómo las habían erigido sobre la montaña. Tampoco cómo habían encendido esas antorchas, cómo permanecían encendidas.

—La Cala de Saion es preciosa, ¿verdad? —Casteel no tenía que preguntarlo. Era la ciudad más bonita que había visto en mi vida y no podía ni imaginar el aspecto que tendría la capital—. Desde aquí no se ve el mar, pero está al otro lado de los árboles de nuestra derecha.

El recuerdo de la arena caliente y el aire salado tironeó de mi corazón. Seguí la dirección de su mirada y vi la parte de arriba de unas columnas entre los árboles.

- —¿Qué hay ahí?
- —Las Cámaras de Nyktos —respondió—. Desde ahí, se pueden ver los Mares de Saion y las islas de Bele —añadió—. Y sí, la diosa de la caza duerme ahí.
 - —Tengo tantas preguntas...
 - —No hay una sola persona que se sorprenda de oír eso —apuntó Kieran.

Delano se rio. Giró la cabeza hacia el cielo y disfrutó del sol.

Una campana empezó a tañer y me sobresalté. Las hojas temblaron cuando una bandada de pájaros alzó el vuelo desde los árboles cercanos, sus plumas de un verde y un azul vívidos. La campana sonó cinco veces más. Me puse tensa.

- —¿Pasa algo? —Miré a nuestro alrededor, pero nadie parecía preocupado. Yo solo había oído tocar una campana cuando había un ataque o algún problema. Jasper me sonrió.
- —Solo dice la hora. Son las seis de la tarde —explicó—. Sonará cada hora hasta la medianoche, y luego volverá a empezar a las ocho.
- —Oh. —Qué ingenioso. Más adelante, vi a alguien a caballo. Se dirigía hacia nosotros. Casteel frenó un poco a su caballo.
 - —Aquí llega el comité de bienvenida de uno —comentó Jasper.
 - —¿Quién es? —pregunté.
 - —Alastir —me dijo—. Debía de estar esperándonos.

El consejero del rey y la reina llegó en cuestión de pocos minutos, una sonrisa suavizaba la profunda cicatriz de su frente.

—No sabes lo aliviado que estoy de verte. A todos vosotros —saludó Alastir, y pasó una cosa de lo más extraña.

Noté una sensación cosquillosa, como si unos dedos gélidos danzaran por la parte de atrás de mi cuello. Por todos los dioses, su voz sonaba tan parecida a la de Vikter, pero...

—Tenéis que contarme todo lo que pasó en Spessa's End. —Alastir acercó su caballo hasta el nuestro y le estrechó la mano a Casteel—. Pero antes debo prevenirte. —Bajó la voz—. Tu padre y tu madre están aquí, y tu llegada no ha pasado desapercibida. Saben que has vuelto a casa.

Se me cayó el alma más allá de los pies. No tenía planeado conocer a sus padres tan pronto. Se suponía que estaban en la capital. Estaba claro que Casteel pensaba lo mismo.

- —¿Qué hacen aquí?
- —Vinieron en cuanto se enteraron de los problemas en Spessa's End. Tu maldito padre estaba a punto de cruzar la montaña. Le aseguré que nuestras fuerzas llegarían a tiempo... —Dejó la frase a medio terminar cuando vio el anillo en la mano izquierda de Casteel. Giró la mano del príncipe hacia arriba. Se quedó blanco—. Lo has hecho. —Se giró en la montura para mirar también mi mano izquierda. Sus ojos se cruzaron con los míos—. Lo has hecho de verdad.
 - —Lo hicimos —dijo Casteel—. Justo como te dijimos que haríamos.
- —Te lo perdiste —intervino Jasper, mientras mis sentidos percibían la incredulidad y la preocupación que irradiaban de Alastir. Lo cual no era ninguna sorpresa. Él había querido que esperáramos hasta que Casteel hablara con sus padres—. El día se convirtió en noche al final de la ceremonia. Nyktos dio su aprobación.

Alastir parpadeó como si eso no se lo hubiera esperado.

- —Vaya, eso es... es una buena noticia. Quizás sea de ayuda cuando se lo comuniquéis al rey y a la reina, pero tengo que hablar contigo, Casteel, en privado.
- —Todo lo que tengas que decirme puedes decirlo delante de mi *mujer* repuso Casteel, y mi estómago ya inestable dio una voltereta.

Su mujer.

¿Por qué me resultaba tan impactante oírlo? Aunque fue una sorpresa agradable.

—Esta es una conversación que concierne al reino y, no quiero ofender, pero ella todavía no es parte de la corona —objetó Alastir—. Por lo que no debería estar al tanto de esta información.

Casteel se puso rígido detrás de mí y supe que estaba a punto de protestar, pero lo último que quería era que estuviera ahí plantado discutiendo con Alastir sobre lo que yo debería o no saber cuando llegaran sus padres.

—No pasa nada. No me ofendo —dije, y le di unas palmaditas en el brazo
—. Además, me gustaría estirar un poco las piernas.

Casteel no estaba demasiado contento con eso, pero Beckett se ofreció a acompañarme.

- —Puedo enseñarle las Cámaras de Nyktos. No están muy lejos de aquí dijo—. Es decir, si quieres.
- —Me encantaría —acepté de inmediato, aferrada a la oferta como si fuese un salvavidas—. Eso es lo que querría hacer.
 - —Entonces, es lo que vas a hacer —confirmó Casteel.

Mi corazón latía tan deprisa cuando Casteel desmontó y me ayudó a apearme que no me hubiese sorprendido si me hubiera desmayado. ¿Cuán vergonzoso sería eso? Desmayarme por primera vez en la vida... a los pies de mis suegros, él, el rey que todavía planeaba utilizarme como mensaje.

Pero eso cambiaría. Tendría que cambiar. No solo porque los dioses me favorecían, sino porque lo que Casteel y yo compartíamos era *real*.

- —Un segundo. —Casteel le hizo un gesto a Beckett justo cuando Quentyn llegaba al lado del joven *wolven*. Me apartó un poco de los otros y nos paramos a la sombra de uno de los árboles cercanos—. Siento esto —se disculpó—. No tenía ni idea de que estarían aquí. Quería darte algo de tiempo antes de presentarte. Así es como lo tenía planeado.
- —Lo sé y, para ser sincera, me alegro de que Alastir estuviera aquí para avisarnos y de que quiera hablar contigo. Eso me dará algo de tiempo para... no lo sé. —Noté que mis mejillas se sonrojaban—. Prepararme.
 - —No tienes por qué estar nerviosa.
 - —¿En serio? —repuse con sequedad.
- —Estoy intentando ayudar. —Asomó una medio sonrisa, pero desapareció al instante—. Nos hemos enfrentado a cosas más temibles que unos padres pillados por sorpresa, y tendremos que enfrentarnos a cosas mucho peores. Solo recuerda que esto… —Levantó mi mano izquierda y la giró—… es real —dijo, repitiendo mis pensamientos de hacía un rato—. Somos reales. Pase lo que pase.

Contemplé la centelleante espiral dorada de la palma de mi mano.

—Pase lo que pase.

Puso un dedo debajo de mi barbilla y me levantó la cabeza. Sus labios encontraron los míos. Me besó, y no fue ningún breve roce de los labios. La gente nos observaba, pero Casteel se tomó su tiempo y, para cuando levantó la cabeza, me sentía mareada por una razón completamente distinta.

—Pase lo que pase —repitió.

Asentí y me aparté de él para girarme hacia donde esperaba Beckett, cambiando el peso de un pie al otro.

—¿Poppy? —Me giré otra vez hacia Casteel y en cuanto lo vi, noté que se me quedaba el aire atascado en la garganta. La forma en que me miraba, la intensidad de sus ardientes ojos dorados... me quedé clavada en el sitio. Lo que percibí de él... sabía al chocolate más suave y las bayas más dulces. El pecho de Casteel subió y bajó con una respiración entrecortada—. Volveré a por ti.



Te quiero.

Eso era lo que creía que iba a decir Casteel. Eso era lo que percibí de él, pero las palabras jamás salieron por su boca.

Tampoco salieron por la mía.

Toda desilusión que hubiese podido sentir dio paso enseguida al asombro cuando Beckett me llevó a través del bosque. El *wolven* no se estaba comportando como un charlatán entusiasmado y noté que aún desconfiaba un poco de mí. Percibí un ligero indicio de miedo procedente de él y supuse que se estaba retando a superarlo al ofrecerse a llevarme a las Cámaras.

Los árboles estaban llenos de llamadas y trinos de pájaros, pero como había dicho Beckett, las Cámaras no estaban tan lejos. De hecho, salimos de la zona boscosa bastante deprisa.

La estructura se alzaba contra el intenso azul del cielo; la piedra caliza y el mármol centelleaban blancos al sol.

Atravesamos un pequeño prado de diminutas florecillas azules y amarillas. Cuanto más me acercaba, más consciente era de lo grande que seguía siendo el templo. Era casi tan largo como el castillo de Teerman.

—Santo cielo —exclamé, mirando de reojo a Beckett—. Esta cosa es enorme.

El wolven asintió, tras echar una rápida mirada en mi dirección.

- —Es uno de los templos más grandes que tenemos.
- —¿Por qué se llama las Cámaras? —pregunté, mientras subíamos las empinadas escaleras, agradecida por la distracción. Unos tallos de enredadera escalaban por los anchos escalones, todo el camino hasta arriba, donde se enroscaban en torno a las columnas.
 - —Es porque hay tumbas debajo.

Me paré cerca de la cima y lo miré.

—¿En serio?

Se le escapó una risita nerviosa.

- —Sí. La entrada a las tumbas está en el costado. Es donde se enterraron algunas de las más antiguas. De las antiguas deidades, quiero decir.
- —Perdona. Los cementerios y las tumbas me ponen un poco los pelos de punta —admití. Empecé a subir de nuevo.
- —A mí me pasa lo mismo. —Apareció una sonrisa rápida—. Sobre todo estas. Da la sensación… no sé, como que los que están enterrados te están

observando.

Una brisa cálida y salada llegó hasta nosotros cuando alcanzamos la cima de las escaleras. No sabía dónde mirar primero. El escudo atlantiano había sido tallado en los suelos de piedra y había piedrecitas y rocas mucho más grandes desperdigadas por encima.

Entre las columnas, se alzaban estatuas de los dioses, cada uno con un brazo estirado. Nyktos era el más alto de todos, de pie en el mismo centro del templo, los dedos de sus pies rozando el escudo atlantiano. Todos estaban esculpidos de modo que pareciera que el sol salía detrás de ellos, y sujetaban antorchas en sus manos de piedra, desprovistas de llamas, de vida.

Aparté la vista de ellas y fui hacia un lado. La belleza de lo que vi era extraordinaria. Jamás había visto agua tan clara. Corales de un intenso azul y verde, incluso rojo, eran claramente visibles debajo de ella. Más allá, donde el agua era ya más profunda, tenía un tono tan azul como el cielo en lo alto. Sabía que había más cosas para ver, como los árboles de Aios que eran visibles desde las Cámaras, pero no lograba apartar la vista del mar. Mi siguiente respiración fue serena y tranquilizadora, como si no hubiese respirado tan profundo desde... bueno, desde siempre. Parpadeé y me di cuenta de que tenía los ojos anegados de lágrimas. Por lo general, no me emocionaba de ese modo por ver un cuerpo de agua, pero este parecía... parecía mi casa.

—Gracias por curar mis piernas —dijo Beckett de pronto. Me sobresalté porque, por horrible que pueda parecer, había olvidado que estaba ahí—. Sé que ya te lo había dicho, pero, ehh, solo quería decirlo otra vez. No tienes ni idea de lo que hiciste por mí.

Me costó un momento poder hablar. El pobre chico ya estaba bastante incómodo en mi presencia como para que encima me pusiese a llorar por su comentario.

—No tenías por qué darme las gracias antes y no tienes por qué hacerlo ahora. —Toqué la cálida piedra de una columna—. Me alegro de haber podido ayudar.

A lo lejos, podía distinguir las islas de Bele. Parecían grandes, como si pudiesen albergar dos o tres pueblos del tamaño de Spessa's End. Había algo en el pico más alto de la isla central. ¿Un templo? Empecé a preguntarle a Beckett qué era cuando me di cuenta de que no me había respondido antes.

Aparté la mirada de las centelleantes aguas y me giré. Todos los músculos de mi cuerpo se bloquearon de inmediato. Beckett había desaparecido.

Pero no estaba sola.

Había varias personas al lado de la estatua de Nyktos. La mayoría eran hombres, pero también había unas cuantas mujeres. Eran al menos una docena en total, una mezcla de atlantianos y mortales. Ni un solo *wolven* entre ellos. Pero iban todos vestidos del mismo modo, con pantalones holgados blancos y camisas sin mangas más ceñidas. Llevaban los brazos adornados con bandas doradas similares a las que había visto sobre las guardianas en Spessa's End. Su atuendo y la forma en que me miraban me recordaron a los sacerdotes y las sacerdotisas de Solis.

Excepto que aquellos no llevaban armas. Todos estos llevaban una larga y estrecha daga dorada amarrada al pecho.

Se me puso la carne de gallina. No reconocía a ninguno de ellos, pero sabía lo que sentían. Irradiaban ira, una ira que condensaba el aire y se mezcló con mi intensa incredulidad a medida que registraba lo que estaba ocurriendo. Todos mis instintos se avivaron al instante.

—No deberías estar aquí —dijo un atlantiano dando un paso adelante—. Jamás deberías haber cruzado las montañas Skotos. Tu mera presencia es una ofensa, *Doncella*.

Esta gente sabía exactamente quién era.

Eché un rápido vistazo hacia la entrada. La única entrada. Esa gente la bloqueaba, y su ira... su odio... seguía estirándose hacia mí, impregnaba mi piel como una manta demasiado vasta, llenaba la parte de atrás de mi garganta de ácido caliente. Interrumpí la conexión; para ello, imaginé que cada cuerda se cortaba hasta que no quedó nada en mi interior aparte de mi corazón desbocado. Una vez que bloqueé sus emociones, escudriñé el templo de nuevo, esta vez buscando alguna señal del joven wolven. No vi ninguna, y hasta el último rincón de mí supo lo que había pasado, aunque no entendiera por qué. Había estado tan contento la primera vez que lo vi. Luego lo había curado. Ningún otro wolven había sido desagradable conmigo.

Pero él... él me había conducido hasta aquí. Se había ofrecido a hacerlo. Y luego me había abandonado.

Me había dejado a manos de estas personas a las que jamás había visto o conocido hasta ahora pero que me odiaban de todas maneras.

Pero ellos no te eligieron.

Se me calentó toda la piel, solo para enfriarse al instante. Había sido una trampa. Nacida de la casualidad o planeada, no tenía ni idea. Tampoco sabía cómo la habían orquestado, si esta gente había estado esperando y durante cuánto tiempo. Sin embargo, nada cambiaba lo que era esto. La traición, la desilusión y un dolor profundísimo clavaron en mí sus garras afiladas como

cuchillas. Miré esos rostros sin nombre y sentí como que mi pecho se hubiese abierto en canal.

Había sido muy tonto por mi parte querer que esta gente me aceptara. Y de una ingenuidad increíble aferrarme a esa chispa de esperanza. Quería gritar. Quería... Dios, quería llorar. Y quería rabiar.

Pero no podía.

Tenía que mantener la calma. Esto era una trampa, pero sabían quién era, y eso significaba que también tenían que saber que era la mujer de Casteel. No podían pretender hacerme daño de verdad. Tenía que apaciguar la situación de algún modo. Los mortales no serían un problema. Sin embargo, los atlantianos que estaban de pie delante de ellos sí podían convertirse en uno.

Aun así, bajé la mano derecha a donde mi jersey ocultaba la daga de *wolven*.

- —Lo siento, no sabía que esta zona estaba prohibida y no sé lo que habéis oído sobre mí, pero no soy una Ascendida y jamás elegí ser la Doncella. Luché contra ellos en...
- —Eres algo peor —me interrumpió una mujer. Me fijé en que sujetaba algo en el puño cerrado—. Sabemos bien lo que eres en realidad. Sabemos cómo te has ganado la confianza del príncipe, *Empática*. Come Almas.

Una espinosa oleada de miedo rodó por encima de mi piel. Ninguna de estas personas había estado en Spessa's End o en New Haven. ¿Se lo habría contado Alastir a alguien? Dudaba de que Kieran lo hubiese hecho durante su breve regreso. Aunque en este momento, nada de eso importaba. Lo que importaba era que lo que había dicho Alastir era cierto. Igual que lo que había pensado Casteel, aunque no hubiese querido decirlo en voz alta. Y yo ya lo sospechaba. Debido a quién era y a quién no era, esta gente no me aceptaría. Y me temían.

Y ese miedo alimentaba su odio. Eso era lo más peligroso de todo.

- —Tampoco soy eso que dices —la contradije, pendiente de la mano de la mujer, de las manos de todos ellos. Otro hombre también sujetaba algo—. No puedo alimentarme de la energía emocional ni intensificar el miedo. Ni siquiera sabía lo que era hasta…
- —Cierra la boca, zorra —escupió el atlantiano. Parpadeé, silenciada de golpe por el insulto—. A cada bando le dices lo que quiere oír —continuó—. Puede que tus mentiras hayan funcionado con los demás, pero no funcionarán con nosotros.

- —Aquí no vas a encontrar lo que buscas —dijo una mujer, y pensé de inmediato en la voz que había oído la noche anterior—. No destruirás Atlantia desde dentro. Puede que hayas manipulado el cerebro del príncipe, pero no lo lograrás con nosotros.
- —Yo no le he hecho nada. —Mis dedos se enroscaron alrededor del borde del jersey.
- —¿Aparte de intentar matarlo? —me desafió otro mientras unas nubes se acumulaban por encima de nosotros.

Bueno, eso era difícil de rebatir y también algo que ninguno de ellos debería haber sabido.

—¿O conducido a un ejército de Ascendidos hasta las puertas de Spessa's End? —preguntó otro, y eso también era difícil de rebatir—. Hubo gente que murió ahí, ¿no es cierto?

Sí que era cierto.

- —Los Ascendidos te disfrazaron de Doncella. Te enviaron al corazón mismo de Atlantia —dijo el atlantiano, el que había hablado primero—. No te permitiremos destruir Atlantia. No permitiremos que nos destruyas a todos, zorra de los Ascendidos.
- —No tenéis ni idea de lo que estáis hablando. —Luchaba contra mi ira, pero empezaba a perder la batalla. Joder, estaba demasiado... *dolida*, y me negaba a quedarme ahí plantada y escuchar cómo me acusaban de trabajar con los Ascendidos. Había *matado* a un montón de gente para defender Spessa's End. Había estado dispuesta a acabar con mi propia vida para proteger ese pueblo—. No digo más que la verdad cuando digo que siento todo lo que hayáis podido sufrir a manos de los Ascendidos. Puedo incluso comprender vuestra desconfianza y animadversión hacia mi persona, pero si uno solo de vosotros vuelve a llamarme zorra una vez más, os vais a arrepentir.
- —¿Debido al príncipe? —se burló el atlantiano—. ¿Acaso crees que no estamos dispuestos a proteger nuestro reino incluso de él? Al príncipe ya lo perdimos, igual que a Malik.
- —No habéis perdido a vuestro príncipe. —Mis dedos rozaron la vaina de la daga justo cuando el sol se ocultó detrás de una nube oscura—. Y no es de mi *marido* de quien tenéis que preocuparos. Es de mí.

Centrada en el atlantiano, me había olvidado de la mujer, de lo que sujetaba en la mano. Ni siquiera la vi levantar el brazo. Fue un paso en falso muy estúpido por mi parte. Vikter se sentiría tan decepcionado...

Un repentino dolor explotó de pronto. Me dejó aturdida. Solté una exclamación ahogada y me agarré un hombro mientras miraba abajo.

Una roca.

Me había tirado una *roca*.

Casi me eché a reír, solo porque podía haber tirado algo peor. Como la daga que llevaba pegada al pecho. Cualquier cosa más peligrosa que una *roca*.

- —Eso ha dolido —mascullé entre dientes al tiempo que las nubes se oscurecían aún más, ahora gordas y pesadas. El olor a lluvia llenó el aire y, en la distancia, se oyó la advertencia de un trueno retumbar—. Pero ¿en serio? ¿Una roca?
- —¿Crees que te tenemos miedo? —preguntó el hombre atlantiano. Desenvainó su daga—. No eres una amenaza cuando no puedes tocarnos. Sabemos cómo se alimentan los Come Almas. Sabemos cómo percibes las emociones. Tienes que entrar en contacto con la piel de la persona.

Así no era como funcionaba.

- —Parece que hay muchas cosas que no habéis entendido bien. Desenvainé mi propia daga. Al demonio con empeorar o no la situación—. No soy vuestra enemiga, pero vosotros os estáis convirtiendo en los míos a pasos agigantados.
- —Sin embargo, no eres nada más que una zorra desfigurada para los Ascendidos —repuso la mujer con calma cuando retumbó otro trueno, más cerca esta vez.

Antes de que pudiera preguntar cómo podía ser al mismo tiempo la Doncella y una zorra, un nuevo dolor brotó en un lado de mi cabeza, tan repentino y sorprendente que dejé caer la daga y me tambaleé hacia atrás. Enseguida me di cuenta de que el apedreamiento solo estaba destinado a incapacitarme para poder acercarse a mí. Otra roca me golpeó en la tripa, luego en la pierna, en el brazo...

Un relámpago iluminó el cielo por encima del mar. Un trueno retumbó y su eco rebotó entre las columnas del templo cuando una repentina agonía alanceó mi ceja al impactar una roca contra mi frente y la cicatriz que había ahí. Fue un dolor tan intenso y sorpresivo que me hizo caer de rodillas. El control de mis sentidos se aflojó y luego se rompió en mil pedazos. Fue como si una fisura se hubiese abierto de par en par en mi interior mientras un calor húmedo resbalaba por mi sien.

Basura Ascendida. Come Almas. Zorra. Las palabras caían al mismo ritmo que sus piedras, pero fue lo que percibía de ellos lo que me golpeaba

con más fuerza.

—Basta —susurré.

Su ira y su odio se estrellaban contra mí. Miré hacia abajo y vi mi sangre caer sobre la piedra. No podía respirar. Las emociones crudas eran una violenta marea interminable, y debajo de todo ello había como un murmullo, un runrún procedente del mismo centro de mi ser. Mi piel vibraba. Igual que cuando los soldados nos habían rodeado a Casteel y a mí antes de que los *wolven* llegaran.

Algo rojo salpicó contra el suelo, ensució la piedra nacarada. Más sangre. Otra gota se unió a la primera, se filtraron en las grietas. El mármol tembló bajo mis pies cuando unas raíces aparecieron en la piedra, finas como frágiles venas, y empezaron a reptar hacia fuera por la grieta. Parpadeé para eliminar el escozor de los ojos y las raíces desaparecieron. Cayó otro goterón carmesí, y otro, este más lejos de mí.

Era sangre.

Pero no era mía.

Caía de arriba.

Los cielos sangraban.

Capítulo 45



Mareada, levanté la cabeza para ver sangre caer como lluvia de la nube de tono carmesí que se extendía por encima del templo y la cala.

Salpicaba el blanco prístino del suelo del templo, empezaba a empapar mi ropa y tiñó de rosa las prendas blancas de los que estaban delante de mí. Parecían aturdidos cuando levantaron los ojos hacia el cielo.

—Lágrimas de un dios enfadado —susurró alguien.

Mis ojos volvieron al batiburrillo de rostros desconocidos.

- —Es un presagio —anunció el atlantiano que había desenvainado su daga
 —. Nos están diciendo que saben lo que hay que hacer y a lo que nos enfrentaremos.
 - —Basta —repetí.
- —Por Atlantia —dijo una mujer. Estaba más cerca. Una mortal con sangre atlantiana y la cara manchada de carmesí. Había otro atlantiano a su lado, los labios retraídos para enseñar los colmillos. El odio en su mueca me recordó a un Demonio. A un Ascendido.
- —De sangre y cenizas. —El atlantiano levantó la daga—. Resurgiremos, hermanos y hermanas.

El murmullo en mi sangre aumentó, la vibración de mi piel se intensificó, más fuerte de lo que la había sentido jamás, y esa antigua sensación de sabiduría brotó de lo más hondo de mi dolor. Las cuerdas que con tanta claridad podía ver brotaron de mi interior para conectarme con todos y cada uno de ellos. Reuní todo su odio ardiente y su aversión abrasadora, su amargura ácida y su sed de venganza, después de años, décadas, siglos de dolor infligido a ellos. Y me los apropié.

Me apropié de todos esos sentimientos y los metí en mi interior, dejé que inundaran cada vena, cada célula, hasta que me asfixiaron, hasta que saboreé la sangre, hasta que me ahogué en ella. Hasta que noté el sabor de la *muerte*. Y era dulce.

- —¡Basta! —grité, y la conexión con ellos, con todos ellos, crepitó cargada de energía. Las cuerdas que siempre habían sido invisibles se iluminaron de color plateado, y de pronto eran visibles no solo para mis ojos, sino también para los suyos.
 - —Tus ojos —exclamó el atlantiano de la daga. Se tambaleó hacia atrás.

Un resplandor de luz de luna brotó de mi interior, se extendió por la piedra y rieló por el aire cargado de electricidad mientras me ponía en pie. Los truenos retumbaban sin cesar, sacudían el templo y los árboles cercanos.

—Por todos los dioses —susurró el atlantiano. Su daga resbaló de sus dedos para caer sin hacer ruido sobre la baldosa—. Perdónanos.

Demasiado tarde.

Las cuerdas que me conectaban a todos ellos se contrajeron cuando abrí los brazos a los lados. Todo el odio, la aversión, la amargura y la venganza se intensificaron, se triplicaron, y luego estallaron desde mi interior, recorrieron todas esas cuerdas y encontraron su camino de vuelta a casa.

Un relámpago se iluminó en lo alto como un millar de gritos, mientras las emociones rancias del grupo los ahogaban.

Un intenso viento retiró el pelo de sus caras. La ropa se tensó contra sus cuerpos. Los pies resbalaron por la roca, y cayeron, uno detrás de otro, como si no fuesen más que arbolillos frágiles atrapados en una tormenta de viento.

Observé cómo su propia vileza volvía a ellos.

Observé cómo se agarraban la cabeza, cómo se retorcían y sufrían espasmos, gritando y *aullando* hasta que los huesos de sus gargantas se hundieron sobre sí mismos bajo el peso de su desprecio.

Y después... nada.

Silencio dentro y fuera de mí. Estaba vacía de nuevo. Ningún odio, ni ira, ni dolor. Vacía y fría.

Aspiré una bocanada de aire y me tambaleé mientras las cuerdas plateadas conectadas a ellos chisporroteaban y siseaban hasta desaparecer. La lluvia amainó y luego paró. Se habían formado charcos rosáceos por el suelo.

Los que yacían sobre la piedra no se movían, no forcejeaban ni se retorcían. Rojo. Había muchísimo rojo a su alrededor. Discurría en finos riachuelos hacia los charcos, donde oscurecía su tono rosado. Yacían inmóviles, sus cuerpos retorcidos y contorsionados como si los mismísimos

dioses los hubiesen zarandeado. Los ojos como platos y las bocas abiertas, las manos cerradas con fuerza en torno a sus rocas o sus gargantas aplastadas.

No sentía *nada* de ellos.

Las campanas tañeron de nuevo, esta vez deprisa, sin pausas entre campanada y campanada, y el templo se estremeció. La piedra se agrietó detrás de mí. El aire se llenó de olor a sangre y tierra fértil. Una sombra cayó sobre mí, se estiró por el suelo como cientos de dedos óseos.

Despacio, me di la vuelta, y mis ojos subieron por una corteza gruesa y reluciente y por las ramas desnudas de un enorme árbol. Diminutos capullos dorados se formaron por todas partes y luego se abrieron, miles de ellos se desplegaron para formar hojas rojo sangre.

Acababa de brotar un árbol del Bosque de Sangre, arraigado donde primero había caído mi sangre.

Unos movimientos llamaron mi atención. Giré la cabeza a toda velocidad hacia la izquierda, y el poco aire que había conseguido meter en los pulmones me abandonó de golpe.

Unas sombras elegantes subían acechantes por los anchos escalones. Se detuvieron ahí unos momentos, observaron los cuerpos tirados en el suelo de piedra.

Giraron las cabezas de unos a otros. Muchos pares de penetrantes ojos escarchados se levantaron hacia donde estaba yo, delante del árbol de sangre, resollando. Me puse tensa.

Detrás de ellas, había otras sombras más grandes que presionaban hacia delante. Dos. Tres. Cuatro. Muchísimas más. Había *docenas*. Quizás incluso un centenar. Puede que más. Cada una más grande que la anterior, su pelo lustroso a la luz del sol a medida que las nubes en lo alto se iban desperdigando, sus ojos de un azul incandescente que no había visto antes. Sus orejas tiesas, sus ollares moviéndose de manera casi imperceptible mientras olían el aire. La sangre.

Mientras me olían a *mí*.

Reconocí el precioso pelaje blanco de Delano, luego se me comprimió el corazón al ver a Kieran, sus ojos de un brillo antinatural fijos en mí, en la luz plateada que todavía brillaba a mi alrededor.

Multitud de uñas tintinearon contra la piedra a medida que se acercaban. Pasaron por encima de los caídos, las cabezas gachas. Me rodearon despacio, caminando en círculo, e hicieron hueco para...

Por todos los dioses.

Del color del acero, el *wolven* era el doble de grande que cualquiera que hubiese visto jamás, casi tan alto como yo. Quizás más alto aún. Se dirigió despacio hacia mí, las pezuñas del tamaño de dos de mis manos.

Era Jasper. Durante la batalla de Spessa's End, no me había dado cuenta de lo grande que era.

El *wolven* plateado se detuvo delante de mí, miró a mis ojos como platos con esos inquietantes ojos relucientes, y supe que si trataba de huir o de agarrar la daga del suelo no recorrería ni un centímetro.

Sentí un escalofrío, con la sensación de que alguien más nos observaba, así que aparté la vista de Jasper, de los otros *wolven*, y la dirigí más allá de la estatua de Nyktos.

Casteel subía por las escaleras, su oscuro pelo mojado y revuelto por el viento como si hubiese corrido más deprisa de lo que este podía soplar. Unas finas líneas rojas recorrían su rostro mientras caminaba hacia nosotros, los rasgos serios, la barbilla baja.

En ese momento, de un modo bastante tonto, pensé que Casteel parecía una especie de dios ahí de pie. Vestido de negro, con sus espadas envainadas a los lados y la dureza casi brutal que se había instalado en los despampanantes planos y ángulos de su rostro, me recordaba al dios Theon.

Jasper se volvió hacia el príncipe. Los otros *wolven* dejaron de caminar en círculo a mi alrededor. El pecho de Casteel subió y bajó de manera exagerada al esquivar un cuerpo. Se detuvo solo cuando Jasper soltó un gruñido retumbante de advertencia.

Se paró en seco. Paseó la vista por mí, por los *wolven*, los cuerpos y las antorchas encendidas. Sus ojos se abrieron un pelín cuando algo similar a la comprensión destelló por su cara.

—Por todos los dioses —musitó. Unos ojos dorados se encontraron con los míos y me sostuvieron la mirada mientras Casteel cruzaba los brazos y desenvainaba sus espadas.

Se me quedó el aire atascado en la garganta al tiempo que la presión me atenazaba el pecho y comprimía mi corazón.

Casteel no había venido solo.

Había otros subiendo las escaleras. Naill. Emil. Alastir. Rostros familiares. Otros sin nombre. Mis sentidos se avivaron de pronto. Percibí... percibí miedo y asombro y tantas emociones diferentes que temí que todo ello fuera a sobrepasarme de nuevo y entonces yo...

Ni siquiera sabía lo que había hecho.

Unos gruñidos graves brotaron de los otros *wolven* cuando dos figuras más coronaron las escaleras, seguidos de varios vestidos como los que yacían en el suelo, sus espadas doradas desenvainadas. Debería preocuparme por ellos, pero fueron los dos que habían entrado delante los que captaron mi atención.

Un hombre alto y rubio, de hombros anchos y vestido con una túnica blanca manchada por la lluvia de sangre, y cuya mandíbula firme, nariz recta y pómulos altos me resultaban dolorosamente familiares. Se paró en seco, su mano voló hacia la espada que llevaba a un lado.

—Imposible —murmuró la mujer que estaba a su lado, su pelo de un lustroso color ónice recogido en un moño suelto en la nuca. La forma de sus ojos y boca también me resultaban familiares. Y era preciosa, absolutamente igual de impresionante que la incredulidad que emanaba de ella.

Aunque no fuese por los parecidos, las coronas de retorcidos huesos blanqueados me hubiesen indicado quiénes eran.

La mano de la reina Eloana se apretó contra el corpiño de su sencillo vestido lavanda sin mangas, un vestido también manchado por la lluvia que había caído.

—Hawke...

El resplandor plateado que me envolvía se retiró y apagó, filtrándose de vuelta en mi cuerpo mientras todo él se estremecía.

- —¿Qué has hecho? —preguntó la reina, sus ojos tan vibrantes como los de su hijo. Dio unos pasos hacia mí—. ¿Qué has traído de vuelta?
- —Todavía no es demasiado tarde —dijo Alastir, sobresaltándome—. No lo es, Eloana...

—Sí.

Sus ojos se deslizaron de vuelta a mí, a donde los *wolven* me rodeaban y luego a su hijo.

Mis ojos volaron de vuelta hacia Casteel. Estaba ahí mismo, a no más de tres o cuatro metros de mí, pero parecía una distancia imposible, un abismo infranqueable.

Estaba ahí mismo.

Hawke.

Casteel.

El príncipe de Atlantia.

El Señor Oscuro.

Mi marido.

Mi corazón gemelo.

Casteel hincó una rodilla en tierra, cruzó las espadas delante de su pecho e inclinó la cabeza entre la uve de hojas de filo letal. Pasó una décima de segundo titubeante, y levantó la barbilla justo lo suficiente para mirarme.

Los *wolven* se sentaron, las cabezas gachas, aunque sus labios se retrajeron en gruñidos silenciosos cuando los que estaban detrás del rey y la reina avanzaron con disimulo.

—Sí lo es. —Era la madre de Casteel la que hablaba de nuevo. Levantó una mano y cerró sus dedos en torno a los huesos retorcidos.

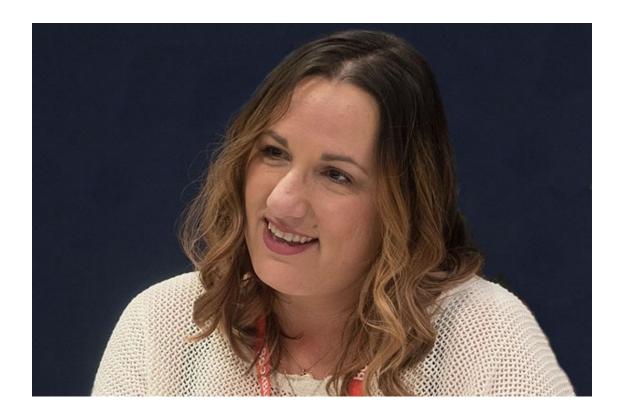
La reina Eloana se quitó la corona y, con los ojos como platos, observé cómo la dejaba en el suelo del templo, a los pies de la estatua de Nyktos.

Y con una repentina ráfaga de aire, brotaron unas llamas rugientes de la antorcha de piedra de Nyktos. Titilaron y bailaron al viento. Las otras antorchas hicieron otro tanto. Los fuegos cobraron vida por sí solos y los huesos de la corona centellearon, su blancura desvaída se agrietó, para luego caer y convertirse en ceniza. Y así dejar al descubierto los huesos dorados que había debajo.

—Bajad las espadas —ordenó. Levantó la barbilla al tiempo que hincaba una rodilla en tierra, aun cuando una especie de ira potente e impotente llenó el espacio a su alrededor, una ira que llevaba el hedor de un miedo largo tiempo enterrado y hecho ahora realidad—. E inclinaos ante la... ante la *última* descendiente de los más antiguos, aquella que lleva la sangre del Rey de los Dioses en su interior. Inclinaos ante vuestra nueva reina.

Agradecimientos

Este libro no estaría en tus ávidas (espero) manos si no fuese por el asombroso equipo de Blue Box Press y todos los que tuvieron algo que ver en su preparación. Gracias a Liz Berry, Jillian Stein, MJ Rose, Kimberly Guidroz, Chelle Olson, Jenn Watson, Kevan Lyon y Stephanie Brown. Un enorme gracias a JLA Reviewers y JLAnders por ser los lectores más geniales, alentadores y amables del mundo. Por último, gracias a ti, lector o lectora. Sin ti, nada de esto sería posible.



JENNIFER L. ARMENTROUT nació en (Martinsburg, Virginia Occidental) en 1980. Es una escritora estadounidense. Vive en Virginia Occidental con su marido, oficial de policía, y sus perros.

Cuando no está trabajando duro en la escritura, pasa su tiempo leyendo, saliendo, viendo películas de zombis y haciendo como que escribe.

Su sueño de convertirse en escritora empezó en clases de álgebra, durante las cuáles pasaba el tiempo escribiendo historias cortas, lo que explica sus pésimas notas en matemáticas. Jennifer escribe fantasía urbana y romántica para adultos y jóvenes.

Publica también bajo el seudónimo de J. Lynn.